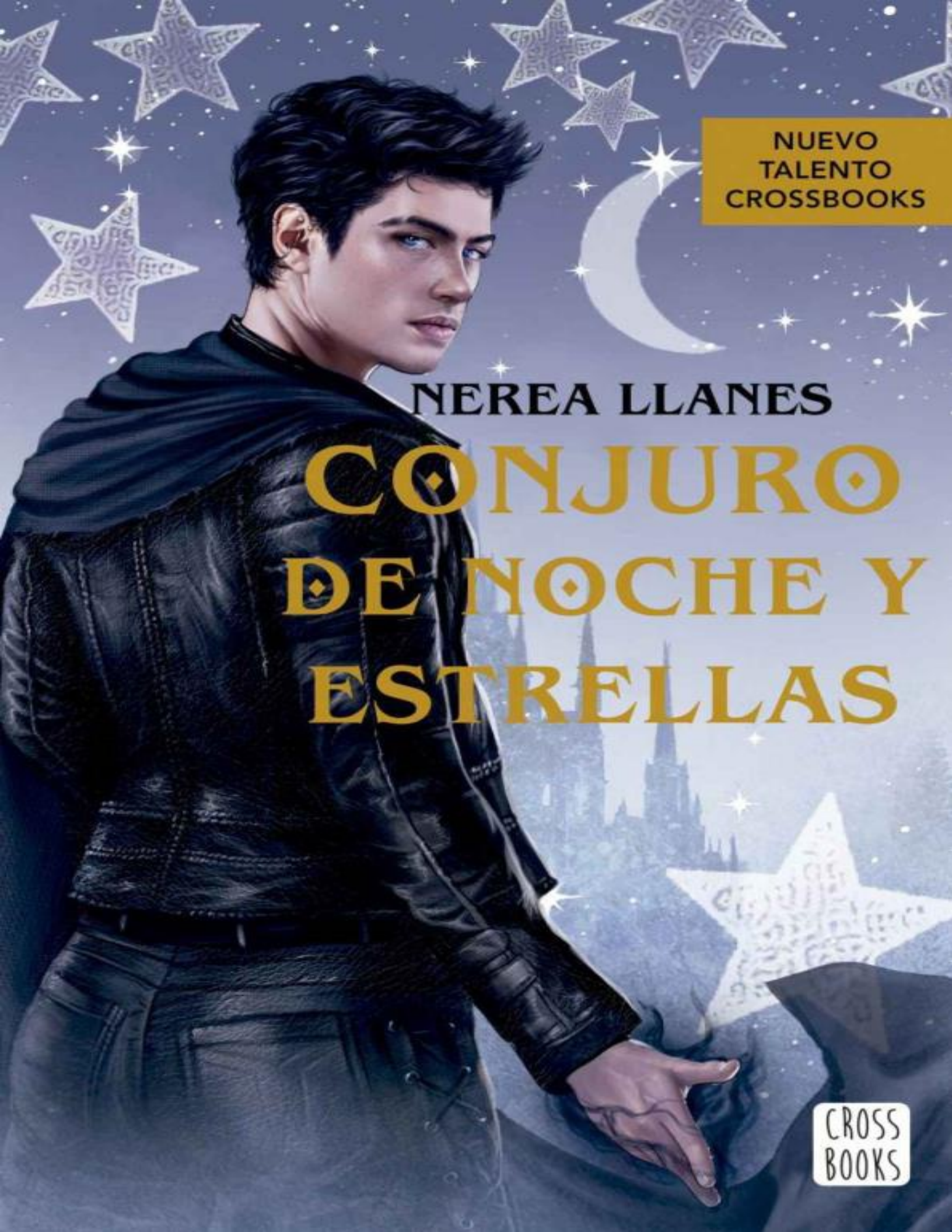

NUEVO
TALENTO
CROSSBOOKS
NEREA LLANES
CONJURO
DE NOCHE Y
ESTRELLAS
CROSS
BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
PRIMERA PARTE: MEDIALUNA
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
SEGUNDA PARTE: LUNA CRECIENTE
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
TERCERA PARTE: LUNA LLENA
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Seis meses después de finalizar las pruebas Aren, Cordelia y Blue han seguido con sus vidas cargando el peso de la pérdida de Wynd.

Aren debe encontrar a una misteriosa asesina que está dando muerte a los consejeros del Deirnas y llevarla ante su padre. Pero esta, a quien Aren ha apodado Moonlight, acaba convirtiéndose en algo más que una misión que cumplir.

Cordelia ha encontrado información confidencial que la llevará a cuestionarse todo en lo que ha creído siempre y que puede conducirla por un camino muy peligroso y sin retorno. Y en esa búsqueda que puede hacer que los cimientos de los sidh se tambaleen, Blue jugará un papel inesperado.

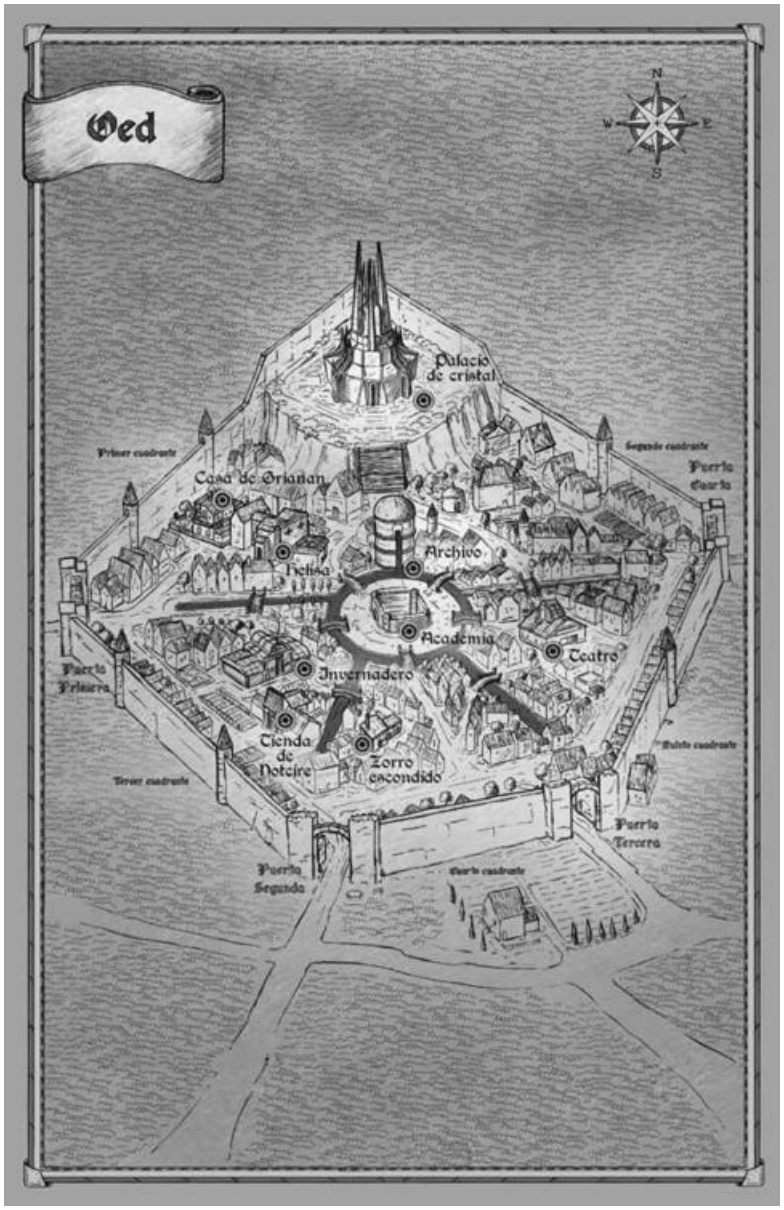
Una guerra se acerca, y el pasado y el presente colisionan revelando secretos ocultos que determinarán el futuro de todos.

CONJURO DE NOCHE Y ESTRELLAS

Nerea Llanes



Para los que nos ven desde las estrellas,
en especial para ti, papá


Oed
N
W
E
S
Palacio de cristal
Primer cuadrante
Segundo cuadrante
Puerta Cuarta
Casa de Orianan
Archivo
Helisa
Academia
Teatro
Puerta Primera
Invernadero
Tienda de Noteire
Torre escondido
Tercer cuadrante
Quinto cuadrante
Puerta Tercera
Puerta Segunda
Cuarto cuadrante

Prólogo

Los primeros rayos del sol comenzaron a colarse entre los árboles que rodeaban el claro. El tiempo había transcurrido de alguna forma sin que él se diese cuenta. Tenía el cuerpo entumecido, helado, rígido. Seguía sosteniendo la mano de ella entre las suyas. Llevaba horas allí arrodillado a su lado con el único deseo de que todo fuese una pesadilla; de que, de algún modo, no fuese cierto.

La muerte era así de implacable. Y Aren era incapaz de aceptarlo: su inmutabilidad, su carácter definitivo e irrevocable.

Acostumbrado a una vida donde no podía dar nada por sentado, donde todo podía cambiar en cuestión de segundos y donde la incertidumbre era una constante, saber que había algo inamovible, algo frente a lo que no servían ni la fe ni la esperanza, ni siquiera su poder, y que él no podía cambiar... lo destruyó.

Los sidh no estaban preparados para asumir ese sentimiento: no poder hacer nada al respecto; que no haya nada que se pueda dar, sacrificar, vender o pedir; que no haya esfuerzo, atajo, riqueza o poder que pueda cambiarlo.

Y asumir que la había perdido...

Que nunca más iba a oír su voz, porque en sus recuerdos nunca sonaría exactamente igual.

Que nunca más vería el color de sus ojos.

Ni sentiría su tacto.

Que ella simplemente sería un fantasma habitando en su memoria.

Esa certeza era devastadora.

Aren llevaba horas suplicando, repitiendo el nombre de ella en su mente, deseando que el cielo se partiese por la mitad y apareciese alguien, cualquiera de esos dioses antiguos de los que hablaban los libros, para entonces poder ofrecerles su alma a cambio de que la trajesen de vuelta. Pero nada de eso ocurrió.

Se fijó en los copos de nieve que habían caído durante toda la noche. El bosque estaba completamente blanco; tanto, que el pelo de ella se confundía con el suelo. Sin embargo, advirtió por primera vez, el cuerpo de Wynd no estaba cubierto de nieve. Se había derretido al contacto con su piel.

Por el tiempo que había transcurrido y la cantidad de nieve que había caído, debería estarlo. La mente de Aren comenzó a trabajar a toda velocidad. Las ideas eran como hilos que se entretejían en su cabeza, como un mapa de imágenes inconexas que poco a poco iban encajando.

La primera vez que vio el anillo de su ojo ya había sospechado algo. No eran muy comunes y se requería de un poder extraordinario para crearlos. Pocas personas —podía contarlas con los dedos de una mano— podían hacer aquello: un sello de poder. Encerrar toda la magia de una persona y ponerle un bloqueo.

No había estado seguro de que sus suposiciones fuesen ciertas, no hasta que ella vio el libro familiar en la biblioteca y fue capaz de desvelar lo que había en él. En aquel momento debió haberse alegrado de que sus sospechas se confirmasen, pero no pudo, por lo que aquello implicaba para ambos.

Aren no sabía cómo funcionaba exactamente un sello de poder, pero si... si el sello contenía la parte de su alma que era mágica, si... si quedaba la más remota posibilidad de que rompiéndolo pudiese traerla de vuelta...

Necesitaba agarrarse a esa posibilidad.

Solo conocía a dos personas que podían tener los conocimientos y el poder suficientes como para romperlo, y ninguna de las posibilidades le agradaba especialmente. Sin embargo, solo una de ellas la dejaría vivir.

Aquello iba a doler, pero haría lo que hiciese falta por salvarla. Caminaría hasta el propio averno para traerla de vuelta. Aren se inclinó hacia ella, pasó los brazos por debajo de su cuerpo, levantándola a pulso, y caminó hacia uno de los lugares que más temía.

La oscuridad que solía cubrir el bosque de espinas había sido sustituida por una capa de nieve llena de surcos, huellas y barro.

La cabeza de Wynd se mecía suavemente con su paso. Su largo pelo plateado colgaba hacia atrás enredado y lleno de copos de nieve atrapados en él. Si su pecho se hubiese movido habría parecido que dormía profundamente.

Aren la recolocó levemente en sus brazos. Normalmente no habría tardado ni una hora en recorrer ese trayecto a pie, y mucho menos si lo hubiese hecho corriendo, pero estaba agotado tanto física como mentalmente; su energía mágica, completamente vacía.

Apenas hacía un mes caminaban juntos por otro bosque en circunstancias muy distintas. Había sentido curiosidad por Wynd desde que la vio, y aquella noche, en la segunda prueba, había sido una oportunidad estupenda para verla en acción. Una humana con diez anillos. Una humana con la capacidad de canalizar su energía. No era alguien común.

A lo lejos, veía la imponente figura del Palacio de Cristal sobre la colina, vigilante. Casi podía sentir los ojos fríos de su padre sobre sus hombros. Pagaría por aquello, lo tenía claro. Solo esperaba que mereciese la pena el sacrificio.

«Traidor».

La palabra le quemó según brotaba desde lo más profundo de su alma. Apartó algunos matorrales y despejó un trozo de muro de aspecto derruido. Posó la palma de la mano sobre unas piedras que formaban un círculo y estas se movieron vibrando. Los escombros se levantaron retrayéndose y encajándose en perfecta sincronización.

Un pequeño pasadizo abovedado se abrió para darle paso al interior de la muralla. Cogió aire, apartando el cansancio y el dolor de su cuerpo, y caminó con decisión hacia el interior.

No tuvo que andar demasiado hasta que comenzó a vislumbrar un suntuoso jardín y una modesta escalinata que daban a una pequeña puerta de color naranja desgastado. Había cruzado esa puerta tantas veces... Y había derramado sangre tantas veces en esa tierra ahora cubierta de nieve.

«Más fuerte. Debes ser más fuerte».

Axel siempre había estado delante de él retándolo con la mirada a que lo hiciese: a que dejase salir todo su potencial, su poder, a que lo atacase con la brutalidad de la que sabía que era capaz. Y, aun así, Aren siempre se había frenado a sí mismo.

Y aquella certeza siempre había hecho sonreír a su amigo.

«Te conozco bien», le decían sus ojos.

«Débil», le había dicho su padre, decepcionado cada vez que él volvía cubierto de heridas.

Una figura se movió a toda velocidad en la periferia de su campo de visión.

—Hacía años que no te pillaba escabulléndote por esta puerta.

—Shown —dijo Aren en algo que fue un gruñido y un gemido a la vez.

—¿Qué has hecho? ¿Quién es? —preguntó el enorme tipo de cabello negro azulado; el guarda personal de la primera general rhydra.

—Necesito ver a Grianan.

—Ha estado ocupada. Que el principito haya desaparecido antes de la ceremonia de proclamación ha sido un enorme contratiempo.

—Bien, pues aquí estoy. Y necesito verla. Ya.

Shown frunció el ceño. Sus ojos oscuros recorrieron la figura de Aren. Parecía que le hubiesen dado una paliza, salvo que no había moratones, cortes ni sangre. Pero había un brillo de desesperación en su mirada. Su pecho se movía sacudido por la ansiedad. Sostenía el cuerpo sin vida de aquella chica como si hubiese encontrado el tesoro más delicado y frágil de este mundo.

—Shown, ya —urgió Aren con un quejido angustiado.

Él parpadeó con sorpresa. Conocía a Aren desde que no levantaba más de dos palmos del suelo. Lo había visto crecer, entrenarse y ganar poder. Lo había visto en acción: letal y gélido como la hoja de un cuchillo afilado. Sin la más mínima emoción; pura frialdad. Pero ahora estaba ahí, frente a él, y parecía a punto de caer de rodillas y rogarle.

Shown se giró y se dirigió hacia la puerta para llamar a su jefa. Antes de que pudiese poner la mano sobre el picaporte, alguien la abrió desde dentro.

Los ojos leonados de Axel recorrieron el jardín hasta encontrarse con los de su amigo. Durante una milésima de segundo, su perfecta máscara se resquebrajó y dejó entrever toda clase de sentimientos: furia, enfado, fastidio, incredulidad. Su aura dorada llameó iracunda, pero en un parpadeo todo se desvaneció como si no hubiese sido más que un espejismo. Su boca se curvó en una ligera sonrisa.

—Yo me ocupo —le dijo a Shown haciéndole un gesto para que entrase y se marchase.

El guardián echó un último vistazo a Aren y a la chica inerte en sus brazos y le deseó buena suerte. Nadie quedaba intacto tras esa clase de dolor, nadie se recuperaba de ese tipo de pérdida. Fuera quien fuese ella, se había llevado una parte del heredero al morir. Aquello no dejó de sorprender a Shown mientras caminaba hacia el interior de la mansión y los perdía de vista.

Axel observó a Aren desde la parte superior de la escalinata. Durante un momento, la realidad pareció distorsionarse, plegarse, comprimirse... Los que se miraban eran el Aren y el Axel de diez años, cuando todavía les era difícil distinguir si lo que tenían era amistad o no; si había algo de verdad en lo que formaban juntos o si solo eran unos peones de sus padres.

«Algún día matarás a ese bastardo», le había dicho su padre, el Deirnas. «Lo harás porque él no dudará en matarte a ti. Su madre es una absoluta víbora y él es lo mismo o incluso peor».

—Tu padre debe de estar muy decepcionado contigo. No has cumplido tu misión —comentó Axel.

El rostro de Aren se contrajo de rabia y dolor. Tenía calambres en los brazos. Llevaba un par de horas sosteniendo el cuerpo de Wynd y las piernas le temblaban ligeramente del esfuerzo.

—No tengo tiempo para juegos. Necesito ver a tu madre.

—¿Para qué? —Los ojos de Aren bajaron hasta el rostro de Wynd—. Está muerta. Mi madre no practica la nigromancia —dijo Axel con frialdad.

El pecho de Aren dio una sacudida. «No». Había sido capaz de levantarse y de obligarse a dar un paso tras otro, movido por la esperanza de que ella pudiese hacer algo, convencido de que existía la posibilidad de que...

—Tú sabes quién es.

—Bueno, tengo mis sospechas.

—Su alma... su verdadera alma está sellada. Si tu madre rompe el sello, quizás...

—¿Para que luego puedas llevársela a tu padre y servirle su poder en bandeja? ¿Crees, en serio, que mi madre o yo somos tan estúpidos?

—No quiero llevársela a mi padre. Quiero que la salvéis y la ocultéis de él para siempre. Yo le diré que ha muerto, que no llegué a tiempo.

Axel comenzó a bajar los escalones despacio. Sabía que Aren decía la verdad. Lo percibió en el tono agónico de su voz, en la tristeza y desesperación de sus ojos. Había llorado su muerte. *Y Sjadw*, el heredero, había llorado por alguien. Era tan sencillo percibir lo que sentía por ella; todo su cuerpo lo gritaba. La amaba y haría absolutamente cualquier cosa por salvarla.

Cualquier cosa...

El amor es un sentimiento extremadamente poderoso. Axel se preguntó si el hijo del Deirnas estaría dispuesto incluso a dar su vida por la de Wynd. Tantas posibilidades... Hasta hacía un par de meses, Aren había sido invencible para él. Pero ahora... destruirlo sería tan sencillo como matar a un frágil cyxi.

—Eso significa que tú jamás podrás volver a verla —dijo Axel bajando el último peldaño.

Aren apretó la mandíbula. Sostuvo el cuerpo de Wynd más fuerte contra el suyo. La idea le rompió un corazón que ya creía destrozado. Curioso, cuando pensaba que ya no podía sentir más dolor, que había alcanzado el pico de su agonía, su cuerpo le sorprendió resquebrajándose todavía un poco más.

«El dolor es infinito mientras vives», pensó.

—Lo haré. Solo si prometes que no le harás daño. No quiero que viva si... si vais a utilizarla.

—¿Como iba a hacer tu padre, dices?

Los músculos de la mandíbula de Aren dieron un pequeño tirón.

—¿Qué crees que pensará Wynd de ti cuando se entere de que solo te acercaste a ella para ganarte su confianza y luego entregársela al Deirnas? ¿Qué crees que pensará de que él la quisiera para destruirla, para quedarse con su poder? ¿Cómo se tomará la verdad sobre ti? La estabas usando, la engañabas. ¿Cómo se sentirá cuando sepa que no la querías de verdad, que hiciste que se enamorara de ti porque estabas cumpliendo una misión? La manipulaste...

Los labios de Aren temblaron y apretó los dientes para contener su rabia, su agonía. En el fondo, se lo merecía. Se merecía todo aquello. Quizá era su castigo por todo el dolor que había causado en el pasado.

—Te odiará —finalizó Axel—. No, no solo te odiará. Se sentirá traicionada y dolida. Es fuerte, por lo que eso no la destruirá; pero deseará destruirte a ti, y ese deseo la consumirá. Ella es así, ¿cierto? Y, aun sabiendo todo eso, ¿quieres que viva?

—Sí, porque como tú has dicho, es fuerte. En algún momento me olvidará y empezará de nuevo. Cuéntale lo que quieras, no me importa. Solo júrame que no hará nada que ella no desee. Júrame que será libre.

—¿De verdad vas a traicionar a tu padre por ella?

Aren bajó la mirada de nuevo hasta Wynd. «En otra vida tenemos un final feliz juntos, pero en esta yo voy a darte el tuyo», le dijo en silencio. Al menos le quedaría esa carta, ese último recuerdo de ella, de la Wynd que lo amó. Algo que le recordase que todo aquello no había sido un sueño o una ilusión.

—No traiciono a mi padre. Elijo no traicionarme a mí mismo. Mi lealtad está donde esté mi corazón, y lo tiene ella.

Axel estaba a solo un paso de él. Listo para estirar los brazos y arrebatársela para siempre. Para arrancarla de su vida. Curvó una ceja rubia al oírle decir aquello.

Había cosas peores que la muerte, mucho peores. Había cosas que mataban lentamente: ideas, emociones, sentimientos. La muerte era solo un modo de escapar de ellas. La muerte era el alivio a todo ese ruido. Vivir era la verdadera tortura, el verdadero reto; vivir enfrentándose a una realidad que detestaba, con una clase de dolor que no tenía cura.

La vida era, en sí misma, paraíso e infierno.

—Lo haré. Lo juro por Luna madre de todo lo mágico y por las estrellas de las que somos hijos que vivirá, que no hará nada que no desee hacer y que será libre. Con la condición de que tu

padre jamás sepa de su existencia y de que tú jamás vuelvas a verla. Y si lo haces... Ya sabes cómo funcionan los juramentos.

—Lo sé —gruñó Aren—. Y lo juro.

Los brazos de Axel tomaron a Wynd. Aren tembló ligeramente en el instante en que la apartó de su cuerpo y se llevó ese peso que había comenzado a sentir como suyo.

De pronto, vacío.

De pronto, desnudo.

Incompleto; mutilado en su interior.

Le habían arrancado un trozo de alma. La mitad de su corazón.

Se iría sin volver a ver sus ojos abiertos. Se iría sin volver a oír su voz...

—¿Cómo sabré si lo habéis conseguido?

—Lo he jurado. Pero, en realidad, nunca lo sabrás. Aunque ella viva, para ti habrá dejado de existir. Es mejor así: quizá eso haga más fácil el resistirse a la tentación de intentar recuperarla.

Axel dio un paso hacia atrás y luego otro, y otro. Aren vio cómo ella se alejaba de él. «Cualquier cosa», había dicho. Incluso habría dado su vida. Pero Axel no le había quitado eso. Le había quitado mucho más: la cordura, la esperanza. Lo había vaciado por completo. Había elegido torturarlo durante lo que le quedase de vida antes que acabar con él.

Era un bastardo retorcido, ya debería saberlo.

—Nos vemos, amigo —se despidió Axel con un gesto de asentimiento.

Abrió la puerta sin tocarla y desapareció dentro, asestándole el golpe final a Aren, que cayó de rodillas en la tierra. Aquella fue la primera de las victorias de Axel.

Grianan observó el cuerpo inconsciente de Wynd. Había oído la profecía y, aun así, nunca la había creído del todo. Aquella niña había muerto la noche de la Gran Guerra, o eso habían creído todos durante veinte años.

Tenía el mismo color de pelo que su padre, la misma complexión pequeña que su madre. Era la viva imagen de ellos dos.

Le levantó los párpados: ojos grises, y ahí estaba el sello de poder. Se recogió el pelo castaño dorado en un moño rápido, observándola con atención. La niña que había cambiado al gran rey. La niña que había estado a punto de cambiar el curso de la historia de Abscondita.

—¿Puedes romperlo? —preguntó Axel a su lado.

Las manos de Grianan se envolvieron con una luminosidad anaranjada.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Lo sospeché cuando vi el interés de Aren en ella. Se ha estado comunicando con su padre desde dentro.

Grianan miró a su hijo. Eran dos gotas de agua. Él, mucho más rubio. Ambos con el mismo tono ambarino de ojos y la piel dorada. Sus auras: tierra y sol.

—¿Estás diciendo que tengo un traidor dentro de los rhydra?

—Sí —contestó Axel haciendo girar un anillo de oro en su dedo anular.

—Averigua quién es.

Axel le dedicó una sonrisa irónica a su madre.

—Lleva horas muerta, deberías darte prisa —le indicó.

Grianan observó a la chica con atención, estudiándola.

—¿Sabes la cantidad de poder que podría contener ese sello? Es la hija de Finvannah. Ella podría...

—Derrotar al Deirnas. Decantar la balanza a tu favor. Acabar para siempre con él y con su corte... —sugirió Axel.

—Eso es tener una visión demasiado simplista del asunto. Ella podría cambiarlo todo: nuestro mundo tal y como lo reconstruimos tras la Gran Guerra. Despertar un poder así... Ella podría elegir el bando equivocado —reflexionó Grianan.

—¿La temes?

—No lo entiendes. Yo amé a su padre. Todos nosotros estábamos dispuestos a morir por él y su causa, que era la nuestra. Que fue la mía hasta que... —La observó con detenimiento—. Y entonces, llegó la humana y lo cambió todo. Finvannah tenía el mundo en la palma de su mano. ¿Y si ella ha heredado ese poder?

Grianan cogió una afilada aguja de cristal semitransparente. Tenía un grosor de medio centímetro y medía al menos quince de largo. Acercó la punta al ojo y el cristal se iluminó y se calentó.

Le echó una mirada a su hijo. Estaba ahí: la verdadera alma de Wynd. La que había perdido no era más que un pedacito, algo que le habían dejado para que pudiese vivir camuflada entre

cyxi. Pero su verdadero ser se escondía dentro de ese sello que estaba desgastado; como si su alma hubiese estado peleando por salir.

—Hazlo, madre. La necesitamos. Ella supondrá la verdadera diferencia. Y él... él nunca hará nada en su contra, porque la ama. ¿No es fantástico? El príncipe egoísta, la Sombra, el heredero se ha enamorado de la persona a quien su padre deseaba ver muerta. Menuda ironía —proclamó Axel con frenesí.

Grianan sonrió levemente ante el comentario de su hijo, quien se deleitaba demasiado con los detalles más insignificantes. Encontraba siempre placer en los enredos, las penas y el dolor. Ella era mucho más práctica, y su padre... Él nunca había sido así, al menos no antes de... de haber cambiado.

Aun así, tenía razón. Aquella chica era valiosa y ahora estaba en su poder. El Deirnas, Aeris, jamás la habría desperdiciado dejándola morir sin más. Además, él pensaría que la había perdido para siempre, por lo que no estaría preparado para enfrentarse a ella.

—*Brisea-n-asgaid* —susurró Grianan acercando la punta de la aguja al anillo oscuro del ojo de Wynd—. *Brisea-n-asgaid* —murmuró repetitivamente en feérico antiguo.

Así es como había aprendido a conjurar, y era un hábito que no se había quitado con los años. Finvannah siempre conjuraba en lengua antigua. Era parte de su herencia, de su sangre *faerie*.

—*Brisea-n-asgaid* —dijo clavando la agujada en el ojo de Wynd.

El aura de la chica estalló haciendo que todos los objetos de la habitación volasen por los aires y se quedasen suspendidos. El iris dorado de Grianan brilló ligeramente mientras su boca seguía moviéndose rápidamente murmurando el conjuro.

—*Falleadh-a-beath.*

El sello comenzó a partirse, y de los trocitos brotaron cenizas que flotaron hacia arriba como polvo cósmico derramándose en el universo. La huella de quien lo había puesto allí, un rastro de magia.

—*Falleadh-a-beath.*

Los ojos de Wynd se cerraron de golpe y su cuerpo se elevó varios centímetros, envuelto en un aura blanca y brillante; una tormenta de nieve feroz que giraba a su alrededor. La habitación se llenó de escarcha, y el hielo salió disparado en forma de carámbanos en todas direcciones.

Axel, cogido por sorpresa, no fue lo suficientemente rápido para bloquearlos, y uno de ellos le cortó la mejilla.

Grianan dio un paso hacia atrás, alejándose de Wynd mientras seguía susurrando.

El pelo de Wynd ondulaba a su alrededor. Sus orejas se estiraron y se alargaron levemente; en su frente apareció una marca en forma de medialuna; sus pecas, rastros de constelaciones, dejaron de estar difuminadas y aparecieron claras y brillantes; sus huesos se volvieron fuertes y resistentes; sus cicatrices se curaron y se disiparon todos los estragos que la humanidad había causado en su cuerpo.

Sus ojos grises se abrieron mostrando dos finas y brillantes franjas luminosas.

Un poder sin igual había nacido.

PRIMERA PARTE:
MEDIALUNA

Capítulo 1

La sangre goteó sobre el mármol oscuro del lavabo. Podría haberse comportado, haber sido rápido, pero no estaba de humor. Matar a esos worlak le había proporcionado un placer que hacía tiempo que no sentía.

Su mente se quedaba en silencio siempre que dejaba que la oscuridad lo dominase. La mejor anestesia que había probado nunca. La única que le funcionaba últimamente.

Se miró en el espejo. Estaba cubierto de sangre y barro. Le había crecido el pelo. Debería ir a cortárselo; le tapaba los ojos cuando peleaba. También se le habían hecho mucho más profundas las ojeras, pero contra eso no podía hacer nada.

Sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Estoy ocupado! —gritó.

—Señor Aland, su padre desea verle con urgencia.

Salió del baño y abrió la puerta de su habitación. El criado dio un paso hacia atrás, sorprendido por su aspecto brutal.

—¿Se... se encuentra bien? —preguntó este.

—No es mía —aclaró Aren—. ¿Dónde está?

—En su despacho.

Reprimió un escalofrío y fue hacia las escaleras. El despacho estaba en una de las torres, justo en el último piso. Tenía unas vistas increíbles de todo Oed y el bosque de espinas. Y era el lugar que Aren más temía del universo.

Las cosas habían estado un poco convulsas últimamente. Dudu Otrovan, uno de los consejeros y proveedores de mercancías más importantes del Deirnas, había muerto hacía unas semanas. Por supuesto, eso había traído cierta inestabilidad. Todos se preguntaban quién lo sustituiría. La gente apenas pasaba un día «lamentándose» por la pérdida, antes de comenzar a trazar planes y traiciones para llegar hasta el consejo; lo que realmente les importaba.

Pensó en abrir la puerta sin más. Quizás su padre sí le diese una paliza; los worlak no le habían tocado ni un pelo. Pero lo pensó mejor y llamó.

—Pasa.

Aeris estaba sentado en una gigantesca butaca de piel, tras la mesa en donde tenía grabado el mapa de Oed en relieve. Estaba hechizado de tal modo que cada cambio que se hacía en la estructura de la ciudad se reflejaba en él.

—Padre.

El Deirnas levantó la mirada hacia su hijo. Llevaba el largo pelo oscuro recogido en una coleta baja que dejaba ver sus orejas puntiagudas y la cicatriz que tenía en la mandíbula. Sus ojos púrpuras se posaron en el sucio rostro de su hijo. Apretó sus finos labios con asco.

—¿Dónde estabas?

—Ocupándome de unos asuntos para los rhydra. —Aeris curvó una ceja—. Es parte del entrenamiento: misiones.

—Ya veo. Espero que asciendas rápido. Grianan tiene que morirse algún día, y deseo que seas tú quien se convierta en el general jefe y no su hijo.

«No como en la corte, donde lo seré yo porque soy tu hijo y no porque me lo haya ganado, como ocurre con los rhydra», pensó. Aunque tuvo la sensatez de no decirlo.

—Estoy en ello.

—Espero que esta vez no me falles, como hiciste perdiendo a la bastarda.

Se le tensaron los hombros y se le cerró la garganta en un nudo de angustia. No había un segundo en su vida en que no pensase en ella, ni uno solo en que ella no estuviese presente en su cabeza. Menos cuando dejaba que la oscuridad tomase el control; entonces solo lo dominaba el odio. Pero no esperaba que su padre hiciese una referencia a ella. Una de sus «lecciones» habría dolido menos.

—La perseguí esa noche. La mató una devoradora, ya te he dicho que no pude hacer nada por sal... salvarla.

—Eres siempre tan decepcionante...

La boca de Aren se curvó en una sonrisa irónica. «Por supuesto», se dijo.

—Tengo algo que encargarte. Un problema del que tienes que ocuparte con la máxima discreción y del que no quiero que les hables a los rhydra ni a nadie. ¿Has entendido?

Aren enarcó una ceja, sorprendido por la solemnidad del tono de su padre. Parecía preocupado.

—Sí, padre —afirmó, con cierta curiosidad por saber qué perturbaba al gran Deirnas.

—Como ya sabes, hace unas semanas murió Dudu Otrovan. —Aren asintió sin decir nada—. Establecimos con su familia que sería tratada como una muerte natural... —«Establecimos», pensó Aren, quería decir que los obligaron—. En realidad, Otrovan volvió a casa perfectamente tras una cena de negocios. Según contó su marido, lo perdió de vista un momento mientras se ponía la ropa de cama. Oyó un fuerte golpe y, cuando entró a mirar, lo encontró desplomado en el suelo. Por supuesto, la primera sospecha fue envenenamiento. Pero los sanadores no han encontrado ninguna sustancia sospechosa, solamente una extraña marca en la parte posterior de su brazo. La investigación estaba en un punto muerto hasta esta mañana, cuando han hallado muerto a Zilon Donn en su casa. —Aren se sentó en la silla frente a su padre, que señaló la mansión del miembro del consejo—. Dos consejeros en un mes, eso no es casualidad.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sabemos. Anoche llegó tarde y en perfectas condiciones, y esta mañana mientras

desayunaba ha muerto.

Zilon Donn y Dudu Otrovan no eran los consejeros más influyentes, pero ambos aportaban oro y materiales importantes al Deirnas. Su pérdida desestabilizaba su red de suministros. Si de verdad aquellas muertes estaban conectadas, parecía que había algo más grande detrás.

—No creo que se trate solo de un rival comercial, pues ninguno ha estado en la ciudad desde hace meses. Si Grianan está relacionada con esto, o si lo está cualquier otro que quiera dañar mi estabilidad, quiero saberlo. Sea quien sea, pagará por ello. ¿Has entendido?

—Por supuesto. Pero sabes que tengo que seguir con mi formación como rhydra, ¿verdad?

—Estoy seguro de que entenderán que el heredero tiene asuntos que atender de vez en cuando. Máxima discreción, ¿me has oído? Que ese malnacido rubito no se entere. No quiero que nadie sepa que ha muerto, ya hay bastante revuelo con lo de Otrovan. Si se sabe, será una catástrofe.

—Entendido. ¿Esta vez no vas a encargarle a nadie que me vigile?

—Tu prima también está en los rhydra; que os ausentéis los dos sería muy sospechoso. Podrás hacerlo solo. —Aeris miró a su hijo con gesto serio, Aren no recordaba que jamás lo hubiese mirado con una expresión distinta a la desaprobación o la ira—. Date una ducha antes de salir. Y no vuelvas a decepcionarme. El castigo de la vez pasada te parecerá una agradable tarde en comparación.

Aren se puso de pie arrastrando la silla solo para molestarle. Ese castigo no había sido nada. Casi lo había disfrutado. Había agradecido sentir un dolor físico lo suficientemente letal como para que lo distrajese de la agonía emocional que le había quedado después de dejar a Wynd en brazos de Axel y con esa promesa de no volver a verla nunca.

—Por supuesto, padre —dijo haciendo una reverencia pomposa.

Giró sobre sus talones y desapareció. De todas formas, agradecía estar ocupado. Llevaba meses sin apenas dormir. Cada vez que se tumbaba en la cama, a solas con sus pensamientos, el peso del mundo se le echaba encima.

Una vida entera sin ella. Su padre le había roto una por una cada costilla al enterarse de que la había perdido. Y no había dejado que nadie del castillo lo curase, así que Aren no había tenido más remedio que recolocarse los huesos y vendarse el tórax él mismo para que sanasen bien.

Había sido doloroso. Maldita sea, había sido el puto infierno. Y solo mientras experimentaba esa clase de dolor había conseguido dejar de sentir la angustia asfixiante que le oprimía el corazón.

Aquel día, antes de hablar con su padre, había ido a ver a Cordelia y Blue. Les había contado la misma historia: Wynd estaba infiltrada: formaba parte de un grupo de humanos que trabajaba con devoradores. Había salido del palacio a informar a su superior después de estar más de un mes incomunicada. Él la había seguido y había visto cómo el devorador consumía toda su energía hasta reducirla a polvo, haciendo que desapareciese para siempre.

Estaba siendo egoísta por quedarse con la carta que ella había escrito, por no mostrársela a

Cordelia y a Blue. Pero no quería que investigasen; no quería que nadie indagase en aquella historia. Cuanto más se supiese, más difícil sería que su padre se creyese ese relato.

Aunque también lo había hecho porque una parte de él no lo soportaba: no soportaba oír su nombre; no soportaba escuchar hablar de ella como alguien que ya no existía; no soportaba que se la recordasen. En ese momento, solo había deseado acabar con todo. Y lo más fácil era cortar de raíz todas las esperanzas que ellos pudiesen tener, todas las posibles futuras preguntas; cualquier mención.

Los había destrozado, sobre todo a Cordelia. Esa parte oscura y retorcida, ese rincón de su cabeza que era el epicentro de la oscuridad se había sentido aliviado y retorcidamente reconfortado con la idea de no ser el único que estaba sufriendo por su pérdida.

Ya habían pasado meses de aquello, y él se había alejado todo lo posible de Cordelia y Blue. Los evitaba, tanto como a Axel. Habría evitado al mundo entero si no le fuese imposible. Estaba entrenando en un turno especial justo después de cenar, para tener que ver al mínimo número de personas posible.

La soledad se había convertido en su refugio.

Estaba cogiendo todas las misiones que podía, incluso las que excedían su rango de recluta. Había una parte de él que deseaba quemar la ciudad, la Academia, Abscondita entera. Destruirlo todo. Esa parte, dominada por el odio, la rabia y el rencor que sentía, que desde lo ocurrido le costaba mucho más controlar.

Quizás porque había empezado a darle rienda suelta a su poder y porque, cuanto más lo usaba, más se alejaba de cualquier cualidad humana. Pero cuanto menos humano, menos le dolía. Se trataba de elegir entre volverse loco por la agonía o volverse un monstruo dominado por su propio poder.

Fuese lo que fuese, hasta entonces tenía cosas de las que ocuparse.

Capítulo 2

Thorn la había mandado al Archivo... otra vez. Blue ya había tenido misiones fuera de Oed. Nos y Arth también. Y, por supuesto, Axel y Aren. Todos excepto ella y los otros dos clasificados.

Subió en el ascensor y activó el sistema de poleas. Nunca se había percatado de que hubiese un ascensor oculto en la cascada de la Plaza de la Conquista.

Rody estaba en el mostrador de la entrada. Cordelia sacó su certificado de identificación y se lo mostró. El Archivo no era de los rhydra ni del Deirnas. Lo controlaba el dhoga, y era necesario tener un pase especial para poder acceder.

—¿Otra vez te han mandado aquí?

—Thorn opina que mi magia defensiva no es lo suficientemente fuerte como para mandarme fuera. A este paso, todos se graduarán pronto y yo me quedaré aquí —suspiró Cordelia.

Rody le dedicó una sonrisa de ánimo y le abrió la puerta, permitiéndole el acceso.

El Archivo era un edificio enorme, las plantas uno y dos estaban dispuestas en forma de anillo, de modo que el espacio central quedaba amplio y diáfano. No se parecía en nada a la oscura biblioteca de la Academia. Allí todo era mármol blanco y enormes ventanales por los que entraba la luz a raudales. Incluso a pesar de que estuviesen en los últimos días de la primavera y no parase de llover.

Lo que más le gustaba del Archivo era la cantidad de personas que había por allí estudiando: jóvenes que estaban formándose para entrar al dhoga y miembros de la orden leían, tomaban notas e investigaban desperdigados por las distintas mesas.

Subió al primer piso y volvió a enseñar su certificado de identificación. Solo tenía acceso a esa planta. Cogió el registro de actividad rhydra de la estantería y se sentó en una mesa junto a uno de los ventanales.

Sacó la carpeta con todos los informes: «Delitos humanos», «Delitos sidh», «Actividad de devoradores», «Criaturas peligrosas», «Bajas», «Encarcelamientos» y un largo etcétera. La montaña de papeles era la actividad de Oed solamente de las últimas dos semanas.

Miró el tipo de informe y lo clasificó en su categoría correspondiente. Suspiró. Esos últimos seis meses todo había cambiado. Ni siquiera había podido visitar Róbulo en las fiestas del solsticio de invierno. Al menos, mientras estaban en las pruebas, había tenido a Blue y Wynd... Ahora, apenas veía al primero en los entrenamientos, y...

Echaba tanto de menos a su amiga. Aunque ese sentimiento se mezclaba con el amargo sabor de la traición. Blue no parecía tan afectado por el hecho de que ella les hubiese mentido, de que

les hubiese ocultado quién era en realidad y qué había ido a hacer allí.

Cordelia, sin embargo, no podía pasar por alto que en realidad nunca había conocido a aquella que pensaba que era su amiga.

Aren tampoco lo estaba llevando bien. No lo veía demasiado, pero, cada vez que se cruzaban, estaba más y más consumido.

En esos seis meses, había llorado incontables veces por la muerte de Wynd, pero cada vez que lo había hecho se había enfadado consigo misma porque... ¿cómo se llora la pérdida de alguien que ni siquiera conocías?

Sacó el pequeño termo de té que había rellenado en su pastelería favorita antes de subir a trabajar. Se sirvió un poco en el vaso metálico. Dejó que el aroma y la calidez se llevaran ese horrible sentimiento de soledad que la acompañaba esos días.

El líquido le salpicó en los dedos, quemándola, y ella soltó el recipiente.

—Por todos los dioses. No. No.

Se movió a toda prisa intentando atraparlo y golpeó el archivador con el registro de los rhydra.

—Maldita sea.

Paró el vaso antes de que se derramase su contenido, pero al hacerlo volcó todas las fichas, que cayeron al suelo desparramándose. Cientos y cientos de hojas cubrieron el suelo marmolado.

El miembro dhoga que estaba en la escalera se acercó al oír el estruendoso ruido, y a través del balcón vio que los jóvenes que estudiaban en la planta principal también miraban hacia arriba.

A Cordelia se le calentaron las mejillas.

—Pe... perdón, ya lo recojo todo.

El dhoga le echó una mirada severa y se alejó silencioso.

—Dioses, por qué soy tan torpe...

Se quitó los zapatos para no pisar las hojas de papel y ensuciarlas. Acababa de multiplicar su trabajo de la manera más estúpida posible. No saldría de allí hasta el anochecer.

Había fichas de al menos hacía veinte años. Las recogió en pequeños montones que fue dejando en el suelo; la mesa era demasiado pequeña para albergarlos todos. Tuvo que revisar las fechas una por una para ordenarlas y rebuscar debajo de mesas, sillas y estanterías para recuperar las que se habían escurrido.

«Maldito suelo pulido».

Llevaba la mitad de las categorías guardadas cuando el sol comenzó a ponerse detrás del Palacio de Cristal. Le dolía el estómago. No había comido en todo el día y tenía el cuerpo entumecido por estar sentada en aquel suelo frío y duro. Ya casi no quedaba nadie en el Archivo. Si no se daba prisa, cerrarían.

Se frotó los ojos con los nudillos. Las letras y números le bailaban. Comprobó otro de los montoncitos, se puso de pie y clasificó cada página en su categoría correspondiente. Miró la hoja de prisioneros: la fecha era de finales del undécimo mes de hacía dos años. Ya le quedaba poco para terminar ese montón.

Le sacudió el polvo y la colocó en la parte superior de la torre de páginas. Sus dedos acariciaron el primer apellido de la lista: Awbrey. Al principio no le prestó atención, pues era un apellido muy común, y se giró para seguir. Pero, al instante, se frenó.

Su cuerpo se tensó y el aire se le atascó en el pecho. Una oleada de pánico la recorrió de punta a punta.

Volvió a girarse hacia la hoja con el corazón latiéndole más deprisa de lo que lo había hecho nunca.

Recorrió la hoja con el dedo hasta llegar al primer apellido de la lista: Awbrey. Y siguió leyendo el nombre, del que en el primer vistazo solo había captado la inicial: I.

Iver.

Awbrey Iver: Encarcelado al término de las pruebas rhydra en las que estaba participando.
Delito: Traición y conspiración.
Sentencia:



Nada, no había nada escrito; solo el dibujo de una estrella de seis puntas.

En los demás encarcelados habían escrito tiempos de encarcelación, condenas a trabajos, exilios... Siguió bajando. En otros también había estrellas dibujadas y nada más.

A Cordelia le fallaron las rodillas y cayó de culo sosteniendo la página con ambas manos.

Iver había hecho las pruebas hacía dos años. Les había mandado una carta a sus padres diciéndoles que las había superado. Y se había despedido sin darles una fecha concreta para su reencuentro.

¿Por qué? ¿Por qué estaba encarcelado? ¿Qué había hecho? Por las fechas, no le habría dado tiempo a iniciar el entrenamiento siquiera.

¿Y por qué nadie les había informado? ¿Por qué había mentido en la carta? Algo no encajaba.

Llevaba dos años esperando encontrarlo. Dos años entrenando para pasar esas pruebas y volver a verlo. Dos años pensando en qué le diría cuando lo viera. Incluso había practicado la conversación en su cabeza. Dos años enfadada con él por haber desaparecido, por esa carta fría e impersonal que no sonaba para nada como él.

Oyó los pasos de alguien subiendo las escaleras. Dobló la hoja y se la guardó dentro del traje rhydra. Lo hizo movida por instinto, sin pensar siquiera lo que hacía.

—Se ha puesto el sol. Tenemos que cerrar —la informó una chica vestida con el uniforme del Archivo.

—Todavía no he terminado de...

—Uno de los archiveros se ocupará de recoger el registro y mañana podrás seguir trabajando en él.

Cordelia se puso de pie a toda prisa y tuvo que agarrarse a la barandilla del balcón. Le temblaban las piernas.

—Llevo demasiado tiempo sentada en el suelo —se excusó ante la mirada de la dhoga.

Cogió su bolso y bajó las escaleras tratando de aparentar toda la tranquilidad que pudo.

Rody seguía en la entrada; parecía cansada.

—Hoy ha sido un día intenso, por lo que veo.

—Bastante —contestó Cordelia. La voz le salió más aguda de lo normal y carraspeó.

La dhoga se acercó a Rody y le susurró algo en el oído.

—Tienes que pasar por el detector —la informó la desconocida.

Cordelia se giró hacia ellas cogida por sorpresa.

—Tranquila, Fera, no es la primera vez que viene —intervino Rody.

—Son las normas.

El detector era un arco con hechizos que identificaban si llevabas algo marcado por la magia del Archivo. Y ella, en el arranque de estupidez más grande de todos los tiempos, se había guardado en el pecho una ficha oficial del rhydra.

—Mm... —murmuró Cordelia.

Un sudor frío y pegajoso comenzó a empaparle las manos. Dio un par de pasos hacia el

detector. Robar del Archivo era un delito mayor. La echarían de los rhydra y seguramente la exiliarían, o algo peor. Tendría que haberse leído el libro de condenas que tenía en la cómoda desde hacía seis meses; al menos así sabría a qué atenerse.

—Vamos —la instó Fera.

Se acercó al arco. Cerró los ojos y dio un paso...

—¿Qué hacéis todavía aquí? —susurró una voz que era como hojas secas de otoño siendo pisadas.

Una figura cubierta con una túnica azul oscuro estaba frente a las dhoga. Su rostro parecía tallado en piedra y sus facciones no indicaban si era hombre o mujer, o la edad que tenía.

Las dos mujeres saludaron con una inclinación de cabeza.

—Solo falta que esta recluta pase por el detector y podremos cerrar —comentó Fera.

El ser se giró hacia Cordelia y la miró. No, no solo la miró: la observó como si pudiese ver a través de su propia piel. Su boca sin apenas labios se curvó en lo que parecía una sonrisa.

—Puedes irte, Cordelia —le indicó llamándola por su nombre a pesar de que era la primera vez que ella lo veía.

Fera quiso protestar, pero se mantuvo en silencio. Aquel hombre parecía ser su superior.

Rody le dedicó una sonrisa y ella se metió en el ascensor despidiéndose con la mano.

Hasta que no estuvo cubierta por el agua de la cascada no se permitió soltar el aire que había estado reteniendo.

Capítulo 3

Grianan observó a la chica de cabello platino. Ya habían pasado seis meses y apenas había avanzado. A veces, mirarla era como viajar al pasado.

Axel cogió las manos de Wynd y se las movió mientras le explicaba cómo concentrar su aura en ellas.

—Canalízala aquí. Imagínala como algo tangible, eso ayuda.

Ella frunció el ceño y trató de hacer lo que le decía. Unas chispas chisporrotearon en sus dedos, pero no pasó nada. Exhaló frustrada.

Axel se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás.

—Vamos a practicar combate cuerpo a cuerpo.

Wynd se ató la larga melena con un cordel y se puso en guardia, como Axel le había enseñado. Él le lanzó un puñetazo y ella movió la mano para bloquearlo. Eso se le daba bastante mejor que controlar su magia, como si una parte de su cuerpo supiese en cierto modo qué hacer.

Axel giró alrededor de ella mientras seguía tratando de golpearla.

—No solo te defiendas. Ataca. Estoy siendo suave contigo.

Wynd trató de cambiar el peso de un pie a otro y moverse rápido para sorprenderlo. Lo único que consiguió fue recibir un puñetazo en el hombro que la tiró al suelo. Metió la cabeza entre las rodillas y cerró los ojos con fuerza. Se le daba fatal.

Axel y Grianan le habían contado que ella antes había sido una guerrera experta y que, por lo tanto, le sería fácil volver a aprender cómo pelear. Pensaban, incluso, que practicar desbloquearía algunos de sus recuerdos. No había sido así.

—Deja que descanse, ya es hora de cenar —comentó Grianan apoyada en el quicio de la puerta.

Axel tendió una mano a Wynd para ayudarla a levantarse. Parecía absolutamente derrotada. A pesar del brillo sidh de sus ojos, su mirada estaba apagada y tenía unas enormes ojeras.

Wynd salió de la sala de entrenamiento y subió la escalinata hasta su habitación. Se quitó la ropa sudada y se metió en la enorme bañera llena de agua caliente. La nieve hacía tiempo que se había derretido y, aun así, ella seguía sintiéndose helada.

Ese frío helado la acompañaba desde aquel primer día que abrió los ojos. Quizás porque no era más que una cáscara vacía. No recordaba ni su propio nombre. No recordaba nada de sus últimos veinte años de vida.

—Te criaste entre humanos —le había explicado Axel—. Viniste a Oed para alistarte en los

rhydra, el ejército que dirige mi madre. ¿No te acuerdas?

—No. Solo recuerdo... una noche fría, la luna y las estrellas coronándola, y un viento helado cargado de nieve soplando salvaje.

Salió de la bañera y se vistió con un jersey cálido y unos pantalones. Tenía muchas prendas en su armario, pero solo usaba los jerséis. Había algo en ellos que la hacía sentir... mejor.

Se sentó en el escritorio y abrió su diario, donde garabateó algo rápido. En la maraña de palabras, había una que se repetía una y otra vez. Un nombre. El de la persona que la había traicionado.

La casa de Zilon Donn estaba en el distrito oeste de Oed, en la zona acomodada. Era una enorme mansión de tres plantas en la avenida Josph, la más cara de toda la ciudad. Al ser miembro del consejo, los rhydra no se ocupaban del asunto: era jurisdicción del Deirnas y su guardia.

Uno de ellos, vestido con el uniforme reglamentario, saludó a Aren al verlo y le dejó pasar. Ventajas de ser el heredero: nadie le pedía explicaciones.

En el vestíbulo había otro guardia junto con la que parecía el ama de llaves, una sidh menor vestida de color tierra quien, al verlo, inclinó ligeramente la cabeza.

—Voy a encargarme yo —informó Aren.

El guardia asintió y salió a la calle dejándolos a solas.

—Buenas tardes... —Hizo un gesto con la mano hacia ella.

—Mirlen, señor.

—¿Dónde está la familia de Zilon, Mirlen?

—Están de viaje en el sur. Iba a mandarles un pergamino de llamada, pero me han dicho que no puedo informar.

—No, de momento no puede compartir esa información. Nadie aparte de la guardia personal del Deirnas y usted lo saben —dijo a modo de advertencia.

Ella palideció levemente ante la amenaza velada.

—Cuénteme qué ha ocurrido. Todos los detalles.

—El señor Donn llegó anoche muy tarde. No me dijo de dónde venía, pero solía parar en el Zorro Escondido. —Mirlen comenzó a subir por la escalera—. Parecía estar perfectamente, quizás un poco...

—Borracho —dijo Aren por ella.

Mirlen asintió.

—Pero nada más. Se quedó dormido al instante. Tuve que quitarle los zapatos. Esta mañana se levantó y me pidió que le llevase el desayuno a su despacho. —Sacó un manojo de llaves y abrió una puerta indicándole a Aren que pasase primero.

Zilon seguía en la silla. Tenía la cabeza echada hacia atrás contra el respaldo y los ojos abiertos. Mirlen se estremeció al verlo. El desayuno seguía sobre la enorme mesa de roble.

El despacho era grande y estaba bien ordenado. Tenía un archivador de madera y un mueble bar repleto de alcohol; un armario con puertas de cristal tallado, donde guardaba un muestrario clasificado de todos los productos con los que comerciaba, y cuadros pintados de sí mismo y de su familia decoraban las paredes.

—Nadie ha tocado nada, señor —dijo Mirlen.

—¿Han cogido muestras del desayuno para llevarlas a los sanadores?

—Sí, esta mañana mismo las tomaron.

Aren se acercó al cuerpo de Zilon. No había heridas visibles. Un envenenamiento parecía plausible. Tenía que hablar con los que habían examinado el cuerpo de Otrovan a ver qué más le contaban.

—¿Quién preparó el desayuno? —preguntó Aren observando la escena con atención.

—La cocinera, señor.

—Y luego lo recogió usted...

—Sí.

—¿Había alguien más en la casa?

—No. Y las ventanas estaban todas cerradas, están protegidas. Los guardias lo han comprobado y ninguna ha perdido el hechizo de protección. Desde que el señor Donn entró anoche, nadie ha salido ni entrado. Tanto la cocinera como yo dormimos en el piso de abajo, junto a la cocina.

Aren inspeccionó la mesa y los restos del desayuno.

—Le traje el desayuno y me marché. Cuando volví estaba así.

—¿Cuánto tiempo pasó?

—Una hora aproximadamente. Estuve con la cocinera en la planta de abajo.

Aren quiso poner los ojos en blanco. Hacer de detective nunca le había gustado demasiado. Puede que aquellas dos muertes encerrasen algo más o puede que Dudu Otrovan y Zilon Donn se hubiesen ganado un enemigo común.

—Llame a uno de los guardias y pídale que suba.

—Sí, señor.

Allí había cosas de mucho valor y no parecían haberse llevado nada. Se acercó al archivador. Cada cajón tenía una cerradura y ninguna estaba forzada.

El guardia apareció en la puerta y le dedicó a Aren un asentimiento.

—Que lleven el cuerpo a los sanadores y lo miren. Con carácter prioritario.

—Sí, señor.

Quizás aquella misión era justo lo que necesitaba: una distracción. Algo que consumiese todo su tiempo y energía para no dejarle pensar en nada más.

Salió a la calle. El sol ya se había puesto por completo y caía una suave llovizna. Miró hacia el norte, al enorme palacio. No le apetecía en absoluto volver a casa. Podía informar a su padre más tarde, tampoco había nada nuevo.

Quizás ir al Zorro Escondido fuese una buena idea. Al fin y al cabo, tenía que investigar, y sabía que allí solía reunirse la alta sociedad de Oed.

Dio un rodeo por el barrio de los teatros para evitar pasar por la Plaza de Conquista y ver la Academia. En cuanto terminase la formación rhydra, pediría los Páramos como destino y se apuntaría a la primera expedición a las tierras de los devoradores.

Solo quería olvidar, dejar de desangrarse poco a poco cada nuevo día.

Capítulo 4

Su traje se fundía con la noche mientras saltaba de un tejado a otro. La lluvia resbalaba por el cuero oscuro y escamado, aunque le caló la capucha. Se colocó bien el velo que le cubría el rostro hasta la nariz.

Paró en el edificio frente al Zorro Escondido. El cartel estaba iluminado por unos candelabros que desprendían luz rojiza. Había algo en ese lugar que la atraía igual que la miel a las abejas. Se recolocó la capa y se agazapó tras una chimenea. Respiró profundamente, dejando que el aroma de la lluvia le llenase los pulmones.

La luna se asomó ligeramente entre las nubes. Se acercaba la medianoche: su hora favorita. Se mordió ligeramente el labio y sintió el poder rugiéndole en las venas, bajando por sus brazos hasta sus dedos cubiertos de cadenas de metal. Estaba comenzando a recuperarse del último ataque.

Abajo se oían risas y pasos que chapoteaban en los charcos.

—¿Dónde te metiste anoche? Te perdiste una partida impresionante. Puzav estuvo presumiendo de haber cazado un hada —se mofaba alguien.

—Tenía asuntos que atender —respondió el otro en tono cortante.

—Zilon no ha vuelto a aparecer desde que lo desplumamos hace dos noches —rio el primero.

Desde las alturas, escondida tras la chimenea, sonrió complacida al horizonte. Se estremeció al recordar la noche de la que hablaban, lo fácil que le había resultado todo.

—¿Habéis visto quién está dentro? —susurró alguien.

—El pequeño heredero —contestó otro, arrastrando las palabras con malicia.

«Interesante», pensó. Aquel lugar era una mina de oro. Su contacto sabía lo que hacía. Eso le añadiría algo de emoción a la caza. Ah, no podía esperar más; le temblaba el cuerpo de anticipación.

—Vamos a cerrar —le informó la camarera.

¿Por qué tenía los ojos donde debería tener la boca y por qué la boca se le movía en círculos por la cara? Parpadeó. Ah, no, todo estaba en su sitio; solo estaba muy borracho.

Soltó una carcajada en dirección a su vaso vacío. Maldito licor de brujas, pegaba fuerte.

—Bien. Bien —dijo, o eso intentó. La camarera solo oyó una serie de gruñidos sin sentido.

Aren se levantó del taburete en el que llevaba sentado toda la noche, chocándose con un tipo

muy bajito que llevaba un sombrero de copa y un bastón. Tenía un bigote más ancho que su cara, y a él le pareció gracioso. Su rostro parecía comprimido y diminuto, como si se lo hubiesen atado a ese bigote. La idea le provocó a Aren un ataque de risa incontrolable.

El tipo le dijo algo al pasar, pero no lo entendió.

Salió a la puerta de la calle detrás de él y lo mojó una suave llovizna. No había traído su capa. ¿O sí? Bah, qué importaba.

La calle ondulaba bajo sus pies. Un momento... ¿La habían hechizado? Desde luego, alguien parecía querer tirarlo al suelo. Pero su equilibrio era perfecto. Se chocó con una pared de ladrillo y se golpeó el hombro.

No, no era una pared de ladrillo: era el suelo. El suelo de piedra. «Vaya». Se levantó dando un traspié tras otro. Se había mojado un poquito. Una lástima.

El hombre del bigote iba ya varios metros por delante de él. La lluvia aclaró ligeramente su mente embriagada. Llevaba dos noches yendo al Zorro Escondido a «vigilar» a los consejeros, aunque todo lo que había hecho hasta el momento era beber y perder el tiempo.

El señor del bigote giró en una esquina y Aren lo perdió de vista. ¿Quién había puesto tantos obstáculos en su camino? No paraba de tropezarse. Giró agarrándose a la pared. El hombre bajito estaba a unos diez metros delante de él, pero ya no iba solo: alguien lo seguía desde atrás.

La figura, encapuchada y cubierta por una capa, se giró en su dirección como si hubiese percibido su presencia. No tenía rostro, solo había... negrura. Aren parpadeó otra vez por si su mente le había vuelto a jugar una mala pasada, pero, cuando volvió a enfocar la vista, la persona ya no lo estaba mirando.

Una luz azulada brilló en las manos de esta. Se movió tan deprisa que el chico tuvo que cerrar los ojos para no marearse. La figura misteriosa pareció agacharse un segundo y al siguiente salió corriendo.

Aren juraría haberla visto subir por la pared hacia uno de los tejados y desaparecer allí. Levantó la vista para seguir su rastro, pero chocó con una farola y cayó al suelo perdiendo el conocimiento.

—Señor Aland, ¿se encuentra bien? —dijo una voz cerca de su cara mientras lo sacudían.

Aren se movió a través de la bruma de sus sueños y se incorporó a toda prisa con un jadeo. Estaba en la calle: en una acera, más concretamente. Y, por el tono del cielo, estaba prácticamente amaneciendo. ¿En qué momento...?

Una guardia del Deirnas estaba agachada junto a él con la mano apoyada en sus hombros. La apartó rápidamente cuando percibió la mirada de Aren en esa dirección.

—He dormido en sitios mejores... Pero al menos hoy he dormido, así que no me quejo. —Se desperezó y se puso de pie.

Le dolía cada centímetro del cuerpo y aun así... había descansado. Hacía semanas, meses que

no dormía más de un par de horas seguidas.

—El Deirnas le está buscando.

Aren se pasó las manos por el pelo. En serio, tenía que cortárselo pronto.

—Qué sorpresa... —comentó irónicamente.

—Hay una barca esperándole en el canal para llevarle a palacio —explicó la guardia.

Si habían matado a algún consejero estando él de fiesta, su padre iba a agarrarse un buen cabreo. No debería haber bebido licor de brujas, ese brebaje te licuaba el cerebro.

Se montó en la barca, que extendió las velas hechizadas con aire, y comenzó a avanzar a toda prisa hacia el palacio. El conductor esquivó varias embarcaciones con gran habilidad. El movimiento mareó a Aren y tuvo que cerrar los ojos.

Se esforzó por rememorar la noche anterior. Había llegado al Zorro Escondido temprano y había estado observando a algunos de los consejeros que estaban por allí, oyendo sus aburridas conversaciones. Ninguno parecía sospechar nada de la ausencia de Zilon.

—Suelen venir varias noches a la semana y juegan a cartas —le había contado la camarera cuando él le preguntó por los consejeros.

—¿Ha venido alguien nuevo por aquí últimamente?

—No, nadie. Los habituales.

Los sanadores estaban trabajando en el análisis del cuerpo de Zilon, tenía la misma marca que Dudu Otrovan, pero en el hombro. Un dhoga las estaba investigando. No tenía ningún cabo del que tirar. Así que había decidido apostarse en el Zorro con la idea de vigilar a los consejeros y observarlos detenidamente.

La noche anterior había hablado un rato con la camarera, no se acordaba de qué. Y luego había pensado que podía seguir a alguno de los consejeros de vuelta casa. No recordaba a quién había escogido...

Se tocó la ropa; todavía estaba un poco húmeda. Estaba lloviendo cuando salió a la calle y... Nadó a través de la bruma de sus recuerdos. Las imágenes estaban distorsionadas, incompletas. Simples retazos...

—¡Maldita sea! —Dio un respingo—. Acelera —le pidió al conductor.

La figura cubierta con una capa seguía a alguien.

Bajó antes de que la barca se detuviese del todo y entró por la parte lateral del palacio. Subió las escaleras de dos en dos hacia la torre donde estaba el despacho de su padre. Olía a alcohol y estaba hecho un absoluto desastre, pero aquello no podía esperar.

Llamó a la puerta.

—¡¿Dónde estabas?! —gritó Aeris abalanzándose hacia él.

Tenía las puntas de las orejas rojas. Estaba muy cabreado.

—Siguiendo una pista.

La enorme mano de Aeris se cerró en torno al cuello de Aren, dejándolo sin respiración.

—¿Cómo crees que me deja que encuentren al heredero durmiendo tirado en el suelo de la

calle?

«A mí me ha dejado con dolor de espalda», quiso responder Aren. En cambio, simplemente dijo:

—Lo siento.

El morado de los ojos de su padre se movió como fuego líquido. Él no tenía las franjas sidh, prueba de que había nacido *faerie*.

—Eres una vergüenza. Una deshonra. No eres el hijo que yo merecía. Aquel malnacido me quitó lo que era mío y yo tuve que...

El aura verde oscuro, casi negro, de su padre se curvó. Aren no cerró los ojos, como hacía cuando era pequeño. Levantó la barbilla: nunca le daba el placer de verlo sentir miedo.

—¿Podemos seguir con la conversación? —preguntó en tono estrangulado.

Aeris no lo soltó sin antes asegurarse de haberle dejado un buen moratón en el cuello con la forma de sus dedos.

A Aren le temblaron las manos y apretó los puños con fuerza.

—Anoche vi a alguien sospechoso cerca del Zorro Escondido.

—Donde estabas bebiendo...

—Fui allí para vigilar a los consejeros y porque fue el último sitio donde estuvo Zilon Donn con vida —contestó conteniendo la rabia—. Esa... persona estaba cubierta por una capa negra y una capucha. Estaba siguiendo a alguien y, cuando me vio, se fue. Pero hizo algo.

—¿El qué?

Aren frunció el ceño para tratar de recordar.

—Se agachó cerca del tipo al que seguía y vi una luz azulada en sus manos. —Aeris curvó una de sus cejas oscuras y tupidas—. Estaba borracho, pero estoy seguro de lo que vi.

—Si no lo hubieses estado habrías podido seguir al sospechoso en vez de haberte caído inconsciente al suelo —bramó su padre—. O podrías decirme a quién seguía.

—Puedes mirarlo desde esa perspectiva o puedes pensar que, si no hubiese ido allí, no tendríamos nada.

Se sentó en una de las sillas acolchadas.

Aeris lo miró lleno de una ira homicida que al instante se transformó en desprecio y decepción. Aren apartó la mirada.

—Ya están los resultados del examen de Zilon. No había veneno en la comida ni en su sistema. Todo es exactamente igual que con Otrovan. —Aren se puso de pie de forma perezosa y se dirigió a la puerta—. Me gustaría que te lavases y adecentases. Y cuando hayas terminado, ve a la mansión Nord a entrenar con Axel. Me parece que necesitas ponerte en forma. —Aren se quedó congelado. El aire se le atascó en el pecho, tan apretado que pensó que le aplastaría los pulmones. Su padre pareció absolutamente complacido con la expresión de pánico y dolor de su hijo—. No trates de engañarme: le preguntaré personalmente a Grianan si has ido.

La garganta de Aren se movió tensa según tragaba. Su padre no tenía forma de castigarlo; no

tenía amigos a los que herir o de los que separarlo. Y sus castigos físicos habían dejado de amedrentarlo. No tenía objetos que apreciase que pudiese destruir. Durante todos esos años, había aprendido que cuantas menos cosas amase o fuesen imprescindibles en su vida, menor capacidad tendría su padre de hacerle daño.

Lo único que le quedaba era eso: obligarlo a usar su poder. Obligarlo a pelear con Axel, porque sabía que este era el único capaz de sacar la peor versión de él. Lo que su padre no sabía era que ahora había un motivo de mucho más peso, algo mucho peor en aquella mansión. Algo por lo que no quería ir, por lo que de verdad se veía incapaz de ver a Axel.

Y, sin quererlo, había encontrado la forma de quebrarlo, de castigarlo de verdad.

Capítulo 5

Desde que habían terminado las pruebas, los habían trasladado a la quinta planta. Podían escribir a sus familias y comunicarse con el resto del mundo sin dar datos de otros miembros de los rhydra o de los ganadores de las pruebas.

Ya no compartía habitación con Blue. Ahora tenía un espacio más pequeño para ella sola, aunque estaba más lleno y abarrotado que su primera habitación: había comprado pergaminos en la ciudad y tenía una montaña de libros apilada en el escritorio. Nuevas prendas de ropa llenaban su armario: las oficiales de los rhydra, con su número de identificación, y otras para cuando estaba fuera de servicio. Algo de maquillaje...

Todo aquel pequeño desorden hacía que la habitación se sintiese más acogedora, más suya.

Había guardado la hoja del registro de encarcelados robada en el cajón con su ropa interior, bien escondida. Volver al Archivo al día siguiente había sido una pesadilla. Le temblaba todo el cuerpo y no paraba de pensar que en cualquier momento alguien iría a detenerla. En cuanto hubo terminado de arreglar el desastre que había armado tirando el fichero, se largó a toda prisa.

Estaba estudiando la normativa rhydra en busca de alguna pista sobre qué podía significar esa estrella. Pero no aparecía por ninguna parte. No había ninguna pena tipificada con ese símbolo.

Lo único que había averiguado era que los encarcelados por largos periodos o los sentenciados a muerte iban a la colina hueca. Sin embargo, no había más información. Nada sobre cómo llegar, dónde estaba o qué características tenía.

—Te veo muy ocupada —dijo una voz grave y profunda a su espalda.

Cordelia levantó la vista de la pila de libros que tenía esparcidos por la mesa y se encontró con los ojos serios de Thorn.

—Me tomo muy en serio mi formación —respondió cerrando el libro.

—No has aparecido por la sala de entrenamiento.

—Estoy ocupada, como bien acabas de decir, y la última vez me emparejaste contigo solo para presumir.

—¿Presumir? —La voz de Thorn se quebró ligeramente por la sorpresa.

—Oh, sí. Te pusiste en plan: «Mirad qué fuerte rhydra ser yo y qué débil escudo tener Cordelia». —Comenzó a mover las manos a toda prisa mientras hablaba—. Y luego empezaste con todas esas piruetas. Tengo las piernas llenas de moratones. En serio, ¿quién necesita saber correr saltando entre una hilera de palos? Creo que te diviertes torturándonos.

—¿Has terminado?

—Podría seguir. Podría seguir muuucho —alargó la palabra de forma teatral—. Mucho más si quisiera. Pero no quiero herir tus sentimientos, así que no lo haré. —Le dedicó una sonrisa orgullosa.

Thorn dejó escapar un suspiro. Parecía divertido, más que exasperado o enfadado. A pesar de que siempre estaban discutiendo —o, bueno, más bien ella discutía con él—, se llevaban extrañamente bien. Ahora que casi no veía a Blue, y Wynd... —se guardó el pensamiento—, él era la persona con la que más hablaba.

—¿Con qué estás tan ocupada?

—Estoy estudiando. He encontrado en qué quiero especializarme.

—¿Quieres especializarte en... sentencias? —Se asomó por encima de su hombro mirando los títulos de los libros.

—Bueno, atrapar a la gente no es exactamente lo mío. Ya hemos establecido que la pelea no es mi fuerte, pero esto —se señaló la cabeza con una uña pintada de rojo— sí que lo es. Mis padres siempre me han dicho que soy muy perspicaz y persuasiva. Así que sería muy buena juzgando las penas que deben imponerse.

Thorn curvó una de sus cejas rojizas.

—No es fácil llegar tan alto.

Cordelia apoyó la barbilla en la mano y lo miró con su expresión más decidida.

—¿Me puedes recomendar alguna guía útil para empezar?

Thorn se cruzó de brazos y la estudió con atención. Tenía unos brazos enormes, al igual que sus manos. Todo él era enorme, en realidad: debía de estar cerca de los dos metros. A su lado, Cordelia, que nunca había sido considerada ni pequeña ni menuda, casi lo parecía.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Ella se puso de pie, se cruzó de brazos imitando la postura de él y levantó la barbilla para mirarlo. La boca de Thorn se curvó de forma imperceptible hacia arriba.

—Estoy muy segura. Y te diré más: que sepas que cuando me propongo algo no lo dejo a medias. Recordarás que hace unos meses conseguí que me dijeras cómo estaba Blue. —Arqueó las cejas, complacida consigo misma—. No te quedó más remedio que ceder ante mi imperturbable actitud. Soy dura, aunque no lo parezca.

Thorn se inclinó ligeramente hacia ella. Cordelia tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—Muy bien, Blean —dijo llamándola por su apellido—. Entonces voy a hacer algo mejor que darte un libro.

Aren se pasó por el Helisa antes de poner rumbo a la mansión de Grianan.

—Un ataque mágico desconocido: eso es lo que me sugiere esta marca. —La sanadora señaló el hombro del cuerpo sin vida de Zilon Donn—. Parece algún tipo de hechizo de gran poder, esa

es la conclusión a la que ha llegado el dhoga al que hemos consultado. Vamos a dejarles los cuerpos para que les hagan más pruebas, a ver si pueden averiguar algo del tipo de magia que es.

La marca tenía forma de medialuna; un corte muy superficial. Alrededor, la piel se había consumido hasta volverse negra. Algo similar a la noche tragándose la luz.

Las protecciones de la mansión de Zilon indicaban que no había entrado ni salido nadie de allí. El ama de llaves y la cocinera eran sidh menores y, por lo tanto, no tenían el poder para hacer algo así. Y Zilon era mucho más fuerte que ellas, podría haberse defendido, pero no había rastro de pelea ni de veneno en su sistema ni de cualquier tipo de encantamiento aturdidor. Todo estaba limpio. Perfecto. Parecía... imposible.

Había leído los informes sobre la muerte de Otrovan: el único sospechoso plausible era su marido. Tenía el poder necesario para utilizar magia de primera orden, y la víctima confiaba en él, por lo que no tenía que someterlo... Pero eso seguía sin explicar la muerte de Zilon Donn y cómo había ocurrido. Ni la presencia desconocida y sospechosa que había visto la noche anterior.

Aunque podía ser una simple coincidencia. No se había encontrado muerto a ningún consejero más.

Se paró frente a la puerta verde del pequeño palacio de Grianan. Tenía engarzado en oro el escudo del remolino del orden: un sol con una sucesión de estrellas rodeándolo en perfecta proporción áurea.

Su poder tembló enfurecido y hambriento. Tenía pesadillas con esa casa, con aquella noche. Llevaba meses soñando que volvía y que reducía todo ese lugar a polvo con Axel dentro. A veces le asustaba lo mucho que la idea le gustaba.

Al fin y al cabo, Aren era hijo de quien era. Y estaba seguro de que había heredado lo peor de su padre.

No tuvo que llamar siquiera a la puerta; Shown abrió antes de que pusiera un pie en el umbral. Aren sonrió: los sofisticados hechizos de Grianan.

—No te esperábamos por aquí.

—Mi padre me manda a hacer una visita de cortesía.

—Cortesía, ¿eh? Hace más de un año que no vienes a una de esas.

Shown lo sabía bien: había estado presente en las anteriores.

—Bueno, ya sabes que somos el futuro de nuestro reino. Tenemos que mantenernos... Lo que sea. ¿Está aquí? —preguntó con cierta impaciencia.

Shown dio un par de pasos hacia atrás, permitiéndole entrar.

—Has tenido suerte, justo acaba de llegar.

Aren tardó un par de segundos en decidir mover las piernas y meterse en ese agujero. Respiró profundamente cuando entró en el vestíbulo, como si de alguna forma pudiese encontrar el rastro de ella. Pero no, no había nada de Wynd en el ambiente. Se preguntó si estaría allí siquiera.

Axel apareció en las escaleras. Llevaba una camisa desabotonada y unos pantalones perfectamente planchados. Estaba más delgado que la última vez que lo había visto. Si su estúpida expresión de sabelotodo no lo hubiese distraído, Aren se habría dado cuenta de que también parecía cansado.

—¡Qué agradable visita! —exclamó Axel con su habitual cadencia musical.

—Ya sabes, me encanta venir a tomar el té contigo y que charlemos sobre la falta de acero de dragón en las canteras del norte; o de lo bien que nos va en el avance hacia el mar Sykraa; o sobre que en el Kraj se estrena pronto un *ballet* de ánimas muy interesante.

Axel inclinó la cabeza ligeramente; una muestra de que estaba molesto. Aren sabía cómo exasperarlo.

—La verdad: si hubiese tenido que apostar, lo habría hecho a que no aparecerías por aquí ni aunque fuese el último lugar de la tierra. Sobre todo porque conoces las consecuencias.

Las manos de Aren comenzaron a temblar mientras sentía cómo la presión en su pecho crecía.

—No he venido por... ella. —Pronunciar aquella frase le abrasó la garganta—. Mi padre desea que tengamos uno de nuestros entrenamientos especiales.

Axel sonrió muy ligeramente y bajó las escaleras. Fue hacia el jardín sin pronunciar palabra. Aren no pudo evitar mirar hacia arriba cuando pasó junto a la escalera.

Shown estaba junto a la puerta del jardín con los brazos cruzados. Desde que eran pequeños, siempre había supervisado los duelos de ambos, por si se les iba de las manos. Aunque ahora poco podría hacer.

Axel se abotonó la camisa y se colocó frente a él. ¿Por qué había adelgazado tanto? ¿Qué le ocurría? A Aren no es que le importase su salud, pero era llamativo.

—No te veo muy en forma.

—Podría decirte lo mismo. ¿Malas noches? —dijo Axel con fingida preocupación. —Aren apretó los dientes—. Yo he estado durmiendo a pierna suelta, por si te lo preguntas.

La nube de oscuridad fue apoderándose poco a poco de su cerebro, y él se lo permitió. Había tenido un día horrible. ¿Qué día? Meses.

—Siempre has sido un mal perdedor —siguió Axel—. Eres como un niño, no soportas que te quiten tus cosas. No soportas la presión ni la pérdida. Tu padre sabe eso; ve la debilidad en ti.

Recordaba aquella mañana con claridad meridiana: los ojos de Axel, su sonrisa astuta, la soledad, la agonía, la devastación; la caminata al palacio, sintiendo que con cada paso que daba dejaba atrás un trozo de su alma; la ira de su padre. Y después el dolor, las noches en vela, la tortura de las pesadillas, el odio acumulándose, la rabia.

El brazo izquierdo le tembló, y sintió la descarga de energía llegarle hasta la punta de los dedos, que comenzaron a teñirse de negro.

La humillación de su padre aquella mañana. Oh, Aren sabía perfectamente que él habría preferido que Axel fuese hijo suyo. Estaba obsesionado, como si fuese algo que le hubiesen arrebatado por entregarle al hijo equivocado.

—No tienes que contenerte, no sé por qué lo haces siquiera. Nunca he comprendido por qué tratas de frenar tu poder. ¿Te avergüenzas?

La oscuridad cubrió por completo la mente de Aren. La voz de Axel, los ruidos de la ciudad y los sonidos que los rodeaban fueron sustituidos por un fuerte rugido.

Se le nubló la vista hasta que dejó de ver. Y entonces, se hundió por completo en su poder, dejó que las sombras lo atraparan por completo: les cedió todo el control.

Capítulo 6

Cordelia estaba en un salón de té, cerca de la plaza de la Conquista. Había subido hasta el tercer piso, que estaba prácticamente vacío, y se había sentado junto a la enorme ventana que daba al canal. Se había llevado uno de los libros que estaba estudiando, pero no paraba de distraerse.

¿Qué habría querido decir Thorn con lo de ayudarla? Había intentado sonsacarle algo más, pero era un hueso duro de roer. «Maldito hombre imperturbable», pensó.

Sentía un enorme vacío en el pecho. Hacía un par de meses, habría ido corriendo hasta su habitación y les habría contado a Blue y Wynd lo que había averiguado. Lo habría compartido con ellos, habría buscado su apoyo.

Recostó la cabeza en la mano y suspiró. Echaba de menos a su amiga. A veces sentía como... como si en realidad nunca hubiese existido. Nadie hablaba de ella, nadie la mencionaba. Cualquier rastro de Wynd se había volatilizado sin más.

—¡Hay fuego! —gritó alguien en la planta de abajo.

Cordelia se puso de pie a toda prisa, pillada por sorpresa. Miró a su alrededor con el corazón martilleándole en el pecho. Las pocas personas que estaban en la sala parecían igual de desconcertadas. Hasta que alguien señaló la ventana a su espalda.

—Es fuera —dijo el desconocido.

A través del cristal, podía verse una enorme columna de cenizas ascendiendo hasta el cielo.

—Parece que es el primer cuadrante —comentó otra persona.

Y casi al mismo tiempo, se oyó la alarma de la Academia. Cordelia dio un respingo, asustada. Tardó unos segundos en reconocer que aquella era una llamada a todos los rhydra, incluida ella misma. Recogió sus cosas atropelladamente y salió corriendo a toda prisa.

La primera vez que Aren había permitido que aquel poder lo dominase, solo tenía nueve años. Ese día, Grianan había ido al palacio a discutir unos asuntos con su padre y se había llevado a Axel. Por aquel entonces, los niños todavía se llevaban bien, y Aren lo consideraba incluso su amigo.

Habían bajado a los jardines traseros, los que estaban junto a la muralla. Estaban comiéndose una manzana cuando Aren había sentido que alguien los observaba. Al mirar a la niña, supo al instante que era humana. Axel tardó unos segundos más en notarla, y cuando la miró... Fue la primera vez que Aren vio aquella expresión calculadora en los ojos de su amigo.

Axel sacó unas cuchillas redondas de su cinturón y comenzó a lanzárselas a la humana.

Aren no comprendió del todo qué había visto su amigo en ella que le había hecho reaccionar así.

Pero ese no había sido el problema. Aren no le dio mayor importancia a aquel incidente: para cuando volvieron al Palacio se había olvidado de lo ocurrido.

Entonces, Axel lo contó:

—Una niña hostil —había dicho— nos estaba observando cerca del muro. Quería colarse, pero me he ocupado de ella —comentó orgulloso estirando el cuello.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Grianan.

—Le he lanzado mis discos de metal, pero creo que ninguno la ha alcanzado.

—¿Y tú que has hecho? —le había preguntado a Aren su padre.

Aren lo había mirado sin comprender.

—Nada. Era una niña humana. No era peligrosa. ¿Qué importa?

Recordaba a la perfección los ojos de Grianan abriéndose ligeramente sorprendidos. Y el silencio tenso de su padre.

Cuando ambos se habían marchado, el Deirnas le pidió ir a su despacho. Y en cuanto cerró la puerta, le pegó.

—Padre... —se había lamentado él.

—Que el propio heredero no entienda por qué no hay que dejar que una niña cyxi se acerque al muro y que encima lo diga en voz alta... ¿Sabes lo que supondría para nosotros dejar que una de esas alimañas entrara aquí? Los humanos... no son más que deshechos, ¡son lo más bajo que hay en este mundo! —había gritado con rabia. Y volvió a golpearle en la cara—. Que el hijo de esa... —Apretó la mandíbula con fuerza—. Me has avergonzado delante de ella. ¡De ella precisamente! —Lo agarró del cuello—. Ese bastardo lo ha entendido y tú no. ¿En qué te convierte eso? ¿Eh?

Lo había empujado con tanta fuerza que se partió el brazo al golpearse contra el suelo.

Fue ahí cuando lo sintió. Una oleada de rabia y odio que clamaban su cuerpo. La oscuridad que llenaba su cabeza. Siempre luchaba contra ello: las voces que lo llamaban, las pesadillas, el poder que ansiaba tomar el control de su cuerpo, que le suplicaba. Llevaba luchando contra ello desde que tenía memoria. Pero aquel día había perdido el control: la oscuridad lo había cegado, había sentido un rugido en los oídos.

El miedo se había apoderado de su cuerpo y encontró que el único lugar donde podía refugiarse era en las sombras de su cabeza. Y ese poder tomó el control para protegerlo y defenderlo. No era más que una bestia herida atacando, deseando destruir aquello que le hacía daño.

Aquel poder despertó una sed de sangre que no había sentido nunca antes: una sensación voraz, abrumadora, hambrienta y codiciosa. El convencimiento de que nada podía herirlo, de que podía acabar con todo, de que era indestructible.

Había dejado que esos deseos lo arrastrasen.

Y cuando volvió en sí, el despacho de su padre había sido reducido a cenizas.

Aren estaba de rodillas en el suelo negruzco del jardín trasero del palacio de Grianan. Axel, recostado contra la pared de ladrillo, sangraba por la nariz y la boca. Parecía bastante malherido.

Una nube de polvo oscuro, como el de las estrellas al morir, flotaba en el ambiente. Los árboles, el césped, las flores: todo había sido consumido. Apagado para siempre.

Aren parpadeó tratando de enfocar la vista. De volver a recuperar el control de sus sentidos. Justo frente a él, tirado en el suelo, estaba Shown. O lo que quedaba de él. La visión le revolvió el estómago.

En la puerta estaba Grianan, observándolo en silencio. Había lanzado un escudo protector para aislarlo, por si volvía a perder el control. Detrás de ella había varios guardias rhydra.

Había sido él. Había dejado salir su poder y había matado a Shown, que seguramente intervino para tratar de proteger a Axel.

—Mandad un mensaje al Palacio de Cristal. Decid que convoco inmediatamente al Deirnas y despejad la entrada de mi casa; no quiero curiosos —dijo Grianan sin apartar la mirada ni un ápice de los ojos de Aren.

Capítulo 7

Encerrado. Llevaba dos días encerrado en la parte más baja de la Academia, a kilómetros de la superficie. El aire era tan denso que costaba respirar, y el calor era casi insoportable. No se oía absolutamente nada, allí el silencio era una presencia más. Apenas una luz tenue. Nada que le indicase que el tiempo estaba pasando, excepto las dos visitas que había recibido con comida. Una al día.

El castigo por haber matado a Shown, por haber destrozado el jardín de Grianan, por haber alarmado a la ciudad con una nube gigantesca de polvo y cenizas.

Un castigo que era una farsa; su padre estaba encantado. Lo había mirado con los ojos brillantes de satisfacción porque por fin había vuelto a usar todo ese poder. Él había matado a un hombre y a su padre le daba igual.

Había permitido que lo encerraran simplemente por puro protocolo y porque no quería iniciar una guerra con los rhydra, al menos no todavía.

Y él... él se había sentido tan cansado, tan... asqueado que tampoco le había dado importancia. Llevaba años reprimiendo ese poder, esa voz que le pedía más. Dejaba salir solo un poquito cuando era estrictamente necesario, como en la cuarta prueba, cuando tuvo que librarse del lobo huargo. Pero cada vez que lo hacía, se sentía atormentado, aterrorizado por la clase de sentimientos que despertaba en él. Aquel poder parecía una maldición.

Era un monstruo. Y aunque le gustaba fingir que no le importaba, sí que lo hacía. La certeza de que podría matar a cientos con ese poder, el ser consciente de que cada vez estaba más cerca de convertirse en una simple máquina de matar —algo que a su padre le encantaría, por otro lado —, lo atormentaba.

Por eso evitaba usarlo. Pero ahora se preguntaba si de verdad importaría, si aquel destino no acabaría imponiéndose igualmente y estaba luchando una batalla perdida.

Rendirse, hundirse en la marea oscura de su cabeza lo tentaban cada vez más. Ya no le quedaba nada ni nadie a quien amase de verdad. Una vez, hacía muchos años, había tenido un amigo que resultó ser un traidor astuto y rastrero. Había perdido demasiado pronto a su madre, y su padre se merecía arder en el averno durante toda la eternidad.

Y él... Oh, él mismo tampoco se merecía nada. No era mucho mejor que Axel o su padre. ¿Podría intentar ser mejor persona? Podría. Pero ¿qué sentido tendría? ¿Qué tenía esa vida que le pudiese interesar? Ser el jodido heredero nunca le había importado. No soportaba las intrigas de la política.

La perspectiva de una larga vida lo aterraba. La idea era como un abrazo de soledad tan amargo que se le contrajo la garganta. ¿Qué tenía aquella vida para ofrecerle?

En ese momento no se le ocurrió nada.

Un par de golpes en la puerta le hicieron girarse con un sobresalto. Cerró el libro que estaba leyendo y sonrió a Axel. Todavía se le notaban varios moratones en el rostro.

—Me han dicho que has preguntado por mí —dijo sentándose en la cama.

—No has venido en dos días.

—¿Has oído lo que pasó?

—Fue...

—Aren Aland. Te hablé de él, ¿recuerdas?

Wynd frunció el ceño y asintió. Apretó los labios con fuerza.

—Me acuerdo muy bien de ese nombre. Me engañó para entregarme a su padre. Me hizo creer que me...

—Que te amaba.

Las manos de Wynd se cerraron en puños tan apretados que se le pusieron los nudillos blancos. La ira ardió en su piel. Su mandíbula estaba tan tensa que un músculo palpitaba en su mejilla. Se sentía humillada y traicionada.

—Vino a cobrarse su venganza conmigo.

Wynd se levantó de la silla y se sentó junto a él en la cama.

—Quiero seguir entrenando. Necesito avanzar más deprisa —pidió ansiosa.

—Estarás preparada para cuando llegue el momento, tranquila.

Axel parecía agotado. Tenía ojeras azuladas y la piel pálida y estirada sobre los huesos del rostro.

—¿Qué te pasa? —dijo ella acariciándole el pómulo. Llevó la mano hasta su oreja y le colocó un mechón de pelo rubio tras ella.

Axel medio sonrió.

—¿Sabes algo que tenemos en común tú y yo, Wynd? Ambos hemos tenido unos padres negligentes. Y a ambos se nos quitó la oportunidad de crecer con normalidad. Tú padre y mi madre fueron tan ambiciosos que, cuando quisieron darse cuenta, lo habían perdido todo. Y nos han arrastrado con ellos. —La franja luminosa de su ojo derecho titiló—. Estamos pagando por sus errores y decisiones. ¿No crees que deberíamos decidir nuestro propio camino?

Wynd dejó caer la mano de su pelo y apartó la vista para clavarla en las palmas de sus manos, como si las líneas que las cruzaban tuviesen la respuesta a algún secreto.

—No entiendo qué quieres decir.

—Aeris nos quitó algo muy importante a ambos, y Aren va a perpetuar su camino. Y si no es él, otro lo seguirá. ¿No crees que habría que acabar directamente con la raíz del problema? —

expuso Axel agarrándola del hombro para que lo mirase—. A veces hay que destruir para construir. ¿Entiendes? Mi madre no lo ve así, y por eso, después de todos estos años, seguimos igual.

—¿Quieres acabar con el Deirnas? —comentó ella arqueando una ceja.

—Quiero ir mucho más allá.

—Y yo te dije que te ayudaría. Prometí que haría todo lo posible por reestablecer el equilibrio. ¿Confías en mí? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

Axel la sostuvo con fuerza, clavándole los dedos.

—Wynd, tú eres la pieza que faltaba. Esto no va sobre venganza, no va sobre el pasado. Eso no nos importa. Nos importa el futuro. —Cogió aire—. Ya lo verás.

Ella asintió y sonrió ligeramente.

Axel tomó un mechón de su cabello rubio plateado y lo acarició entre los dedos. Aren no la reconocería. Sí, por fuera seguía pareciendo la misma, pero por dentro no quedaba nada de la antigua Wynd.

Él no necesitaba ser más fuerte que Aren para destruirlo, solo más inteligente. Lo había aprendido de bien pequeño. Aren acabaría destruyéndose a sí mismo si Axel jugaba bien sus cartas. Y él tenía la mejor mano.

Capítulo 8

«A las seis en punto en la puerta de la Academia», le había dicho Thorn esa mañana al terminar el entrenamiento. Y allí estaba, observando cómo las nubes oscuras iban alejándose hacia el norte. El suelo todavía estaba mojado.

—¿Estás lista?

Thorn llevaba el pelo suelto y le caía hasta los hombros. Estaba vestido de forma casual, sin el uniforme rhydra: pantalones caqui, camiseta gris y chaqueta de piel suave.

—¿Vas a seguir haciéndote el misterioso mucho más tiempo? —Cordelia se había atado el pelo en un moño alto del que escapaban varios rizos. Se había puesto un vestido de terciopelo ligero y largo hasta los pies. Thorn la recorrió con la mirada—. ¿Qué pasa? ¿Tendría que haberme puesto algo distinto? No has querido decirme nada, así que no tenía muy claro si esto sería alguna especie de prueba o test. ¿Sabes una cosa? Eres demasiado silencioso. En serio, deberías comunicarte más. —Lo pensó durante un segundo—. Taciturno. Eso es. Eres tan taciturno.

Thorn puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Ven, no quiero que lleguemos tarde.

—¿No me vas a decir adónde vamos?

—No.

Ella sonrió ampliamente.

—¿Es una sorpresa? Thorn, ¿quieres que seamos amigos?, ¿es eso? ¿O me estás tomando el pelo? ¿Me llevas a las salas de juicio? He visto una. No sé si te lo he dicho, pero mi padre es el cónsul de Róbulo.

—Siempre eres tan...

—¿Habladora? Lo siento, me cuesta...

—No. No me molesta que hables, forma parte de ti. Iba a decir impaciente.

Cordelia levantó la mirada hasta los ojos de Thorn, que estaban fijos en la calle. Parpadeó ligeramente, sorprendida. Los labios se le curvaron complacidos.

—Sí. Siempre lo soy, sobre todo si mi acompañante es tan misterioso. —Carraspeó y le dio un codazo.

—Paciencia, solo hay que caminar un poco más.

—Por cierto...

—¿Sí? —preguntó Thorn, volviendo la cabeza para mirarla.

—Por si te lo estás preguntando, ya somos amigos. Aunque tú seas un rhydra presumido y duro. Puedo pasar esos pequeños defectos por alto porque en realidad me caes bien. —Lo miró satisfecha.

Thorn soltó una risita profunda y le apartó uno de los rizos de la cara. Sus dedos ásperos rozaron la piel suave de la frente de Cordelia. El entrenador se metió la mano en los bolsillos de la chaqueta y volvió a mirar al frente.

Había sido un gesto tan sutil y rápido, tan poco propio de él, que Cordelia pensó que su imaginación desbocada le estaba jugando una mala pasada.

Caminaron durante unos veinte minutos aproximadamente en los que ella le describió al detalle cómo era Róbulo y su vida allí. Thorn le contó que había nacido en Oed.

—Mis padres tenían una tienda de armas. Cuando entré en los rhydra, decidí ir a por el puesto de entrenador para poder quedarme cerca de ellos, pero... —se aclaró la garganta—... tuvieron que marcharse. Ahora los veo menos de lo que me gustaría.

A Cordelia la enterneció que hablase de sus padres con tanto cariño.

Habían dejado atrás la plaza de la Conquista y los edificios gubernamentales y se habían sumergido en el barrio cultural. A lo lejos, habían visto el Kraj —el impresionante teatro principal de Oed— y ahora caminaban por unas sinuosas calles estrechas llenas de salones de té y tiendas.

El suelo estaba empedrado. Los edificios, de unas tres o cuatro plantas, tenían techos geométricos e inclinados y estaban pintados en colores pastel: verdes, amarillos y naranjas pálidos. Eran estrechos y algo destartalados, como si los hubiesen comprimido para que cupiesen más.

La gente se agolpaba bajo los toldos de las tabernas y tomaba café humeante y de aroma intenso. Se oía música y ruido de charlas animadas.

—Por aquí —indicó Thorn.

Giraron hacia un callejón sombrío y sin salida. Al final había un edificio de ladrillo oscuro, con una enorme ventana redonda en la tercera planta y una puerta trapezoidal. Seguramente debería haber sido rectangular, pero la habían hecho mal.

—¿Es aquí? —preguntó Cordelia, mirándolos a él y al edificio alternativamente.

—Sí. Tengo que advertirte que Sibhon es un tanto peculiar.

—¿Quién es Sibhon?

—La persona que hemos venido a ver.

Dio un paso hacia delante. Agarró el llamador de la puerta, un ojo de metal, y golpeó.

Un hombre diminuto vestido de traje abrió. Debía de ser un cruce entre un enano y un mediano. Sacó un reloj del bolsillo de su chaquetilla y miró la hora.

—Llegan dos minutos antes de la cita.

—Sé que a Sibhon no le gusta esperar, Wendel.

Wendel, el enano mediano, sonrió, y sus mejillas redondeadas se tiñeron de rojo. Parecía

contento de recibir visita. Debía de ser bastante viejo, pues todo su pelo era blanco, incluido el de su bigote rizado.

—Te presento a Cordelia. Es una de las aspirantes de este año. Se graduará pronto. —Señaló al hombrecillo—. Y este es Wendel, el asistente de Sibhon.

—¡Hola, encantada! —Wendel le tendió la mano, pero ella se agachó ligeramente y lo abrazó —. Qué emoción estar aquí. Bueno, no sé a qué he venido exactamente, pero vivís en un barrio encantador. Y vuestra casa... Estoy muy emocionada.

Thorn la agarró del codo y la hizo dejar de abrazar a Wendel, que parecía un poco turbado y falto de aire.

El enano se recolocó el traje y carraspeó.

—Seguidme por aquí, por favor.

—¿Ha sido inapropiado? —le susurró Cordelia a Thorn, que contenía una carcajada.

—Más bien inesperado. No creo que el viejo Wendel esté acostumbrado a que lo abracen de repente.

—¿Habré apretado demasiado? —preguntó preocupada. Cordelia siempre había sido de constitución voluminosa, pero ahora que entrenaba estaba desarrollando una fuerza que no sabía que tenía—. Quizás sea más fuerte de lo que piensas.

—Ya sé que eres fuerte, Cordelia. Solo te falta técnica y algo de motivación para entrenar.

—Un día te ganaré en un duelo y te bajaré esos humos.

—Lo espero con ganas.

La casa de Sibhon era oscura y estaba atestada de cosas por todas partes. La mayoría de ellas daban cierto repelús. Cordelia ni siquiera sabría decir qué eran. Sin embargo, no podía negar que tenía cierto encanto.

Subieron a la tercera planta, donde no había habitaciones. Era un único espacio diáfano. Sibhon resultó ser una mujer de largo cabello blanco y estatura media. Tenía la cabeza llena de plumas y cuentas, y llevaba un traje de chaqueta y falda larga.

Estaba de espaldas a ellos mirando hacia el enorme ventanal circular.

—Sibhon, han llegado Thorn Edris y su acompañante, Cordelia...

—Blean —especificó esta.

Sibhon se giró sobre su propio eje. Tenía una mano bajo la barbilla y el otro brazo cruzado bajo el pecho. Llevaba puestas unas enormes gafas de ver, que tenían tanto aumento que sus ojos parecían igual de saltones que los de un tarsio. Cordelia apretó los labios porque la imagen que se formó en su cabeza fue demasiado graciosa.

—Sibhon fue jueza durante cincuenta años. Ahora está jubilada —le explicó por fin Thorn.

—Me ha comentado Solete que estás interesada en especializarte en el sistema jurídico.

Cordelia levantó la mirada hacia Thorn, que cerró los ojos resignado. Tenía las mejillas ligeramente coloradas.

—¿Solete? —preguntó ella.

—Es el apodo de Thorn. Lo conozco desde que era un bebé baboso.

Cordelia apretó los labios con toda su fuerza y le dio un suave codazo a su entrenador.

—Es un nombre precioso. Preciosísimo. Te queda genial, porque tú eres radiante... como el sol —comentó con humor, mirándolo.

Una lágrima se le escapó por el lateral del ojo a Cordelia por el esfuerzo de no reírse.

—Muy bien, graciosilla. Sibhon ha accedido a enseñarte todo lo que debes saber. Yo os esperaré abajo, junto con Wendel. Presta atención.

Cordelia rodeó a Thorn con los brazos. Él se quedó inmóvil un segundo, cogido por sorpresa, y después, muy lentamente, apoyó una de sus manos en la parte baja de su espalda. Un simple toque sin apenas presión.

—Gracias, Solete —dijo ella con voz cantarina mientras se separaba de él.

Thorn dio un paso hacia atrás, turbado; su mano tardó unos segundos más en caer. Estiró los dedos y los apoyó en la pierna. Su pecho se sacudió con una respiración profunda. Abrió la boca y luego la cerró.

—¿Quiere tomar un café, señor Edris? —preguntó Wendel, indicándole con la mano que lo siguiera.

—Sí. —Se aclaró la garganta—. Sí, claro.

Capítulo 9

Cuando terminaron la primera lección, Cordelia se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Se frenó, pensativa, y volvió sobre sus pasos.

—¿Puedo preguntarle algo en confianza?

Sibhon levantó la mirada de su escritorio y asintió.

—Adelante, chica.

—Me han encargado clasificar los registros rhydra en el Archivo y no he podido evitar fijarme en que algunas condenas tienen una estrella de seis puntas dibujada. ¿Qué significa?

El rostro de la mujer cambió por completo. Pasó de estar relajada y sonriente a tensar cada músculo de la cara. Sus enormes ojos se volvieron fríos y distantes.

—Que pasaras las pruebas no te convierte en una rhydra de pleno derecho. No lo serás hasta que no te gradúes y pronuncies el juramento. Hay cosas que todavía no puedes saber, que no estás preparada para conocer. Algunos no lo sabrán jamás, de hecho. —Hizo un gesto hacia las escaleras—. Thorn no lo sabe y lleva años sirviendo. No creo que estés preparada para conocer la respuesta a esa pregunta, que por cierto no deberías ir haciendo por ahí —la regañó.

Cordelia se miró las manos. ¿Por qué todos pensaban que no estaba preparada para enfrentarse a respuestas complicadas? ¿Por qué todos la veían como alguien a quien proteger? Wynd, Blue, Thorn... Incluso en Róbulo había muchos que no creyeron que pudiese enfrentarse a las pruebas.

Era una persona alegre, positiva y dulce, lo que muchos veían como una debilidad. Pero ella era más que eso: era inteligente —lo suficiente como para entender que en su mundo no todo era de color de rosa—, perseverante y valiente.

Estaba harta de que no la tomasen en serio, de que la subestimasen.

—Yo no la conozco bien, señora Sibhon, pero usted a mí tampoco. No he venido a hacerle esa pregunta por pura casualidad. No he decidido tomar este camino a la ligera. Hace dos años, me propuse encontrar a alguien y estoy decidida a hacerlo. Y sé que no tengo el poder de irrumpir en la colina hueca y obtener mis respuestas, pero sí que tengo la capacidad de idear un plan y llevarlo a cabo. No me gustaría que diera por sentado lo que puedo o no puedo soportar. Entré en esa Academia con otras setenta personas. Terminamos diez. —Cogió aire—. Nueve, si contamos que perdí a mi mejor amiga. Estuve a punto de morir más veces de las que me gusta recordar. Estuve a punto de perder a gente que quiero. Tuve que... ver cosas, oír cosas... No sé si en su día tuvo que pasar por las pruebas, pero...

—Cuando yo comencé, no existían los rhydra como tal. No había pruebas tampoco. Nada era como lo es ahora, y no digo que fuese mejor. Todos los que saben qué significa esa estrella han firmado un juramento de silencio. Porque eso fue lo que casi nos llevó a la destrucción hace veinte años. ¿No lo sabes, chica? La gente es más feliz en la ignorancia; más dócil. Hay cosas que, como sociedad, preferimos no saber, no ver, porque así es más sencillo aceptarlas. —Estiró los brazos hacia ella—. No nos manchan. Dejan nuestra moral lo suficientemente en paz como para que vivamos tranquilos, aunque en el fondo sabemos que están ahí, que ocurren y que nos ponen en la posición que tenemos. Cosas que no son gratis, pero cuyo precio no queremos conocer.

Sibhon se levantó apoyando las manos sobre el enorme escritorio. Se inclinó hacia delante y continuó:

—Hace veinte años, perdimos al gran rey y a la mitad de los nuestros por culpa de errores del pasado. Y ahora eso no volverá a ocurrir. Hace años que esa verdad no se cuenta, que se eliminó de nuestra historia. Un cuento, una leyenda que solo algunos libros recogen, y están guardados a buen recaudo. Yo jamás lo habría sabido si no hubiese decidido dedicarme a esto. ¿Crees que estás preparada para que todo tu mundo se derrumbe? No seas idealista. —Sibhon suspiró y se giró hacia el ventanal—. Nos vemos la semana que viene para seguir, si todavía estás decidida a continuar por este camino.

Cordelia se levantó lentamente y observó a la mujer. Vivía sola —no parecía tener a más familia que a Wendel— y escondida en una casa repleta de trastos que era demasiado grande para solo dos personas. Trató de verse reflejada en ella: alguien que sabía una verdad tan terrible sobre su propio reino que no podía compartirla con nadie. ¿Habría escogido la soledad por eso?

Cordelia no era una persona solitaria. Ella siempre había querido tener una familia, alguien a su lado a quien querer; hijos, amigos. Cordelia siempre había tenido mucho amor para dar. ¿Podría cumplir ese sueño si seguía por ese camino?

Pensó en Iver. En lo mucho que significaba para ella, en lo mucho que ella significaba para él. Iver habría movido cielo y tierra para ayudarla, si la situación hubiese sido al revés. Y si no hacía nada por él, jamás podría perdonárselo. No abandonaría a un amigo. Ella no era así.

—Gracias, señora Sibhon. Nos vemos la semana que viene.

—No conocía a nadie a quien le gustasen tanto las espinacas —dijo Cordelia con una sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó Thorn, algo contrariado.

—Porque son aburridas. —Levantó una con el tenedor y la observó—. Parecen hojas muertas.

—Bueno, están muertas —dijo Thorn.

Después de su clase con Sibhon, Cordelia había insistido en invitar a Thorn a cenar como agradecimiento. Estaban en la azotea cubierta de una taberna que se especializaba en comida del

Zaffiras. De fondo, sonaba música de flautas y tambores en una melodía sinuosa que se mezclaba con el murmullo de las conversaciones.

Ella se había decidido por un pastel de queso, verduras y ciruelas. Y Thorn estaba comiendo espinacas aliñadas.

—Solete, eres un aburrido.

Thorn se recogió el pelo en un moñito y la fulminó con la mirada.

—Solo mis padres y... Sibhon me llaman así.

—Y ahora yo también —contestó ella, sonriendo.

—Sabes que podría suspenderte, ¿verdad?

—Sí, pero también sé que no lo vas a hacer. Al menos no sin que esté justificado.

Él sonrió a medias. Estaba guapo, pensó Cordelia; el pelo recogido le sentaba bien. Aquella noche parecía distinto: más relajado, más cercano, más... real.

—¿Cuántos años tienes?

Thorn arqueó las cejas.

—Treinta y dos —respondió.

Ella abrió los ojos con sorpresa: le pareció que, para ser tan joven, Thorn tenía un puesto de mucha responsabilidad. Había ascendido rápido. ¿Cuánto tiempo le llevaría a ella tener el poder suficiente para poder saber dónde estaba la colina hueca y tener acceso a ella?

En momentos como ese, se sentía más sola que nunca. Cargaba con aquel secreto que le pesaba dentro y solo deseaba tener a sus amigos de vuelta. Pedirles ayuda.

Wynd no habría dudado en apoyarla. A pesar de las mentiras, a pesar de sentirse traicionada, lo sabía: Wynd habría estado ahí para ella.

—¿En qué piensas? —susurró Thorn.

—Echo de menos a... alguien.

Thorn permaneció en silencio unos segundos.

—A la chica nikt, ¿cierto?

Cordelia bajó la mirada a sus manos y se estremeció.

—Wynd. Sé que ella... Que era una traidora, pero...

—Que lo fuera no quiere decir que no tengas derecho a echarla de menos, o a que te duela.

Cordelia se sirvió más vino y dio un largo trago.

—A veces tengo la sensación de que... de que esta realidad no es más que un sueño, de que un día me despertaré y seguiremos en aquella noche. —Dio otro sorbito—. Yo escogí su vestido para la ceremonia y a ella le gustó; lo vi en sus ojos. Wynd fue la primera persona que conocí al llegar. Era complicada a veces, pero había algo en ella que me gritaba que la quisiera. Y poco a poco lo conseguimos. Los tres juntos. —Thorn colocó la palma de la mano junto a la suya sin llegar a tocarla, solo dejándole saber que estaba ahí, permitiéndole sentir la calidez de su piel—. Las pruebas fueron mucho más sencillas de superar porque estaban ellos, había algo... —buscó la palabra—, bueno, dentro de todo ese caos y dolor. Creo que sin Blue y Wynd no lo habría

conseguido, y no me refiero a... las pruebas en sí, sino a soportarlo todo mentalmente. Éramos un refugio.

Cordelia estiró la mano y rozó los dedos de Thorn con una caricia suave. Buscó su contacto casi de forma distraída.

—Y ahora... Lo que vivo no me parece real. Me siento... sola, perdida. No tengo claro adónde pertenezco, no tengo claro cuál es mi lugar.

Thorn tomó aire. Le cogió la mano con sumo cuidado, como si su piel áspera pudiese arañarla.

—Perderse no está mal, Blean. Asusta, pero forma parte del camino. Perderte te puede llevar a lugares que no esperabas. —Se aclaró la garganta—. Aun así, si quieres puedo ayudarte a recorrer ese camino; perderse en compañía siempre es más entretenido, y yo contigo nunca me aburro.

Ella sonrió ampliamente y le apretó la mano. Thorn le devolvió la sonrisa —la suya más pequeñita, más mesurada, justo como él era—, pero llena de emociones. A Cordelia le pareció una sonrisa preciosa.

—Gracias —le susurró.

—Cuando quieras —le contestó él.

Capítulo 10

Haluros Klein estaba tirado en el suelo de su baño con los pantalones bajados y sin camisa. Llevaba varios días muerto.

Aren cruzó los brazos y lo observó desde arriba. «Maldita sea», se dijo. «Por todos los dioses, maldita sea», se lamentó. Estaba seguro a un noventa y nueve por ciento de que aquel era el tipo al que había tratado de seguir al salir del Zorro Escondido. Tendría que confirmarlo con la camarera.

Y si lo era, algo que tenía prácticamente claro, confirmaría que la persona de la capa era la asesina o tenía algo que ver en ello.

Su padre iba a darle otra paliza.

Se masajeó las sienes; le dolía la cabeza. Estaba destrozado. En cuanto había salido libre de su castigo, un guardia del Deirnas le había estado esperando en la puerta de la Academia con la noticia.

Tres muertes. Tres miembros del consejo. Aquello comenzaba a pasar de preocupante a alarmante.

Haluros tenía un corte en forma de medialuna en un pliegue de la pierna derecha y los alrededores negros. La misma marca que Otrovan y Donn.

—¿Por qué han tardado tanto en encontrarlo? —preguntó Aren.

—Vive solo. Vivía —le explicó el guardia que había ido a buscarlo.

—¿No tiene criados?

—Despidió a la última ama de llaves hace cinco días. No le duraban demasiado.

Dudu Otrovan había muerto la misma noche al volver a casa. Zilon Donn a la mañana siguiente. Haluros Klein aproximadamente entre la tarde y la noche siguientes. ¿A qué se debía esa diferencia en los tiempos? ¿Por qué algunos duraban más y otros menos?

—Manda el cuerpo al Helisa y que lo estudien junto a los otros dos.

No le apetecía ir al Palacio y ver a su padre. Lo culparía por la muerte de Klein, le echaría en cara su incompetencia, y estaba seguro de que sacaría a colación el asunto de la mansión de Grianan. Pero él simplemente no estaba preparado para hacer frente a su ira ni a su regocijo; no estaba de humor para pelear con lo que ciertas cosas que su padre le decía despertaban en su interior.

Tampoco podía ir al Zorro Escondido sin más. Ahora que sabía que su mayor sospechoso rondaba la zona, necesitaba su equipo de combate y una estrategia clara si quería atraparlo.

Podía volver a la Academia. Tenía una habitación allí con sus cosas... Aunque la idea no le entusiasmaba demasiado. La situación estaba complicada entre él y los rhydra en ese momento.

Caminó sin rumbo, perdido en sus pensamientos. Y para cuando quiso darse cuenta ya estaba en la plaza de la Conquista. Miró las enormes puertas de la Academia con gesto serio.

—¿Estás intentado asustar a la gente que pasa? —le preguntó una voz familiar.

Pelo azul ondulado y puntiagudo, ojos rasgados de brillo apagado y esa aura con la marca de las ondinas en ella.

—Blue.

—¿Me has echado de menos, príncipe oscuro? Porque yo a ti sí. Solo había monstruos malolientes y horribles donde he estado. —Aren se echó ligeramente hacia atrás. Llevaba meses evitándolos. Verlos sin ella a su lado era... Parecía una mutilación de la realidad—. Sigue siendo difícil, ¿eh?

Aren tomó una bocanada ligera de aire y apartó de su rostro todo signo de emoción.

—No sé qué quieres decir.

—Es como si fuese un fantasma que está aquí, justo entre nosotros, ¿verdad? Como si no se hubiese ido del todo. Nunca hablamos de ella, pero siempre está.

—Es un fantasma, Blue.

—¿Por eso nos evitas? Porque te la recordamos. Porque no quieres hablar de ella.

Aren apretó la mandíbula con tanta fuerza que se le marcaron los músculos.

—¿Qué quieres que diga?

—Bueno, al menos tú no pareces guardarle rencor. Cordelia es incapaz de perdonarle que todo fuese una mentira. Y al mismo tiempo, no puede evitar echarla de menos ni que le duela su pérdida.

—¿Y tú?

—Yo... —Blue lo pensó un momento—. Creo que tenía sus motivos y no la juzgo por ello. Cordelia ha tenido una vida fácil y llena de amor; ella no entiende que a veces no eres tú el que elige el camino, sino el camino el que te elige a ti. —Se encogió de hombros—. Wynd se desvió en la segunda prueba para ayudarme y vi lo mal que lo pasó cuando Cordelia estuvo a punto de morir en el duelo con Nos. No creo que fingiese eso. Y lo demás no es asunto mío.

Aren se apoyó en la pared y miró a Blue de reojo. Siempre había creído que era mucho más de lo que aparentaba; que detrás de ese tío sarcástico y de apariencia banal se escondía algo profundo.

—Wynd os quería y os consideraba sus amigos. —Carraspeó—. Y esa es la única verdad que importa.

—¿Sabes lo que también es verdad? Ella no habría querido que te consumieras como estás haciendo. Estoy seguro de que habría querido que siguieras adelante.

Aren se separó de la pared y caminó unos pasos hacia atrás mirando a Blue. Extendió ligeramente los brazos.

—Perdón, ¿estás sugiriendo que se me ve mal? Porque te aseguro que, si en esta ciudad se hiciese una votación, saldría por una aplastante mayoría que soy el hombre más increíble que se ha creado en siglos —dijo con falsa arrogancia—. De hecho, podría asegurar que un grupo de mujeres se ha desmayado hace un rato cuando he pasado a su lado. —Se giró y comenzó a caminar hacia la Academia—. Así que no te preocupes por mí. ¡Estoy superándolo a una velocidad récord! —gritó. Blue lo alcanzó unos segundos después—. Por cierto, puede que las cosas estén un poco tensas en la Academia: ¿me harías el favor de despejarme el camino hacia mi habitación? Puede que haya causado algunos problemillas...

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Haluros Klein?

—Hace... —La camarera contó con los dedos—. Cinco noches. Justo la última que usted estuvo aquí, él salió apenas unos minutos antes.

«Lo sabía», pensó.

—¿Ha venido alguien por aquí preguntando por los consejeros?

La muchacha lo meditó un momento.

—No. Al menos no en mi turno. ¿Le ha ocurrido algo? El señor Donn hace días que tampoco viene.

Aren le dedicó una sonrisa. Apoyó las manos en la barra y se inclinó ligeramente para hablar en voz baja.

—Verás, trabajan para mi padre. Y yo debo controlarlos, ya sabes. Pero yo que tú no haría muchas preguntas. Trabajas en este sitio porque eres discreta, ¿cierto? —La chica palideció ligeramente y asintió—. Entonces, haz que siga siendo así y todo te irá bien.

Si comenzaba a haber rumores, su padre lo pagaría primero con él y luego con cualquiera al que pudiese culpar. Y a este último no tendría reparo en matarlo.

Salió a la calle y observó los alrededores. No se quitaba las palabras de Blue de la cabeza. Lo habían perseguido en sus pesadillas, mezcladas con la imagen de Wynd muerta sobre la nieve y la de su padre ahogándolo con esos ojos fríos.

Todavía no había ido a verlo.

«Seguir adelante», había dicho Blue. ¿Cómo? ¿Cómo se sigue adelante cuando estás atrapado, atado, envenenado y desangrándote poco a poco? ¿Cómo se sigue adelante cuando te estás hundiendo y no sabes hacia dónde debes nadar?

Algo se movió en el tejado de enfrente: una mano que se ocultaba tras una de las chimeneas. El corazón le bombeó deprisa y sintió un escalofrío de anticipación bajarle por la espalda. La emoción de la caza.

«Por fin algo bueno», se dijo.

Caminó de forma distraída, alejándose. Necesitaba ángulo para dispararle. Giró la esquina y lanzó sus cuchillas de aire tan deprisa que unos ojos humanos no las habrían visto. Pero la figura

se adelantó a su movimiento y salió corriendo por entre los tejados. Había sido casi más rápida que él.

—Me encanta cuando lo hacen interesante.

Aren escaló al tejado y comenzó a correr tras el desconocido de la capa. El sidh puro —por lo que podía leer en su aura— aceleró el paso y saltó a otro de los tejados. Se movía con una rapidez y agilidad impresionantes.

Ambos saltaron a otro tejado y luego a otro; corrían en círculos alrededor del Zorro Escondido. Aren lanzó uno de sus hilos de oscuridad, pero el sidh lo cortó con unas extrañas cuchillas que tenía unidas a las manos por cadenas de metal. Eran finas como agujas y tenían un brillo blanquecino, como de luz de luna. Tenía la mitad del rostro tapado por un velo oscuro y la cabeza cubierta por una capucha, por lo que Aren no acertaba a ver ningún rasgo que lo identificase. Probablemente fuera un asesino a sueldo, un experto.

Aren apretó el paso y volvió a lanzar su aura en forma de largas hebras. El sidh las esquivó y las cortó con destreza. Giró y se colocó de perfil a la luz de la noche, la cual delineó su figura.

Era una mujer.

Aren soltó un gruñido exasperado. Cansado de aquella persecución absurda, sacó una daga del cinturón y la tiró con precisión milimétrica. La chica calculó bien para esquivarla; algo realmente impresionante teniendo en cuenta la rapidez y exactitud con la que Aren la había lanzado, además de que estaba de espaldas a él corriendo a toda velocidad. Pero no fue capaz de impedir que la daga atravesase su capa y se clavase en una de las chimeneas.

La asesina quedó atrapada.

Aren aprovechó la oportunidad para reducir la ventaja que ella le sacaba.

—Demasiado...

La sidh usó la cuchilla de su mano para cortar la tela y liberarse, al mismo tiempo que Aren le enrollaba uno de sus hilos de noche en la otra muñeca. Después, tiró de su mano y la hizo volverse hacia él.

No podía ver más que su boca, que se curvó en una sonrisa. Aren sintió un escalofrío bajarle por la espalda, como si aquello fuese un presagio. Algunos mechones de pelo marrón ceniza se escapaban de la capucha de la chica y se le pegaban al cuello.

Entonces, Aren tiró más fuerte de ella hasta que la tuvo al alcance de la mano. Había sido divertido. No su clase de diversión favorita; esa tenía más que ver con acostarse al amanecer e implicaba algo más... lúdico. Pero, al menos, lo había distraído durante una semana.

Había conseguido que algo más ocupase su mente, y eso lo había hecho sentir extrañamente liberado, al tiempo que vacío. Y, sí, podía seguir adelante, como Blue le había sugerido, pero temía que nada de lo que fuese a experimentar o sentir se acercase a lo que había tenido con Wynd.

De repente, la sidh le dio un rodillazo en el estómago y cortó el hilo de su aura, liberándose. Aren trastabilló hacia atrás al perder el equilibrio, y ella aprovechó para saltar sobre él y

golpearlo en el hombro, lo cual lo tiró al suelo.

La sidh se alejó veloz. Paró un segundo en el borde del tejado, se volvió hacia Aren, le dedicó una reverencia y se dejó caer.

Hubo algo en aquel gesto que golpeó a Aren con la fuerza de un titán: le trajo a la memoria a la Wynd de las primeras semanas en la Academia. Y la imagen dolió tanto que, durante unos minutos, no fue capaz de respirar.

Capítulo 11

Wynd abrió un par de cajones en busca de una pluma. Sus uñas rotas y gastadas rascaron entre la multitud de trastos, pero no tuvo suerte. Sacó la mano, se miró las uñas y suspiró. Arañaba las sábanas y rasgaba las almohadas mientras dormía.

Tenía toda esa ira acumulada dentro, toda esa rabia y dolor. A veces se atragantaba con el sabor amargo de la traición que reposaba en el fondo de su garganta. Sabía que sus recuerdos estaban ahí, escondidos en su cabeza y que acechaban en la noche, en sus sueños. Se despertaba bañada en sudor, sin aliento, con las manos magulladas y la cama destrozada a su alrededor. Nunca recordaba sus pesadillas, solo el sentimiento de vacío profundo que le dejaban.

—¿Qué buscas? —preguntó Grianan a su espalda.

Tenía los brazos cruzados y una expresión adusta en el rostro. Era asombroso lo mucho que se parecía a Axel, lo bella que era. Su aura se curvaba suave y calmada, como un animal salvaje en descanso.

—Una pluma —contestó.

—¿Has recordado algo más?

Wynd se apoyó en el escritorio cerrando los dedos en torno al borde de la mesa.

—No.

—¿Has intentado lo que te dije?

—Sí, trato de imaginar todo lo que Axel me ha contado, pero no consigo nada: es como si chocase con una pared invisible. Nada.

Finvannah, el rey de los sidh, el ser más poderoso de Abscondita: su padre. Y su madre: una simple humana sordomuda de la que él se enamoró. Ambos asesinados por Aeris en la noche de la Gran Guerra. Esa era la única información que tenía. No recordaba quién la había ayudado, quién la había puesto a salvo y la había llevado con los humanos con los que se había criado.

Grianan frunció el ceño y fijó su aguda mirada en los ojos grises de la chica. Tan pequeña y delicada como Aine, su madre, pero en lo demás era la viva imagen de su padre. Y luego estaba esa marca en forma de medialuna en su frente. Nunca había visto nada parecido antes.

También estaba el hecho de que ella, siendo una segunda generación y de madre humana, tuviese las orejas alargadas de los *faeries*. A Grianan no se le pasaba por alto ese curioso detalle. Ni Axel, ni siquiera Aren, cuya madre era *faerie* porque se negó a pasar por el ritual, las tenían tan desarrolladas.

Esa chica tenía algo especial, pero todavía no había averiguado el qué.

—¿Deseas matar a quien te hizo esto? —le preguntó la primera general con genuina curiosidad.

—¿Matarlo? —Wynd sonrió ligeramente. Ahí estaba ese destello letal en sus ojos—. No. Eso sería piadoso incluso. Yo quiero más: quiero venganza. Quitarle todo lo que posee. Destruirlo. Eso es lo que deseo. Igual que hizo conmigo y mis padres. Pienso acabar con él y con su hijo, al que mandó a por mí. No descansaré hasta que lo consiga.

Grianan la observó en silencio. Después, dijo:

—Te pareces tanto a él... Nosotros cuatro éramos todo los unos para los otros. Hubo un tiempo en que nada podía hacernos frente, en que ni el mayor ejército podía quebrarnos porque nos amábamos con fuerza y confiábamos ciegamente los unos en los otros. Después, volvimos a casa y todo cambió. Hay ocasiones en la que una simple decisión puede desencadenar el horror más grande. —Giró la cabeza y miró hacia una de las ventanas—. Puedes intentar destruir a Aeris y vengarte cuanto desees, pero eso que sientes nunca se apaciguará hasta que no lo comprendas. Porque, en realidad, lo que buscas es una respuesta, un porqué. Y si no lo obtienes, te perseguirá para siempre, incluso cuando creas que has vencido.

—¿Por eso todavía no has iniciado la guerra? ¿Todavía tratas de comprenderlo?

Grianan la miró y sonrió con cierto aire maternal, como si ella no fuera más que una chiquilla.

—Hace tiempo que me di por vencida en eso. No busco venganza: quiero recuperar el poder porque sé que Aeris nos acabará llevando a la destrucción y deseo evitarlo. Yo siempre he amado mi raza. Mi sueño siempre fue el de Finvannah: que gobernásemos, que los nuestros se impusieran y tuviésemos lo que nos merecíamos. —Grianan dio un paso hacia ella—. Voy a darte un consejo, Wynd. Ten cuidado con el amor y el odio. Son los dos afilados bordes de una misma espada. Igual de peligrosos. Son una consecuencia el uno del otro, y son los que nos han traído aquí.

Le puso una mano en el hombro, que apretó ligeramente, y después se giró y se marchó hacia las escaleras, dejándola sola.

—Lo sé —susurró Wynd mirándose las manos.

Aren estaba en el despacho de su padre observando el mapa en relieve de la ciudad, como si a través de esa recreación pudiese encontrar dónde se escondía Moonlight. Así la había bautizado, pues parecía salir solo de noche.

—Estoy seguro de que es una asesina profesional. Está claramente muy bien entrenada.

—Lo dices porque se te escapó —puntualizó Aeris.

Aren arrugó el ceño y encajó el golpe.

—Sí, y porque ha matado a tres consejeros y no sabemos cómo todavía. Puede que trabaje para alguien.

—Estoy seguro de que es Grianan. Es una bruja astuta. Nadie más puede tener interés en

desestabilizar el consejo. —Aeris se paseaba por el despacho con las manos en la espalda—. La gente está comenzando a hacer preguntas. Dos miembros han desaparecido y otro murió hace quince días. Tenemos reunión la semana que viene y tendré que dar explicaciones.

Aren volvió a clavar los ojos en el mapa. Era malditamente escurridiza. La había visto un par de noches más, pero siempre se volatilizaba como el humo. Sabía que estaría rastreando a su siguiente objetivo. Él tenía una lista de los consejeros que estaban en la ciudad en ese momento, y los estaba vigilando. Había memorizado sus rutas y sus costumbres, y así es como la había encontrado. Pero ella siempre lo percibía en cuanto se acercaba; y huía.

Nunca trataba de pelear con él. No hablaba, no hacía ruido alguno: solo corría lejos. Y, entonces, la noche se la tragaba. Lo único que Aren veía una y otra vez era un destello de su boca: sus labios apretados en una mueca de odio y repugnancia.

Era malditamente frustrante.

Hacía días que no pegaba ojo. Cada vez que se dormía, se encontraba persiguiéndola una y otra vez. Y, justo cuando estaba a punto de atraparla, se despertaba.

—Deberías avisarles de que vayan con cuidado. Si están alerta, pueden protegerse, y eso se lo pondrá más difícil a la asesina.

Su padre le echó una mirada severa y gruñó.

—Quizás si fueras más eficiente en lo que te mando.

Aren casi rechinó los dientes.

—Estoy en ello.

Moonlight lo odiaba. Lo veía en ese pequeño trozo de su rostro, en la mueca de sus labios. Lo detestaba, pero fuera quien fuese el que la había contratado, no le había ordenado matarlo, así que se contenía y no lo hacía. Pero él era muy bueno provocando y, cuando por fin la hiciese perder el control, la tendría.

—Los dhoga han llegado a la conclusión de que usa un tipo de magia muy poderosa, pero no pueden averiguar nada más. Para eso, tendríamos que cogerla —continuó Aren.

—Entonces encuéntrala. ¿Me oyes? Quiero que la encuentres y que me la traigas para interrogarla. No la mates; la quiero viva.

Aren se levantó. Contuvo las ganas de poner los ojos en blanco. Se llevó una mano a la frente y exclamó:

—¡Lo que ordenes, padre!

Aeris ni siquiera lo miró.

Thorn lo había mandado llamar. Llevaba más de una semana sin ir a los entrenamientos ni a las clases, y no tenía más remedio que volver. Con suerte, su sospechosa no saldría hasta la puesta de sol.

En cuanto cruzó las puertas y bajó la escalinata, lo primero que buscaron sus ojos fue la

puerta de la antigua habitación de Wynd. Cada vez que lo hacía, viajaba seis meses atrás, a aquella última noche.

Se apresuró a bajar y, en el segundo piso, se topó con las primeras miradas curiosas. Ojos que juzgaban.

—Podéis pedirme un autógrafo, si queréis —comentó, lo cual le hizo ganarse miradas de reproche.

—Alguien debería enseñarle modales —susurró un capitán.

—¿Te gustaría hacerlo tú? —preguntó Aren, girándose hacia él con una sonrisa bailándole en los labios.

Delante de su padre tenía que aguantar, tenía que refrenar su temperamento y sus ganas de mandar todo y a todos al averno. Pero fuera de ese despacho no tenía tanta paciencia.

El capitán se removió ligeramente incómodo porque lo hubiese oído. Aun así, dio un paso hacia delante.

—Aquí no me vale tu jerarquía. No eres más que un aprendiz y deberías conocer tu lugar.

Aren arqueó la ceja partida.

—Me graduaré pronto y, entonces, respetaré esta institución que tanto quiero —dijo llevándose una mano al corazón— y me aplicaré para ascender. Solo tengo que acumular unas cuantas misiones exitosas y luego retar a quien desee, ¿no es así?

El capitán palideció ligeramente.

—¿Y quién dice que a este paso vayas a graduarte? —puntualizó una voz grave y profunda a su espalda.

Aren se giró sonriente. Thorn estaba mirándolo con su habitual ceño fruncido.

—Me habías pedido que viniese. Aquí estoy.

—Sígueme y guarda silencio.

—¿No te resulto encantador? He sido criado con los mejores modales de palacio —lo pinchó Aren mientras lo seguía.

Thorn fingió no haberlo escuchado y lo condujo hasta la sala de entrenamiento. Nos estaba practicando escudos mágicos junto con Arth. Le dedicó una sonrisa fría a Aren cuando lo vio entrar.

—Terminad e id con Phern —les ordenó Thorn.

Arth se dejó caer hacia atrás y cogió aire. No había sido capaz de romper el escudo de Nos. Ella lo replegó sin dejar de mirar a Aren.

—Nos vemos —susurró pasando a su lado antes de marcharse.

Aren la ignoró y se giró hacia Thorn con las manos en los bolsillos.

—Tú dirás.

—Sé que eres más fuerte que muchos de los altos mandos, pero así no conseguirás que te respeten.

—¿Necesito que lo hagan?

—¿Deseas mejor que te teman? ¿Prefieres el estilo de tu padre?

Aren se echó hacia atrás. Eso había sido un golpe bajo, y Thorn lo sabía. Los músculos de la mandíbula de Aren se tensaron y se le crisparon los hombros. Aun así, curvó la boca en una sonrisa socarrona.

—Bueno, a ti parece gustarte su estilo, ya que traicionas a los tuyos por él.

Thorn cerró los puños y sus ojos tostados refulgieron llenos de rabia.

—Sabes por qué lo hago.

—Sí, pero aun así lo haces. Así que no me des lecciones morales.

—¿Me llamas traidor después de lo que hiciste con la chica nikt?

Aren se tensó aún más a medida que sentía cómo el poder rugía dentro de su cabeza y le quemaba en las venas.

—¿Qué?

—No me siento orgulloso de lo que hago, pero tengo mis motivos. ¿También los tenías tú para engañarla y vendérsela a tu padre en bandeja de plata?

Aren dio un paso hacia delante. Thorn era más corpulento y alto que él, pero él era más poderoso.

—¿Leíste las cartas?

—No, pero no hay que ser demasiado listo. Una chica sin apenas poder y el heredero curiosamente interesado en ella, tanto como para hacer equipo con ella en las pruebas y entrenarla. Y luego estaban todas esas comunicaciones: a tu padre no le importan tanto las pruebas. La información de lo que estaba sucediendo podía dársela yo. —Thorn le clavó sus ojos ambarinos llenos de desconfianza—. Así que asumo que le pasabas información de ella. Debía de ser alguien importante y estoy seguro de que hay más de lo que les contaste a Cordelia y a su amigo.

—Qué pena que no puedas decir nada. A mi padre no le agradaría.

—Tiene que pesarte muchísimo saber que engañaste a alguien a quien querías. Que fue una gran mentira.

—¿A quien quería? —interpeló Aren arqueando una ceja.

—Esa es la única verdad que sé sobre ti. La única emoción real que te he visto expresar.

Aren apartó la mirada de Thorn y se pasó las manos por el pelo, alborotándoselo.

—Nada de eso importa ya.

—No, porque nunca lo averiguará. Al menos no tienes que seguir traicionándola. No tienes que elegir.

Las palabras de Thorn sonaron mezquinas y llenas de amargura. Y Aren, como el malnacido insensible y egoísta que era, se sintió mejor. Al menos no era el único que estaba arrastrándose por el fango.

—¿Preferirías que los que quieres mueran para que no conozcan tus pecados? —Silbó—. Vaya, eres más cobarde de lo que pensaba. ¿Dónde queda todo eso del honor...?

—¿Podrías vivir sabiendo que los que más quieres te odian y te aborrecen? ¿Crees que, si pudiese elegir, habría elegido servir a tu padre? No. Pero hay odios... Hay personas cuyo odio no podría soportar.

Aren ya les había dado vueltas a todas esas posibilidades: ¿qué pensaría Wynd de todo lo que habían vivido y compartido? ¿Y cómo se sentiría? ¿Qué le habría hecho creer Axel?

Que se lo preguntase no era más que otra forma de tortura. Jamás sabría nada de ella, de cómo se sentía o de qué pensaba si había sobrevivido. No tenía forma de averiguarlo. En el momento en el que rompiese su promesa, ella estaría atada a la voluntad de Axel. Así que no pensaba verla jamás, aunque eso lo estuviese matando poco a poco; despacio como un veneno, tanto que había comenzado a reconocerla en gestos de desconocidos.

—Soy demasiado egoísta como para decir que no me importaría siempre y cuando ella estuviese feliz. Me importaría, mucho. Pero aun así, saber que está bien, que es feliz, que es libre... Eso lo compensaría. ¿Me seguiría matando lentamente? Sí, me moriría cada día un poquito más. Pero ya me siento así ahora. De esa otra forma, al menos uno de los dos tendría una vida —dijo Aren—. No sé si eso te aclara algo. —Se desperezó como un gato y convocó su aura de noche a su alrededor formando un escudo—. Y ahora que hemos establecido que ninguno de los dos es un ejemplo de nada, ¿empezamos a entrenar? Tengo cosas de las que ocuparme.

Capítulo 12

Blue estaba envuelto en una enorme bufanda de rayas de colores que le cubría la mitad del rostro, algo que no le impedía estar comiéndose un sorbete de chocolate y mango.

Cordelia, con la barbilla apoyada en sus manos, lo miraba sonriente.

—Eres tan contradictorio.

—He estado una semana en las cálidas aguas del Sykraa, se me está helando el culo aquí.

—Te he echado de menos.

—Has estado en buena compañía —le contestó él, guiñándole el ojo.

—¿Lo dices por Thorn?

Blue los había visto llegar juntos a la Academia el día que volvió de su misión. Thorn era bastante inexpresivo, pero, aun así, había notado que su interrupción lo había molestado. Sobre todo porque Cordelia se había lanzado a abrazarlo y el pobre Thorn se había quedado sin su despedida. Era un adorable osito musculado.

—Claro que lo digo por él, ojos verdes. ¿Qué ha pasado entre...?

—Shh. No quiero hablar de ello, he decidido que quiero que lo que pase entre nosotros me sorprenda. Así que no quiero analizarlo, no quiero darle vueltas.

—Pero te gusta.

—Sí, claro que me gusta. Es tan... hermético, pero de pronto es dulce e irónico. Es amable y me escucha. Y es...

—Y está buenísimo —afirmó Blue arqueando las cejas.

—Sí, eso también. ¿No es raro que se haya fijado en mí?

—¿Por qué lo piensas?

Cordelia se miró. No tenía un cuerpo muy atlético ni delgado; siempre había sido algo más alta y corpulenta que las demás chicas.

—Bueno, siendo el entrenador pensé que se fijaría en alguien más... ¿tonificado?

Blue frunció el ceño.

—Eso es absurdo, es como decir que a mí por ser mitad ondina me tiene que gustar algún bicho marino. —Se llevó la cuchara a la boca. El de que tenía que salir con alguien de su especie era un prejuicio que siempre lo había perseguido—. Tú eres preciosa, Cordelia. Y no es que las chicas sean mi campo de... acción, pero, si lo fueran, yo sin duda me enamoraría de ti. Bueno, ya lo estoy, pero platónicamente —aclaró llevándose una mano al pecho.

—Nos es más bonita.

—¿Bonita? ¿Esa harpía?

—Ella es más delicada. Y es fuerte.

—Tú también eres fuerte y delicada de una forma distinta. Distinta y mejor. —Puso los ojos en blanco—. Porque Nos es una psicópata.

Cordelia soltó una risita. Nunca se había sentido demasiado a gusto con su cuerpo, y eso la había convertido en una persona tremendamente tímida en lo que a las relaciones románticas respecta.

A veces, cuando se miraba, le costaba encontrarse atractiva. Así que potenciaba sus otras virtudes: era amable, alegre, leal y considerada. Se esforzaba por hacer sentir bien a los que la rodeaban. Hacía que su personalidad fuese la verdadera protagonista, que a la gente le gustase tanto su interior que no se fijasen en lo que estaba a simple vista.

Puede que por eso Iver nunca la hubiese mirado más que como a una amiga. Su mejor amiga, de hecho. Pero nada más. Y, para Cordelia, su amistad era muy valiosa, pero siempre había querido más.

—Prefiero no hablar del tema. Quiero... quiero que surja, que ocurra lo que tenga que ocurrir. No quiero darle vueltas al tema y echarme atrás porque... porque me acompleje.

Blue se apoyó en la mesa incorporándose ligeramente. Se estiró y le dio un beso a Cordelia en la frente.

—Estoy muy a favor de eso. No hay que darles demasiadas vueltas a las cosas, simplemente déjate fluir.

Hubo algo en su tono de voz y en la expresión de su rostro: la comisura de la boca curvada hacia un lado, los ojos brillantes, las cejas levemente arqueadas...

—Blue...

—¿Qué?

—¿Estás saliendo con alguien?

—No lo llamaría exactamente salir —dijo mientras se encogía de hombros—. Todavía es más bien otra cosa. Ya me entiendes... —Cordelia soltó una carcajada y se sintió mucho más liviana. Blue era sin duda una de sus personas favoritas en el mundo, y ahora que volvía a tenerlo a su lado, todo le parecía más sencillo—. ¿No la echas de menos? Estoy seguro de que se habría pasado toda la conversación resoplando y poniendo los ojos en blanco para esconder que en realidad estaba avergonzada.

Los ojos de Cordelia brillaron vidriosos.

—La echo tanto de menos que —hizo un círculo sobre su pecho— lo siento como algo pesado aquí. Una bola que cada día se hace un poquito más grande. Y no sé si se lo merece.

—No la juzgues tan duro. Las cosas nunca son blanco o negro, ojos verdes. No puedes decidir sin conocer toda la verdad desde todos los puntos de vista.

—Ella ya no está para contarnos su versión. Y una parte de mí está muy enfadada por eso, porque se fuese para siempre.

—¡Pero ¿qué haces?! —gritó un hombre detrás de Cordelia.

Blue desvió la mirada. El tipo se había caído de culo y dos personas estaban paradas a su lado ayudándolo. Mientras, una persona vestida de negro se alejaba caminando a toda prisa.

—Se ha frenado de pronto y me ha hecho chocar.

—Qué maleducada, se ha largado sin más —comentaban entre ellos.

Cuando volvió a mirar, la figura de negro ya había desaparecido entre la multitud.

—Nunca estamos preparados para decir adiós. ¿No harías cualquier cosa para evitar perder a alguien a quien quieres? —murmuró Blue distraído.

—Ya lo creo —contestó ella.

NOTCIRE: PÓCIMAS Y UNGÜENTOS. Sonrió ligeramente al leer el nombre de la destartalada tienda.

Miró hacia atrás un segundo. Las voces habían despertado sensaciones coloreadas en su mente llena de cenizas grises. Se llevó la mano a la frente. Eso podía esperar; tenía algo importante que hacer.

El sol ya había desaparecido por completo cuando empujó la puerta con el hombro y entró. El lugar estaba oscuro, polvoriento y abarrotado. Un extraño silencio reinaba en el lugar. Al otro lado de la puerta, la ciudad seguía su ritmo frenético y bullicioso, pero allí el tiempo parecía transcurrir más despacio.

Una mujer de largo cabello negro, facciones afiladas y piel oscura estaba tras el mostrador.

—A Notcire bienvenida.

—Hola —susurró ella—. ¿Eres Notcire?

—Sí.

Asintió.

—Tienes algo para mí. Un encargo especial.

—¿Nombre?

Miró hacia la puerta de la tienda y se inclinó sobre el mostrador con cuidado de no revelar su rostro.

—A nombre del bibliotecario —murmuró.

Notcire cambió ligeramente la postura. Su piel arrugada se estiró cuando movió las cejas en un gesto de comprensión. Alzó una mano de dedos largos y huesudos que agitó en dirección a la puerta. La llave giró y la cerró.

—No molestará nadie así —explicó.

Se giró y apartó una pesada cortina de terciopelo negro al tiempo que le ofrecía pasar. Ella hizo un gesto con la cabeza y siguió a la bruja a la trastienda.

Notcire encendió una lamparita roja que iluminó su rostro desde abajo, proyectándole sombras que desfiguraron aún más sus facciones. Abrió las puertas de un armario y buscó en

varios cajones. Sacó algo envuelto en una tela atada con un cordel. Tenía una etiqueta en la que había algo escrito en extraños jeroglíficos.

—Aquí está. —Lo desenvolvió. Dentro había un frasquito de cristal opaco—. Unas horas el efecto puede funcionar. Una gota al día, no más puedes tomar. ¿Entendido has?

—Perfectamente.

—Dejó para ti el bibliotecario esto también.

Sacó otro objeto envuelto en tela. Este era más grande y cuadrado. Notcire se lo tendió y ella lo tomó con cuidado. Lo metió en la bolsa que llevaba cruzada en la espalda y oculta bajo la capa.

—Gracias.

—Hasta la próxima, hija de la luna.

—Hasta la próxima, hija de las ascuas.

Capítulo 13

Cuando salió de Notcire: Pócimas y ungüentos, la luna ya brillaba clara en el cielo. Echó un vistazo a la calle por la que había venido y, durante un instante, sintió la tentación de volver por ese camino. Pero, en el último segundo, cambió de opinión.

Se coló en un callejón y subió por la fachada de uno de los edificios hasta el techo. El arrogante heredero había estado a punto de atraparla la última vez, y ahora no paraba de patrullar. Le estaba poniendo las cosas difíciles.

Hacía más de una semana de la muerte de Haluros Klein. Tenía que actuar pronto.

Caminó entre los tejados hasta el distrito comercial. El Zorro Escondido estaba bordeado por los que, claramente, eran guardias del Deirnas de encubierto. El aura bajó por sus brazos hasta las manos y convocó las cuchillas. Sería sencillo bajar y matarlos; una parte de ella rugía por hacerlo. Pero no, debía ser discreta. Se lo repetía una y otra vez.

Pasó de largo y se dirigió hacia la zona acomodada de la ciudad, el distrito dos. Tuvo que bajar para cruzar la plaza de la Conquista. La sombra de la Academia con el Archivo flotando arriba cubrió la luz de la luna.

—¡Eh, oiga! Quítese la capa e identifíquese —gritó un guardia que se acercaba por su costado.

Maldijo en silencio. Aquello iba a ser justo lo contrario a la discreción.

Giró y echó a correr. Se subió al muro del puente y saltó subiéndose a una de las farolas. Sacó el frasco y se tomó una gota, como le había indicado la bruja.

—En este momento estoy muy ocupada, no me viene bien —dijo. Su voz se había vuelto más profunda y ronca, irreconocible. Tosió. La garganta le raspaba, pero la pócima parecía funcionar.

El guardia sacó una espada larga y le lanzó un corte dorado. Ella lo esquivó con una pirueta y cayó unos metros más adelante con suma suavidad. Entonces, el guardia tocó una especie de silbato que emitió un pitido agudo; estaba dando la alarma.

Suspiró molesta. En unos minutos, la plaza estaría rodeada de guardias, y cierta persona iba a enfadarse mucho con ella si acababa montando un espectáculo.

Dejó que el aura se acumulase en sus manos y la lanzó contra una de las farolas, arrancándola del suelo. La levantó y se la lanzó al guardia, que lo golpeó en el costado. La fuerza del impacto lo arrastró varios metros hacia atrás hasta chocar con uno de los edificios circundantes.

Entonces, ella entró en el distrito acomodado derrapando sobre los talones de sus botas. Saltó hasta encaramarse a uno de los enormes balcones. No era demasiado tarde, por lo que las luces

de las ventanas estaban encendidas. Se pegó a la pared y escaló con cuidado, evitando ser vista.

Cuando llegó al tejado, se dejó caer un momento para recuperar el aliento. Quedaban apenas unos días para la próxima reunión del consejo y necesitaba una muerte más. Una vez estuviesen al corriente de que los estaba cazando, todo sería más difícil.

Cerró los puños e hizo desaparecer las cuchillas de sus manos. Abajo se oían pasos y murmullos. Se movió deprisa hacia el norte, lejos de la avenida principal. Estuvo un rato saltando de tejado en tejado, escondiéndose en las sombras de las chimeneas, hasta que dejó de oír los pasos de los guardias y sus murmullos.

Según la información que había reunido, Hiane Puzav pasaría pronto debajo de ese arco para volver a casa a cenar.

Se coló dentro de la estructura abovedada, enrolló las piernas en una de las vigas de madera y se sujetó con el brazo izquierdo. Se dejaría caer en cuanto pasase. Tenía que ser muy rápida y certera, ya que Puzav era mucho más hábil y fuerte que los anteriores.

Sin embargo, la suerte quiso que no fuese Puzav quien pasase por allí, sino el mismísimo hijo del Deirnas. El heredero. Debía de estar buscándola junto con los guardias.

La sangre se le calentó y le bulló en las venas. Algo animal se despertó en su interior. Sabía perfectamente que no debía hacerlo, que no era el momento, que aquel no era su trabajo y debía ceñirse estrictamente al plan...

Pero la ira le electrocutó las terminaciones nerviosas y se le clavó como agujas en la piel. Su poder se descontroló, las cadenas de sus manos vibraron y las cuchillas volvieron a aparecer.

Trató de apagar la rabia salvaje y enfocarse en su parte racional. Tenía que largarse de ahí antes de hacer una tontería. Antes de...

La viga se partió en dos y las astillas volaron por todas partes. Varias se clavaron en su traje de combate. Aren estaba mirando hacia arriba con una sonrisa en el rostro.

Moonlight cayó a pocos metros de él y se movió rápida como un rayo de luz. Pero Aren tenía la ventaja de la sorpresa y la pilló. La agarró del brazo y trató de derribarla. Ella se deshizo de él y acabó estrellándose contra una pared cercana.

—¿De verdad creías que no iba a darme cuenta de que estabas ahí? Me ofende un poco que me subestimes. O quizás es que tienes demasiada confianza en tus habilidades y tengo que decirte que no deberías. Casi te mato —dijo él encogiéndose de hombros.

El pecho de Moonlight subía y bajaba rápido, muy rápido, como si se estuviese ahogando; como si alguien hubiese vaciado de oxígeno el mundo.

Aren soltó una carcajada que la encendió como el fuego a la yesca. Sus labios se contrajeron con rabia y su garganta vibró con un gruñido.

«Te tengo», pensó él complacido.

Moonlight giró sobre sí misma y le dio una patada en las costillas que lo dejó sin aire. «Al cuerno con ser racional», se dijo fuera de sí. Ya lidiaría con las consecuencias más tarde: iba a matarlo.

Acercó el puño a su cara. La afilada punta de aguja de su hoja se quedó a milímetros de su rostro. Aren la frenó agarrándola de la muñeca. La asesina tenía una fuerza impresionante. Sus dedos tocaron la piel de Moonlight, y ella se apartó como si le hubiese dado una descarga eléctrica. Dio un paso hacia atrás y trastabilló. Sus labios se separaron jadeando, pero no dijo nada.

—Normalmente me gusta saber el nombre de quien trata de matarme —dijo él, recomponiéndose—. ¿En serio, dónde han quedado los modales y la cortesía? —prosiguió, arrastrando las palabras de forma perezosa e irritante. El pecho de Moonlight se sacudió entre respiraciones entrecortadas. Se llevó la mano derecha a la cabeza y presionó la palma con fuerza. Aren frunció el ceño: parecía dolorida, pero él no había hecho nada todavía. Ni siquiera lo estaba escuchando—. Tú sabes quién soy yo. ¿No me vas a decir tu nombre?

Moonlight giró la cabeza en su dirección, como si de pronto hubiese recordado que él estaba ahí. Gruñó, presa de la rabia, levantó la mano izquierda y reunió todas las astillas y trozos de madera que había desparramados por el suelo.

Movió el brazo hacia delante y lanzó la madera contra Aren. Él la hizo rebotar en su escudo. Moonlight aprovechó esa momentánea distracción del chico para huir, pero Aren saltó por encima de ella y le cortó el paso.

—Oh, vamos. Tienes una costumbre muy fea, Moonlight. Ya que no quieres decirme tu nombre, me he tomado la libertad de darte uno. Era raro referirme a ti como la sospechosa o la asesina. —El cuerpo de ella estaba tenso. Parecía asustada. Aterrada. Desesperada por salir de allí. Volvió a llevarse la mano derecha a la cabeza y la cuchilla desapareció. Aren estaba confuso —. ¿Me tienes miedo? A ver, no es que me sorprenda, pero no me esperaba esta reacción tan...

—¡Cállate! —gritó su oponente al fin. Su voz sonó áspera.

Aren parpadeó, sorprendido. Una pequeña parte de él casi había esperado oír la voz de Wynd, pero no, no eran ni remotamente parecidas. Aquello, de alguna forma, escoció.

—¡Vaya, pero si hablas! —Moonlight pareció rasgar la atmósfera, la atrapó entre sus dedos y la empujó con fuerza. Aren voló varios metros atrás. Nunca había visto un poder igual. Un parpadeo más tarde, ella ya estaba escalando el arco—. Ah, no. Ni lo pienses —espetó enfadado.

Saltó tras ella y la placó hasta tirarla a uno de los balcones. Moonlight se echó hacia atrás, arrastrándose sobre los codos con la mirada puesta en él. Parecía tan... asustada. Aren no lo entendía; no entendía qué había visto en él esa noche que las otras no.

El velo oscuro que le cubría el rostro se agitó suavemente cuando cogió aire; rápida, superficial, ansiosamente.

Aren deseó verle la cara. Se apoderó de él la apremiante necesidad de estirar el brazo y arrancarle la capucha. Quería ver qué expresaban sus ojos en ese momento.

La miró desde arriba y estiró la mano hacia ella. Durante un segundo, el tiempo pareció transcurrir más despacio, como siempre que algo importante está a punto de suceder; como si la vida quisiese que te tomases tu tiempo, que te recreases en esos segundos.

Moonlight pareció despertar de aquel pequeño trance. Levantó el puño y dio un golpe sobre la piedra. Cientos de grietas plateadas quebraron la superficie y ambos cayeron al suelo entre cascotes y polvo. Al padre de Aren no le iba a hacer mucha gracia todo aquel desastre. Tendría que dar demasiadas explicaciones.

Moonlight se recolocó la capucha y el velo negro, y se levantó deprisa, derrapando con las rocas.

Aren estaba cabreado y frustrado. Malditamente harto de todo aquello. Tanto que no le importó lanzar su velo de oscuridad. El poder rugió en su mente deseando consumir todo a su alrededor.

Moonlight se frenó en seco. Dejó escapar una bocanada entrecortada de aire. Él podía verla con claridad, pero ella estaba totalmente a ciegas; así es como funcionaba su poder de oscuridad. Ella se llevó las manos a las sienes y apretó. Su cuerpo se sacudía ligeramente.

—¿Qué has...? —murmuró ella con la voz algo temblorosa.

—Se acabó. Esto de jugar a pillar puede ser divertido, incluso excitante podría decir, pero no estoy de humor.

De la garganta de Moonlight brotó un gruñido casi inhumano que se transformó en un grito de dolor y rabia.

—Tendría que haberte matado —chilló—. Te... tendría que...

La furia y el sonido desgarrado de puro odio de aquellas palabras lo dejó sin respiración. No es que no hubiese hecho cientos de cosas por las que se mereciese ese odio, pero... ¿quién era ella?

Las cuchillas de sus manos volvieron a aparecer envueltas de aura plateada. Las esgrimió hacia delante y dos cortes desgajaron la oscuridad de Aren, iluminándola.

Luz de luna coronando la noche. Estrellas colándose entre las sombras.

Aren dio un paso hacia atrás por la sorpresa. Nadie, ni siquiera su padre, había roto jamás su velo de oscuridad.

—¿Quién... qué eres? —murmuró volviendo a acercarse a ella.

Moonlight saltó hacia él y le dio un puñetazo en el pómulo. Y otro en el pecho. Trataba de apartarlo, de quitárselo de encima.

—Eres un ser despreciable —murmuraba ella con una voz grave que reverberaba en su pecho. Cada sílaba destilaba odio, veneno.

Aren patinó hacia atrás y se tocó la mejilla llena de sangre.

—Bueno, eso ya lo sé. De hecho, no es ningún secreto. Nada que no me hayan dicho antes, al menos.

La agarró del hombro y la lanzó contra el edificio de enfrente. Moonlight dio varias vueltas en el aire hasta chocar con fuerza contra la pared, que se hundió ligeramente por el impacto.

En un pestañeo, Aren estuvo frente a ella. Le atrapó las manos con su aura, sujetándoselas separadas del cuerpo. Luego, la agarró del cuello con la mano izquierda. Moonlight le enseñó los

dientes.

—Te mataré —murmuró—. Te mataré. Te mataré —repetía, como si fuera una letanía.

Aren la apretó contra la pared con más fuerza. El pecho de ella subía y bajaba con pesadez. Aren solo podía ver su boca y un hilo de sangre que se derramaba desde la barbilla hasta el cuello.

«Mátala. Acábalo. Destrúyela».

El poder pulsaba dentro de su cabeza.

Acercó la boca al oído de ella.

—Te tengo —le susurró—. Se acabó.

Capítulo 14

Aren se echó hacia atrás sin soltarle el cuello. Primero le quitaría ese estúpido velo a modo de antifaz y la miraría. Después, la interrogaría antes de entregársela a su padre. No le importaba quién la había contratado; quería saber por qué estaba asustada, por qué había evitado enfrentarse a él hasta ese día. Quería saber qué tipo de poder usaba y cómo había conseguido deshacer su oscuridad.

Llevó la mano hasta el borde del velo y lo levantó hasta rozarle la punta de la nariz. Pero algo tibio le mojó los dedos: lágrimas. Estaba llorando. Moonlight estaba llorando.

Las lágrimas caían por sus mejillas mezclándose con la sangre. Le temblaba todo el cuerpo y su pecho se sacudía como si no encontrase aire; como si aquello la estuviese matando.

Aren se quedó completamente descolocado.

—¿Qué...? —empezó a decir, apartando las manos de ella y mirándoselas.

Moonlight movió la boca, pero Aren no escuchó qué dijo, porque algo lo golpeó en la nuca aturdiéndolo.

Durante unos segundos, o quizá minutos, se le cerraron los ojos y vio todo borroso. Se tambaleó hasta chocar con la pared a la que se sostuvo. El mundo se apagaba y encendía en ráfagas. Veía una figura, una mancha oscura. Oía un fuerte pitido.

Trató de decir algo.

El mundo giró en bucles y sintió el estómago en la garganta. Entonces, parpadeó con fuerza tratando de enfocar la vista. Las figuras estaban lejos.

Cuando consiguió volver en sí lo suficiente para distinguir el perfil de la calle, cuando el suelo y el cielo estuvieron por fin en su sitio, Moonlight ya no estaba allí. No quedaba nada salvo el caos tras su encuentro.

«Destruirás tu mundo, Aren Aland. Tienes un corazón oscuro y maldito que te consumirá y te llevará a la destrucción. Tienes que dejar de luchar contra tu naturaleza. Eres la noche. Eres puro caos. Y tienes que encontrar la forma de liberarlo. Rompe la rueda del destino».

Aren se despertó jadeando.

Una fina capa de sudor le resbaló por el pecho desnudo. Se incorporó sobre los codos y la sábana le cayó hasta las caderas. Todavía sentía el tacto frío de unas manos en las sienes. Apoyó los pies en la baldosa fría del suelo y se apartó el pelo enredado de la frente.

Sentía el estómago revuelto y la piel febril. Las palabras se repetían como un mantra dentro de su cabeza. Las voces siempre acudían después de que usara esa parte de su poder.

La tenía. La tenía y la había dejado escapar. Unas estúpidas lágrimas y había perdido por completo los nervios. Pero ella parecía tan... rota.

«¿Por qué?». «¿Por qué?». La pregunta rebotaba en su cabeza.

Al menos ahora sabía que no trabajaba sola. Alguien le cubría las espaldas.

Todo aquel asunto no paraba de complicarse más y más. Cada vez que daba un paso, que creía estar más cerca, descubría algo que lo confundía, que hacía que todo adquiriese una nueva dimensión. A su padre no le iba a hacer ninguna gracia.

La reunión era en dos días. Todos los consejeros estarían al tanto y aquello tendría consecuencias.

Se sacudió las telarañas del sueño y fue al baño. Hoy tendría que enfrentarse a la furia de su padre, y nunca estaba lo suficientemente preparado para ello.

Capítulo 15

Wynd pasó los dedos por la hoja que estaba leyendo.

Hay una línea muy frágil en el amor. A un lado está la mayor dicha que puede experimentarse; al otro, un dolor capaz de destruirte y hacerte destruir. En nombre de ese sentimiento se han creado los mayores monstruos.

Leyó el párrafo manuscrito un par de veces antes de seguir:

Hay personas que nacen para ser amadas, otras lo buscan y lo pierden. A las primeras les cuesta comprender a las segundas. Las unas lo dan por sentado, mientras que las otras dan por hecho que lo perderán. Ellos eran así:

Él tenía grietas. Era solitario y desconfiado. Había estado solo desde muy pequeño. Perdido, despreciado.

Ella era brillante como el sol. Admirada y amada por todos.

Él perdió la cabeza en cuanto la conoció. Y se sintió el hombre más afortunado de la tierra porque ella lo eligiese entre todos.

Pero no le bastó con su amor: él era ambicioso y egocéntrico, y deseaba ganarse el respeto de aquellos que no lo consideraban un igual. Y para eso, ella no le era suficiente.

Él comenzó a cortejar en secreto a una joven de la casta más alta de la corte; una chica dulce e ingenua a la que no amaba, pero a la que pretendía utilizar.

No tuvo el valor de apartarse de su verdadera amada, no tuvo el valor de dejarla. Así que finalmente, ella, viendo cómo él cortejaba a otra, lo dejó.

Ella se refugió en un antiguo amante de su pasado. Volvió a enamorarse y siguió adelante con su vida.

Y él no lo soportó. Aquella certeza —saber que la había perdido para siempre— lo destrozó; lo cambió. Liberó algo muy oscuro de su interior. Y nunca más fue capaz de sentir amor, dicha o felicidad. Lo devoró el rencor que sentía contra sí mismo por su propio error, y contra ella por haberlo olvidado tan fácilmente.

Wynd se quedó mirando la última frase. La paladeó, la susurró, la respiró y la sintió clavada en el pecho: «Lo devoró el rencor»...

Alguien llamó a la puerta. Se apresuró a cerrar el cuaderno y a guardarlo.

—¿Estás lista para ir a entrenar? —preguntó Axel según entraba.

Tenía el pelo semirrecogido: le había crecido en esos seis meses. A veces al mirarlo le parecía un total desconocido; otras encontraba trazos de una familiaridad abrumadora que le robaba el aire.

Se levantó y asintió pensativa. Bajaron las escaleras en silencio.

—¿En qué piensas, Wynd? —saltó el chico con curiosidad.

—¿Has elegido estar solo o ha sido impuesto?

Axel curvó sus cejas rubias. Tenía ojeras azuladas bajo los ojos.

—¿Me lo preguntas por algo en específico?

—¿Por qué crees que no estamos rodeados de personas? Me dijiste que tenía amigos... Y debía vivir con alguien antes de venir aquí. Pero ellos nunca me han buscado. No debían quererme demasiado si han aceptado mi desaparición sin más. Y luego está... él. Nunca me quiso, ¿cierto? Quería usarme. ¿No es triste que nadie parezca preocupado por... mí? ¿Que nadie me quisiera lo suficiente como para buscarme?

La garganta de Axel se apretó. Tensó las manos y las relajó. Los ojos grises de Wynd lo atravesaban. No había pena o autocompasión en su tono, solo una certeza vacía y hueca. Sonaba como si se hubiese rendido.

—Tú también estás solo —no preguntó, simplemente constató el hecho—, y yo me preguntaba si...

—No creo que ni tú ni yo necesitemos ser amados. No es algo que jamás me haya preocupado. Prefiero que me respeten, que me teman, que me admiren. Valoro mucho más todo eso. Aren —sonrió ligeramente— no sabe amar. Él es... Se alimenta del amor que recibe, lo acapara. Nunca ha valorado lo que tiene o posee. —Hizo una breve pausa—. Lo da por hecho. No soporto ver cómo se desperdicia tanto en él.

Wynd lo observó con atención. Le afectaba, por mucho que fingiese lo contrario o que lo negase. El odio no nace de la indiferencia, y Axel estaba cargado de él. Sus palabras destilaban odio, su aura rugía y se embravecía cuando lo mencionaba. Era algo puramente visceral.

—Las personas siempre buscan que en sus relaciones haya algo más —continuó Axel—; una conexión sentimental. Eso los hace estúpidos. Nosotros sabemos que nos necesitamos. Tenemos una relación verdadera: ambos buscamos un fin común y vamos a trabajar juntos para conseguirlo. No hace falta más.

Wynd lo pensó. Era sencillo tal y como lo planteaba. Una vida en la que nadie supondría un obstáculo, en la que prácticamente sería imposible sufrir. Miró a Axel de reojo. Hay que tener el corazón muy roto para elegir ese camino.

—¿No te sientes vacío, solo?

Axel levantó la mirada ligeramente y dejó escapar un suspiro imperceptible.

—¿Nunca te has sentido sola rodeada de gente?

—No lo recuerdo —dijo ella.

Él sonrió y asintió.

—¿Sabes de dónde viene la soledad y el vacío? De saber que nadie de los que te rodean te aceptará jamás como eres, que nunca te entenderán; que, si llegaran a conocerte, te odiarían... Incluso las personas que se supone que deben amarte.

Axel se aclaró la garganta y se movió inquieto, como si hubiese confesado algo que no

esperaba. Ella se preguntó una vez más quién era Axel Nord.

—¿Así que has preferido darte por vencido?

—Al final, me canso de las personas. Me canso de...

—¿De? —preguntó ella.

—Bueno, ya sabes, cuando te encontré en ese bosque moribunda y decidí salvarte y esconderte de Aren y su padre, renuncié a mi amistad con él —comentó con palabras dulces—. Supongo que me canso de intentarlo con personas que no merecen la pena.

Wynd agachó la cabeza y se miró las manos. Sonrió ligeramente.

«Aren comenzó a sospechar quién eras. Quiso ganarse tu confianza para descubrir más de ti. La noche en la que se presentaban los ganadores en la corte, tú te marchaste de la fiesta. Aren mandó que alguien te siguiese y te atrapase porque no podía dejar el palacio. Debiste defenderte y combatisteis. Llegué a tiempo de matar al guardia y traerte aquí antes de que murieses.

»Sospeché de las intenciones de Aren desde el principio.

»Debe de creer que lo averiguaste todo y conseguiste huir.

»La versión oficial que ha dado es que eras una traidora y que te mataron cuando tratabas de escapar. Él nunca reconocería ante su padre que ha fallado en una misión.

»Nadie ha preguntado por ti. Es como si jamás hubieses existido, Wynd».

Rememoró las palabras que Axel le había dicho cuando despertó, cuando ella explicó que no recordaba nada sobre su vida.

—Por supuesto. ¿Cómo vas a esperar que alguien te ame cuando ni siquiera tú te amas? —murmuró Wynd bajito.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Axel mientras abría la puerta del gimnasio.

—Nada, nada.

Capítulo 16

La luz de la puesta de sol se colaba por las ventanas del Archivo. Hacía que el pelo de Cordelia pareciese hecho de llamas ondeantes. Estaba junto a Blue en una de las mesas de la primera planta. Ambos miraban fijamente hacia las escaleras.

—No podemos hacerlo —susurró ella, mirando a todas partes para comprobar que no los escucharan.

—¿Quién lo dice? —declaró Blue.

—La prohibición lo dice.

—Entonces solo hay que encontrar un modo.

Cordelia entrecerró los ojos y apoyó la cabeza en la mano. Contarle a Blue su plan de buscar la colina hueca para ayudar a Iver no había ido como esperaba. Había pensado que él trataría de disuadirla o que al menos se alarmaría.

No había sido así.

Blue estaba tan intrigado y emocionado con la idea, que le había pedido a Thorn un pase para ir al Archivo con ella. Y allí se encontraban, tratando de averiguar el modo de subir a la tercera planta, donde se guardaban los libros de acceso más restringido y donde seguro habría información sobre la colina hueca.

—¿Se te ocurre algún modo? —preguntó Cordelia.

—Podría fingir que me he convertido en pez.

Cordelia frunció el ceño.

—¿Qué?

—Ya sabes, por eso de que puedo sacar mis escamas y branquias —explicó él como si fuese obvio.

—¿Y eso en qué nos ayudaría?

—Soy un pez muy hermoso —afirmó él encogiéndose de hombros con suficiencia.

Cordelia frunció más el ceño.

—Ya... ¿Y eso en qué nos ayudaría? —repitió.

—Bueno, si quieres un efecto distractor potente podría desnudarme al completo y presentarme frente al guarda.

El ceño de Cordelia estaba tan fruncido que sus cejas casi se tocaban. Lo observó un minuto entero en silencio.

—Creo que estás hablando en serio y eso es lo que más me preocupa —suspiró.

—Te aseguro que distraería a cualquiera.

—Sí, genial. ¿Y cuál sería tu explicación para estar desnudo en el Archivo?

—¿Que tengo calor? —Ella le echó una mirada fulminante—. Puedo alegar enajenación mental temporal.

—Blue...

—¿Qué?

—Tu plan es una mierda, necesitamos pensar esto con calma y estudiarlo bien. —Dejó caer la cabeza contra la mesa y sus rizos naranjas la cubrieron. Necesitaba un plan, algo a lo que agarrarse. No era capaz de conciliar el sueño, solo le daba vueltas y más vueltas. Toda esa incertidumbre e inacción no conseguían más que frustrarla y hacerla sentir que estaba fracasando. Ya habían pasado semanas desde que lo había descubierto, y no había avanzado nada desde entonces. Sus lecciones con Sibhon eran muy informativas, pero no la ayudaban con su plan. Y cada día que pasaba era uno más que Iver estaba encerrado, uno más cerca de que no pudiese ayudarlo—. Estoy segura de que ella... —murmuró.

—¿De que Wynd habría encontrado una forma de hacerlo? —Cordelia asintió con la garganta cerrada—. Ella habría sugerido noquear a todos los dhoga que hay por aquí.

Cordelia levantó la cabeza y sonrió con tristeza: podía imaginarla haciéndolo.

—Bueno, vale, podemos trabajar con tu idea de la distracción, pero vamos a pensarlo mejor. No creo que desnudarte sea lo más creativo que se nos pueda ocurrir.

—Oh, puedo ponerme muy creativo con ese asunto, si quiero.

Cordelia soltó una carcajada algo triste que rebotó en el silencio del enorme edificio. El guarda les echó una mirada severa y se escucharon varias quejas de los que estudiaban por allí.

—Shh, vas a hacer que nos prohíban la entrada antes de tiempo —la riñó Blue en voz bajita entre risas.

—Sé que hay una especie de campo de energía que solo permite el paso a los autorizados. Es algo como esto —mostró su propio pase— pero de mayor rango.

—¿No crees que el osito musculoso tendrá uno? En la Academia es la mayor autoridad cuando no están Phern y Herice.

Cordelia lo meditó. Thorn probablemente tuviese uno, dado que era él quien le daba la autorización para poder entrar al edificio y el rango hasta el que ella podía llegar. Quizá guardase uno de máximo rango en su despacho...

Miró a Blue.

Aquello era mala idea. Muy mala idea.

Pero comenzaba a estar desesperada.

Capítulo 17

Salió bostezando de la charla de Phern. Llevaba aprendiendo sobre estrategias de combate y los diferentes ejércitos de las cortes de Ávalon y Kheima desde que tenía recuerdo. Sus conocimientos estaban a la altura de los de Phern, seguramente.

Era absurdo tener que esperar a graduarse para poder retar a un superior y avanzar.

Su padre estaba obsesionado con la idea de quitarle a Axel el futuro control de los rhydra. Deseaba fervientemente fusionarlos con la corte y que el Deirnas lo controlase todo. Curiosamente, el dhoga nunca le había importado demasiado. Los menospreciaba porque no eran una fuerza de combate, sino unos ratones de biblioteca.

Subió las escaleras perezosamente. Quedaban dos días para la reunión del consejo y sabía que Moonlight volvería a atacar. No había aparecido la noche anterior: quizá se estuviese recuperando todavía de su encuentro o quizá no hubiese conseguido encontrarla. Sin embargo, todos los consejeros estaban bien esa mañana.

Se sintió ansioso por que llegase la noche.

Unos pasos repiquetearon en el mármol de las escaleras y se frenaron de golpe. Aren suspiró molesto.

—Sí, soy yo... —dijo mientras levantaba la mirada hacia el curioso. Cordelia estaba parada unos escalones por encima de él. Y tenía aspecto de haber visto un fantasma. O, al menos, a alguien que se comportaba como si lo fuera—. Hola —la saludó, y en su voz, se coló cierto tono de arrepentimiento y vergüenza.

—Vaya, estás vivo. Qué alegría —susurró ella.

Era una mala persona por evitarlos, por no querer compartir su dolor, por apartarse del recuerdo de Wynd... Era un egoísta.

—No vivo del todo —murmuró.

Los ojos de Cordelia brillaron vidriosos y asintió. Bajó un escalón.

—¿Cómo...?

—¿Podemos saltarnos la parte en la que tratamos el tema incómodo? Vayamos directamente a la charla trivial.

Cordelia se mordió el labio y frunció el ceño con un gesto compasivo. Bajó otro escalón. Ahora estaba frente a él.

—¿Cómo lo llevas?

—Solo la conocí durante ¿qué, tres meses? —Se encogió de hombros, la voz se le quebró al

final. «Maldita sea»—. Es un buen momento para que resuciten un par de dragones y ataquen la ciudad, ¿no crees? —bromeó—. Quizá quede alguno vivo por ahí.

Cordelia lo envolvió en sus brazos y apretó con fuerza.

—A mí también me duele. Era mi mejor amiga y no me importa que solo fueran tres meses. La quiero y también estoy enfadada con ella por mentirme, aunque una parte de mí ya la ha perdonado. Y también estoy cabreada con la vida por llevársela. Es injusto —soltó de golpe, como si las palabras tuvieran prisa por salir.

Aren cerró los ojos. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso. No estaba preparado para dejarlo salir. No estaba preparado para manejar el dolor de otro, ni siquiera podía hacerlo con el suyo.

Se sentía mal por mentirles.

Cordelia levantó la mirada. La mandíbula de Aren estaba tan apretada que le palpitaba un músculo y, a pesar de ello, tenía una de las comisuras curvada hacia arriba, como si necesitase quitarle peso a todo aquello.

Ella lo soltó y se echó hacia atrás.

—Podríamos ir a tomarnos algo. Blue, tú y yo. No tenemos por qué hablar de ella si no quieres; podemos simplemente... tomarnos algo. Fingir que somos tres personas normales que se divierten.

—Fingir, ¿eh? Mi vida es una montaña de divertimento —comentó irónico—. No sé qué te hace pensar que necesito fingir. —Se aclaró la garganta—. ¿Por qué no? Tengo un par de horas libres antes de volver a ponerme el traje de heredero.

Ambos comenzaron a subir hacia la salida.

—¿Dónde está Axel? Hace semanas que no lo veo. ¿Sigue de misión o ha vuelto ya? Podríamos invitarlo para agradecerle que nos ayudase en la última prueba.

Aren se frenó y luego soltó una carcajada, un sonido hueco y amargo en el que no había ni un ápice de alegría. Las palabras de Cordelia lo atravesaron como una espada bien afilada.

—No sé dónde está, quizás se lo haya comido una banshee. —Durante un momento, lo imaginó y se deleitó con la imagen—. O quizás unas brujas lo hayan hecho trocitos para sus pócimas.

Cordelia pareció alarmada.

—Tranquila, estará perfectamente. Estoy seguro de que sigue teniendo la cabeza sobre los hombros.

«Por desgracia...», pensó.

—¿Es una reunión del club de los deprimidos? —soltó Blue dando una palmada mientras se sentaban en una taberna cerca de la plaza de la Conquista.

Cordelia le dio un codazo y le echó una mirada significativa.

—¿Se te ha metido algo en el ojo, pelirroja? —le preguntó.

—No, idiota.

Aren apoyó el codo en la barra y la barbilla sobre su puño cerrado. Los miró en silencio. No estaría allí con ellos si no fuese por ella...

¿Había querido alguna vez a alguien de verdad sin que mediase ningún interés de por medio? A Axel, al principio, porque era demasiado pequeño; demasiado inocente. Luego aprendió a no cometer ese tipo de errores.

Él nunca había sido de amar, más bien de desear. Y había dejado que lo desearan a cambio. Una mera transacción, algo con un punto final.

Luego llegó Wynd. Pensó que sería sencillo y fácil. Conocerla, atraerla, conquistarla. Fue fácil, aunque no para ella, sino para él. Y estaba tan malditamente mal... pero eso no le importó. Dioses, había caído en picado; como si volviese a ser ese niño de diez años al que su padre no le había enseñado todavía que destruiría todo lo que amase.

Seis meses después, tenía claro que no se arrepentía de nada, excepto de no haberle contado la verdad. Aunque eso no fuese a cambiar el resultado, al menos le habría dicho por qué estaba allí, cómo había empezado todo, qué era lo que sabía de ella y...

—¿Qué quieres tomar, príncipe oscuro? —le preguntó Blue, sacándolo de sus pensamientos.

—Cualquier cosa.

Blue le pidió la bebida con más colores y decoraciones de todo el bar. Era verde, azul y morada, tenía trozos de fruta caramelizada y burbujas. Estaba servida en un vaso larguísimo y serpenteante cuyo cristal brillaba y tenía un tubito de cáñamo para beber.

Aren arqueó una sola ceja mientras observaba la bebida.

—He elegido algo que vaya con tu personalidad y aura: tan brillante y atractiva que nadie puede apartar los ojos de ti.

—¿Debería sentirme insultado? —Miró a Cordelia—. Porque me siento insultado.

—Bueno, es cierto que no se puede apartar la mirada de esta cosa —contestó ella con amabilidad.

Aren frunció el ceño y miró más de cerca la curiosa bebida.

—Me gustaría pensar que me miran por motivos distintos.

Aun así, agarró el tubito de cáñamo en forma de espiral y bebió.

—¿A qué sabe? —le preguntó Cordelia, curiosa.

—A vómito de unicornio. Gracias, Blue.

—Siempre dispuesto a servirte —le contestó él haciendo una reverencia pomposa.

Cordelia apoyó la cabeza en el hombro de Blue mientras hablaban sobre los rhydra, su graduación y las fiestas del solsticio que se acercaban. Durante unos minutos, pareció que el tiempo no había pasado y la llenó una confortable sensación de hogar.

Se separó tanto de la realidad, que miró al otro lado de la mesa buscando a Wynd con una sonrisa. Y ella no estaba allí. El asiento vacío la trajo de vuelta y se le hizo un nudo en el pecho.

Ya habían pasado seis meses, y ella había convivido todo ese tiempo con su pérdida. Hacía meses que ya no se despertaba por las mañanas y la buscaba en la cama de al lado, o que sentía el impulso de contarle algo. Hacía meses que ya solo la echaba de menos, que lo había asumido.

Y, sin embargo, eso es lo duro de perder a alguien: en el momento en que bajas la guardia, la realidad te golpea más fuerte. Cuando menos te lo esperas, el dolor vuelve a quemar como al principio.

Apartó la mirada de la silla desocupada y observó a Aren. Estaba echado hacia atrás, con los brazos en la nuca y una media sonrisa en la boca. Pero sus ojos estaban vacíos. No había ninguna emoción en ellos; parecían dos agujeros profundos de nada, como si su alma se hubiese quedado hueca.

—Sabes que puedes seguir adelante, ¿verdad? —dijo suavemente. Los hombros de Aren se crisparon. Se le dilataron las aletas de la nariz cuando cogió aire—. Tú también habrías querido que ella lo hiciera.

—¿Ah, sí? —cuestionó él, mirando su bebida de colores.

—Por supuesto, no habrías querido verla...

—No me des tanto crédito, no tienes ni idea de lo malvado que puedo llegar a ser. —Quiso que su tono fuese ligero, socarrón, pero la voz le salió áspera y distorsionada. Echó la cabeza hacia atrás: el sol ya estaba poniéndose. Sacó un par de monedas y las dejó sobre la mesa mientras se ponía de pie de forma apresurada—. Tengo que irme.

De pronto, se sintió ansioso. La idea de encontrarse con Moonlight le resultó emocionante, excitante... y todo lo que la vida no le hacía sentir últimamente. Deseó que el momento llegase.

Y llevaba seis meses sin desear nada...

Quizá porque le recordaba a Wynd, tanto que a veces se encontraba buscando similitudes entre ambas. En realidad, su parte racional sabía que no podía ser ella: era una sidh pura de pelo oscuro y voz rasgada... Y, además, estaba el hecho de que, en cuanto viese a Wynd, la promesa la ataría a Axel para siempre. Pero, aun así..., cuando estaba en la cama y las horas se alargaban como sombras, su mente comenzaba a trazar posibles escenarios, posibles formas en las que detrás de ese velo se encontrasen sus ojos.

Capítulo 18

Aeris había llenado las calles de guardias encubiertos para que no llamasen la atención de los ciudadanos o de los rhydra. ¿La explicación del destrozo de la avenida del segundo cuadrante? Una pelea de borrachos que se había ido de las manos.

Aren no sabía si la gente se había creído semejante mentira, pero no iban a quejarse demasiado. La mayoría de los que vivían allí eran muy cercanos a la corte.

De todas formas, el Deirnas se había dado prisa en tener operarios reparando los daños, pero todavía podía verse el hueco hundido en la pared a la que había empujado a Moonlight.

Una brisa suave sopló del oeste. Comenzaba a hacer más calor: apenas quedaban unos días para el solsticio. Solía ser su fiesta favorita: las máscaras, la falta de protocolo, estar lejos del palacio, confundirse entre la gente...

Suspiró. Todo eso parecía tan lejano y ajeno.

Llevaba un par de horas vigilando la zona, pero no había ni rastro de Moonlight y comenzaba a impacientarse. ¿Y si la habían despedido de su tarea por haberse dejado atrapar? La idea le provocó un extraño nudo en el estómago.

Hiane Puzav torció una esquina. Se despidió de alguien y enfiló la calle hasta su casa. Era temprano: las familias cenaban y la gente caminaba por las calles. Quedaban un par de horas para que la ciudad durmiese. Atacar sería muy arriesgado.

Pero Moonlight no le decepcionó. Salió de un callejón camuflándose en las sombras. Aren vio la luz reflejarse en sus extrañas cuchillas.

Una sonrisa lenta se extendió por la cara del heredero, y el corazón le bombeó emocionado. Cogió impulso y saltó al tejado del otro lado de la calle. Aterrizó silencioso como un gato. Vio como Moonlight se preparaba para atacar. Él tenía que impedir que actuase sin que Puzav lo notase. Eso lo alarmaría. Eso sería un auténtico desastre que su padre le haría pagar.

Moonlight acomodó el paso al de Hiane Puzav con cuidado de no acercase demasiado. Aren esperó. Ella cerró el puño derecho y las cuchillas brillaron. Aren esperó. Moonlight se inclinó hacia delante, cogió impulso y... Aren saltó y cayó justo detrás de ella. La agarró tapándole la boca y la arrastró al callejón del que la había visto salir.

Moonlight le clavó el codo en las costillas y utilizó su peso para deshacerse de su agarre. Saltó hacia atrás separándose de él.

—¿Por qué lloraste? —soltó él de pronto—. No consigo entender qué pasó esa noche. — Moonlight apretó los puños con fuerza. Su pecho subía y bajaba. Rápido. Muy rápido. Aren dio

un paso hacia ella, que retrocedió. Sus ojos ya estaban localizando las posibles vías de escape—. ¿Vuelves a no hablar?

—No sabía que debía darte conversación —gruñó Moonlight.

Aren sonrió, aunque el gesto no le llegó a los ojos. Sus ojos siempre parecían muertos, por lo que había notado ella.

Moonlight necesitaba salir de ahí. Levantó la vista hacia los tejados y una gota de lluvia cayó en el velo, mojándole la mejilla.

«No».

El aire soplaba ardiente y se mezclaba con el frescor del agua, que cayó como una guillotina sobre ellos.

«No». Moonlight estiró la mano, cerró los dedos en el aire para retorcer la atmósfera, la tiró hacia ella y luego la soltó hacia delante con fuerza. La onda expansiva lanzó a Aren varios metros atrás.

Moonlight se encaramó sobre unas cajas de madera y comenzó a subir uno de los edificios. Estaba alcanzando el borde, cuando Aren la agarró del hombro y la desequilibró. Rodaron por el tejado, partiendo las tejas con la fuerza del golpe.

Aren paró a unos metros de ella. Moonlight arañaba la superficie con botas y manos para ponerse de pie.

—Juraste que me matarías y vuelves a huir. ¿Por qué no lo intentas? ¿De qué tienes miedo? —preguntó él provocándola.

Moonlight se frenó. Su cuerpo se quedó congelado un momento. Sus hombros se elevaron cuando cogió aire y se giró para mirarlo. El velo se pegaba a su nariz, la capa le goteaba.

—¿Y tú? ¿Por qué no lo intentas tú? ¿No es eso lo que eres, el verdugo de tu padre?

Las palabras de Moonlight lo sacudieron. Sintió que lo empujaba por el borde del tejado y caía. Le dejaron una herida abierta y sangrante en el pecho. Casi podía sentir el veneno corroyéndole la piel.

Y ella lo vio en su rostro. Lo había herido. Parecía completamente derrotado, horrorizado. La lluvia emborronaba su imagen, distorsionaba sus facciones, y vio a alguien roto.

Aren soltó una única carcajada vacía y muerta. El pelo le caía como tinta negra por la frente y las sienes. Las gotas de lluvia resbalaban como lágrimas por su rostro.

—Entonces, hagamos lo que mejor se nos da —anunció sacando un cuchillo largo de su cinturón.

Saltó hacia ella. Moonlight giró sobre sí misma y le dio una patada en el pecho para apartarlo. No tenía tiempo para aquello. Tenía que marcharse. Se metió bien el pelo en la capucha y corrió entre las chimeneas. Pero una de ellas estalló y la hizo volar con la onda expansiva.

Un ladrillo le golpeó en la sien. La sangre se derramó deprisa resbalando por su rostro, empapando el velo. Moonlight se sintió momentáneamente mareada.

Aren ya estaba encima de ella antes de que le diese tiempo a recuperarse. Le puso el cuchillo

en el cuello.

—¿Vas a responder ahora a mis preguntas? —dijo con un tono duro que no había usado antes.

Moonlight le agarró la muñeca.

Los dedos de él temblaron al sentir su tacto. Sus ojos parecían enloquecidos. Ni siquiera su tacto era como el de Wynd: la piel de Moonlight era más firme y más fría.

Ella presionó la hoja contra su piel.

—No. Así que mátame o quítate de encima.

Aren frunció el ceño y acercó la mano al velo. Se manchó de la sangre que goteaba por el rostro de ella. Deseaba ver su expresión, deseaba mirarla a los ojos. Se dio cuenta de que lo que realmente quería era descubrirla, no matarla. No podía... No quería poner fin a aquello.

—¿Quién eres? —susurró casi sin darse cuenta.

Moonlight había ido estirando su mano poco a poco, sin que él lo notase, hasta un ladrillo cercano. Lo agarró con fuerza y golpeó a Aren en la cabeza, apartándolo.

Y se marchó fundiéndose con la noche. Pero esta vez había cometido un error.

Capítulo 19

Cordelia se recogió el pelo en un moño alto, porque el sudor se lo había pegado a la nuca. Tiró de su camiseta empapada y se la despegó del cuerpo entre jadeo y jadeo.

Thorn siguió cada uno de sus movimientos con ojos ávidos.

—¿No te estás empleando demasiado a fondo hoy? —le preguntó sin aliento ella.

—No —murmuró Thorn.

Las mejillas de Cordelia ardían a causa del esfuerzo, sentía tanto calor que solo pensaba en la ducha de agua fría que iba a darse en cuanto terminase la sesión de entrenamiento.

—¿Lista?

—Un momento... Un momento... ¿No podemos dejarlo aquí?

—No. No tienes más huecos entre el trabajo en el Archivo, las visitas a casa de Sibhon y las demás lecciones.

—¿Te sabes mi horario? —canturreó ella.

Thorn apretó los labios.

—Tengo buena memoria.

—¿Sabes, Solete? Creo que detrás de ese hombre gruñón hay una persona blandita y suave como el algodón.

Thorn frunció el ceño. Tenía el pelo recogido en un moño tirante del que se escapaban varios mechones anaranjados. Su mirada era tan afilada como la de un cuchillo.

—Blean... —la advirtió, dando un paso hacia ella en posición de ataque.

—¿Por qué siempre me llamas por mi apellido? —dijo moviéndose lateralmente mientras se alejaba de él.

Thorn movió su aura hacia ella. Cordelia no interpuso su escudo lo suficientemente rápido, y le dio un calambrazo en el antebrazo.

—¡Au! —se quejó.

—Concéntrate.

Thorn comenzó a lanzarle ataques que ella fue parando y esquivando entre jadeos y gruñidos de dolor. Se movían en un círculo constante, cada vez más cerca el uno del otro.

Los ataques de Thorn no eran fuertes, solo chispazos; pero aun así escocían. Ella estaba empezando a perder los nervios. No era lo suficientemente rápida, ágil ni fuerte para pararlos, esquivarlos y contraatacar.

Lo agarró del brazo, colocó la pierna derecha detrás de él y lo empujó con todas sus fuerzas.

En los ojos de Thorn brilló una chispa de comprensión. Envolvió a Cordelia de la cintura en el último segundo y la tiró al suelo con él.

—Buena maniobra —dijo despacio.

—No tan buena si me has tirado contigo —murmuró ella entre jadeos. Se incorporó ligeramente. El cuerpo de Thorn ardía bajo el suyo—. Perdona, te estoy aplastando —se excusó.

Thorn apretó el brazo con el que la sostenía, impidiendo que se apartarse.

—No me aplastas, Cordelia.

Su voz le raspó la piel. Su lengua se deleitó con cada letra de su nombre, como si pronunciarlo le provocase placer. Le pasó los dedos por la frente, bajó hasta la sien y le colocó un rizo detrás de la oreja.

Cordelia observó su mano. Nunca se había fijado en ellas, no con la suficiente atención como para percibirlas de verdad. Eran grandes, anchas, de piel curtida. Pálidas, con una finísima capa de pecas bajo el vello anaranjado. Tenía una forma de moverlas, de usarlas... Eran unas manos muy robustas.

Menuda tontería. Nunca les había prestado atención a las manos de nadie antes. Las manos no son llamativas como los ojos o la boca. Las manos son... manos. Pero las de Thorn tenían algo atractivo. Eran bonitas, fuertes. Sobre todo, la tenía fascinada la curva entre el pulgar y la muñeca, la cual tenía muy pronunciada.

—Perdóname —murmuró ella.

—¿Por qué? —preguntó Thorn confuso.

Cordelia bajó la cabeza y presionó su boca con la de él. Fue un beso suave, tímido; casi esperando que la rechazase.

Thorn jadeó su nombre. Su pecho se sacudió. Movió la mano de la sien de Cordelia a su nuca y arrasó con la timidez de aquella caricia hasta volverla algo voraz. La dulzura de Cordelia era algo que no había esperado, algo que se había colado en su sistema hasta quebrarlo por completo.

Cordelia sabía a bosque, a agujas de pino y a lilas. Y él era como un baño de sol: luz que se colaba entre las copas de los árboles.

Ella rio en mitad del beso. El sonido le hizo cosquillas en los labios a él y le arrancó una sonrisa escueta.

—Tengo miedo de preguntar por qué te ríes.

—Porque estoy feliz y hacía meses que no me sentía así. Se me estaba olvidando la sensación —comentó ella con los ojos brillantes.

Thorn guio la cabeza de Cordelia hasta su pecho y la acunó. Sus manos destilaban ternura en cada gesto.

—¿Por qué me has pedido perdón?

—Porque eres mi superior. No debería... besarte. Ya sabes, por el tema de las evaluaciones y todo eso —dijo ella con una sonrisa en la voz.

—Cordelia, has sido mi favorita desde que me amenazaste con darme una paliza.

—¿En serio? —Se incorporó para mirarle a los ojos—. Pues no lo he notado.

—Sé diferenciar mi trabajo de lo personal. Te evaluaré como a todos los demás, así que ponte las pilas con tu escudo.

Cordelia resopló y puso los ojos en blanco. Trató de levantarse, pero Thorn volvió a frenarla.

—No he dicho que tenga que ser inmediatamente —dijo él. Su voz fue apenas un susurro grave mientras se acercaba a su boca de nuevo.

Capítulo 20

Había vuelto a soñar con ella. Se había despertado justo cuando le arrancaba el velo y veía sus ojos. Maldita sea, hasta en sus sueños se le escapaba. Ya ni siquiera le importaban los consejeros.

Quería saber. Quería descubrirla. Y, aunque odiase reconocerlo, aquella nueva obsesión, toda esa distracción lo estaba haciendo sentir... mejor. La vida tenía un sentido esos días. Aunque solo fuese por la emoción de la caza.

Puede que no fuese Wynd, puede que aquello no fuese más que una forma de escapar de la realidad; su mente buscando una vía de escape para el dolor. No le importaba. No le importaba estar perdiendo la cabeza, porque cuando estaba con Moonlight se sentía más cerca de Wynd, y eso aligeraba el peso sobre su pecho y casi podía volver a respirar.

Había ido al Helisa antes de volver al palacio. Había arrancado la tela de su camiseta, la que se había empapado con la sangre de ella, y se la había entregado al dhoga que llevaba la investigación.

—¿Puedes hacer un hechizo de rastreo? —le había pedido.

El dhoga había estudiado el material con atención.

—No lo sé. Hay poca cantidad y está relativamente diluida. Puede que lo consiga, pero no será muy efectivo.

—No informes de esto a mi padre todavía. No hasta que estemos seguros de si va a funcionar. ¿Lo has entendido? —había demandado con su voz más persuasiva y amenazante.

Aquello era algo personal.

Y allí estaba de nuevo, la última noche antes de la reunión del consejo. Caminando entre tejados, buscándola. Era tarde, muy tarde. Hiane Puzav ni siquiera había aparecido.

Estaba comenzando a aburrirse cuando sintió el aire moverse detrás de él. Intentó girarse, pero no fue lo suficientemente rápido. Una hoja de metal fina y afilada como una aguja apareció en el lateral de su cuello, apuntando justo a la arteria.

—¿Me buscabas? —dijo con frialdad la voz áspera de Moonlight.

Aren no se movió ni un milímetro, ni siquiera para apartarse de la hoja. Relajó el cuerpo y calmó su respiración. El sonido de su voz le había erizado el vello. Su nuez subió y bajó pesada cuando tragó, y la piel rozó el metal en una caricia letal.

—El otro día te fuiste sin despedirte. Me pareció muy maleducado por tu parte —contestó con voz grave, profunda.

Notó el aliento de ella en su nuca, el pecho en su espalda, la mano izquierda en su hombro. Lo apretaba con fuerza.

—Hay muy poco que tú sepas de mí, pero hay mucho que yo sé de ti, príncipe. Y esa es una ventaja que pienso mantener.

—Qué sorpresa. Va un poco con el cargo: heredero, príncipe, persona más increíble de Abscondita... Todos me conocen.

Ella resopló, pero sonó parecido a una risa. El sonido le arañó el pecho a Aren, le vibró en el cuerpo.

—Podría matarte, ¿sabes? En este mismo instante. No sé si has averiguado cómo murieron los consejeros. Sospecho que no... Pero puedo prometerte que, si te corto, te será muy muy difícil vivir.

—Vaya, fascinante. ¿Y por qué no lo has hecho ya?

La sintió coger aire. Su pecho se expandió y chocó fuerte con la espalda de Aren, como si estuviese reteniendo un suspiro.

—Porque tú... Porque... porque has sido compasivo conmigo.

—Oh, bueno. No pensaba volver a serlo.

Ella rio, esta vez de verdad. El sonido le robó el aliento a Aren. Lo sintió como uñas arrastrándose por su piel. Y la sensación lo dejó completamente descolocado.

—Eso es lo que me confunde de ti —declaró ella.

—¿De mí? ¿El qué?

—He oído tantas cosas sobre el «heredero». —La palabra sonó burlona en su boca—. No consigo averiguar cuánto de verdad hay en ti. La mayoría del tiempo no eres más que falso encanto y sarcasmo. Pero ¿qué escondes debajo?

—¡Oh...! —exclamó él con ironía—. ¿Tratas de desentrañar mis secretos? ¿Quieres comprender al incomprendido principito? ¿Será malvado de verdad o en realidad esconde una bella persona dentro? Siento decepcionarte, pero...

—¿De verdad? —lo interrumpió ella con un susurro—. Yo no veo a una bella persona, tampoco a un malvado. Solo veo a alguien que está tan solo y perdido que se está cayendo a pedazos. —Acercó la boca a su oreja, y él se estremeció—. Y que está muerto de miedo de que los demás vean esos pedazos.

Aren levantó la mano tan rápidamente que fue un borrón. Agarró a Moonlight de la muñeca con la que le apuntaba.

—¿Quién eres?

—¿Por qué te importa tanto? ¿Quieres saber mi nombre? ¿Ver mi rostro para poder ir corriendo al palacio y decírselo a tu padre? Ya me ha quedado claro que no deseas matarme.

Aren tiró de ella, que no opuso resistencia, y la colocó frente a él sin soltarle la muñeca. Solo

una boca de labios redondeados y rosados: eso era todo lo que veía. Los dedos le hormiguearon con la necesidad de arrancar ese trozo de tela.

—¿Por qué lloraste? —interpeló en tono amenazador. Su voz se resquebrajaba como esquirlas de hielo.

Ella cogió aire. Su garganta se apretó, su pecho se sacudió. Aren no pudo evitar mirar cómo se le tensaban los músculos.

—Tendrás que esperar para conocer esa respuesta. Tú no confías en mí y yo no lo hago en ti, así que, si quieres saberlo, tendrás que ganarte mi confianza.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros. Ese miedo seguía ahí, como si se encontrase ante algo enorme, salvaje y desconocido, algo que podía destruirla si bajaba la guardia. El mismo miedo que Aren le había visto expresar la primera vez que pelearon. Pero esta vez era más pequeñito, más contenido.

—Porque... —Se atragantó con la palabra, la lengua tropezó en ella y se tragó el resto—. ¿En realidad te importa tanto que mate a esos consejeros? No lo creo.

Aren tiró de ella hasta tenerla a centímetros. Acercó la mano izquierda a su rostro. Sus dedos casi rozaban su mandíbula.

«¿Quién eres? ¿Quién?».

Moonlight contuvo el aliento. Tenía la barbilla ligeramente levantada y los labios entreabiertos. Tensa como una cuerda de piano.

—¿Me estás pidiendo que colabore contigo? ¿Quieres que traicione a mi padre, al Deirnas?

Sintió los ojos de ella mirándolo con intensidad, a pesar de que no podía verlos. Moonlight lo agarró del antebrazo, evitando la piel de su muñeca, y le apartó la mano del rostro despacio.

—Te estoy pidiendo que me muestres quién eres de verdad. Quiero ver quién se esconde detrás del título, de la máscara y del personaje. —Moonlight carraspeó. A pesar de que su tono era dulce, su voz sonaba áspera y distorsionada. Tenía un tono extraño—. Quiero verte a ti, Aren.

La voz se le quebró ligeramente y se apresuró a separarse de él varios metros. Aren sintió que le habían arrancado algo de entre los brazos. Fue una sensación de pérdida ligera, pasajera, casi imperceptible.

—Hiane Puzav morirá mañana en la reunión del consejo. Probablemente cuando salude al primer colega.

Se acercó al borde del tejado sobre el que estaban. La luna se recortaba tras ella, iluminándola entre sombras.

—Nos vemos pronto —susurró, y se dejó caer.

Capítulo 21

El amanecer iluminaba Oed. El agua de los canales reflejaba los rayos del alba, que la transformaban en oro líquido. Aren observaba la ciudad desde la ventana de su habitación en el palacio. No había dormido en toda la noche.

Repetía la conversación con Moonlight una y otra vez: cada gesto, cada inflexión en el tono, la respiración... Había algo extraño en ella, algo que lo atraía. Quizá que le recordaba a Wynd al mismo tiempo que le hacía olvidar cómo se había sentido esos últimos meses sin ella.

En dos horas comenzaría la reunión, y él tenía que tomar una decisión: decirle o no a su padre que sabía que Hiane moriría. Tratar de impedirlo o no.

Se quitó la camiseta y fue hacia el baño. Abrió el agua y esperó a que se calentase. Captó un vistazo de su imagen en el espejo. Tenía el mismo pelo oscuro que su padre, los mismos ojos vacíos, la misma curva arrogante en la boca. Y, aunque no podía verse a simple vista, el mismo agujero en el pecho donde se suponía que debía estar el corazón. Un agujero negro que se alimentaba de las emociones de los demás.

La muerte de Puzav no le importaba. No era más que otra sanguijuela de las que rondaban al Deirnas. Ella tenía razón: los consejeros no le importaban.

¿Y el castigo de su padre? El físico no le importaba, hacía tiempo que había aprendido a soportarlo.

¿Y sus palabras? No lo reconocería jamás ni lo demostraría, pero esas sí que le dolían. Se guardaba ese dolor, desprecio y asco muy adentro. En un lugar al que no le gustaba mirar.

Fijó la vista en la cicatriz de su ceja izquierda. Un regalo de su padre, una lección sobre lo que era ser el heredero. Tenía tantas repartidas por el cuerpo...

Terminó de desnudarse y se miró. Estaba allí solo frente a sí mismo, sin las capas de ironía, sarcasmo, encanto... sin todos sus títulos, sin tener que ser nadie en específico.

Sí, era solo un montón de pedazos. ¿Mala o buena persona? Nunca le había importado. Era egoísta: siempre había tenido claro que primero iba él, que esa era la única forma de sobrevivir en ese mundo.

Era la viva imagen de su padre. Él se había encargado de destrozar todo lo que amaba y deseaba. Él era quien lo había hecho de esa forma: insensible, inhumano. Lo había moldeado a su antojo. Y, aun así, lo seguía despreciando. Seguía sin aceptarlo.

Y él era tan patético, que seguía intentándolo. Lo temía, lo amaba de alguna forma, ansiaba su aprobación.

Puede que hubiese llegado el momento de afrontar la realidad tal y como era.

El Deirnas estaba sentado al frente, presidiendo la mesa. Detrás de él, la imponente vidriera con el escudo sidh. El halo de luz dorada, que reflejaba el sol del centro, caía directamente sobre él. Las demás estrellas iluminaban distintos puntos de la habitación.

Las sillas de los consejeros estaban todavía vacías. La mesa era una luna que podía moldearse en sus distintas fases. En ese momento estaba en cuarto creciente, de modo que el Deirnas, desde la parte recta, pudiese ver a todos sus consejeros en la parte curva.

Aren estaba apoyado en la puerta de entrada con las manos entrelazadas en la nuca y actitud relajada.

Sentía la mirada afilada de su padre.

Pavouk Bulev fue la primera en llegar. Llevaba una serpiente de los abismos enrollada en el cuello. Su mordisco te prendía en llamas hasta convertirte en cenizas. Nunca iba a ninguna parte sin ella.

La siguió Roberta Myval. No tenía nada que la hiciese destacar, y en apariencia era totalmente normal; sin embargo, había conseguido la nada desdeñable hazaña de haber matado a un daemon. Prueba de ello era la enorme cicatriz que le cruzaba el rostro, le bajaba por el cuello hasta el pecho y se perdía bajo su traje.

Gammel Fa y Hiane Puzav eran los únicos que faltaban. Aeris los observaba desde su asiento sin perder detalle. En pocos minutos, tendría que contarles lo de las muertes. En pocos minutos, el destino de los sidh podía estar a punto de dar un giro irreversible.

Aren observó poco a poco cómo las piezas se iban desencajando; observó el caos desde la distancia.

Puzav dobló la esquina y enfiló el pasillo hasta la sala de reuniones. Llevaba su habitual armadura de huesos entretejidos. Era un vendedor de criaturas, un esclavista. Debajo, podía entreverse su amplio pecho surcado de cicatrices.

Sus pesados pasos hicieron eco y atrajeron la atención de los que ya estaban en la sala. Pavouk Bulev lo miró con ojos fríos a modo de saludo.

Roberta Myval se acercó a él.

—Tiempo sin vernos —le dijo con su fuerte acento del sur.

—¡Demasiado, Roberta! —exclamó Puzav.

Ella acercó la mano a su espalda y le dio una palmadita. Un simple golpe a modo de saludo amistoso. Y, sin embargo, Hiane se arqueó hacia atrás y gruñó de dolor. Todo su cuerpo se quedó rígido, presa del dolor.

Aeris se levantó de su asiento, alarmado. Varios guardias se acercaron a él para protegerlo. Los miembros del consejo se miraron los unos a los otros completamente descolocados.

Aren dio un paso adentrándose en la habitación, tratando de no perderse ni un detalle de lo

que ocurría. El cuerpo de Hiane dio una sacudida y cayó fulminado al suelo. Su alma se elevó y se perdió en el aire. Muerto. Había ocurrido en segundos, tan deprisa que a nadie le había dado tiempo a actuar o a procesarlo.

El silencio se extendió como una ola. La quietud cayó sólida sobre todos los que allí se encontraban. Roberta Myval seguía con la mano estirada. Sus ojos desorbitados miraban el cadáver de su colega. Aeris miró a su hijo en la puerta. Si no hubiese estado rodeado por los consejeros, lo habría destrozado, le habría roto cada hueso del cuerpo por aquello. Aren levantó la mirada del cuerpo de Hiane Puzav cuando sintió la de su padre sobre él.

Puede que se hubiese pasado los últimos veintidós años siendo un niño patético: demasiado asustado para plantarle cara cuando debía. Demasiado cobarde. Pero no lo sería más.

Se acercó al cadáver de Puzav. A pesar de que debía de pesar unos ciento cincuenta kilos, no le costó moverlo.

—¡¿Qué haces?! —le gritó Roberta lanzándose hacia él.

Los guardias titubearon. Sin embargo, Aren levantó su escudo de ónix sin inmutarse. Observó el cuerpo hasta que la encontró: una marca en forma de medialuna que estaba rodeada por piel chamuscada bajo el omóplato derecho del consejero.

No le había mentido. Había ocurrido tal y como ella había predicho.

—¡¿Qué hace tu hijo con Hiane?! —bramó Roberta fuera de sí.

Aren se enderezó y se apartó del cadáver. ¿En qué consistía su poder? ¿Cómo había sabido con tanta exactitud cómo iba a ocurrir?

—Padre, Moonlight ya se ha cobrado su cuarta víctima: Hiane Puzav —anunció sereno.

Una única arruga apareció en el ceño de Aeris. Aren sabía que pagaría cara aquella provocación.

—¿Cuarta víctima? —preguntó Myval.

Un emisario llegó a toda prisa con un pergamino. Hizo una reverencia y esperó pacientemente hasta que el Deirnas le indicara que hablase.

—Es un mensaje del señor Gammel Fa. —Desplegó el pergamino y leyó—: «Debido a unos desdichados problemas de salud, no podré acudir a la reunión del consejo. Si perdurase el problema hasta la fiesta del solsticio, mandaría a una representante de suma confianza».

El emisario giró la carta para mostrar el sello de Fa.

—¡¿Qué ha querido decir tu hijo con «cuarta víctima», Aeris?! —retomó el tema Roberta.

—Era algo que esperaba discutir en esta reunión —explicó Aeris.

—¿Qué está pasando, Aeris Aland? —exigió saber Pavouk Bulev.

—Alguien está matando a los miembros del consejo. Primero fue Dudu Otrovan, aunque no fue hasta la muerte de Zilon Donn que nos dimos cuenta de que no había sido algo fortuito. El siguiente fue Haluros Klein, y ahora... —Hizo un gesto hacia el cuerpo de Puzav.

Roberta parecía a punto de derribar la sala. Por el contrario, Pavouk observaba al Deirnas con una calma fría y analítica.

—¿Quién? —preguntó la última.

—No sabemos su identidad. Es una asesina sidh, una profesional.

—Tres muertos. —Roberta miró a Puzav—. Cuatro, ¿y no has pensado que debías informarnos hasta ahora?

—Pensaba que podríamos ocuparnos de ello antes de que escalase hasta este punto —admitió Aeris mirando a su hijo. La rabia bullía bajo su apariencia tranquila—. Por supuesto, Grianan Nord debe de estar detrás de todo.

La habitación se sumió en el caos. Roberta le lanzaba preguntas a Aeris, que había añadido otra arruga más a su rostro. Pavouk añadía comentarios mordaces y acusaciones veladas al Deirnas.

—Sabes lo que significa esto, ¿cierto? —gruñó Myval—. Si encontramos una sola prueba de que Nord está detrás, iremos a la guerra.

La idea pareció emocionarla, pues sus ojos brillaron sedientos de batalla.

—Cuidado, Roberta —siseó Pavouk Bulev—. Lo que estás sugiriendo es una guerra civil. No podemos lanzarnos a ella sin medir las consecuencias.

—Hay que dar un golpe efectivo: atacar la Academia, matar a los cinco generales y poner a gente de nuestra confianza al mando. Si demostramos que ella conspiró, será traición. Nadie se pondrá de su parte —prosiguió Roberta sin escuchar a su compañera—. Hay que hablar con Gammel. ¿No es extraño que no esté aquí precisamente hoy?

Pavouk se levantó despacio y caminó hacia la puerta.

—Hasta que no tenga pruebas fehacientes de que los rhydra están detrás de esto, no apoyaré la guerra contra ellos. —Miró hacia Aeris—. Falta una semana para el solsticio. Traeré a mis mejores criaturas para que monten guardia. —Se giró hacia Roberta—. Y no deberías lanzar acusaciones tan fácilmente. Eso es lo que buscan los que están detrás de esto: desestabilizarnos. —Volvió su atención a Aeris—. Sugiero que busquemos pronto unos sustitutos; ahora parecemos débiles. Tengamos cuidado, compañeros.

Capítulo 22

Las cosas se pusieron serias en la ciudad después de la reunión del consejo. Había vigilancia constante, y no solo de simples guardias del Deirnas, sino de los propios consejeros, a los cuales no se los veía por las calles.

La buena noticia era que el solsticio estaba cerca. Todos los consejeros estarían allí, y no podrían evitar presentarse en público.

Eso le facilitaba las cosas.

Estaba apoyada contra la pared de un callejón oscuro en el barrio cultural, cerca del Kraj. Sabía que Pavouk Bulev era muy aficionada a la danza y, con suerte, iría al estreno.

Los guardas vigilaban a cada persona que pasaba, miraban con ojos avizores a cualquiera que pudiese parecer sospechoso, quitaban capas y hacían descubrirse a cualquiera al que no se le viese bien el rostro.

De repente sintió el aire moverse y silbar detrás de ella. Se giró rauda.

Aren estaba sentado en una escalera lateral de uno de los edificios del callejón. El viento nocturno le mecía el pelo oscuro, que había comenzado a rizársele en las puntas.

Tenía un moratón en el pómulo y magulladuras en el labio, y por la forma en la que se le tensaba el cuerpo, debía de estar herido.

—¿Cómo me has encontrado? —susurró ella sin aliento.

Aren se encogió de hombros.

—Podría decirse que ha sido intuición. Solo me he preguntado: «¿Dónde se escondería una psicópata asesina mientras espera?». Y ¡tachán!

En realidad, el conjuro de rastreo del dhoga le había llevado cerca del Kraj. No tenía la precisión adecuada, pero tras un par de vueltas la había encontrado.

—¿Debería sentirme impresionada?

—Deberías. No solo por eso; en general soy bastante impresionante.

La voz de Aren era áspera y profunda, y se quebró ligeramente mientras hablaba. Sonaba igual que el hielo de un lago al agrietarse cuando el sol de la primavera comienza a calentarlo.

Moonlight se estremeció ligeramente.

—No me queda claro si te odias o te amas —dijo cruzando los brazos sobre el pecho y recostándose en la pared.

—Un poco de ambas, me gusta desafiarme a mí mismo.

La boca de ella se curvó en una sonrisa de verdad, y él deseó ver la expresión de su cara. Sus

ojos.

—¿Y bien? ¿Has tomado tu decisión? —preguntó ella con paciencia.

Aren se descolgó por la barandilla de las escaleras y se dejó caer frente a Moonlight.

—¿Qué gano yo con esto? —preguntó.

—¿Qué quieres ganar? —contestó ella dando un paso hacia él y dejando caer los brazos.

La brisa nocturna hizo ondular su capa.

Los músculos de la garganta de Aren se tensaron cuando tragó.

—Lo que yo quiero... no puedes dármelo. Nadie puede, en realidad.

—¿Qué es? —exhaló ella.

—No es un qué. Es un quién.

Los labios de Moonlight se separaron cuando cogió aire. A pesar de la oscuridad, Aren podía verlos perfectamente redondeados, llenos, rosados.

—¿Puedo saber por qué no puedes tener...?

—... la —terminó Aren por ella—. Porque hice un juramento: no puedo verla. Si lo hago, su alma quedará ligada a la de alguien a quien desprecio profundamente.

—Verla... —murmuró Moonlight para sí misma.

Aren llevaba meses sin hablar con nadie de aquello. Ni siquiera había sido capaz de admitir delante de Cordelia y Blue lo despacio que le estaba matando haber perdido a Wynd. Y, sin embargo, aquello le salió solo, como un cántaro demasiado lleno de agua que se desborda.

Quizá porque ella era la única que no sabía de quién hablaba. Quizá porque era una desconocida sin rostro. O quizá porque...

—Así que no, no puedes darme nada —sentenció él.

—¿Poder? Podría ayudarte a ascender. ¿No quieres reinar?

Aren soltó una risa desganada. Casi se sintió decepcionado. Si hubiese sido Wynd, la respuesta habría sido otra.

—¿Poder? ¿Acaso sabes lo que es despertarte sabiendo que será otro día vacío? No dejo de preguntarme de qué sirve levantarme, comer, dormir, entrenar... ¿Qué sentido tiene seguir? Lo único que me ha mantenido cuerdo este último mes ha sido esto. —La señaló—. Cazarte, descubrirte. No me interesa el poder, no quiero este maldito reino.

Moonlight levantó la mano. Sus dedos se movieron tocando el aire cerca del rostro de Aren, sin atreverse a posarse en su piel. Volvió a cerrar la mano con fuerza.

—Entonces venganza. Puedo ofrecerte eso. Venganza contra los que te han quitado a quien amas.

Aren dio un paso hacia delante y Moonlight retrocedió hasta que su espalda chocó con la pared de ladrillo oscuro.

—Venganza... ¿Matarías a mis enemigos si te lo pido? Sueño con ello, lo tengo grabado detrás de mis párpados de tanto que lo imagino. Y, aun así, ¿crees que eso me la devolvería? ¿Crees que eso le daría algún sentido a esta vida? La venganza no es más que una distracción del

dolor, y, una vez que la has llevado a cabo, sigue quedándote la nada. —Estiró la mano y la apoyó en la pared, junto al rostro de Moonlight—. Los sidh, cuanto más poderosos, más despiadados somos y más frágil tenemos el corazón. Es una maldición.

—¿Se te ha roto el tuyo? —susurró ella.

Aren miró hacia el cielo.

—Todos los días cuando abro los ojos. —Se le endureció la voz—. Nunca imaginé que el anhelo fuese el peor de los venenos.

—¿Y por qué hiciste el juramento?

—Para salvarla.

Moonlight cogió aire bruscamente. Su pecho se sacudió y casi rozó el de Aren. Apretó la mandíbula y estiró la mano hasta —esta vez sí— rozar la mejilla de él.

Aren se apartó sorprendido. La mano de ella estaba helada. Su tacto fue eléctrico.

—Ayúdame y te juro, por Luna madre de todo lo mágico y por las estrellas de las que somos hijos, que si colaboras conmigo te ayudaré a reunirte con ella. —Aren frunció el ceño, frustrado. Odiaba hablar con alguien sin rostro, solo con esa boca. Pero aquel era un juramento real; palabras que contenían magia—. Si no lo cumplo, yo misma me entregaré a tu padre.

Aren soltó una risa baja.

—No sé si estás demente o eres un genio.

—Un poco de las dos. Siempre hace falta un poco de ambas para triunfar.

Aren estiró la mano hacia ella. No tenía nada que perder. Moonlight se quedó mirándola: dedos largos y elegantes, uñas mordidas y rotas. Retuvo el aire en el pecho y se la estrechó con cuidado, como si temiese quemarse.

Aren le trazó un círculo con el pulgar en el dorso de la mano. Fue algo diminuto, inconsciente. Piel llamando a piel.

A Moonlight le cosquillearon las puntas de los dedos. Un rayo le recorrió el cuerpo entero: mano, pecho, estómago, rodillas... hasta llegar a los dedos de los pies, que se le encogieron dentro de las botas.

Un martillazo en su corazón de hielo, que se resquebrajó en trocitos diminutos. Fue un dolor plácido, agudo y amargo el que sintió.

Aren le dio la vuelta a su mano y le pasó las yemas por la palma. La descarga de electricidad estática entre sus pieles casi podía verse. «¿Quién eres?», quiso preguntarle por enésima vez; pero no lo hizo. El silencio era tan delicado, contenía tantos sentimientos... Emociones palpables que podían saborearse, acariciarse. No se atrevió a romperlo. Era un conjuro perfecto.

Moonlight levantó ligeramente la mano y él entrelazó los dedos con los suyos. Y la sensación fue... abrumadora. Jadeó ligeramente cuando él introdujo los dedos entre los suyos, despacio, sintiendo cada milímetro de roce. Una gota de sudor le resbaló por el cuello hasta el hueco entre las clavículas. Solo dos manos tocándose, solo el lenguaje del tacto y las caricias.

Aren había convertido el gesto más inocente en pura perdición. Y ella, de alguna forma, se

estaba quemando y no deseaba apartarse del fuego.

Quiso llorar.

Él cerró los ojos. Demasiadas preguntas en su cabeza, tantas que prefirió no contestarse ninguna. Hay segundos que ocurren fuera de todo tiempo y lugar, momentos en los que solo se existe el plano físico. Ese era uno de ellos.

Pensar lo habría estropeado. Pensar habría deshecho esa inexplicable sensación de tocar y sentir, una parte de él que creía muerta y que de alguna forma Moonlight había despertado.

—Por dejarnos caer en la oscuridad —prácticamente ronroneó Aren con voz áspera.

—Por vengarnos —contestó ella casi sin aliento.

Ninguno de los dos apartó la mano, no hasta que oyeron las voces de los asistentes al Kraj abandonando el recinto: la función había terminado.

—Tengo que seguir a Bulev —susurró Moonlight desenlazando sus manos.

—Es un suicidio ir sin más. Va rodeada de escoltas y ella estará alerta. No es como los anteriores consejeros que no se esperaban tu ataque. Pavouk es muy astuta.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—Primero tendrás que decirme cómo lo haces.

Moonlight dudó. Se acarició las yemas de los dedos con el pulgar. Todavía sentía el calor, el hormigueo...

Aren captó su reticencia y deseó que confiase en él. Era absurdo: hacía un par de semanas la habría llevado hasta el Palacio de Cristal y se la habría entregado a su padre sin dudarlo.

—Solo necesito acercarme lo suficiente para marcarla. —Convocó las cuchillas mágicas, que salieron de las cadenas que tenía en las manos. Brillaron con una neblina plateada—. Cuando se toque la marca, su magia activará la mía y morirá.

—¿Cuánto poder consumes?

—Todo. Hasta que no ha muerto la persona marcada no puedo volver a utilizarlo.

—Vale... —lo meditó Aren—. Un momento, eso quiere decir que cuando me amenazaste, en realidad era un farol.

Moonlight sonrió con cierta malicia. La luz de la luna se reflejó en sus colmillos y él sintió un *déjà vu.*

Algo suave, amargo y nostálgico bombeó en el pecho de Aren. Un abrazo de los que rompen y sanan. Cogió aire y fue como respirar por primera vez. No recordaba la sensación de estar... lleno.

—Vas a acabar cayéndome bien, Moonlight.

Ella le dedicó una sonrisa triste.

—En eso yo ya te llevo ventaja —murmuró tan bajito que él no la escuchó.

Pavouk Bulev salió en ese momento del Kraj acompañada por dos enormes tipos que parecían un cruce entre un pies cuadrados y un trol. Sus pieles tenían un tono verdoso y les sacaban al menos un metro a todo el que los rodeaba.

Pavouk Bulev también era alta, destacaba entre la multitud. Su pelo era de un rojo tan oscuro y tan vivo que parecía sangre, y contrastaba con su tez morena. La serpiente del abismo de su cuello brillaba como un collar de esmeraldas amarillas y naranjas.

—¿Tienes alguna idea? —volvió a preguntarle ella.

—Lo más sencillo sería que cambiases de apariencia y te acercases en un momento en el que no esté rodeada.

—¿En qué estás pensando exactamente?

—El próximo estreno del Kraj será la noche antes del solsticio, un *ballet* de ninfas. Ella estará, sin duda. Tendrías que entrar y esperarla en el baño. Estas cosas siempre duran al menos tres horas y tienen un descanso. Pavouk irá al baño de su palco en algún momento: es vanidosa y querrá retocarse.

Moonlight se cruzó de brazos viendo cómo Bulev se montaba en un ostentoso carruaje de viento y se marchaba.

—No puedo entrar.

—No, sola no. Pero conmigo sí. Puedo reservar el palco contiguo. Comparten aseo y será el momento y lugar ideales.

Se giró hacia él y lo observó. Aren no podía verle el rostro, pero habría jurado que fruncía el ceño.

—Ya sabes que no voy a mostrarte mi...

—Las jóvenes menores de la corte tienen permitido llevar velo hasta ser mayores de edad. —Era una costumbre muy vieja y que solo los linajes más antiguos utilizaban. Un símbolo de estatus—. Estoy seguro de que puedo encontrar a algún alto cargo de... Gyldne —dijo nombrando la ciudad más al sur y alejada de Oed— que tenga una hija y que no vaya a venir a las celebraciones.

—¿Y quieres que suplante su identidad?

—Vendrás conmigo. No van a hacerme demasiadas preguntas, ¿vale? Es mejor mi idea que la tuya de lanzarte a por Pavouk rodeada por cientos de guardias. Te matará si tienes suerte. En el peor de los casos, te capturará para mi padre.

Moonlight miró al cielo. Caminó hasta la escalera lateral y subió hasta el tejadillo de uno de los edificios. Estaba oculto y era más bajo, pero al menos sentía que podía respirar. Allí abajo estaba comenzando a sentirse agobiada.

Aren apareció a su lado dos segundos después.

—Tienes una fijación curiosa con los tejados.

—Me siento libre en las alturas.

—Eso me recuerda a alguien —comentó él con un toque de nostalgia en la voz.

—¿La chica del juramento? —preguntó sin reacción alguna. Aren asintió mientras se miraba las manos—. Si vamos a hacerlo, tenemos que prepararlo bien. Necesitaremos un mapa del Kraj, conocer dónde estarán los guardias, las posibles salidas. Tengo a alguien que me puede

proporcionar esa información. Menos la ropa. Eso tendrás que ayudarme a conseguirlo. No sé cómo se viste una joven sureña.

—¿Es ese contacto el que me noqueó la noche que casi te atrapo? Ya sabes, cuando estabas lloran...

—¿Tienes que mencionarlo?

La boca de Aren se torció en una sonrisa traviesa.

—Sí.

Ella apartó la mirada de su boca y también sonrió.

—Sí. Es ese contacto.

—Y no vas a decirme quién es, asumo.

—Cuando llegue el momento, principito.

Aren se echó hacia atrás hasta apoyarse en los codos. La brisa nocturna le revolvió el pelo. Las estrellas se reflejaron en sus ojos del azul más puro del mundo.

—Yo te conseguiré el vestido, tengo una amiga que puede ayudarme con eso.

—Amiga —repitió ella en un susurro. La palabra le parecía ajena.

—¿Sorprendida? Yo también.

Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada más. Se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla en ellas. Era una agradable noche de verano.

—Necesitaré un par de días para conseguir el mapa.

—Deberíamos vernos en dos noches. ¿Conoces el invernadero que está en el tercer cuadrante? El que está cerca de la calle de las brujas.

—Sí.

Era un pequeño edificio de cristal con una cúpula semiesférica que parecía estar a punto de caerse a pedazos.

—Conozco al guarda y hace la vista gorda cuando me cuelo. Podemos vernos allí, en la parte trasera, sobre la medianoche.

—Tenemos una cita, principito —dijo ella en voz bajita mientras se ponía de pie. Moonlight observó a Aren un segundo. Guardó silencio, cogió aire y saltó al tejado superior—. Adiós —susurró.

—No, adiós no. Hasta dentro de dos días —la corrigió él. Se levantó y la miró recortada contra las estrellas. No quería más despedidas—. Ten cuidado.

—Descansa, Aren —oyó decir a su voz desvaneciéndose en la lejanía.

Capítulo 23

Fue criado como un dios. Alguien al que no se le enseñó qué era la empatía, el respeto o el amor. Solo se le habló de conquista y poder. De ambición.

No creció como los demás. Su infancia fue larga, su adolescencia aún más. Creció solo, rodeado únicamente por adultos fríos y asép-
ticos que no supieron darle amor. Sin padres. Sin hermanos. Sin amigos.

En esa soledad forjó su carácter. Había venido al mundo con una única misión, y en ello basaba su valía.

Pasaron muchos años hasta que conoció a la primera persona a la que llamaría colega. Al principio, el lazo que los unió fue el de la admiración y el respeto. Ambos eran fuertes y poderosos. Él estaba destinado a reinar y encontró en el otro su perfecta mano derecha. Lo nombró primer general. Era un hombre reservado, frío, astuto y desconfiado. Un huérfano que había sobrevivido a un ataque de la corte norteña a su aldea.

Pronto conocieron a una joven con unas cualidades muy especiales. Ella era luz. Hija de padres acomodados, amada entre los suyos y, aun así, fuerte y aventurera. Fue la más leal, su más fiel seguidora. La nombró segunda general.

El primero lo seguía porque era un soldado nato, alguien que ansiaba poder y control. La segunda lo hacía porque creía en su idea, porque admiraba a su rey.

Ella les presentó al tercer general. El más introvertido, el más callado, el menos bélico. Un hombre sabio y bondadoso.

Los siguió porque se sintió acogido, porque anhelaba formar parte de un grupo y en ellos encontró una familia.

Lo tenían todo para conquistar el mundo. Tanto que jamás temieron las consecuencias de sus actos. Y ese fue el primero de sus crímenes.

Wynd escuchó pasos en el pasillo y guardó el cuaderno.

Oyó unos golpes rítmicos en la puerta y se giró para ver entrar a Axel.

—Hoy he oído el rumor más delicioso —comenzó a decir. Llevaba una camisa color crema con un gran escote en V que dejaba ver su pecho y estómago—. Algo está ocurriendo en la ciudad. He estado tan distraído con nuestro plan y sus preparaciones que no he estado prestando la atención necesaria. Pero ayer...

Wynd frunció el ceño, confundida. Apoyó el codo en la mesa y dejó caer la cabeza sobre su puño cerrado.

—¿De qué estás hablando? —preguntó intrigada.

—Rumores de guerra. Algo está pasando con los consejeros: han desaparecido varios.

—¿Has sido tú? —quiso saber ella.

—Me gustaría atribuirme el mérito, pero no. No formaba parte de mi plan. No es que sean mi

cosa favorita, pero nosotros solo vamos a por Aeris y su hijo, ¿recuerdas?

Wynd cogió aire con fuerza. Sus dedos se crisparon al clavarse en el borde de la mesa. Sus ojos se llenaron de rabia apenas contenida.

—Sí —murmuró.

—Porque el primero mató a tus padres y al mío. Y porque el segundo es un traidor igual que él.

Wynd entrecerró los ojos y la medialuna de su frente brilló levemente. Sin embargo, Axel no lo captó.

—Sí.

—El caso es que alguien ahí fuera está ayudándonos con el trabajo sucio. Así que he decidido dar un golpe de efecto. Algo sorprendente y cuyas consecuencias serán fruto del caos más puro.

Los ojos de Axel brillaron febriles.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella levantándose de la silla.

—Decírtelo estropearía la sorpresa. Y créeme: esto es tan bueno que merece la pena que lo disfrutes. No tendrás que esperar mucho para averiguarlo.

Wynd se llevó las manos a la cintura y no palpó nada más que la tela suave del fino jersey que llevaba puesto. Sus dedos anhelaron; sus manos se sintieron vacías. Había una necesidad física recorriéndole las palmas. Se sintió incompleta.

—Estupendo —dijo. Se obligó a estirar las comisuras de la boca hacia arriba—. Lo espero con ganas.

Axel sonrió encantado. Se marchó deprisa. Tenía demasiadas cosas que hacer. Estaba disfrutando realmente del momento, tanto que casi chocó con su madre mientras bajaba las escaleras.

—Madre —la saludó.

Ella casi se quedó sin aire al mirarlo. Los ojos se le llenaron de recelo y algo parecido al asco.

—¿Qué has hecho? —le preguntó.

Axel frunció el ceño sintiendo cómo su buen humor se esfumaba.

—Nada —dijo muy serio—. ¿Por qué siempre pareces pensar lo peor de mí?

Grianan siguió subiendo la escalera y él observó su espalda mientras se alejaba.

El primer recuerdo que tenía de su madre era dándole la espalda. Estaba manchada de sangre, tenía la armadura dorada todavía puesta, las espadas colgadas del cinturón y el casco en el suelo.

—Mamá —la había llamado desde su escondite. Ella no se había inmutado. No lo había mirado siquiera—. Mamá —la había vuelto a llamar, tratando de tocarle la mano.

—Me lo ha quitado —murmuraba—. Me lo ha quitado. —Él había tratado de llamar su atención de nuevo, asustado. Pero ella no parecía oírlo—. Aeris —decía con el cuerpo temblándole de odio—. Ha tenido que ser él.

—Mami... —insistió. Los ojos de su madre por fin habían bajado hasta él—. ¿Qué ha pasado, mami?

—Los ha matado a todos. —Se le rompió la voz—. Lo ha destruido todo.

—Entonces, destrúyelo tú a él, mami —dijo el pequeño con una pequeña sonrisa en su carita.

Fue la primera vez que vio aquella mirada en los ojos de su madre. Lo había mirado asustada, lo había mirado como una madre jamás debía mirar a su hijo. Y él nunca lo olvidó.

Capítulo 24

Cordelia volvía a la Academia después de haberse pasado la tarde entera investigando sobre la colina hueca. Había averiguado un par de cosas, pero ninguna que la ayudase demasiado: que estaba protegida por hechizos muy antiguos; que no se podía encontrar a no ser que alguien autorizado te mostrase el camino; que era absolutamente impenetrable para los que no eran sidh y que jamás se llevaba a los devoradores de almas allí.

Blue no la había acompañado. El chico misterioso con el que se estaba viendo, estaba en Oed y había quedado con él. Se le habían iluminado los ojos al marcharse después de comer.

—No voy a presentártelo hasta que no esté seguro de que va a salir bien —le había dicho durante el almuerzo.

—¿Te has enamorado? —le preguntó ella.

—No, todavía es pronto. Me gusta. Me hace sentir comprendido, acogido. Lo conozco apenas hace unos meses y tampoco es que tengamos demasiadas oportunidades de vernos. —Hizo un gesto abarcando el comedor—. Quiero tomarme mi tiempo, que sea solo nuestro.

Poco después, Blue se había esfumado con prisas y ella se había marchado a seguir con su búsqueda de respuestas.

Las puertas de la Academia se abrieron para ella y entró distraída. Se preguntaba por qué Blue había tardado tanto en hablarle de él. No quería presionarlo, pero le dolía que no quisiese presentárselo. Pensaba que tenían la confianza suficiente para ello.

Thorn se acercó a Cordelia. Llevaba el pelo recogido hacia atrás y en sus ojos brillaba una sonrisa. Era tan hermético que ella había comenzado a ver los pequeños matices de su humor en gestos diminutos.

—Hola —la saludó con su voz grave en un susurro.

El sonido de su voz la hizo sonreír.

—Hola. Otro día más en el que he clasificado fichas con éxito. ¿Mañana iremos a casa de Sibhon?

—Sí —contestó él, siempre tan escueto, siempre tan contenido.

Dio un paso hacia ella hasta que la punta de su bota tocó la de Cordelia. Levantó la mirada de ojos verdes y escudriñó el vestíbulo. A continuación, movió la mano hasta que sus nudillos rozaron los de ella en una caricia disimulada.

—Podemos cenar más tarde —sugirió.

—¿Me estás proponiendo una cita? —Su sonrisa se hizo más amplia.

Alguien carraspeó con ironía. Aren estaba observándolos desde la escalinata del vestíbulo con las manos en los bolsillos y la ceja partida arqueada.

—¿Interrumpo?

Thorn se apartó de Cordelia y miró al heredero con ojos molestos.

—De hecho, s... —comenzó a decir.

—No —intervino Cordelia a toda prisa—. Solo estábamos charlando. Nada más —contestó nerviosa.

Aren ladeó ligeramente la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Estás libre? Necesito que me ayudes con algo —le pidió a la pelirroja.

Cordelia abrió los ojos como platos y se señaló el pecho con un dedo de manicura perfecta.

—¿Yo?

—Sí, por supuesto.

La boca de la chica se curvó en una sonrisa tan grande que le ocupó todo el rostro. Dio un par de pasos danzantes hasta él y le cogió la mano. No podía creer que hubiese venido a buscarla justo a ella. Durante meses, había tratado de acercarse a él, de que fuesen amigos.

—Claro que sí, estoy muy libre.

Aren articuló un «lo siento» silencioso en dirección a Thorn, que los miraba con el ceño fruncido.

—Solo serán un par de horas. Luego podéis volver a... «charlar» —añadió, y sonrió con malicia.

Cruzaron la plaza de la Conquista en dirección al cuarto cuadrante, donde se encontraban la mayoría de las tiendas. Las calles estaban animadas: podía sentirse el ambiente previo al solsticio.

—Necesito que me ayudes a buscar ropa para una joven sureña de clase alta. —Cordelia se frenó en seco y miró a Aren con la boca formando una gran O—. Sé que fuiste tú la que escogiste la ropa para... —la mandíbula de Aren se tensó al igual que su pecho— Wynd. Tienes buen ojo, así que...

—¿Me lo explicas, por favor? ¿Es una cita? ¿Tienes una cita con una joven? ¿Te van a casar?

Aren torció el gesto como si la idea fuese de lo más repugnante.

—No, no me voy a casar. Vamos a ir al Kraj la semana que viene. Y ella es... una amiga de la familia.

—¿A-mi-ga?

—¿Por qué a todo el mundo le sorprende que tenga amigos? Soy encantador.

—Por supuesto que lo eres —aseguró Cordelia—. Pero también eres muy distante. Me da la impresión de que solo la dejaste a ella entrar en tu vida.

Aquello le escoció porque era cierto y a la vez no. Nunca había tenido intención de dejarla

entrar en su vida, simplemente había ocurrido. Ella se había abierto paso y él no había podido hacer nada para impedirlo. Y, aun así, había partes que había mantenido ocultas. Esas que ahora le pesaban.

—De todas formas, estoy feliz de que tengas una cita —afirmó ella.

—No es una cita. Voy a hacer de canguro, a asegurarme de que no le pasa nada. —Era cierto de alguna forma, así que técnicamente no estaba mintiendo.

—¿Estabas enamorado de ella? —preguntó Cordelia susurrando.

Aren echó la cabeza ligeramente hacia atrás y miró el cielo: el sol estaba comenzando a bajar. La comisura derecha de su boca se torció hacia arriba. Una sonrisa irónica y amarga.

—Lo estoy —afirmó, y sabía que no dejaría de estarlo nunca.

Cordelia sintió que se le rompía el corazón.

—Pero puedes amar a más de una persona a la vez —le dijo ella—. Si... si conocieses a alguien y... Eso no invalidaría lo que sientes por Wynd.

El rostro de Aren se tensó, torturado por aquella idea. Se miró la mano un segundo y la cerró en un puño apretado. «No», se dijo.

Entraron a una tienda llamada Aglaya: vestimentas y complementos. Una sidh alta y esbelta estaba atendiendo a una madre y su hija. Pronto salió una señora bajita y regordeta de detrás del mostrador y se acercó a ellos sonriente.

—¿Qué talla tiene? —le preguntó Cordelia a Aren bajito.

Él dibujó su imagen en la cabeza.

—No llega al metro setenta. —Marcó la altura con la mano—. Es delgada, pero no demasiado.

—Buenas tardes. Qué gran honor —dijo la señora asintiendo en dirección a Aren— que vengan a nuestra tienda.

—Buenas tardes —dijo Cordelia animada—. ¿Le importa si echamos un vistazo a sus trajes de gala?

Capítulo 25

Había ojos en todas partes, incluso en los tejados. Sabía que estaba corriendo riesgos.

Barrió las calles con la vista. El recuerdo de la última noche le hizo chisporrotear los nervios. Le temblaba el cuerpo, presa de una emoción febril. Sentía vértigo e ilusión al mismo tiempo. Era algo suave y excitante, como el primer bocado de una fruta jugosa, dulce y ácida, que te hace cerrar los ojos de gusto y arrugar la nariz al sentir el picor en la lengua. Y que, al segundo, ya estás deseando dar otro bocado.

Cerró los ojos con tanta fuerza que vio puntos de colores bailar en la oscuridad de sus párpados. Debía centrarse: tenía una misión y eso era todo lo que importaba.

Comprobó la calle desde su escondite en las sombras y se bajó la capucha junto con el velo. Era arriesgado, sí, pero había guardias observando a todo aquel que pudiese parecer sospechoso.

Salió de las sombras hacia la calle iluminada por las imponentes farolas. Dejó que el pelo le cayese hacia delante y ocultase su rostro mientras caminaba a toda prisa hacia uno de los tablones de anuncios.

Observó las hojas de papel de distintos establecimientos que anunciaban:

«Cojines de plumas celestiales».

«Utensilios de plata, la que más brilla».

«Armarios sin fondo para que guarde toda su vida».

«Trompetas del Sykraa, las más sabrosas».

«Rubís de Gyldne: muy exclusivos».

«Ornamentos de zafiro: viva el lujo que se merece».

«Tentempiés para sus fiestas del solsticio».

«Ruedas de carro: las más resistentes».

«Esculturas personalizadas para jardines con elegancia».

«Sábanas de lino: descubra el confort verdadero».

Sin duda, el bibliotecario tenía un humor peculiar. «Cuatro treses», era el mensaje que le había ocultado entre todos esos anuncios. «Treinta y tres, de la tercera avenida del distrito tercero», allí era donde debían verse.

Solo tardó quince minutos en llegar hasta el lugar de encuentro. Era el sótano de un edificio al que se entraba por un callejón sucio. Dentro, una banda de faunos tocaba a todo volumen. Apenas había unas lámparas encendidas, y el humo de las pipas flotaba en volutas.

Se subió la capucha sin ponerse el velo y pasó entre los que abarrotaban el lugar. Nadie le

prestó atención.

Notó que alguien se le acercaba por su costado.

—Hoy has sido rápida.

—Me he acostumbrado a tus mensajes —contestó ella mirando hacia abajo para que nadie pudiese verle la boca ni leerle los labios. Tampoco miró a su acompañante. Solo los separaban unos centímetros, pero el local era tan estrecho que nadie pensaría que estaban juntos—. No pude hacerlo anoche, las cosas se han complicado.

—Lo sé. Aun así, has hecho muy buen trabajo.

—Necesito algo para mañana. Sé que podrás conseguirlo, no es difícil —le pidió Moonlight —. Los planos del Kraj, los más completos, los que tengan hasta el más mínimo e insignificante detalle. —La taberna estalló en vítores. Uno de los faunos hacía sonar una especie de cuerno rizado con múltiples tubos. Notó que la miraba—. Confía en mí.

—No dudo de ti, temo por ti.

Ella se removió inquieta y se aclaró la garganta, que le escoció.

—Gracias —susurró, tan bajito que no estuvo segura de que la hubiese escuchado.

—Ve a recogerlos a la tienda de la bruja.

Asintió y, sin decir nada más, Moonlight se dio la vuelta y se marchó. Cogió aire cuando salió a la calle y se llenó los pulmones.

Alguien chocó con su hombro mientras cruzaba la avenida. La echó hacia atrás y la hizo levantar la cabeza ligeramente.

—Lo sien... to —dijo una voz masculina.

Moonlight no esperó a oír su disculpa. Se alejó a toda prisa perdiéndose entre la gente.

—Parece que hayas visto a un fantasma —comentó uno de los sidh con los que había chocado.

—Puede... —contestó Blue.

Aren observó la bolsa de terciopelo negro donde se encontraba la ropa para Moonlight, y luego miró hacia la ventana. La adrenalina le quemaba en las venas. Llevaba dos días esperando ese momento casi como una nueva bocanada de aire.

Era una misión suicida. Había estudiado las posibilidades y sabía que había muchas de que saliese mal. Un buen general no la habría aprobado. Se había pasado la infancia y la adolescencia aprendiendo sobre estrategias. Y, aun así, estaba deseando lanzarse a ello.

Después de seis meses, sentía algo parecido a la esperanza. Puede que hubiese perdido la poca cordura que le quedaba, pero estaba tan desesperado por sentir algo que no fuese agonía, que no le importaba.

Cogió la bolsa de terciopelo y salió de su habitación.

Su padre subía las escaleras en ese momento. Su largo pelo negro estaba ligeramente

despeinado y tenía los ojos vidriosos. Olía a alcohol. Aren no recordaba haberlo visto ebrio antes.

Aeris levantó el rostro y miró a su hijo. Torció la boca y negó.

—Ninguno de mis castigos ha servido jamás contigo. —Chasqueó la lengua con disgusto y se tambaleó ligeramente—. Tanto esfuerzo desechado... Sin duda, has salido a tu madre —prosiguió con decepción—. Tienes sus ojos; el mismo azul. ¿Lo sabías?

Aren cogió aire.

—¿Qué?

—Pronto todo acabará para uno de nosotros. Todos estos años pensando que la venganza serviría... —Aeris se trabó con su propia lengua—. ¿Sabes en lo que sí eres como yo? Ambos estamos condenados a la soledad. Podridos por dentro.

Soltó una carcajada llena de odio y ponzoña.

—¿De qué hablas?

—Al menos te eduqué lo suficientemente bien como para arrancarte la capacidad de amar —espetó con los ojos medio cerrados y bamboleándose—. Así no pasarás por lo mismo que yo. En eso me llevas ventaja.

—¿Estás hablando de madre? —preguntó Aren confundido.

Aeris abrió los ojos, el púrpura de sus iris había sido devorado por las pupilas oscuras y dilatadas. Las franjas de luz sidh ondeaban como llamas.

—¿Tu madre? —contestó, y a continuación resopló. Fue algo entre una risa y un bufido despectivo—. No. No, estúpido. Hablo de ella... de... Grianan. Amarla fue una maldición que todavía hoy me persigue. Ella me dejó, me abandonó, me traicionó. Se enamoró de otro, cuando yo nunca fui capaz de querer a nadie más que a ella. Me obligó a odiarla. El fantasma de ese amor es como un veneno, y no deja de consumirme. Haga lo que haga, nunca encuentro descanso, ni siquiera en la venganza. Y pronto tendré que ir a la guerra y matarla. Y después de todos estos años me pregunto... si podré dar ese último paso, si eso me traerá descanso o si me atormentará del todo. —Aeris se tocó la cicatriz que le cruzaba la mandíbula en el lado derecho. Tembló y se apoyó en el pasamanos de la escalera.

»Es injusto, ¿no crees? Nosotros somos invencibles, poderosos. Una raza perfecta, lo más cercano a los dioses que pisa la tierra. Y, sin embargo, no tenemos la capacidad de olvidar. Y luego están los cyxi, cáscaras de carne vacías de poder, pero que pueden reponerse una y otra vez. Son tan simples que olvidan y cicatrizan. Y, aunque claramente son inferiores, envidio esa capacidad.

Aren miraba a su padre como si lo viese por primera vez. No reconocía a ese hombre torturado y roto. No había nada de su hermética pose, de su tiránica compostura, de ese ser vacío que no parecía sentir nada.

Aren estaba totalmente confundido y sorprendido con lo que acababa de escuchar.

—¿Has dicho...?

—Hazme un único favor: sé que me detestas. Los dos lo hacemos. Grianan debería haber sido la madre de mi hijo y yo padre del suyo, pero esto... Todo esto no es más que un error... Un error. Pero aparca por un momento el aborrecimiento que sientes por mí y escúchame... —Volvió a trabarse. Trató de buscar los ojos de Aren, aunque le costaba mantener la vista enfocada—. Puede que yo haya sido un padre horrible, pero he tratado de protegerte de lo que me destruyó a mí. Hacerte más fuerte, arrancarte el corazón. —Su voz se volvió grave, profunda. Un rugido que hizo retumbar las paredes—. Despojarte de tu capacidad para amar ha sido la única lección que he querido enseñarte; porque eso fue lo que me destrozó a mí. Convertirte en un tirano puede que te parezca solitario, pero la soledad es mejor que la ausencia. En la ausencia hay dolor. No querrás conocer ese dolor nunca, hijo. Así que hazme caso.

Aren no reconocía a su padre. Aquel no era el hombre frío, la figura imponente que estaba dibujada en su subconsciente. Era alguien distinto. En sus palabras, aunque retorcidas, podía encontrarse un ápice de humanidad; justo lo que él mismo más detestaba.

—¿De qué estás hablando, padre?

—Al menos conseguí que nunca experimentases qué se siente cuando las personas que amas te abandonan. Me aseguré de ello: de que estuvieses solo, de que no supieras amar ni recibir amor. Al menos me debes eso, al menos hice eso bien por ti... Al menos... —Aeris chocó con el hombro de Aren y siguió su camino sin mirarlo—. Al menos hice eso... —repitió para sí mismo.

Aren estaba completamente perdido. Descolocado. Su padre jamás le había hablado con tanta sinceridad. Puede que sus métodos fuesen completamente retorcidos, pero había algo ahí: un resquicio de cariño en sus motivos que lo conmovió de alguna forma.

Se sintió tan patético. En el fondo, no dejaba de ser ese niño que deseaba el amor de su padre.

Miró el traje de Moonlight y luego la escalera por la que Aeris había subido. ¿Qué bando iba a elegir?

Capítulo 26

Moonlight estaba apoyada contra el edificio del invernadero. Tenía el rostro levantado hacia el cielo. El velo se pegaba a su piel y dibujaba el contorno de su perfil.

Aren se acercó a la puerta, golpeó tres puntos concretos con el puño alrededor de la cerradura y luego la empujó con el hombro. Esta cedió con un chirrido oxidado y se abrió. Pasó y la sujetó esperando a que ella entrara.

—Estás muy callado —dijo Moonlight.

—Cuando no se tiene nada interesante que decir es mejor no decir nada —replicó él.

Tenía los hombros rígidos. Sus ojos estaban vacíos y distantes.

Moonlight estiró la mano y lo cogió del brazo para frenarlo. Lo hizo sin pensarlo.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

Aren contuvo la respiración. No le había preguntado si estaba bien. Fue un detalle tonto, pequeño, insignificante, pero que contenía un mundo. Ella ya sabía que no estaba bien, ya sabía que debía de haberle ocurrido algo. Y ese detalle tonto, pequeño e insignificante le curó un poquito el corazón.

Aun así, apartó el brazo y siguió caminando.

—Pasan tantas cosas al día... Tendrás que ser más específica.

Empujó unas puertas dobles, y un olor silvestre, aromático y fresco inundó sus fosas nasales. El aire era más cálido que fuera, y húmedo. El invernadero constaba de una cúpula semicircular en el centro y dos más pequeñas a los lados. El cristal estaba empañado y era ligeramente opaco, por lo que las estrellas no podían distinguirse. Sin embargo, de noche la luz de la luna entraba e iluminaba el jardín.

La vegetación era exuberante y espesa. Las plantas parecían ordenadas de forma arbitraria y caótica. Pero era hermoso, justo como si hubiesen arrancado un trocito de un jardín exótico y lo hubiesen trasladado a la capital.

Moonlight inspiró hondo y se empapó del olor maravilloso de las flores y los árboles. Se sintió un poquito más libre, más ligera. Había algo onírico en el lugar.

Caminaron por una de las pasarelas hasta un puente que cruzaba un lago artificial. Este estaba lleno de plantas acuáticas y flores de noche que parecían estrellas violetas flotando en el firmamento. Moonlight sacó los planos y los extendió. Estaban llenos de anotaciones y líneas que marcaban habitaciones secretas y pasadizos.

—Para ti —dijo Aren entregándole la bolsa de terciopelo negro.

Ella la abrió y observó el contenido. Todo lo que podía ver era blanco, ocre y *beige*. Sin duda, no eran sus colores favoritos. Más tarde vería con atención las prendas, pero abultaban mucho y le parecía haber tocado un corpiño.

—¿No te gusta? —comentó Aren con una sonrisa torcida.

—Me será difícil moverme con tanta tela.

—Ya... Podrías hacerlo desnuda, pero llamarías demasiado la atención. Quizás se armase un buen escándalo. Aunque sería divertido verlo, por otro lado.

—Vaya, qué imaginación tan desbordante e ingeniosa tienes —contestó ella irónica—. Si necesito una distracción para escapar, ya sé que puedo contar contigo...

—Por supuesto. Siempre se puede contar conmigo.

Moonlight levantó la vista de los planos y observó a Aren. Normalmente tenía esa forma sarcástica de hablar, ese falso encanto que había usado para desesperarla. Pero hoy era distinto: parecía apagado, desconectado.

—No sé qué te ha ocurrido hoy, pero cuando entremos ahí —señaló el Kraj con el dedo— voy a necesitar que estemos preparados. Es una ratonera. En la calle siempre cuento con la posibilidad de huir, pero aquí... Si me atrapan, se acabó. Puede que no te importe nada lo que me ocurra porque en realidad no me conoces, y puede que esto no sea más que una forma de rebelarte contra tu padre y llamar su atención, pero es importante para mí. Es tan importante que...

Aren soltó una carcajada. Fue un sonido hueco y ronco, sin un ápice de alegría o diversión. A Moonlight se le heló la sangre.

—No me había dado cuenta de que me conocieras tan bien.

Ella se echó hacia atrás ligeramente, como si sus palabras la hubiesen herido.

—No, no lo hago —susurró—. A veces pienso que sí; a veces te miro y creo verte. Otras pienso que es solo mi cabeza jugando conmigo. —Su voz sonaba tan bajita que era apenas un murmullo—. A lo mejor solo me estoy engañando a mí misma.

—¿Qué has dicho? —preguntó él, que no había conseguido oírla.

—Tienes que decidirte. Tengo la sensación de que te da miedo reconocer lo que quieres de verdad.

Aren estrechó la mirada y la clavó en Moonlight. Le hablaba como si lo conociese, como si fuese capaz de ver a través de él.

—¿Y si quiero algo pero sé que va en contra de lo que soy? El destino ha trazado mi camino y yo intento cambiarlo. Pero acabo volviendo; acabo cayendo de nuevo. A lo mejor debería asumirlo.

¿Y si su padre tenía razón? La vida lo había puesto en esa posición: podía elegir entre lo que los demás esperaban de él, entre aquello para lo que había sido entrenado o romper con todo. Salirse de ese molde. Ya lo había intentado una vez y había salido mal. Desafiar a su padre y el

camino que este le había trazado había sido un fracaso. ¿Qué le hacía pensar que esta vez iba a ser distinto, que no acabaría hiriéndose a sí mismo y a los demás?

—No es cierto. Siempre tenemos elección en lo que respecta a nosotros mismos. No creo que nuestro destino sea una sentencia irrevocable. ¿Crees que no tenemos capacidad de decidir, de cambiar? Porque estás equivocado. Yo antes... Yo... —Moonlight apretó la mandíbula con fuerza y cogió aire inflando el pecho—. A lo mejor solo te falta creerlo. Creer en ti.

Moonlight se había apoyado en las manos y se había inclinado ligeramente hacia delante mientras hablaba. Un mechón de pelo ceniza oscuro le caía solitario y le rozaba la clavícula. Tragó en seco y reculó hacia atrás.

Aren parpadeó. Siempre que estaba con ella, tenía la sensación de que algo lo cegaba. Y luego veía uno de esos detalles que no encajaban, como el mechón oscuro de pelo o ese tono de voz, y volvía de golpe a la realidad. Se echó hacia atrás hasta apoyarse sobre los codos y miró al cielo.

—Antes de venir hacia aquí he tenido una charla con mi padre —confesó. Había un filo de vulnerabilidad en su voz—. Ha reconocido por primera vez en voz alta que siempre me ha odiado. No es odio, es más bien que jamás deseó ser mi padre. Es casi como una carga impuesta, una maldición con la que ha tenido que vivir. Llevo toda la vida preguntándome qué era lo que fallaba en mí, qué había hecho mal y cómo podía solucionarlo. He hecho cosas atroces solo porque él me lo ha mandado. —Curvó la boca en una mueca amarga—. Antes no me pesaban: podía mandarme matar un aquelarre entero de brujas y ni siquiera me temblaba el pulso. Lo hacía por él, por conseguir... —No fue capaz de decirlo. Cogió aire. Todos los músculos de su cuerpo estaban tensos—. Y, sin embargo, es la primera vez que me ha hablado como un padre. Hoy, de alguna forma, he conseguido entenderlo un poco. —Moonlight alargó la mano hacia la de él hasta que sus dedos casi se rozaron, pero los dejó ahí; quietos. No tuvo valor de ir más allá—. Me asusta comprenderlo: me asusta haber oído sus motivos y encontrar una validación para sus acciones. La idea de que yo también tenga esa parte retorcida suya; de... de que anhele tanto su aprobación que... que podría... —Negó con la cabeza con una sonrisa triste.

Moonlight se tumbó a su lado, cuidándose de mantener una distancia suficiente como para que ninguna parte de sus cuerpos se tocase. Cerró los ojos y trató de olvidar el lugar, el momento y todo lo demás.

—Lo que más me asusta, más que la muerte o cualquier monstruo que pueda acechar en las sombras; lo que me mantiene despierta por las noches y me aprieta el corazón hasta robarme el aire es... la soledad. La idea de que no haya nadie ahí fuera que... —le tembló ligeramente la voz — que me quiera. Me asusta pasar por este mundo y marcharme sin sentir amor ni haberlo dado. Durante mucho tiempo, he tratado de convencerme de que no lo necesito, pero cuando me acecha la oscuridad y estamos solos mis pensamientos y yo... Ahí sé que no es verdad. La realidad es que tengo miedo. —Giró la cabeza y se encontró con los ojos de Aren. Sus manos estaban tan cerca que podía sentir la electricidad en su piel—. Creo que es normal desear que nuestros padres nos quieran. Y, sin embargo, el hecho de que te asuste tanto tener esa parte

retorcida de él, eso ya demuestra que no sois iguales, aunque sigas deseando su aprobación. Estamos aquí, ¿no? No me has delatado.

Aren se giró de costado y estiró la mano hasta ella. Muy despacio, la acercó hasta su rostro, dándole tiempo para apartarse o frenarlo.

No lo hizo.

Le tocó el mentón. La curva de la mandíbula. Metió los dedos bajo el velo y cerró los ojos. La escuchó contener la respiración cuando rozó la piel de su mejilla. Podía oír el latido acelerado de su propio corazón.

—Tengo la sensación de que te conozco —murmuró—. Y a la vez no.

Bajó los dedos hasta rozarle los labios. Sintió el aliento cálido de ella contra la piel. Trazó el perfil de su barbilla y siguió hacia su garganta. El pulso de Moonlight latía desbocado. Aren apretó más los párpados. Si la miraba...

Llegó hasta la hondonada entre las clavículas. Sintió cómo el pecho de Moonlight se elevaba mientras jadeaba ligeramente.

—Aren... —susurró ella. Su voz era miel derretida. Lamento y súplica.

—Me importa —dijo aún con los ojos cerrados.

—¿Qué?

—Me importa lo que te ocurra —aclaró. Aren abrió los ojos. Durante una milésima de segundo, esperó encontrar un rostro esperándolo. Pero solo estaba aquella boca ligeramente abierta y el velo oscuro. No pudo evitar sentir el aguijón de la decepción.

Pasaron las siguientes horas estudiando cada milímetro de los planos: las posibles rutas de salida y la mejor forma de proceder. Lo memorizaron hasta poder trazarlo a ciegas.

—Nosotros subiremos por esta escalera. Es la que lleva a los palcos —señaló Aren con el dedo—. Estos son los baños. En el descanso irás allí y, cuando esté sin guardas, podrás acercarte lo suficiente como para marcarla. Yo estaré esperándote fuera. En cuanto lo hagas, nos largamos.

Moonlight asintió mirando los planos.

—Si tardas demasiado en salir, entraré. Pavouk es peligrosa.

—Puedo con ella. Me gustaría que fuese algo limpio, pero si es necesario... puedo matarla.

Aren arqueó una ceja y estiró muy despacio la comisura izquierda del labio hacia arriba.

—Eso ha sonado muy...

—¿Soberbio?

—Atractivo.

No podía verle el rostro, pero habría jurado que ella enrojeció. Moonlight se aclaró la garganta y se levantó. Necesitaba estirar las piernas; llevaban horas sentados. Se apoyó en la barandilla del puente y miró a Aren.

—Bueno, ¿y quién voy a ser esa noche?

—Nadyne Sylmar. Quince años. Hija de la cónsul de Gyldne: Lemelia Sylmar.

—Pero si es una niña —objetó ella.

—¿Y cuál es el problema?

—Nadie va a creerse que yo...

Aren la miró con un brillo travieso en los ojos. Acercó su pulgar al índice dejando un pequeño espacio.

—Yo creo que sí.

—¡Eh! Tengo una estatura estándar —protestó ella lanzándole una patada que él esquivó.

Aren sonrió. Los ojos se le cerraron ligeramente en las esquinas y se le marcaron los hoyuelos.

—¿Quieres que te conteste a eso?

Moonlight resopló.

—Así que voy a tener que fingir que soy una niña adinerada del sur. No sé si sabré hacerlo bien.

—¿No se te da bien actuar?

Ella se tensó ligeramente y miró hacia el lago.

—¿Y a ti? —replicó

Aren estrechó los ojos. Un par de arrugas le surcaron la frente.

—¿Por qué lo preguntas?

Moonlight se encogió de hombros con indiferencia.

—Curiosidad.

—Soy bastante sincero, sobre todo si algo importa de verdad. ¿Te preocupa que te esté engañando, Moon?

Ella se giró deprisa. Aren estaba de pie unos pasos detrás de ella.

—¿Moon?

—Te bauticé como Moonlight y tu apodo es Moon. A no ser que quieras decirme cómo te llamas.

—Muy hábil, pero no. Moon... me gusta.

Aren dio otro paso hacia ella.

—Entonces..., ¿te preocupa que te esté engañando? ¿No confías en mí?

Ella se mordisqueó el labio. Cerró las manos en puños mientras sentía su poder vibrar entre los dedos.

—No lo sé —contestó con sinceridad—. ¿Cómo podría saberlo?

Aren apretó la mandíbula y tensó los músculos del cuello. Aquello le escoció.

—Sí... ¿Cómo podrías saberlo? —Cogió aire por la nariz con fuerza—. ¿Has pensado en lo difícil que es confiar en alguien que no conoces, que no te permite hacerlo?

—Que no te diga mi nombre o te muestre mi cara no quiere decir que no te deje verme. Pero tengo que protegerme. Podrías traicionarme. Podrías... utilizarme —dijo finalmente.

Aren arqueó una ceja.

—¿Eso crees? Desde mi punto de vista, tú podrías estar utilizándome a mí. Ganas más que yo.

—Yo pronuncié el juramento. Jamás... Jamás —dijo con más firmeza— te traicionaría. No podría. Y... si sientes que te estoy utilizando —le temblaron los hombros de rabia—, entonces olvídate de todo esto. Olvídate de esta noche y del plan. Puedes dejar que me ocupe sola, no tienes por qué participar. Porque yo... ¡Yo jamás te utilizaría! —Su voz sonó acusatoria.

Los ojos de Aren se abrieron sorprendidos. Ella se llevó la mano a la boca y maldijo. Se agachó y recogió los planos a toda prisa mientras sentía la atenta mirada de él.

—Esto ha sido... ha sido un error —murmuró.

Se giró dejando la bolsa de terciopelo atrás. Aren la sujetó de la muñeca y la frenó. Moonlight no se movió, sino que permaneció de espaldas a él con el brazo estirado hacia atrás. En el invernadero solo se oían sus respiraciones.

—No quiero dejarte hacerlo sola. No tengo más respuesta que esa. ¿La verdad? No estoy seguro de si te protegería frente a mi padre. No sé si tendría el valor de hacerle frente por ti. —Su voz era dura, cargada de una sinceridad descarnada—. Entiendo que dudes de mi lealtad. Me gustaría ofrecerte algo más que esto, pero te estaría mintiendo. Al menos, te doy mi palabra de que quiero ayudarte a acabar con los consejeros. Alguien a quien quería deseaba destruir nuestro sistema, y se lo debo.

La mano de Moonlight tembló, al igual que su respiración.

—¿La chica del juramento? —susurró.

—Sí. ¿Te sirve eso como respuesta a si voy a traicionarte?

Moonlight asintió en silencio. Se giró despacio. Aren todavía la sujetaba del brazo. Ella se estiró y posó la mano izquierda en su hombro. Se puso de puntillas y acercó la boca a su oreja rozándole suavemente la mejilla con los labios.

Aren se estremeció. Los dedos aferraron su muñeca con más fuerza.

—Ojalá ella encuentre la forma de perdonarte —susurró muy bajito, apenas en una exhalación.

Capítulo 27

La sala de entrenamiento estaba vacía y en penumbra. Había bajado porque no podía dormir. Blue y ella habían tomado una decisión: subirían a la tercera planta en dos días, el día del solsticio. Aprovecharían que se organizaba una visita guiada en conmemoración de ello y que se dejaba entrar a cualquiera que lo hubiese solicitado.

Los dhoga contaban la historia del solsticio y mostraban las curiosidades del Archivo a los visitantes. Habría tanta gente que sería mucho más sencillo pasar desapercibidos.

Tenía que robar el pase de autorización máxima de la tercera planta. Robárselo a Thorn... Cada vez que lo pensaba se le revolvía el estómago. Sabía dónde lo tenía porque se había fijado cuando estuvo en su despacho. Incluso le había preguntado por el tema de forma casual.

Se sentía horrible y rastrera por lo que estaba haciendo.

—¿Solo los dhoga pueden subir a la segunda y tercera planta? —le había dicho.

—¿En el Archivo? No, también miembros del consejo, la corte, el Deirnas y algunos rhydra autorizados. Y no todos los dhoga.

—Cuando estoy allí apenas veo a nadie subir al máximo nivel.

—No he ido demasiado. Normalmente Phern, que es quien maneja la información confidencial de Oed, también la clasifica. Las pocas veces que me ha tocado a mí, tampoco me he topado con nadie.

Le había engañado para sacarle información y, por supuesto, él no había sospechado nada porque confiaba en ella. Quebrar eso, su confianza, era lo que más la asustaba.

Se debatía entre traicionar a Thorn y ayudar a Iver o abandonar aquella misión y seguir adelante con su vida. Pero, después de su última clase con Sibhon, había tomado la decisión de actuar.

—¿Te has preguntado qué ocurre con los que no pasan las pruebas? ¿Has mirado alguna vez la historia tras la fiesta de Kaebhar? —le había dicho Sibhon—. El camino a tus respuestas empieza por ahí.

—¿Y dónde encuentro esas respuestas? —le había preguntado ella.

—Donde no te dejan mirar, por supuesto. —A Cordelia, la conclusión le había parecido obvia: la tercera planta del Archivo—. ¿Qué harás si encuentras las respuestas?

Aquella era una pregunta que no había conseguido contestar todavía. Había mirado a Sibhon muda e impotente. Le habría gustado mostrarse segura y decidida, una figura fuerte e inquebrantable a la que el miedo o las adversidades no podían tumbar.

Una vez más, pensó en Wynd. Ella no habría dudado. Ella habría dicho algo osado y temerario. Le habría declarado la guerra al mundo entero si era necesario.

Pero Cordelia no pudo hacerlo. Ella no era ni osada ni temeraria. Tampoco era una fuerza inquebrantable. No era más que una chica normal; una más entre tantas. Un pequeño punto en la multitud del universo.

¿Qué podía hacer ella para cambiar nada?

Cargó el artilugio que lanzaba cuchillas y lo activó. Tenía que practicar con su escudo.

Cerró los ojos y se concentró.

«Si fuese más fuerte...».

Comenzó a parar los proyectiles.

«Si fuese más valiente...».

Giraba sobre sus pies detectando de dónde venían.

«Si tuviese más poder...».

Una de las cuchillas le rozó el brazo y le cortó la piel superficialmente.

—¡Au! —jadeó.

El dolor la desestabilizó y otra de las cuchillas rompió su escudo. La esquivó en el último segundo, aunque le cortó un mechón de pelo.

—Blean, ¿qué haces? —susurró la voz profunda de Thorn.

Al instante, las cuchillas pararon de salir. Cordelia abrió los ojos y se encontró con un Thorn en pantalones de algodón y camiseta de manga corta de dormir. Tenía el pelo suelto y algo despeinado. La miró serio y silencioso.

—Estaba entrenando —respondió ella sintiéndose un poco tonta.

Los ojos de fuego de Thorn la recorrieron con atención y se abrieron preocupados cuando vieron el corte en su brazo derecho.

—Estás herida.

Cordelia bajó la vista hasta el corte: estaba sangrando.

—Sí, pero no ha sido nada...

—No deberías usarla estando sola, y menos aún sin el equipo de combate. ¿Por qué estás entrenando a estas horas?

—No podía dormir. —Thorn se acercó y la tomó del brazo con cuidado, estudiando la herida —. ¿Qué haces aquí?

—He ido a tu habitación a buscarte, pero no estabas —reconoció—. Yo tampoco podía dormir, así que he bajado a...

—¿Despejarte?

Thorn abrió un cajón y sacó unas gasas. Le limpió la sangre con cuidado. Apenas era un rasguño; estaría cerrado en unas horas.

Acercó la boca a la punta del hombro desnudo de Cordelia y lo besó.

—¿Por qué no puedes dormir? —murmuró contra su piel.

—Porque tengo demasiadas cosas en la cabeza. Cada vez que cierro los ojos, mi cerebro comienza a saltar de un pensamiento a otro. Me estaba ahogando allí encerrada.

Thorn le dio otro beso más cerca del cuello esta vez. Le pasó las manos por las sienes y le acarició el pelo apartándoselo de la cara.

—¿Quieres contarme qué te preocupa?

Quería, pero no podía. Él era un miembro de los rhydra, el entrenador de la Academia. Sibhon le había dicho que él no sabía nada de lo que pasaba tras las pruebas, pero aun así... No quería ponerlo en esa posición. No quería hacerlo elegir entre su deber y los juramentos o ella.

¿Cómo iba a ponerle esa carga si apenas llevaban unas semanas saliendo? Ya estaba mal que ella fuese una aspirante y él, su entrenador.

—¿Tiene algo que ver con Sibhon? Ayer estuviste muy callada. Eso es extraño en ti.

Cordelia sonrió un poquito.

—Sí, es que... es más difícil de lo que había pensado. No quiero decir que me esté echando atrás —se apresuró a aclarar—, pero me ha hecho preguntarme si estoy preparada para todo lo que debo hacer o si soy lo suficientemente buena para ello...

Thorn le pasó los pulgares por las mejillas y ella cerró los ojos al sentir la ternura de su gesto.

—Lo eres, no tengo ninguna duda de ello. La fuerza no solo se mide físicamente, la fuerza no es solo el poder de tu magia. La fuerza también es el poder de tus convicciones y la capacidad que tienes de luchar por ellas. —Su tono era serio, sus ojos la miraban convencidos de esas palabras y sus manos la sostenían con anhelo, como si temiese perderla—. En eso, tú eres más fuerte que yo, Cordelia. Yo creo que podrías gobernar a los sidh si te lo propusieras —susurró.

Ella rio suave. Jamás se había sentido identificada con aquellos capaces de dar un paso adelante. Ella era de las que se quedaban atrás, en un confortable y seguro segundo plano. Nunca había tenido problema con ello ni le había atraído la idea de destacar, de ser la que alza la voz.

Wynd e Iver eran así.

«Y mira cómo han acabado ambos», reflexionó su conciencia.

Puede que ella nunca hubiese buscado la gloria, y puede que jamás hubiese deseado el papel de heroína, pero siempre había anhelado tener el poder de ayudar, de contribuir de forma activa en su sociedad. No necesitaba su nombre escrito en los libros de historia, pero sí que quería llegar al final de su vida sintiéndose satisfecha.

Y no podía dejar que el miedo la paralizase.

Tomó el rostro de Thorn en sus manos, se levantó sobre las puntas de los pies y lo besó. Él se tambaleó, ligeramente sorprendido, pero no tardó en atraparla entre sus brazos y pegarla a él.

Thorn gruñó bajo cuando ella abrió los labios y enredó la lengua con la suya. Después, la agarró de los muslos y la subió hasta que ella lo envolvió con sus piernas.

Golpearon varias estanterías y aparatos de entrenamiento entre besos desenfrenados. Thorn trataba de ser delicado con ella, pero Cordelia no quería delicadeza; no en ese momento. A su

vez, ella notaba el esfuerzo que él hacía por contenerse, como si fuese a apartarse y marcharse en cualquier momento.

Había algo en esa timidez que la hacía derretirse por dentro.

Cordelia se agarró el borde de la camiseta interior y tiró hacia arriba. Sus pechos estaban tan pegados que le costó sacársela. Nunca se había mostrado tan desnuda delante de un hombre y, durante unos segundos, se sintió insegura.

Sin embargo, la expresión de Thorn mostraba puro deleite y excitación. No sabía qué veía él cuando la miraba, pero parecía más que encantado. Saber que era ella —su cuerpo, su atractivo — la que lo provocaba así la excitó más que cualquier beso o caricia.

A continuación, Thorn la sentó sobre uno de los armarios y se apartó unos centímetros, lo justo para quitarse también la camiseta y tirarla al suelo.

Cordelia notó que enrojecía al mirarlo. Era inmenso y fuerte. No le extrañó que dijese que ella no era pesada, podría levantar a dos como ella sin inmutarse.

—Cordelia, si esto no es lo que quieres...

Ella presionó los talones contra su culo para pegarlo a su cuerpo.

—Quiero. Es... la primera vez que... No tengo mucha, bueno, nada de experiencia, pero si me dices qué...

Thorn la agarró de la nuca y la besó fuerte, profundo, como si quisiese fundirse con ella. Su garganta vibró con un gruñido bajo.

—Quiero besarte el cuerpo entero —susurró él—. Voy a necesitar toda la noche contigo. —Jadeaba, como si no hubiese oxígeno suficiente en la habitación—. Porque llevo deseando, imaginando, recreando este momento en mi cabeza tantos meses... —Besó su boca, su mandíbula, su cuello y sus pechos. Las manos en sus caderas le acariciaban la piel a Cordelia y bajaban hasta sus muslos—. Vamos a mi habitación —dijo con una voz tan grave que ella casi no le entendió.

Cordelia se puso de pie. Se quitó los pantalones del pijama bajo la atenta mirada de él. Llevó sus temblorosas manos hasta el cierre de su sujetador y lo desabrochó. Cogió aire y, armándose de todo el valor que poseía, lo dejó caer.

Thorn abrió la boca para decir algo. Luego la cerró. Sus ojos no paraban de recorrer cada centímetro de ella, como si quisiera grabarse su imagen en la cabeza. Era evidente lo excitado que estaba, y eso la hizo sentir poderosa y confiada de una forma que nunca había experimentado.

—No, a tu habitación no. Aquí.

—Yo... —Thorn tragó en seco—. Dime qué quieres, Cordelia. Haré lo que tú quieras —dijo con adoración.

—Quiero más. Quiero todo.

Y eso le dio él. Todo. Durante aquella noche, el mundo empezó y acabó en ella: en su cuerpo, en cada una de sus curvas, en cada milímetro de su piel que él besó, acarició y lamió como si

fuese algo preciado y maravilloso.

Y al amanecer, cuando no les quedaba una gota de energía, cuando ni siquiera sabían dónde empezaba el uno y acababa el otro, volvieron a fundirse una última vez; despacio en esta ocasión, pues ya habían sido frenéticos y torpes, apasionados y agresivos. Lo hicieron a un ritmo lento, muy lento, como si no quisiesen acabar nunca. Y profundo, muy profundo: tanto que se llegaron al alma.

En el corazón de Cordelia se grabó una muesca fea y oscura, pues el amor deja marca y la culpa envenena. Supo bien que aquella noche había empezado a construir a la Cordelia adulta y que empezaba a despedirse de la inocencia de su niñez.

Se había enamorado de un hombre al que iba a traicionar para salvar a otro.

Capítulo 28

Aren estaba apoyado contra la pared del callejón con las manos metidas en los bolsillos de su de traje oscuro. Llevaba una camisa negra, como todo el conjunto, metida en la cinturilla alta del pantalón.

Esa mañana en la Academia, se había despertado boqueando en busca de aire, cubierto de sudor, con el corazón martilleándole atropellado y dolorido. No había vuelto a palacio desde la última charla con su padre. Se había pasado la noche anterior vagando sin rumbo por las calles de Oed. Y mientras caminaba, se había preguntado si alguna de las chicas con las que se cruzaba sería Moon. La buscó entre los rostros desconocidos.

Moonlight era lo único que conseguía imprimirle algo de aire esos días. Hablar con ella era como respirar. Estar a su lado le daba, de alguna forma, sentido a la vida de nuevo. Era irónico, sin embargo, porque desde que la conocía se sentía más perdido que nunca.

Al levantarse de la cama, lo primero en lo que había pensado era en que en unas horas estarían entrando en el Kraj. La idea le había dado oxígeno, le había quitado peso. Porque eso significaba que volvería a verla, y una parte muy dentro de él comenzó a contar los minutos.

Y allí estaba, esperándola.

Se pasó los dedos por el pelo para echárselo hacia atrás. Escuchó un frufrú de tela y unos bufidos molestos, y entonces, Moonlight apareció frente a él. No la habría reconocido si no fuera por el tono ronco de su voz y porque llevaba puesto el vestido que Cordelia y él habían escogido: un corpiño, con mangas cortas de gasa y bordados de flores, que daba paso a una falda de tul sin demasiado volumen. Cuantas menos capas, más fácil le resultaría moverse. El vestido no era nuevo; Cordelia se había fijado en una pieza de segunda mano en la que el blanco era más bien crema, y justo ese detalle, el de que parecía usado, le daba más autenticidad.

El velo la tapaba hasta el pecho y caía por detrás hasta sus tobillos cubriéndole los hombros, el pelo y la espalda. Estaba bordado con apliques de tul, en el mismo tono blanco roto, colocados de forma que el velo parecía estar florecido. Y de ese modo, el rostro quedaba completamente escondido. El velo se sujetaba sobre su cabeza encima de una corona de astas, como era costumbre en Gyldne. En esa tierra, abundaban los centauros y se creía que la ciudad se había erigido sobre un enorme asentamiento de ellos. Las coronas de astas eran un tesoro y una reliquia familiar que indicaba posición y riqueza.

Finalmente, unos guantes de satén hasta el codo completaban el conjunto.

Sin todo ese cuero negro envolviéndola no parecía ella. Cordelia era una experta, porque el

disfraz resultaba impecable. Nadie dudaría ni un segundo de que era la hija de la cónsul de Gyldne.

Y, aunque todo resultaba armonioso, delicado y bonito... Aren no pudo evitar sentir un pinchazo de frustración al darse cuenta de que ese día no vería siquiera su boca.

—Esto es incomodísimo —se quejó ella revolviéndose como si tuviese serpientes en la piel —. No puedo pelear con este trasto sobre la cabeza.

Aren sonrió mientras la estudiaba con descaro.

—Estás encantadora.

El tono sarcástico y divertido de su voz la hizo gruñir.

—A lo mejor me arranco uno de los cuernos y te lo clavo en el ojo. Así de encantadora me siento.

Aren levantó las manos y apretó los labios conteniendo la risa. Aquel comentario encendió una chispa en su corazón. En realidad, si la hubiese visto en mitad del bosque, habría pensado que era un ánima, un espíritu antiguo, una criatura mitológica. Algo hermoso y peligroso. Delicado y poderoso.

El alma se le retorció dentro del pecho y le ofreció el brazo. Le habría gustado ver qué expresión tenía ella. Moonlight suspiró y se agarró a él; tensa, como si el hecho de estar tan cerca y tocarlo le estuviese robando el aire.

Absolutamente todas las miradas del enorme y opulento vestíbulo del Kraj se centraron en ellos. Susurros sobre «el heredero» recorrieron la multitud. Él no los culpaba, pues esa era probablemente la primera vez que había ido a un evento de ese tipo. A su padre no le gustaba mezclarse con la gente más de lo necesario. Solo acudía a los acontecimientos más oficiales, así que Aren nunca había tenido que ir.

—Nadyne Sylmar —le dijo al acomodador de la entrada que les había pedido sus nombres.

—Solo para que lo sepas, estoy poniendo los ojos en blanco —le susurró ella muy bajito acercándose a su oreja.

Aren no se giró a mirarla, pero curvó la boca en señal de que la había escuchado. Sí, él también quería poner los ojos en blanco.

—Están en el palco primero de la primera planta. Privado, por supuesto —comentó el acomodador.

Aren asintió, le dio las gracias y se apartó de la puerta. Cambió su expresión cortés a la que usaba en palacio. La que se reservaba especialmente para los «aduladores» de su padre. Venía a decir algo así como: «Ni se os ocurra hablarme o acercaros a mí si no queréis morir».

Podría hacer el esfuerzo de ser encantador y fingir. Sabía cómo hacerlo, había aprendido del mejor: Aeris era un hombre de muchas caras y elegía muy cuidadosamente cuál mostrar y a quién. Aren había adquirido eso de él, pero en ese momento no le apetecía ser simpático. La mayoría de los que estaban allí le ponían enfermo. Muchos traicionarían a sus propios hijos para salvar sus posiciones en la corte.

«Falsos», pensó mientras los veía sonreírle.

Pavouk Bulev apareció unos minutos más tarde rodeada de su séquito de guardas. La serpiente de los abismos rodeaba su cuello como un carísimo collar. Llevaba un vestido que oscilaba con los colores del atardecer y resaltaba su piel oscura. Parecía cincelada en obsidiana.

Los ojos de la consejera barrieron la multitud y se posaron en Aren. Sus cejas apenas se movieron en un pequeño gesto de sorpresa. Por supuesto, ella, al contrario que los demás, sí que tuvo el valor de acercarse al heredero. Era miembro del consejo, su posición era muy distinta. Superior. Caminó pausadamente contoneándose, muy consciente de las miradas curiosas que la observaban. Se notaba que lo disfrutaba.

—Su alteza —comentó con voz aterciopelada. Su lengua parecía acariciar las sílabas al hablar. Inclinó muy ligeramente la cabeza.

—Bulev, qué encantador encuentro —le contestó él dedicándole su sonrisa más arrebatadora.

—Una sorpresa veros por aquí. ¿Quién es la muchachita que os acompaña?

—Nadyne Sylmar. Ha venido a pasar el solsticio en la ciudad y me he ofrecido a acompañarla.

Moonlight asintió con fingida timidez. Pavouk ladeó la cabeza y arqueó las cejas.

—Vaya, todo un honor que el mismísimo heredero se ofrezca a hacerle de acompañante. Sylmar y el Deirnas deben de tener muy buena relación.

Por supuesto, la desconfianza y astucia de la consejera la llevaron a leer en aquello más de lo que había. Aren jamás había acompañado a nadie a ningún acto oficial. Su cerebro debía de estar trabajando a toda velocidad tratando de averiguar qué había detrás de aquel gesto de apariencia casual. Pavouk se preguntó si Aeris estaría considerando a Sylmar para el consejo. ¿O quizá era un movimiento estratégico para la posible guerra con Grianan?

Aren disfrutó de su confusión. Sonrió con ganas, mostrando sus perfectos dientes. Siempre había detestado la horrible jerarquía de la corte. Estaba deseando destruirlos. La idea del caos hacía que la adrenalina le quemase.

—La tienen —aseguró—. Igual de buena que la que tiene con todos sus consejeros. —Se calló de pronto—. Quiero decir, con todos los miembros de la corte.

Pavouk Bulev estrechó los ojos en pequeñas rendijas. Aren la miró con su expresión más encantadora y despreocupada. Los dedos de Moonlight se sacudieron ligeramente y le rozaron el brazo. Una forma silenciosa y casi inconsciente de decirle lo mucho que estaba disfrutando con aquello. Había admiración en su pose. Sus dedos transmitieron el cumplido que su boca no podía pronunciar.

Las puertas que daban acceso al patio de butacas se abrieron y los guardas retiraron los cordones de terciopelo que limitaban el espacio hacia las escaleras.

—Que disfrutes del espectáculo —se despidió Aren.

Su palco estaba prácticamente sobre el escenario. Un juego de luces y música abrió la obra y el telón se deshizo en mariposas que volaron sobre el público y se elevaron hacia la cúpula del

Kraj cuando alcanzaron el punto más alto. Justo al mismo tiempo que la música llegaba a su cénit, se deshicieron en un polvo luminoso que quedó flotando en las alturas. Una noche de estrellas dentro del edificio.

El público, boquiabierto, prorrumpió en aplausos y exclamaciones de asombro y gusto.

A su lado, Moonlight estaba quieta como una estatua. De vez en cuando se llevaba la mano a la cintura, deslizaba los dedos por la tela y suspiraba. A pesar de que no se le veían más que los brazos, atraía miradas: algunas de curiosidad, otras de deseo.

Aren le cogió la mano izquierda y se la apretó.

—Relájate.

—No me gusta pelear en lugares cerrados —reconoció ella.

—Te sacaré de aquí cueste lo que cueste, ¿vale? Ya te lo dije: soy realmente impresionante —dijo cruzando los brazos detrás de la cabeza.

A Aren le irritó no ver su boca, no saber si la había hecho sonreír un poco siquiera.

El espectáculo era bueno; muy bueno, de hecho. Las ninfas se elevaban por encima del patio de butacas. Flotaban por el lugar con gracilidad y emoción. Contaban la historia de Érebo, un príncipe de la corte Kheima que se enamoró de la diosa Luna, a la que conoció una fría noche de invierno. Según la leyenda, no se separaron durante seis meses. Luna no dejó que se hiciese de día durante meses, pues no quería separarse de Érebo. Tanto se amaban, que el Caos mismo le concedió sus dones de oscuridad al príncipe, convirtiéndolo en el dios de la noche. Así, Luna podría brillar siempre a través de él y no ser apagada por la luz de Sol.

El hermano mayor de Érebo, celoso y atemorizado por su nuevo poder, lo engañó y lo mató, pues creía que le quitaría el trono. Caos maldijo al norte con una noche perpetua en la que no brillaría jamás la luna, pues la diosa como castigo no volvió a aparecer para ellos. La corte Kheima se sumió en una oscuridad eterna.

Aren ya conocía la leyenda sobre por qué en el norte nunca brillaba el sol o por qué la luna apenas se veía en el cielo allí. El descanso de la obra llegó justo cuando Caos le entregaba sus poderes a Érebo.

Las ninfas se retiraron, los aplausos estallaron y las luces se encendieron. Tenían treinta minutos.

Pero ni él ni Moonlight volverían para ver cómo terminaba la obra.

Capítulo 29

El baño estaba dividido en dos: un pequeño vestíbulo con tocadores y sofás, y dos puertas en las que estaban los aseos. Moonlight se ocultó dentro de uno de ellos. Se levantó el velo y cogió aire. Le dolía el cuello de soportar el peso de la estúpida corona de astas.

Se quitó los guantes y dejó las cadenas de sus manos a la vista.

De repente, oyó pasos repiqueteando en el mármol del suelo. Respiró. Aren ya debía de estar fuera bloqueando la entrada y levantando un escudo insonorizador.

Moonlight abrió la puerta despacio y la vio: Pavouk Bulev estaba sentada frente al tocador de en medio. Las cuchillas se formaron en las manos de Moonlight. Caminó despacio y tranquila hacia el tocador que estaba a su derecha.

La consejera tenía la piel de los brazos expuesta. Perfecta para marcarla; no tendría ni que atravesar la tela. Moonlight comenzó a levantar la mano. Los tacones de sus zapatos sonaron al compás de una gota de agua cayendo en una de las piletas. Pavouk Bulev cerró su polvera con un clac.

Al segundo siguiente, la chica salió volando contra la pared del fondo. Chocó con tanta fuerza que los azulejos a su espalda se agrietaron. Notó crujir sus huesos y perdió el aliento por completo. Jadeó un lamento.

No tuvo tiempo de reacción: Pavouk la agarró del cuello con una mano y con la otra del velo.

—Veamos quién se esconde detrás de este bonito disfraz. Debéis de creer que soy muy estúpida. Solo he accedido a seguir esta farsa porque deseaba averiguar quién se oculta tras todos esos asesinatos. Para ocuparme personalmente de ti —dijo mientras tiraba de la tela, rasgándola. Cada palabra destilaba hambre y regocijo.

Moonlight abrió la boca tratando de coger aire.

—¿Quieres saber cómo lo he averiguado? Fácil: conozco a Sylmar. Estuve en Gyldne hace unos meses y conocí a su hija. Es imposible que haya encogido casi diez centímetros. Sé que el heredero se cree muy inteligente por haber escogido a una cónsul con la que no tengo relación de amistad, pero yo soy muy privada con mis contactos... Mala suerte. —Las franjas sidh de Pavouk se iluminaron mientras acumulaba magia en la mano que estaba usando para sujetarla—. Nunca me he fiado del todo de Aeris Aland. Él me mataría en un pestañeo si le fuese necesario, y yo lo traicionaría por los motivos adecuados: mi supervivencia o beneficio. —Moonlight gruñó y se sacudió, rabiosa. Levantó el brazo y trató de cortarla, pero Pavouk la bloqueó con un escudo rubí —. Aeris siempre ha tenido algo personal con Grianan. Desea la guerra y yo no me voy a quedar

en su cruce de espadas. —Apretó los labios y los separó haciéndolos sonar—. Así que me vas a decir para quién trabajas: para Aeris, para Grianan, para otro de los consejeros... Y qué fin perseguís.

—¿Has acabado ya? —Moonlight estiró la barbilla hacia arriba, a pesar de que apenas podía hablar de lo apretada que la tenía—. Me estás aburriendo.

La voluptuosa boca carmesí de Pavouk se abrió en una sonrisa.

—¿Quieres ir por el camino difícil?

Entonces, le quitó el velo dejando únicamente la corona de cuernos de centauro. Moonlight le sostuvo la mirada. No dejó que viese su miedo.

Pavouk la estudió, pero no la reconoció; al menos no de primeras.

—¿Tu nombre?

—No lo necesitarás allí a donde vas.

Rezó porque Aren estuviese conteniendo el ruido y no entrase todavía. Cerró el puño derecho, que se iluminó de tormenta, dejó que la magia le corriese por las venas como un río desbordado y atravesó el escudo de Pavouk Bulev resquebrajándolo y lanzándola contra los tocadores, con tanta fuerza que partió los grifos.

El agua brotó descontrolada.

La sangre de Pavouk comenzó a teñirla ligeramente. Sus enormes ojos se abrieron más sorprendidos que doloridos.

—¿Quién eres, niña?

Moonlight ladeó la cara y le sonrió mostrándole los colmillos, siempre los había tenido más largos de lo normal y le daban un aspecto salvaje.

—Puedes llamarme Moonlight. Y no, no trabajo para Grianan, ni para Aeris ni para nadie que se te ocurra. Trabajo para mí misma. Esta es mi venganza —declaró.

A continuación, estiró las manos a los lados, elevó el agua del suelo, que al instante se convirtió en carámbanos de hielo y los lanzó contra Pavouk. Pero no la tocaron, sino que se pulverizaron y volaron por todo el baño.

La serpiente del abismo se lanzó al cuello de Moonlight con la boca desencajada, y ella la esquivó veloz. Durante el instante en que perdió de vista a la consejera, esta se movió rauda: su imagen se multiplicó mientras corría de un lado a otro.

Moonlight cogió aire. Sabía que era un truco mental, que su magia había entrado en su mente y la estaba engañando. Intentaba despistarla. Tenía que darse prisa. Estaba tardando demasiado en salir y Aren entraría de un momento a otro.

Había una docena de Pavouks moviéndose por el baño a toda velocidad. Moonlight cerró los ojos y dejó que su instinto la guiase.

—Luego desearás haberme contado todo mientras te tenía del cuello —susurró la consejera.

Moonlight giró cuando percibió unas gotas de agua salpicándole el vestido. Cortó tela, pero no tocó piel.

—¿Por qué a todos los malditos sidh con un poco de poder les gusta tanto hacerse los interesantes mientras pelean? —reflexionó la chica en voz alta, hastiada.

De repente, sintió un tirón del tobillo. Abrió los ojos de golpe y vio a la serpiente. Congeló el agua que la envolvía para atraparla. Pavouk se acercó como una flecha por su costado y Moonlight solo tuvo tiempo de girarse y parar el golpe mortal. El impacto fue tan fuerte que le temblaron los huesos del brazo. La consejera tenía un puñal de acero de dragón encantado. Moonlight le dio un puñetazo en el estómago y otro en la mejilla. La pelea no iba a ser limpia.

—¿Crees que te compro ese discurso sobre la venganza? Vas a lamentar no haberme dicho la verdad.

—Todos vosotros no sois más que escoria. Sanguijuelas enfermas de poder. Estoy haciéndole un favor al mundo —dijo Moonlight con los dientes apretados. Lanzaba tajos que Pavouk iba esquivando y parando.

—¿Y quién crees que va a gobernar, niña? ¿Alguien bondadoso y generoso? Inocente... —la insultó—. El mundo es la tiranía del más fuerte, poderoso, rico o astuto. Jamás ha mandado nadie de corazón blando, ni lo hará. Para sobrevivir al trono, tienes que sobreponerte a todo y a todos. ¿Piensas que el heredero es distinto porque te está ayudando? No sé qué tipo de motivación lo ha llevado a aliarse contigo; pensé que era cosa de su padre. —Hablaban mientras sus dagas y puños se encontraban. Sus auras chocaban y empujaban pugnando por encontrar una abertura por la que colarse y herir a la otra—. El heredero es igual que él: un asesino. Nadie que mate sin pestañear tiene un corazón limpio. Te traicionará cuando llegue el momento necesario. Te apuñalará por la espalda y se marchará sin mirar atrás.

Moonlight cogió aire despacio. Su pecho se expandió y sus hombros se elevaron mientras encajaba las palabras de Pavouk. Había conseguido tocar su mayor miedo.

«Nadie puede abandonarte si no quieres a nadie, si no crees en nadie. Pero si lo haces, si les das ese poder, se irán. Y cuando lo hagan, te destrozarán.

»Temo la soledad, pero más temo dejar de sentirme sola y... que luego se marchen».

El recuerdo de esas palabras la sacudió. Se anudaron en sus entrañas.

Pavouk encontró una abertura en la defensa de Moonlight y la golpeó con fuerza en el estómago. El hielo se resquebrajó liberando a la serpiente del abismo.

Moonlight retrocedió varios pasos tambaleándose. Antes de poder recomponerse, una nube roja la agarró de la muñeca izquierda y tiró de ella con fuerza. El aura de Pavouk apenas la rozó, pues se dio prisa en bloquearla, pero la distrajo lo suficiente. La consejera consiguió clavarle su puñal de rubí en el hombro. Moonlight solo tuvo un segundo para moverse y que no se lo hundiese en el pecho.

La chica chilló de puro dolor. La hoja cortó piel, músculo y tendón y rozó hueso. Entonces, Pavouk sacó la daga, dejando que la sangre de Moonlight se derramase en una cascada roja por su vestido.

El velo estaba rasgado. El vestido tan empapado de sangre que había dejado de ser blanco

para siempre. El agua le mojaba los zapatos y le subía hasta los tobillos. Tenía un agujero en el hombro, de entrada y de salida.

La sangre corría tan deprisa...

Aquello fue solo el principio del fin.

La magia de Moonlight chisporroteó en sus dedos. Las cadenas parpadeaban y las cuchillas comenzaron a desaparecer. Su magia se apagaba conforme se desangraba.

«La puerta», recordó.

Oyó el clic de la cerradura al abrirse.

Se cubrió el rostro con las manos y la serpiente se lanzó voraz a por su cuello.

—¡No! —gritó alguien.

A Moonlight se le doblaron las rodillas.

Caía.

El tiempo se escurrió entre sus dedos: despacio y lento.

La serpiente abrió las fauces, ansiosa por morder. Sus dientes brillaban y de las puntas goteaban llamas líquidas.

Caía.

El brazo de Aren se interpuso alzando una daga que cortó a la serpiente por la mitad. El veneno se derramó sobre el suelo.

Pavouk chilló y estiró una mano temblorosa hacia su mascota con un lamento.

Y Moonlight seguía cayendo.

Aren giró sobre sí mismo, envolvió la daga con su aura de oscuridad y se lo clavó a la consejera en el pecho. Moonlight parpadeó. Estaba comenzando a perder la consciencia. Solo pudo pensar en que Aren había ido a ayudarla como había prometido; no la había traicionado. La emoción se le anudó en la garganta y le quemó: había recuperado un trocito de su alma. Saboreó algo dulce y cálido.

Y golpeó el suelo con las rodillas.

Pavouk se retorció, convulsionó y se desintegró en cenizas, consumida por la oscuridad. Entonces, Aren se desplomó retorciéndose con un grito agónico tan afilado que le cortó la respiración a Moonlight. Uno de los dientes de la serpiente del abismo le había rozado el brazo al caer, no con el suficiente veneno como para quemarle al instante, pero sí como para matarlo despacio.

Moonlight gimió dolorida. No podía perder la consciencia, no ahora. Trató de llegar hasta él.

Pero el miedo la electrocutó y olvidó todo, incluso cubrirse el rostro.

Capítulo 30

Moonlight apretó los dientes conteniendo un alarido de dolor. Arrancó un trozo de la falda y se lo ató alrededor del hombro.

Cogió aire de forma superficial. Su pecho se sacudía más deprisa que los latidos de su corazón. Levantó una de las rodillas y, reuniendo toda la fuerza que tenía, se impulsó hacia arriba con un gruñido.

Aren temblaba en el suelo. Había perdido la consciencia y su cuerpo se sacudía infectado por el veneno.

—Un poco más. Solo un poco más —se dijo a sí misma.

Cerró los ojos y se concentró en su aura. Convocó cada gota y la extendió a su alrededor como un manto. El tiempo se ralentizó; los segundos se volvieron minutos.

Se tambaleó. Aguantaría poco, muy poco antes de agotarse. Levantó a Aren del suelo cargándolo sobre su brazo izquierdo. El esfuerzo y el dolor fueron tan agónicos que perdió la visión durante un momento. Tenía el mapa del Kraj en la cabeza: solo tenía que llegar hasta la ruta de huida que habían trazado.

La garganta de Aren se apretó y echó la cabeza hacia atrás, dolorido. Moon abrió la puerta de una patada. El esfuerzo, que tiraba de cada milígramo de energía que tenía, hizo que una lágrima solitaria resbalase por su mejilla.

El tiempo iba despacio solo a su alrededor. Entonces, le quitó a Aren dos dagas que llevaba ocultas bajo la chaqueta. Las sacó, cogió aire y se tomó su tiempo; no podía fallar o sería el fin de ambos.

Los guardas de Pavouk Bulev estaban a unos metros, junto a la entrada de su palco.

—No falles. No falles ahora, por favor —se susurró.

Enfocó el punto. Calibró la fuerza y trató de ajustar su cuerpo para apuntar.

Le dolió el brazo a rabiar cuando lo levantó. Le dolió tanto que se le escapó un quejido involuntario. Aun así, lanzó la primera daga directa al cuello del primer guarda. La hoja de metal se tambaleó: no la había lanzado con la precisión que acostumbraba. Cortó la arteria principal y luego se clavó en la pared tras él. La sangre brotó a chorros alertando al segundo guarda, que se giró rápido en su dirección.

Ya tenía preparada la segunda daga. La sostuvo de la punta del mango y, en lugar de lanzarla firme, la hizo girar sobre sí misma apuntando a la cabeza para que cogiese más fuerza.

Aren se sacudió a su lado despacio. Gimió y se retorció. Su piel ardía: estaba quemándose por

dentro. Moonlight cerró los ojos y suplicó. No por ella; por él. Por suerte, la segunda parte ya había empezado y la música tapó los gritos de agonía de Aren.

La daga se le clavó en el ojo al segundo guardaespaldas.

Había una puerta para el servicio tras un cuadro. Moonlight se movió todo lo deprisa que pudo, aunque cada vez le costaba más respirar. Cada paso era una tortura y lo sentía como levantar toneladas, como mover el peso del mundo entero. Normalmente habría sido cuidadosa; habría forzado la cerradura. Pero, en vez de eso, le dio una patada con esfuerzo y la abrió con un chasquido estruendoso.

El alma se le cayó a los pies al ver la escalera.

«Puedes hacerlo. Puedes hacerlo...». Jadeó.

No le quedaba tiempo. Ni para Aren ni para ella. La buena noticia era que ya no sangraba tan deprisa. La mala es que estaba usando toda la magia que tenía para frenar el tiempo y no se estaba curando.

—Aren —susurró—. Aren, ¿me escuchas? Si me oyes, por favor, intenta al menos sostenerte un poco.

Los párpados del chico se sacudieron, pero no se abrieron del todo.

—... jame.

—¿Qué?

—Dé-jame. No pue-den —tenía la voz tan ronca que apenas se le entendía y le costaba hablar — coger... te.

—Si te dejo, morirás. Estúpido, imbécil arrogante —dijo apretando la mandíbula mientras caminaba hacia abajo—. Ni siquiera tú puedes derrotar a la muerte, ¿sabes? Y no puedes morirte hoy. Y no se te ocurra sugerir que te abandone. Tienes que aguantar. Como no lo hagas, arrancaré tu alma de los remolinos y la traeré de vuelta para darte una paliza por haberme deja...

El labio inferior le tembló. Las palabras habían salido en tropel, entrecortadas entre sollozos. No pudo limpiarse las lágrimas siquiera.

La mueca contraída de sufrimiento de Aren se suavizó ligeramente, casi como si estuviese sonriendo a través del dolor agónico del veneno. En el fondo, sabía que no iba a poder ponerse a salvo con él. Sabía que esos pasos le estaban costando caros. Eran una cuenta regresiva que se acercaba a cero. Y tendría que elegir a quién de los dos ayudaba.

Ella no iba a morir solo por la herida; él sí. Aren necesitaba el antídoto, necesitaba a alguien muy especial. Y ella... hallaría el modo, y si no...

Moonlight consiguió llegar al final de la escalera con Aren colgado de su hombro casi sin tropezarse. Un verdadero milagro, pues había perdido tanta sangre que no debería ser capaz de mantenerse en pie. Siguieron un largo pasillo lleno de cajas de madera de todos los tamaños. Cruzaron el almacén que olía a polvo, aceite graso y engranajes y llegaron a una puerta estrecha de metal. Tuvo que soltar a Aren un momento y dejarlo apoyado en la pared mientras pateaba con esfuerzo titánico la cerradura. El metal se abombó hasta que finalmente cedió. Sus pulmones

se llenaron de aire en un último aliento de alivio y dejó a Aren apoyado contra la pared de ladrillo del callejón trasero del Kraj.

—W-Wynd —balbucearon los labios de Aren, perdido en la bruma de su agonía.

Moonlight se tensó. El aire se le anudó en la garganta. Se acercó a su oído y le susurró algo muy bajito. Se separó de él unos pasos.

—A veces, siento que te conocí en otra vida y que nunca terminamos de encontrar nuestro momento... —murmuró ella. Ni siquiera estaba segura de si le quedaría la suficiente energía para convocar aquello. Tampoco de si sobreviviría a lo que estaba a punto de hacer; pero, aun así, no dudó—. Por favor, no tardes. Por favor. —El tiempo volvió a transcurrir con normalidad. Moonlight lanzó un enorme haz de luz al cielo. Tres parpadeos. La mayor señal de alarma. Esperó unos segundos y volvió a hacerlo—. Por favor, no tardes —suplicó a modo de plegaria.

Esperó el tiempo suficiente para dejar que los guardias que se habían acercado alertados por la luz la vieran. Ninguno se fijó en Aren, todos los ojos se posaron en la chica llena de sangre con el vestido y el velo destrozado. Moonlight se giró y echó a correr con el último resquicio de energía que le quedaba.

—En nombre de la guardia real del Deirnas, ¡deténgase! —gritó uno de ellos.

Ella dejó el callejón y a Aren atrás. Apretó el paso mientras sentía que el cuerpo se le partía en dos del esfuerzo. Solo tuvo tiempo de alejarse un par de calles y no pudo esquivar el ataque del primer guardia, que la tiró al suelo.

Tampoco el del segundo, que le envolvió las manos y la atrapó.

Capítulo 31

Caer. Que el alma se separe del cuerpo. Flotar hacia abajo. Hundirse en volutas. Arder hasta los huesos. Evaporarse en lágrimas. Decir adiós. Adiós para siempre. Perder sin revancha. Solo perder... Moonlight se moría. Conocía la sensación.

Estaba encerrada en una habitación sin ventanas. Dos largas cadenas de acero de dragón alrededor de sus muñecas, marcadas con hechizos para repeler la magia, le impedían defenderse y la mantenían atada a la pared.

Su sangre formaba un charco en el suelo.

Y el rostro... descubierto.

El miedo se filtró e inundó todas sus células. Estaba en el Palacio de Cristal. El Deirnas aparecería de un momento a otro y no había forma de que no la reconociese.

Oyó pasos a lo lejos y la angustia le arañó el pecho.

El juego había llegado a su fin y ella iba a perder.

En algún momento, el cuerpo había dejado de quemársele desde dentro. En algún momento, el agónico tormento había terminado. Abrió los ojos parpadeando deprisa. La luz era tenue, pero aun así le hirió la vista.

Estaba en una cama individual rodeado de cojines. Se incorporó ligeramente sobre los codos, pero los músculos le fallaron y volvió a caer contra la almohada.

—Los que vuelven de entre los muertos deben tomarlo con calma cuando regresan al mundo de los vivos —susurró una voz como hojas secas que reverberó en las paredes de la habitación.

Estaba en un pequeño estudio lleno de alfombras y tapices que lo cubrían todo. La luz provenía de varias lámparas que emitían un brillo anaranjado. Proyectaban sombras aquí y allá. Había mapas, libros, tinteros, plumas, pergaminos y raros artilugios astronómicos en los que podían verse constelaciones, planetas, agujeros negros y nebulosas. El techo tenía forma de cúpula y había un enorme telescopio en la parte superior.

Un observatorio.

—¿Quién está ahí? —preguntó Aren con voz áspera.

—Hay otras preguntas mucho más importantes que debes hacerme.

Aren fue capaz, por fin, de incorporarse, y buscó entre los juegos de luces y sombras al autor de la voz.

—¿Dónde está Moonlight?

—Interesante nombre...

—¿Qué ha pasado? Contéstame —exigió levantándose.

Su mente estaba en blanco, encharcada de imágenes inconexas: había entrado en el baño alertado por la cantidad de tiempo que Moon estaba tardando en salir; había visto su largo pelo marrón ceniza, la corona de astas y el vestido teñido de rojo.

Durante una milésima de segundo, había tenido la fuerte tentación de mirarle el rostro. Pero fue un pensamiento rápido, primario, pasional que había quedado enterrado bajo la urgencia de la situación.

La serpiente lanzándose a por ella, cuyas rodillas habían comenzado a doblarse mientras el peso de su cuerpo cedía a la gravedad. Y, entonces, una furia ardiente, hambrienta y destructora se había apoderado de él. Había tenido que frenarse para no alzar su poder y consumir todo el edificio.

Recordaba haber matado a Pavouk Bulev y nada más.

—Uno de los dientes de la serpiente del abismo te cortó. Tenía tan poco veneno que no te mató al instante; esa es la suerte que has tenido. Ella te sacó del Kraj, hizo la llamada de alarma y, cuando llegué, solo estabas tú. Oí a los guardias correr y hablar: habían capturado a una chica cubierta de sangre. Te saqué de allí porque sabía que ella deseaba que yo te curase a ti. Si no lo hubiese hecho deprisa, habrías muerto. —Cogió aire profundamente—. No pude ayudarla.

—¿Qué...?

—Si se hubiese quedado a tu lado, los guardias os habrían encontrado a ambos. Se ofreció como cebo para que yo te ayudase a ti. Ella escogió.

El rostro de Aren se desfiguró y pareció a punto de vomitar. Ya había vivido aquello. Ya había pasado por esa situación y sabía cuál era el final. El miedo. El miedo con mayúsculas lo atrapó, lo asfixió y lo devoró.

Wynd tirada sobre la nieve sin vida. Wynd con los ojos apagados para siempre. Wynd sin futuro, sin esperanza, sin opciones.

Había llegado demasiado tarde y eso le pesaría para siempre. Peor que el veneno de la serpiente del abismo, pues aquello lo consumía día a día, hora a hora y minuto a minuto en una agonía silenciosa.

—La han llevado al Palacio de Cristal. —La voz fría y carente de emoción tembló un poco—. Tienes que sacarla de allí antes del amanecer. Por favor. —Aren levantó la cabeza hacia la cúpula. Parecía un espíritu celestial caído. Sus ojos brillaron como brasas. Las afiladas facciones de su rostro proyectaban sombras sobre su piel, transformando su expresión en puro terror—. Tómate el brebaje que está sobre la mesita. Recuperarás tu energía más deprisa. Pero ten cuidado, el efecto dura un par de horas y luego caerás dormido.

Capítulo 32

Moonlight raspó el suelo de piedra con los zapatos impulsándose hacia atrás. Se incorporó con la ayuda de la pared e hizo una mueca de dolor. Los pasos se acercaban tranquilos y seguros. Quizá con premura; interesados. Ella se levantó la falda del vestido, desabotonó el tul de gasa que le daba cuerpo al conjunto y, con la ayuda de las piernas, se lo quitó. Agarró la cinturilla con los dientes y tiró hasta rasgarla.

Si se cubría el rostro... Si podía evitar que la descubrieran durante unos minutos más, tendría una oportunidad.

Por suerte, no le habían quitado la corona de astas que tanto había odiado unas horas antes. No sin dificultad, pues estar encadenada le impedía moverse con libertad, se colocó torpemente el trozo de tul sobre el pelo y sujeto a la corona. No era tan tupido como su capucha, pero serviría. O eso esperaba.

No dejaría que Aeris viese su rostro: no mientras estaba indefensa, no en aquella situación.

Sabía lo que Aeris Aland le haría. Lo que quería de ella.

Aeris la había buscado, temido y deseado. Aeris temía la profecía igual que Grianan, y ambos habían intentado cazarla a través de sus hijos. Todavía no sabía qué pretendía hacer con ella la primera general rhydra, pero tenía claro que Aeris le robaría su poder y la mataría.

«Te perdono», le había susurrado a Aren al oído. Por traicionarla, por acercarse a ella con la idea de entregarla a su padre, por mentirle y usarla. Y, sobre todo, por romperle el corazón. No sabía si lo recordaría o si lo habría escuchado siquiera. Pero, al menos, si ese era el final, quería que Aren supiera que no le guardaba rencor. Le había perdonado en el momento en que él cruzó la puerta del baño y ella supo que no la había traicionado; había cumplido su promesa.

El amargo sabor de la traición que la envenenaba se había ido diluyendo desde la primera noche en que escuchó su voz y los recuerdos fluyeron como un río con demasiado caudal. Pero tenía que estar segura de él. Tenía que sentir que el propio Aren estaba seguro de sí mismo y del bando que escogía. Por eso había esperado.

Los pasos se pararon frente a la puerta.

Cogió aire y se pasó la mano izquierda por la cintura. Sus dedos resbalaron en la tela y volvió a sentir el vacío de la pérdida. Cogería la espada de uno de los guardas en cuanto se acercasen. Podía hacerlo; era rápida. Y entonces se mataría ella misma. Cualquier cosa antes que dejar que Aeris pusiese las manos en su poder. En el poder de su padre. El velo le daría los minutos necesarios para hacerlo y que nadie la parase.

Los cerrojos cedieron, pesados, y la puerta se abrió con tanta fuerza que golpeó la pared. Wynd levantó la mirada tras su velo y miró de frente a su destino...

Capítulo 33

Aren llegó a la entrada del palacio con la energía quemándole las terminaciones nerviosas. Se había deshecho de la chaqueta del traje. Se remangó las mangas de la camisa y traspasó la puerta. Pero de lo que no podía deshacerse era de la sensación de *déjà vu*.

Iba a reescribir esa historia. No le importaba cómo: lo haría.

Un guardia bajaba la escalera apresuradamente. Aren se movió como un rayo y lo agarró de la pechera.

—¿Dónde está la prisionera? —exigió saber con un tono duro y amenazador que parecía el rugido de un fenrir.

El guardia abrió los ojos, sorprendido y asustado.

—La... Señor...

—¿Dónde está?

—En los calabozos del primer nivel. Su padre está yendo hacia...

Aren lo soltó y salió disparado. Las paredes del palacio retumbaron a causa del poder descontrolado que emanaba su cuerpo. La oscuridad lo devoraba y, por una vez, no le importaba. Pensaba dejarse consumir y llevar a aquel lugar y a su padre consigo, si hacía falta.

Abrió la puerta que bajaba hacia el primer nivel con tanta fuerza que la sacó de los goznes, y después liberó su caos dejando que la oscuridad emanara torrencial, haciendo que llenase cada hueco y esquina de su mente. La oscuridad traspasó sus barreras, se estiró y ocupó todo el espacio. Cuando su poder de oscuridad absorbió toda la luz, se oyeron cuerpos chocar y murmullos asustados.

—¿Aren? —retumbó la voz de Aeris en el pasillo.

—¿Qué pasa, padre?, ¿no puedes verme?

—¿Qué estás haciendo?

—Vengo a informarte de que Pavouk Bulev ha muerto —dijo con ironía— y de que no creo que Grianan sea quien esté detrás de los asesinatos. Tampoco creo que te importe demasiado; sé que has comenzado a hablar con los cónsules para que estén de tu parte. ¿Matarla es una venganza porque te abandonase? ¿Porque no te correspondía? ¿De eso va todo esto?

—¿Qué sabes tú, niño? Corta esta estupidez.

—¿No te gusta? Siempre me has animado a que use mi poder, mi oscuridad. ¿Te molesta que lo haga contra ti? Ni siquiera el todopoderoso Deirnas puede deshacerse de la oscuridad.

Las paredes del palacio se sacudieron, presas de la rabia enardecida de Aeris.

—No necesito ver para encontrarte —dijo Aeris hastiado—. Lamento tanto tu patética inutilidad. A veces pienso que he sido muy duro contigo. —Sus palabras se cargaron de veneno —. Pero, entonces, haces o dices algo o simplemente te paras frente a mí y me doy cuenta de que no hay nada que pueda hacer. Lamento tu existencia, esa es la verdad —suspiró—. Ahora para con esta tontería y lárgate.

Aren sintió que le temblaban las piernas. El corazón le bombeó en los oídos. Cerró los ojos un momento. Aquella era la realidad que tanto había tratado de evitar. Llevaba mucho tiempo aferrándose a falsas esperanzas, a la idea de que si tenía éxito en lo que su padre deseaba, todo cambiaría para él... Pero, en el fondo, siempre lo había sabido. No tenía nada que ver con él: Aeris simplemente lo detestaba y no había nada que pudiese hacer para cambiarlo. Era hora de asumirlo.

Aeris estaba a un par de metros de él. Su padre ni siquiera parecía realmente enfadado; más bien asqueado, molesto. En realidad, no creía que Aren fuese a usar su poder contra él. Pero el odio quemó a Aren tan fuerte que esprintó y le golpeó en la cara con todas sus fuerzas. Le partió el labio y un hilo de sangre le cayó por la barbilla. Los ojos de Aeris se abrieron sorprendidos.

Aren disfrutó la sensación, aunque le pesó en el corazón.

—¿Qué has...? —El Deirnas cogió aire y lo soltó con fuerza varias veces—. ¿Te vuelves contra mí? —La voz se le llenó de ponzoña rabiosa—. ¿Vas a traicionarme? —Soltó una risa seca y corta—. Me debes lealtad. Me la debes por haberte criado, por haberte educado, entrenado y enseñado todo lo que sabes. Eres quien eres por mí. ¿Piensas irte con ese niño rubio que finge ser tu amigo? ¿Todavía no te has dado cuenta de cuánto te desprecia? Es igual que su madre: te quitará todo hasta que te sientas tan vacío que cada día te parezca una nada infinita. Y tu corazón es tan débil y tu voluntad tan quebradiza que ni siquiera la venganza podrá sacarte de ahí.

Aren perdió la conexión con su mente. Se le cerraron los ojos y dejó de ver, sentir ni oír. Viajó a otro momento: a un patio trasero nevado donde sostenía un cuerpo sin vida y se lo entregaba a otros brazos.

«Te odiará», repetía una y otra y otra vez la voz de Axel en su cabeza.

«No volverás a verla».

Las sombras salieron a borbotones de su cuerpo, como demonios hambrientos dejando el averno.

Cayó de rodillas y se llevó las manos a la cabeza mientras gritaba. Rabia y dolor.

«¿Cómo te mirará si consigues volver a verla? ¿Crees que quedará algo de aquella que una vez te dijo que te quería? No es solo que la hayas perdido, es que ella jamás querría volver junto a ti», le susurraba su subconsciente.

La veía en brazos de Axel: inerte, desmadejada, desapareciendo con la promesa de que sería para siempre. Al final había traicionado a su padre, para su regocijante decepción le había fallado y la había perdido a ella: la única persona con la que había conseguido dejar de sentirse solo.

Los meses después de aquello habían sido una nebulosa triste y agónica. Hasta que...

La onda expansiva de su poder hizo temblar las paredes. Llovieron trozos de piedra. Estaba a punto de reducirlo todo a cenizas cuando la oscuridad se topó con una luz familiar encerrada tras una puerta. La conocía, pues una vez había sido capaz de atravesarla, de iluminar dentro de ella.

La única vez que la luz había conseguido imponerse a su oscuridad.

Apenas era una chispa, un aura agotada pero brillante.

Fue un canto a sus sentidos, una caricia conocida.

El chispazo corrió como una descarga hasta Aren. Aquella luz le devolvió los latidos a su corazón herido y abrió los ojos. Abandonó aquella pesadilla y volvió al presente, a los calabozos.

Su padre estaba inconsciente y malherido. Los guardias también estaban en el suelo, pero esta vez había parado antes de perder el control por completo. Le habría gustado que no le aliviase el hecho de que su padre siguiese respirando. Que la perspectiva de matarlo no le diese un miedo aterrador. Pero no era así. Aren sabía que Aeris lo mataría a él si debía hacerlo, que no dudaría. Quizá él sí que tenía un alma rota, frágil y débil. Un corazón demasiado blando porque, después de todo, y a pesar de que el mundo sería un lugar mejor sin su padre, la perspectiva de perderlo le dolía.

Se puso de pie con el cuerpo temblando todavía. Caminó apresurado, con los nervios de punta y la cabeza dándole vueltas. El subidón de energía que el desconocido le había proporcionado empezaba a bajar, y ya notaba los estragos. Giró el pasillo y llegó hasta la puerta tras la que había sentido la luz. Le quitó las llaves a uno de los guardias desmayados.

Abrió los cerrojos y empujó la puerta.

Moonlight estaba sentada: la espalda apoyada en la pared, el vestido teñido de rojo, cadenas en sus muñecas y un velo de tul bajo su corona de astas.

Pudo entrever la figura de su rostro más clara que otras veces. Parpadeó.

—Has... has venido —murmuró ella. Se le quebró la voz. Fue casi una plegaria; como si verlo allí hubiese sido todo lo que anhelaba.

Si Aren... no hubiese estado tan roto, si no hubiese encontrado que era sumamente imposible, habría oído el amor y el anhelo en la voz de ella.

—Siempre —contestó algo aturdido.

Avanzó dando traspiés y se dejó caer de rodillas frente a ella.

Moonlight levantó las manos para tocarle el rostro.

Y, a pesar de que era ella la que estaba encadenada y presa, fue Aren quien pareció atrapado.

—He llegado a tiempo —susurró Aren con la voz ronca, áspera y rota—. He llegado a tiempo —dijo lleno de alivio.

Agarró los grilletes y los abrió dejándolos caer con un ruido sordo en el suelo.

Moonlight abrió la boca y dudó. Volvió a intentarlo, pero él la interrumpió:

—Tienes que irte, mi padre va a despertarse en cualquier momento. Ya casi está amaneciendo. Quien me ayudó me dijo que tú...

—¿Cómo vas a explicarlo? ¿Qué va a pasarte? —La voz de Moonlight sonó más ronca de lo

normal, distorsionada. Tuvo que toser y carraspear. Se estaba quedando sin tiempo.

—Iré a la Academia: allí no puede tocarme. Él cree que esto no es más que una rabieta, que me estoy rebelando.

Moonlight se puso de pie y caminó hacia la puerta, pero se frenó cuando llegó al quicio y se giró hacia él, que seguía de rodillas en el suelo.

—Aren —lo llamó. A este, los hombros se le tensaron y se quedó absolutamente congelado. Irguió la espalda como atravesado por una flecha invisible. No tuvo el valor de girarse a mirarla —. Nos vemos en el solsticio, cuando la luna encienda la noche —se despidió.

Aren apoyó las manos en el suelo. Su voz, su nombre pronunciado por ella lo había atravesado como una espada afilada llegándole al corazón. La memoria le trajo el recuerdo de unas palabras suaves como una pluma rozando su nuca, tan tan delicadas e inmateriales que podrían haber sido un sueño, una ilusión.

«Te perdono...».

«Es ella», se dijo. Aunque no tuviese sentido.

Capítulo 34

Blue se había puesto un monóculo. Había escondido su pelo azul bajo un sombrero de ala corta que llevaba bien calado hasta las cejas. El día que habían ido de compras, Cordelia le había arrancado de las manos un enorme abrigo gris.

—No.

—¿Por qué no? Cualquier señor aburrido que se precie tiene un abrigo gris.

—¡Ya, pero estamos en verano! Si llevases un abrigo así, todo el mundo pensaría que eres raro.

Había renunciado a su abrigo con ojitos de carnero degollado y había optado por un traje de lino en color crema a juego con su sombrero.

—¿Qué? Así es como visten los sidh poderosos en Glamar. De hecho, si pudiera dejarme un bigotillo fino...

Ella lo había ignorado riéndose por lo bajo. Había encontrado unas gafas con cristales oscurecidos. Solo se las había visto usar a los muy ancianos cuando comenzaban a fallarles los ojos. Y ese detalle le había dado una gran idea.

Compró una peluca de pelo canoso y un enorme vestido de segunda mano que tenía un corte anticuado y señorial, con volantes y puntillas por doquier. Se aseguró de que le cubriera los brazos y las piernas, y se cubrió las manos con guantes.

Se había pasado una hora frente al espejo maquillándose para parecer mayor.

—Me parece tan injusto que no me dejases coger aquel abrigo, pero tú hayas decidido que vas a ir disfrazada de anciana...

—Es un disfraz estupendo. Nadie sospecha de los ancianos: tienen una especie de inmunidad otorgada por la edad. —Se colocó las gafas—. ¿Se me ven los ojos?

Blue la miró con atención.

—Tendrían que mirarte con mucha atención y de cerca.

—Perfecto.

Solamente los sidh de menos poder envejecían tanto.

Recogió el pase de autorización que había robado. Al mirarlo, una fría sensación de pesar la ahogó. Lo había sustraído del despacho de Thorn mientras cogía los ficheros que debía clasificar. Él la había dejado un momento sola, apenas unos segundos mientras hablaba con un compañero rhydra, y ella había aprovechado la distracción.

Thorn no había estado alerta, primero porque era una rhydra y segundo porque confiaba en

ella. Por todos los dioses: se habían acostado la noche anterior y aun así había caído tan bajo... Se sentía la peor persona sobre la tierra. Pero, sin el pase, no podrían desbloquear el campo de energía que protegía la tercera planta. Lo usarían, se lo devolvería y no tendría por qué saberlo.

Odiaba mentirle; odiaba sentir que se estaba aprovechando de los sentimientos que tenían el uno por el otro. Hacía que todo se sintiese como algo falso e interesado.

¿Cómo se lo tomaría Thorn si le contaba la verdad, si le decía que había roto la ley para ayudar a un amigo que estaba preso?

«No solo un amigo», le recordó una voz en su cabeza que curiosamente tenía el mismo timbre que Blue.

Habían ido a cambiarse a casa del misterioso chico de Blue. Un pequeño piso en el cuarto cuadrante. Aun así, Cordelia todavía no había podido conocerlo, porque estaba en el trabajo.

Le echó un vistazo a la decoración, pero todo era tremendamente impersonal y minimalista.

—¿Cuándo lo voy a conocer? —preguntó.

—Es complicado —contestó Blue evasivo.

Aunque trataba de sonar indiferente y despreocupado, era obvio que se estaba enamorando de aquel chico. Cordelia entrecerró los ojos y lo apuntó con dos dedos.

—¿Me lo estás ocultando deliberadamente, Blue?

Él se estremeció exageradamente.

—Pareces mi madre... Solo te diré que se llama Rendry, y no quiero más preguntas. —Le puso las manos en los hombros y la hizo girar hacia la puerta—. Venga, abuelita, tenemos que ir a echar un vistazo a unos documentos prohibidos. Te prometo que si nos pillan me desnudaré y te daré tiempo para correr.

Cordelia lo tomó del brazo mientras dejaban el pequeño piso.

—Ni se te ocurra hacer eso. Si nos pillan, yo seré la que se quede y tú quien escape. Esto ha sido idea mía.

—Estoy seguro de que, si nos atrapan, ni Thorn ni Aren dejarán que te pase nada malo.

—Thorn... Yo no estaría tan segura... —Negó con la cabeza con fuerza—. No pienses en eso. Todo va a ir bien.

Le habría gustado que sus propias palabras le resultasen reconfortantes, como si las creyese de verdad. No fue así.

La plaza de la Conquista estaba abarrotada de un variopinto grupo de personas. Un hermano dhoga los estaba organizando para guiarlos hacia la entrada bajo la cascada, donde se encontraba la plataforma de subida al Archivo.

Cordelia apretó el brazo de Blue y se colocaron en la fila. El corazón le martilleaba deprisa en el pecho; aquello era lo más arriesgado que había hecho en su vida. Las pruebas no le parecían

nada en comparación con aquello. Estaba a punto de saltarse las normas, de romper la ley. Algo que jamás se había planteado hacer antes y que le daba tanto vértigo que sentía náuseas.

Blue no parecía tan nervioso. Sonreía ampliamente a todo aquel que lo miraba, y caminaba con tranquilidad y desparpajo.

Rody los recibió en el vestíbulo. Cordelia agachó la cabeza y trató de parecer tan impresionada como los demás visitantes.

—Estás rígida. Si alguien te golpease ahora mismo, te caerías como un tronco seco y te quedarías en el suelo en la misma posición en la que estás —le susurró Blue.

—Rody me conoce. Creo que estoy a dos minutos de vomitar el desayuno. No tenía que haber comido nada, lo sabía. Voy a echarlo todo ahí dentro y me van a mirar, y a la mierda nuestro plan. Y luego van a encarcelarnos y no podré ver a mis padres ni ayudar a Iver, y...

—¿Quieres hacer el favor de relajarte? Si sientes que vas a vomitar, te lo tragas o lo echas en ese bolso horrible que llevas.

—Qué asco, por todos los dioses.

—Buenos días. Mi nombre es Urdo, soy miembro del dhoga y trabajo en el Archivo como compilador y estudioso. Hoy voy a ser vuestro guía. Debo recordaros que no podéis tocar nada: está absolutamente prohibido bajo pena. Tampoco podéis acceder a las áreas restringidas. —El dhoga era un chico joven, no aparentaba más de treinta años. Llevaba el uniforme del Archivo: una túnica de manga larga muy sencilla de color azul. En el pecho, tenía bordadas dos estrellas de cuatro puntas, seguramente su rango—. Bien, seguidme por favor.

Las enormes puertas se abrieron dejando pasar la luz a raudales. Ya había otro grupo dentro. Estaban visitando la primera planta y se oían sus pasos y murmullos.

El verano se colaba por los enormes ventanales. La ciudad se preparaba para el día más largo del año y la noche más corta. Era costumbre de los sidh pasarla despiertos para ver el sol ponerse y salir de nuevo.

La diosa Luna se vestía de Sol durante el solsticio, de modo que su habitual luz blanca se transformaba en dorada y las estrellas se apagaban a causa de su poderoso brillo.

—Luna era débil y poco poderosa. Había nacido bajo el símbolo del orden, y sus hermanos la consideraban una diosa menor —comenzó su explicación Urdo—. Enfadada y herida por las burlas y el desprecio de los demás, decidió abandonar a su familia. Si el orden no había querido concederle ningún don, quizás el caos sí lo haría. Viajó por el Cosmos hacia la parte más recóndita, donde Caos reinaba. La oscuridad se imponía y la luz era devorada por agujeros negros capaces de absorber la energía.

»Caos no vio en Luna a alguien débil, sino a un alma valiente y solitaria capaz de cruzar el inmenso Cosmos, de dejar todo lo que le era familiar y conocido atrás para buscar su propio destino. Vio a alguien que no se conformaba y que no tenía miedo de pelear por lo que deseaba. Caos la quiso tan imperfecta como era, igual que todos los que poseían una parte de su poder. Caos era imperfección, y no juzgaba.

»Para que Luna pudiese adquirir una parte de caos, debía renunciar a otra de orden. Así que entregó lo que más amaba: el único poder que había tenido y que la había distinguido siempre de los demás. Su luz, capaz incluso de iluminar la oscuridad más trémula.

»Caos, complacido y admirado por su gran sacrificio y entrega, le concedió una excepción, pues la luz de Luna le parecía tan hermosa que habría sido un crimen eliminarla. ¿Qué es el caos sin el orden, y viceversa? No podrían existir el uno sin el otro. Su alma necesitaba ese contrapeso: Luna solo podría brillar en la oscuridad. Su luz desaparecería durante el día, tragada por la luz de Sol, que era puro orden. Caos la hizo reina de la noche y le entregó un ejército de estrellas, de cuyo polvo al morir nacieron las primeras criaturas ancestrales.

»Luna siempre fue la diosa más querida por los *faeries,* pues su presencia era el más perfecto equilibrio entre caos y orden, lo que la convertía en la más bella y proporcionada deidad.

El dhoga explicaba el origen de su diosa mientras señalaba una serie de grabados y pinturas realizados en enormes planchas de piedra y pergaminos. Cordelia los había visto varias veces. Eran auténticas reliquias que se conservaban en enormes vitrinas protegidas. En todos ellos se veían distintas representaciones de los mitos tras los dioses. Pertenecían a diferentes razas: tanto sidh, como *faeries,* hadas, ninfas, espíritus de la noche...

Blue y ella fueron quedándose atrás hasta que perdieron de vista al grupo tras una de las gigantescas estanterías. En la parte principal, donde se hallaban las numerosas mesas de lectura y estudio, el grupo que los había precedido subía las escaleras a la primera planta. Se unieron a ellos dejando una distancia prudencial.

—El Archivo comenzó a construirse hace unos ciento veinte años. Fue un regalo del gran rey a su tercer general. La capital estaba todavía en la colina hueca, pero la Ciudad de los Deseos ya había empezado a establecerse y el Archivo fue el primer gran edifico que se hizo.

»Se eleva por encima de la ciudad, pues el conocimiento y los saberes que alberga son un poder por encima de lo mundano. En contraposición, se construyó la Academia, que se hunde en la tierra pues se concibió como lugar de entrenamiento y prisión. La mente sobre el cuerpo; es decir, ambos edificios son complementarios —iba explicándoles el dhoga mientras señalaba las vistas de la ventana.

Un hombre chocó con Cordelia y se giró apurado.

—Discúlpeme, ¿se encuentra bien?

Cordelia asintió en silencio y movió la mano restándole importancia.

—Madre, ¿te encuentras bien? —dijo Blue—. Está muy mayor ya —le susurró al desconocido en tono cómplice, como si Cordelia no pudiese oírlo.

—¿La has traído a las fiestas del solsticio?

—Sí, ya no le quedan muchos años más para disfrutarlas y las de Oed son especiales, aunque en el Zaffiras son únicas. Somos de por allí. —Cordelia comenzó a hacer gestos con los ojos hacia Blue tratando de que se callase y dejase de hablar con aquel tipo—. Mire, dicen que es cosa de la edad: uno empieza a perder el control sobre los músculos. Se pasa el día haciendo muecas.

No había más que verle la cara para saber que estaba disfrutando con aquella situación, inventándose la historia, engañando a aquel hombre, interpretando su papel... Cordelia sentía que cada minuto que pasaba allí dentro tras ese disfraz estaba perdiendo años de vida por la angustia que le provocaba. Sin embargo, Blue se manejaba como pez en el agua. Gozaba de la situación. Ni siquiera el pulso le latía más deprisa; parecía igual de tranquilo que tomando una copa en el barrio comercial.

—¡Vaya! —exclamó el sidh y miró a Cordelia con cara de haber visto su peor pesadilla. Qué temida era la vejez—. Espero que lo pasen bien, entonces. El solsticio aquí es bonito, aunque la mejor fiesta de la ciudad es Kaebhar. Si tienen oportunidad, vengan también; será un recuerdo bonito para su madre.

—Muy amable, le tomaré la palabra. ¿Has oído, mamá? Te traeré a Kaebhar, ya verás.

Cordelia le propinó un pisotón a Blue y volvió a hacerle gestos con los ojos para que se callase de una vez.

El desconocido avanzó por fin y los dejó solos.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —gritó ella en susurros.

—Tenemos que parecer personas normales. Y la gente normal charla, no se queda en silencio como una psicópata. De nada —contestó recolocándose el monóculo.

—Pero no podemos llamar la atención. Ese hombre se ha fijado en nosotros.

Se separaron del grupo y se alejaron disimuladamente hacia la escalera del segundo piso. Iban por la mitad cuando vieron a una dhoga, a la que Cordelia reconoció, aparecer en la parte superior. Ella entró en pánico.

—Gírate —dijo con la boca cerrada tratando de no mover los labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó Blue alarmado.

Cordelia había bajado varios escalones dejándolo a él plantado allí en medio.

—Me conoce —explicó girando la cara hacia él.

—¿Quién? ¿Puedes articular? ¿Por qué hablas como si tuvieses los labios cosidos?

—La dhoga.

—Perdonen, pero no pueden caminar solos. ¿Dónde está su grupo?

Cordelia se quedó congelada, como si la hubiesen convertido en una estatua de piedra. Estuvo a punto de levantar las manos y rendirse.

—Mi madre se ha desorientado un poco: está mayor y su cabeza comienza a fallar —dijo Blue con voz apenada—. Nuestro grupo está en la segunda planta, pero he tenido que bajar a por ella porque me he despistado un momento y había desaparecido de mi lado. Le ruego nos disculpe.

Fera, la dhoga que casi la había pillado robando la ficha sobre los condenados, los observó con atención. Cordelia miraba a todas partes menos a los fríos ojos oscuros de la mujer. Fera apretó los labios en una línea disconforme y negó.

—Síganme. Les dejaré con su grupo. Preste atención a su madre; si les vuelvo a ver

caminando sin guía, tendré que echarles y ponerles una amonestación. ¿Han entendido?

—Por supuesto, y tiene toda la razón. No volverá a ocurrir. ¿Verdad que no, madre? ¿Verdad que vas a portarte como es debido?

Fera les echó una última mirada y comenzó a subir las escaleras con expresión hastiada.

Cordelia nunca había estado en la segunda planta, pues solo tenía autorización para el primer piso. Había algunas mesas, pero muchas menos que en los demás pisos. Y muchas de las estanterías tenían rejas con cerraduras cubriendo los enormes tomos y ficheros.

Había plaquitas en los inicios de pasillo que indicaban qué podía encontrarse en cada calle: criaturas ancestrales desaparecidas, criaturas ancestrales mitológicas, criaturas ancestrales actuales, energía del remolino del orden, energía del remolino del caos... Y así un largo etcétera.

Fera los dejó con su grupo echándoles una última mirada de advertencia y se retiró hacia las escaleras.

—¿Se te olvida que vas disfrazada?

—Da igual. Cuando me llevé la ficha sobre Iver, ella estaba aquí y quiso hacerme pasar por el detector y, desde entonces, siento sus ojos pegados a mí cada vez que vengo. Sospecha.

—¿Cómo no va a sospechar de ti si eres la persona más sospechosa del mundo? Te falta llevar un coro de dulines anunciando a toda voz que estás tramando algo malo —se quejó Blue haciendo referencia a las pequeñas aves que cantaban mensajes.

—¿Por qué a ti te resulta tan sencillo? No estás ni un poco nervioso.

—Sí que lo estoy, pero sé controlarme. Esto tiene que salirnos bien, así que intento no empeorarlo todo saboteándome a mí mismo. ¿Sabes por qué te pasa esto? Porque tienes demasiada conciencia sobre tus actos. Tienes tan arraigada la idea del bien y del mal que, a cada paso que das, te estás cuestionando y sintiendo culpable. ¿No crees que lo que haces está bien?

—Sí... No... No lo sé —suspiró ella—. Quiero ayudar a Iver y quiero saber qué pasa con las pruebas, pero... yo siempre he seguido las normas y he creído en ellas. He estado a favor de que la gente cumpla su condena si se las salta. Mi padre es el cónsul en Róbulo, tienes que entenderme. No me parece justo decidir por mí misma que puedo saltarme la ley solo porque considero que hay un bien mayor detrás. Así no es como funciona la justicia.

—Escúchame —dijo Blue agarrándole la mano—. Guárdate todo eso para cuando te presentes a jueza de los rhydra, y si después de esto y de ver qué pasa con las pruebas todavía te sientes mal, ya pensaremos en cómo lo pagas.

Todo consistía en ser rápidos. Lo suficientemente rápidos como para subir las escaleras sin ser vistos. Rápidos en usar el pase que abriese el campo de energía y que no saltasen todas las alarmas. Y, luego..., rápidos en encontrar la información que buscaban: las instrucciones sobre cómo burlar las protecciones para encontrar la colina hueca.

No había ningún reloj dando la hora, pero aun así Cordelia sentía la presión de los minutos pasando, el tictac de los engranajes girando.

Su grupo dio por concluida la visita, y ellos se dirigieron hacia las escaleras justo cuando el

siguiente grupo comenzaba a subir. Fera estaba en la parte inferior, vigilando.

Había otro dhoga al pie de las escaleras del tercer piso.

—¿Cómo lo hacemos? —susurró Cordelia entrando en pánico.

Blue le hizo un gesto con la mano para que le siguiese la corriente. Se concentró y cogió aire hinchando los pulmones. Su nariz se acható al tiempo que se le pegaba al rostro, y las branquias comenzaron a marcársele en el cuello. Después, movió los dedos, los cuales se le habían unido con finas membranas, y comenzó a condensar gotitas de agua extrayéndolas de las plantas que había repartidas por el espacio. Formó un pequeño charquito y lo lanzó hacia delante.

El suelo estaba tan pulido que con el agua se convirtió en una pista de patinaje. La boca de Blue se curvó en una mueca divertida y traviesa. Los sidh comenzaron a tropezar. Trataron de agarrarse a otros para no caer y terminaron arrastrándolos en su desequilibrio. Algunos se precipitaron por las escaleras. Se oyeron golpes y gritos.

Blue cogió a Cordelia del brazo y tiró de ella hacia atrás cuando el dhoga que vigilaba las escaleras salió disparado a ayudar a la muchedumbre que patinaba y se golpeaba. No miraron atrás. Corrieron como si el mismo averno se estuviese abriendo bajo sus pies. Cordelia cerró los ojos, metió la mano en el bolsillo y sacó la plaquita de metal encantada. Una vez la usase no habría vuelta atrás.

Abrió los ojos y vio el campo de fuerza.

—-Rápido. Antes de que vuelva a su puesto y nos vea —la instó Blue.

Cordelia estiró la mano, sintió una onda eléctrica recorrerle el brazo y rezó para que hubiese servido y no saltasen las alarmas.

Blue tiró de ella y traspasaron el último escalón.

Casi esperó oír el sonido, sentir el campo de energía quemarles. Pero no. Había funcionado: estaban dentro.

Capítulo 35

La tercera planta no tenía grandes ventanales. Estaba oscura, iluminada por la titilante luz de los candelabros. Las enormes estanterías proyectaban sombras tétricas. El aire olía a polvo y a tiempo y el silencio reverberaba contra las paredes. Cada paso que daban rebotaba y se magnificaba.

—Vamos a tener que separarnos si queremos encontrarlo rápido —sugirió Blue. Ya no había humor ni diversión en su voz. Aquel lugar tenía un aura de solemnidad que lo impedía. Se podía sentir en la atmósfera.

Cordelia asintió y fue hacia la derecha. Iba leyendo los carteles indicativos en busca de cualquiera en el que pudiese encajar lo que buscaban: «El norte: corte Kheima», «Mundos paralelos», «La magia del universo»... Siguió avanzando hasta que llegó a «El ritual», la última estantería que había en ese lado. Ni rastro de la colina hueca. Quizá Blue hubiese tenido más suerte.

Descartó lo que tenía que ver con otras cortes o criaturas; la información de antiguos reyes, guerras o personajes que desconocía. Decidió entrar en el pasillo de «El ritual». La luz bailaba en las estanterías, donde las sombras cobraban vida. Espíritus centinelas que vigilaban cada uno de sus pasos temblorosos. Pasó la vista por los lomos acariciándolos. Sacó uno de ellos al azar. Tenía una marca de color, pero ningún título visible. Parecía un diario manuscrito. Por el aspecto del papel, era caro pero muy viejo. Lo abrió con sumo cuidado. Estaba escrito en feérico antiguo. La única palabra que logró reconocer fue «Ossian». La recordaba de alguna que otra historia de cuando era niña. Su nombre aparecía en una esquina de la primera página escrito con letra muy larga e inclinada. Lo dejó donde estaba y continuó buscando. Fue sacando libros y diarios hasta que dio con uno en idioma moderno.

El cuerpo del espíritu de la noche se corrompió. Sus alas se retorcieron, sus extremidades se alargaron y quebraron. Su aura cambió. El drenaje había sido exitoso: ya no quedaba nada de orden en ella, solo caos.

Pasó la página.

Finvannah fue el primero: una nueva especie única, un híbrido. Puro orden. Con todos los dones de la reina: semidios, sidh y *faerie*.

Los consejeros de la reina advirtieron que las criaturas que se usaron en el ritual habían cambiado; ya no eran lo que solían ser. Ya no tenían alma, no tenían lugar de pertenencia, su magia no era caos ni orden.

Eran algo nuevo y oscuro.

Habían sobrevivido. Se habían reproducido, habían nacido nuevas razas. El ritual había traído poder y lo había quitado, pero la naturaleza se había regulado sola. El ritual corrompía.

Cordelia pasó otra página.

«Los eslabones débiles servirán para alimentar a los fuertes, creando algo nuevo y mejor», fueron las palabras de nuestro rey. Me pidió que buscase una mejor forma de hacerlo, que lo perfeccionase. Tras leer y consultar con los antiguos, tuve claro que debía ser la noche de las ánimas: Kaebhar. La noche en que nuestro rey fue concedido a la reina. La noche en la que la corte celebra su nacimiento a través de la muerte de las estrellas y estas nos entregan su energía bajo la atenta mirada de Luna, que nos bendice con su luz más potente. He estado pensando en la forma más óptima de concentrar el poder, de atraparlo y hacerlo fluir.

El conjuro de la reina extrae el poder de los sacrificados y lo reparte entre los participantes.

A Cordelia se le cortó la respiración y se llevó la mano a la boca mientras pasaba a la siguiente página.

¿Habré profanado la más sagrada de nuestras celebraciones? ¿Me perdonará Luna por mi atrevimiento?

Al principio, pensábamos que los *faeries* sin poder morirían. Que sus cuerpos se secarían rápido y se volverían polvo que se elevaría hacia los remolinos. Así que abandonamos sus cuerpos lejos de la colina. Pero no es lo que ha ocurrido, les hemos quitado su alma; no tienen lugar al que volver. Se han transformado en algo vacío y hambriento. No poseen energía, solo la consumen, y para seguir funcionando la succionan, la roban de otros. «Devoradores de almas» los hemos llamado. Son mortales, pero no del todo: todavía guardan una parte de su anterior ser. Tienen recuerdos y sentimientos, pero están distorsionados, como si los mirasen a través de una niebla espesa y oscura que los emborrona. Y han comenzado a reproducirse.

Cuando los matamos, su ponzoña prevalece, se queda estancada en esta realidad, no trasciende. Están envenenando nuestro mundo, cambiándolo.

Estoy buscando un modo de purificarlos, pues temo que en un futuro nuestros actos acaben con todo lo que conocemos y amamos.

Los dedos de Cordelia temblaron mientras pasaba más páginas.

«¿No lo sabes, chica? La gente es más feliz en la ignorancia; más dócil. Hay cosas que como sociedad preferimos no saber, no ver, porque así es más sencillo aceptarlas. No nos manchan. Dejan nuestra moral lo suficientemente en paz como para que vivamos tranquilos, aunque en el fondo sabemos que están ahí, que hay cosas que ocurren y que hacen que tengamos la posición que tenemos. Cosas que no son gratis, pero cuyo precio no queremos conocer». La advertencia de Sibhon resonó a todo volumen en su cabeza. De repente, aquellas palabras cobraron más sentido, más fuerza. Era a aquello a lo que se refería.

Cada año, los que nacen tienen menos poder: hemos mutado. Sobre todo lo notamos en los hijos; todos son menos poderosos que sus padres, viven menos, su energía se apaga antes, envejecen más rápido y curan más lento. Y los hijos de estos... algunos nacen sin nada. «Cyxi» los hemos llamado. No son *faeries* ni sidh, sino algo nuevo, una cáscara de carne que no contiene magia.

Cordelia estaba tan concentrada que no escuchó a Blue llamándola, y se sentía tan horrorizada que tenía el estómago revuelto. Esa no era la historia que les habían contado: nunca les habían dicho que ellos mismos habían creado a los devoradores.

Era una mujer la que había visto aquella vez. Tenía la piel pegada a los huesos: cetrina y grisácea. La expresión desencajada. Los ojos apagados y sin brillo, opacos, rodeados por unas enormes ojeras oscuras. El pelo le caía ralo tapándole la mitad del rostro. Su cuerpo parecía una rama seca, todo huesos, y aun así, se movía de una forma antinaturalmente ágil y rápida para esa condición física. Había percibido, sentido en su interior el impulso de huir. Nunca antes había visto un devorador, pero en su fuero interno supo que aquello era uno. Había algo hambriento y succionador en la mujer, como si robase la energía a su alrededor.

El recuerdo la dejó empapada en un sudor frío.

Bajó la vista al diario que sostenía. Estaba en la última página.

Grianan y yo hemos hallado el modo de perpetuarlo en el tiempo: un sistema para que podamos guardar el secreto, para que las revueltas dejen de producirse y el miedo no cale en los nuestros. Ella ha tenido la idea: crear unas pruebas para permitir a la ciudadanía unirse al ejército del gran rey. Voluntarias. Los que no las pasen, serán los sacrificados en Kaebhar. Nadie lo sabrá.

Grianan es la más fiel a Finvannah y sus propósitos. Sé que reduciría el mundo a cenizas si él se lo pidiera. Me cuesta reconocer a la niña con la que crecí cuando la miro.

Es el único modo de perpetuar nuestro poder, de luchar contra lo que hemos provocado. No sé hasta qué punto estamos conduciéndonos hacia nuestra propia destrucción. No, no solo la propia, sino la de todas las criaturas que habitan en el continente, de todo lo que hemos amado y conocido. Estamos envenenando nuestro mundo. Por mucho que matemos lo que queda de los sacrificados tras el ritual, su ponzoña permanecerá para siempre.

Estaba a punto de girar la página para leer cómo terminaba aquello, cuando sintió una mano en su hombro. Su grito habría retumbado contra las estanterías si no le hubiesen tapado la boca. El corazón le dio un salto en el pecho y dejó de latir durante un par de segundos para luego retomar su marcha a toda velocidad.

—¿Se puede saber qué te pasa? Casi me matas —susurró ella, enfadada.

—Llevo un rato llamándote y no me contestas. He tenido que buscarte por todos los pasillos —se quejó Blue.

Cordelia respiraba pesadamente, tratando de recuperarse.

—¿Qué has encontrado?

—Es un diario que perteneció al tercer general de Finvannah. Es horrible, Blue. Es mucho peor de lo que jamás habría esperado.

Se sentía sucia en su propia piel; sentía la terrible necesidad de frotarse con fuerza. No podía creer que hubiese estado robando el poder de otros, que hubiese participado en un ritual de sacrificio.

—Las pruebas sirven para... para coger sidh a los que robarles el poder. Los que no las pasan, no vuelven a casa jamás, por eso nunca publican la lista de nombres, por eso nos impiden hablar de ello bajo juramento. Porque los usan para...

«Iver», pensó. ¿Era verdad que las había pasado? ¿Habían sido verdad esas cartas o formaban parte del engaño? ¿Serían esas estrellas de seis puntas una marca para los que debían sacrificar? ¿Cuántas vidas habían quitado? La cifra hizo que sintiese náuseas y ganas de llorar al mismo tiempo.

—¿Has encontrado algo sobre la colina hueca? ¿Sobre cómo llegar? —preguntó desesperada.

—No, algunas descripciones de cómo es, pero nada de dónde está o...

—No debéis preocuparos por ello. Estaréis allí muy pronto —dijo una voz fría tras Blue.

Cordelia se incorporó y Blue se giró en lo que duró un latido de corazón.

Fera estaba frente a ellos. A su lado, Thorn.

Cordelia abrió la boca, pero ni siquiera sabía qué decir o hacer. Sintió el mundo abrirse bajo sus pies y estallar. Los ojos ámbar de Thorn se clavaron en los de ella llenos de decepción y traición.

Cordelia supo que allí terminaba todo, que no había forma de librarse o escapar de aquello.

—Sois realmente estúpidos si creíais que no me iba a dar cuenta de que faltabais en vuestro grupo. Y de que no íbamos a percibir que un pase de autorización de la Academia había abierto el tercer piso. Marcamos cada uno con una magia diferente —dijo Fera en tono complacido y satisfecho. Estaba realmente orgullosa de sí misma por aquello—. Cuando he consultado con vuestro instructor si se lo había entregado a alguien, me ha dicho que no, y al buscar en su despacho no lo ha encontrado. —Cordelia no podía sentirse más ridícula, patética y miserable—. Quitaos ese estúpido disfraz —ordenó Fera.

Thorn todavía no había abierto la boca. Estaba horrorizado y herido, Cordelia podía verlo en su expresión.

Blue se quitó el sombrero y el monóculo. Y ella se deshizo de las gafas y la peluca. Los ojos de Fera se abrieron, sorprendidos y deleitados.

—Tú... ¡Ja! Sabía que ocultabas algo. Ponles las cadenas en las manos —le indicó a Thorn—. Habéis cometido un crimen de grado sumo: entrar a un lugar prohibido, leer documentos clasificados y robo a un superior... Todo esto se llama espionaje y rebelión. Se os castigará con la pena máxima. —Thorn miró a Fera y palideció. Dudó un segundo y avanzó. Le puso las cadenas a Blue, que por primera vez no tenía nada que decir. Luego agarró las manos de Cordelia y, sin mirarla a los ojos, la apresó—. Si tantas ganas teníais de encontrar la colina hueca estáis de enhorabuena. Vais a ir directos a la celda más oscura de allí.

Detrás de Fera aparecieron dos rhydra que los tomaron del brazo con fuerza y los empujaron

hacia delante. Cordelia solo fue capaz de reaccionar entonces. Giró la cabeza hacia Thorn, que se había quedado de espaldas con la cabeza gacha, los puños apretados y los hombros tensos.

—Yo... No es lo que crees —murmuró esperando que la oyese—. Lo siento, lo siento tanto...

Fera le clavó algo en el cuello. Cordelia se revolvió, pero antes de que pudiese decir o hacer nada, perdió la consciencia por completo.

Capítulo 36

Wynd estaba sentada en el suelo de su habitación y miraba hacia la ventana. No se había movido de ahí desde que se había despertado esa mañana. Susurrándole en silencio al sol que cayese, que dejase paso a la noche. Podía sentir el movimiento de unas manecillas invisibles en su pecho marcando las horas y los minutos.

Todavía sentía los estragos de la noche anterior. El cuerpo le dolía a pesar de que ahora se curaba muy rápido. Cerró los ojos. Podía ver la expresión de Aren si lo hacía. El alivio, la determinación y el miedo.

«He llegado a tiempo».

Sus palabras; el temblor de sus labios, de su voz y su alma todavía permanecía anclado a su piel. No había estado segura de él, no hasta esa noche. Y ahora, por fin, estaba preparada para enfrentarse a ello y contarle la verdad sobre Moonlight.

Escuchó unos golpes en la puerta y se levantó deprisa.

—Pasa —dijo con la voz más firme que fue capaz de sacar.

Axel abrió la puerta. Tenía una extraña sonrisa colgada de los labios. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja. El peinado hacía que le resaltasen más los pómulos, afilados como acantilados. Estaba pálido y parecía agotado. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones de un cuero tan rojo como la sangre. Con cuidado, dejó sobre la cama una caja blanca que estaba cerrada por una cinta de raso verde intenso.

—Hoy no te he visto en todo el día —la saludó.

—No me encuentro bien.

—Pues esto te va a cambiar el humor. Llevas meses deseándolo.

Había un brillo de malicia en los ojos de Axel, un hilo de astuta diversión que hizo que Wynd sintiese un escalofrío bajarle por la columna.

—¿De qué hablas? —preguntó aproximándose a la caja.

—Vas a venir conmigo al solsticio. ¡Sorpresa! —susurró él.

La mano que Wynd había acercado a la cinta de la caja se quedó sostenida en el aire; congelada. Un jadeo estranguló su garganta y movió los ojos hacia Axel a toda prisa.

—¿Cómo? Pero el plan era esperar hasta Kaebhar.

—Las cosas han cambiado. Anoche Aren apareció con la hija de una cónsul en el Kraj. Tiene absoluta aversión por el protocolo y la política, así que el gesto fue muy significativo. Quiere decir que Aeris se está moviendo, que está buscando aliados.

—¿Quieres que me vea ahora?

Axel se sentó en una de las sillas y apoyó las manos cómodamente en los reposabrazos. Su mirada estaba cargada de aguda inteligencia y esa chispa de sagacidad que lo caracterizaba.

—Solo Aren. Para Aeris esperaremos más. Verte será el golpe definitivo al heredero. —Sonrió ampliamente—. Lo arrasaremos por completo. —Era la culminación de su plan.

Wynd se obligó a sonreír. El gesto no tocó sus ojos, pero él no se dio cuenta. Por dentro, sintió ríos de hielo congelándola. Una furia helada que la hizo rugir en silencio. Una vez más, se llevó las manos a la cintura y no encontró sus dagas. Se sentía como un animal herido sin ellas.

—¿No crees que si me ve se lo dirá a su padre? Ese siempre fue su plan, ¿no? Entregarme a él.

La sonrisa de Axel vaciló un momento y la miró más intensamente. Su única franja sidh titilaba emborronada.

—¿Has recordado algo?

Arqueó una ceja rubia.

—Nieve. La sensación de... mi alma. —Se llevó la mano al pecho.

—Él te hizo eso, él te tendió la trampa. Te hizo creer que te amaba para luego traicionarte. Es por mí que estás viva.

Wynd estiró la barbilla hacia delante y respiró con calma. Muy despacio.

—Lo sé. Nunca lo he olvidado.

—Aren no le dirá nada a su padre. Aeris no se toma nada bien que falle o le decepcione. Aren jamás admitirá haber perdido contra mí, es muy orgulloso. —Disfrutaba de cada palabra: las pronunciaba como si cada una fuese una pequeña represalia—. ¿No es lo que llevas tanto tiempo deseando? ¿Venganza? Si haces lo que digo, esta noche lo destruiremos de una forma que no puedes llegar a imaginar. Su punto débil es la mente, es fácil quebrarlo ahí. Y en eso nos vamos a enfocar.

Axel se levantó y caminó elegantemente hasta la caja. Deshizo el lazo de la cinta y la abrió. Dentro había un vestido en tonos blancos y dorados, como si hubiesen capturado el brillo del sol en una tela. Encima había una bolsita de gasa de la que sacó un antifaz hecho de mariposas. Se lo puso en la mano a Wynd.

—Sé que llevas meses esperando salir. Has tenido mucha paciencia. El solsticio es un baile de máscaras que comienza al atardecer. No tiene nada que ver con Kaebhar: es una fiesta de verdad. —La voz de Axel tenía una cadencia armoniosa y grave, como quien le cuenta un cuento a un niño para que duerma—. Hoy se encienden fuegos, se baila, se come y se bebe. Dicen que un día como este nació Sol y que por eso hoy brilla con más fuerza. Para las hadas, Sol es su mayor deidad, porque regula la naturaleza y gobierna sobre ella. Y como muchos creen que son antepasadas de nuestra raza, mantenemos la tradición.

Wynd se mordió el labio mientras miraba el antifaz. Cerró los ojos un segundo. Deseaba matar a Axel con todas sus fuerzas. Pero no podía, no todavía. Primero necesitaba conocer sus

planes; Lebhar le había insistido mucho en ello. Paso a paso, solo así conseguirían tener éxito.

—Los sidh le hemos dado nuestro toque, por supuesto. Nosotros somos más de estrellas y luna —siguió comentando él.

Llevaba meses interpretando ese papel. Meses tratando de ganarse su confianza, de meterse en su cabeza; de desenredar la verdad de la mentira; de conocer sus entresijos. Esperaría. Todo estaba yendo según habían planeado. Primero matar a los consejeros y desestabilizar el poder de Aeris, luego la guerra entre el Deirnas y los rhydra, ver cómo Grianan y él lo perdían todo, observar su destrucción mutua y luego matarlos. Ese era el orden correcto. Y no podía dejar que un arrebato de ira lo fastidiase todo.

«Paciencia», se dijo.

—Nadie te reconocerá entre la muchedumbre. Excepto él. Estoy seguro de que sabrá quién eres en el momento en que vea tus ojos. Y entonces tú debes pretender no conocerlo.

Wynd se tensó. El juramento del que Aren le había hablado le impedía verla... Si lo hacía, entonces su voluntad estaría ligada a la de Axel. ¿Sería eso lo que buscaba con sacarla esa noche?

Observó el antifaz. A lo mejor, pensó, su teoría podía funcionar. Si salía bien, más tarde encontraría el modo de salir como Moonlight y le contaría la verdad. Si no... Reprimió un estremecimiento.

—¿Por qué? —murmuró ella.

—Porque eso nos da ventaja. Si sabe que recuerdas y que deseas venganza, estará alerta y actuará en consecuencia. Pero si solo sabe que estás viva... —Estiró una mano hasta ella y le acarició el pelo—. Esto es un juego, una partida muy larga y prolongada en el tiempo. Y gana el que tiene más paciencia y mejor maneja sus recursos. La verdad cubierta con una capa de mentira, esa es la clave. Y te aseguro —dijo con la voz dulce como el arsénico— que en eso soy el mejor.

Wynd bloqueó las articulaciones y tensó los músculos para evitar moverse, para que su cuerpo no se echase hacia atrás. Le aguantó la mirada. Aquello era pan comido para ella. Nunca había prolongado un engaño tanto tiempo; normalmente su objetivo acababa muerto antes. Pero esa era la más importante de sus misiones.

Y él no dejaba de tener razón. A veces le asustaba la similitud de sus ideas.

—Entonces, así lo haremos. Llevo meses deseando mirarlo a los ojos y encontrar miedo en ellos.

Axel se acercó a la ventana y observó la ciudad.

—Tú y yo nos parecemos tanto... Desde la primera vez que vi tu mirada lo supe. Había algo oscuro ahí encerrado. Una rabia feroz que ardía a fuego lento, de esas que llevan años alimentándose y guardándose. Me vi en ti. Lo sentí. —Se giró y clavó la mirada en ella—. A los dos nos mueve el rencor de una forma deliciosa. Los dos disfrutamos la venganza, casi como

algo... orgásmico, extasiante. Es una sensación que te llena el alma y te impulsa a levantarte de la cama cada mañana. Vivimos para ello. Está por encima del amor y de cualquier otro sentimiento.

A Wynd se le quedó el aire atascado en la garganta. Los ojos de Axel parecían llamear. Había un punto de locura en su expresión y, aun así, supo que hablaba desde el corazón, que era lo más sincero que le había dicho nunca. Era pura pasión.

Y ella se reconoció en ese frenesí.

Fue como mirarse en un espejo distorsionado. Como enfrentarse a una parte oscura de su alma. Desnudarse desde dentro, ver sus vértices afilados. Observar lo feo y lo monstruoso.

¿Era Axel esa parte de sí misma que no le gustaba mirar? ¿Ese ser con el que no conversaba, al que dejaba existir, pero que nunca analizaba porque le asustaba?

Se tragó el nudo de sentimientos.

La idea de perdonar y olvidar nunca había formado parte de su sistema. Podría haber aprovechado aquella segunda oportunidad que la vida le había dado para empezar de cero. Pero esa no era ella. Sabía que nunca habría sido feliz, que se habría consumido. Prefería morir peleando que abandonar.

Y si tenía que usar a Axel, lo haría. Y luego lo mataría.

Quizá eso la convirtiese a ella en lo mismo que él: un monstruo feo, desfigurado y hambriento que se encondía tras un aspecto dulce y bello.

Se tragó el amargo sabor de sus sentimientos. Cogió el vestido y lo sacó de la caja. Hermoso. «La piel de cordero que oculta a un lobo feroz».

—Por vengarnos —susurró.

Capítulo 37

El vestido le apretaba alrededor del pecho y caía hasta sus pies cubiertos de anillos de oro y pulseras. La tela era tan delicada como un suspiro y de un tono pálido que le recordaba a la nieve que refleja los rayos del sol en invierno. Con destellos que la hacían parecer una piedra preciosa. Se movía líquida sobre su cuerpo: viva.

La espalda era abierta y el escote tan bajo que no pudo ponerse ropa interior. Únicamente un fino tirante atado en sus omóplatos sujetaba el vestido. Para rematarlo, un tul transparente en tono champán semejaba la forma de unas delicadas alas.

Alas de hada.

Le habían trenzado mechones de cabello que habían decorado con más abalorios de oro. Habían peinado su pelo de modo que sus ondas se acentuasen más aún. Tenía un aspecto salvaje y hermoso. Le habían dibujado tatuajes con motivos vegetales alrededor de la garganta y en las manos, donde también llevaba anillos dorados. El antifaz le enmarcaba los ojos, que solo le habían delineado de negro, y le tapaba la cicatriz de la medialuna.

Ni siquiera había resoplado mientras sentía las manos de las doncellas arreglándola. Su mente estaba en otra parte: atascada en el vértigo que le provocaba el inminente encuentro con Aren. Se le aceleraba el corazón y se le cortaba la respiración. La garganta se le oprimía con un nudo de lágrimas porque sabía que iba a hacerle daño y la idea la torturaba.

La plaza de la Conquista estaba cubierta de flores colgadas y los colores del atardecer pintaban el cielo de naranja, rosa y púrpura, los cuales teñían la ciudad. Sonaban flautas y violines, y el perfume del verano flotaba por todas partes: hierba calentada por el sol, agua fresca, lavanda, frutas jugosas y trigo tostado. Olía a perezoso frenesí.

Axel le pasó una mano por la espalda y ella se tensó.

—Todavía no está aquí. Tiene la mala costumbre de aparecer siempre tarde —dijo estudiando la multitud. Wynd se apartó de su mano apretando los dientes—. ¿Lo sientes?

—¿El qué? —preguntó ella.

—Es como si ellos fuesen de un color distinto, como si entre nosotros hubiese un muro. Somos diferentes, no encajamos.

Wynd levantó los ojos hacia él. Parpadeó por la sorpresa. Ya no lo notaba. Para ella, siempre había sido así: distinta y excluida. Se miró. Hacía mucho tiempo que había dejado de prestarle atención a esa sensación de soledad. Quizás por eso la había sorprendido tanto su amistad con

Cordelia y Blue: ella no los esperaba. La habían pillado con la guardia baja porque nunca se había preparado para tener que repeler el cariño de nadie ni para apartarse.

Aun así, incluso ahora que era una sidh, seguía sintiéndose fuera de todo aquello. Pero no le molestaba ni le dolía. Era cierto que, cuando era una niña, deseaba formar parte de ese grupo de seres brillantes y poderosos, pero no ahora. Quizá porque ya no se sentía sola.

—¿Y eso te molesta? —preguntó ella con verdadera curiosidad.

—No. La gente extraordinaria nunca encaja con los demás; si no, no serían extraordinarios. La masa suele estar ciega, no es capaz de apreciar el verdadero valor de algo. Se dejan engañar por virtudes fútiles, como la simpatía o el encanto. Es por eso que Aren es tan popular.

—¿Es esa su única virtud?

Axel sonrió y la miró. La franja de luz de su ojo derecho titilaba.

—Sabe engañar, es un experto en ello. Te aseguro que su padre lo ha instruido bien. Pero carece de ambición y de inteligencia. Yo he destacado en ello más que él y, sin embargo, mis ideas nunca han sido igual de apreciadas o escuchadas.

Wynd ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Axel era muy simple a veces y, en cambio, otras parecía estar dividido en pequeños fragmentos que le costaba encajar.

—¿Porque tus opiniones eran demasiado ambiciosas?

La línea de los hombros de Axel se relajó complacido al escucharla.

—Exacto. Porque yo veo lo que nadie más quiere ver. Porque mis ideas incomodan; nadie quiere enfrentarse a la verdad. Ni siquiera mi madre.

Axel tomó dos copas alargadas llenas de un líquido anaranjado burbujeante. Le ofreció una de ellas a Wynd. Sabía a frutas y a algo chispeante que le hizo cosquillas en la lengua. Estaba absolutamente delicioso.

—¿Tu madre? —preguntó ella casualmente.

—En el fondo, no es más que una cobarde. Vive anclada en el pasado, en los errores que cometió y las traiciones que sufrió. Podría haber hecho grandes cosas, pero ahí sigue. Jamás ha escuchado ni una de mis sugerencias. A veces, cuando me mira, algo cambia en su expresión, en sus ojos. Como si no me conociese...

—¿Por qué?

Axel apretó los labios, pero no dijo nada. Se encogió de hombros con fingida ligereza.

—No sé. Lleva toda la vida reprimiéndome para que permanezca bajo su ala.

Wynd bajó la vista hasta su copa vacía.

Axel estaba completamente demente. Wynd así lo creía porque tenía ideas de fanático y, sin embargo, había ocasiones en las que se preguntaba si ese rasgo no sería también el de un genio.

Aren sabía que corría un gran riesgo yendo al solsticio, aunque su padre no se enfrentaría a él en público. La imagen de fuerza del Deirnas se vería comprometida si no mostraba una unión sólida

con el heredero, y más ahora que se acercaba la guerra. Pero sabía que Aeris ya estaría tramando el castigo por serle desleal.

Nada de eso importaba. La promesa de Moon, el tono suave, tembloroso y la cadencia ligeramente distinta de su voz... Habría ido al solsticio aunque su padre lo hubiese estado esperando con un ejército. Tenía tantas preguntas, tantas dudas. Necesitaba verla; necesitaba confirmar que no estaba volviéndose loco del todo. Aunque quizás ya lo estuviese, quizás el anhelo había terminado de ahogarlo entre sus brazos y había nublado su juicio para siempre presa de la desesperación.

Pero algo le decía que era ella. En el fondo, siempre lo había sospechado, aunque seguía sin saber cómo podía ser posible.

La plaza de la Conquista estaba tan llena que la gente se dispersaba por las calles adyacentes. El sonido de violines y gaitas sobresalía por encima del murmullo de las conversaciones.

El sol prácticamente se había puesto y la gente se preparaba para la lluvia de perseidas. Aren miró al cielo: la constelación de Perseo siempre había sido su favorita. Recordaba vagamente la voz de su madre explicándole que tenía la peculiaridad de poseer una binaria eclipsante: dos estrellas que orbitaban juntas rotándose el protagonismo u ocultando el brillo de la otra en ocasiones. Dos estrellas unidas por la eternidad. «Son una metáfora del amor: a veces ocurre una fusión perfecta; otras nos eclipsamos, cedemos el protagonismo al otro, le dejamos brillar, le damos apoyo y luego lo recibimos de vuelta. Y, en ocasiones, ocurre una fusión mutua. Busca otra estrella que tenga la misma órbita que tú», le había dicho ella.

Perseo era un guerrero atrapado en el tiempo, congelado en el cosmos. Algunas historias decían que las perseidas eran sus lágrimas; otros, que su sangre. Fueran lo que fuesen, muchos creían que en ellas estaba el origen de la vida en el continente.

El morado, el naranja y el rosa, que teñían el cielo de Oed, se retorcieron en remolinos. El sol desapareció del firmamento y la luna reinó entre nebulosas y constelaciones. Toda la ciudad clavó la vista en las alturas. Las estrellas comenzaron a caer en la imagen más sobrecogedora y bella que jamás se hubiese visto. El universo mismo parecía estar precipitándose sobre la tierra. Se oyó el murmullo sobrecogido de los asistentes y la música acompañó el momento, más dramática y emotiva.

Todas las miradas estaban en el cielo y todas las cabezas estiradas. Aren captó color y movimiento en su visión periférica y bajó la vista girándose hacia su izquierda. Fue algo físico: una atracción magnética en su campo de fuerza. Y también fue algo químico: instinto. Pura magia.

Se encontró con los ojos del color plateado exacto y con el pelo del tono rubio blanquecino exacto. Un antifaz le cubría la mitad del rostro, pero él habría reconocido esos ojos entre miles, a pesar de que ya no tenían el anillo oscuro. Su aura era distinta: ahora la envolvía el mismo brillo que a los sidh puros.

No vio ni oyó nada más durante los sesenta segundos eternos que duró ese minuto. Si seguía

de pie era por pura mecánica, porque, en el momento en que la vio, el alma de Aren abandonó su cuerpo.

Volvían a reunirse y, en esta ocasión, el telón no fue de nieve y hielo, sino de noche y estrellas. En esta ocasión, no fue en la soledad del bosque, sino entre una multitud de cientos de personas. Y, sin embargo, no eran más que ellos dos. El mundo se paró, se postró durante los sesenta segundos en los que el corazón malherido de Aren recobró el aliento y sanó.

¿Qué hay más puramente mágico que recuperar una esperanza perdida?

Sus labios quisieron trazar su nombre, pero no el nombre por el que todos la conocían; quiso pronunciar ese que él le había dado, ese que era íntimo y solo suyo, el que había pronunciado por última vez hacía siete meses.

«Pecas».

Sin embargo, algo en la expresión de ella lo frenó. Y no era lo que él había esperado. No había odio, traición ni desprecio en sus ojos. Solo un abismo de nada. Él no existía en sus recuerdos, el único lugar donde se vive realmente. El latido del corazón de Aren se frenó, el aire entró en sus pulmones y la vida comenzó a fluir en su interior.

Sesenta segundos para dar vida a un corazón y volver a romperlo en pedazos.

Ella lo miró como si acabase de verlo por primera vez. No hubo reconocimiento, no hubo ningún gesto cómplice. Nada. Y con esa nada, todas sus esperanzas se estrellaron contra el suelo y se rompieron, estallaron en pedazos. Wynd le dedicó solo un vistazo, como si hubiese visto a cualquier desconocido sin más, y apartó la vista hacia alguien tras ella. Una figura en la que Aren reparó en ese instante.

Axel, cuya sonrisa fría y calculadora se extendía por sus labios, se inclinó ligeramente sobre Wynd y le susurró algo al oído. A lo que ella asintió, tranquila, cómoda y con familiaridad.

Aren habría preferido el odio de Wynd. Habría preferido, de hecho, que se acercase a él para clavarle una daga en el corazón. Habría preferido su ira, su desprecio, cualquier otra cosa antes que aquello.

Lo vio y lo notó: él ya no existía para ella. No era nadie.

Y se sintió terriblemente estúpido, iluso y patético, porque llevaba semanas creyendo verla en una desconocida. Porque había acudido con la esperanza de desentrañar por fin el misterio y encontrarse con ella, y la vida, en cambio, había decidido terminar con él, aplastar el último resquicio de cordura que le quedaba.

Porque sí: se había encontrado con Wynd, pero no de la forma en la que esperaba.

Una vez más, los dioses parecieron reírse de él.

Todo lo que habían vivido se deshizo en cenizas. Casi pudo palpar la línea invisible que separaba sus dos realidades. Para Aren, la suya siempre estaría llena de Wynd, mientras que él no pertenecía a la de ella.

Aquella imagen fue una sentencia de muerte.

Axel observó a Wynd con detenimiento. Ella contuvo el aliento con disimulo hasta que él alzó

los ojos y los clavó en Aren. Hace falta ser muy paciente para culminar la venganza perfecta: no precipitarse jamás, esperar y esperar hasta encontrar el momento idóneo. Saber frenar las ganas.

Axel llevaba años deseando acabar con el triunfante y brillante Aren.

Aquel día en su jardín solo había sido el preludio de esa noche. Había clavado el cuchillo y lo había dejado desangrándose poco a poco. Y ahora, por fin, lo había retorcido y hundido hasta el fondo para destruirlo.

Y Aren se marchó olvidándose de su promesa con Moonlight y de todo lo que hasta hacía unas horas le había devuelto las ganas de vivir.

Capítulo 38

Aeris estaba sentado a una larga mesa junto a Roberta Myval y Gammel Fa, los únicos dos consejeros vivos, y algunos otros miembros de la corte. La lluvia de perseidas había terminado y la música y el alcohol corrían como ríos. La multitud celebraba extasiada.

Aeris los observaba sin prestarles atención. Nunca había disfrutado de las fiestas, ni siquiera cuando era joven. A Grianan, sin embargo, siempre le habían encantado. Recordaba la última que habían pasado todos juntos: el solsticio de invierno de hacía veinte años.

Finvannah había estado especialmente derrochador, pues el nacimiento de su hija se acercaba. También la guerra contra los devoradores era cada vez más inminente, pero el rey solo tenía ojos para la humana. Aquella noche, Grianan había llamado a la puerta de Aeris después de dejar a su hijo dormido. Él había ido tras ella a pesar del rencor. No le había importado la mirada preocupada de Dariela ni el niño que sostenía en brazos. Solo se había casado con ella para ganar reconocimiento entre las antiguas castas.

Sabía, en el fondo de su corazón, que durante toda su vida solo podría amar a Grianan. Un sentimiento que no le impedía odiarla con la misma intensidad, pues ella lo había abandonado. Y por eso, a pesar de todo, la siguió.

Aquella noche fue el principio del fin. La noche en que ella le hizo partícipe de sus planes, esos que los habían traído donde estaban ahora.

Como si sus recuerdos la hubiesen convocado, Grianan apareció frente a él con dos de sus generales a los lados. Llevaba la larga melena dorada suelta, ni una gota de maquillaje, pues no lo necesitaba, y una simple máscara de rayos de sol. Su vestido era de líneas simples y elegantes. La madurez le sentaba igual de bien que la juventud.

—Aeris —lo saludó con frialdad.

—¿Es esa la forma de dirigirte al Deirnas? —preguntó Roberta Myval. A la consejera nunca le había caído bien la estirada de Nord.

—Los rhydra somos independientes. Organismos conjuntos, lo que quiere decir que estamos en el mismo estamento. Él y yo —puntualizó Grianan.

Aeris le lanzó una mirada severa a Roberta. No soportaba la impertinencia ni los celos. Roberta siempre había ansiado más. Era joven comparada con ellos dos y no comprendía el gran poder que Grianan poseía. La ignorancia era uno de los defectos más abundantes y que él peor toleraba, pues acompañaba a la arrogancia. Él era arrogante, al igual que Grianan, pero tenían derecho a ello: nadie podía comparárseles. La arrogancia vacía merecía todo su desprecio.

Los ojos de Roberta refulgieron con rabia y apretó los dientes. Grianan apartó la mirada de ella como si se tratase de un insecto insignificante.

—Me gustaría hablar contigo. A solas —matizó.

Aeris arqueó una de las cejas y le dedicó una sonrisa condescendiente.

—¿Qué deseas comentar?

Grianan apretó la mandíbula. Nadie conseguía hacerla perder la paciencia como él.

—Como acabo de decirte, Aeris —recalcó—: en privado.

—Bueno, si me lo pides tan encarecidamente, supongo que podré dedicarte algo de mi tiempo.

Se levantó de la silla y caminó junto a ella hasta alejarse de los oídos entrometidos.

—En la Academia nadie nos molestará.

—No soy tan estúpido como para meterme en un lugar donde no tengo rango. Y tú tampoco como para creer que te seguiría ahí dentro.

Grianan se encogió de hombros.

Lo más seguro era dirigirse a terreno neutral. Así que traspasaron la cascada del Archivo y entraron en el pequeño recibidor donde estaba el ascensor de subida.

Aeris notó cómo ella cogía aire.

—¿Incómoda?

—¿Por qué debería estarlo?

—Oh, ¿quieres jugar al engaño? ¿Quieres que finja que no sé que llevas sin pisar este lugar veinte años? —dijo señalando al Archivo.

Grianan podía sentir la presencia de Lebhar en aquel lugar. No, no había pisado ese lugar desde la Gran Guerra, y tampoco la biblioteca de la Academia. Los dos lugares estaban conectados. Lebhar, quien había sido su mejor amigo, la despreciaba, y ella no soportaba ver esa mirada en los ojos del bibliotecario.

—¿Y de quién es la culpa? Me traicionaste.

—¿Me has llamado para hablar de traición? ¿Tú? Pensaba que conmigo no tenías que fingir. Yo sé quién eres en realidad, Grianan, yo sé lo que hiciste.

Ella sonrió con tristeza, pero sin un ápice de arrepentimiento.

—Sé que te estás preparando para atacarme.

—¿Lo estoy haciendo?

—Hmm... siempre tan cobarde. Tú y tus rabietas, Aeris.

—Y tú siempre tan avariciosa. Nunca te has conformado con lo que tenías. Quieres lo que es mío.

Grianan apretó los labios. Sus ojos brillaron fríos como el sol de invierno.

—El mundo no puede decirme qué puedo y no puedo tener. Yo comando mi vida, Aeris, y eso siempre te ha molestado: que no aceptase estar a tu sombra.

Al mirarla, volvió a preguntarse de nuevo si alguna vez lo había amado, y si alguna parte de

ella seguiría haciéndolo.

Aeris sonrió dejando ver sus brillantes dientes. Era un rictus malicioso.

—Bonito. Casi suenas convincente, pero no es del todo cierto. Aceptabas estar a la sombra de Finvannah, no había opinión que te importase más que la suya. Ni nada que apreciases más que el cariño de... —señaló con ambas manos el edificio en el que se encontraban—... Lebhar.

Grianan tragó pesadamente. Nadie puede herirte más que quien mejor te conoce.

—A veces hay que hacer sacrificios.

—Los tuyos te salieron caros.

—¿Valieron la pena los tuyos, Aeris? ¿Te ha devuelto la venganza la felicidad?

—No. —Su respuesta fue simple y contundente—. Pero me ha mantenido cuerdo saber que tú eras tan miserable como yo.

Ella soltó una carcajada fría enmascarada de dulzura.

—Los hombres siempre tan pasionales, tan viscerales. He tardado años en darme cuenta de lo inútiles que sois. He perdido tanto por confiar en vosotros.

—Sin embargo, siempre nos has necesitado para tus juegos de poder.

Grianan comenzaba a perder la paciencia.

—Una reina siempre necesita peones. Puedes seguir adelante con la guerra si es lo que te propones. Ya destruiste a la mitad de los nuestros hace veinte años, ahora puedes terminar el trabajo y dejar que Kheima tome los escombros.

Aeris dio un paso hacia ella. La ira ardía en sus pupilas y cada uno de sus poros irradiaba rabia y muerte.

—Lo que hice fue enseñarles una valiosa lección a esos antiguos *faeries* de grandes castas que me miraban por encima del hombro por ser un huérfano que había nacido fuera de la colina. Ni siquiera cuando me casé con Dariela me aceptaron... —murmuró iracundo—. Se negaban a pasar por el ritual y yo hice mi trabajo. ¿Dónde están ahora? Muertos. Y la verdad es que no me importa cómo acabe este mundo. Moriré feliz si ya no queda nada para ti. Moriré feliz habiendo destruido tus anhelos.

Ella apretó los dientes, enfurecida. Le temblaron las manos.

—Siempre tan poco práctico. No ves más allá, estás ciego por tus ansias de venganza. No soportas el hecho de que no signifiques nada para mí; no soportas que rehiciese mi vida; no soportas verme feliz lejos de ti. Detestas que mi vida no esté dedicada a tu destrucción.

—Oh, yo sé que, aunque lo niegas, me odias con intensidad.

—Puede, pero deseo otras cosas más que tu destrucción. Y las obtendré, esta vez no vas a entrometerte.

SEGUNDA PARTE:
LUNA CRECIENTE

Capítulo 39

La taberna olía a serrín, alcohol rancio y sudor. Era un cuchitril viejo lleno de sidh menores y mestizos. Todos tenían aspecto desmadejado. No recordaba cómo o cuándo había llegado allí. No recordaba nada desde... ¿Cuánto había pasado? ¿Horas, días?

La imagen de los fríos e indiferentes ojos de Wynd era lo único que permanecía vivo y candente en su memoria. Después, todo era confusa oscuridad.

Alguien chocó con su hombro y se quedó apoyado en él. Aren lo empujó para apartarlo. El hombre dio un traspiés y cayó sobre un taburete.

—¡Eh! ¡¿Qué cojones te pasa, niño estirado?!

—No me gusta que me soben tipos mugrientos —contestó Aren sin levantar la vista de su bebida.

El hombre, un sidh menor de pelo parduzco con una barba frondosa y aspecto de mapache, se levantó y lo agarró del cuello.

—¿Quieres que te dé una paliza? —gruñó a centímetros de su cara. El aliento le olía a ron barato.

Aren se limitó a reír.

—Me parece que te has equivocado de barrio —dijo otro, acercándose.

—Me parece que puedo ir a donde me da la gana. Haced el favor de callaros, me duele la cabeza. Tenéis unas voces realmente molestas.

Los tipos se miraron enfurecidos. Tenían las mejillas teñidas de rojo.

—¿Te crees mejor que nosotros? ¿Crees que nos asusta la mierda esa en tus ojos? Los de tu clase siempre nos miráis por encima del hombro, pero ¿sabes qué?, algún día vamos a partiros el cuello a todos.

Aren volvió a reírse con ganas.

—¿Algún día? Eso sí que es una amenaza —se mofó.

—Podemos empezar contigo, niñito. Vamos a ponerte de ejemplo —escupió el de pelo parduzco.

El otro, que tenía el pelo de color rubio sucio y la nariz larga y afilada, lo agarró por detrás para inmovilizarlo.

—Oh, ¿de verdad queréis hacer esto? —preguntó Aren, y había un toque de locura en su voz.

—Te voy a partir esa cara bonita.

Aren se rio de forma histérica. «¿Por qué no?», se dijo. Sus ojos se oscurecieron y su

expresión se transformó; se le agudizaron las facciones. Todos le decían que era débil de corazón, que era demasiado compasivo. Ah, no era verdad. Era un maldito egoísta. La única razón por la que nunca se había interesado por la política y sus juegos no era porque no fuese lo suficientemente retorcido; era porque no le importaba, porque carecía de interés para él.

¿Había sentido compasión cada vez que su padre le había mandado matar a alguien? No. Tampoco lo disfrutaba, pero no era más que un trámite. Solo había cambiado porque eso ya no le importaba, porque ya no le interesaba. Y, sí, podía ser compasivo, lo había aprendido recientemente, pero solo con un número muy limitado de personas.

¿El resto del mundo? El resto del mundo podía arder en el averno. O quizá es que se sentía especialmente mezquino. El mundo se había empeñado en arrancarle toda la esperanza, la alegría y la bondad hasta dejarlo lleno de odio y resentimiento. Justo como antes de entrar en las pruebas.

El tipo con cara de mapache le dio un puñetazo en la mandíbula que le partió el labio. Aren sonrió ampliamente haciendo que la herida se abriese y la sangre resbalase por su barbilla.

—Deja de reírte, malnacido.

El otro, que lo sostenía por detrás, apretó su agarre alrededor del cuello presionándole la nuez. La falta de reacción de Aren hizo que su rabia se avivase más. El de pelo parduzco seguía golpeándolo con furia. Pero, aun así, no se acercaban ni un uno por ciento a lo que su padre le hacía cuando lo castigaba.

El tipo ya estaba sudando y le faltaba el aliento.

—¿Ya has terminado? —lo provocó Aren.

—Eres un maldito psicópata.

—No, pero he vivido toda mi vida rodeado de ellos.

Se movió rápido como el rayo. Golpeó con el codo el estómago del de atrás y le lanzó un puñetazo justo en la nariz. Sintió el crac de su tabique en los nudillos.

—¡Joder! —chilló el tipo.

Aren escupió la sangre que se le había acumulado en la boca y agarró al de pelo parduzco lanzándolo al suelo.

—Tu turno.

Vio el miedo en los ojos del tipo y su propio rostro reflejado en esas pupilas dilatadas: el rostro de un monstruo. Oh, pero qué poco le importaba. A veces, pretendía estar cuerdo. Jugaba a olvidar que su cabeza fuera un lugar oscuro y caótico; que su padre fuese un tirano que se había asegurado de arrancar cada trazo de empatía de su ser; que su mejor amigo de la infancia lo odiase hasta el punto de dedicar su vida a destruirlo; que la vida le hubiese arrebatado a las personas que más había amado, y que a veces, muchas veces, no le encontrase sentido a nada.

Actuar y fingir siempre se le habían dado bien. Encantar a las personas, manipularlas.

Descargó toda su ira en aquel tipo y perdió la cuenta de los golpes. Ni siquiera necesitaba usar su magia. Podría hacer aquello durante horas.

—¡Para! ¡Lo vas a matar! —gritaba alguien detrás de él.

—Llamad a los rhydra.

Alguien lo agarró desde atrás y tiró de él con tanta fuerza que lo estrelló contra la pared de la taberna. Lo suficientemente fuerte como para hacerle daño, pero no tanto como para herirlo de verdad.

Thorn caminó hacia él y lo miró desde arriba.

—Levanta —le ordenó.

—¿Has venido tú a detenerme? ¡Qué honor!

—Casi matas a ese hombre.

—Le avisé..., o creo que lo hice, de que no era buena idea pelear conmigo. Tengo lagunas.

Aren se levantó cojeando. Estaba horrible. Tenía sangre seca en la barbilla; la mejilla y la mandíbula, hinchadas; la ropa, arrugada y sucia, y apestaba a alcohol.

—Deme un cubo de agua —pidió Thorn—. Fría.

El dueño del bar se lo llenó enseguida y se lo tendió. Thorn lo agarró y se lo tiró a Aren por encima sin pestañear.

—¡Por todos los malditos dio...! —maldijo este, estremeciéndose—. ¿Te apetecía verme mojado? *Sexy,* ¿eh?

—Me apetece que te calles y que se te pase la borrachera.

En la taberna, todos contemplaban la escena en silencio, atónitos y asustados. Si bien no habían reconocido a Aren al principio, ahora se daban cuenta de que debía de ser alguien importante para que el entrenador de la Academia fuese en persona a detenerlo.

Thorn empujó al muchacho dentro del baño.

—¿Ahora patrullas? —le preguntó con una sonrisa burlona.

—Estaba buscándote.

Aren arqueó una ceja.

—Oh, ahora entiendo. Mi padre.

—Nadie te ha visto en días. ¿Estás escondiéndote?

Aren echó la cabeza hacia atrás y rio sin ganas.

—¿Qué? —interpeló Thorn.

—Solo he estado divirtiéndome. ¿No ves cómo me divierto?

Thorn suspiró y sacudió la cabeza, exasperado.

—Da gracias porque te haya encontrado yo y no tu prima. Ahora lávate. Das asco.

—Vaya, gracias.

Thorn esperó fuera, junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el amplio pecho y la mirada pétrea. Nadie se atrevió a respirar en su dirección. Los amigos del tipo al que Aren había pegado se lo habían llevado al Helisa.

Aren salió diez minutos después con la camiseta en las manos. Tenía un aspecto más decente y olía mejor. Thorn le miró el torso.

—Bonito, ¿eh? —lo pinchó Aren.

—Ponte la camiseta.

—Me encantaría. Sé que la visión de esto —se tocó el pecho— puede causar disturbios, pero alguien me la ha empapado.

Thorn cogió la camiseta y la escurrió con fuerza.

—Entonces sécala. Sé que puedes.

Aren suspiró y lanzó su magia de aire sobre la tela. Se la puso y miró a Thorn.

—¿Contento? Ya me has dejado perfecto para llevarme con el todopoderoso.

—Me aseguraré de que reciba el castigo que merece y de que no vuelva a pisar este local —tranquilizó Thorn al dueño, que seguía mirándolos perplejo.

Aren le dedicó una reverencia a los pocos clientes que quedaban allí observándolos.

Fuera era noche cerrada. Medialuna menguante en el firmamento.

Thorn lo guio hasta que dejaron atrás las calles estrechas y oscuras de esa zona del cuarto cuadrante. En cuanto estuvieron lejos y apartados de miradas curiosas, se frenó y lo condujo dentro de un callejón.

—¿Tú también quieres pegarme hoy?

—No sé qué te ha pasado. Tampoco me importa. Tu padre nos ha ordenado que te encontremos y te llevemos al Palacio de Cristal. Estaba muy cabreado.

—No me sorprende —comentó Aren por lo bajo.

—No voy a delatarte ni a llevarte con él. A cambio, quiero que me hagas un favor.

—Inesperado.

—Ve a las celdas del piso dieciocho de la Academia.

—¿Y qué quieres que haga?

—Solo... solo ve. Cuando estés allí, haz lo que creas que debes hacer.

Las mandíbulas de Thorn se apretaron con tanta fuerza que uno de sus músculos dio un tirón.

—¿Eso es todo?

—Sí —prácticamente gruñó.

Thorn se giró para marcharse, pero la voz de Aren lo detuvo.

—Hay algo peor que... el hecho de que la persona que amas te odie —dijo trayendo de vuelta aquella conversación que habían tenido hacía semanas—. Es peor que ni siquiera te recuerde. Es peor que no existas en su realidad. Es peor que todo, lo bueno e incluso lo malo, se haya borrado para siempre y tú seas el único que viva con esos recuerdos y sentimientos por los dos.

Thorn no se volvió a mirar su expresión. Sabía qué vería en sus ojos, por lo que dejó que el dolor en ellos fuese solo suyo: le dejó la intimidad para ser vulnerable.

—Si el olvido es alivio, entonces lo contrario es una penitencia infinita.

—Entonces trata de olvidar tú también —contestó Thorn con los hombros tensos.

Aren se rio tan amargamente que Thorn se estremeció.

—Si averiguas alguna vez cómo se hace, ven y cuéntamelo... Quizá... quizá sería buena idea ir

a ver a mi padre —murmuró.

Thorn inspiró con fuerza. Se quedó quieto y en silencio unos segundos más y luego se marchó. No había nada que pudiese decirle.

Aren se apoyó contra la pared. Levantó la mirada al cielo y buscó la constelación de Perseo. Allí estaba la binaria eclipsante, con el brillo prácticamente apagado. Se dejó caer por la pared hasta quedarse sentado en el suelo. Cerró los ojos e intentó refugiarse en su oscuridad.

Nunca se había sentido tan indefenso.

Estaba tan perdido en lo profundo de su alma que no sintió el cambio del aire ni percibió su presencia hasta que dos manos delicadas y dulces le tomaron el rostro.

—Aren —susurró una voz afligida.

Capítulo 40

¿En qué momento había comenzado a soñarla?

—Aren —susurró una voz ligeramente ronca con cierta urgencia.

Sus dedos le acariciaron las mejillas y le secaron las lágrimas. Aren sintió el cuerpo cálido junto al suyo, las rodillas a los lados de sus muslos, el torso a centímetros de su pecho.

—Prométeme que no abrirás los ojos —pidió suave como un suspiro. Él no se movió. No quería romper aquella ilusión. Despertar de ese sueño—. Promételo.

—Solo si me juras que no te irás nunca —suplicó él.

Ella emitió un sonido ahogado entre la risa y el llanto. Apartó las manos de su cara un momento y él temió que se desvaneciese de la nada.

Le colocó una mano sobre los ojos.

—Has estado a punto de abrirlos —lo reprendió.

Aren oyó tela caer al suelo y seguidamente volvió a sentir las manos acariciándole el rostro con cuidado.

—Pase lo que pase, no los abras —le ordenó ella con cierta autoridad.

Él asintió en silencio.

Durante un segundo, la tensión entre sus cuerpos se sostuvo en la atmósfera: una electricidad demasiado cargada. La sintió coger aire y, al segundo siguiente, lo estaba abrazando con todas sus fuerzas. Su cuerpo temblaba ligeramente.

Aren dejó escapar el aire que retenía y la envolvió en sus brazos.

Dioses, era ella. Era ella. Wynd.

—Estás aquí —susurró él con la voz rota, grave, profunda.

—Estoy aquí.

Aren tuvo la tentación de abrir los ojos, de comprobar que era real.

—Quiero verte —pidió.

—No puedes —le recordó ella—. No con tus ojos.

Ella cogió la mano izquierda de Aren y la llevó hasta su cara. La puso contra su mejilla y luego la llevó hasta su corazón para que sintiese su pulso frenético. Los dedos de Aren la dibujaron despacio, concienzudamente: la forma de sus cejas, el ángulo de su nariz pequeña y delicada, la curva de sus pómulos, la línea de su mandíbula, el arco de sus labios.

Tocó la marca de medialuna de su frente.

—Esto es nuevo.

—Un regalo de mi padre.

La piel de Aren era áspera, pero delicada. Su tacto le erizaba el vello a la chica. Había pasado tanto tiempo...

Aren tenía cientos de preguntas, pero podían esperar. Enredó los dedos en el pelo de la sidh. Ella permaneció quieta con la respiración agitada y los nervios a flor de piel. Aren era la única persona a la que permitía aquella cercanía, la única persona que podía tocarla sin disparar todas sus alarmas. Él le rozó el cuello con la punta de la nariz y aspiró su aroma. Ella era hogar: era su persona refugio.

La felicidad le explotó en el pecho a Aren. Un sabor dulce y cálido. Por primera vez en mucho tiempo, sintió ganas de llorar y reír y de volver a llorar.

La incredulidad luchaba contra la realidad.

Siguió dibujándola con las manos, dejando el rastro de su piel en su cuerpo: la curva de su garganta y la hondonada entre sus clavículas, donde presionó un beso suave, la línea entre el cuello y el hombro, donde la saboreó. Era ella en esencia, pero había algo distinto... su piel era más firme, más fría. Podía saborear el dulzor picante de la magia en ella.

La sentía temblar bajo sus manos. Oía su respiración irregular. Aren sabía que se estaba esforzando por no demostrar su timidez. Deseó abrir los ojos y mirarla, ver la posición orgullosa de su barbilla contrastando con el tono rojizo de su piel.

Ella cerró los ojos. Notó el roce ligero de los labios de Aren como una pluma en la mejilla, la comisura izquierda de los labios, la boca... El aliento le salió tembloroso, precipitado.

La garganta de Aren trabajó pesadamente tratando de deshacer el nudo de emociones. Le acarició los labios con la lengua y ella se estremeció.

—Y-yo... —balbuceó ella.

—¿Cómo es posible? —interpeló él.

—Te lo contaré todo.

—Te he echado tanto de menos, chica fría —confesó él.

Ella le dio un puñetazo en el brazo y Aren soltó una carcajada que le aflojó todos los huesos.

Él le besó el labio superior y sus comisuras una por una. Después, atrapó su labio inferior suavemente con los dientes. Las manos de Aren se movieron solas agarrándola de las caderas y pegándola a su cuerpo. A ella le rompió el alma la suavidad con la que lo hizo, la adoración que había en sus manos. Se le cortó la respiración, ahogada por la sensación.

Aren pensó que no deberían haberse conocido. No debería haber experimentado nunca esa sensación de perder la razón, porque no había nada comparable a ello. Estaba completamente perdido. Sabía que la elegiría por encima de todo: del bien y del mal, de la lógica propia de la supervivencia. Moriría por ella, lo tuvo claro.

El pecho de ella subía y bajaba pesadamente. Aren sentía el acelerado latido de su corazón. Le subió las manos por la espalda. La chica se armó de valor, de ese que no le faltaba para salir a

cazar a los consejeros o para ir hacia su propia muerte, pero del que no tenía a la hora de expresar sus sentimientos. Nada la asustaba más que las heridas que sangraban por dentro.

Se inclinó hacia él y lo besó con una suavidad excepcional. Aren llevó la mano hasta su nuca y el beso se transformó en algo demoledor: tan dulce, tan tierno, tan dolorosamente lento. La cantidad de amor que había en él lo destrozó. A la chica le costaban las palabras, pero sus gestos siempre la delataban.

Sabía a lágrimas y a ella.

Los dedos de Aren acariciaban la piel al borde de la cinturilla de sus pantalones y trazaban círculos distraídos en los huesos de sus caderas. Poco a poco muy poco a poco, comenzó a subir por su barriga y rodeó su ombligo haciéndola encogerse. Una sonrisa satisfecha se dibujó en su boca al oír la respiración entrecortada de ella.

—Veo que tú también me has echado de menos —dijo él con cierta arrogancia.

—¿No te han dicho nunca que callado estás más guapo? —contestó ella con ese tono fingidamente despectivo que usaba para él.

Aren enterró la cabeza en el hueco de su cuello y rio encantado.

—Me alegra ver que todo sigue igual aquí dentro.

La chica se derritió un poquito al sentir la felicidad de Aren. Le acarició el pelo con una mano temblorosa. La fuerza con la que se veía atraída por él era tan incombatible como la gravedad.

Aren la pegó más a él. Quería fundirse con ella, hundirse en la seguridad de sus brazos. El mundo tenía otro color, olor, sabor..., otro tacto cuando estaba con ella. La chica dejó caer la cabeza contra su hombro y se relajó en sus brazos. Se permitió abandonarse un momento a la sensación cálida y confortable que él le hacía sentir. Fue su forma de decirle que ella sentía lo mismo, que lo había echado de menos, que se alegraba de estar allí de nuevo, que también había sufrido como él.

Aren no quiso moverse. Se recreó en la poderosa sensación de recibir su cariño y en cada milésima de segundo de aquel momento.

—Me desarmas —jadeó él.

Ella ni siquiera podía contestar; no tenía aire suficiente en los pulmones para ello.

Pero, de repente, se oyeron voces lejanas: personas que se acercaban por la calle.

La sidh se apartó, recogió su capa del suelo y se la colocó deprisa, ocultando su identidad. Todavía estaba sentada encima de él.

—Deberíamos... —comenzó.

—Todavía no —pidió él.

—Iba a decir que deberíamos ir al invernadero. Aquí no es seguro hablar.

Se puso de pie retrocediendo varios pasos.

Él echó la cabeza hacia atrás y se pasó una mano por el pelo alborotado. Tomó varias bocanadas de aire profundas.

—Puedes abrir los ojos —le dijo la chica.

Aren parpadeó y fijó su intensa mirada en ella, pero solo encontró su boca, donde quedaba el trazo de sus besos. Asintió y una mueca tiró de las comisuras de sus labios en una sonrisa irónica. Todo ese tiempo...

Ella vio un rastro de traición en sus ojos.

—Una parte de mí lo sospechaba —dijo él con voz pastosa y profundamente grave—. Pensaba que me estaba volviendo loco, que el dolor y la desesperación me hacían verte en ella. Pero no. Siempre fuiste tú: Moonlight.

Capítulo 41

Aren no había dicho una palabra en todo el trayecto hasta el invernadero. Ni siquiera la había mirado. Estaban bajo uno de los puentes que cruzaban la densidad selvática. Se oía el crepitar de los pequeños insectos y el ligero frufrú de las plantas meciéndose con la brisa veraniega. El olor era fresco y embriagador; dulce y ácido.

—¿Por qué? —fue lo primero que dijo al cabo de unos minutos.

Lo había sentido: la familiaridad, la sensación de que la conocía y esa extraña atracción. Se había obsesionado con desenmascararla, con descubrir su rostro. Todo tenía sentido ahora. Al verla en las mazmorras del Palacio de Cristal había estado seguro, pero después de verla en el solsticio nada había tenido sentido de nuevo.

—Porque no confiaba en ti —contestó Moonlight. Su voz era un témpano.

Los músculos de la garganta de Aren se apretaron y su nuez se sacudió.

—Me engañaste —susurró ella, y a pesar de que lo había perdonado, había un rastro de dolor en su tono.

Aren asintió, incapaz de mirarla.

—Me gustaría tener una excusa, alguna forma de suavizarlo, pero no. Cuando te conocí, la sospecha de quién eras en realidad hizo que mi mundo se parase. Y no, no fue por los motivos adecuados. —Aren se odió por aquello que iba a confesar, pero tenía que ser sincero—. Vi en ti la posibilidad de demostrarle a mi padre que soy digno, de ganarme su reconocimiento. Dioses, si eras la profecía y yo te entregaba a él...

Moonlight cogió aire. Lo sabía y, a pesar de ello, dolió. Escucharlo de su boca, oír la verdad directamente de él era angustioso. Se sintió terriblemente humillada y traicionada. Algo en su interior se revolvió, rabioso. La ira corrió como un veneno por su sistema.

—Me acerqué a ti con esa intención. Hice todo para que confiases en mí, para conocerte, y lo hice con la idea de traicionarte. —La voz del chico se quebró en pequeñas esquirlas. Se llenó de odio y desprecio hacia sí mismo.

—Fingiste.

Aren cerró los ojos con fuerza al oírla.

—No. Me acerqué a ti queriendo, pero... te encontré, y no me refiero a la profecía: me refiero a ti. Y, por todos los dioses, yo no te esperaba... —Se giró y la miró por fin—. Todo lo que vivimos y compartimos fue real. —Soltó una risa amarga—. Me sobrepasó, me arrasó, me pilló

indefenso. Me quemó... Acercarme a ti me quemó y, aun así, no pude apartarme. Y ha seguido matándome todo este tiempo.

Moonlight desvió la mirada. El aire que entraba en sus pulmones estaba lleno de cuchillas que le arañaban el pecho. Cerró los ojos un segundo mientras sentía las garras de la decepción y la traición arrastrarse por sus huesos. Apretó los dientes con fuerza.

—¿Todo esto ha sido tu venganza por ello? —preguntó Aren.

Moonlight se giró hacia él como un resorte. Vio en su mirada el dolor, la agonía, el miedo...

—No —dijo ella categórica—. Yo solo... —Se apoyó en la pared, necesitó alejarse de él. Se frotó los ojos con las manos. Sentía un peso aplastante en el pecho—. Te lo contaré todo.

Siete meses antes, al despertar, lo primero que sintió fue hielo. Ella no era más que un viento helado, fuerte y descontrolado. Era pura naturaleza indomable. Una ventisca en la medianoche.

Estaba naciendo, se dio cuenta. No su cuerpo, pero sí su mente.

El primer recuerdo que experimentó no fue suyo. Su padre la sostenía en brazos, pequeña, un bebé diminuto de ojos grises cruzados por franjas luminosas no demasiado brillantes y pelo platino. Sus orejas no eran puntiagudas ni tenía marca en la frente.

Finvannah la sostenía con cariño y cuidado con manos manchadas de sangre. La llevaba pegada al pecho y todo su cuerpo parecía emanar protección. Su cara era una máscara de tinieblas y dolor. Su larga melena blanca flotaba en el aire helado.

El bebé lloraba y lloraba angustiado, y él tarareaba una nana. Unos pasos atrás, caminaba una figura envuelta en una capa. Sus pisadas no hacían ruido. Pararon en un pequeño círculo entre árboles y Finvannah le entregó el bebé a su compañero. Se cortó la palma de la mano y dibujó una espiral en la nieve con su sangre.

—Colócala en el centro, Lebhar —pidió Finvannah.

Él dudó un momento con el bebé llorando en sus brazos.

—¿Estás seguro?

—No seré un buen padre para ella ni seré un buen rey. Tampoco seré una buena persona. Ahora mismo, solo deseo quemar todo ese mundo hasta reducirlo a cenizas. Aine no deseaba eso para ella. —Miró a su hija con los ojos llenos de lágrimas que se negaba a derramar—. Ella quería que fuese feliz, que sintiese amor. Pero yo ya no creo en eso. No tengo fe en este mundo. No tengo fe en nadie, ni siquiera en mí mismo. Ella lo cambiará todo algún día, Lebhar. Ella será mejor de lo que yo fui. Y yo le daré todas las herramientas para conseguirlo.

Lebhar asintió y colocó al bebé sobre la fría nieve. Acababan de sacarla del vientre de su madre, que había conseguido verla antes de espirar su último aliento.

La niña levantó los brazos y observó con sus enormes ojitos a los dos hombres. Dejó de llorar.

—Sella su poder. Hazles creer a todos que ha muerto. Escóndela. Su destino está marcado, cuando llegue la hora encontrará el camino de vuelta. Y, entonces, localízala y ayúdala. Eres lo

único que le queda.

—Te lo juro por Luna madre de todo lo mágico y por las estrellas de las que somos hijos: cumpliré tu voluntad y la suya cuando volvamos a encontrarnos. La cuidaré como si fuese mi hija.

Finvannah pronunció un conjuro en lengua antigua y la espiral se iluminó. La nieve se levantó a su alrededor y el aire giró en un vórtice que lo cubrió todo. Después, dio un paso dentro del círculo mientras seguía declamando el hechizo.

Lebhar los perdió de vista y cerró los ojos con dolor.

—Nos vemos en las estrellas —murmuró a modo de despedida.

Finvannah se agachó al lado de su hija y le cogió la manita.

—Viviré dentro de ti, Wynd, mi luz de luna. Mi alma y la tuya estarán ligadas para siempre.

Ese fue su primer y único recuerdo: un mapa para encontrar la verdad una vez que volviese a renacer. Al principio, todo lo demás había estado en blanco. Sus veinte años anteriores se habían esfumado. Esos primeros días, la fuerza de su poder había sido devastadora e incontrolable. Había pasado semanas enferma, con fiebres delirantes y pesadillas que eran retazos de su vida anterior.

Axel había acudido cada día a observarla junto con su madre. Le hacía preguntas que ella no sabía responder. Fue entonces cuando el muchacho se dio cuenta de que Wynd había perdido sus recuerdos.

Y ella solo podía concentrarse en un rostro, en un nombre. En la única pieza que le habían entregado para desentrañarlo todo.

Axel comenzó a tejer su telaraña de mentiras. Era hábil: solo tergiversaba la verdad un poco, lo justo para que si sus recuerdos comenzaban a volver ella lo siguiese creyendo.

Le contó que era una humana que se había colado en las pruebas de los rhydra. Allí había conocido a Aren, el heredero. En cuanto pronunció su nombre, Wynd supo a qué rostro de sus pesadillas pertenecía. Sus profundos ojos azules la perseguían.

Le habló de una profecía, de un mensaje que se había tallado en el cosmos el día que el rey murió. Un destino maldito que hablaba de una ventisca de medianoche, de dos naturalezas salvajes que se unirían y restaurarían el equilibrio perdido. Solo los tres generales sabían que Finvannah y Aine se referían a su hija como «Ventisca», aunque pensaban que la niña había muerto la noche de la Gran Guerra.

También le explicó que Aren había sospechado de ella en cuanto vio el sello de poder en su ojo. Del mismo modo que Axel. El heredero, después, informó a su padre y trazó un plan para acercarse a ella y engañarla. Se aseguró de ganarse su confianza y de que llegase viva al final de las pruebas. El dolor que Wynd había sentido al oírlo había sido indescriptible; el peor que había experimentado nunca, y su cuerpo recordaba.

—Aeris mató a tu madre porque era humana y porque había hecho cambiar al gran rey. Y luego traicionó a su mejor amigo matándolo también a él. Alguien debió de rescatarte del cuerpo

de tu madre y ponerte a salvo.

Esa fue la mentira que delató a Axel. Nadie había matado a Finvannah. Wynd pensó que o mentía o vivía engañado, pero no lo sacó de su error. En cuanto fue capaz de dominar su cuerpo y su poder, decidió comenzar con lo que hacía veinte años su padre había preparado para ella.

Lebhar. Tenía su nombre asociado a una biblioteca. Y gracias a las historias de Axel, supo que era la de la Academia. Esa fue la primera vez que se escapó. Se oscureció el pelo con las cenizas de la chimenea y se cubrió con una de las telas de su habitación.

Les ocultó a Axel y a Grianan sus progresos. Solo confiaba en aquel hombre que había ayudado a su padre. Se escabulló por la ventana de su habitación de madrugada y bajó la enorme torre con absoluta comodidad. E incluso se sorprendió de que no hubiese conjuros para retenerla. Más tarde, gracias a Aren, averiguó que el juramento que habían hecho ambos obligaba a Axel a dejarla libre.

Aquella noche, una enorme tormenta de nieve azotaba Oed. Tuvo que preguntar a varias personas hasta que dio con la Academia. Las puertas se abrieron para ella, pues la Academia siempre lo hacía para los rhydra y ella había pasado las pruebas. Era tan tarde que no se encontró con nadie en los pasillos. El lugar le resultaba familiar —la atmósfera, la esencia—, y sus instintos se sintieron calmados al pisar aquel suelo de mármol pulido. Así que simplemente dejó que la intuición la guiara. Puede que no recordase conscientemente, pero sabía que en alguna parte de su subconsciente estaban encerrados todos sus años anteriores.

Supo que había llegado a la biblioteca en cuanto vio la puerta.

Los recuerdos se agolparon en su mente cuando estuvo sobre el círculo central. La primera vez que lo pisó fue tras la prueba inicial.

Se vio a sí misma recorriendo aquellos pasillos, descubriendo la pequeña salita con el sofá... Y a Axel leyendo un libro para ella. Esa biblioteca había sido su refugio. Los pies la condujeron solos hasta su lugar especial. Entonces, las rodillas se le doblaron y cayó al suelo.

Recordaba a Aren allí, una carrera frenética por los pasillos, un libro...

Sintió un enorme vacío en el pecho. Un anhelo tan profundo que le robó el aliento. Se notó el rostro húmedo.

—Bienvenida —dijo una voz junto a ella, una voz que era como hojas secas.

Wynd se estremeció y levantó la mirada hacia Lebhar. «Soy esta biblioteca», le había dicho la primera vez que se habían visto. Estaba distinto al recuerdo de su padre.

Lebhar la sacó de la Academia, pues no era un lugar seguro. La llevó hasta un piso en el distrito cinco. Y allí le relató todo lo que sabía:

—La noche de la Gran Guerra, no fue tal. Finvannah pensaba acabar con los devoradores de almas, eran una vergüenza para él, para todos los *faeries* y sidh. Había comprendido que su ambición terminaría por destruirnos, y él ya no deseaba más guerra. Quería paz. Quería un mundo donde tú pudieras crecer libre y Aine fuese feliz. Ella lo cambió.

»La colina hueca era una fortaleza, un lugar protegido al que solo los de sangre *faerie* podían

acceder. Las protecciones hacen imposible usar portales. Era el lugar más seguro de todo Abscondita, rodeado de los suyos. Finvannah bajó la guardia.

»Aeris y Grianan culpaban a tu madre de su cambio: habían llevado humanos allí para experimentar, y tu padre se enamoró de tu madre. —No quiso entrar en detalles específicos, contarlo todo le tomaría horas—. Alguien quitó los hechizos de protección, creó una brecha en las defensas y abrió un portal para que los devoradores entrasen; de noche y a traición. Tu padre dejó a tu madre en su habitación. Estaba a un par de semanas de dar a luz. Nos convocó a los tres y le pidió a Grianan que se quedase protegiendo a tu madre, a Axel, a Dariela y a Aren.

»Fue una masacre. Cientos de *faeries* murieron esa noche.

Wynd le relató a Lebhar el recuerdo que su padre le había mostrado. El bibliotecario rememoró aquella fatídica noche. Unos minutos después de que Finvannah entrase en la espiral, la luz se apagó y el vórtice se deshizo. La nieve volvió a caer al suelo y el viento cesó. Solo quedaban ella y el suelo quemado que la sangre de Finvannah había pintado. El cuerpo del rey se había desvanecido en partículas que habían volado mezcladas con la ventisca, y su alma ahora formaba parte de la de ella.

Lebhar se había agachado junto al bebé. Sus ojos brillaban con más intensidad, sus orejas eran ligeramente puntiagudas y en la frente tenía una marca de medialuna. Ahora tenía el poder del gran rey dentro. Dos almas en una. El tercer general no había podido evitar llorar al levantar una mano sobre su cabecita. Así, trazó un círculo susurrando el conjuro que la dejaría siendo solo un cuarto de alma.

La pequeña Wynd lloraba incesantemente.

La mano de Lebhar comenzó a consumirse mientras pronunciaba el hechizo. Su piel se secó y tornó gris. Contener un poder como aquel tenía un alto precio y, aun así, él no había dudado ni un segundo. Poco a poco, un anillo comenzó a dibujarse en el ojo izquierdo de la niña, mientras sus rasgos sidh desaparecían. Después, la había tomado en brazos y la había ocultado bajo su capa, pues el frío la mataría ahora que era frágil. Viviría solo con esa pequeña fracción de alma humana que su madre le había proporcionado.

La dejó en una aldea de humanos cerca de Oed con una nota:

Wynd significa ventisca de nieve blanca. Algún día esta niña será tan fuerte e imparable como su nombre.

—Sabía que un día aparecerías, tu verdadero ser te llamaría y te guiaría hasta mí. Así que me quedé como líder de los dhoga, esperando a que ese momento llegase —dijo Lebhar—. Por eso pasabas tanto tiempo en la biblioteca, porque ese lugar está ligado a mí. No te perdí de vista desde la primera vez que te vi. Intenté ayudarte en todo lo que pude sin que lo notases. La noche de tu muerte, te seguí hasta el bosque. Yo mismo habría roto el sello, pero Aren llegó primero...

Capítulo 42

Aquella también fue la noche en que nació Moonlight.

Lebhar le había hablado sobre las pruebas, sobre quiénes eran Aren, Cordelia y Blue.

—Le querías —le explicó—. También a los otros dos, pero no de la misma forma. El hijo de Aeris era especial.

Los vagos recuerdos que despertaba aquel nombre tenían el sabor amargo de la mentira y la traición. Los sentía como veneno en su alma y avivaban el fuego de un odio candente que clamaba venganza y sangre. La rabia la cegaba tanto que ocupaba casi todos sus pensamientos.

Había establecido con Lebhar que se mantendría infiltrada para averiguar qué planeaban Axel y su madre. Conocer sus secretos y puntos débiles. Necesitaba la verdad de lo que había ocurrido la noche de la Gran Guerra.

Lebhar la había entrenado. La ayudó a desarrollar su poder y a manejarlo.

Cuando Wynd consiguió dominarlo, creó el hechizo de las cuchillas especialmente para cazar a los consejeros. Nadie debía verla, nadie debía sospechar que seguía viva, así que confeccionó la capa con el velo para llevar a cabo la primera fase de su plan: acabar con los consejeros para desestabilizar al Deirnas y a su corte y, de este modo, generar aún más desconfianza entre este y Grianan. Su enemistad llegaría al límite.

—Aeris pensará que los rhydra están detrás —le había dicho Lebhar—. Irá a por ellos.

Y esa era la segunda fase del plan: la guerra. Que ambos, Grianan y Aeris, se destruyesen, que viesen cómo todo por lo que habían luchado, todo lo que anhelaban, quedaba reducido a cenizas.

Esa era su venganza. El destino que su padre había escrito para ella. La profecía que Aeris tanto había temido se cumpliría.

Ninguno de los dos se había movido. Los separaban varios pasos y cada centímetro dolía.

—Estaba dispuesta a matarte —afirmó Moonlight sin remordimientos—. Lebhar no tenía claro qué había ocurrido la noche de mi muerte. Y yo sabía que era cierto: que te acercaste a mí porque sospechabas quién era. Recordé el momento exacto en que lo averiguaste: aquel día en la biblioteca cuando el libro familiar me cayó encima.

Por supuesto, fue Lebhar quien lo había hecho caer y el que había debilitado el sello de poder lo suficiente como para permitir que viese la página.

Aren deseaba ver su expresión. Detestaba la idea de no poder mirarla a los ojos. Entendía por

qué lo hacía: por el mismo motivo por el que no le había permitido decir su nombre en el callejón. Era una solución inteligente, astuta, como ella. El juramento con Axel decía que no podía ver a Wynd. Y técnicamente no la «veía». Wynd había encontrado la forma de sortear la magia que ataban sus palabras.

—No es sencillo... —Apretó los dientes enfadada—. Me mata pensar que me engañaste, que me manipulaste. Odio pensar que fue mentira. —Su voz tembló llena de rabia—. Duele —dijo llevándose una mano al pecho—. Quería causarte el mayor dolor posible, quería matarte por hacerme sentir así, pero Lebhar me pidió que fuese cauta, porque nuestro plan solo concernía a Aeris y Grianan. No solo por mí y por mis padres: ellos eran amigos de Lebhar y lo habían traicionado a él también. Así que le debo hacer las cosas bien. Me tomé una pócima para cambiar la voz y que no me reconocieses. Huía de ti para controlar mis ganas de acabar contigo, pero, sin embargo... Maldita sea, Aren, Nana me avisó de que el amor me destrozaría y, aun así, no estaba preparada...

Los ojos azules del heredero brillaron como quebrados en trocitos. Sus labios dibujaron un «Wynd» sin sonido.

—Entonces, aquella noche, cuando yo trataba de cazar a Puzav, escuché... tu voz. Y lo recordé todo, hasta el último detalle. —La mandíbula de la chica estaba tan apretada que un músculo le palpitaba. Su voz sonaba gruesa; la furia se filtraba en cada sílaba.

—Por eso llorabas... —susurró Aren.

Los hombros de Moonlight se movieron incómodos.

—No podía concentrarme. Los recuerdos llegaron como un torrente. Mi cabeza era un caudal desbordándose.

Aren asintió.

—¿Por eso me sugeriste aliarnos?

—No supe lo del juramento hasta que me lo contaste. No tenías por qué mentirme a mí, a Moonlight.

La mirada de Aren se endureció: sus ojos brillaron fríos y afilados como el hielo.

—¿Por qué no me dijiste la verdad entonces?

—¡Porque no te había perdonado! —exclamó ella casi en un rugido. Cogió aire—. No sabía si podía confiar en ti. Si elegirías a tu padre. —Escupió la palabra como si fuese ácido—. No podía... No iba a correr el riesgo —afirmó.

Aren pegó la espalda a uno de los pilares del puente y la miró durante unos segundos sin decir nada. Sus ojos eran fríos y distantes.

—Te veía en Moonlight. En su forma de moverse, en sus palabras, en su... Y pensaba que me estaba volviendo loco, porque... parecía imposible.

Le temblaban los dedos. Ella captó ese ligero temblor y lo tenso que estaba su pecho.

—Te elegí. Tienes que saberlo. Al final te elegí a ti y no me he arrepentido ni un segundo.

Moonlight apartó la mirada de él. Estaba herida y no era de las que perdonaban fácilmente,

pero, aun así, no podía luchar contra lo que él le hacía sentir. Una parte de ella todavía deseaba matarlo por lo que había hecho, pero otra... Otra se estaba muriendo con cada centímetro que los separaba, y no en el plano físico, sino en el emocional.

Así que luchó contra sus demonios, contra esa parte de su naturaleza.

—Ahora lo sé —admitió—. Pero quebraste mi confianza y no es algo que entregue con facilidad. Necesitaba estar segura. Tenía miedo, estaba aterrada de que saliese mal. Esa es la verdad. —Moonlight nunca había sido tan sincera y transparente, y cada palabra dolió—. Te perdoné en el Kraj porque entraste a por mí, como me habías prometido. Ahí lo supe.

Dio un paso hacia él y luego otro y otro hasta que estuvo a su lado. Aquello le costó toda su fuerza, toda su valentía. El amor asustaba y se dio cuenta de que la felicidad que le proporcionaba era igual de fuerte que el miedo que le producía.

Pero ella siempre odió ser cobarde.

El amor era luz y oscuridad. La bestia más temible de todas a las que se había enfrentado jamás.

Aren le pasó el pulgar por el rostro atrapando una lágrima que caía hacia la comisura de su boca. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que la había derramado. Moonlight despegó los labios y tomó una bocanada de aire temblorosa.

—No volveré a perderte nunca —susurró la voz de Aren: baja, grave y áspera—. Es una promesa.

Moonlight asintió. Un escalofrío de placer la recorrió de punta a punta. Seguía siendo su sonido favorito en el mundo.

Capítulo 43

Aren jugaba con la mano de Moonlight de forma distraída. Cada roce de sus dedos hacía que le hormiguease la piel hasta llenársele de electricidad. Era la única parte de sus cuerpos que se tocaba.

—Cumpliste tu promesa —dijo él—. Me reuniste con ella.

Moonlight sonrió mostrando sus colmillos puntiagudos. Era una listilla astuta y maquiavélica, y eso lo había conquistado desde el principio.

—Pero sigue siendo peligroso. Estamos moviéndonos en una línea muy fina y desconocida. No puedo verte.

Moonlight se tiró ligeramente del velo.

—Está controlado. La noche del solsticio, Axel me puso delante de ti para ver si aquello, que me reconocieras, rompía el juramento. Pero yo llevaba un antifaz. —Cogió aire—. Fue la prueba definitiva. Axel me estuvo observando toda la noche, esperando a ver si algo cambiaba entre nosotros. Se enfadó al ver que no surtía efecto, que su idea no había dado resultado. Creo que su único consuelo fue que te hizo daño. Aun así, es mejor que sigamos utilizando la identidad de Moonlight, por si acaso.

Los ojos de Aren llameaban iracundos. Sus hombros se tensaron. Si hubiese salido como Axel planeaba... El miedo se filtró en sus terminaciones nerviosas.

—Debemos tener cuidado. No pienso permitir que tu voluntad se ligue a Axel. Siento haberte entregado a él, Grianan fue la única opción que se me ocurrió...

—Yo no —respondió ella. Aren curvó la ceja partida—. Axel trama algo, tiene un plan; lo sé. Algo que quiere llevar a cabo en Kaebhar, y estoy en una posición privilegiada para averiguarlo.

—Y peligrosa: si Grianan o él sospechan algo, no van a dudar en matarte.

—Axel me necesita. Necesita mi poder; no sé para qué exactamente, pero sé que me quiere con vida.

Moonlight dudó. Había una parte de ella que entendía la motivación de Axel, otra que se horrorizaba por comprenderlo y otra que admiraba su determinación. Veía en sus ojos, en su tono y en su pasión que estaba seguro de estar haciendo lo que creía mejor.

¿Pensaría Aren que estaba loca si se lo confesaba? ¿La miraría como el monstruo que a veces se sentía? En ocasiones, experimentaba una falta total de empatía por el resto. Y esa sensación le dejaba un vacío enorme en el pecho.

Sin embargo, peleaba contra ello. La asustaba darse cuenta de que era una mala persona.

Mirarse un día por dentro y encontrar que se asemejaba a quienes tanto deseaba destruir. Antes no era más que alguien que había tenido que sobrevivir en un mundo adverso, un animal salvaje que se aferra a la vida. Pero... ¿y ahora? Temía que los demás viesen esa parte de su alma, esa mancha oscura, y que la considerasen despreciable.

Estuvo a punto de hablarle de todo aquello a Aren, pero, al mirarlo a los ojos, el corazón se le encogió ante la idea de que...

«Harás cualquier cosa por conservar el amor. Traicionar, e incluso morir. No hay nada más temerario que el amor. Cuídate de él», susurró la voz de Nana en su cabeza.

A veces recordaba fragmentos de conversaciones con ella. Escapaban del baúl de sus memorias perdidas y flotaban hacia la superficie.

—Voy a buscar una forma de romper ese maldito juramento y, entonces, seremos libres. No habrá ninguna ventaja de Axel sobre nosotros. Le gusta ir dos pasos por delante: tardé años en darme cuenta de ese juego.

En sus palabras, había un toque afilado y frío, una calma que hizo estremecerse a Moonlight.

Recordó el apodo que le había dado Blue: «El príncipe oscuro».

—Él cuenta con que yo jamás iré a buscarte, y más ahora que en teoría pienso que me has olvidado. Cree que me ha derrotado por completo. Vamos a cambiar eso, y entonces, le haremos jugar con sus propias reglas.

Moonlight sonrió mientras lo observaba. Los remolinos debían de haber trazado el camino de su vida para llevarla hasta él y que pudiese vivir ese momento; sentir esa emoción que ninguna palabra podía atrapar, dar forma o significado racional.

Aren la miró fascinado. Siempre le había gustado hacerla sonreír y, a pesar de que no podía ver su expresión al completo, solo su boca, recordó cómo se le arrugaba ligeramente la nariz, se le estrechaban los ojos y sus pecas parecían encenderse.

Cerró los ojos y apoyó la frente en la de ella. Llevó una mano hasta su nuca, le acarició la curva del cuello y acunó su cara. Moonlight se movió casi sin notarlo. Sus labios se abrieron para coger aire y sus alientos se mezclaron. Cerró los ojos sintiendo cómo le temblaban los huesos. El corazón le latía acelerado y la anticipación le quemaba en las venas.

Ninguno cubrió el centímetro que separaba sus bocas. Simplemente se empaparon de la cercanía del otro. Del dolor y el placer de tenerse otra vez. De la euforia y el terror. De la felicidad y el vértigo.

La tensión era palpable, respirable, densa y abrumadora, tanto que podían sentirla como una descarga en la piel.

—Quiero besarte, me muero por hacerlo, pero... —dijo Aren sin aliento.

Moonlight se estremeció. Todas aquellas sensaciones y emociones: amor, deseo, anhelo, necesidad... eran nuevas para ella.

—Es peligroso —reconoció ella con un hilo de voz.

Notó cómo Aren asentía, aunque seguía teniendo los ojos cerrados.

—Tenemos que encontrar cómo destruir ese juramento. Con urgencia.

Capítulo 44

Aren se sentía torpe y distraído. Su mente se había quedado en el invernadero y en ella. Daba igual cuántos pasos hubiese dado para alejarse de allí: su cuerpo era el único que había avanzado.

Por primera vez, la oscuridad dentro de su cabeza parecía calmada y apacible. Una suave noche de verano plagada de estrellas.

Como le había prometido a Thorn, bajó hacia las mazmorras de la Academia.

Estaba perdido en sus pensamientos, pero notó al instante la presencia de alguien detrás de él. Se puso en guardia, a pesar de mantener una fachada despreocupada y relajada.

—Ha pasado tiempo —saludó Aren—, Grianan.

—Desde que destruiste mi jardín trasero.

—Es curioso verte por aquí.

—Bueno, dirijo toda esta institución.

Aren asintió. Grianan y Axel se parecían mucho físicamente, menos en los últimos meses en los que él había comenzado a cambiar. Parecía estar consumiéndose, mientras que ella seguía radiante, espectacular y severa. Sin embargo, las personalidades de ambos eran muy diferentes. Axel era bueno fingiendo emociones, pero Aren lo conocía bien y sabía que carecía de ellas. Su madre, por otro lado, las tenía; las dominaba, pero estaban ahí, detrás de sus ojos.

Grianan lo estudió en silencio. Sus ojos: los de un águila al acecho.

—Te pareces a tu madre —declaró. Aren se sobresaltó. Nadie le decía nunca que se pareciese a ella. Todo el mundo hablaba del gran parecido que tenía con su padre—. Tu padre es un ser despreciable que nunca la quiso y que se casó con ella para ganarse un respeto que de todas formas no consiguió... —Sonrió algo triste con la idea—. Aeris es mezquino y simple a veces. Es una maldición que tenéis los hombres; os dejáis llevar, sois presa de vuestras emociones más primarias. Las mujeres sabemos cómo llevar a cabo una venganza. A veces ni siquiera tiene que importarte el hecho de vengarte, y ese es el propio resarcimiento: avanzar.

—Muy enriquecedor todo esto. ¿Quieres que tome notas? ¿Entra en los exámenes para la graduación?

Grianan no perdió la paciencia ni se molestó por la impertinencia de Aren.

—Aeris nos va a arrastrar a la destrucción porque está ciego de rabia. Deberías hacer algo.

—¿Yo? —rio Aren—. No conoces a mi padre si piensas que yo puedo influir en sus decisiones.

—No tienes que influir con la palabra. Influye en nuestro reino librándolo de él.

Aren estuvo a punto de resoplar pensando que bromeaba, pero no lo hacía. Grianan hablaba en serio.

—Hace poco me contó que te amaba, que jamás había estado enamorado de mi madre, que fuiste un veneno para él. Es gracioso que hayáis pasado todos estos años tratando de destruiros cuando hace mucho que lo conseguisteis.

Grianan cogió aire.

Durante sus años de niñez y juventud en la colina hueca, solo habían existido dos personas para ella: Devon y Lebhar. El último era como un hermano mayor. El primero, la persona con la que esperaba unir su alma algún día. Devon era un guerrero increíble y destacado. Un *faerie* de buen linaje, altísimo, corpulento y de larga melena rubia tostada.

Ella lo era todo para él. Y él lo había sido todo para ella, hasta que Finvannah y su primer general la encontraron. Grianan tenía un poder curativo único. Era fuerte, inteligente y sobresaliente en el manejo de su magia.

Estar con Finvannah y Aeris lo cambió todo. En cuanto escuchó al rey hablar, en cuanto vio el brillo de convencimiento en sus ojos, supo que eso era lo que llevaba toda la vida esperando. Gloria: un camino que debía seguir. Ella no estaba destinada a casarse y vivir una vida acomodada y ociosa sin más. Ella estaba destinada a hacer grandes cosas. Nunca estaría a la sombra de nadie.

Grianan tuvo una fe ciega en los propósitos de conquista y expansión de Finvannah desde el principio. Tenía claro que haría cualquier cosa por él. Ellos eran la clase de personas de las que las leyendas hablarían en milenios. La atracción que había sentido por Devon quedó en un atisbo de cariño al lado de la fulminante sensación, de la electricidad, de la pulsión y pasión que le provocaba la idea de formar parte de aquel grupo: la segunda general de Finvannah.

Devon era fuerte y un buen estratega, pero eso solo lo convertía en un soldado valioso, nada más. Su cariño por él no empañó su juicio. Sin embargo, no pudo separarse de Lebhar. Él era la persona más inteligente y válida que había conocido nunca. En cuanto se lo presentó a Finvannah y a Aeris, estuvieron de acuerdo con que debía unirse a ellos.

Le rompió el corazón a Devon. Le hizo daño. Él, que había estado siempre enamorado de ella, estuvo dispuesto a esperarla hasta que volviese de su exploración. Pero ella ya no quería lo mismo. Aquella vida que un día había imaginado con él ya no era nada. Su destino era otro. Así que terminó con él.

Cuando se marcharon, la distancia, las adversidades, la gloria, el triunfo... Nunca vivió más plenamente que durante esos años recorriendo el mundo con ellos tres.

Aeris se enamoró de Grianan. Y ella acabó haciéndolo de él. Amaba y admiraba la ambición del primer general; su mente retorcida y despiadada. Sabía que Aeris era el hombre más poderoso que podría encontrar jamás. Finvannah estaba fuera de los límites, pues era su rey, alguien destinado a los dioses. Grianan jamás lo consideró mortal en ese sentido.

Aeris estaba absolutamente loco por ella. Grianan era el sol para él. Era frío, excepto con ella.

Distante, excepto con ella. Reservado e incluso antipático a veces, excepto con ella.

Y ese poder... Grianan amó el poder que tenía sobre él por encima de todo.

Miró a Aren.

Lo que más le dolía, todavía entonces, era que Aeris había roto lo que ella más amaba: la imagen idílica que tenía de él. Pasó de tenerlo en un pedestal a verlo como a alguien cobarde que la cambió por otra a la que ni siquiera amaba. Pero lo peor fue que no tuvo el coraje necesario para decírselo: él había esperado a que Grianan diese el paso de dejarlo. Ella despreciaba aquella bajeza. No era odio lo que sentía, sino asco.

Aren la miró y torció la boca en una sonrisa sarcástica.

—¿Alguna vez os ha pesado hacer a vuestros hijos tan desgraciados como vosotros? ¿Os habéis percatado de vuestra soledad, de vuestra infelicidad? Es curioso que ambos seáis el reflejo del otro, ¿no? Como si sufrieseis la misma maldición.

Grianan se tensó y lo miró con ojos llameantes.

—Tú no sabes nada de lo que es vivir en este mundo.

Aren se encogió de hombros.

—Puede que no, pero ¿y tú sí? Creo que mi padre y tú lleváis veinte años muertos.

Grianan apretó la mandíbula y encajó el golpe.

Capítulo 45

Cordelia permanecía en un silencio sepulcral. Había perdido la noción del tiempo. Llevaban días en esas celdas oscuras donde la luz no penetraba y el aire era denso y pesado. La espera y la incertidumbre eran una tortura en sí mismas. La ansiedad le aplastaba el corazón.

Nunca se había sentido así, ni siquiera en las pruebas.

La libertad era algo que había dado siempre por hecho. Jamás la había valorado como algo tangible. Era algo implícito en su condición de sidh. Hasta ese momento, no se dio cuenta de que nada importaba si no era libre. La perspectiva de pasarse la eternidad encerrada la hacía sentir que perdía su condición de persona.

Blue solo podía intuir el lugar donde Cordelia se pegaba a la pared por el sonido de su respiración.

—Están tardando en trasladarnos para quebrarnos —le explicó—. Saben que será más fácil hacernos hablar cuando nuestra moral esté más baja.

—Solo quiero volver a casa. Echo de menos a mis padres. Echo de menos Róbulo. Solo quiero volver a casa... —repitió Cordelia.

—¿Y tu amigo Iver?

—¿Qué puedo hacer yo por él? Solo soy... yo.

—Tú eres una persona magnífica, ojos verdes.

Cordelia no tenía lágrimas. Estaba seca, pero, si le hubiesen quedado, habría llorado de terror.

—No. Yo solo soy una chica de una ciudad tranquila del norte. ¿Qué podría hacer yo para cambiar un sistema, para enfrentarme a algo que es más grande y poderoso? Yo no soy nadie. Debería haber escuchado a Sibhon cuando me lo advirtió.

Blue comenzó a impacientarse.

—Es porque todos piensan como tú que nada cambia. Ya verás: llegará un día en que la gente se haga la sorprendida cuando nuestro sistema colapse y falle, cuando las guerras los maten y pierdan lo que siempre habían dado por hecho. Ese día se preguntarán mirando el caos: «¿Qué hemos hecho mal? ¿Cómo hemos llegado aquí?». Y buscarán otros culpables cuando en realidad siempre han sido ellos mismos.

—¿Qué estás diciendo?

—La verdad. Y tú sabes que lo es. Estás enfadada con Wynd porque no nos contó la verdad, pero tú no habrías sabido aceptarla, ahora lo veo. Te da miedo lo que ella representa: una persona dispuesta a morir y a perder por luchar, por defender en lo que cree. Las personas como Wynd

son las que más asustan tanto al sistema como a los que se escudan en él. Ven en ellas lo que no son ni serán.

—Blue..., eso no es... Yo... Hasta traicioné a Thorn.

—Exacto, te subestimas siempre, Cordelia. No te vengas abajo a la primera de cambio: es tu cabeza la que te está diciendo que no puedes y que no lo soportarás, pero en realidad sí puedes.

Ambos se callaron cuando oyeron pasos acercándose. Los guardas venían una vez al día a traerles algo de agua y pan seco. Las horas y los minutos habían perdido el sentido para ellos y se alargaban como días enteros, pero por el estado de sus estómagos sabían que era pronto para que apareciesen.

Se tensaron.

—Estoy en misión oficial, me manda el grandullón —dijo una voz despreocupada y sarcástica.

—¿Qué grandullón? —preguntó otro que debía de ser el guardia.

—Thorn.

Cordelia se irguió al oír el nombre.

Un candelabro iluminó el pasillo y tanto Cordelia como Blue se acercaron a los barrotes conteniendo la respiración. El rostro de Aren era un mosaico de sombras que le daban un aspecto terrorífico.

Apretó los dientes al observar a los detenidos. Aquello era malo.

—¿Qué habéis hecho? —interpeló.

Cordelia y Blue se miraron.

—Nos colamos en el tercer piso del Archivo —comenzó Blue—. Estábamos buscando información sobre...

Aren cerró los ojos con fuerza y se pasó una mano por el pelo mientras cogía aire.

—No podemos decírtelo. Si lo oyes, quizá tú también... —intervino Cordelia.

La mirada de Blue se agudizó. Frunció el ceño y sus ojos se llenaron de sospecha.

—Estoy seguro de que él ya sabe la verdad. Es el heredero.

Aren se tensó ante la mención del título. El tono de Blue y su expresión lo hirieron, pero no dejó que lo notaran. Relajó los hombros y curvó una de las comisuras de la boca.

—El heredero sabe muchas cosas, tendrás que especificarme el qué.

—Lo que esconden las pruebas y cómo crearon a los sidh —susurró ella muy bajito.

Aren frunció el ceño.

—¿Por qué fuisteis al tercer piso? ¿Qué estáis tramando?

Blue permaneció en silencio. Era a Cordelia a la que le correspondía contarlo. Ella dudó. Aren sabía que en ese momento no lo miraban como a su amigo, como a su compañero; ahora era el hijo del Deirnas. Durante toda su vida había sido así. Cuando su privilegio había sido algo beneficioso, todos le habían querido a su lado y, cuando ese factor incomodaba, todos se marchaban.

Al final, él no era más que la suma de sus circunstancias. Para la mayoría nunca podría ser solo Aren: pesaba más el resto. Excepto para Wynd. El corazón se le apretó en el pecho. Wynd había ido quitando capa a capa todo lo que le cubría hasta dar simplemente con él y, por supuesto, no había podido impedírselo. Tampoco había querido. Se volvía vulnerable para ella.

Wynd, al contrario que los demás, había amado cada capa, pero, sobre todo, había amado lo que se escondía tras ellas.

Aren dio un paso atrás.

—Thorn me mandó aquí sin decirme que erais vosotros los que estabais encerrados. He venido porque le debo un favor. Supongo que pensó que podría ayudaros. Al fin y al cabo, soy el heredero: lo sé todo y lo puedo todo. —Su voz estaba teñida de sarcasmo—. La pregunta es: ¿confiamos en mí para usar mis privilegios o desconfiamos de mí por ellos...? —Se llevó una mano a la barbilla y lo pensó—. ¿Puede ayudar a librarnos de la condena o puede que si le confiamos lo que planeamos nos traicione? Difícil decisión —siguió comentando con una triste sonrisa irónica, como si les diese voz a los pensamientos de ambos.

A Cordelia se le llenaron los ojos de lágrimas y la garganta se le cerró, ahogada de dolor.

—Yo...

Aren resopló y otra falsa sonrisa asomó a su rostro.

—Es difícil, ¿verdad? Decidir si alguien es bueno o malo. Tenéis un problema, porque la mayoría son las dos cosas. Sí, sé lo que pasa en las pruebas, sé lo que ocurre en Kaebhar. Pero esa no era la pregunta que teníais que hacer.

La confesión hizo estremecer a Cordelia.

—Que lo supieras y lo hayas permitido y que no lo contases... Jugaste con ventaja —dijo Blue —. Eso ya es suficiente; no necesito más.

—¿Alguna vez he presumido de ser la mejor persona? No. Sé lo que soy. Lo sé sin que me mires de esa forma. Cada uno juega con las cartas que tiene. Solo yo conozco todas las mías. ¿Nos has mostrado todas las tuyas, Blue? —El mestizo apretó la mandíbula y apartó los ojos de Aren—. Siento si creíais que yo era perfecto y poseía un corazón de oro bondadoso. No es verdad y nunca he pretendido que lo creyeseis. En mi vida hay mucha porquería. —Se encogió de hombros—. Quizás es que no me conocéis nada.

—¿Has fingido todo este tiempo...? ¿Fingiste también con ella? —preguntó Cordelia.

Aren dio otro paso atrás, apartó la mirada de los ojos verdes de Cordelia y sonrió.

—Sí. Hay una cosa más que no os he contado. Wynd dejó una carta de despedida cuando se marchó, una en la que hablaba de lo que significabais para ella. Me la quedé solo para mí.

—¿Por qué?

Aren miró a Cordelia.

—Porque también decía lo que sentía por mí, y quería que fuese solo nuestro.

—Los de tu clase están acostumbrados a tomar y tomar; no les gustar compartir, ¿eh? —dijo Blue.

Aren tragó y rio.

—Supongo que a ella también la odiáis, ¿no? Porque ocultaba cosas, porque no era perfecta e inmaculada. —Cordelia dio un respingo—. ¿Esas manchas tapan todo lo demás? —Ninguno de los dos dijo nada. Cordelia se mordía el labio y se miraba las manos, que le temblaban—. Me marcho. Está claro que no queréis la ayuda de alguien de mi «clase».

Aren se fue con paso aparentemente tranquilo. Blue lo observó hasta que la luz desapareció y solo quedó oscuridad.

Capítulo 46

Wynd había ido a ver a Lebhar para contarle todo.

Él casi nunca estaba en casa, pero llevaba días esperando su visita.

Wynd había estado muy ocupada buscando a Aren por toda la ciudad tras el solsticio, preocupada porque su padre lo hubiese encerrado, y movida por la necesidad de aclarar las cosas.

Así que cuando ella trazó su señal sobre la puerta a modo de contraseña, Lebhar se precipitó a abrirla.

—Lo siento —susurró ella.

—No debiste hacerlo.

—Habría muerto. —Fue todo lo que dijo Wynd.

Lebhar intuyó la congoja en su tono. Era fría como el hielo por fuera y una llama cálida por dentro. Tenía el corazón de sus padres.

Wynd se sentó en el sofá de piel, el único punto de la habitación donde la luz exterior entraba directamente. Tenía una bonita vista de las casas altas y majestuosas de la ciudad. Se quitó la capa y el velo; allí podía ser ella misma.

—Le he contado la verdad —declaró firme.

Lebhar asintió.

—Dime qué es lo que deseas preguntarme.

Wynd sonrió: al bibliotecario le encantaba presumir de ir un paso por delante. Se llevó las rodillas al pecho para ponerse cómoda. Había algo en los espacios que regentaba Lebhar que la hacían sentir reconfortada y en paz.

—¿Sabes si hay alguna forma de romper un juramento sagrado?

—No.

Wynd se tensó.

—¿No la conoces o no la hay?

—Podrías matar a la persona con la que tienes el juramento, pero la magia de las palabras es poderosa y permanece como una maldición. —Hizo una pausa—. Un juramento es un truco. Las palabras y la intención que encierran tienen distintas interpretaciones; a veces solo tienes que ser más listo.

Como había ocurrido al presentarse ante él con el antifaz y el velo.

—Hay una raza muy hábil, por su astucia y antigüedad, en burlar juramentos. Te pedirán algo

a cambio de su sabiduría y nunca es algo sencillo de dar.

—¿Quiénes? —preguntó Wynd.

Pagaría, no le importaba el qué; lo haría. Se había arrastrado por el fango y había cometido la peor clase de crímenes simplemente porque era su trabajo. ¿Qué no haría por alguien a quien amaba? Descendería al averno mismo si con eso conseguía ser libre.

Nunca había sido la mejor con las palabras, y quería demostrarle a Aren que lo había perdonado. Quería hacerle entender lo importante que era para ella.

—Las brujas. Las hijas de las ascuas. —respondió al fin Lebhar.

—Notcire —susurró Wynd.

—Pero debes tener cuidado —le advirtió.

Wynd asintió y se dirigió hacia la puerta.

—Gracias.

El tercer general la observó. Parte de la tristeza que la había envuelto los últimos meses se había disipado. Wynd le recordaba tanto al rey: tenía su fortaleza, su ímpetu cegador, su temeridad. También poseía la dulzura de su madre que, aunque se empeñaba en esconderla, se le escapaba por los poros. Cada vez que pronunciaba el nombre de Aren, Cordelia o Blue, cada vez que lo miraba a él al despedirse, como si una parte de ella temiese que fuera la última vez y la consumiese la pena.

La dulzura y sinceridad de Aine habían sido su mayor fortaleza, tanto que habían destruido la coraza del hombre más despiadado del continente: Finvannah.

Capítulo 47

Aren y Moonlight habían quedado en el invernadero. Él ya estaba dentro cuando ella llegó. Verla aparecer aligeró el peso que aplastaba su pecho desde la visita a los calabozos de esa tarde.

Los labios de Moonlight se curvaron en una sonrisa ligeramente tímida y algo se quebró en el pecho del heredero. La agarró de la cintura y la abrazó con fuerza. Pasó la nariz por el contorno de su cuello hasta su oreja.

El gesto la dejó sin aliento y la hizo trastabillar.

A Aren su reacción le dibujó una pequeñísima sonrisa en los labios. Se apartó con desgana y dio un paso hacia atrás. Sus brazos fueron los últimos en caer, como si se negasen a dejarla, y se le sacudió el pecho con un suspiro frustrado.

—Te has cortado el pelo —dijo Moonlight con la voz afectada. Tuvo que aclararse la garganta. Nunca se acostumbraría a lo que Aren despertaba en sus sentidos.

Levantó la mano con el deseo de acariciarle el pelo; casi podía sentir su suavidad en las yemas de los dedos cuando la cerró en un puño apretado y la dejó caer.

—Llevaba tiempo queriendo hacerlo —dijo él encogiéndose de hombros con indiferencia.

Se apoyó en la barandilla del puente y cruzó los brazos por dos motivos: porque deseaba con todas sus fuerzas tocarla, y porque lo que iba a decirle no era fácil.

—Tengo algo que contarte... —comenzó Aren.

Conforme le relataba su visita a las mazmorras y la situación en la que estaban Blue y Cordelia, el cuerpo de Moonlight se fue tensando y la furia y el nerviosismo fueron casi palpables a su alrededor.

—Tengo que sacarlos de ahí —dijo moviéndose como un gato enjaulado.

Entraría en la Academia y la echaría abajo si hacía falta.

—Yo lo haré —respondió Aren.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No, podrían pillarte. Yo lo...

—¿Y si te pillan a ti? Todos piensan que estás muerta, incluso Cordelia y Blue. No puedes arriesgarte a perder todo lo que llevas meses construyendo. Sabré arreglármelas.

Moonlight lo pensó. Él tenía razón, y sabía que Lebhar estaría de acuerdo con él. Pero, aun así...

—No puedo quedarme al margen. Necesito...

—¿Crees que no puedo hacerlo? A la verdadera heredera se le han subido sus poderes a la

cabeza, por lo que veo —la pinchó él.

Moonlight torció la boca en una sonrisa ladeada. Sabía lo que estaba haciendo: intentaba aligerar la situación, distraerla.

—A veces no sé qué deseo más, si apuñalarte o... —dijo negando.

—¿Besarme? —sugirió él.

Aren la cogió de las caderas. Dejó que sus dedos se colasen ligeramente bajo su chaqueta y le acarició la piel por encima de la cinturilla del pantalón. Ella dio un respingo. Se le erizó la piel al mismo tiempo que sus músculos se tensaban.

—Por favor, confía en mí. Los sacaré de ahí —dijo Aren con absoluta sinceridad.

—Confío en ti... —admitió Moonlight—. De verdad, sé que eres un guerrero y un estratega excelente, siempre te he admirado por tus capacidades, pero...

Aren sintió una dulce bola de calidez expandirse por su pecho. Sus hombros se llenaron de orgullo en una postura complacida. Siempre le sorprendía cuando ella era honesta con sus sentimientos. Lo hacía sentir extrañamente vulnerable.

—Lo sé, lo entiendo. Yo también quiero alejarte de todo lo que sea potencialmente peligroso. —Moonlight asintió con cierta timidez—. Pero esto va más allá de eso. Cordelia y Blue han estado ahí todos estos meses tratando de ayudarme. Son lo más parecido a unos amigos que he tenido. Y tú los quieres. Así que yo también siento que se lo debo.

Moonlight suspiró. Tenía que aprender que ya no necesitaba hacerlo todo sola. La confianza era también compartir peleas, miedos y batallas, y aceptar que ya no debía lucharlas todas ella.

Aquella idea era tan chocante como reconfortante.

—Está bien —cedió refunfuñando.

Aren le dio un beso en la frente y ella casi gruñó molesta.

—Y para que quede claro —dijo—: he ido a cortarme el pelo porque quería, ya sabes... Soy tremendamente atractivo, pero...

Moonlight creyó ver un trazo de rojo en sus mejillas y lo observó sorprendida.

Aren se aclaró la garganta.

—¿Recuerdas Kaebhar? Después de esa noche, soñé con tus ojos todas las noches: me despertaba sediento, febril. Haría cualquier cosa porque me mirases así una y otra vez.

Moonlight se mordió el labio. Ella no lo recordaba con claridad: el efecto de la magia hacía que su memoria fuese brumosa, distorsionada, algo más parecido a un sueño, pero recordaba las sensaciones. Sabía de lo que le hablaba.

—Siempre te miro así, Aren —confesó ella en un susurro—. Menos cuando eres un bocazas o cuando siento ganas de darte una paliza, el resto del tiempo...

Aren rio.

—Siempre tan arisca y dulce —dijo sacudiendo la cabeza.

Entrelazó sus dedos con los de ella. Esa actitud era la que había hecho que se enamorase de esa chica.

—Y tú eres siempre tan... presuntuoso, irritante y... —Aren arqueó una ceja y a Moonlight se le escapó una pequeña sonrisa—. Y vulnerable de la forma más tierna.

—Moon. —Su voz grave, gruesa y ronca pronunció ese nombre con adoración.

Ella siempre había amado hasta el más pequeño matiz y cambio en su tono. Bajó la mirada hasta sus manos entrelazadas. A pesar de que Aren no podía verle el rostro a través del velo, sintió la necesidad de esconderse.

—¿Sabes? Lo primero que me gustó de ti fue tu voz. Desde ese tono burlón que a veces despierta mi instinto asesino, hasta el tonto áspero de...

—Anhelo —contestó él sin dudar.

Moonlight asintió atragantándose con su propia respiración.

Aren dibujó un círculo en el interior de su muñeca. Estaban muy cerca, muy muy cerca, pero las únicas partes de sus cuerpos que se tocaban eran sus manos. Y era fascinante cómo algo tan pequeño e inocente podía dejarlos sin aliento, cómo podía despertar cada célula de sus cuerpos hasta dejarlos temblando.

—Las cosas que quiero hacer contigo... —jadeó él.

Moonlight levantó la cabeza, avergonzada, y sus labios se rozaron casi de forma involuntaria. Aren no pudo reprimir las ganas de besarla. Su boca se cerró sobre la de ella saboreándola apenas un instante. Y aquel pequeño contacto les arrancó un gemido a ambos, que se apartaron bruscamente. Moonlight se recolocó la capucha y aseguró el velo. Si en un descuido su rostro quedaba al descubierto y él la veía, sería fatal.

Solo necesitaban esperar un poco más.

Durante varios minutos, lo único que oyeron fueron sus respiraciones agitadas y el latido de sus corazones haciendo eco en sus oídos.

—¿Has tenido problemas con tu padre? —soltó Wynd intentando cambiar de tema.

Aren arqueó una ceja.

—Sí que sabes cómo matar la tensión —rio él. Su pecho todavía subía y bajaba veloz—. La verdad es que no me preocupa demasiado. Sé cómo librarme de sus soldaditos. Y tampoco me tomó muy en serio: cree que esto no es más que un berrinche o algo así. Pensó que lo traicionaba por Axel y está seguro de que él me traicionará a mí, así que estará esperando a que vuelva con el rabo entre las piernas.

Moonlight se removió inquieta. Apretó los puños y su cuerpo se tensó. Aeris despertaba su instinto asesino más salvaje.

—No pongas esa cara —dijo Aren. A pesar de que no podía verle el rostro, la mueca de sus labios fue suficiente.

—Yo...

—Sé que cuesta entenderlo: por qué he seguido a su lado todo este tiempo. Por qué dudo a veces.

Moonlight negó.

—No, lo entiendo. De verdad. Nana nos hacía entrenar hasta la extenuación y nos castigaba por nuestros errores. Era fría y despiadada. Tenía mi vida, e incluso los demás sabían que, si se marchaban, ella les daría caza. Pero era nuestra figura materna y, por muy retorcido y horrible que fuese, ella era la única que había apostado por nosotros. Y yo la respetaba por eso. Incluso ahora, después de todo... me es difícil odiarla o guardarle rencor. No sería lo que soy sin ella.

Aren la observó. La muchacha siempre había sido tremendamente hermética con respecto a su vida y sentimientos, y él no dejaba de sentirse afortunado y fascinado porque lo hubiese elegido a él; porque, de todos, fuese él con quien se abría por completo. Cogió aire.

—Después de que mi madre muriese, me refugié en Axel y traté de esforzarme por agradar a mi padre. Axel no tenía padre, así que él entendía mi vacío. Pensaba que éramos amigos; lo creí durante años. Tardé en notar esas pequeñas cosas que hacía para molestarme. Trataba de dejarme en mal lugar, de hacerme de menos. Y yo me preguntaba qué había hecho mal. Mi padre me ha metido en la cabeza desde pequeño eso de que estamos condenados a que nos abandonen.

Aren nunca había compartido aquello con nadie y sentía un nudo de vértigo en el estómago. Pero deseaba que ella lo conociese por completo, deseaba sentir que ella conocía todo: sus luces y sus sombras.

A Moonlight, el tono neutro y carente de emoción de Aren le encogió el corazón.

—Fue entonces cuando dejé que mi mejor amigo me quitase todo lo que me importaba o por lo que mostraba interés. Era como si Axel me estuviese castigando y yo lo aceptase porque una parte de mí pensaba que me lo merecía. Y ni aun así conseguí hacerle feliz. Aprendía a mostrarme indiferente con todo.

»Tardé mucho en reconocer que Axel simplemente me odiaba, que me había utilizado y que, en realidad, nunca me consideró su amigo. Él siempre supo que lo nuestro era política. —Se encogió de hombros.

»¿Y quién me quedaba entonces? Mi padre, alguien frío y despiadado que me detesta y desprecia, pero que al mismo tiempo me necesita. Y eso es mejor que nada.

Moonlight se mordió el labio tan fuerte que saboreó sangre. Aren continuó:

—Además, él es igual de desgraciado. Está solo, sabe que la gente solo lo acepta porque teme su poder. A veces, me da la sensación de que vive simplemente alimentado de rencor y ansias de venganza. Y eso es jodidamente triste.

—Tú no eres como tu padre. Lo sé. Has tomado muchas veces el camino contrario a él —sentenció ella, categórica—. Y no estás condenado a la soledad.

Aren permaneció unos minutos en silencio recordando el encuentro que había tenido esa mañana con Cordelia y Blue. Él no estaba tan seguro de creerlo. Pero la firme confianza de ella le hizo sentir mejor.

Capítulo 48

Moonlight y Aren dejaron el invernadero poco antes del amanecer. Ella primero, unos minutos después él. Se dedicaron una mirada en la lejanía, ambos demasiado ensimismados para notar que había alguien en las sombras.

Moonlight giró en dirección al segundo puente que cruzaba el canal hacia el primer cuadrante. Aren fue hacia la derecha, hacia la plaza de la Conquista.

En cuanto estuvieron fuera del ángulo de visión del otro, la sombra que había ido hacia la sospechosa encapuchada lanzó sus enredaderas de veneno hacia ella. Le había llevado días pillar a Aren en un encuentro con la asesina de los consejeros.

Su tío estaría satisfecho.

Moonlight percibió la magia tocando su escudo, pero no lo suficientemente rápido como para apartarse del picotazo. Una parte del veneno entró en su sangre. Se volvió para interceptar el ataque. Una chica vestida con un traje de combate morado se lanzó a por ella con una espada corta.

Su aura púrpura onduló y borboteó a su alrededor. La reconoció al instante, tras notar que un candado se abría en su memoria y le daba acceso a un nuevo compartimento.

«Nos».

Moonlight gruñó y le lanzó un puñetazo directo a la mandíbula que le echó la cabeza hacia atrás. Fue una furia vieja que se liberó de repente. Tenía cuentas pendientes con ella.

—Identifícate —escupió Nos con la boca goteando sangre. Los colmillos de Moonlight brillaron: se había prometido matar a esa sanguijuela. Nos trataba de golpearla, la atacaba con todo, y ella la paraba y esquivaba en una danza de movimientos imposiblemente veloces—. Así que Aren te está ayudando. Al Deirnas le va a encantar sacarte la verdad —dijo mientras empujaba contra ella una oleada de veneno corrosivo que chocó con el muro de hielo de Moonlight.

Ella aprovechó para agarrar a Nos del pelo y darle otro puñetazo en el rostro.

Nos se revolvió furiosa. Trató de rajar el velo con su espada y al mismo tiempo cortarle la cara a quien se escondiese detrás.

—Llevo tanto tiempo deseando borrarte esa expresión de superioridad de la cara... —gruñó la voz de Moonlight. Se llevó las manos a las caderas y otra vez no encontró nada. Echaba de menos sus dagas.

Nos rio a carcajadas.

—Por supuesto, los cobardes que se esconden siempre son los envidiosos. Mi tío va a disfrutar tanto contigo... —Moonlight se paralizó. «Tío»... ¿Qué tío? Una de las enredaderas de Nos le cortó el brazo a la altura del hombro y notó un tirón en los músculos. Estaba intentando paralizarla—. Te quiere con vida, pero no entera. Y mientras se ocupa de ti, hará que mi primo lo mire como castigo por su desobediencia. Aunque estoy segura de que no eres más que otro de sus ataques de rebeldía.

¿Estaba hablando del Deirnas? ¿Aeris era su tío? ¿Aren era su...?

Moonlight empujó su escudo contra ella transformándolo en una ventisca de afilados carámbanos. Dejó escapar un gruñido de rabia. Nos casi no tuvo oportunidad de defenderse de ellos cuando Moonlight se le tiró encima, la agarró del cuello y cayeron al suelo.

Recordó la tercera prueba, el duelo con Cordelia y cómo se había negado a dejarla rendirse. Apretó con fuerza. Las manos de Nos trataban de apartarla, de arañarla; sus ojos se abrieron llenos de rabia y miedo, su boca trataba de coger aire; las venas de sus córneas se marcaron por la falta de aire.

Nos agitaba los brazos de forma espasmódica. De repente, agarró la capucha y tiró con fuerza hasta descolocársela y apartarla de su cara, lo cual reveló su nariz y mejillas cubiertas por aquellas características pecas que parecían estrellas en el firmamento.

—Tú... —boqueó Nos—. Tú...

Aren apareció entonces alertado por los sonidos de pelea y el inconfundible tono venenoso de su prima.

—¡No! —gruñó mientras corría hacia ellas.

Moonlight saltó hacia atrás, lejos del alcance de Nos, mientras se cubría el rostro.

Aren agarró a Nos de la muñeca y tiró para enfrentarse a ella.

—Estás enferma. Me estabas siguiendo —la acusó.

—Tú s... que eh st... enf... mo. —Le costaba hablar. Las palabras le salían bajas y distorsionadas. Se llevó una mano a la garganta y tosió. Tenía la marca de los dedos de Moonlight en la piel—. ¿Es... tás loco? ¿Has... el juicio?... Traidor. Mentido... tu padre. —Hizo una mueca de dolor—. Voy... lle... arte con él.

Aren rio.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

Moonlight los observó. Su mente era una tormenta de rabia y furia. Era ella la chica con la que Aren había hablado en el pasillo durante las pruebas. La que se le había acercado durante Kaebhar y le había amenazado. En la mano derecha de Moonlight se formó una daga de hielo pulido, tan afilada que la punta brillaba transparente. Dejó que ese odio frío la dominara, echó el brazo hacia atrás y lanzó la daga contra ella haciéndola girar.

Nos se movió justo en el último segundo, lo justo para que no le atravesase el cuello del todo. La garganta empezó a sangrarle profusamente.

—«Te lo advertí» —recitó Moonlight devolviéndole aquellas palabras con las que Nos la

había amenazado una vez.

Se acercó a la chica, que estaba tendida en el suelo. Le agarró la mano derecha primero y se la retorció como había hecho Hallard con Blue en la tercera prueba, luego hizo lo mismo con la izquierda. Los gritos de Nos sacudieron el silencio de la noche.

No podría hablar, pelear o escribir.

Se oyeron voces de guardias y silbidos. Los gritos los habían alertado.

—Siempre has sido una sanguijuela egocéntrica que tiende a subestimar a los demás —le dijo Aren a su prima.

Nos perdió la consciencia justo cuando los guardias aparecieron en su campo de visión.

—Vete —dijo Aren.

Moonlight dudó. Pensarían que había sido él.

—¡Vete rápido! Yo me ocupo. —Señaló a Nos tirada en el suelo con la garganta y el pecho cubiertos de sangre.

Capítulo 49

Aren estaba retenido en una de las celdas de la Academia esperando a que lo interrogasen. Habían llevado a Nos al Helisa y le habían dicho que sobreviviría, pero que sus heridas eran muy graves. Todavía no había recuperado la consciencia. Aren llevaba todo el día allí. No era más que el protocolo a seguir, pero comenzaba a impacientarse: tenía que encontrar el modo de sacar a Cordelia y Blue de la celda y comprobar qué había ocurrido con su prima.

Thorn carraspeó y Aren levantó la vista. Al encontrarse con el rostro serio del entrenador, puso cara de hastío.

—¿Vienes en visita oficial? —le dijo.

—No —dijo Thorn, escueto como siempre.

—Entonces, ¿dónde está mi tarta?

—¿Qué tarta? —gruñó contrariado.

—La que me has preparado con la llave maestra dentro —explicó Aren mirándolo como si fuese obvio.

—Yo no hago tartas.

—Esa no es la cuestión: podrías haberme comprado una en esa pastelería del cuarto cuadrante. Mi favorita es la de chocolate y moras silvestres.

—¿Cuál? ¿Himalia?

—¡No! ¿En serio crees que ahí venden los mejores pasteles? Los bizcochos les quedan secos. En Idunn: pasteles de diosa, claro.

Thorn arqueó una ceja y apretó los labios perdiendo la paciencia.

—¿Adónde quieres llegar con esta conversación?

—A ninguna parte. Estoy aburrido, llevo aquí más horas de las que puedo contar.

—¿Qué pasó anoche?

—Me has dicho que no venías en visita oficial.

Thorn simplemente guardó silencio esperando a que hablase.

—Mi prima me estaba siguiendo, como sabes —recalcó—, y alguien la atacó. Escuché voces y gritos de dolor y fui a ver qué pasaba. Me la encontré tirada en el suelo con la garganta rajada, mandé una señal de energía al cielo y justo llegaron las patrullas. Tendréis que esperar a que despierte para preguntarle cómo ocurrió.

Thorn se acercó más a los barrotes.

—Quiero la verdad.

Aren se encogió de hombros.

—Mis armas ni siquiera estaban manchadas de sangre. Si hubiese sido yo, me habría marchado y no la habría dejado con vida para contarlo. —Su tono bajó casi una octava—. Lo sabes.

—No estoy diciendo que fueses tú, pero me da que sí que sabes quién lo hizo.

Aren sonrió, cruzó los brazos y se echó hacia atrás. Sus ojos estaban en sombras.

—¿Por qué estás aquí, Thorn?

—Te cruzaste con Grianan el día que fuiste a ver a Blue y a Cordelia —murmuró.

—Sí, ¿y?

—Que luego preguntó a los guardas si habías bajado a las mazmorras...

Aren se puso de pie y se acercó a los barrotes.

—¿Qué quieres decir?

—No te están reteniendo aquí tanto tiempo por lo de Nos. Me habían encargado destinarte a una misión lejos de Oed, pero ahora han tenido la ocasión perfecta.

—¿De qué estás hablando?

—Se los han llevado hoy. Los interrogaron después de que fueses a verlos y esta mañana al amanecer se los han llevado a la colina hueca. —Las manos de Thorn temblaban ligeramente.

Aren maldijo. Se pasó los dedos por el pelo, nervioso.

—¿Por qué mi visita ha precipitado que se los lleven? Si les preocupaba que pudiese hacer algo, se los habrían llevado mucho antes.

—Solo sé que, después de tu visita, el tercer general Tyr los interrogó —explicó Thorn— y se preparó su traslado.

—¿Por qué ha venido Tyr?

—Grianan dio la orden. Llegó ayer. —Aren clavó los ojos en Thorn. Tanto la segunda general Sindri, como el tercero se encontraban en posiciones clave: las Hillias, la frontera con la corte del norte y los páramos, defendiendo el avance de los devoradores de almas—. Lo que encontraran, fuera lo que fuese, es importante. Y clave. Son tus amigos. Tu padre está moviendo tropas y trazando alianzas para la guerra. Puede que todavía no sea oficial, pero todos sabemos que llegará de un momento a otro. Se les va a tratar como a traidores y espías.

Aren abrió los ojos horrorizado.

—Necesito salir de aquí —dijo.

—El Deirnas me ha pedido que en cuanto pongas un pie fuera de esta celda te arrastre hasta el palacio si hace falta.

Aren tragó, visiblemente incómodo.

—Vas a tener que decidir con quién está tu lealtad —dijo después.

—No es una decisión que pueda tomar. Lo sabes.

Aren soltó una sonrisa cansada.

—En la guerra, todos eligen bandos y lealtades. Lo que mi padre tenga contra los tuyos no va

a importar.

—¿Has elegido bando tú? —replicó Thorn estrechando sus ojos ámbar.

—Lo curioso es que entré aquí con el propósito de hacerme, algún día, con el mando de los rhydra. Bueno, eso es lo que mi padre deseaba. —Hablaba para sí mismo—. Hace tiempo que elegí bando y no me di cuenta.

—¿El de esa asesina que anda matando consejeros y a la que liberaste después de que la capturasen?

Aren arqueó una ceja y miró a Thorn con gesto serio.

—Yo nunca quise liderar a los rhydra ni heredar el título de Deirnas. Tampoco me planteé cambiar al sistema. No soy ninguna especie de héroe en las sombras. Mi lealtad está con las personas que quiero, y por eso voy a ir a la colina hueca a sacar a Cordelia y Blue. Espero que eso te sirva como explicación —declaró con los ojos llameantes. Thorn apretó la mandíbula. Tenía ese aspecto de tipo duro y serio, intimidante incluso, pero bajo esa robusta coraza solo era alguien que había aprendido a sobrevivir en un mundo difícil. Aren lo sabía; lo comprendía mejor que nadie—. Sé que quieres ayudarlos —dijo cruzándose de brazos—. Si no fuese así, no me habrías avisado.

Y Aren sabía cómo hacerlo.

Thorn todavía no había perdonado a Cordelia, no quería tener nada que ver con ella. Desde que la había pillado en el tercer piso del Archivo con su pase, todo lo que habían tenido se había roto, manchado, quebrado en pedazos. Cada momento había quedado pintado de mentira: lo había utilizado.

Pero la culpa y el miedo en sus ojos verdes no le dejaban dormir por las noches. No quería, no pensaba ayudarla, pero no deseaba que sufriese. La idea lo atormentaba. Por eso había buscado la ayuda de Aren.

—¿Qué quieres? —claudicó por fin Thorn.

—Primero necesito que me ayudes a salir de aquí...

Capítulo 50

Wynd oyó el suave susurro de pisadas en el pasillo. Se pegó a la pared ocultándose tras un pilar y contuvo la respiración.

—¿Dónde has estado? —preguntó Grianan en voz queda.

—Estaba ocupándome de mis asuntos, madre —contestó Axel.

—Has ido a verlo, ¿verdad? A Devon.

Wynd se llevó una mano a la boca. Se le había acelerado el corazón y trató de amortiguar el sonido de su respiración.

—No es necesario que disimules tu desagrado. Curioso, ¿no? Antes lo amabas. —Aunque el tono de Axel era ligero, había un trasfondo de pesar en él—. Siempre pensé que tu desprecio venía de que te recuerdo a él. Pero es al revés. Yo no soy la consecuencia, sino la causa.

Grianan permaneció en silencio. Wynd oyó a Axel soltar una carcajada corta y seca y marcharse. Unos minutos después, lo hizo también su madre en dirección a su despacho.

Wynd escuchó hasta cerciorarse de que estaba sola.

Estaba sorprendida, pues nunca había oído a Axel hablar así. Había rabia, pero también dolor y reproche. Golpeó la pared con la cabeza. Aun así, todavía no había conseguido averiguar a quién visitaba cuando desaparecía o adónde iba, y sabía que debía de ser alguien importante tanto para él como para Grianan...

Tardó unos minutos en moverse, todavía sentía el cuerpo pesado y entumecido por los efectos del veneno de Nos. Ni siquiera había podido salir la noche anterior. No debería haberse dejado llevar por su odio hacia Nos. Lebhar siempre le insistía en que se limitase a la misión y tenía razón, pero ese nuevo poder que le corría por las venas la hacía mucho más voluble e inestable. A veces se volvía una criatura salvaje.

Cada vez que desenterraba recuerdos del pasado, estos volvían como una avalancha, un tsunami de emociones intensas. Ahora entendía lo que le había explicado Aren sobre los sidh y su pérdida de emociones. Todo lo que había experimentado siendo humana parecía caótico e irrefrenable; le quemaba en las venas y la llevaba al límite.

Aquel día salió justo antes de que se pusiese el sol. Cambió su capa oscura por una de color perla que había encontrado hurgando entre armarios y baúles y a la que le había añadido un velo del mismo color. Al menos esperaba llamar menos la atención que con su atuendo habitual.

Se oscureció el pelo como solía hacer y se tomó la poción que alteraba su voz.

Esperaba pasar desapercibida.

Tuvo la tentación de buscar armas, pero estaban guardadas en la armería y tenían siempre a alguien vigilándola. Era una costumbre de su pasado humano, aunque sabía que ahora no las necesitaba.

La puesta de sol era el momento perfecto para caminar por las calles cercanas a la plaza de la Conquista, pues estaban atestadas de gente. Bajó hacia el tercer cuadrante y dejó el enorme edificio del Helisa a la izquierda. Cruzó el canal por el primer puente y tomó la ruta más concurrida para asegurarse de confundirse entre la multitud.

Pegó un anuncio en el tablón de noticias con un anagrama que Lebhar sabría descifrar y se marchó.

El cartel de NOTCIRE: PÓCIMAS Y UNGÜENTOS la recibió iluminado por velas flotantes. Moonlight tenía el pelo pegado a la frente y la espalda sudorosa. El cielo se estaba cubriendo de nubes cargadas de tormenta y el calor húmedo era insoportable.

La bruja que la había atendido la última vez estaba tras el mostrador ordenando pócimas de diferentes colores en la estantería.

—A Notcire bienvenida —saludó.

—Hola. Tengo una consulta que haceros.

—Hija de la luna —dijo la bruja mirando su boca.

Moonlight se tensó: la había reconocido tan fácilmente...

—Es un asunto privado —contestó mirando hacia la puerta.

La bruja asintió y la guio hacia la trastienda después de echar la llave con un simple gesto de su mano.

Moonlight se mordisqueó el labio mientras buscaba la mejor forma de abordar el tema.

—Dime, pues. Nada hay del bibliotecario para ti.

—Lo sé. —Moonlight cogió aire. Recordaba las palabras de Lebhar advirtiéndola del precio —. Quiero romper un juramento y he oído que sabéis cómo hacerlo.

Los músculos del rostro de la bruja parecieron estirarse al oírla. Sus facciones, ya afiladas de por sí, lo estuvieron aún más. Moonlight tensó los hombros para evitar estremecerse. Pocas cosas la impresionaban, pero aquella mujer lo consiguió sin abrir la boca siquiera.

Las brujas eran poderosas. El Deirnas trataba de controlar su poder, de subyugarlas, pues tenían una clase de magia y conocimientos antiguos ligados al caos. Quedaban muy pocas y todas controladas por la corte, pero, aun así, no había que subestimarlas jamás.

—¿Juramento de qué clase es?

—Un juramente de palabras ligado a la diosa Luna.

La bruja agarró la capucha de Moonlight y la echó hacia atrás con una agilidad inesperada para su edad. Chispas de hielo explotaron en los dedos de la sidh mientras se ponía alerta.

La bruja la miró a los ojos y ella se sintió desnuda.

—Ningún juramento tiene tu lazo.

—Yo no lo pronuncié.

La bruja agudizó los ojos. Podía ver sus iris moviéndose como si fueran líquidos.

—La moneda tu alma es.

Moonlight asintió. Notcire le colocó la palma en la frente y pegó sus dedos de uñas largas a su cabeza. Moonlight contuvo el aliento y clavó sus uñas en los brazos de madera de la silla en la que estaba sentada. La sentía hurgando en su cabeza. Su presencia era como gusanos arrastrándose por los recovecos de su mente, violando su intimidad.

—¡Basta! —le dijo, apartándose—. Yo le diré lo que desee saber.

Las comisuras de la boca de la bruja estaban más estiradas de lo normal. Su boca inhumanamente larga.

—Él venir debe.

Moonlight apretó los dientes. La había dejado entrar en su cabeza.

—El juramento fue por mi vida. Yo pagaré por él —dijo levantando la barbilla.

—Estar con él deseas.

Moonlight asintió.

—No quiero nada que nos ate a...

—El que no tiene alma —murmuró la bruja mientras se apartaba de Moonlight y se giraba para sacar algo de un cajón.

—¿Puede romperlo?

—Decirte cómo puedo, pero tendrás que pagar.

Moonlight asintió y cerró las manos alrededor de los reposabrazos de la silla.

—Lo pagaré. Pero si me estás engañando, volveré y quemaré esta tienda contigo dentro. Ya sabes que tengo el poder y el valor de hacerlo.

La bruja sonrió ligeramente e inclinó la cabeza.

—Tus recuerdos de alguien amado. Tu amor es poderoso y único; pocos cuentan con él. A una de esas personas entrégame y olvídala. El pago ese es.

Capítulo 51

Una niebla oscura las rodeó a ambas. La habitación desapareció a su alrededor como si alguien la estuviese cubriendo con enormes brochazos. Las sillas se apartaron y se ocultaron en la negrura mientras un extraño viento que ascendía en espiral comenzó a soplar. El pelo de Moonlight se sacudía junto a su capa.

—Yo no... —comenzó a decir.

Apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas. Los rostros de Cordelia y Blue bailaban en su mente. Hacía un par de semanas, se había cruzado con ellos en la calle y sus voces habían despertado toda una oleada de recuerdos.

Moonlight no había temido tanto la soledad hasta que los conoció. Ellos la habían cambiado: la hicieron sentir querida, la hicieron sentir parte de algo bueno. La aceptaron y no se rindieron a pesar de su frialdad.

Tragó saliva. Tenía un agujero en el pecho que estaba vacío desde que los había perdido. A veces soñaba con sus voces y sus risas. Cordelia y Blue habían sido su lugar seguro. Un amor que había ido llegando poco a poco y que le había traído una felicidad que jamás había imaginado sentir.

—Exacto —le dijo la bruja—, ese es el sentimiento que quiero. Es poderoso y especial ese amor.

—No puedo —dijo Moonlight.

La bruja arqueó su finísima ceja.

—Ya sabes la respuesta: dímela.

Moonlight cerró los ojos. No podía renunciar a Cordelia; ella era especial de un modo único. Nunca encontraría a nadie igual. Pocas personas tenían las cualidades de su amiga, esa amabilidad y bondad de la que su propio mundo carecía.

Pero Blue... Eran ellos tres. Aunque a veces se había sentido lejos de ambos, al final siempre habían luchado contra las inseguridades y miedos de Wynd para encontrarla y arrastrarla de vuelta.

Cogió aire de forma temblorosa. Los ojos se le llenaron de lágrimas que se obligó a no derramar.

—Yo...

—El nombre, dime.

—¿Lo olvidaré?

—De todos tus recuerdos desaparecerá. Borrado. Extirpado.

Moonlight cerró los ojos. Se imaginó a Blue desapareciendo de aquel recuerdo que tenía de los tres durmiendo juntos. Aquel día había sentido el corazón ligero al despertase entre ambos. La sobrecogió la pena.

La bruja tenía una especie de garfio de marfil: los bordes estaban romos y parecía muy antiguo. Lo empuñó y se acercó a ella.

—Dilo.

Moonlight apretó los párpados con fuerza. No solo le iba a quitar sus recuerdos, le iba a extirpar una parte de sí misma, pues no sería quien era sin haberlo conocido. Le quitaría un trozo de alma y, aunque no lo recordase, esa herida permanecería.

Cogió aire de forma temblorosa mientras una lágrima rebelde rodaba por su mejilla, al mismo tiempo la bruja acercaba el garfio a su sien izquierda.

—Blu...

En su cerebro, se proyectó la imagen de una mujer de pelo castaño ceniza y ojos verdes casi traslúcidos. Una mujer humana.

«Aine», susurró una voz en su mente.

Finvannah estaba sentado en un trono austero y elegante. A su derecha, unos pasos atrás, Aeris observaba con disgusto una fila de humanos que Grianan había llevado hasta el palacio de la colina hueca. Todos eran jóvenes.

—¿Crees que servirán para el ritual?

—Algunos tienen dones interesantes. Nada comparado a lo que nosotros podemos hacer, pero tampoco es que sirvan para mucho. Son los que destacaban —dijo Grianan sin mirar a Aeris y respondiendo al rey.

Allí, en medio de todos ellos, estaba Aine. No debía de tener más de veinte años. Los demás parecían estar aterrados, pero ella se mostraba firme. Quizás eso fue lo que llamó la atención de Finvannah. No le gustaban los temblores y lloriqueos de los otros.

—Esa. —La señaló desde su trono.

—Adelante, humana, acércate a tu rey —ordenó Aeris. Pero ella no reaccionó—. ¿Desea morir o es tan estúpida que no conoce nuestra lengua? —le preguntó a Grianan, molesto.

Había sido idea de ella lo de llevar a humanos al palacio para aprovechar su poca energía. El primer general no estaba de acuerdo.

—Es sordomuda —explicó tocando el brazo de la humana y empujándola hacia delante.

Finvannah curvó una de sus cejas platino. Fue el único gesto que delató algo de interés en aquello; el resto de su rostro seguía mostrando un aburrimiento infinito.

Aine caminó hacia el rey sin titubear. Era una chica sencilla, sus ojos eran lo único que destacaba. Era bajita y sus ropas eran feas y apagadas. Finvannah la observó por encima sin prestarle demasiada atención.

—¿Por qué una sorda, Grianan? Tiene más carencias que los demás.

—Porque, aunque no oye, puede crear música. Sabe tocar el piano.

Aeris rio, burlón y desconfiado.

Grianan los llevó hasta la sala de música. Empujó a la chica hasta el banco del piano ordenándole que tocase. La había escogido sabiendo que sería su baza ganadora: Finvannah admiraba la música y tenía en alta estima a los que eran capaces de conmoverlo con ella, pues era el único campo en el que él no sobresalía.

Aine se sentó, cerró los ojos y tocó una primera tecla. Sus dedos temblaban ligeramente. Esperó unos segundos, en los cuales Grianan contuvo el aliento: quería impresionar al rey y, si fallaba, mataría a la muchacha ella misma. El silencio inundó la sala de música hasta que Aine tocó las siguientes notas. Una sucesión ligera, delicada y bella. Sus dedos ganaron confianza moviéndose con una elegancia que no concordaba con su aspecto de campesina.

Finvannah dio un par de pasos. La larga melena le colgaba por la espalda semirrecogida atrás con un alfiler de oro puro. Sus pómulos afiladísimos y sus ojos rasgados le daban un aspecto feroz. Caminó silencioso hasta la humana para no anunciar su llegada, acercó los dedos a su oreja y los chasqueó con fuerza. Aine ni siquiera movió un músculo. Sus dedos siguieron tocando la composición a la perfección.

Finvannah clavó sus agudos ojos en las manos expertas de ella. Se preguntó cómo unos huesos tan frágiles podían tocar con esa fuerza.

—Marchaos todos —ordenó

Aeris dudó. Grianan sonrió.

Una vez estuvieron solos, la agarró del hombro y la obligó a volverse. Lo hizo con tan poca delicadeza que le dejó una marca roja en la piel.

Ella levantó la mirada temerosa.

—¿Cómo lo haces? —Aine parpadeó confusa—. Contéstame. —Ella negó con la cabeza. Finvannah apretó la mandíbula, perdiendo la paciencia—. ¿Cómo? —insistió.

Los ojos de Aine se iluminaron cuando consiguió comprender qué le decía. Se apartó dejándole espacio en el banco. Él se sentó reticente. La humana se tapó los oídos primero y lo señaló indicándole que la imitase. Luego le pidió que cerrase los ojos.

Finvannah la observó sin moverse. Si aquello fuese un truco para matarlo, sería absurdo: él no necesitaba su oído o vista para percibir que lo atacaba. Un humano, comparado con su poder, no era más que un diminuto e inofensivo insecto. Así que, finalmente, hizo lo que ella le pedía. Aine tocó de nuevo: las notas se retorcían, bailaban unas con otras, se abrazaban, se entrelazaban y se alejaban. Hablaban de pérdida, de despedidas.

Ella le tocó el pecho mientras seguía pulsando las teclas con la otra mano. Finvannah abrió los ojos, sorprendido por su atrevimiento. Observó sus dedos delicados y su piel imperfecta, con manchas y cicatrices que, sin embargo, le parecieron bellas. Le habría roto los dedos para enseñarle una lección si una parte de él no hubiese deseado seguir escuchándola tocar.

Miró a Aine, que lo observaba. Ella presionó su pecho y tocó una sucesión de notas.

—Vibra —dijo Finvannah.

Los ojos de Aine se iluminaron y en su boca se formó una sonrisa amplia. Después de aquel primer encuentro, el rey dejó que Grianan usase a los otros humanos para el ritual, pero les prohibió a todos que tocasen a Aine. Se pasaba horas encerrado en la habitación de música con ella. La oía tocar. Llevaba a los mejores músicos de la corte y hacía que tocasen para ella.

Los ojos de la humana resplandecían. Se tumbaba en el suelo y sentía el sonido de los distintos instrumentos vibrar. Buscaba a Finvannah con la mirada y sonreía agradecida. Y él encontraba todas aquellas emociones fascinantes. Eran algo nuevo, tanto verlas en ella como sentirlas reflejadas en sí mismo. Los *faeries* llegaban al punto de ser casi hieráticos y los sidh eran muy herméticos. Aine, sin embargo, era como un libro abierto y lleno a rebosar de emociones.

Finvannah aprendió a moderar su carácter con la humana porque se asustaba con facilidad, y aquella era una emoción que no le gustaba ver en ella.

—Tu nombre —articuló él. Ella parpadeó confusa. La señaló—. Quiero saber tu nombre —insistió, apuntando un dedo hacia ella.

La humana trazó las letras en el aire para él.

—¿Aine?

Ella asintió.

Era un nombre antiguo que significaba resplandor. Pensó que le quedaba bien.

Finvannah pasaba cada vez más tiempo con la humana. Estaba aprendiendo a sentir la música en su cuerpo: se taponaba los oídos y se tumbaba en el suelo, imitándola. Pronto la guerra contra los devoradores y todo lo demás pasaron a un segundo plano.

—Últimamente no pareces tú, Finvannah —le dijo Aeris.

—¿Qué quieres decir?

—Pasas más tiempo con esa que con nadie. ¿Hasta cuándo vas a divertirte con ella? No es tiempo de distraerse con tontos juguetes. Deberíamos someterla al ritual y seguir con...

Finvannah dio un paso y miró a su amigo a centímetros de su rostro. Su aura lo envolvió oprimiéndolo de forma amenazante.

—No le pongas un dedo encima, Aeris, ¿me has oído? Mis órdenes son que la mantengáis con vida. Tratadla como si fuese el tesoro más valioso que hay en este lugar. Por vuestro bien, espero que no le pase nada —dijo fuera de sí.

Pocos días después, fue a verla nada más llegar de una larga reunión con el consejo. La encontró tirada en el suelo, retorciéndose. Un bebedor de sangre revoloteaba a su alrededor clavándole los alargados colmillos.

Aquella visión dejó a Finvannah sin aliento. Su vulnerabilidad y fragilidad, el hecho de que no pudiese defenderse y de que la muerte la rondase. Su vida era un simple suspiro.

La idea lo prendió de una ira irracional.

—¡No! —gruñó con rabia. Movió el brazo y pulverizó a la criatura, que se desintegró en

chispas azules. Después, corrió hacia Aine y la tomó en brazos. Se manchó de su sangre, pero ni siquiera le importó—. ¡Grianan! —llamó desesperado. Le apartó el pelo del rostro con delicadeza. Al sostenerla, fue consciente por primera vez de lo frágil que era ella; sus manos podrían quebrarla con tanta facilidad... Podría matarla en un descuido—. ¿Por qué? ¿Por qué sois tan débiles? —se preguntó mientras la observaba—. Sois efímeros, volátiles. —Apoyó la frente en la de Aine y cerró los ojos, angustiado—. ¡Grianan! —volvió a llamar a su segunda general, la que tenía las mejores dotes curativas.

La imagen del recuerdo dio un salto. Finvannah estaba ahora en una de las terrazas de la parte superior de la colina observando el vasto paisaje de árboles milenarios que brillaban con su propia luz bajo el oscuro firmamento. Dentro, en la habitación, la humana descansaba vendada y recuperándose.

—¿Cómo ha entrado un bebedor de sangre aquí? ¿Y por qué nadie estaba vigilándola? Si hubiese tardado un poco más, estaría muerta.

—Los humanos son frágiles: estas cosas pueden pasar. Tienen enfermedades, envejecen deprisa... La muerte siempre los acecha —contestó Grianan a su espalda.

Finvannah hizo una mueca.

—¿Nadie oyó nada?

—¿El qué? Ella no habla, mi rey. Ni siquiera sabe gritar. ¿Alguna vez has escuchado su voz? No son más que gemidos inconexos.

Él se volvió hacia su segunda general con los ojos llameando.

—¿Puede...? ¿Tiene voz?

—Sí, solo... No ha aprendido a hablar.

—Yo nunca... ¿Por qué nunca he oído su voz?

—Le pedí que no hiciese esos ruidos de animal delante de ti.

Finvannah miró a Grianan con desprecio.

—De ahora en adelante, ponle escolta. Manda a Aeris a que investigue cómo una criatura de las sombras ha cruzado las protecciones. Y vete.

Grianan lo miró dolida, pero asintió sin más y se marchó.

Finvannah no se movió del lado de Aine. La observó dormir: la humana se movía y sonreía ligeramente. Finvannah se preguntó qué estaría soñando. Y si él formaría parte de ello. No solo se lo preguntó, lo deseó.

Le acarició la mejilla con la yema de los dedos. «¿Por qué ella?».

Anheló ver el verde de sus ojos. «¿Por qué ella?».

Inquieto, apenas durmió hasta que la humana despertó. «¿Por qué ella?», siguió preguntándose.

Aine sonrió al encontrarse con la mirada preocupada de Finvannah al despertar.

Él sintió la emoción desbordarse en su pecho, que se quebró como una presa demasiado llena de agua.

—¡¿Por qué no gritaste?! ¿Por qué no pediste ayuda? Grianan me ha dicho que tienes voz. ¿Por qué no me has hablado nunca?

Aine parpadeó sin entenderlo.

Finvannah pegó la frente a la de ella. El latido de su corazón era frenético: jamás se había sentido tan próximo a la muerte.

—¿Por qué...? ¿Por qué tú? Debe de ser un castigo de los dioses, una maldición —murmuraba mientras le tomaba el rostro con manos delicadas y suaves, con adoración—. La criatura más frágil sobre la tierra. Debe de ser justicia: los remolinos me quitan poder, me infligen daño.

Ella negó sin comprender. Le pasó una mano por el pelo y él se estremeció, pero después se apartó casi como si le hubiese hecho daño. La miró con ojos torturados.

—Háblame. Quiero oír tu voz. —Le señaló la garganta y abrió la boca para que ella lo entendiera.

Aine negó.

—Sí. Quiero oírla. ¿Por qué soy el único que no conoce tu voz? —Las mejillas de ella enrojecieron de vergüenza y bajó la mirada. Finvannah le levantó la barbilla para que lo mirase de nuevo—. Di mi nombre. Háblame. He soñado eso, he soñado con que me llamabas por mi nombre —pidió con frenesí.

Los labios de Aine se movieron despacio, dejando salir una sucesión de sonidos inconexos.

Su voz sonaba infantil y desafinada. Y, aun así, el rey se sintió conmovido, roto, abrumado... La tomó del rostro, recordando ser delicado. Dubitativo y mirándola a los ojos para pedirle permiso, se inclinó lentamente hacia ella, cuyos ojos anhelantes le animaron a seguir, y la besó con una mezcla de dulzura y necesidad. La sensación fue la más poderosa que había experimentado jamás.

Nunca supo si había sido un castigo a su poder, a su soberbia o si realmente el destino la había puesto en su camino porque tenía que ser ella. Había vivido cientos de años sin sentir nada parecido a aquello.

Después de conocerla, nada fue igual. Descubrió el mundo por primera vez cuando Aine le devolvió el beso. No pudo volver a mirar el mundo de la forma en que solía hacerlo. Aine le enseñó lo que era estar vivo después de doscientos ochenta y ocho años. Y todo se desvaneció al lado de esa sensación sobrecogedora.

Sus prioridades y ambiciones cambiaron por completo. Nunca llegó a respetar o a amar a los humanos, pues no estaba en su naturaleza sentir esa clase de compasión y humildad, pero sí que dejó de despreciarlos y hostigarlos. Ya no sentía que debiera pelear contra el mundo para demostrar su poder y magnitud. Quería paz, quería disfrutar de ella.

El tiempo que pasó con Aine fue el mejor de su larga vida, y duró muy poco. Los momentos pasaron rápidos como un torbellino de imágenes en la cabeza de Wynd. Las conversaciones, las caricias, la música, los ojos verdes de la muchacha resplandeciendo de felicidad...

—Está embarazada, Finvannah —le dijo Lebhar—. No está enferma. Va a tener a vuestro

hijo. ¡Enhorabuena!

Ese día, el rey lloró por primera vez mientras sostenía a Aine en sus brazos.

Y, entonces, llegó el último recuerdo: Finvannah la observaba mientras ella tocaba una canción que había compuesto para su futuro bebé, el cual llegaría en unas semanas. Era una nana que se transformaba en una balada de amor.

Entonces, la tierra tembló, los cuernos sonaron alertando de un ataque y el cielo se iluminó mientras los devoradores cruzaban el bosque de espíritus.

Cuando volvió a por ella unas horas más tarde, estaba tendida en el suelo sobre un charco de sangre y apenas respiraba.

Y él solo pudo salvar a su hija sacándola de su vientre.

Capítulo 52

Las rodillas de Moonlight se doblaron y cayó al suelo mientras se le sacudía el pecho y los ojos se le anegaban de lágrimas. Sollozaba de forma incontrolable.

La bruja tenía los ojos muy abiertos y una expresión muda y estupefacta.

—Era... —dijo.

Moonlight tenía el corazón roto. El alma de su padre, que vivía dentro de ella, había entregado los recuerdos de su madre para que ella no tuviese que renunciar a los suyos. Se hizo un ovillo mientras se abandonaba al llanto. El dolor de su padre se mezclaba con el suyo propio. Su madre... Él la había amado tanto. Su pérdida le quemaba en el pecho.

La presencia de Finvannah se retiró y Moonlight volvió a estar en el círculo de niebla oscura.

El rey perdería los recuerdos de su amada para siempre. No solo los entregaba como pago a cambio de liberar a su hija, también le regalaba a ella aquellos recuerdos. Ahora serían de Wynd y permanecerían en su mente.

Por fin había conocido la historia de sus padres.

—Impresionante. Dos almas tienes dentro de ti —murmuró la bruja—. Cómo romper el juramento ahora te diré.

La taberna del tercer distrito estaba abarrotada. Quizás porque era un cuchitril diminuto y oscuro donde tocaban música estridente y la gente iba a perder el sentido, literalmente. Moonlight observó como una de las camareras, una mestiza de fauno, mezclaba polvos de hada y salvia pura en las copas.

Había intentado encontrar el rastro de su padre en su cabeza. Si el alma contenía los recuerdos, la memoria, los sentimientos, la energía que fluía en sus cuerpos y todo aquello que los hacía ser quienes eran; entonces eso era lo que quedaba del alma de Finvannah en su hija. El cuerpo de Wynd no era más que un frasco que contenía parte de su alma.

Miró las bebidas alucinógenas otra vez y se pasó la lengua por los labios. Se levantó el velo y se acercó a la barra con decisión esquivando cuerpos sudorosos, le birló unas monedas de plata del bolsillo a un tipo enorme y pidió dos chupitos de salvia.

La camarera arqueó las cejas con escepticismo.

—¿Estás segura de saber manejarlo?

Moonlight puso las monedas en la barra y le dedicó una sonrisa amplia que mostraba sus

colmillos de forma siniestra.

—Sí —prácticamente gruñó.

La mestiza se encogió de hombros y sirvió los chupitos. Tenían un tono verdoso moteado de oro. Moonlight no recordaba si alguna vez había probado los alucinógenos. Seguramente no: aquello podía volver loco a un humano y era caro.

Se tragó el primero de golpe, sacudió la cabeza, que le zumbó, y luego hizo lo mismo con el segundo. El líquido le chisporroteó en las venas y le calentó el cuerpo desde la garganta hasta el vientre. La piel le hormigueó y sintió que la recorría una efervescencia febril.

—Otro —pidió sintiendo la lengua más pesada de lo habitual.

La camarera puso los ojos en blanco y le sirvió un tercer chupito que la dejó con los sentidos entumecidos. El dolor y la presión en el corazón se desvanecieron y se sintió más ligera. Cogió aire, llenó sus pulmones y suspiró.

De repente, en el centro del local, divisó la imponente figura —pues era unos centímetros más alto que la mayoría— de Aren. Volvió a bajarse el velo.

«No debería», pensó la parte consciente de su cabeza. Era peligroso.

Pero el corazón le latía acelerado, la música vibraba frenética en su interior, la piel le ardía... Se sentía sedienta, hambrienta... Frustrada.

Recorrió cada centímetro de él, se lo bebió, se lo comió. Le faltaba el aire al mirarlo.

Aren se giró en su dirección cuando sintió sus ojos quemándole en la piel. Sus labios se estiraron en una sonrisa ladeada y su mirada se iluminó.

Moonlight tragó saliva y se acercó a él con decisión.

—Leb... —comenzó a decir Aren.

Moonlight lo cogió de la nuca enredando los dedos en su pelo, que era de una suavidad extrema, se estiró de puntillas contra su cuerpo y lo besó acariciándolo con la lengua. Se sentía fuera de sí, movida por una energía llameante.

Aren trastabilló por la sorpresa. Se perdió unos segundos en el beso, dejándose arrastrar por la sensación. No estaba acostumbrado a que ella tomase la iniciativa, y la sensación lo desarmó por completo.

Trató de apartarse.

Moonlight se lo impidió. Le mordió el labio inferior y tiró. Un gruñido de puro placer abandonó la garganta de Aren. Hundió los dedos en la cadera de ella, pero no la movió.

—Moon —jadeó torturado.

Moonlight se quebró igual que lo hizo la voz de él.

Los dedos de Aren se colaban bajo su fina camiseta. Su piel ardía húmeda por el sudor. Le pasó el pulgar por la barriga y ella balanceó el cuerpo siguiendo el ritmo decadente de la música.

—Por favor... —murmuró él.

Trazó el contorno de su ombligo con el dedo y sintió cómo ella se encogía. Sus músculos se tensaron de la forma más deliciosa. El pecho de Moonlight subía y bajaba pesadamente, y gotas

perladas resbalaban por la piel de su escote. Aren se pasó la lengua por los labios.

La música estalló a su alrededor y la pequeña multitud danzó.

Ella tenía la boca entreabierta y su aliento salía en forma de jadeos.

—Es peligroso. —La voz de Aren sonó ronca, deliciosamente áspera—. No deberíamos...

La chica le pasó el dedo índice por el pecho, subió hasta su hombro y continuó por su nuca, donde arrastró las uñas entre su pelo. Él cerró los ojos. La inocencia que se escondía en el gesto lo empujó hacia el abismo de lo irracional.

Llevó la mano hasta la espalda de Moonlight y notó como se arqueaba.

—Tenemos que parar. —Su voz tenía un punto salvaje.

—¿Por qué? —respondió ella tan bajito que casi no la oyó.

Después, pasó los dedos por su pecho y bajó sintiendo cómo los músculos de Aren se tensaban. Le ardía el cuerpo en oleadas. Nunca había sentido un deseo tan devastador y salvaje. O quizás es que poco a poco estaba asimilando que aquello era real, que él era suyo; y esa sensación era poderosa y arrolladora.

Aren no podía apartar la mirada de su boca, de sus labios rosados entreabiertos; quería fundirse en ellos. Quería más. Había fantaseado demasiadas veces con ello.

Ella siempre había sido distante, esquiva, contenida. Aquello era como una pequeña victoria, un paso más en su relación. Aren sentía que al fin le dejaba entrar, que le regalaba intimidad, y la sensación de euforia lo arrasó por completo.

—Eres la criatura más hermosa que ha pisado jamás esta tierra. No te haces una idea de lo enamorado que estoy de ti... —susurró Aren chocando su frente con la de ella.

Sus narices se tocaban a través de la tela, sus labios se rozaban, sus alientos se mezclaban...

—¿Sabes? La noche del solsticio, cuando me vi en el espejo, lo primero que pensé fue en ti mirándome —dijo la muchacha cerrando los ojos. La cabeza le daba vueltas ligeramente—. Nunca me preocupó mucho mi aspecto, pero... siempre me ha gustado como... como me miras tú.

Los ojos de Aren adquirieron un tono oscuro de noche cerrada, sus pupilas se dilataron y brillaron como brasas incandescentes. Tensó la garganta y tragó pesadamente. Moonlight abrió los ojos. Podía ver el latido frenético del corazón de Aren en su cuello.

—Me gusta cómo me haces sentir —confesó con el corazón subiéndosele a la garganta.

Aren le tomó el rostro con ambas manos. A pesar de que lo hizo con suavidad, su gesto no denotaba ternura, sino posesión y desesperación. El velo se arrugó ligeramente con el gesto.

Prácticamente no habían vuelto a besarse desde el encuentro en el callejón.

El pecho de Aren vibró con un gruñido bajo cuando la sintió estremecerse junto a su cuerpo. Ella le devolvió el beso con la misma pasión, con la misma necesidad. Llevó las manos hasta su pelo y lo acarició frenética. Aren la acarició con la lengua y ella gimió suave. Aquello los precipitó en una espiral.

Antes de que se diese cuenta, Aren la estaba guiando fuera de la pista. Sentía el cuerpo débil y tembloroso. Era pura adrenalina, pura anticipación. Traspasaron un par de puertas hasta llegar a

un pequeño almacén prácticamente a oscuras. La música retumbaba en las paredes.

Chocaron con un par de estanterías.

—Deberías decirme que pare —jadeó él mientras le besaba el cuello.

Ella metió las manos bajo su camiseta y le pasó los dedos por la espalda. Dioses, él era perfecto en todos los sentidos.

—Por ejemplo ahora —ronroneó Aren mientras le desataba las cuerdas que cerraban su pantalón.

Moonlight sintió los músculos de su vientre encogerse. Pensó que se le pararía el corazón, que se desharía en pedazos en cualquier momento.

Aren se arrodilló frente a ella y la observó con adoración.

—O ahora... —dijo pasando la punta de los dedos por los huesos de sus caderas.

Los párpados de la chica aletearon hasta cerrarse. Despegó el cuerpo de la pared y lo inclinó hacia él. Pegó las manos a la piedra para sostenerse.

—O definitivamente aho...

—No quiero que pares —susurró ella con la voz cargada.

Su tono tímido, inocente y a la vez lleno de anhelo lo desarmó.

Aren le bajó el pantalón con un tirón firme. Moonlight se removió ansiosa y en parte cohibida. Abrió los ojos y observó su expresión. Tenía un brillo depredador en los ojos, y algo más: algo que era cándido y dulce.

La muchacha tenía tres lunares al borde de su ropa interior. Aren bajó la prenda unos centímetros y los unió trazando una línea invisible con el dedo. Como si dibujase una constelación.

—¿Sabes lo que es una binaria eclipsante? —preguntó. El tono grave y profundo de su voz le hizo cosquillas en la piel.

Moonlight negó en silencio, demasiado concentrada en lo que él hacía.

—Somos tú y yo. Perseo tiene una estrella que cambia de color y que a veces parece apagarse, pero en realidad son dos estrellas que comparten la misma órbita y que de vez en cuando se eclipsan. Desde nuestra perspectiva parecen una sola estrella, pero esos pequeños cambios de tono las delatan. Al final esas estrellas, con el paso de los años y los siglos, acabarán fundiéndose. —Aren besó el interior del hueso de su cadera con adoración—. Yo...

—Quiero —susurró ella. Se alegró de que la oscuridad y la capucha ocultasen su rostro sonrojado—. Quiero que sigas, por favor.

Aren besó la piel de sus muslos y fue ascendiendo lentamente.

—Tú y yo compartimos la misma órbita —murmuró contra su piel mientras ella se retorcía.

Cogió su ropa interior y buscó su rostro. Esta vez no echó de menos sus ojos: podía ver lo que sentía en todos los demás gestos: la barbilla levantada, su pecho sacudiéndose, las manos ancladas a la pared para no salir flotando. Le quitó aquella pieza de tela con una delicadeza que la hizo temblar. La agarró de la rodilla y le hizo flexionar una pierna.

Ella nunca había estado demasiado cómoda con la desnudez. Siempre había esquivado la visión de su propio cuerpo, porque jamás le había parecido hermoso y porque contaba más de lo que a ella le gustaba compartir. Hablaba de su pobreza, de sus cicatrices, de sus complejos y heridas.

Permitirle a él verla desnuda fue un acto de valentía. Un salto de fe. Fue una forma de expresarle cuánto confiaba en él y cuánto lo amaba.

Y no se arrepintió.

—Y puede que a veces estemos en el punto más alejado el uno del otro —siguió diciéndole él.

Su voz y aliento la acariciaron en su desnudez y le arrancaron un gemido.

Moonlight sabía que estaba hablando para ocultar su nerviosismo —lo veía temblar— y para que ella misma estuviese cómoda. Iba despacio, se lo tomaba con calma y la hacía sentir segura. Los dedos largos y fuertes de Aren la sostuvieron hundiéndose en su piel. Acercó la boca y la probó.

Una de las manos de Moonlight se movió por puro instinto y agarró el cabello de él mientras se arqueaba.

—Te aseguro que nos fundiremos —gruñó mientras la recorría con la lengua.

Después, llevó una de las manos hasta su culo y la pegó a él mientras la devoraba despacio y profundo. La chica se derretía en su boca. Aquello era lo más parecido que había experimentado nunca a trascender. Sabía que su vida a partir de ese momento no sería igual, que viviría por repetir aquello una y otra vez.

Él la besaba, saboreaba, lamía, acariciaba... Aren jamás se había sentido más poderoso; jamás había sentido un placer igual. Ella gemía su nombre, se mordía el labio con fuerza, le tiraba del pelo con suavidad y clavaba los dedos en la pared al mismo tiempo que él se hundía en ella.

Aren perdió la poca serenidad y paciencia que le quedaban. Se dejó llevar con un gruñido hambriento hasta llevarla a las estrellas. Hasta deshacerla en esquirlas de hielo, hasta hacerla fundirse como la nieve en primavera.

Aren la sintió vibrar en su lengua, en su boca, en sus manos y en todo su cuerpo.

Capítulo 53

—Sé cómo romper el juramento —anunció Moonlight.

Aren estaba apoyado en la pared de enfrente. Todavía le faltaba el aire. Ella era incapaz de mirarlo a los ojos: pensaba que el rostro le iba a estallar. Sabía que Cordelia y Blue se reirían de su reacción y los echó profundamente de menos.

—¿Cómo? ¿Qué has hecho?

Ella se encogió de hombros tratando de fingir tranquilidad.

—Una bruja.

Aren frunció el ceño.

—¿Qué has pagado?

—Me pidió que olvidase a alguien a quien amo.

—Moon...

—Mi padre. Su alma... liberó los recuerdos de mi madre, se los entregó a la bruja y yo los vi.

Aren quiso buscar sus ojos, ver la expresión que se ocultaba entre las sombras de la capucha, pero ya había arriesgado demasiado esa noche. Estiró la mano. Moonlight dudó unos segundos y fue hacia él. Se sentó en el hueco de sus piernas, algo tensa.

—¿Estás bien?

La muchacha apoyó la cabeza en su hombro. El gesto fue simple, natural, vulnerable y familiar... Le partió el corazón a Aren, que la rodeó con los brazos desde atrás.

Ella titubeó.

—Tengo que unir mi alma a la tuya —susurró.

No le había parecido algo fácil de pedir. Aquello era un compromiso más allá de lo terrenal. Los haría compañeros por toda la eternidad.

Y la posibilidad de que Aren la rechazase le hacía sentir un nudo de terror en el pecho.

—¿Qué?

—Un lazo de unión; entrelazar nuestras almas. Si mi alma está ligada a la tuya, no podrá estarlo a la de Axel si me ves. Podremos estar juntos sin esto —dijo tocando el velo—. Sin tener miedo de que en cualquier momento algo ocurra y me veas el rostro y...

Aren necesitó un momento para procesar lo que eso significaba, lo que implicaba para ellos.

—¿Has bebido por eso? Porque podemos buscar otra solución si... —Se le quebró la voz.

Siempre se había sentido seguro de sí mismo frente a los demás. No en el plano del amor, pero sí en el de la atracción, la fuerza, el poder... Y entonces la había conocido a ella, quien había

conseguido que él desnudara sus inseguridades disfrazadas de falso encanto y socarronería. Wynd, que lo hacía sentir vulnerable, torpe y ansioso solo porque deseaba ser la mejor versión de sí mismo para ella.

Si la idea de entrelazar sus almas la asustaba, buscaría cualquier otra solución, aunque tuviese que recorrer el continente entero, adentrarse más allá de las Hillias o cruzar el Sykraa.

Aun así, Aren sintió una punzada en el corazón al imaginar su rechazo.

—Cuando me lo ha dicho, me he preguntado si... Mi padre entregó su vida por mí porque después de perder a mi madre no se veía capaz de seguir. Perderla le partió el corazón; lo mató. Era el hombre más poderoso sobre la tierra y consiguieron derrotarlo matándola a ella. —Se miró las manos, que le temblaban—. ¿Quieres eso? ¿Exponerte así? Tú podrías ser invencible...

—¿Y tú? ¿Quieres eso? —le preguntó Aren con el corazón en la mano.

—Podría tener el mundo entero bajo mis pies, tener éxito en mi venganza, podría ser la persona más poderosa de este mundo, pero sin ti no tendría sentido. No ahora que sé lo que se siente al amar y ser amado. Me he sentido sola tanto tiempo... Aren, yo soy mejor contigo, lo sé. —Él notó cómo ella se debatía—. Una parte de mí teme que no quieras...

—Eh... —dijo él dándole un beso en la cabeza. Era uno de esos raros momentos en los que ella le dejaba ver su inseguridad—. Mi corazón es tuyo, lo es desde hace mucho tiempo y no me importa lo que hagas con él. —Tragó saliva. En sus ojos brillaban miles de emociones—. Tú me haces invencible. Y sé que no dejaré de amarte en esta vida y en todas las demás que vengan. Mi alma ya está ligada a la tuya, me elijas o no, se crucen nuestros destinos o no. Donde quiera que esté, donde quiera que los remolinos me lleven, para mí siempre serás tú.

Moonlight sonrió y luego rio.

—Gracias... Ha sido bonito. Quizá algo empalagoso, pero...

Aren le clavó un dedo en la espalda haciéndole cosquillas y ella se apartó.

—Siempre tan arisca... —se quejó con una sonrisa.

—Se te da bien dar discursos, heredero —lo pinchó ella relajándose de pronto.

—Sé usar la lengua de muchas formas distintas... y en todas soy sobresaliente —se burló Aren.

La chica le dio un codazo y masculló una sarta de insultos y amenazas que tenían que ver con cortarle la lengua para no escucharlo más.

Capítulo 54

La comitiva avanzaba a buen ritmo cruzando el bosque de sombras. Cordelia y Blue tenían las manos encadenadas con acero de dragón encantado y los ojos vendados. Ambos iban sentados en el suelo de un carruaje cerrado.

El ruido de los caballos trotando y de las ruedas del carro era lo único que perturbaba el extraño silencio que había en el lugar.

—Estamos en el bosque de sombras —susurró Cordelia—. Lo siento.

Recordaba como una pesadilla la noche que habían pasado allí en las pruebas. Blue no dijo nada, pero su respiración se agitó. Él también tenía pesadillas con aquel lugar.

Había estado extrañamente silencioso desde los interrogatorios. Cordelia se estremeció. Tyr, con su melena negra y sus ojos casi blancos —uno de ellos cruzado por largas cicatrices— le había dado terror. Indefensa como estaba, él había usado su magia para adentrarse en su sistema nervioso y provocarle dolor hasta arrancarle parte de la verdad.

La muchacha había conseguido evitar hablar de Iver, de Sibhon y Thorn. Cargaría con la culpa. Incluso había intentado convencerlos de que ella era la que lo había orquestado todo y había arrastrado a Blue.

El carruaje frenó abruptamente y la lanzó contra el suelo. El pesado silencio se rompió. Los árboles crujieron como huesos quebrándose. El suelo tembló y el caos estalló a su alrededor.

Cordelia chilló, entre sorprendida y asustada.

—¡Defended posiciones! —gritó alguien.

La madera del carruaje voló en pedazos, las astillas saltaron por todas partes y algunas se clavaron en su piel.

Oyó a Blue jadear dolorido.

—¡Entre los árboles! —dijo otra persona.

Todo sucedió tan rápido y confuso que tardó unos segundos en comprender que los estaban atacando. Cordelia sacudió la cabeza: se la había golpeado con tanta fuerza que le pitaba uno de los oídos.

Trató de buscar desesperadamente a Blue palpando con sus pies.

—¡Blue! ¡¿Estás bien?!

Se oían gritos, quejidos y lamentos. Golpes y cortes.

Tiró de las cadenas con todas sus fuerzas. Se frotó la cara con el hombro, desesperada por quitarse la venda.

—¡Blue, contéstame! —chillaba asustada.

El metal se le clavaba en la piel cortándola, mordiéndola, pero aun así tiró más fuerte.

—¡Blue! —volvió a llamar, pero no oía a su amigo—. ¡Ayuda! ¡Ayudadnos! —suplicó.

Alguien saltó dentro del carruaje, que se tambaleó. Cordelia se quedó inmóvil. El miedo la paralizó. El corazón le dejó de latir y en su cabeza todo se volvió negro. Todo su sistema colapsó y el pánico tomó el control.

La madera crujió conforme el intruso se movía. Cordelia se arrastró sobre la madera impulsándose con los pies. Se pegó a la pared con todas sus fuerzas hasta hacerse daño. Estaba indefensa, atrapada, sin posibilidades. Nunca había experimentado el miedo como algo tan real y palpable. El terror la asfixió.

Notó que se aproximaba a ella. Una mano la alcanzó y ella trató de apartar el rostro, pero el intruso le levantó la venda.

Parpadeó para acostumbrarse a la claridad. Y Tyr le devolvió la mirada.

—¿Dónde está tu compañero?

Cordelia tardó unos segundos en procesarlo. La imagen de Tyr lleno de sangre, los árboles destrozados, el carruaje hecho pedazos, el olor a putrefacción, a hierro y a muerte. Y lo peor de todo: el lugar donde llevaban sujeto a Blue vacío.

Miró estupefacta a Tyr.

—Blue... —Miró a su alrededor—. ¡Blue! —gritó y tiró de su cadena—. La... El carruaje voló en pedazos, yo no... Se lo han llevado —dijo horrorizada.

Tyr desató las cadenas de su agarre y la levantó tirando de ella con fuerza. Cordelia tropezó y dio con las rodillas en el suelo antes de levantarse.

—Nos han emboscado. Criaturas del caos y humanos rebeldes.

Había varios soldados muertos o malheridos en el suelo y cuerpos vestidos de negro desparramados. Una sangría. Un enorme pies cuadrados boqueaba y se sacudía sobre los enormes árboles que había partidos bajo su peso y que se le clavaban en el cuerpo.

Cordelia sintió náuseas. Estaba segura de quién se había ocupado de él.

—Iban a por vosotros. Parece ser que no me lo has contado todo.

Cordelia le dedicó una mirada furiosa.

—¡¿Estás diciendo que esto es cosa nuestra?! Se han llevado a mi mejor amigo. Es un rhydra, ¿sabes lo que eso significa? Nosotros nunca hemos trabajado con nadie y no he conocido a un humano jamás...

«Wynd». Ella era una asesina de sidh, una humana. Observó los cuerpos de los atacantes... ¿A eso se había dedicado ella?

—Tendrías que estar buscando a Blue. No puede estar muy lejos. Lo torturarán, lo matarán.

Tyr la miró estrechando los ojos.

—No, estamos apenas a unos kilómetros del bosque de espíritus. Allí estaremos a salvo. Te entregaré en la colina hueca; esa es mi prioridad.

Cordelia apretó los dientes y tiró de las cadenas. No lo entendía. Blue estaba en peligro. ¿Por qué solo se lo habían llevado a él? Se sentía tan inútil e impotente.

—Caminaremos. Han matado a todos los caballos.

—¡No! Son humanos, no son rápidos. Blue no puede defenderse por culpa de estas malditas cadenas. No me importa: encadéname aquí, haré un juramento si es necesario y no me moveré, pero búscalo.

Tyr le oprimió la garganta con su poder, haciéndola callar.

—No hablarás hasta que yo te lo pida. Mi misión es llevarte a la colina hueca y eso haré. De todas formas, estáis condenados a muerte. Si esos estúpidos rebeldes humanos quieren desquitarse con tu amigo, que lo hagan.

Cordelia derramó lágrimas silenciosas. Estaba harta de sentirse inútil e impotente, de ser incapaz de proteger a las personas que quería. Tyr la empujó para que caminase.

Echó una última mirada hacia el bosque. Ahora solo quedaba ella.

Capítulo 55

Thorn estaba en su despacho observando el último informe que había recibido. La comitiva que llevaba a Cordelia y Blue había sufrido un ataque en el límite del bosque de sombras. Solamente Tyr y Cordelia habían sobrevivido y esta última había sido entregada con éxito. Blue estaba desaparecido.

Aren lo observaba apoyado en la pared de enfrente.

—Tenemos que darnos prisa —dijo el heredero con mirada sombría.

—¿Cuál es tu plan? ¿Quieres entrar y luego qué? ¿Cómo pretendes sacarla?

Thorn esperó que él se encogiese de hombros y dijese alguna frase del tipo: «Ya lo averiguaré». Pero no lo hizo. En su lugar, estrechó los ojos agudizando su expresión, como un halcón a la caza de una presa.

Aren ya tenía un plan.

—Tendrá que vivir escondiéndose —siguió Thorn.

—Supongo que no prefieres la alternativa: su muerte.

El entrenador se revolvió en su silla.

—¿Qué preferirías tú: vivir alejado de todo lo que conoces y a todos los que amas, desterrado y solo, o morir?

—Cordelia no estará sola. Tampoco Blue cuando lo encuentre.

Thorn observó en silencio a Aren. Nunca habían tenido una relación estrecha. Antes de las pruebas, lo había visto alguna que otra vez en el Palacio de Cristal o habían intercambiado información para el Deirnas. Por supuesto, conocía su reputación. Pensaba que no era más que otro arrogante sidh de clase alta, un niñato prepotente y pretencioso igual de sanguinario y letal que su padre.

Desde las pruebas, su relación había cambiado ligeramente. Quizá porque su imagen de él también lo había hecho. Se había enamorado de una chica sin apenas poder mágico, una sidh menor —algo que lo diferenciaba de su padre, pues este los detestaba—, y su amor se extendía también a los que ella amaba.

Y lo sabía; sabía que Aren apreciaba a Cordelia, porque las chispas que la salvaron de la muerte en la tercera prueba las había creado él. Herice no prestaba atención a los participantes lo suficiente como para notar eso, pero él conocía la magia de Cordelia como para saber que no era suya.

Lo había hecho para ayudar a Wynd. Igual que ahora estaba intentando rescatar a sus amigos,

a pesar de ser algo suicida y temerario.

—¿Qué pasó realmente con ella? —preguntó Thorn.

Aren arqueó la ceja partida.

—¿De qué hablas?

Thorn se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos.

—Con la chica nikt.

—Ya lo sabes.

—¿Lo sé? Hasta hace unas semanas creía saber cuál fue su destino, pero ahora me pregunto si realmente fue así.

Thorn lo estudió con atención. Aren había ayudado a escapar a la que era sospechosa de asesinar a los consejeros. Alguien había atacado a Nos salvajemente, tanto que seguía inconsciente en el Helisa, y Aren lo estaba encubriendo. El hecho de que hubiese ido en contra de su padre, de que estuviese a punto de jugarse la vida para ayudar a Cordelia y a Blue...

—Está viva —dijo Thorn.

Aren saltó encima de la mesa del despacho. Fue una sombra, un borrón oscuro. Envolvió a Thorn en su aura hasta que la luz desapareció por completo.

—Cuidado, entrenador —lo advirtió.

—Nadie vio su cadáver, solo tú corroboraste su muerte. Traicionaste a tu padre por ella... —siguió Thorn atando cabos.

—No es exactamente así... Sabes que no te dejaré salir vivo de aquí para que vayas a hablar con mi padre.

—Pero estabas... estabas destrozado, hablamos sobre ello.

—Es una larga historia.

—¿Sabías que estaba viva y no se lo dijiste a Cordelia? Tenía derecho a...

—No es tan simple. Nunca lo es, tú lo sabes. ¿Si no, por qué no le contaste a Cordelia que mi padre te chantajea para que le des información de los rhydra? ¿Por qué no le dijiste que tu padre se dedicaba a ayudar a humanos y que está en la colina encerrado?

Thorn no podía ver a Aren, pero sentía su voz susurrándole desde las sombras.

Sus padres tenían una armería. Siempre habían sido comerciantes normales, personas tranquilas y trabajadoras. Nunca habían querido que se presentara a las pruebas para los rhydra, pero él siempre había destacado por sus habilidades físicas y no les hizo caso. Pasó las pruebas, se clasificó, y estaba todavía a expensas de graduarse cuando detuvieron a su padre por conspiración. Lo habían pillado ayudando a humanos, y no solo eso: lo hacía con otros sidh a los que él había organizado. Les llevaban herramientas, ropa, comida, armas incluso.

Desterrarían a su madre por ser cómplice, los despojarían de todas sus propiedades y exigirían la pena de muerte para su padre. Él pidió audiencia con el Deirnas para suplicar por ellos, para al menos tratar de salvar a su madre. Acababa de volver de una misión, así que se presentó con su uniforme.

—¿Eres un rhydra?

—Sí, señor. Bueno, todavía no me he graduado, pero...

—¿No has pronunciado el juramento?

—No, me quedan dos semanas.

Los ojos de Aeris habían brillado entonces. Le ofreció que, a cambio de que trabajase para él, su padre viviría y que permitiría que su madre se marchase a otra ciudad, después de haber vendido su casa y la armería. Un lugar donde empezar de nuevo.

—No puede quedarse: hay muchos que saben lo que han hecho, y no puedo permitir que vean que hay impunidad para esos crímenes. Pero dejaré que viva en territorio sidh y que conserve el oro de las ventas. Cuando hayas trabajado para mí los años suficientes, liberaré a tu padre. —Lo miró con esos ojos fríos, dos abismos que albergaban terror—. No pienses jamás en traicionarme o ambos morirán.

El Deirnas le había hecho la cicatriz que le cruzaba el rostro como firma de su trato.

—Mi padre en realidad no planea liberar al tuyo —dijo la voz de Aren, trayéndolo de vuelta de sus recuerdos—. Y tampoco a ti de tu tarea. Lo sabes. Voy a decirte algo que debes conocer: el motivo por el que Cordelia y Blue están en la colina y el motivo por el cual ese sitio será donde se produzca la primera batalla importante. Quien lo posea, será el que más ventaja tenga sobre esta guerra. Y por eso debemos darnos prisa y sacar a Cordelia de allí.

—¿De qué hablas?

La oscuridad se disipó alrededor de Aren. Tenía una mirada siniestra.

—Quiero que sepas que, si no estás conmigo, haré que mi padre te mate. Si me traicionas, no encontrarás refugio a su lado.

—¿Es una amenaza?

—Es un hecho. ¿Entonces?

Thorn suspiró.

—Estoy contigo.

Aren sonrió complacido.

—Tanto mi padre como Grianan querrán tener el control sobre la cárcel y, una vez lo tengan, te aseguro, matarán a todos los que están allí dentro independientemente de sus condenas. Los usarán para el ritual...

Capítulo 56

La colina hueca estaba coronada por un enorme castillo en ruinas. La hierba a su alrededor permanecía negra y quemada. Un monumento a la desolación. El mayor símbolo de lo que se conocía como la Gran Guerra: la tumba del rey Finvannah. Estaba escondida en medio del bosque de espíritus, donde los enormes árboles ancestrales de grandes raíces creaban una cúpula de ramas colgantes y hojas en todos los tonos posibles entre el verde y el azul. Arriba, pegadas al tronco, frutas destelleantes que iluminaban el bosque.

La colina tenía varios niveles en la superficie y otros tantos más que se hundían en la tierra. Era un laberinto de caminos, recovecos, cuevas y celdas. Era evidente que la estructura de la Academia se había inspirado en ella. Pero donde la Academia era orden y planificación, la colina era algo salvaje y natural. Esa había sido la sede de la corte *faerie* durante milenios, su hogar, y la naturaleza y la magia eran los que la habían creado y seguían reinando por encima de los hombres que la ocupaban.

En el piso inferior, donde la tierra era negra y olía a humedad, las piedras tenían aspecto volcánico y las paredes estaban calientes, se encontraban los presos condenados a muerte; incluidos los marcados por la estrella de seis puntas.

La colina no era ni del Deirnas ni de los rhydra. Ambos tenían soldados, generales y cónsules controlándola, pues era la fuente de la magia de los sidh.

Cordelia fue lanzada a una diminuta celda cuyos barrotes estaban hechos de acero de dragón encantado. Dentro no había más que una maltrecha cama y un pequeño aseo. La única luz que entraba era la del corredor, que se proyectaba en las paredes e iluminaba la parte más cercana a los barrotes. El resto quedaba en penumbra. Dolía más estar allí dentro después de haber sido testigo de la belleza del bosque de espíritus. Pensar que pasaría en ese lugar sus últimos días sola le quebró el alma.

La primera noche no pegó ojo: no dejaba de imaginar a Blue sufriendo distintos destinos, todos ellos horribles. Para cuando amaneció, lo cual solo notó porque los soldados llevaron el desayuno, la muerte ya le parecía su mejor opción. No lo soportaría: las horas se le hacían tan largas como días y la desesperanza le arrancaba poco a poco trocitos de cordura.

—Hacía tiempo que no traían a nadie nuevo a esta ala —dijo una voz al otro lado de la pared.

Cordelia, que estaba tirada hecha un ovillo en la cama, levantó la cabeza.

—¿Me hablas a mí?

—No parecías el tipo de persona que acaba aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué parezco?

La voz no contestó inmediatamente.

—¿Qué has hecho?

Cordelia consideró ignorarla, pero se dio cuenta de que durante un instante no había contado los segundos que pasaban.

—Romper las reglas.

—Como todos aquí —rio—. Tendrás que ser más específica.

—Creer que podía volar más alto de lo que se me permite. —Se encogió de hombros, a pesar de que la otra persona no podía verla—. Supongo que ser estúpidamente ilusa.

La voz del otro lado permaneció en silencio, como si estuviese sopesando sus palabras.

—¿No es eso lo que nos ha traído aquí a casi todos?

—¿Qué quieres decir?

—Hay pocos sidh puros en el área «especial», y todos por las mismas razones.

Cordelia se levantó de la cama y se acercó a la pared desde la que oía la voz. Había estado tan destrozada, asustada y quebrada que se había olvidado de que había alguien a quien buscaba allí abajo.

—¿Has visto a los demás? Un momento, ¿qué eres tú? ¿Y los demás?

—¿Los demás?

Cordelia dudó un momento. No le quedaba nada que perder: ya estaba allí dentro privada de libertad y condenada a la muerte. Poco importaba lo que le contase.

—Los que no han pasado las pruebas.

La voz permaneció en silencio y luego habló en un tono que parecía divertido.

—Así que lo sabes.

—Por eso estoy aquí.

—Están en el otro lado. Ellos tienen mejores celdas y condiciones. Aquí estamos a los que quieren castigar especialmente. Si tienes mal comportamiento, te mandan por aquí antes de, ya sabes..., matarte.

—¿Hay alguna diferencia? Al final todos moriremos.

La voz rio con musicalidad y Cordelia se dio cuenta de que era una chica.

—Respondiendo a tu anterior pregunta: aquí abajo hay dos más. Un hombre mayor, que lleva más tiempo del que los sidh suelen durar. Y un joven que, al igual que tú, averiguó la verdad sobre las pruebas.

Cordelia pegó ambas manos a la pared. El corazón le dio una voltereta en el pecho.

—Iver —susurró.

—¿Lo conoces?

—Vine aquí por él.

—Puede que me haya equivocado contigo —dijo la chica.

—No me has respondido a la otra pregunta que te hice. ¿Qué eres tú?

La chica rio ligeramente.
—Sidh menor, prácticamente humana. Encantada, me llamo Alyn.

Capítulo 57

Lebhar la estaba esperando en la puerta primera. Aren y él habían organizado todo y la habían dejado aparte. Sospechaba que ambos estaban molestos porque había ido a enfrentarse a la bruja por su cuenta. En cierto sentido, le resultaba gracioso que los dos se llevasen tan bien. Sobre todo teniendo en cuenta que Lebhar y Aren tenían personalidades completamente opuestas.

Lebhar estaba oculto en las sombras de los primeros árboles del bosque de espinas. Levantó la cabeza hacia el cielo, aunque no abrió los ojos.

—Debemos darnos prisa, casi es medianoche.

—¿Estás molesto conmigo? —preguntó ella. Lebhar permaneció en silencio—. Debía hacerlo.

—Lo sé, pero estaba preocupado. Tuvo que venir él a contármelo.

Moonlight sintió un extraño peso en el pecho. Culpabilidad. No estaba acostumbrada a que nadie se preocupase por ella.

—Lo siento —murmuró, masticando las palabras.

Creyó oír la risa de Lebhar.

Se adentraron en el bosque sin seguir ningún camino. Echó la mirada hacia atrás. Pronto haría un año que había entrado en aquella ciudad y su vida había cambiado para siempre.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí.

—¿Pero?

—Estoy nerviosa.

—¿Por qué?

—Porque nunca he sabido amar. —Se miró las manos—. Sé lo que es odiar, lo que son la venganza y la ira; eso puedo hacerlo de maravilla, pero...

—¿Te da miedo querer o te da miedo que te quieran?

Moonlight guardó silencio. No dejaba de oír la voz de Nana diciéndole que el amor la destruiría, que la convertiría en una guerrera débil. Y su padre era el mejor ejemplo de ello: el amor lo había matado.

—Me da miedo alcanzar lo que deseo y perderlo. Sé que no podría recuperarme.

—Suele creerse que la gente invencible es la que no tiene nada que perder. No es cierto; ellos no tienen nada por lo que luchar. La pasión, el miedo, el amor... Eso será lo que te mueva cuando no te queden fuerzas.

Moonlight miró a Lebhar. La imagen de su propio cuerpo precipitándose al vacío durante la

tercera prueba se proyectó en su cabeza. Se había rendido. Durante un momento, se rindió, y entonces había escuchado la voz de Aren...

Y se dio cuenta de que tenía razón: sus sentimientos la hacían más fuerte.

Caminaron un rato más adentrándose en una zona en la que nunca había estado, lo suficientemente lejos como para perder de vista la ciudad. Dejaron atrás los enormes árboles de espinas que dieron paso a sauces verde esmeralda, amarillo y un color entre rosa y naranja que se asemejaba al del atardecer.

—Todavía resisten —dijo Lebhar—. Son árboles ancestrales, árboles de espíritus. Antes había muchos más. —Le tendió una bolsa—. Póntelo. Es un traje especial para la ceremonia, tiene bordados los hechizos.

Moonlight se ocultó dentro de la cortina de ramas de uno de los árboles. Sus hojas tenían un brillo tenue que le permitía verlo. Era un vestido entre el azul medianoche y el púrpura, de cuello cerrado, entallado al cuerpo y con mangas largas. Los hombros estaban marcados. La tela era una combinación de partes opacas y duras con otras traslúcidas y suaves. Estas dibujaban en relieve sobre su cuerpo: formas geométricas, sinuosas espirales y lo que parecían constelaciones.

Lebhar le colocó el velo cuajado de estrellas bordadas con diminutas piedras. Parecían haberla vestido con un manto de la noche misma.

—Está encantado —explicó Lebhar—. Para que puedas ver a través de él, pero no seas vista.

—Es la noche.

—Noche y estrellas.

A continuación, Lebhar le pidió que se diera la vuelta. Levantó el velo mostrando la piel desnuda de su espalda y comenzó a trazar un dibujo siguiendo la línea de su columna.

—Y la luna, que reina sobre ellas —dijo Lebhar pintándole sus fases.

Aquel día no se había tintado el pelo, lo llevaba de su color natural. Y el contraste de colores le trajo el recuerdo de la nieve cayendo bajo el cielo oscuro de la noche en la que había muerto.

En el rostro inexpresivo de Lebhar se adivinó una lágrima mientras la observaba.

—Ellos habrían deseado estar aquí contigo.

Moonlight dio un paso hacia él y lo rodeó de manera torpe con sus brazos. Ahora se preguntaba si el consuelo que había encontrado en la biblioteca se debía a que el alma de su padre había reconocido a su general y amigo.

Para ella, Lebhar se había convertido en familia.

—Pero estás tú —susurró.

Ninguno de los dos era muy propenso a hablar de sentimientos, y ninguno se sentía cómodo expresándolos abiertamente. Llevaban meses trabajando juntos y era la primera vez que los dejaban aflorar.

—Vamos, estoy seguro de que estará impaciente.

Se adentraron en la pequeña frondosidad de los sauces. Un camino de musgo y hierba mullida cubierta de pequeñas flores silvestres los condujo hacia un enorme sauce que sobresalía en altura

y anchura. Sus hojas, del tono exacto del amanecer —entre el púrpura azulado y el rosa—, dejaban entrever la figura de Aren.

Lebhar apartó la cortina de ramas y la dejó pasar. El interior era espacioso y estaba iluminado por luces flotantes.

Aren iba vestido en un tono azul oscuro semejante a la noche cerrada. Llevaba una chaqueta entallada sin abotonar, con los remates en hilo de plata, y la camisa abierta, la cual dejaba al descubierto su pecho y cuello, en los que tenía dibujadas las mismas constelaciones que el vestido de Moonlight. Tenía las uñas pintadas del color de su traje.

A pesar de ello, sus bucles seguían salvajemente desordenados. Estaba nervioso, y eso la hizo sonreír con ternura.

—¿Estáis listos? —preguntó Lebhar.

Aren cogió la mano derecha de Moonlight y asintió. Ella trató de disimular que sentía el corazón a punto de saltarle fuera del pecho.

Lebhar dibujó dos espirales en el suelo, dos remolinos bajo los pies de cada uno. Ninguno se tocaba.

—Igual que el orden y el caos son contrarios pero se encuentran y se entrelazan, se mezclan y se entienden, se comparten, se entregan y se permiten. Igual que el orden y el caos, que existen por separado pero también unidos, se pertenecen hasta formar un conjunto, lo hacen hoy vuestras almas.

Tierra, briznas de hierba y flores comenzaron a girar siguiendo el dibujo de las espirales.

—Entrelazar dos almas no es un acto de posesión: es un acto de amor y confianza. Ahora sentiréis el dolor, la alegría, la pena y la felicidad del otro. Compartiréis un vínculo que va más allá de lo físico y emocional, un vínculo inquebrantable que trasciende los efímeros sentimientos terrenales.

Los remolinos giraron con más fuerza y empujaron los pies de ambos a acercarse. Los dibujos del suelo se movieron hasta que se tocaron. En el momento en el que lo hicieron, los motivos en las vestimentas de ambos se iluminaron.

—Vuestras almas se encontrarán juntas en el firmamento y viajarán juntas por los remolinos cuando os marchéis hacia la eternidad. Hoy vuestro destino queda sellado en la noche y las estrellas.

Ambas espirales se fusionaron envolviendo a Moonlight y Aren, que se encontraron por fin en el medio.

Lebhar cantó el resto del hechizo en lengua antigua y Moonlight sintió arder los dibujos de su columna. La constelación de Perseo en el pecho de Aren brillaba más fuerte que ninguna otra. El dolor los cegó y dejó sus cuerpos en trance mientras la cuerda que ataba sus almas se estiraba hasta entretejerse con la otra. En el cielo se proyectaron sus auras: noche y tinieblas, ventisca y luna. Se entrelazaron y fusionaron con tanta fuerza que el bosque se sacudió.

Aren estiró las manos temblorosas y agarró el velo.

—La prueba definitiva —susurró. Ella asintió, alentándolo a seguir—. Si esa bruja nos ha engañado, borraré su nombre familiar de la tierra —amenazó él.

Ella rio. Y Aren sintió un cosquilleo en el pecho.

—Increíble —murmuró maravillado.

Antes de que Moonlight tuviese tiempo de preguntarle a qué se refería, él levantó la tela revelando su rostro. Ahí estaban los ojos del tono más pálido de gris; lo que más había echado de menos. Ya no quedaba rastro del anillo, que había sido sustituido por dos luminosas franjas verticales. Sus pecas estaban ahora más marcadas, como polvo cósmico flotando sobre sus mejillas. Y esa medialuna que brillaba en su frente.

—Tan hermosa...

Ambos sintieron el tirón del otro en el pecho: la felicidad, la anticipación, el deseo. Era fascinante sentir las emociones por duplicado. Todo adquiría una nueva dimensión, una magnitud imposible de medir.

—Increíble —dijo ella haciéndose eco de sus palabras.

—Siento que llevo siglos buscándote. Una sola vida no me parece tiempo suficiente para estar contigo. Voy a necesitar toda la eternidad para saciarme de ti, para acostumbrarme a... tenerte.

Aren le pasó la mano por el rostro hasta llevarla a su nuca. Le rodeó la cintura con el otro brazo, acercándola a él.

—Te quiero, Wynd —dijo al fin mirándola a los ojos—. Te quiero y es la única verdad absoluta que conozco.

Se inclinó sobre ella y la besó muy suavemente.

«Te quiero», trazaron los labios de ella en silencio contra su boca una y otra vez. Casi una plegaria.

Ya no había nada que los separase.

El viento cesó a su alrededor y la naturaleza volvió a su estado en calma. Tras comprobar que el ritual había surtido efecto, Lebhar se había marchado para darles intimidad.

Wynd tiró el velo al suelo y abrazó a Aren con fuerza. Lo respiró. Tembló en sus brazos. Se fundió en él. Se pertenecían, y la idea la hizo sentir reconfortada, aliviada y feliz. Había encontrado por fin el hogar.

Después, mirándolo directamente a los ojos, dijo:

—Te odié al principio. Te detestaba, te encontraba irritante e insoportable y fantaseaba con matarte. Y disfrutaba de esas fantasías —añadió.

Aren rio. Le encantaba la torpeza de Wynd con los sentimientos.

—Vaya, no era el tipo de fantasías que esperaba que compartieses conmigo esta noche.

Su perversa boca se torció en esa sonrisa que era puramente él. Le brillaron los ojos de alegría y a ella le dolió el corazón al mirarlo.

Suyo. Ahora él era suyo.

—Shh, cállate —le ordenó—. Lo importante es que después... te quise. Y fue el mejor y el

peor sentimiento que he experimentado jamás, porque sabía que sería mi fin y que no tendríamos ninguna oportunidad. Y, sin embargo, aquí estamos. —La voz se le quebró ligeramente—. Y, aunque esto no se me da tan bien como a ti... —Aren la besó en la mejilla. Dioses, era tan dulce a veces—, no hay una emoción equiparable a lo que siento.

Aquella realidad había superado sus propios sueños.

—Quiero que sepas que nunca me he sentido más valiente que a tu lado. —Los ojos de Wynd brillaron—. Y sé que piensas que decepcionas a todos los que quieres, pero no es cierto: tú tienes parte de culpa de que yo esté aquí hoy. Deberías creer más en ti mismo, porque yo lo hago. Creo ciega e irrevocablemente en ti, Aren Aland.

Aren vio cómo los hombros de Wynd se relajaban y recolocaban en una postura orgullosa y satisfecha.

Le acarició la mejilla, pasando el pulgar por sus pecas.

Suya. Ahora ella era suya.

—Me alegro de que no llevases a cabo tus fantasías de matarme... No me habría gustado perderme este momento.

Aren sonrió y ella nunca lo había visto más hermoso, más real, más humano. Le gustaba tanto ser capaz de arrancarle esa expresión.

—Pecas, para mí eres la promesa de que hay algo más allá, de que incluso en la oscuridad se puede encontrar luz. Eres la luna que corona mi noche. Y somos una conjunción perfecta.

Aren le sostuvo el rostro mientras la besaba con una intensidad que rayaba la adoración.

Wynd creyó captar una brizna de culpabilidad en sus ojos, pero desapareció tan rápido y ella estaba tan distraída, que lo olvidó al instante.

Aren la miró. La miró de verdad. Se paró en ese segundo, en ese presente eterno. Necesitó hacerlo para asimilarlo, para que su cuerpo y su mente procesasen la magnitud de aquello; porque estaba pasando, era real. Wynd, después de siete meses, estaba allí, frente a él. Tras aquella despedida en que ella le prometía encontrarlo en otra realidad, cuando su esperanza ya había muerto, Aren había escapado del infierno y había localizado el aire que le faltaba.

Sintió que le estallaría el corazón, incapaz de contener aquella emoción que lo superaba. Aquel órgano vital parecía insignificante, mortal: un recipiente poco poderoso para albergar ese sentimiento.

—Nada me había roto antes de esta manera —susurró.

Se fundieron en un beso poderoso. Lengua, labios, dientes y aliento. Un abrazo fuerte y apretado. Dos estrellas que buscaban fundirse. Wynd disfrutó cada segundo de aquella sensación adictiva: euforia pura estallándole en las venas.

Aren cerró los ojos y apretó la mandíbula. Su pecho se contrajo cuando cogió aire, y se le puso todo el cuerpo en tensión.

Tenía que ser ahora. Si no lo hacía ya, no sería capaz.

Llevó la mano a la parte trasera del cuello de Wynd, al punto exacto donde se unía con su

hombro. Y apretó con fuerza.

Wynd abrió los ojos, confundida y sorprendida. Y trató de moverse.

—Lo siento. Lo siento —susurró él—. Perdóname.

Apretó más fuerte y ella cayó inconsciente.

Capítulo 58

Aren la observó un momento en silencio. Las ramas del sauce se movieron.

—Si te acercas, te juro que te mato ahora mismo —gruñó.

La mano de Thorn se quedó congelada y la retiró despacio.

—Tenemos que darnos prisa —lo instó.

—Estoy a punto de reducir este maldito bosque a cenizas. Estoy a punto de reducirme a mí mismo a cenizas por lo que acabo de hacer.

—Todo eso puede esperar.

Aren dejó la carta que había escrito y algo que le pertenecía junto a Wynd.

Salió del sauce.

—Debería matarme por esto.

—Ella lo hará la próxima vez que te vea, si es que sobrevivimos a la colina hueca. Y espero estar delante cuando os reencontréis: siempre es interesante ver cómo te bajan el ego.

La oscuridad de Aren flotaba a su alrededor como llamas endurecidas, y Thorn dio un sabio paso hacia atrás.

—Fue idea tuya —dijo el entrenador.

Aren no le había contado a Wynd que se habían llevado a Cordelia y a Blue a la colina; tampoco que este último había desaparecido. Sabía que, si se lo decía, ella querría ir con él a buscarlos. Estaba siendo un maldito egoísta por hacerlo a sus espaldas, por no dejarla elegir.

Pero la conocía: era tan temeraria como él.

—Ella habría venido y yo no habría podido hacer nada para impedírselo.

—No te va a perdonar que hayas tomado la decisión por ella. No parece de las que se conforman con mirar.

—Lo sé. Pero Wynd es más importante aquí. Además...

—¿Además qué?

Aren guardó silencio. Era solo una teoría de Lebhar, algo que les daría una ventaja que ninguno había imaginado jamás y que los demás no sospecharían. Algo que podía ser decisivo en aquella guerra.

Thorn le tiró su bolsa, donde llevaba el traje de combate y sus armas. Aren se cambió y tomaron rumbo a una de las lagunas de luna.

Wynd sintió el aire rozando sus mejillas y sus párpados cerrados. Inspiró. Olía a verano: a hierba ligeramente húmeda y a aire cargado de sal. Pero no había rastro de él, incluso en su medio inconsciencia lo percibió. Nada de ese olor a madera quemada y flor de noche que envolvía a Aren.

Poco a poco, los acontecimientos se agolparon en su memoria. La unión de almas, el sauce, Aren, sus palabras, sus besos. Y luego...

Se incorporó veloz. El amanecer llegaría en cualquier momento, había estado inconsciente durante un par de horas. La confusión la golpeó y el miedo se anudó en su vientre con una punzada dolorosa.

El corazón se le desgajó y unas manos tiraban tratando de destrozarlo.

Sintió ese runrún en el fondo de su cabeza, las afiladas uñas de la inseguridad arañándola. El pánico se filtró en su sistema, un sudor frío y pegajoso le cubrió la piel y sus peores miedos e inseguridades salieron del baúl en el que los guardaba a borbotones.

Traición. Mentira. Abandono...

Al moverse, vio un pergamino sobre una bolsa de piel. Lo tomó con manos temblorosas.

He pensado mucho en cómo empezar esta carta para que no la quemes. En realidad, no hay nada que pueda decirte que haga que me perdones por lo que acabo de hacer. Lo entiendo.

Puedes argumentar que soy imbécil y te daré la razón.

Al ser egoísta que vive en mí le seducía la idea de secuestrarte, de meterte en un barco y largarnos muy muy lejos del continente. Sé que ahora eres probablemente más fuerte que yo y que estarás pensando que no llegaría muy lejos. Tienes razón, por eso deseché la idea, y porque tú no habrías sido feliz.

El ser egoísta que vive en mí no te dijo que Cordelia y Blue habían sido trasladados hace días, la mañana misma en que me encerraron por lo de Nos, hacia la colina hueca. Porque sabía que querrías ir a por ellos y sabía que no me dejarías ir solo, y lo entiendo, porque yo tampoco desearía que tú lo hicieses.

Así que mi parte egoísta se debatió entre el deseo de estar contigo y el deseo de apartarte del peligro.

Lo siento, siento habértelo ocultado, siento haber tomado la decisión por ti. Te dejaré darme una paliza cuando vuelva; me la merezco. Porque te prometo traerlos de vuelta. Cordelia y Blue son importantes para mí también, aunque me cueste reconocerlo.

Por cierto, te las devuelvo. No creas que las he traído para ablandarte un poco: yo jamás haría eso.

Te quiero, Pecas. Nos vemos en la noche.

Su aura rugió rabiosa y descontrolada mientras leía, tanto que el suelo a su alrededor se llenó de escarcha. Una nota de alivio se asentó en su pecho y el corazón dejó de sangrarle.

La parte obcecada de su mente pensó que podría ir en ese mismo instante hacia la colina y nadie sería capaz de frenarla. Rescataría a Cordelia y a Blue y le daría una paliza a Aren por...

Entonces, recordó que ella le había hecho lo mismo a él en dos ocasiones. En la primera, también se había marchado dejándole una carta, sabiendo que era un adiós definitivo. Y en la segunda, había actuado a sus espaldas para resolver el juramento. Fue a ver a Notcire sin decirle nada. ¿Y por qué? Porque no quería que él pagase las consecuencias.

Soltó un gruñido de rabia y golpeó el suelo con el puño. Las hojas de los árboles se

balancearon y las luces flotantes titilaron sacudidas por un viento helado. Maldita sea, había tenido que enamorarse de alguien que era exactamente como ella.

Abrió la bolsa de cuero. Metió la mano dentro y palpó metal; un metal frío que se calentó ligeramente con su contacto, como si la estuviese saludando. Ahogó un jadeo. El corazón le bombeó feliz, eufórico. Dos dagas: una con la empuñadura transparente llena de puntos de luz y espirales de metal negro a su alrededor; otra con el mango de obsidiana tallado con estrellas.

Sombra y Muerte. Sus dagas. Él las había guardado para ella, aun pensando que no la volvería a ver jamás.

Apretó las dagas entre sus dedos. Las hizo girar, las probó. Fue como reencontrarse con alguien a quien amaba, abrazarlo después de mucho tiempo y darse cuenta de que tus brazos seguían encajando a la perfección en los del otro.

Su mayor tesoro, la única posesión que había sido solo suya. Ahora sí, estaba completa.

Recuperó la bolsa con su traje de Moonlight y corrió de vuelta a Oed.

Capítulo 59

La prisión de la colina estaba diseñada para volver locos a los presos. Jamás salían de sus diminutas celdas y debían pasar allí hasta su ejecución los incontables días, que podían alargarse tanto como el alcaide lo considerase.

Los días pronto comenzaban a ser una sucesión de lo mismo. Sin esperanza, la mente comenzaba a quebrarse. La desesperación se apoderaba de muchos, que intentaban suicidarse y acabar con aquella tortura de existencia.

Cordelia habría acabado así si no hubiese conocido a Alyn. El destino quiso que sus celdas fuesen vecinas. Ella le había hablado de los túneles que había debajo de sus camas, en los que algunos presos llevaban trabajando años como forma de escapar de aquella prisión.

—Una de las presas tiene una conexión... especial con la naturaleza. Tardó tiempo en ser capaz de quitarse las esposas. Tuvo que romperse los pulgares, y entonces comenzó a crearlos. Primero hizo uno hasta la celda de su compañero y luego... Dariela no quería dejar a nadie atrás, así que los hizo hasta todas las celdas. Y ahora seguimos trabajando en ellos. Casi hemos llegado al bosque, y pronto todos podremos escapar.

En ese momento, en la pequeña sala cubierta de piedras y minerales que reflejaban luces de distintos colores sobre el rostro de sus compañeros, Cordelia se daba cuenta de que aquello era lo que los había salvado de no convertirse en cuerpos vacíos.

Iver había cambiado mucho desde la última vez que lo había visto. Estaba más delgado, tenía el pelo de un rubio apagado y lo llevaba más corto. Una fea cicatriz le cruzaba la garganta y estaba segura de que tenía más escondidas bajo la ropa. Aun así, sus ojos avellana brillaban con más fuerza que nunca.

Aquel muchacho que se había marchado de Róbulo con diecinueve años era ahora el adulto fuerte y valiente en el que siempre había querido convertirse. Allí de pie frente a todos, con la moral alta a pesar de llevar dos años encerrado y con la firme convicción en su mirada de que los sacaría de allí y de que cambiaría las cosas. Sus palabras vibraban con tanta fuerza que derrumbaban los altos muros de miedo e inseguridad tras los que estaban encerrados los demás presos.

Alyn giró la cabeza y miró a Cordelia.

Su brillante pelo del tono de las hojas en otoño estaba apagado, sus ojos verdes normalmente alegres se quebraban llenos de tristeza y congoja. Había perdido algo de peso en los días que

había estado encerrada. Aunque todavía se alejaba del aspecto casi esquelético que tenían muchos allí.

Cordelia, a pesar de haber pasado los peores días de su vida, todavía seguía siendo preciosa; seguía estando llena de luz. Alyn supo al instante que no era una persona común. Era de esas *rara avis* que pocas veces se encontraban en su mundo: una chica feliz, una chica en la que primaba el bien.

Dos enormes lágrimas se formaron en los ojos de Cordelia, igual que las que derraman los niños pequeños. Rodaron por sus redondas mejillas y cayeron —tic, tic—, gruesas, sobre el suelo de piedra de la caverna.

Alyn había decidido llevarla a la reunión semanal, a pesar de que no lo había consultado con sus compañeros. Se la había jugado, algo que nunca solía hacer; la empatía no era su fuerte. El deber y la misión siempre habían sido sus prioridades. Era algo que había aprendido rápido, por su propio bien. Pero allí, contrariamente a lo que les pasaba a todos, se sentía más libre que nunca. Había encontrado un lugar, un propósito propio.

Alyn solo había luchado por su supervivencia. Cuando Nana le comunicó su misión hacía casi un año, ella envidió a sus hermanos, porque ellos se iban a la Ciudad de los Deseos y ella iba a acabar presa, si es que no la mataban. Nana la había enviado al Cordón Zaffiras para participar en un ataque rebelde contra el cónsul de Glamar. Había tenido que dejarse pillar, soportar torturas horribles y conseguir hacer un trato para acabar ahí.

Nana la había escogido porque era una experta mentirosa. Y, aun así, detestó su misión. No podía negarse, claro; si se le ocurría desertar, ella la encontraría y la mataría. Pero cuánto se había equivocado. Ahora daba gracias cada día por que Nana la hubiese designado a la colina. Si no, no habría conocido nunca a Iver. Él le había hablado de Cordelia en alguna ocasión: su mejor amiga. La chica a la que había dejado atrás en Róbulo hacía dos años y a la que no había dejado de echar de menos. Parte de la fuerte motivación que sentía por parar las pruebas había sido por ella, porque sabía que algún día se presentaría.

—Es especial. Más de lo que ella es capaz de reconocer. Algún día dejará de esconderse en el molde en el que la han metido y sorprenderá a todos.

Así que, en cuanto la escuchó decir que había ido a buscarlo a él en concreto, supo que era Cordelia: la chica de la que tanto le había hablado.

El tic, tic de las lágrimas de la pelirroja chocaron en la piedra, y ella dejó salir un sollozo ahogado que interrumpió el discurso de Iver. El silencio corrió por la estrecha caverna y todos se giraron hacia la entrada conteniendo el aliento.

Alyn apartó la mirada de Cordelia y la fijó en Iver: no quería perderse ni el más pequeño gesto de su reacción. Fue doloroso. Él ni siquiera la notó y estaba a centímetros de Cordelia. Sus ojos se abrieron tanto. Pura perplejidad.

Él jamás, ni en todas sus pesadillas, se la habría imaginado allí. Su pecho se sacudió cuando cogió aire, como si su visión se lo hubiese robado. Su boca se abrió y la mandíbula le tembló.

Después, la perplejidad dio paso al horror. Frunció el ceño, arrugó la nariz y apretó los dientes. Fue la primera vez que Alyn vio miedo en sus ojos. No lo había expresado jamás por él mismo, ni siquiera cuando los guardias lo castigaban por defender a otros. Tampoco lo había expresado por ninguno de los que estaban en aquella sala. Mantener la compostura formaba parte de su posición de líder.

Y eso también dolió.

—Iver —susurró Cordelia, cuyo rostro estaba húmedo por las lágrimas pero iluminado por una sonrisa, igual que un arcoíris en medio de la tormenta.

Ella corrió hacia él y lo abrazó con fuerza. Iver tardó todavía unos segundos en reaccionar. Su expresión de horror se desvaneció y los ojos le brillaron vidriosos. Hundió la cabeza en su pelo y la aspiró mientras la apretaba. Todavía sin creerse lo que sus ojos le mostraban.

Fue bonito, dolorosamente bonito de presenciar. Alyn jamás había tenido esa clase de amor en su vida. Los celos le mordieron rabiosos, pero, a pesar de ello, de alguna forma se alegró.

—Te he echado tanto de menos. Estaba tan asustada. Dioses, primero pensé que nos habías abandonado, que no querías saber nada de nosotros, y estaba dispuesta a encontrarte y pedirte que tuvieras el valor de decirme por qué. Pero entonces averigüé que estabas aquí y... Te quiero tanto, estoy tan feliz de que estés bien —decía ella a toda prisa, atropellando unas palabras con otras.

Iver rio entre lágrimas. Le tocó el rostro, asegurándose de que estaba bien, de que estaba allí de verdad. La vista engaña, pero el tacto y el olor no. Y ella olía a casa: a cipreses, arces, robles y a agujas de pino, a leña recién cortada, a castañas y granadas, a humo, té con leche y chocolate caliente. Cordelia olía a su estación favorita.

—*Rouge* —murmuró Iver. Alyn no reconoció la palabra de primeras. Después, cayó en la cuenta de que había usado el dialecto de Róbulo—. ¿Qué has hecho? —preguntó apartándose unos centímetros para mirarla más serio.

Cordelia enrojeció, pero cuadró los hombros con un gesto testarudo.

—Tenía que hacerlo. Pasé las pruebas, estaba trabajando en el Archivo y vi tu nombre. Pensaba buscarte en cuanto me graduase, pedir el mismo destino que tú, pero...

Roxy, una mestiza de ninfa, miró a Alyn con curiosidad.

—¿Quién es? —susurró.

—Mi vecina de celda. Llegó hace una semana —contestó sin apartar la mirada de ellos.

Hablaban en murmullos y muy deprisa, sin apartar las manos del otro, como si temiesen que al soltarse volviesen a separarse.

—Alyn me ha contado que habéis estado preparando cómo escapar. Tenemos que hacerlo antes de Kaebhar, antes de que...

—¿Cómo lo has averiguado?

—Me colé en la tercera planta del Archivo con un amigo. A él lo secuestraron los rebeldes humanos cuando veníamos hacia aquí...

Iver sentía las miradas curiosas e inquisitivas de todos. Tenían que darse prisa.

—Luego hablamos —le dijo—. Tenemos que ir terminando; pronto harán la ronda y debemos volver.

Levantó la mirada hacia sus compañeros y Cordelia se giró para hacer frente a la pequeña multitud. Iver la tomó de la mano y la pegó a su lado.

—Os presento a Cordelia, mi mejor amiga.

Alyn los observaba desde la otra punta con los brazos cruzados. Su larga melena negra y lisa le cubría la mitad del rostro, escondiendo uno de sus ojos rasgados. A pesar de las palabras de Iver, su expresión al mirarla y sus gestos delataban que Cordelia no era solamente su mejor amiga para él.

—Estos son Callum, Arlin, Dariela, Gerd, Eyra y Roxy. Y a Alyn ya la conoces.

Mientras los nombraba, fue señalando por orden: a Callum, un hombre mayor, alto, con el pelo caoba, sidh puro por sus ojos y cuyo rostro amable y simpático le resultó familiar a Cordelia.

Arlin era de tez muy pálida, ojos celestes y largo cabello rubio. Su cuerpo era muy delgado y esbelto, y fue su aspecto andrógino y el brillo atenuado de sus ojos lo que le confirmó a Cordelia que se trataba de un mestizo de espíritu celestial. Los espíritus celestiales eran poderosos y muy muy difíciles de encontrar, pues se pasaban la mayor parte de su vida volando alto y escondidos entre las nubes.

Dariela tenía los ojos azules, sin franjas de ningún tipo, y cabello rubio dorado. A pesar de que su piel estaba tersa, daba la impresión de ser mayor. Permanecía pegada a la pared y evitaba cruzar la mirada con todos. Cordelia se fijó en que tenía heridas en la muñeca derecha y que su mano parecía deformada, como le había explicado Alyn.

Gerd tenía el pelo verde y dorado, y su piel estaba tostada como el café. Tenía la nariz muy chata y los ojos hundidos de un color que oscilaba entre el verde, el dorado y el negro. Cordelia ni siquiera llegaba a imaginar de qué era mestizo.

Eyra, la más alta de todos, tenía el cuerpo tan negro como la noche y sus extremidades eran más largas y más delgadas de los normal. Tenía la boca exageradamente ancha y los ojos alargados, como los de un gato. No tenía membrana ocular y sus iris eran dorados y finos, sin pupila; solamente las tenues franjas sidh. Tampoco tenía pelo. Cordelia dio un respingo cuando entendió que lo que estaba viendo era una mestiza de espíritu de la noche: una criatura ancestral que se creía extinguida. Fascinante.

Por último, Roxy: bajita, de cuerpo voluptuoso y lleno de curvas. Tenía el pelo corto a la altura de la barbilla, rosa, azul y violeta. Era claramente una mestiza de alguna clase de ninfa.

Ahora entendía por qué Alyn le había dicho que no solían llevar a los sidh al ala especial: era el lugar en el que retenían a las criaturas más poderosas y potencialmente peligrosas.

Capítulo 60

La reunión tuvo que acabarse pronto, porque tenían cronometrado el tiempo que podían pasar fuera de las celdas antes de que lo notasen. Nunca se ausentaban más de una hora. Tardaban treinta minutos entre ir y volver por los túneles hasta la pequeña caverna en la que se reunían. Así que eso no les dejaba mucho tiempo de charla.

Todos tenían una salida en su celda: un pequeño agujero bajo el colchón que se disimulaba bajo la hierba mullida que lo cubría. Era como caer por una madriguera.

Aquella noche, Iver y Cordelia quedaron en encontrarse. Alyn, desde el otro lado de la pared, la oyó escabullirse y se quedó mirando al techo sintiendo el corazón pesado. Iver se había acercado a ella y le había dedicado un asentimiento y una sonrisa llena de cariño al finalizar la reunión.

—Gracias por traerla, Lyn.

Ese maldito diminutivo que le había dado y que le ablandaba el corazón como mantequilla cada vez que lo escuchaba. Nadie había conseguido jamás hacerla sentir como Iver. Durante toda su vida, había sido siempre consciente de su atractivo y le había sacado partido, sabiendo que era un arma que podía utilizar a su favor. Fue por eso y por sus habilidades para la interpretación, el espionaje y el robo por lo que Nana la había acogido. Muy pocos se resistían cuando desplegaba sus encantos.

No es que Iver fuese inmune a ella. Es que ella no había querido ni podido jugar ningún papel con él. Quería que la amase tal y como era ella. Iver tenía la capacidad de hacer que todos se sintieran aceptados y no juzgados, y eso fue lo que la había conquistado.

Sabía que él la consideraba hermosa; se lo había dicho en alguna ocasión, y ella había conseguido hacerlo sonrojar con algún que otro comentario. Pero nunca la había mirado como a Cordelia, y eso escocía tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas mientras escuchaba a su vecina marchar.

Esta y su amigo recorrieron el estrecho túnel hasta la sala de los minerales. Necesitaban ponerse al día.

Iver le acarició la mejilla con cariño.

—*Rouge* —susurró.

Cordelia sonrió y negó en silencio.

—No pasa nada, ahora estoy bien. Pensaba que no lo superaría, pero al verte hoy me he sentido invencible. No sé si has notado que todos te miran con admiración y cariño.

—Vamos a salir de aquí pronto y encontraremos a tu amigo.

Cordelia sintió un mordisco en el corazón al pensar en Blue. A veces, la preocupación la golpeaba tan fuerte que le robaba el aire y solo deseaba chillar de frustración y miedo.

—Pero primero: ¿cómo están mis padres? —preguntó Iver.

—La última vez que los vi fue el noveno mes del año pasado, antes de partir hacia las pruebas. Te echan de menos, todos en Róbulo lo hacen. Están tristes y desean verte. También están muy orgullosos de ti. Me dijeron que, si te encontraba, te pidiese que escribieras.

Iver asintió en silencio y sonrió triste.

—No he dejado de pensar en vosotros ni un solo día.

—¿Qué te pasó?

Iver cogió una de las manos de Cordelia y trazó dibujos en su palma de forma distraída mientras viajaba dos años atrás.

—Pasé las pruebas, lo hice el primero. Me había hecho amigo de otros participantes, nos habíamos apoyado en los momentos difíciles. Teníamos que enfrentarnos en batallas e íbamos pasando. Aquel año se presentó mucha gente. Dos de mis amigos no pasaron —siguió—. Tampoco murieron, simplemente no se clasificaron. Por la noche, me escabullí hasta la enfermería para verlos y despedirme. Estaba prohibido, pero aun así...

—Tan típico de ti —comentó ella con una sonrisa tierna.

Iver, que tenía la cabeza gacha enfocada en la mano de Cordelia, levantó la mirada y sonrió sin arrepentirse de ello.

—Los pillé en el momento en que se los llevaban. Los habían drogado para dejarlos inconscientes. Hablaban sobre llevarlos a las mazmorras con los demás. Y de que debían trasladarlos la noche de la ceremonia para que no hubiese peligro.

—¿Qué hiciste después? —preguntó ella.

—La noche de la ceremonia volví corriendo desde el Palacio de Cristal; había demasiada gente y sabía que tardarían en notar mi ausencia. No sabía qué estaba pasando, pero no iba a dejarlos encerrados. Estaban todos inconscientes y había al menos treinta. Algunos debían de llevar allí semanas. Me pillaron cuando estaba intentando forzar las puertas. Pedí que me explicasen por qué los tenían encerrados, pero nadie me dijo nada. Herice me hizo esto —se señaló la garganta— y me mandaron aquí.

Cordelia cerró los dedos apretando los de él. Iver siempre tan valiente. Él, que nunca había temido arriesgar su vida por la de los demás.

—Callum es mi vecino de celda. Él me habló de Dariela y de los demás. Eyra y Arlin son los que más tiempo llevan aquí encerrados; no saben cuánto exactamente, pero décadas. Gerd fue el tercero en llegar. Dariela llegó después de la Gran Guerra. Roxy y Callum son de los más recientes. Por último, lo hicimos yo y después Alyn. Dariela tardó años en crear los túneles: este lugar no le es hostil.

Cordelia apoyó la cabeza en el hombro de Iver y él la acurrucó con su brazo. Le dio un beso

en el pelo, un gesto cariñoso casi inconsciente. Estar con ella era como viajar dos años atrás en el tiempo. Echaba de menos esos días, pero, aun así, no se arrepentía de las decisiones que había tomado. Sabía que volvería a las mazmorras a por sus compañeros si hiciese falta.

—Cuando llegué, me encontré con una extraña y curiosa familia. Ellos me contaron la verdad: los cimientos sobre los que se establece nuestra magia, el horror que hay detrás. Ninguno está aquí por haber cometido un crimen. Están aquí porque el Deirnas teme su poder y su conocimiento o porque han osado enfrentarse a lo que consideran una injusticia, como Callum. Todos los sidh puros que han estado aquí antes han muerto pronto, pero a él lo mantienen con vida por alguna razón que desconoce.

—¿Por qué está aquí Alyn? —preguntó Cordelia con curiosidad.

Llamaba la atención que una sidh menor estuviese entre aquellas poderosas criaturas.

Iver guardó silencio y apartó la mirada de Cordelia.

—Eso debería contártelo ella. No tengo derecho a hacerlo yo. Solo espero que, cuando lo haga, la juzgues con la mente abierta.

Cordelia se tensó. Solo podía significar que había cometido grandes crímenes, como los rebeldes... «Igual que Wynd», se dijo.

—Saldremos, Cordelia. Ya casi hemos llegado a la superficie, y entonces ayudaremos a los demás encarcelados y contaremos la verdad sobre los sidh.

—¿Y cuando los sidh sepan la verdad sobre el ritual qué harán? ¿Crees que renunciarán a ello, a su magia? Puede que muchos sí, pero otros temerán sentirse débiles y a otros no les importará —dijo Cordelia muy bajito—. Yo pensaba... Antes creía que la verdad lo cambiaba todo, que la verdad era poderosa, pero no creo que baste.

Aquella situación la superaba. El futuro, a pesar de aquel nuevo rayo de esperanza que suponían Iver y los demás, seguía siendo incierto. Le asustaba la posibilidad de que todo lo que había conocido siempre se destruyese. Era su mundo y, aunque era imperfecto, ella lo amaba. Pero ¿qué opciones tenían? ¿Pelear los unos contra los otros? ¿Rendirse y aceptar que todo siguiese igual? No, ella no tendría la falta de escrúpulos para ello.

Se sentía descorazonada.

—No pienses en eso ahora. Lucharemos una batalla cada vez: ahora tenemos que enfocarnos en salir de aquí. Lo que venga después, vendrá. —Cordelia abrazó fuerte a Iver—. Te necesitaba más de lo que quería admitirme —susurró él apretándola.

Nunca se mostraba débil o vulnerable delante de los demás. Ellos se apoyaban mucho en él y necesitaba mantener los ánimos altos. Solamente Alyn era capaz de ver más allá de su estudiada confianza. Ella tenía un mirada astuta y perspicaz.

—Todavía no me creo que vinieses a buscarme.

—¿Cómo puedes dudarlo? Tú lo habrías hecho por mí.

—Una y mil veces, *Rouge*. —Clavó sus ojos en ella—. Una y mil veces, pero yo...

—Pero nada. —Cordelia sonrió con tristeza—. Tal vez sea que no te has dado cuenta de lo

importante que eres para mí.

Iver sonrió y su rostro se iluminó como el amanecer. De alguna forma, él le recordaba a los primeros rayos de sol después del largo invierno en Róbulo. Tenía una calidez innata.

—Me parece irreal estar aquí frente a ti después de todo este tiempo. Te he soñado tanto, Cordelia. No es que no sepa que soy importante para ti, es que has roto mis expectativas. Hace falta mucho valor para hacer lo que has hecho.

—No lo dudé ni un segundo. ¿Por qué te sorprende?

—Porque yo he estado toda la vida enamorado de ti, *Rouge*. Por eso.

Cordelia se derrumbó en pequeñas piezas. La mirada dulce y sincera de Iver y su sonrisa esperanzada y triste se le clavaron en el pecho. Sus inseguridades se desnudaron y, durante un momento, viajó atrás en el tiempo: a la Cordelia de trece años que estaba completamente segura de que él jamás se enamoraría de ella.

La idea le resultó tan chocante. La confesión, tan ajena a ella misma. Iver era... una figura casi inalcanzable en su cabeza. Siempre lo había tenido en un pedestal: el chico perfecto. Y ella se había conformado con ser su amiga, le bastaba porque en realidad nunca se había sentido a su altura.

No supo cómo reaccionar. Aquello rompió la realidad en la que llevaba años y años viviendo. Quebró por completo todas sus certezas.

—Dioses, es un alivio admitirlo por fin —soltó él y sonrió.

—Espera... Espera... Lo dices como si yo no... ¿Crees que yo no he estado toda la vida enamorada de ti? —preguntó mientras se erguía indignada.

Iver abrió la boca, se apoyó en la pared y se puso de pie despacio sin apartar la mirada de los enormes ojos verdes de Cordelia.

—¿De verdad?

—Durante toda mi vida. Lo que no tiene ningún sentido es que tú...

Iver la miró.

—Ni se te ocurra decirlo.

—Pero es cierto, Iver. Yo soy... No soy la chica de la que alguien como tú se enamoraría —dijo Cordelia encogiéndose de hombros.

Iver se arrodilló frente a ella. La miró con dureza, como si sus palabras le hubiesen hecho daño.

—Voy a prestarte un segundo mis ojos para que te veas como yo lo hago. Cierra los tuyos —le pidió.

Ella obedeció.

—Hay una niña, dos años más pequeña que tú, que tiene el pelo del tono exacto del bosque en otoño, y eso te fascina porque es tu estación favorita y cuando la miras te recuerda a ello —comenzó Iver—. Cada vez que la ves, no puedes apartar la mirada de ella. Tiene los ojos más expresivos del mundo y tú crees que puedes leer en ellos todas las emociones que siente. El

invierno se te hace largo y pesado, pero la chica del pelo rojo hace que lo sientas más cálido porque ella consigue imprimirle una belleza que nunca habías contemplado.

»La has bautizado como *Rouge*, porque cuando piensas en ella, ves ese color y cuando ves ese color, piensas en ella. Es hija del cónsul y aun así no es nada estirada; es probablemente la persona más amable que has conocido. Llora por cosas inesperadas, como ver a los patitos en verano caminando tras su madre, y habla mucho y sin control cada vez que se emociona.

»Un día reúnes el valor para acercarte a ella. Y es la mejor decisión que tomas en tu vida porque ella te acoge como si ya te conociese. Te das cuenta de que, aparte de todo lo que sabías de ella, es también una amiga increíble que se preocupa por ti, que te hace sentir querido y especial, que te escucha cuando estás triste, que te empuja a perseguir tus metas y sueños, que no se ríe jamás de los demás.

»Comienzas a quererla, a amar la persona que es y la que te hace ser. Los años pasan y te das cuenta de que tu vida es plena por ella, de que tienes la suerte de haber conocido a una persona que es tan bella por fuera como por dentro. Pero ella de alguna forma te parece inalcanzable. ¿Por qué conformarse con un simple chico de una pequeña ciudad del norte cuando podría casarse con otros mucho más interesantes, inteligentes y poderosos? Y, entonces, comienzas a temer que quizá ella solo quiera ser tu amiga, y eso te parece bien porque valoras su amistad y la quieres, y solo deseas que ella sea feliz; pero también te duele.

»Entonces tienes que irte y piensas, mientras pasas la última noche con ella en vuestro bosque favorito y te despides de todo lo que amas, que volverás y que, cuando lo hagas, tendrás el valor de decirle lo que sientes y aceptarás su respuesta sea cual sea. Y, aunque todo se complica, no pierdes la esperanza de volver a verla.

Cuando acabó, la agarró de la barbilla y la besó. Fue suave, cálido y todo lo que ambos siempre habían imaginado. Un sueño que se rompe para hacerse realidad.

Iver saboreó las lágrimas de Cordelia.

—No llores, *Rouge*.

—Es que... es lo más bonito que me han dicho nunca —dijo entre sollozos como una niña. Iver sonrió y le limpió las lágrimas—. Yo nunca... Ni siquiera me atrevía a imaginarlo. Y no es justo; no voy a poder superar tu discurso nunca...

—No necesito que lo superes. Solo que lo aceptes. Por favor, no digas jamás que no tiene sentido que me sienta así por ti.

Cordelia lo abrazó mientras lloraba y reía, y le llenó la camiseta de lágrimas. Aquellas palabras le habían dolido y sanado a la vez.

Capítulo 61

Aren y Thorn llegaron a la colina a la puesta de sol. Lo que estaba a punto de suceder sería decisivo para el éxito de su plan. En cuanto los últimos rayos desaparecieron del firmamento, Aren cerró los ojos y recorrió la distancia que lo separaba de Wynd con su voz.

Pecas.

Lo había probado por primera vez la noche anterior. Era una teoría que Lebhar le había compartido cuando fue a verlo para preparar la unión de sus almas.

—Quizá despierte en vosotros algo más —había dicho el bibliotecario.

—¿Qué quieres decir?

—Todavía es pronto para afirmarlo, pero... —Hablaba de forma distraída como si estuviese debatiendo consigo mismo—. Vuestras magias son complementarias: la naturaleza de los poderes de Wynd es muy especial, pero también la tuya. Oscuridad. Tu poder es puro caos cuando los sidh son orden... —Caminaba por las sombras del pequeño apartamento—. Y Caos solo le permitió a Luna brillar en él. ¿Lo entiendes?

—Ella es la única capaz de deshacer mi hechizo de noche —respondió él pensativo, recordando aquella vez que habían peleado.

—Puede que al unir vuestras almas desbloqueéis una nueva conexión; nuevas habilidades.

Aren lo pensó. Tenía sentido: Wynd había heredado sus poderes del gran rey, pero ¿de dónde venían los suyos? Su padre ni siquiera podía bloquear su oscuridad, y su madre... No la recordaba usando nada similar.

Lebhar lo observaba. No podía leerse nada en su rostro hierático.

—¿Alguna teoría más? —preguntó Aren.

—Creo que... por la amistad que un día me unió a tu padre, deberías pedirle a él que te cuente su historia: la tuya y la de tu madre.

Aren se tensó, apretó la mandíbula con dureza y cogió aire. Aquellas palabras le hicieron temblar de arriba abajo.

—Dale una última oportunidad de enmendar sus errores. Sé el valor que tiene un padre para un hijo. Aeris solo era un chico ambicioso que deseaba ganarse un lugar en la corte y el respeto que durante toda su infancia le habían negado. Su odio y sus celos acabaron transformándolo. No trato de justificarlo: jamás he podido perdonarlo y no lo haré.

Aren cuadró los hombros y cerró las manos en puños tratando de contener su rabia.

—Yo tampoco. Aunque por una vez en su vida me cuente la verdad y me suplique perdón —

soltó una risa histérica—, hecho que, ambos sabemos, no ocurrirá, no podría perdonarlo.

Sus palabras estaban cargadas de una amargura profunda. Solo su padre conseguía hacerlo sentir pequeño e indefenso. Cuando se lo planteaba, le parecía fácil: podía con él, podía ignorarlo, podía seguir adelante y podía tratarlo como a un enemigo más. Después de todo por lo que le había hecho pasar, estaba más que justificado. Pero a la hora de la verdad no era así.

Cada vez que recordaba la noche en que lo había noqueado en los calabozos, un estremecimiento punzante lo atravesaba. En realidad, siempre habría una parte de sí mismo que odiaría la idea de decepcionarlo, que desearía obtener su reconocimiento...

Lebhar lo miró como si comprendiese lo que pasaba por su cabeza. Había cierta pena en su rostro.

—No quiero darle una última oportunidad de...

«Herirme», se calló.

—Odiarlo te hará más daño que lo contrario. Y te aseguro: te arrepentirás de no haberlo intentado. No dejes que te pese en el corazón.

Eso fue lo último que le dijo Lebhar, siempre tan críptico. Aun así, no había tenido el valor de ir al palacio a hablar con su padre antes de marcharse. En vez de eso, había ido hasta el Helisa. Thorn le había informado de que Nos había comenzado a despertar.

—No tiene vigilancia. Todos creen que el ataque fue algo fortuito porque no es más que una aprendiz en los rhydra, así que es difícil creer que fuese un objetivo valioso. Pero, en cuanto tenga la fuerza suficiente, sabes que intentará ponerse en contacto con tu padre —le había dicho Thorn.

—¿No ha ido a verla su amado Deirnas?

—No. No ha salido del Palacio de Cristal. Entre tu marcha, el inminente enfrentamiento con Grianan y la asesina que anda suelta... Tu padre es un hombre listo.

Lo era. Y, por suerte, Aren había aprendido de él.

—Hola, prima querida. ¿Cómo te encuentras? —comentó sentándose junto a su cama.

Estaba en una habitación con vistas. El atardecer se colaba bañando la estancia y las cortinas se agitaban con la brisa.

Nos parpadeó entre la consciencia y la inconsciencia.

—La verdad es que has elegido a la persona equivocada con la que enemistarte —dijo él arrastrando ligeramente las palabras y se reclinó en la silla apoyando los codos en el respaldo—. Ella es una asesina vengativa y tiene un don para ello. Tengo que reconocer que verla usar las dagas me fascina. Fue muy inteligente por su parte apuntar a tu cuello e inutilizar tus manos.

Aren se echó hacia delante apoyándose en las rodillas. Nos tenía las manos y los dedos vendados, al igual que la garganta, y su piel tenía un aspecto pálido y poco saludable.

—Una pena que el gran Deirnas jamás vaya a conseguir robarle su poder.

Los ojos de Nos se estrecharon en rendijas. Movió los labios maldiciéndolo en silencio e hizo una mueca de dolor.

—¿Traidor? Sí, puede que lo sea. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Me costó darme cuenta de que no quiero pertenecer a ningún bando; es más, ni siquiera creo que los haya. Estamos todos en el mismo: en el nuestro propio, en el que mejor viene a nuestros intereses. ¿No es eso lo que haces tú? Servir a mi padre a cambio de una mejor posición, de promesas de poder.

Los ojos de Nos echaban chispas. Aren podía sentir su instinto asesino fluyendo contra él de forma débil.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que crees en mi padre y en su causa?, ¿que lo haces porque tienes fe en él, porque lo quieres o cualquiera de esas cosas? No. Los dos sabemos que no es así.

Nos movió los labios enfurecida. Apenas salió un sonido gutural de ellos. Pero Aren lo tradujo como algo parecido a «mereces que te mate». El esfuerzo la dejó sin aliento.

Sonrió. Estaba seguro de que, si Aeris lo encontraba, eso es lo que haría. Ahora que no podía usarlo, ahora que no estaba bajo su mando, no dudaría en deshacerse de él. Aquella certeza le heló los huesos. Tragó con dificultad.

—¿Sabes qué es lo mejor? Que ella ha estado con Grianan todos estos meses, justo en las narices del gran y poderoso Deirnas. Al final, todos sus vaticinios se hicieron realidad y Axel me ganó la partida. Él fue más listo, como siempre me han echado en cara ambos, pero Grianan también ha sido más lista que mi padre.

Nos abrió los ojos horrorizada y él se deleitó con su expresión.

—Y me alegra: me alegra que ambas lo vayan a hacer caer. Él no podrá pararlas y por fin recibirá la dosis de humildad que necesita.

Nos trató de incorporarse, pero no tenía magia suficiente para hacerle daño. Toda la energía de su cuerpo la estaba utilizando para sanar.

Balbuceó sonidos inconexos.

—No haré nada para frenarlas, y tampoco por ayudar a mi padre. No he sido más que una decepción constante para él, así que esto no os sorprenderá. —Sonrió, aunque el gesto se quedó congelado en su boca.

Se puso de pie y se marchó.

Pecas, si me estás oyendo: respóndeme, probó una segunda vez. La noche era su lugar de encuentro, cuando el caos reinaba sobre el orden y sus poderes se amplificaban.

Wynd casi se había caído del tejado en el que estaba al oír la voz de Aren. Se sentía tan furiosa e impotente que había salido. Necesitaba hacer algo, sentirse útil. Así que estaba vigilando, a la caza de Roberta Myval. No quería dejar consejeros vivos: por lo que a ella respectaba eran tan malos como Aeris.

No escuchó las palabras como si estuviesen en su cabeza, como ocurrió con los centinelas. Las sintió como algo físico, como si la presencia de Aren se hubiese materializado a su lado y le estuviese susurrando al oído.

¿Qué?, era lo único que había acertado a pensar en su confusión, preguntándose si aquello no sería obra de algún hechizo.

Maldita sea, así que Lebhar tenía razón, dijo la voz de Aren eufórica.

Ahora que no la había pillado por sorpresa, Wynd se dio cuenta de que sentía su aura de noche a su lado, como si esta le estuviese trayendo las palabras de él.

¿Cómo has...?

Cuando fui a verle para preparar la unión de almas, me dijo que tenía una teoría. Déjame probar una cosa.

Wynd esperó conteniendo el aliento, todavía sorprendida. Poco a poco iba encontrándole sentido a todo. Ella había percibido que el poder de Aren conectaba con el suyo, que de alguna forma se complementaban.

Sintió una caricia en la mejilla, como si el aire la rozase, aunque era más cálido y le provocó un agradable hormigueo en la piel que le erizó el vello. Contuvo la respiración.

¿Has sido tú?, interpeló sin aliento.

Concéntrate: solo tienes que seguir el hilo entre nuestras almas.

Wynd cerró los ojos y se imaginó caminando, recorriendo la distancia que marcaba aquella nueva unión. Fue sencillo. Recordaba lo difícil y frustrante que le había resultado tratar de usar magia siendo humana solo con la ayuda de los anillos. Ahora era como respirar: natural.

Al otro lado, estaba él. No podía ver qué había a su alrededor: solo veía su figura envuelta en su aura de oscuridad. Sonrió y, mientras su corazón se lanzaba en una carrera frenética, cerró el puño y le pegó en el pecho con fuerza.

¡Au! Tú siempre tan cariñosa, Pecas. Tu aura es preciosa: enfurecida nieve iluminada por la luz de la luna.

Ella le gruñó y él rio. Le volvió a pegar, pero esta vez un poco más suave.

Te lo merecías, y halagarme no te servirá de nada.

Lo sé. Tengo que ponerte al día de todo..., comenzó Aren. Wynd estaba tan concentrada en la conexión de sus almas que no notó la presencia de alguien a unos metros de ella.

Fui a ver a Nos..., le explicó.

La presencia de Wynd se cortó. Él la había sentido a su lado un segundo y, al siguiente, se había desdibujado como el humo sacudido por el viento.

Wynd, la llamó él. Pero no obtuvo respuesta.

Capítulo 62

—No te puedes imaginar qué sorpresa la mía cuando me han dicho que nuestra querida camarada Nos ha abandonado el Helisa. Por lo que he podido averiguar, el heredero fue a visitarla hace unos días y, en cuanto se marchó, ella se volvió loca. Intentó levantarse y marcharse, pero perdió la consciencia otra vez. Y en cuanto la recuperó, se escapó de nuevo. Uno se pregunta por qué alguien tan malherido trataría de largarse del Helisa con tanto empeño. Y, sobre todo, adónde quería ir. —Axel, apoyado en una chimenea, parecía divertirse con aquello. Se deleitaba con los detalles y, con cada pieza de información, veía el terror en la postura de ella—. Al Palacio de Cristal. A ver al que llama su tío.

Wynd se quedó congelada. Llevaba puesta la ropa de combate y el pelo tintado con ceniza, pero no la capucha. La había evitado para no resultar demasiado sospechosa, y ahora que el juramento estaba roto, no era tan necesaria. La realidad se quebró bajo sus pies y el cuerpo se le quedó frío presa del pánico.

Todos sus sistemas colapsaron.

Ese fue el momento exacto en que pensó que no había vuelta atrás. Nunca le había gustado fallar, jamás lo había llevado bien: le pesaba en el alma, la comía por dentro cometer errores. Siempre había querido ser más lista, más rápida, más fuerte. Más y más.

Supo que había fallado.

Ver a Axel frente a ella fue como si le lanzasen un cubo de agua helada encima. Le quemó en la piel. La llenó de rabia.

Wynd se giró despacio para encararlo.

Él tenía un aspecto más demacrado aún que la última vez que lo había visto. Los huesos de su rostro se marcaban afilados y parecían pegarse a su piel pálida. Tenía el pelo rubio recogido en un moño y sus ojos parecían apagados y sin vida. La franja sidh de su ojo derecho prácticamente se había desvanecido y su aura parecía extinta. Y, sin embargo, parecía más poderoso incluso que antes: algo en el instinto de Wynd se lo decía.

—No son primos de sangre, por si te lo estabas preguntado. Sus padres eran de la corte y murieron en la Gran Guerra. Él la «acogió». La crio como a una pequeña soldado obediente. Así que, como la serpiente que es, ella ha ido a contarle la verdad a su dueño.

Axel se despegó de la chimenea y dio un paso hacia ella, que retrocedió por instinto. Estaba tan concentrada en él que ni siquiera sentía la magia de Aren tirando de la conexión, llamándola.

—Yo había oído cosas —siguió relatando Axel—: como que habían detenido a Aren por el

incidente, que una persona sin identificar había atacado a Nos y la había dejado con un hilo de vida. Curioso, ¿no te parece?

Wynd ya veía a donde quería llegar con todo aquello. Lo estaba alargando porque era un narcisista y porque disfrutaba demostrando lo astuto que era y cómo iba un paso por delante de todos.

—Y entonces he pensado... ¿Qué puede haber averiguado Nos para intentar con tanto empeño comunicárselo al Deirnas? Mmm... Tan fácil. Aren piensa que es muy listo, pero se lo ha servido en bandeja a su padre. Y aquí estoy. Te aseguro que es mejor que te haya encontrado yo antes de que lo haga él.

Ella se llevó las manos a sus dagas, y esa vez, por fin, las encontró: Sombra y Muerte. Su labio se curvó mostrando los dientes.

—¿Vas a matarme, Wynd? Me has engañado bien. He estado distraído con... otros asuntos y no te he prestado la atención que debía. Te has vuelto mucho mejor mentirosa que cuando eras humana, eso te lo concedo. ¿En qué momento recuperaste tus recuerdos?

Wynd levantó la barbilla y lo miró con asco.

—Ya desde que desperté supe que me estabas mintiendo.

—Lo que no entiendo es cómo has podido estar con él: el juramento le impedía verte. —Había verdadera curiosidad en esa pregunta.

Wynd sonrió y se encogió de hombros.

—Eras la misteriosa chica encapuchada que mataba a los consejeros...

—¿Qué puedo decir? —respondió ella mirándose—. No eres tan listo como crees.

—¿Por qué?

—Para cumplir la profecía —dijo ella, y su rostro se transformó en una máscara temible de venganza helada—. Acabar con Aeris y tu madre. Restaurar el equilibrio que ellos destruyeron.

Los ojos de Axel se abrieron sorprendidos y algo enloquecidos. Se acercó a ella de forma abrupta y Wynd saltó hacia atrás al instante.

—Ese es mi plan. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué traicionarme? —jadeó él.

El aura de Axel ondulaba como llamas muertas. No transmitía poder, más bien justo lo contrario: parecía vacía, la materialización de la nada.

—Porque no creo en tu plan ni en ti. Eres un mentiroso y un manipulador y sé que pretendes usarme, igual que todos. Esta es mi misión y solo yo elijo cómo llevarla a cabo.

—Me decepcionas, Wynd. Tú y yo sabemos que este mundo jamás cambiará por sí solo. Alguien tiene que tomar las decisiones por él. Estabas en el bando correcto. Es lo que juraste hacer cuando estabas con Nana, ¿no es cierto?

Wynd parpadeó sorprendida al oír el nombre de su antigua dueña.

—Hemos estado trabajando juntos: devoradores, rebeldes y yo. Llevo mucho tiempo planeando esto, y Nana y los nikt han sido de gran ayuda. Por cierto, cuando le conté quién eras en realidad se lamentó de haberte matado.

Así que ahí es a donde iba cada vez que desaparecía. Por fin encontraba las piezas que le faltaban sobre el plan de Axel. Mientras hablaban, el aura de Axel fue extendiéndose como una nube a su alrededor. Wynd sintió un tirón en lo más profundo de su ser.

Abrió los ojos y la boca, horrorizada. Ahora por fin lo comprendía.

—Te estás... Te estás transformando en un devorador de almas —susurró—. Por eso solo tienes una franja sidh. —Recordó la primera vez que le había visto los ojos. Aren le había explicado que la sangre sidh predominaba sobre todas las razas, y que el padre de Axel debía de ser una criatura al mismo nivel que los sidh para imponer sus genes. Él le había dicho que no lo conocía, que el Deirnas lo había matado... «Bastardo mentiroso», pensó—. Tu padre es un devorador. Me dijiste que estaba muerto, que Aeris lo mató.

Axel sonrió satisfecho.

—Y en cierto sentido lo hizo... Siempre he sabido que eras lista. Aren no se ha dado cuenta en todos estos años. Tampoco le ha importado: estaba demasiado ocupado lamentándose por el amor de papi y la pérdida de mami... Pobre heredero estúpido y sentimental. Él jamás ha sabido ver la grandeza, no es más que un idiota con suerte al que todo le ha venido dado, incluso un reconocimiento que no se merecía —dijo con rabia—. Aeris se casó con la madre de Aren porque deseaba ganar reconocimiento en la corte, pero cuando mi madre rehízo su vida con mi padre, Aeris no lo soportó. Así que transformó a mi padre en devorador para robarle su magia y hacer daño a mi madre. Está obsesionado con ella...

Wynd reconoció entonces la historia del cuaderno que Lebhar le había prestado. Los protagonistas nunca habían tenido nombres, pero ahora sabía de quiénes hablaba. Su cabeza funcionaba a mil revoluciones por minuto mientras procesaba toda aquella información. Cada paso que daban estaba lleno de más mentiras y secretos.

—¿Sabes lo que me parece? Que tú estás absolutamente obsesionado con Aren y que tienes un enorme complejo con tu madre.

Axel lanzó su poder contra ella, movido por la rabia. No se parecía en nada a lo que Wynd le había visto hacer antes. Luego, absorbió todo a su alrededor: el aire, la luz, el oxígeno.

Era un agujero negro y se estaba alimentando.

Wynd boqueó y clavó los pies en el suelo mientras convocaba sus cuchillas mágicas, las que segaban la vida.

—Tengo algo que confesarte, Wynd —dijo Axel con la voz seca y cargada de furia—. Tú siempre has sido la clave para que mi plan funcionase. En realidad, planeaba matarte en Kaebhar. Parece que ambos somos unos traidores.

Wynd saltó hacia él con las cuchillas brillando en sus manos. Su aura de escarcha rugía enfurecida. Axel la esquivó más veloz de lo que lo había visto moverse jamás y la golpeó con el codo en la espalda. Ella se arqueó sintiendo un chispazo de dolor. Se revolvió y le pateó el estómago. Axel chocó con la chimenea, que se quebró en pedazos.

—No sabes las ganas que tengo de cerrarte la boca de una maldita vez —gruñó Wynd.

Agarró la atmósfera y tiró con fuerza para empujarlo, pero la onda expansiva frenó al llegar a Axel y se disolvió igual que si se la hubiese tragado. Wynd sintió un ligero vació en el pecho y, antes de que pudiese reaccionar, él le dio una bofetada que la lanzó por los aires.

La boca se le llenó de sangre.

Axel la atrapó del cuello con una fuerza que ella ya había conocido antes: la del contacto de las manos de Nana. Wynd le clavó una de sus cuchillas en el abdomen, pero al entrar en contacto con su piel se disolvió chisporroteante y solo quedaron las cadenas de su mano.

Jadeó horrorizada.

—Buenas noches —susurró Axel con una voz que sonó inhumana.

Wynd sintió cómo su energía se retorcía dentro de ella y se apagaba.

Y perdió el conocimiento.

Capítulo 63

Aren había intentado ponerse en contacto con ella sin éxito. No podía encontrar la conexión que los unía, era como si ella se hubiese apagado de la nada. Estaba distraído y eso le había costado llevarse alguna que otra quemadura en un ataque de demonios de fuego.

—Estamos cruzando el maldito bosque de sombras: por todos los dioses, concéntrate —le había gruñido Thorn mientras mataba a un par de ellos.

Tenía razón, y no solo en lo referente al bosque de sombras; tenía que concentrarse en el plan. Se la estaban jugando. Aun así, esperó con ansias que llegase la noche.

Esta llegó justo cuando alcanzaron la colina hueca.

Pecas, la llamó. Esta vez sentía el hilo: la conexión estaba despierta, pero no hubo respuesta.

—¿Tienes claro qué es lo que vamos a hacer? —preguntó Thorn.

Aren dejó de intentarlo y suspiró.

—Me ofende que dudes de mí. Soy un maestro de la mentira —contestó con arrogancia.

—Ya —dijo Thorn poniendo los ojos en blanco.

Él también estaba nervioso, no solo por la cantidad de posibilidades de que aquello saliese mal —muy mal—, sino porque, si salía bien... Apretó los puños. Si salía bien, volvería a ver a su padre y a Cordelia.

La colina no se veía porque las protecciones la camuflaban, pero Aren conocía el camino. Una vez las traspasaron, algo que solo los sidh podían hacer, el bosque de espíritus se reveló para ambos. La magia antigua les calentó la piel como el sol. El aire era más puro allí, y sus auras, que habían estado alerta, se relajaron mecidas por una suave calma.

Aquel era el lugar más hermoso de Abscondita: la magnitud de los árboles, cuyas raíces eran más altas que algunas casas de Oed, la naturaleza pura y salvajemente bella, los colores que lo llenaban todo. No había un lugar similar.

Y arriba: la imponente colina coronada por las ruinas de lo que un día fue el palacio del gran rey.

Aren pensó en Wynd. El corazón le dio una sacudida: comenzaba a preocuparle su silencio.

Cuando llegaron a las faldas de la colina, donde una gruta bajaba hacia el interior, un guarda se adelantó y les pidió que se identificaran. Su armadura era marrón oscuro, para no posicionarse ni con los rhydra ni con el Deirnas, y llevaba un casco de ramas entrelazas que le cubría el rostro, de modo que solo se le veían los ojos.

—Aren Aland, y este es Thorn... —Aren lo miró.

—Thorn Edris, entrenador de la Academia —dijo él usando su tono formal y serio.

—Nos envían a hablar con el alcaide —terminó Aren.

El guarda abrió los ojos, sorprendido, y se cuadró nervioso. Se inclinó en una reverencia mientras se llevaba la mano al pecho.

—Su alteza, es todo un honor.

Thorn notó cómo la boca de Aren se torcía ligeramente hacia abajo. Fue un gesto pequeño, apenas perceptible, de desagrado.

El guarda los guio por un entramado de pasillos y escaleras que ascendían a la parte intermedia de la colina. El lugar guardaba el recuerdo de lo que había sido antes: un bonito santuario en el que la naturaleza había estado al servicio de sus habitantes, la majestuosa corte *faerie*.

Ahora parecía algo marchito y apagado.

La hierba bajo sus pies crujía algo seca y teñida de marrón, y las paredes transmitían una frialdad impropia de la estación. Thorn pudo ver las similitudes entre la Academia y la colina, aunque esta última era mucho más caótica y laberíntica.

El despacho del alcaide estaba tras una enorme puerta de madera sin pulir de color rojizo. El guarda les pidió que esperasen y pasó primero.

Aren parecería impasible, Thorn habría jurado que hasta aburrido, si no fuese porque no paraba de abrir y cerrar el puño izquierdo. Tenía los ojos perdidos en el horizonte y la respiración calmada, pero había algo que claramente le preocupaba.

Thorn quiso posarle la mano en el hombro y tranquilizarlo. Sin embargo, en el último momento la dejó caer.

—¿Estás bien?

Aren relajó la mano. Estaba lejos de estar bien. Aunque trataba de concentrarse, su mente no paraba de marcharse en busca de Wynd. Había desaparecido sin más: estaba seguro de que algo malo le había pasado. Lo sentía.

—Estoy perfectamente —dijo al mismo tiempo que la puerta del despacho se abría.

El guarda que los había llevado hasta allí los condujo dentro. El lugar era austero en decoración, pero las pocas piezas que había eran una demostración de poder y estatus, como la vitrina llena de «trofeos» de caza, o puede que de presos, que se encontraba en la estancia: las alitas de un hada, escamas de la piel de un dragón, una pluma de espíritu celestial...

—Su alteza, es un honor recibiros en la colina. ¿A qué se debe? —lo saludó un hombre de tez tostada y pelo negro.

Aren miró a Thorn y sonrió. Se sentó apaciblemente en la silla frente al escritorio del alcaide.

—Hay un preso con el que tenemos que hablar. Un asunto rhydra. Como bien le habrán informado, pasé las pruebas —dijo haciendo un gesto hacia sí mismo.

—Por supuesto, enhorabuena. Pero nadie me ha informado de esta visita. El general Tyr es quien se ocupa normalmente de estos asuntos —contestó el alcaide echándole una mirada a

Thorn.

—Este es un tema delicado. La mismísima Grianan nos ha pedido que lo llevemos a cabo.

El hombre se tensó al oír el nombre de la primera general. No solo se tensó; palideció. Aren pudo ver cómo su frente se llenaba de gotas de sudor.

—¿Y qué asunto es ese? —preguntó.

—Tenemos que ver a un preso del área especial y hacerle unas preguntas. Confidenciales —especificó Thorn con ese tono categórico e imponente que usaba como entrenador.

Aunque Aren no era más que un aprendiz que todavía no tenía categoría dentro de los rhydra, el alcaide tomaba sus palabras más en serio que las de Thorn, a quien miró como si no fuese nada.

—Entenderéis que para algo tan delicado necesito comprobación.

Thorn frunció el ceño, pero Aren se le adelantó.

—Por supuesto.

El alcaide se disculpó pomposamente con Aren y desapareció por una puerta que daba a otra sala dentro de su despacho.

Thorn se acercó enfurecido.

—¿Qué haces? Si manda un mensaje de fuego a la Academia, estamos perdidos.

Aren levantó la mirada hacia el pelirrojo.

—Es que no va a contactar con Grianan ni con la Academia, sino con mi padre.

—¿Qué?

—Mi padre fue quien lo nombró y todos estos años se ha asegurado de que le es leal. Sé con certeza que el Deirnas ha mandado una orden de búsqueda oficial para mí. Estoy seguro de que, en cuanto el guarda le ha informado de nuestra visita, lo primero que ha hecho ha sido mandar un mensaje a mi padre. Y ahora lo que está haciendo es dar la alarma.

Thorn parecía completamente perdido.

—¿La alarma?

—Estamos en guerra y este es el lugar más disputado, junto con Oed. En cuanto hemos dicho que venimos de parte de Grianan, se ha puesto nervioso. Ha pensado que tramamos algo y va a poner sobre aviso al Deirnas para que mande a sus soldados a defenderlo.

Thorn miró a Aren horrorizado, no solo por sus palabras, sino por su visible tranquilidad e impasibilidad.

—¿Por qué tu padre te busca de forma oficial ahora y por qué nuestra presencia aquí supone un peligro tan grande? —gruñó Thorn perdiendo la paciencia.

—Porque hace un par de días tuve una conversación con mi prima y supe que, en cuanto me marcharse, encontraría la forma de comunicarse con mi padre. Que hayamos venido hoy aquí en nombre de Grianan ha sido la chispa que faltaba.

Thorn dio un paso atrás hasta apoyarse sobre el escritorio, como si necesitase ayuda para sostenerse.

—¿Has orquestado tú esta batalla?

Los ojos y la voz de Aren eran fríos como el hielo. Su rostro, pura oscuridad.

—Aprovecharemos la batalla para liberar a los presos.

—¡¿Pero a qué precio?! —bramó Thorn.

Aren se puso de pie sin inmutarse del tono del entrenador, ni de la mirada en sus ojos.

—Esto es una venganza personal... —lo acusó el rhydra.

—Esto va más allá. Es una revolución, y toda revolución necesita una llama que la prenda. Yo he colocado los elementos con cuidado para que eso ocurra. Te avisé en tu despacho: había llegado la hora de elegir bando.

Capítulo 64

Alyn había recibido el aviso de madrugada. Dígord, el guarda que trabajaba para Nana, se había colado en su celda para darle un mensaje suyo:

Atacaremos la colina en cuanto caigan las protecciones. Debéis obligar al alcaide a desactivarlas para que podamos entrar. Usad esos túneles de los que me hablaste, con la ayuda de tus compañeros no os será difícil someterlo. No te olvides de traerme a los mestizos.

Alyn miró al otro lado del pasillo. Nana la había mandado allí con el propósito de ayudar a Dígord a destruir las protecciones y así dar un golpe al corazón del poder sidh, pero también para que consiguiera a Eyra, Arlin y Gerd.

El día había llegado, se acabó la espera.

Fue a ver a Iver escabulléndose por los túneles. Era una chica inteligente y sabía perfectamente lo que tenía que hacer para sobrevivir. Aun así, la decisión no fue fácil de tomar. Usarlo a él y a todos los demás para el plan de Nana; mentirlos, manipularlos.

Lo había hecho tantas veces antes...

—Iver —susurró—. Iver.

Él apartó el colchón y cayó por el hueco junto a ella.

—¿Qué ocurre, Lyn?

Iver era el confort que ella nunca había experimentado en su vida: era seguridad, tranquilidad y calma. Alyn no deseaba volver con los nikt, no quería pelear, matar o robar. No quería tener que sobrevivir nunca más. Le habría gustado marcharse lejos con Iver y los demás, vivir en paz.

—He oído a los guardias hablar sobre Arlin, Eyra y Gerd. Van a sacrificarlos mañana. «Lo ha ordenado el Deirnas», decían. —Tenía la respiración agitada y le temblaba la voz. Fingir emociones era como respirar para ella.

—¿Qué? —Los ojos de Iver se abrieron desorbitados—. No puede ser... Casi... Casi hemos conseguido llegar al bosque.

—Podemos tirar una de las paredes y salir dentro de la montaña. Usaremos los pasillos igual que los guardas y llegaremos hasta una de las salidas. Es más arriesgado que el plan inicial, pero tenemos que irnos esta noche, Iver.

Él parecía perdido, al borde del colapso.

—No podemos perder más tiempo —instó ella.

—Sí, sí, tienes razón. Es la única forma. Hay que despertar a los demás.

A Alyn se le estranguló el corazón. Jamás se había sentido mal engañando antes. Desde muy pequeña, había aprendido que si no eres el que utiliza, eres al que utilizan. Había aplicado esa filosofía en todos sus trabajos. Y era buena; era excelente en ello.

Ni siquiera había sentido empatía por sus hermanos nikt. Nana la quería especialmente porque era fría y calculadora. Tenía grabada en la memoria la noche en la que su hermana Wynd había tenido que matar a Grether después de socorrerla en una misión. Compartían pared y la había oído llorar hasta la extenuación. No fue una lección que aprendió por sí misma, pero sí a través de esa niña de doce años.

Alyn nunca habría cometido ese error; ella ni siquiera habría llorado por tener que matar a uno de sus hermanos. Después de aquello, Wynd se había convertido en la más letal de todos los nikt que estaban en la casa. Pero la más fría siguió siendo Alyn. A veces, oía a Wynd tener pesadillas y remordimientos. Ella jamás sufrió ninguno, y aunque a veces llegaba a ser realmente cercana a sus objetivos, jamás le importó.

Todos se reunieron en la sala de los minerales. La miraron asustados, confusos y decididos. Ninguno dudó. Si Arlin, Gerd y Eyra estaban en peligro, entonces debían irse cuanto antes, aunque fuese arriesgado.

Ella se sintió sucia y despreciable como nunca antes. Por primera vez, saboreó la culpabilidad. Si algo les ocurría, ella sería la causante.

Y, al mirarlos, supo que aquella sería la última vez.

Los túneles ascendían por el interior de la tierra. Siempre habían ido en diagonal, elevándose hacia el bosque de espíritus, alejándose lo máximo posible de la colina y de la vista de los guardias. Sin embargo, Dariela usó sus fuerzas para abrir una entrada a los pasillos de la colina hueca. No había tiempo para excavar más.

Una vez estuviesen fuera, Alyn se separaría de ellos y abriría las protecciones para...

De repente, la tierra tembló, las paredes se sacudieron, trozos de roca cayeron aquí y allá, el brillo del interior de la colina titiló y la naturaleza misma pareció retorcerse.

Dariela cogió aire de forma entrecortada.

Cordelia giró la cabeza y se quedó quieta. Iver se detuvo a su lado.

—¿Qué está pasando? —susurró Arlin agachándose a su lado. Su voz melodiosa era de una eufonía sin igual.

Cordelia miró a Iver en busca de respuestas. Nunca le había llegado a contar qué tipo de ser era Dariela. Él parecía preocupado mientras la observaba, como si su reacción lo asustase más que las demás.

—Las protecciones han caído. Están atacando la colina —gimió Dariela.

—Es una *faerie*, probablemente la única que queda viva —explicó Iver mirando a Cordelia.

La pelirroja tardó un segundo en comprender las implicaciones que aquella revelación tenía. Sin embargo, poco a poco las piezas comenzaron a encajar y todo cobró sentido.

Por eso ella era la única a la que tenían esposada: por el poder que podía ejercer sobre la colina, el antiguo hogar de los *faeries*. También era la única que podía ser testigo de lo que había ocurrido con su raza y contar lo que el gran rey había hecho. Podría dar fe de que todo lo que Cordelia había leído en el Archivo era real y no una invención.

Por eso Dariela había podido crear los túneles y por eso ahora sentía lo que ocurría en aquel lugar. Su magia arcana la unía a la naturaleza de esa tierra sagrada.

—¿Dónde está Alyn? —preguntó Roxy de pronto.

Capítulo 65

Al mismo tiempo que los presos del área especial se preparaban para huir, Wynd despertaba en la Academia. No había vuelto a estar allí desde la noche en que había buscado a Lebhar, cuando las calles todavía estaban teñidas de blanco. Ahora el verano brillaba en su máximo esplendor.

Tenía grilletes de acero de dragón encantado en las manos. Le dolía la cabeza y se sentía vacía, como si le hubiesen drenado la energía del cuerpo, además de hambrienta y sedienta como hacía mucho que no se sentía.

Estaba en una sala pentagonal de paredes de piedra sin decorar. No la recordaba de sus días en las pruebas, por lo que seguramente estaría unos pisos más abajo.

Se apartó el pelo de la frente y, al tocárselo, se manchó de ceniza. Un extraño sudor frío le impregnaba la piel haciéndola sentir incómoda y sucia. Repasó una y otra vez los sucesos de la noche anterior tratando de comprender por qué su magia se había consumido cada vez que había tocado a Axel.

Tiró de los grilletes con fuerza. Tenía que salir de ahí cuanto antes.

Un sonido estruendoso hizo vibrar las paredes y una parte de sí misma se encogió. Sonaba prácticamente igual a la alarma de las pruebas, y su cuerpo lo reconocía.

Alzó la mirada al techo, frustrada.

Tiró con más fuerza de las esposas hasta que le temblaron los brazos del esfuerzo, hasta que el acero le cortó la piel de las muñecas. Nada.

La puerta de la sala se abrió de golpe y Axel entró sonriente.

—Por un momento temí haberte matado —comentó feliz.

La luz de las antorchas bailaba sobre su rostro dibujándole sombras; ya no se parecía al chico guapo y de maneras elegantes que había conocido en las pruebas. Había cambiado mucho en esos meses.

—Muy interesantes tus cuchillas, por cierto —dijo señalándole las manos—. ¿Son esas las que has usado para acabar con los consejeros?

Wynd se limitó a mirarlo con desprecio.

Axel proyectó su nada contra ella, que sintió la pesadez del vacío succionando todo a su alrededor. Le oprimía los huesos y le llegaba hasta el alma.

—Un hechizo de ese estilo requiere algo a cambio —siguió—. Te agotas cuando lo utilizas, entregas un porcentaje de tu poder cada vez que lo usas y nunca lo recuperas.

Wynd sonrió. Lebhar le había dejado algunos libros sobre magia para que aprendiese a

controlarla. En uno de ellos había leído sobre esa clase de conjuros: los más poderosos estaban ligados a una promesa, a un intercambio. Eran peligrosos y difíciles de manejar. Pero letales.

Aunque a Lebhar no le había gustado demasiado la idea, había ayudado a Wynd a desarrollarla. El modo perfecto de acabar con sus enemigos de una forma silenciosa. Ella quería ser como el viento: invisible, estar en todas partes y en ninguna. La promesa de una venganza que vendría a por todos. Y así había creado aquellas cuchillas.

Axel siguió paseándose por la habitación.

—La verdad es que no me gusta nada tener que improvisar, pero el desarrollo de los acontecimientos no ha sido el que esperaba.

Wynd lo miraba sin pronunciar palabra. Tenía los ojos clavados en él como si estuviese intentando atravesarlo con el peso de su odio y su desprecio.

Axel caminó hasta colocarse a unos centímetros de ella y se agachó para mirarla directamente a los ojos. A Wynd, el estar tan cerca de él le helaba la sangre. Su naturaleza misma le gritaba que se apartase. Antes, siendo humana, había percibido a los devoradores igual que a los sidh u otras criaturas del caos. Todos eran igual de peligrosos para ella. Quizás por eso nunca había notado que Nana era uno de ellos.

Ahora, por primera vez, experimentó lo que era enfrentarse a un igual, a un depredador de tu propia especie.

Los devoradores de almas. Con el aspecto exterior de un humano superior, a la imagen y semejanza de los sidh —fuertes, ágiles, resistentes; con sus mismas cualidades—, pero con el interior podrido de las sombras. Una cáscara que encerraba el mismísimo caos.

Aquel pasaje volvió a su memoria, recitado por la voz musical de Axel. Se lo había leído después de la tercera prueba. Entonces ella era humana y no había interiorizado aquellas palabras. Ahora que sabía la verdad al completo sobre su creación, entendía lo que aquello encerraba: los devoradores eran la antítesis de los sidh, eran su sombra, su reverso. Sidh sin alma, vacíos, y con la fuerza de un agujero negro.

Axel había sido fuerte como sidh, pero ahora como devorador era prácticamente indestructible. Ni siquiera se lo podía considerar mortal, pues no tenía alma.

—Cuando escuché por primera vez tu «apodo» —dijo Axel—, pensé: «curioso». Por supuesto, yo conocía la profecía: la ventisca que sacudiría nuestro mundo, la venganza del gran rey que un día llegaría. Pero tú no eras más que una humana. Comencé a observarte con más interés cuando noté la gran atención que Aren te prestaba. Tú fuiste demasiado ingenua y caíste en su trampa: ¿el heredero enamorado de una simple humana? —Soltó una carcajada ronca; ya no quedaba rastro de su tono musical—. Muy obvio. Y entonces me dije que ese extraño ojo tuyo encerraba algo.

—Aren se dio cuenta mucho antes que tú. Puede que hayas querido ocultar el hecho de que él

fuera más inteligente con ese comentario despectivo, pero lo he notado —dijo Wynd con cierto aburrimiento—. Realmente te molesta que sea más astuto que tú.

Las facciones de Axel se contrajeron y las aletas de su afilada nariz se dilataron. Wynd sonrió satisfecha. No podía pegarle físicamente, pero sí podía destrozarlo de otras formas. Axel tenía un enorme complejo de inferioridad, ese era uno de sus puntos débiles.

—Vosotros dos os parecéis: ambos tenéis incontinencia verbal —dijo él con voz sibilina. Trató de ocultarlo, pero había dolor en su tono—-. En cuanto comencé a sospechar quién eras, tracé mi plan. Me acerqué a ti de una forma mucho más sutil que él, me gané tu confianza poco a poco...

—Por eso ayudaste a Cordelia y a Blue en el laberinto —lo cortó ella.

—Los dos son unos idiotas, no lo habrían conseguido por sí mismos. Yo le sugerí a mi madre esa prueba. Buena, ¿verdad? —Se deleitó un segundo—. Fue justo ahí cuando me di cuenta de que tenías mucho más potencial del que había contemplado en un primer momento. Tú y yo tenemos mucho en común, más de lo que lo he tenido con nadie. —Wynd fue a negarlo, pero Axel no la dejó—. Oh, vamos, he visto el brillo en tu mirada cuando hablaba de venganza.

Wynd tragó incómoda. Sí, había ocasiones en las que había comprendido y empatizado con sus motivos y argumentos; había entendido su sed de venganza y su odio e incluso había admirado la fuerza de sus convicciones y su empeño por llevarlas a cabo.

Nunca dejaba de atormentarla la idea de que, en su interior, guardaba una parte tan monstruosa como lo era Axel. Pero había decidido luchar contra ella. Al final, las decisiones que tomaba eran suyas y podía elegir.

Axel sonrió ampliamente.

—Eso es: ambos somos iguales. Igual que lo fueron nuestros padres, y por eso alcanzaron la grandeza. Hay que ser valiente para ser un monstruo. Esconderse bajo la piel de la bondad es lo que hacen todos los cobardes.

Wynd reflexionó en torno a sus palabras. Ella siempre había pensado que, cuantas menos emociones y sentimientos tuviese alguien, más poderoso era. Así se lo había inculcado Nana. Las personas buenas como Cordelia no triunfan: ellos son los que acaban traicionados, apuñalados por la espalda o sobrepasados por otros que usan trucos sucios. Siempre había tenido claro que así era como funcionaba el poder.

—Quizás porque hemos construido un mundo en donde solo los monstruos tienen cabida —respondió alzando la barbilla—. En vez de enfocarnos en extirpar la humanidad de nosotros hasta convertirnos en pura vileza, deberíamos apreciar el poder que hay en las emociones humanas. Los sidh desechan sus sentimientos como si los hiciesen débiles; ese es nuestro sistema de poder, pero yo he conocido el valor de la humanidad. ¿Sabes cuántas veces hubiese muerto estando vacía? Todas. Ni siquiera me importaba. Luego tuve algo por lo que luchar y ahí encontré fuerza y valor.

Axel torció el gesto con desagrado y sacudió la cabeza decepcionado.

—Esperaba más de ti. Una pena que no vayas a poder desarrollar tus teorías. Esa alarma que acaba de sonar es la que llama a los rhydra a la guerra. Aeris ha abierto un portal en el Palacio de Cristal para llevar sus tropas a la colina hueca. Pero mi madre no piensa dejar que tome el lugar más importante para la supervivencia sidh.

Wynd abrió los ojos mientras el corazón comenzaba a bombearle ahogado. Aren estaba en la colina. Cordelia y Blue estaban en la colina.

—Yo iré a hacerles una visita —dijo Axel, ufano.

Se levantó con grandilocuencia y caminó hacia la puerta.

—Nos vemos.

Durante un segundo, Wynd quiso gritarle que la soltara, pero él jamás lo haría.

Tiró de los grilletes chillando desesperada. Se rompería las manos si era necesario. Entonces, en medio de su estado de pánico, recordó que tenía un modo de alertar a Aren.

Cerró los ojos y canalizó la poca energía mágica que el acero de dragón dejaba fluir por su cuerpo. Veía la conexión de sus almas de forma nítida: un hilo de luz en la oscuridad. Tiró de él y su aura llamó a la de Aren hasta que este divisó la noche y las estrellas.

¡Axel va hacia allá dispuesto a mataros!, gritó desesperada.

Capítulo 66

El alcaide había dejado caer las protecciones sobre la colina y el bosque de espíritus para que los soldados del Deirnas pudieran entrar a través de un portal. Las protecciones no se habían dejado caer desde la fatal noche de la Gran Guerra, pero Aeris había dado la orden.

Aren podía imaginarse la magnitud de su enfado. Su padre reduciría Abscondita a cenizas antes que dejar que Grianan la tuviese.

Los soldados los habían guiado fuera junto con el alcaide. El caos se había desatado en el bosque: las tropas del Deirnas habían aparecido con sus armaduras de plata azulada. Un pequeño batallón guiado por Aeris en persona. El Deirnas iba vestido con su armadura, de un verde tan oscuro que parecía negro, la corona de piedra de luna —el mayor potenciador de poder que se había creado jamás— y el pelo negro atado en una larga cola.

Poco después habían llegado los rhydra: vestidos de dorado y rojo. Colores de combate. Grianan también estaba allí: severa, inquebrantable.

Y Lness contra Y Niedr. La leona contra la serpiente.

Aren sintió un escalofrío y, al instante, sintió la voz de Wynd llamándolo. Esta vez no tuvo que concentrarse: su energía se estiró hacia ella como el acero llamado por un fuerte imán, y la vio: tormenta, nieve y luna. Su aura parecía apagada y débil, como una llama que se extingue.

Axel va hacia allá dispuesto a mataros.

Pecas, susurró él sin aliento, aliviado. *¿Qué ha pasado?*

Axel lo sabe. Sospechaba que algo ocurría y me siguió anoche. Ha cambiado, Aren, ya no es un sidh; es un devorador de almas.

¿Qué?

Su padre es un devorador... La voz de Wynd tembló y él estiró la mano para tomarla del brazo, pero su energía era tan débil que apenas podía materializarse.

La tierra tembló y el sonido de la batalla lo inundó todo. Los guardas de la colina salían en tromba para unirse.

Thorn agarró a Aren de los hombros.

—Es ahora o nunca. Esta es la distracción que querías, ¿no?

Pecas: llevaré a Cordelia de vuelta, no te preocupes, dijo Aren.

¡No! Escúchame. Axel va hacia allí, debes tener...

La onda expansiva del poder de Aeris empujó a Aren hasta chocar contra las rocas de la colina, haciéndole perder la conexión con Wynd. Los ojos de su padre brillaban llenos de odio y

furia.

Aren sonrió y miró a Thorn mientras se incorporaba.

—Vas a tener que encontrarlos tú.

Thorn dudó un momento. Sabía que el Deirnas no trataba demasiado bien a su hijo —lo imaginaba por las órdenes que había recibido y por la forma en la que Aren reaccionaba al hablar de él—, pero jamás había visto a un padre mirar de aquella forma a un vástago. Sintió que de verdad tenía intención de matarlo.

Aeris desvió la mirada hacia Thorn.

—¡Vete! —gritó Aren. Esta vez el instructor lo obedeció.

—Luego me encargaré de ese traidor —dijo Aeris mirando al rhydra.

—Hola, padre. He oído que me buscabas.

—Estabas escondiéndote de mí como el cobarde que eres.

Aeris extendió su aura verde de serpientes hasta Aren, que las esquivó con maestría. Pero el ácido de sus bocas chorreó y le quemó el traje.

—No me has servido ni como soldado.

Aren temblaba de rabia. No paraba de recordar las palabras de Lebhar diciéndole que le diese una última oportunidad. Aeris se movió rápido como un rayo y golpeó a Aren en la cara haciéndole volar varios metros hacia un lado.

La boca se le llenó de sangre, que escupió mientras se incorporaba.

—No te mereces nada de lo que he construido para ti, no te mereces el tiempo que he invertido en ti. Eres un desgraciado, un desagradecido. —Aeris se sacudía furioso—. Ni siquiera tú... Ni siquiera tú... Al menos esperaba que tú te quedases. Estabas igual de solo, igual de herido que yo. Mi hijo al menos... No has hecho más que decepcionarme.

Aren no podía soportar su tono quejoso. No podía soportar sus reproches. El poder pulsaba en sus venas como un torrente de agua desbocada. La ira bullía quemando su cuerpo.

—¿Te he decepcionado, padre? ¿Cómo? Me has criado a tu imagen y semejanza. Has querido que sea igual que tú: alguien despreciable incapaz de amar, alguien a quien todos temen. ¿No te has parado a pensar que quizás todos te abandonan porque ni tú mismo te soportas? Tienes esa idea victimista de que el mundo está en tu contra y de que estás condenado, pero la verdad es que no; la verdad es que esa maldición te la has impuesto tú solo. Y no soportas la idea de que a mí no me ocurra lo mismo, de que yo sea distinto a ti. Haces desgraciados a todos los que están a tu alrededor para no sentirte solo en tu amargura —le escupió por fin. La oscuridad salió en volutas de su aura y comenzó a expandirse lenta como el humo—. Me has despojado siempre de todo lo que amaba, de todo lo que me hacía feliz. Siempre voy a decepcionarte porque mi existencia misma lo hace. —A Aren se le cortó la voz, y apretó la mandíbula.

La oscuridad los envolvió a ambos y los apartó del resto de la batalla, que tenía lugar unos metros más abajo en el bosque de espíritus.

—Esta vez voy a matarte —dijo Aeris.

—Bien, porque yo pensaba hacer lo mismo contigo. ¿Sabes? Alguien que una vez te consideró su amigo me recomendó conocer la historia entre mi madre y tú. ¿Y qué mejor ocasión que esta?

Aeris no podía ver a Aren, pero sí sentía su voz. No estaba acostumbrado a pelear a ciegas, pero sus sentidos eran buenos. Sacó la espada de acero de dragón y empuñadura de oro que llevaba en el cinturón.

—¿Qué deseas saber?

—La verdad.

—¿La verdad? —Aeris rio—. Eso no existe. Siempre hay versiones diferentes. La historia nunca es una y depende del punto de vista del que se cuente.

—Cuéntame el tuyo entonces.

—¿Crees que estás preparado? Siempre has sido más sensible de lo que te conviene.

Aren se movió esquivando con facilidad un ataque de su padre, que había cargado la enorme y pesada espada contra él. La magia del Deirnas trataba de entrar en la cabeza de su hijo. Pero Aren bloqueaba la potente erosión al mismo tiempo que vigilaba los pasos de su padre. Necesitaba oír su historia.

—Me enamoré de Grianan cuando éramos aún jóvenes, hace muchos años. Ella era una chica rica y mimada. Yo, un huérfano de una aldea junto a las Hillias; sin casta ni nombre. Pero me convertí en el *faerie* más poderoso después de Finvannah, y a ella siempre le atrajo el poder. Todo fue perfecto. —La voz de Aeris estaba cargada de dolor—. Hasta que volvimos a la corte después de unos años. Esos malditos y estirados *faeries* de buen linaje me miraban como si fuese basura. Sobre todo uno de ellos en particular: tu abuelo. —Sus ojos se llenaron de malicia y rencor—. Así que decidí que me casaría con tu madre, que me emparejaría con una de las familias más antiguas y gloriosas de la colina hueca para demostrarles a todos, a ese viejo incluido, que valía tanto como ellos. No pensaba dejar a Grianan: lo de tu madre no era más que una fachada, yo nunca la quise, pero Grianan... Ella me dejó. —Su boca se torció con asco—. Se casó con el padre de Axel.

Aeris lanzó toda su fuerza contra Aren, que se retorció de dolor y agonía. El aura del Deirnas consiguió entrar en su cabeza y le clavó los dientes en su mente para sustraer sus peores pesadillas. Aren se tambaleó hasta casi caer. La oscuridad presionó al Deirnas, y Aren consiguió expulsar el veneno de su mente.

—Grianan y... Devon —su nombre le supo a ácido— habían estado juntos en su juventud. Y, en cuanto pudo, me abandonó y volvió con él. ¿Cómo tenía que tomarme eso? —bramó—. Donde hubo fuego siempre quedan cenizas, ¿no? —dijo enloquecido de furia—. Yo a tu madre solo la necesitaba para... para ganarme el respeto y el lugar que me merecía. Pero nunca dejé de amar a Grianan.

Aren sintió náuseas.

La rabia le quemó en las venas. La pulsión por destruirlo, por consumir todo a su alrededor se

estaba volviendo salvaje. Aeris dejó escapar un gruñido de dolor al sentir la oscuridad tratando de agotarlo.

—Reté al padre de Axel a un duelo a muerte. Lo engañé. Lebhar estaba desarrollando el ritual por aquel entonces. Lo habíamos probado en criaturas ancestrales y con algunos *faeries* y habíamos visto en lo que estos se transformaban una vez te alimentabas de su magia. Gané el duelo y...

—Lo transformaste en un devorador —susurró Aren, consternado.

—Sí, y luego lo abandoné lejos: en los bosques donde estaría con las bestias que eran iguales que él.

—Pero, aun así, Grianan no volvió contigo.

Aeris gruñó y se lanzó a por Aren trazando un gran arco con la espada que besó el traje de combate de Aren. Si este no se hubiese movido tan rápido como lo hizo, lo habría traspasado hasta cortarle el pecho.

—Lo buscó. Estuvo viéndolo a escondidas. Solo lo hizo para vengarse de mí.

La rabia de Aeris estalló y su aura se enredó alrededor del tobillo de Aren, tirándolo al suelo.

—Lo hizo para castigarme. Y entonces naciste tú. Con el tiempo, Grianan se dio cuenta de su error: vino a buscarme y me pidió que nos aliásemos para acabar con la humana, la madre de esa chica; esa bastarda a la que has ayudado. Tu prima prácticamente se arrastró hasta el Palacio de Cristal para contarme que la hija de Finvannah está viva y que está con Grianan. Tuve que traer un dhoga experto en lectura de labios para saber qué deseaba decirme con tanto empeño.

Aren se levantó sobre los codos. El corazón se le retorció en el pecho. Le habría dolido menos que se lo atravesase con la espada.

—Wynd —lo corrigió—. Ella es más poderosa de lo que tú jamás podrás soñar.

Aeris tiró de Aren, que no se resistió, hasta colocarlo bajo su hoja de acero.

—Grianan debió asegurarse de que tanto Aine como el bebé estaban muertos. Fue ella la que quitó las protecciones y dejó entrar a los devoradores de almas, liderados por el padre de Axel, para que distrajesen a Finvannah. Pero yo sabía que me estaba utilizando. —Apretó la espada contra el cuello de Aren, que comenzó a sangrar—. Quería asestarle el golpe definitivo. Maté a todos los *faeries* que quedaban, los que no querían formar parte del ritual, los que se creían muy distinguidos por su sangre y posición en la corte. Incluidos tus abuelos... Me deshice también de los sidh más poderosos, los que provenían de las grandes familias. Solo dejé a una *faerie* con vida: tu madre, mi esposa; la última de su raza.

»Los maté a traición mientras luchaban contra los devoradores y le dije a Finvannah que Grianan era quien había dejado caer las protecciones. Él se asustó, porque la había dejado a cargo de la humana.

Aren miró a su padre horrorizado, comprendiendo lo que aquello significaba. Lo que Grianan había hecho.

—Yo no esperaba que el gran rey se quitase la vida. Pensaba que la castigaría. Grianan lo

respetaba por encima de todo y de todos. Él era su dios, así que su odio y desprecio serían el mayor castigo que podría infligirle jamás.

»Pero el padre de Axel había cambiado: no era el hombre del que Grianan se había enamorado en su juventud. —Escupió la palabra—. Así que no siguió las órdenes que ella le había dado. El pequeño ataque que debía ser una distracción se transformó en una batalla encarnizada. Los devoradores no se rindieron y huyeron como estaba planeado. Redujeron el castillo a escombros. Nos costó sangre y lágrimas ganar. Al amanecer, me proclamé Deirnas mientras Grianan, destrozada, asumía la pérdida de Finvannah, de su hogar, de sus iguales, de mi traición y la del padre de Axel.

Aren podía ver la sonrisa satisfecha de su padre mientras contaba aquellos hechos. Deleitándose en su victoria. La hoja le besaba la piel a medida que se hundía un par de centímetros en su cuello.

—Siempre he sabido que eras un monstruo, pero superas mis expectativas.

—No pensaba dejar que nadie más me abandonase nunca. Por eso, cuando me enteré de que tu madre pensaba huir contigo al norte, que había contactado con la corte Kheima para pedir asilo, me deshice de ella. No tenía derecho a dejarme y llevarse algo que era mío por naturaleza.

Aren se quedó sin aire. Tembló de pies a cabeza. Su alma se sacudió herida. La hierba comenzó a deshacerse en cenizas y la oscuridad presionó a Aeris, que movió la espada sorprendido.

—La mataste... —lo acusó el chico con una voz que parecía proceder de los infiernos.

—¿Matarla? Yo no he dicho...

Aren dejó escapar un gruñido y la hoja de metal que sostenía su padre comenzó a retorcerse sobre sí misma. El metal se fundió y se arrugó hasta caer consumido en cenizas negras. Y, antes de un parpadeo, su hijo estaba encima del Deirnas con una daga en la mano.

Aeris rio.

—Siempre has sido tan ingenuo. Venga, mátame.

Aren sintió las lágrimas picándole en los ojos. Le temblaba la mandíbula.

—¿Cuándo vas a ser un adulto? ¿Cuándo vas a crecer?

Aren se odió por darle la satisfacción a su padre de demostrarle que podía hacerle daño. Bajó la daga hacia su cuello con la mano temblando ligeramente.

Aeris lo miraba desafiante, como si supiera que no sería capaz.

—No puedes. Ahora veo que he fracasado contigo... He desperdiciado todos estos años...

La tierra tembló con tanta fuerza que se resquebrajó. Rocas y árboles comenzaron a caer y el bosque de espíritus se prendió en llamas: la belleza convertida en horror.

El rugido de la batalla se volvió ensordecedor.

Aren deshizo la oscuridad en cuanto vio a Axel caer del portal al mismo tiempo que el ejército de rebeldes humanos entraba en la colina desprotegida. El bosque ardía, la tierra temblaba y la

colina se resquebrajaba. Aeris apartó a Aren cuando vio que sus tropas retrocedían asustadas por el poder de Axel.

Grianan, abajo, sacaba su espada roja del pecho de un adversario mientras miraba consternada a su hijo.

—¿Qué has... qué has hecho?

Axel, de pie sobre un sauce marchito, sonrió a su madre.

—Ahora por fin verás mi potencial, madre.

Grianan, horrorizada, se llevó una mano a la boca.

—¡Atacad! Al que se atreva a dar un paso atrás lo mataré yo mismo —vociferaba Aeris.

Empujó toda la magnitud de su aura hacia sus soldados como una ola. Miró a Axel a través del bosque. La tierra se había convertido en barro, los riachuelos estaban teñidos de rojo, las cenizas de los árboles milenarios caían como una lluvia y el fuego los devoraba.

—¿Qué has hecho? —volvió a preguntar Grianan sin que los demás alcanzasen a oírla.

—Nunca has sabido verlo, madre. Pero yo siempre he sido mucho más inteligente que cualquiera de vosotros. Pensé que, si el ritual podía hacerse entre sidh para fortalecernos, entonces... ¿por qué no hacerlo entre devoradores? Así que lo hice. —Se encogió de hombros, mirándose.

—¿Quién? —preguntó Grianan, que, aunque mantenía la compostura, parecía tener ganas de vomitar.

—¿Quién qué, madre?

—¿A quién has usado para tu ritual perverso, para transformarte en esta abominación?

La sonrisa de Axel se hizo más amplia y en su rostro pudo leerse su inhumanidad. Ya no era un ser natural: era algo que iba más allá del orden y el caos. Era un horror nacido del horror.

—No soportabas ver lo que había de su poder en mí. Y él no soportaba verte a ti en mí. Me lo ocultaste, me apartaste de él. Y cuando por fin lo encontré... —Las palabras de Axel estaban llenas de rabia y soberbia—. Le conté mi plan, traté de convencerlo a él y a los suyos de que se uniesen a mí. Él me despreció e intentó matarme. Se burló de mí y de mis ideas; me infravaloró. Yo le enseñé lo equivocado que estaba. Necesitaba la fuerza de los devoradores y los rebeldes, y conseguí que lo hiciesen.

Grianan cayó de rodillas al suelo arrasado de su bosque sagrado.

—¿No estás contenta, madre? Soy el nuevo líder de los devoradores de almas y pronto lo seré de toda Abscondita.

Unas enormes llamas doradas rodearon a Grianan, que gritó un lamento. El rostro de Aeris se contrajo en una mueca de dolor al oírla.

Las protecciones de la colina volvieron a levantarse cerrando el paso a devoradores y humanos. El último portal que quedaba abierto comenzó a cerrarse.

—¡Dejad de atacar a los rhydra y acabad con esos gusanos rebeldes y las abominaciones que los acompañan! —gritó el Deirnas haciendo temblar el aire con su poder.

Se olvidó por completo de su hijo y echó a correr hacia Grianan, poseído por una desesperación frenética que Aren jamás le había visto expresar.

Capítulo 67

Al mismo tiempo dentro de la colina, Iver lideraba la marcha junto con Callum y Eyra. Arlin y Cordelia ayudaban a caminar a Dariela, que estaba ardiendo de fiebre. Su conexión con aquella tierra que estaba siendo atacada la había hecho enfermar. Por último, Gerd y Roxy cerraban la marcha. Iver volvería en cuanto todos estuviesen a salvo a buscar a Alyn. Tenían que salir cuanto antes.

Salieron a uno de los pasillos principales. El sonido de la batalla se oía más claramente allí y el aroma a cenizas, fuego y sangre lo impregnaba todo. Alguien dobló corriendo el recodo al final del pasillo y todos se tensaron. No se habían cruzado con ningún guardia desde que habían salido de los túneles hasta ese instante.

Callum se frenó de golpe haciendo que los que caminaban detrás de él chocaran con su ancha espalda. Iver le dirigió una mirada interrogante mientras estiraba su magia protectora alrededor del grupo.

La persona al otro lado se frenó también.

Las respiraciones agitadas se sostuvieron en el aire y el corredor pareció comprimirse.

—¿Thorn? —dijo la voz consternada de Cordelia.

Iver se giró para ver sus ojos verdes abrirse sorprendidos.

Las mejillas de Callum se llenaron de lágrimas que derramó en silencio: hacía más de diez años que no veía a su hijo.

—Padre —dijo el entrenador caminando despacio hacia ellos.

Callum se movió entonces hacia él, con el que se fundió en un abrazo. Entonces, Cordelia se dio cuenta: al verlos uno al lado del otro, su parecido era innegable.

—¿Quién es? —preguntó Roxy curiosa.

—Es el entrenador de la Academia —dijo Cordelia todavía sin creer que estuviese allí.

El corazón le martilleaba en el pecho y sintió un amargo sabor en la boca al mirarlo. Su último encuentro le pesaba como una soga al cuello.

—Tenéis que salir de aquí rápido. Ha estallado la guerra entre el Deirnas y los rhydra —anunció Thorn separándose de su padre y mirando a los demás.

Cuando llegó a Cordelia, su mirada se quedó atrapada en la de ella, que se estremeció. Iver los observó alternativamente; no fue difícil adivinar que ellos eran más que simples conocidos de la Academia.

Cordelia dio un par de pasos hacia delante. Le temblaba el cuerpo entero. Había asumido que

no volvería a verlo nunca más, que no podría explicarle por qué hizo lo que hizo, que no había pretendido usarlo y que jamás lo había engañado con sus sentimientos. No era el momento ni el lugar para tener aquella conversación, pero necesitaba expresarle lo arrepentida que estaba de haberle hecho daño.

—Thorn. —Su nombre sonó íntimo en sus labios—. Lo siento —dijo mirándolo a los ojos—. Siento lo que te hice, siento haberte herido. Lo siento tanto.

Thorn deshizo la distancia que los separaba. Tenía la mandíbula tan apretada que le palpitaba un músculo, y sus ojos transmitían dolor y vulnerabilidad. Estiró la mano, dudó un segundo y la cerró en un puño que dejó caer derrotado.

—Yo nunca quise que acabases aquí. Quiero que lo sepas —dijo el instructor—. Hablaremos de todo después: los dos nos debemos la verdad.

Iver cogió aire. No había sido consciente de lo que esos dos años allí encerrado habrían significado para el resto del mundo hasta ese instante. Cordelia le había parecido la misma: más madura, más fuerte y algo más rota, pero en esencia la misma niña pelirroja a la que había dejado atrás en Róbulo. Ahora se daba cuenta de que dos años eran mucho tiempo en la vida de alguien, de que en principio puede parecer que todo sigue igual, que nada ha cambiado, pero la realidad es que el tiempo que se vive siempre nos cambia, aunque no lo notemos. Había muchas cosas de su vida que se había perdido y que no podría recuperar.

Ella notó los ojos de Iver en su piel y se giró hacia él. Fue la primera vez que ambos se miraron en presente y no en pasado.

Axel miró a Aren. Los separaban unos cincuenta metros.

El humo cubría el cielo y las cenizas dificultaban la visión. Las llamas avanzaban implacables sobre el bosque sagrado.

—¡Me encantará ocuparme por fin de ti! —gritó quien había sido su amigo—. Llevo años deseando desenmascarar al gran heredero.

Axel avanzó hacia él. El bosque se marchitaba y apagaba a su paso.

Aren se puso de pie y echó un vistazo a la batalla que se estaba llevando a cabo unos metros más abajo. Todo era caos, destrucción y muerte. No veía a su padre por ninguna parte, solo el brillo dorado de las llamas de Grianan.

Axel se movió entre los árboles en llamas con suma facilidad y pronto estuvo frente a él.

—Veo que por fin dejas de esconderte bajo esa falsa apariencia de perfecto chico civilizado —contestó Aren.

Axel se movió tan deprisa que sus ojos prácticamente no lo captaron. El devorador le dio un puñetazo en el estómago y lo envió contra la pared de la colina. El cuerpo de Aren impactó con tanta fuerza que derribó varias rocas.

—Vaya, ya no eres tan fuerte —sonrió Axel encantado.

Aren gruñó y se puso de pie. Tenía el cuello manchado con un hilo de sangre. Sus ojos azules estaban tan oscuros que casi parecían negros y destilaban rabia helada.

—No te haces una idea de cómo voy a disfrutar con esto —siseó Aren.

Su aura se liberó como un torrente salvaje y hambriento que corrió hacia Axel, pero, en cuanto lo tocó, esta se desvaneció. Aren sintió un tirón en el pecho, un vacío en el alma.

El rubio rio frenéticamente. Se movió raudo y sacó una daga fina de obsidiana. Tenía grabados símbolos arcanos. Rozó el cuello de Aren, que lo esquivó, pero no pudo impedir que el arma le tocase la piel. Fue como si la hoja absorbiera y tomara su esencia misma.

Aren convocó sus cuchillas de aire y las lanzó contra Axel, pero en cuanto entraron en contacto con su aura, se deshicieron.

—¿No lo ves? No puedes hacer nada contra mí, soy mucho más poderoso que tú. Más que ella también. Ahora no sois nada para mí.

Aren apretó los dientes. Las franjas de sus ojos refulgían. Sacó una espada corta de su cinturón y fue a por él. Los dos se movían más deprisa de lo que la vista alcanzaba a procesar. Sus espadas chocaban con furia y rencor.

Aren golpeó a Axel en el rostro y le partió el pómulo. Sintió un chasquido en sus nudillos.

Su nuevo ser era fuerte en lo que a poder se refería, pero su cuerpo de carne y hueso parecía haberse debilitado.

—Ni siquiera eres mortal, te has consumido a ti mismo. Estás maldito.

—Todo este continente está maldito. Los sidh lo están y tú lo sabes mejor que nadie. Ahora quieres ser el héroe, pero nunca te ha importado. Habrías heredado el lugar de tu padre sin inmutarte si no hubiese sido por ella. —Trató de golpear a Aren, que lo evitó—. Somos una raza corrupta: nos alimentamos de la magia que robamos, nosotros mismos creamos el mal y ahora pretendemos ser mejores. Irónico, ¿no te parece? La verdadera lacra son los sidh y yo me encargaré de ellos. Tengo el coraje que nadie más ha tenido para hacerlo.

Aren rio.

—Siempre has tenido delirios de grandeza, pero con esto te has superado —se burló.

Axel blandió la daga y le hizo un corte en el brazo. Aren apretó los dientes mientras esquivaba otro ataque, anticipó el siguiente movimiento de Axel, lo agarró del pelo y lo empujó contra el suelo. Se colocó encima de él aferrándolo del cuello.

—El cuerpo a cuerpo nunca se te ha dado bien. Puede que seas más poderoso y rápido, pero ¿sabes cuál es la verdad? Que eso no cambia lo que eres en esencia. Aunque poseas el mundo entero, no dejarás de ser quien eres.

El rostro de Axel se contrajo en una mueca. Tembló de rabia y su aura se expandió presionando a Aren. Era el mismo vacío, la nada más pura.

—Quiero que mueras sabiendo que la siguiente en hacerlo será ella. La tengo encerrada en la Academia. La torturaré muy poco a poco, hasta que llegue el momento, y entonces la usaré para

completar mi plan. Ni siquiera os reuniréis en los remolinos, porque no dejaré ni una pizca de su aura sin consumir.

Los dedos de Aren apretaron con fuerza el cuello de Axel, acallándolo. El rubio concentró su energía en una pequeña bola de poder que se expandió y lanzó al heredero lejos de él. Aren se levantó sobre un codo. Se limpió la sangre que le goteaba de un corte en la mejilla y corrió hacia Axel. Se frenó, prediciendo el ataque del rubio, y le clavó el cuchillo en la pierna.

Axel rugió. Lanzó un puñetazo a las costillas de Aren con todas sus fuerzas y sintió cómo se quebraban bajo sus dedos.

—No puedes matarme. Si lo haces, desatarás la magia del juramento.

Aren tosió una risa.

—¿Qué juramento? Parece ser que no te enteras de nada.

Le dio un codazo en el rostro a Axel, que se sacudió hacia atrás ligeramente aturdido. Después, rugió completamente desquiciado y sin control. Su aura rodeó a Aren, lo presionó, lo absorbió y se alimentó de él. Axel se lanzó como un animal rabioso hasta tirarlo al suelo. De pronto, bajó la daga hacia su pecho mientras lo presionaba con todo su poder.

—Esta daga absorberá tu aura por completo. Llevo años trabajando en mi propio ritual y he alcanzado un poder que ninguno de vosotros puede soñar. Reconoce de una vez que has perdido —dijo con los ojos abiertos de deleite—. Yo siempre fui mejor.

—Está bien, lo admito —dijo Aren arrastrando ligeramente las palabras con arrogancia—: eres el más pedante de todos los pedantes y tú y tu ritual podéis chuparme un pie.

Axel tembló de rabia. El rostro se le desfiguró en una mueca homicida y enloquecida. Bajó el arma describiendo un arco certero, pero Aren se movió lo justo para que en vez de clavársela en el corazón lo hiciese en el hombro.

El grito de dolor y agonía de Aren retumbó contra la colina.

Al mismo tiempo, Cordelia, Thorn, Iver y los demás salían al exterior y se encontraban con el mismísimo averno. No había más escapatoria que pelear.

Aeris llegaba por fin hasta Grianan, que temblaba enfurecida y destrozada; el peso de sus decisiones, las que los habían conducido hasta ese momento, la aplastaban. Sus ojos se encontraban con los de Aeris en mitad del desorden de la batalla.

Una última persona caía del portal justo en el instante en que este se cerraba.

Y la ventisca se desataba devorando el fuego.

Capítulo 68

Wynd perdió la conexión con Aren. La rabia, el miedo y la frustración fueron la tormenta perfecta. No había vuelto a perder el control sobre su magia de esa forma desde que había despertado. Su interior era un huracán de hielo enfurecido: la idea de quedarse allí atrapada sin hacer nada mientras las personas a las que amaba corrían peligro le provocó un miedo primario que nunca había experimentado.

Aquel era el poder del que Lebhar le había hablado. La fuerza de quien tiene algo por lo que luchar. Y, dioses, Wynd habría podido mover el mundo si ese hubiese sido su propósito.

Su aura se desató como una tormenta de nieve y el suelo de la habitación se llenó de escarcha. Su pelo se sacudió movido por un furioso viento helado que le deshizo las trenzas y arrastró los restos de ceniza que lo teñían. Las franjas de sus ojos refulgían mientras liberaba su poder hasta que el acero de los grilletes quedó completamente congelado. Golpeó la escarcha del suelo repetidamente con los grilletes hasta que el metal comenzó a agrietarse y terminó partiéndose en trozos.

La alarma seguía sonando cuando salió de la habitación. Entonces, corrió hacia el sonido como si la persiguiese el mismísimo averno. Tuvo que subir varias plantas y moverse entre los laberínticos pasillos hasta dar con el lugar donde se encontraba el portal.

Las puertas estaban abiertas y no quedaba nadie. Los bordes habían comenzado a cerrarse poco a poco. En cuanto puso un pie en la sala, el reconocimiento la golpeó como un puñetazo en el estómago. Era el lugar donde habían celebrado Kaebhar; el espacio que habían convertido en bosque.

Saltó al portal, que la engulló y se cerró tras ella. El sentimiento fue familiar y a la vez nuevo: su cuerpo parecía aceptar el viaje mucho mejor ahora. Y entonces, cayó en medio de la batalla. A unos cuantos metros se encontraban Grianan y Aeris peleando contra los rebeldes, metidos de lleno en el bosque que se consumía presa de las llamas.

Arriba, cerca de las grutas de acceso a la colina, estaban Aren y Axel, y justo en la puerta de salida, Cordelia, Thorn y el resto de los presos que observaban el caos consternados.

Lo primero que percibió Wynd al caer en el bosque de espíritus fue el alarido de dolor de Aren. El vínculo que unía sus almas se tensó, y Wynd pudo sentir cómo la de él se apagaba. Entonces, movida por la rabia y el dolor, prácticamente rugió. Su mente se apagó y el instinto tomó el control. El tiempo se ralentizó a su alrededor. Los segundos se volvieron minutos al

mismo tiempo que un viento feroz y helado sacudía el bosque. El hielo deshizo las llamas con una fuerza devoradora. Y todos se apartaron de ella.

Lo primero que vio Cordelia fue la tormenta moverse alrededor de una figura que le pareció imponente, a pesar de su tamaño menudo: el traje negro, las dagas en las manos, el pelo plateado sacudiéndose a su espalda. Y, en el siguiente pestañeo, la vio empujada por el fuerte viento, que estaba cargado de esquirlas de hielo que cortaban como pequeñas agujas. Cordelia se llevó la mano a la boca y cayó de rodillas como si estuviese viendo un fantasma.

Porque la que había caído de los cielos era Wynd.

Al otro lado, Aeris la miraba con los ojos abiertos como platos.

—La profecía —susurró.

Grianan, que también miraba a Wynd, sintió una especie de orgullo líquido recorrerle el cuerpo. Reconocía a su rey en ella. Todos esos años había estado enfadada: con Aeris por haberla traicionado, con Finvannah por haberse enamorado de una simple humana y por haber muerto por ella, con Devon por destruir el lugar en el que había sido feliz; pero, sobre todo, consigo misma. Nunca se había perdonado el haber fallado en su plan hasta el punto de causarle la muerte a su rey.

Cuando Axel le contó que creía haberla encontrado, pensó que podría usarla en contra de Aeris. Ella podría servir a sus propósitos, que nunca habían sido la venganza. Grianan ambicionaba más: no deseaba destruir, sino construir. Quería cumplir el propósito de Finvannah: llevar a los sidh a lo más alto, y estaba segura de que su hija sería la ayuda perfecta.

Wynd se lanzó como una flecha contra Axel. Un deseo primario y salvaje tiraba de su cuerpo: el de matarlo. El rubio esquivó los cortes de sus dagas, pero no la patada que le dio en la rodilla, que se la quebró con un fuerte chasquido y que lo lanzó varios metros atrás.

—Estás muerto —dijo la chica con una voz que era tan fría como su aura.

Aren estaba inconsciente y le costaba respirar. Tenía un corte profundo en el hombro izquierdo por el que perdía sangre profusamente.

—¿Qué le has hecho? —gruñó ella mientras le presionaba la herida con manos temblorosas.

—Tenéis mucho en común: ninguno sabéis cuándo rendiros —dijo Axel poniéndose en pie con dificultad. Wynd levantó la cabeza y le enseñó los dientes—. ¿Tratando de decidir si te quedas a ayudarlo o me matas? Oh, vamos, sé sincera contigo misma; siempre has preferido lo segundo. Lo llevas dentro de ti, eres una depredadora.

Wynd siguió presionando la herida de Aren con una mano y con la otra sostuvo a Sombra.

—Siempre me he preguntado por qué tienes esa obsesión enfermiza con demostrar que nos parecemos. Es casi como si quisieras encontrar a alguien que esté de tu parte y que comparta tus pensamientos y pulsiones. ¿Te sientes solo ahí dentro? —lo acusó ella—. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo manipulas a la gente para resultarle agradable? Lo hiciste conmigo en las pruebas. —Wynd cogió aire con fuerza—. Porque sabes que tu auténtica naturaleza es despreciable. Y aquí está.

Ella conocía bien el sentimiento. Nana le había repetido infinidad de veces que nadie la querría si la conociese de verdad. Era un miedo que llevaba muy arraigado en el alma. Y en eso, ambos sí que se parecían.

Axel hizo una mueca. Su nariz se dilató y sus labios temblaron mientras encajaba el golpe. Hizo temblar el suelo y un río de rocas cayó de la colina. Wynd levantó su aura a modo de escudo: una firme e impenetrable pared de hielo.

—Nana me ha contado que una vez te impuso matar a una amiga como castigo. Podrías haberte negado y Nana te habría matado a ti entonces, pero habrías salvado a esa chica. ¿Ves cómo nos parecemos? Los dos ansiamos algo y no nos importa qué o quiénes estén en el camino.

Wynd palideció y el pecho le dio una sacudida. Se le revolvió el estómago. Su escudo de hielo tembló.

—Ella me obligó —susurró.

Axel rio incrédulo.

—Debe de estar al llegar. Junto con tus hermanos. —Wynd giró la cabeza por instinto. Si eso era cierto, debían darse prisa o aquello sería una auténtica masacre—. Los que juraron luchar por la misma causa a la que tú servías y por la que mataste a tantos de los que ahora quieres proteger. Ni siquiera te tembló el pulso para engañar a tus amigos. Esa eres tú, Wynd: una asesina. ¿Se te ha olvidado? Claro que nos parecemos. Yo te admiraba. ¿Y ahora quieres fingir que eres una buena chica?

Wynd se miró las manos llenas de sangre y sintió un asco profundo. Tenía razón, ella ya sabía que se parecían; solo un monstruo es capaz de comprender a otro. Pero que lo entendiese no quería decir que lo justificase.

—Yo no creo en el bien o en el mal; creo en la venganza. Deberías saberlo. Y eso es lo que voy a llevar a cabo: contigo incluido.

Axel le lanzó su aura como un proyectil afilado que la habría golpeado de lleno si alguien no la hubiese empujado tirándola al suelo. Wynd se levantó rauda sobre los codos y se encontró con los enormes ojos verdes de Cordelia llenos de lágrimas. Se quedó sin aire, se le vació el pecho y sintió que se ahogaba.

Cordelia la sostenía de los hombros y temblaba de rabia. Tenía las mejillas encendidas y en sus ojos bailaban todo tipo de sentimientos. Si no la hubiese conocido como lo hacía, habría pensado que estaba a punto de darle una paliza.

Ambas se sostuvieron la mirada en un tiempo que pareció detenerse: unos segundos que no corrieron, que flotaron ingrávidos, quietos. Tantas cosas que decirse, tantas preguntas. Demasiado para que unas pocas palabras pudiesen encerrarlo todo.

Después de esa pequeña eternidad, Cordelia apretó a Wynd en un abrazo fiero.

—Te he echado tanto tanto tanto de menos —dijo Cordelia entre sollozos—. Una parte de mi alma se apagó contigo.

—Cor... Cordelia. —A Wynd le temblaba la voz y le costaba hablar. En su mente volaban

decenas de recuerdos, flashazos de ambas que la acariciaban como plumas ligeras—. ¿Dónde está Blue? —preguntó mirando detrás de ella.

La pelirroja negó y la apartó empujándola de los hombros.

—No está aquí —respondió y, por primera vez, se alegró de que su amigo no hubiese llegado a la colina—. Yo me ocupo de él —dijo señalando a Aren.

Wynd dudó un segundo, luego asintió y se puso de pie. La batalla rugía a sus espaldas.

—Gracias —susurró, incapaz de mirar el rostro pálido de Aren.

Cordelia asintió mientras se tiraba de la manga de la camiseta para rasgarla.

Wynd empuñó sus dagas y caminó hacia Axel despacio. Una depredadora acechando a su presa. Apretó los dedos alrededor de Muerte. Era agradable volver a tenerlas. Entonces, él le lanzó un golpe y ella le saltó por encima girando en el aire. Cayó justo detrás y lo barrió con una patada que a él le costó esquivar con la rodilla rota.

Axel se limpió la tierra de la cara y la observó con una mueca inhumana. Wynd lanzó toda la fuerza de su aura contra él. Se concentró en su mente, en cristalizar cada célula de su cuerpo. Pero Axel absorbió su energía en vez de repelerla.

Ella trastabilló ligeramente.

La energía de Axel parecía multiplicarse al estar en contacto con la suya y rodeó a Wynd, que sintió cómo poco a poco la drenaba. Pero ella replegó su aura y blandió las dagas contra él. Axel la esquivaba y bloqueaba. Sus movimientos eran tan rápidos que se hacía difícil seguirlo.

—Te agotarás pronto —dijo él, y aprovechó un espacio para darle un puñetazo en las costillas.

Wynd derrapó clavando las botas en el suelo y gruñó de dolor. Parpadeó disipando la humedad que le había empañado los ojos. Axel se movió rápido como un rayo y la atrapó del cuello para lanzarla al suelo. Wynd se quedó sin aire al golpear la piedra y soltó un jadeo ahogado. Le clavó la bota en el pecho a Axel y lo empujó hacia atrás al mismo tiempo que lanzaba a Sombra contra él. La daga se le clavó en el brazo y le arrancó un alarido. Wynd le lanzó un puñetazo a la barbilla y sacó su daga retorciéndola ligeramente. Entonces, Axel la cortó superficialmente en la espalda. El traje de combate impidió que aquella arma extraña llegase a tocar su piel.

—Podrías conquistar el continente; podrías conquistar toda Abscondita conmigo. Y eliges ser mediocre, justo como él.

Wynd le echó una mirada de reojo a Aren. Cordelia le había vendado la herida y mantenía las manos unidas sobre el corte, que emitía un ligero brillo verdoso. Estaba usando su magia para ayudarlo.

—¿Contigo? ¿Quieres decir dándote todo mi poder? ¿Sacrificándome? —Wynd casi rio.

—Este mundo no se puede salvar. Asúmelo.

—No eres quién para decidirlo.

La tierra se sacudió con una fuerza atronadora: las protecciones volvieron a caer. Los rebeldes

entraron en tromba y los devoradores lo hicieron unas líneas más atrás, usándolos de escudo.

Axel sonrió con una mueca de horror. Se movió deprisa y, en menos de lo que duró un parpadeo, estaba al lado de Wynd cerrando los dedos alrededor de su cuello con tanta fuerza que, si todavía hubiese sido humana, se lo habría partido. Después, la levantó en el aire. No era solo su fuerza física, era el poder absorbente de su aura. Su tacto era como si le tiraran del alma a Wynd.

—¿Los habías echado de menos? —preguntó.

Wynd miró de reojo la batalla: una mancha de cuerpos vestidos de negro apareció entre el dorado rojizo de los rhydra y el azul plata de los soldados del Deirnas. Los reconoció al instante; se había pasado doce años de vida siendo una de ellos. Los nikt.

Unos metros más atrás, justo en el borde de las protecciones, estaba ella: la figura pequeña, consumida y de cuencas vacías. Nana. Wynd sintió un escalofrío. Pero eso no fue nada, absolutamente nada, comparada a la visión de una silueta de pelo azul brillante completamente vestida de negro junto a ella.

A Wynd el cuerpo se le quedó inerme, dejó de luchar contra el agarre de Axel y buscó a Cordelia con la mirada. El corazón le estalló en pedazos mientras la conmoción la sobrecogía. ¿Qué hacía él allí? Cordelia levantó la cabeza, alertada por el creciente caos y el temblor que habían provocado la caída de las protecciones.

—Oh —dijo Axel con alegría—. Cierto, no eras la única que guardaba secretos a tus amigos. Te presento al hijo del líder rebelde del Cordón Zaffiras: Blue.

Capítulo 69

Uno de los nikt se acercó a Blue y le dijo algo. Le puso una mano en el hombro y la familiaridad e incluso el cierto toque de cariño que hubo en el gesto le robaron el aire a Wynd. Ella nunca olvidaría su cara ni su nombre, que en ese momento le quemó en las entrañas: Rendry.

Su aura era fuego helado mientras los observaba. Su amigo se inclinó sobre el nikt y le dio un beso fugaz en los labios. Wynd saboreó la traición, al mismo tiempo que la sed de venganza la abrasaba. Cordelia seguía arrodillada al lado de Aren. El verde bosque de su aura tranquila y reconfortante se había oscurecido en algunas zonas y vibraba: furia, agonía, deslealtad. Dolor.

Puso una mano en el suelo, cerró los ojos y cogió aire pesadamente. La tierra tembló. Encontró la conexión con las raíces de los sauces, que se movieron siguiendo su llamada. Una de ellas abrió la tierra a los pies de Blue y se enredó en su tobillo. Tiró de él con fuerza arrastrándolo. Cordelia se puso de pie. Sus ojos estaban apagados, oscuros. Wynd la observó sorprendida. Jamás habría esperado ver aquella expresión en su rostro; no reconoció a su amiga. Blue trató de cortar la raíz, que se movía demasiado deprisa, para que nadie lo atrapase. Sin embargo, al instante la comprensión llenó su rostro. Levantó la cabeza y se encontró con la mirada fiera de Cordelia.

Consiguió cortar la raíz unos metros antes de llegar a ella.

—No —pidió Cordelia.

Blue la miró con absoluta frialdad.

—¡NO! Dime que no. —La voz de la chica se quebró.

—Lo siento —fue todo lo que contestó él.

Las manos de Cordelia temblaban.

—Todos teníamos un propósito al entrar. Te lo dije muchas veces, ojos verdes: siempre hay más historia de la que parece, y cada uno tenemos nuestros motivos.

Blue le dirigió una mirada a Wynd, sus ojos se abrieron sorprendidos y su pecho subió y bajó mientras soltaba un jadeo. La alegría y la emoción bailaron en los ojos del mestizo. Por supuesto, ella era la única capaz de desafiar y vencer a la misma muerte.

Axel todavía retenía a Wynd del cuello y estaba deleitándose con el espectáculo. Disfrutando de aquel caos amargo, del tipo de heridas que nunca se curan: las del corazón.

El rostro de Cordelia se contrajo.

—Por favor. Por favor.

Blue apartó los ojos de Wynd.

—No lo entiendes. Tú no lo entenderías. No sabes por lo que he pasado. Tu vida ha sido fácil y feliz, Cordelia. Yo soy un mestizo, escoria para la mayoría de los sidh. No sabes la clase de cosas que le hicieron a mi madre por ser una ondina. —La cara de Blue se llenó de disgusto. No parecía el mismo chico que ella había conocido en las pruebas—. ¿Qué se supone que teníamos que hacer mi padre y yo? ¿Aceptarlo? No. Los rebeldes nos acogieron y nos ayudaron. Sidh menores, humanos y mestizos: los repudiados por el sistema; esos somos nosotros. Y vamos a acabar con él.

Cordelia negaba con la cabeza. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos vidriosos.

—Sé que nunca comprendiste por qué Wynd hizo lo que hizo, pero yo sí. —Miró a su otra amiga, que seguía en manos de Axel—. Eras de los nuestros: ¿has cambiado ahora que has descubierto tu auténtica naturaleza?

Wynd apretó la mandíbula encajando el golpe. Ella solo se pertenecía a sí misma y a sus propósitos. No dejaría que nadie más volviese a dictar su destino.

—Te has puesto de su parte —dijo señalando a Aren—. Él lo sabía todo; es como su padre.

—Es tu amigo —lo acusó Cordelia.

—No importa: conocía la verdad sobre las pruebas y el ritual, y nunca ha hecho nada. Es cómplice.

Cordelia parecía estar a punto de vomitar.

—No has podido fingirlo todo. Tú lo animaste cuando viste que estaba mal después de la muerte de Wynd. Has sido mi mejor amigo casi un año y sé que eso no es mentira.

Blue apartó los ojos.

—Él me contó que planeabais colaros en el tercer piso del Archivo —intervino Axel—. Blue te alentó a hacerlo para poder extraer información. Cuando Aren fue a veros, como esperaba, Blue dio la voz de alarma para que os trasladasen. Los rebeldes os siguieron a Tyr y a ti por el bosque y averiguaron el lugar exacto donde estaban las protecciones.

Cordelia miró a su amigo con infinito dolor. Blue bien podría haberle atravesado el corazón y haberla dejado desangrándose lentamente. Wynd sintió una profunda lástima por ella, pues era la única de los tres que no había jugado a ser otra persona; la única que había sido sincera y transparente, y ellos la habían herido.

—¿No habrías preferido que hubiese muerto? —prosiguió Axel—. Seguro que una parte de ti habría deseado que así fuera: que la última vez que lo viste, siendo tu fiel mejor amigo Blue, hubiese sido el último recuerdo de él. Nada que manchase su imagen, la oportunidad de que esa persona quedase intacta en tu recuerdo, perfecto a los ojos de cualquiera, pues alguien que ha muerto no puede herirte. Mejor que la realidad, en la que es un traidor, un mentiroso, alguien que te ha utilizado y ha jugado con tus sentimientos.

Axel parecía disfrutar del sufrimiento de los que estaban a su alrededor, como si su plan no fuese acabar con los sidh y su régimen, sino también convencerlos de que aquel mundo no merecía la pena. Él tenía una visión extremadamente retorcida de la realidad y estaba tratando de

imponérsela a todos. Quería que sintiesen lo que él llevaba años experimentando. Esa desazón, esa idea frustrante de que todo estaba corrupto y de que no había forma de salvarlo: una vida sin fe en nada ni en nadie.

Blue no era capaz de mirar a Cordelia a los ojos. Wynd en el fondo lo entendía. Ella sabía por la clase de cosas que él había pasado, sabía de dónde nacía su rencor y su miedo. Cuando eres un animal acorralado, no te queda más remedio que morder, y ya no distingues la mano que te ofrece ayuda de la que viene a ahogarte: simplemente muerdes.

Blue estaba luchando por los suyos. Estaba luchando por merecer respeto y por tener un lugar en un mundo en el que siempre tendría que estar alerta y pelear más que los demás para merecer lo mismo o menos incluso. No solo lo entendía, Wynd estaba de acuerdo.

Axel miró a Blue con sus ojos fríos y muertos.

—Vamos, ¿a qué esperas? Atácala. Es tu enemiga —dijo señalando a Cordelia con la cabeza.

La mirada de Wynd fue una advertencia silenciosa y fría.

Sacó a Sombra del cinturón y se lo clavó a Axel, que estaba distraído, en el antebrazo. Él la soltó con un alarido y ella rodó apartándose. Le dolía la garganta: todavía sentía los dedos de Axel ardiéndole a fuego en la piel.

Blue dio un paso en dirección a Cordelia, que estaba unos metros más arriba junto al cuerpo inconsciente de Aren. La pelirroja observaba a su amigo sin reconocerlo.

—Ojos verdes.

—No puedes hacerme esto.

—¿No estás enfadada?

—¿Enfadada? Es más que eso. Es mucho más. Pero, aun así..., no podría pelear contigo.

—No seas blanda —contestó Blue mientras seguía acercándose despacio.

—¡No soy blanda! Estoy harta de que el hecho de tener principios y sentimientos quiera decir que soy débil. Estoy harta de que os consideréis más fuertes que yo por no tener escrúpulos. Yo no tengo la culpa de haber tenido una vida más sencilla. Lo siento. Siento de verdad por lo que has pasado y sabes que haría cualquier cosa por ayudarte. Sabes que pelearía a tu lado. Por todos los dioses, estoy aquí. —Abrió los brazos señalando a la colina—. ¡Estoy cansada de tener que justificarme, de que se me subestime! —chilló—. No soy blanda, simplemente sé perdonar.

Blue cerró los ojos con fuerza.

—Pues huye, corre. Por favor —le pidió.

—No.

Blue sacó un arpón de la espalda e hizo girar la cuerda.

Wynd, que peleaba con Axel, giró la cabeza hacia ellos.

—Blue, si la tocas te mataré. Y no me importará lo que haya habido entre nosotros. No te atreverás a hacerle daño. Si lo haces, no serás mejor que él —dijo señalando a Axel con la cabeza—, y por eso te mataré.

Cordelia se sorprendió al oír el tono frío de su amiga. Siempre había sabido que Wynd podía

ser letal, pero aquella voz le trajo de vuelta a esa chica a la que no había conocido, la que le habían descrito al acabar las pruebas: la rebelde humana que había muerto en los bosques. La traidora, la asesina.

El despiste le costó un golpe de Axel en el rostro. La nariz le goteó llena de sangre, que le cayó por la barbilla.

—Deja el altruismo —le gruñó el rubio, que luego le dedicó una mirada fría a Blue—. Vamos, ¿a qué esperas?

Wynd se limpió la sangre de la nariz, sacó a Muerte y se la lanzó a Axel con una puntería certera e imposible, clavándosela en la pierna sobre la que se apoyaba. Él profirió un grito ahogado y perdió el equilibrio, y ella se lanzó como un rayo, derribándolo del todo y cogiendo su daga.

Axel la miró asustado por primera vez.

Capítulo 70

Abajo, en la batalla, los rebeldes caían, los devoradores resistían, los soldados sidh se agotaban y sus bajas se contaban por decenas. Thorn luchaba cubierto de sangre y barro, exhausto. El breve encuentro con Cordelia latía fresco en su pecho. Al menos sabía que su padre y ella estaban a salvo. Y él resistiría por ellos.

Y, en medio del caos, mientras veía cómo los suyos perdían terreno y la realidad la golpeaba de lleno, Grianan miró a Aeris. El tiempo retrocedió doscientos años. Volvió a verlo como la primera vez: el joven arrogante y huraño junto a su gran rey. Y volvió a sentir las mariposas en el estómago, la efervescencia en sus terminaciones nerviosas. Jamás habría imaginado entonces que acabarían así, que aquel primer encuentro la conduciría a destruir todo lo que alguna vez había amado. Tomó a Aeris de la mano mientras levantaba su escudo protector alrededor de ambos. A los lejos, veía a Wynd pelear contra su hijo. Con cada choque de ambos, la tierra temblaba.

—¿Estás herida? —dijo Aeris mirándola.

—Nunca debimos cuestionarlo.

—¿El qué? ¿De qué hablas?

—Su abuela escapó del laberinto. Huyó de Ávalon, cruzó el Sykraa escapando de Holz y del príncipe del norte. Las reinas de la colina hueca la consideraron digna; lo leyeron en las estrellas. Es la nieta de Ossian —dijo mirando a Wynd—: la reina a la que la misma diosa Luna le dio un sucesor. —Grianan negó desconcertada. Por fin las piezas comenzaban a encajar—. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué plantar una semilla en una princesa fugada de otra parte del mundo, por qué elegir sucesora a una extranjera?

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué...?

—Todos pensaron que la diosa había elegido a Ossian para que reinara con la finalidad de que pudiese defenderse de la corte Kheima, porque dejó plantado al príncipe; pensaron que le habían dado poder para imponerse a su hermano Cressidan cuando fuera rey de Ávalon. Que la estaban recompensando por su lucha. Eso pensaba Finvannah, ¿recuerdas? Él siguió con el legado de su madre. Por eso decidimos utilizar el ritual, para hacer a los nuestros más fuertes. Pero ¿y si no fue por eso...?

—Grianan, no entiendo adónde quieres llegar con esto...

La primera general apartó la mirada de Wynd y la fijó en el Deirnas.

—¿Y si el destino iba mucho más allá de Ossian y Finvannah? ¿Y si nosotros obstaculizamos el plan de los dioses? ¿Y si todo este caos es culpa nuestra? Esa chica... ¿La has visto? ¿Has visto

el poder que desprende? Es como si...

—¿Qué quieres decir? ¿Te arrepientes de lo que hicimos? Esa niña sigue siendo mitad humana.

—No. Ahora lo entiendo. Ahora entiendo tantas cosas.

—¿Qué cosas?

—Tú y yo somos los culpables de esto —continuó Grianan—. Yo te arrastré a la Gran Guerra y tú mataste a todos los *faeries*. Me despojaste de mi familia, de mi identidad. El pecado es nuestro. —La voz se le obstruyó de dolor al observar su hogar, su bosque muriendo. Cogió aire mientras sacaba un puñal rojo sangre, cuya hoja lamía las llamas anaranjadas de su aura. Él ni siquiera lo notó—. Pero yo lo inicié y yo lo terminaré. Nunca has sido lo suficientemente valiente para enfrentarte a las consecuencias de tus actos —le reprochó. El ruido de la batalla era ensordecedor—. Así que, una vez más, yo lo haré por ti.

Grianan dio un paso hasta él y lo abrazó. Aeris abrió la boca y un hilo de sangre le chorreó hasta la barbilla. Grianan había hundido con fuerza la daga en su pecho. Aeris apartó los ojos de ella y los bajó lentamente hasta el punto donde la hoja, fundida por el fuego del aura de la primera general, atravesaba su coraza directa a su corazón.

Él ni siquiera peleó. Tantos años cargando con aquella amarga culpabilidad que lo había destruido por dentro, lo habían convertido en un monstruo en sí mismo. Llevaban demasiado tiempo viviendo en un castillo de secretos y mentiras.

—Gri-a-nan —articularon los labios de él mientras su alma se elevaba.

Ella tiró la daga al suelo, pegó las manos en la tierra y mientras gritaba desgarradoramente liberó todo, absolutamente todo su poder.

Iver abrió la puerta del despacho del alcaide. Había vuelto a entrar en la colina en busca de Alyn. No se iría de allí sin ella. El cuerpo del alcaide estaba tirado en mitad de la habitación y tenía una herida en la cabeza de la que brotaba sangre. Iver se acercó a toda prisa y le tomó el pulso: estaba muerto.

Escuchó pasos y la puerta que estaba en el lateral de la sala se abrió de golpe. El primero en salir fue un guarda. Lo había visto varias veces en el área especial. Detrás de él, apareció la figura esbelta y familiar de Alyn.

Iver se incorporó deprisa. Atacó antes de que al soldado le diese tiempo a reaccionar formando un látigo de viento que enrolló alrededor del cuello del guardia. Alyn dio un paso atrás, paralizada. Iver era la última persona con la que esperaba o deseaba encontrarse en ese momento.

—¡Vamos, corre! —la instó el chico mientras tiraba del látigo obligando al guarda a arrodillarse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Buscarte —contestó como si fuese obvio.

Alyn cerró los ojos sacudida por una ráfaga de dolor. Dígord rio mientras luchaba por deshacerse del látigo de aire.

—Nana tenía razón, eres muy buena en lo que haces —dijo con voz estrangulada.

Alyn le lanzó una mirada envenenada y deseó que la cuerda lo asfixiase para que no siguiese hablando. No era así como había querido que ocurriese. Había elaborado una excusa creíble para contarle a Nana por qué no tenía a los mestizos —Arlin, Roxy, Eyra y Gerd— con ella. Simplemente se había marchado deseando que Iver nunca descubriese su traición.

Aquella era la primera vez que se había atrevido a desobedecer las órdenes de Nana. Sus compañeros de encierro habían conseguido lo que nadie antes: hacerle sentir amor. No esperaba que la perdonasen, pero al menos no se sentiría tan mal consigo misma después de haberlos traicionado.

No estaba preparada para enfrentarse a Iver con la verdad.

—¿Qué crees que estábamos haciendo aquí? ¿Quién crees que ha matado al alcaide? —dijo Dígord, y envió una chispa de electricidad a través del látigo.

Iver dio un salto hacia atrás deshaciendo el lazo y miró a Alyn con la confusión pintada en el rostro.

—¿De qué está hablando?

Alyn abrió la boca, pero no fue capaz de decir nada. Iver era la última persona a la que quería hacer daño o decepcionar. Por todas las criaturas, él había ido a buscarla expresamente porque pensaba que estaba en peligro. Esa clase de persona era él: desinteresado y altruista.

Ella sabía desde el principio que Iver nunca la amaría si la conociese de verdad. Eran lo opuesto del otro. Alyn habría vendido a su madre, si la hubiese tenido, por sobrevivir: esa clase de persona era ella.

Apartó la mirada de los ojos avellana de él y la fijó en Dígord.

—Tenemos que irnos.

—Primero me ocuparé de él —contestó su hermano nikt con el orgullo herido.

—Haz lo que quieras, yo no pienso perder el tiempo.

Iver le lanzó una ráfaga huracanada a Dígord que lo arrojó contra la pared. El golpe hizo temblar la sala. Cogió a Alyn de la muñeca y la obligó a mirarlo.

—¿Qué está pasando, Lyn?

Ella cerró los ojos al oír el apelativo cariñoso.

—Lo siento —murmuró mientras daba un paso hacia delante. Él no la soltó.

Nada le había dolido igual antes. Todo su interior le pedía quedarse, pero sabía que no podría hacerlo; Nana la encontraría y la mataría. No solo a ella, sino a todos los que la estuviesen ayudando. Jamás permitía que se la traicionase.

Dígord se estaba levantando pesadamente.

—Sea lo que sea, puedo ayudarte. Pero tienes que contármelo —le pidió Iver manteniendo un

ojo en el falso guarda.

—No, no puedes. Os he engañado: no iban a matar a Gerd, Arlin y Eyra. Os necesitaba para salir y para llevárselos a... He sido yo quien ha desactivado las protecciones y ha permitido que los devoradores y los rebeldes entren. ¿Lo entiendes? Soy una de ellos.

—Sé que eres una de ellos, por eso estabas aquí, pero no tienes por qué seguir haciéndolo. Puedes quedarte con nosotros. Conmigo. Sea lo que sea, estaré a tu lado, Lyn.

Alyn seguía mirando hacia la puerta, incapaz de enfrentarse a los ojos de Iver. Todo su cuerpo estaba vuelto, dándole la espalda a él y, aun así, al oírlo sintió unas ganas enormes de aferrarse a su mano y pedirle que no la soltase nunca. Quiso girarse y gritarle que no tenía ni idea de lo que le decía, de lo que aquellas palabras significaban para ella.

Qué irónico que se hubiese enamorado del tío con el mejor corazón que había conocido nunca cuando el suyo era tan oscuro. Qué irónico que la primera persona a la que amaba de verdad no sintiese lo mismo por ella. Qué jodida, cabrona y malditamente irónica era la vida a veces.

Alyn tiró de su mano y rozó los dedos de él con la punta de los suyos. Sintió la electricidad recorriéndole la piel. Su cuerpo se resistió momentáneamente a dejarlo. Dar el siguiente paso la mató: el ancla que lo unía a él se arrastró por su pecho arañándola y a su paso dejó una cicatriz sangrante.

—Hay mucho más que no sabes. Por favor... —pidió ella. No sería capaz de marcharse si él no la soltaba—. Por favor...

Qué estúpido haberse enamorado de alguien sabiendo que le rompería el corazón.

Dígord lanzó un rayo contra ellos y Alyn se movió rápida apartando a Iver de la trayectoria.

—Lyn... —susurró Iver sosteniéndola más fuerte. Su cuerpo se aferró a ella impidiéndole marcharse.

—Las protecciones: vuelve a levantarlas —le dijo ella pegando la boca a su oreja. Tras susurrarle las instrucciones muy bajito se alejó corriendo.

Iver recibió un golpe de Dígord en la nuca que lo tiró al suelo. Y vio como Alyn desaparecía.

Capítulo 71

Herice y Phern peleaban contra una devoradora y un mestizo de worlak respectivamente. Eran los dos únicos generales que habían acudido a la batalla. Tyr se había quedado custodiando la Academia y Sindri estaba en Rasgard defendiendo la frontera de los páramos.

La devoradora aprovechó un descuido para succionar el alma de Phern, que cayó al suelo retorciéndose. Con cada alma que tomaban los devoradores se volvían más fuertes. La batalla se recrudecía y las bajas aumentaban. Aquello era una auténtica masacre. Herice sabía por experiencia propia que iban a perder: los habían pillado con la guardia baja. A lo lejos vio a Thorn, quien, cubierto de sangre y suciedad, peleaba contra dos rebeldes.

Habían llegado a ese punto en el que cada respiración se sentía como la última, en el que podían saborear la derrota en los labios y sentir su peso en los huesos y el alma. Cargaban cada golpe con los últimos resquicios de fuerza y esperaban un final que no acertaban a ver. En sus cabezas pedían no ser los siguientes en morir, rascaban en su interior, se aferraban a la vida con uñas y dientes. El miedo y la desesperación los movían mientras esperaban que un milagro los salvase.

Y entonces, el fuego se expandió como una explosión. Las llamas eran tan altas que alcanzaban el cielo e iluminaban la noche oscura.

Grianan, en medio de su bosque sagrado —su hogar— y de aquella batalla, lo calcinó todo.

Si ella había llevado a los suyos hasta ese punto, ella los sacaría, aunque le costase la vida. Esa era su redención y su castigo. Su forma de compensar a Finvannah por lo que había hecho veinte años atrás. Su aura se consumía veloz mientras dejaba salir cada gramo de poder.

Los devoradores retrocedieron. Los rebeldes trataron de combatirlo dejándose las vidas por el camino.

Había algo liberador en el hecho de abandonarse. No más planes, no más intrigas, no más secretos. Se dio cuenta, por primera vez, de lo cansada que estaba. Hacía doscientos diez años que había conocido a Finvannah y que había comenzado a escribir una historia que llegaba a su fin. Aquella fue su forma de suplicarles perdón a aquellos a los que había fallado cegada por la ambición.

—¿Creías que no me iba a dar cuenta? —le dijo Wynd a Axel empuñando sus dagas—. La magia te alimenta, así que te mataré como mejor sé hacer.

Sonrió, y había algo oscuro en el gesto.

—Mi flecha —dijo una voz a su espalda.

Wynd había sido poderosa como humana. Como sidh era imponente, una fuerza salvaje de la naturaleza. Y aun así, aquella voz, la voz que susurraba en su cabeza, la hizo sentir pequeña y quebradiza.

Nana.

La tierra tembló, dio una fuerte sacudida y las protecciones volvieron a alzarse poco a poco con un estallido de fuerza que les llegó a los huesos. Los humanos gimieron, presos del poder mágico sin igual.

Wynd se volvió. Madre, dueña, líder, ama, salvadora, verdugo... Nana, a la que odiaba y quería a partes iguales.

Alyn cruzó corriendo como un rayo el bosque, esquivando el fuego.

Axel supo que aquella era una batalla perdida. El fuego de Grianan seguía consumiendo y matando, cada vez quedaban menos de los suyos y el alza de las protecciones los dejaría atrapados. El bosque de espíritus sería una ratonera. Pero, sobre todo, Wynd había averiguado cómo herirlo.

—Siempre supe que eras la más prometedora de tus hermanos —dijo Nana—. Fuerte hasta para volver de entre los muertos. Al final mi flecha llegó al corazón.

Dicho esto, se giró y corrió alejándose del bosque.

Blue miró hacia atrás. Rendry lo esperaba en el borde llamándolo a gritos. Si el plan salía mal, tenían que adentrarse en el bosque de sombras, separarse en varios grupos y llegar hasta las lagunas de luna.

—Blue —dijo Cordelia—. Quédate, por favor.

Blue bajó los ojos, avergonzado.

—Lo siento, ojos verdes —murmuró con cierta tristeza, y se giró. Se envolvió en un escudo de agua y cruzó las llamas a toda prisa.

Axel, aprovechando la distracción que habían causado las palabras de Nana, empujó a Wynd contra las rocas de la gruta. Estaba hecho un desastre y, aun así, logró erguirse lo suficiente para recuperar su gesto altivo.

—Este solo ha sido el adelanto. Nos volveremos a ver. Es una promesa. —Acto seguido, se lanzó hacia el fuego de su madre, que se deshizo al contacto con su aura, y desapareció engullido por el infierno.

Las llamas consumieron el bosque que una vez había sido el lugar más mágico del continente. El hogar de los antiguos *faeries* completamente arrasado. En mitad del bosque devastado había un enorme círculo ennegrecido. Las cenizas flotaban, el olor a quemado, a sangre y a muerte lo llenaba todo. Y la única figura que permanecía intacta en medio caía al suelo mientras su alma flotaba hacia los remolinos. El cuerpo de Grianan quedó tumbado junto al de Aeris.

Los sidh perdieron aquel día a sus símbolos, sus dirigentes y su fuente de poder. Habían

sobrevivido, pero pagándolo caro.

Se hizo el silencio mientras las protecciones volvían a quedar completamente alzadas. Un silencio tan espeso como la sangre. Un silencio ensordecedor. El que sigue a la batalla, la muerte, la pérdida y el dolor.

Por primera vez, fueron conscientes de que su mundo se rompía.

TERCERA PARTE:
LUNA LLENA

Capítulo 72

Después de la batalla se ocuparon de los heridos en la misma colina hueca. Hasta que fue seguro bajar de nuevo las protecciones para poder abrir un portal de regreso a la ciudad.

El Helisa estaba colapsado. Había tantos heridos que algunos habían tenido que ser atendidos en la enfermería de la Academia. Tyr, responsable de los rhydra hasta nuevo aviso, había encargado a Thorn coordinarlo todo. Y mientras en Oed se recuperaban de sus heridas, Glamar, Gyldne y Rasgard sufrieron ataques de rebeldes y devoradores.

El caos se cernía sobre los sidh.

Wynd había observado consternada cómo el plan del que Nana tantas veces les había hablado se culminaba. La revolución había comenzado.

Lebhar había oído las noticias roto. La humedad había escapado de sus ojos cerrados y le había empapado el rostro por la pérdida de sus dos últimos compañeros y por la destrucción de su hogar. Era el único de los cuatro que quedaba con vida.

Cordelia, Iver y el grupo de la cárcel a excepción de Callum, que se había marchado para buscar a su mujer, se habían instalado junto con Wynd y Aren en el Palacio de Cristal. Ahora que Aeris había muerto, Lebhar, como único líder de una de las tres órdenes que quedaba con vida, había asumido el cargo de regente hasta la coronación de Aren como próximo Deirnas. Wynd, a la que Lebhar había nombrado miembro del consejo, había dado orden de echar a todos los posibles traidores del palacio y de buscar la marca de los nikt entre todos los que estaban en la ciudad.

Le habría gustado salir a cazar a todos los que consideraba enemigos y eliminar a Roberta Myval, la única de los consejeros que seguía siendo una potencial amenaza, pero había huido de la capital. Gammel Fa vivía recluido desde que ella misma le había dejado tuerto en su época nikt.

Wynd no había dejado el palacio desde que habían vuelto. No hasta que Aren despertase. No lo había dicho en voz alta, pero todos veían lo tensa y preocupada que estaba, aunque trataba de disimularlo. Estaba más agresiva de lo normal y se pasaba el día murmurando formas en las que iba a matar a Axel.

—El arma se alimentó de su aura. Se la robó. Si no hubieses intervenido a tiempo, le habría robado todo su poder hasta matarlo —le había explicado Lebhar.

—Pero despertará... —había afirmado con los dientes apretados.

—Sí, pero no sabemos cuándo.

—¿No hay nada que se pueda hacer? Le daré mi energía si la necesita.

Lebhar la había agarrado de los hombros y la había mirado con esos ojos tallados en el rostro. Dentro de ellos se escondían abismos.

—No entiendes lo que ha significado esta guerra. Los sidh sospechan los unos de los otros. Han empezado a acusar a los mestizos y a los sidh menores de traidores. En algunas ciudades están organizando partidas de «caza» contra humanos. La gente quiere venganza. Tienen miedo, y cuando las personas tienen miedo, recurren a la violencia. Te necesito con fuerza.

—¿A mí?

—Wynd, esto va más allá de una venganza personal. Grianan y Aeris ya no están, pero todavía queda la guerra más importante de todas por librar y tenemos que lograr no destruirnos a nosotros mismos antes de que llegue. Alguien tiene que liderar.

Wynd dio un paso atrás apartándose de sus manos. En sus ojos brilló una chispa de pánico. Ella nunca había querido liderar ni tampoco gobernar; no tenía madera para ello. Siempre había sido solitaria e independiente. No era de las que alzaban la voz y eran escuchadas, era de las que actuaban en silencio sin ser notadas.

Miró la puerta de la habitación de Aren.

—Yo no. Ese no era el plan. Puedo pelear contra Axel y los devoradores; puedo ponerme en primera línea de batalla y acabar con ellos. Eso es todo lo que puedo hacer, no me pidas más.

—Sigues sin entenderlo. Aren y tú, ambos...

—¿Qué?

Lebhar negó.

—Hablaremos cuando él despierte. De momento trataré de contener el caos.

Desde entonces habían pasado cinco noches más. Cordelia iba a visitarla cuando no estaba ocupada ayudando a los heridos o con la gestión de la ciudad y la comunicación con Róbulo y otras urbes. Al verla, era obvio que había sido criada por un cónsul. Wynd se daba cuenta de que su amiga estaba huyendo a toda velocidad, de que se mantenía todo lo ocupada que podía para evitar pensar en Blue y en todo lo que había ocurrido en las últimas semanas.

—Lo encontraste —le había susurrado Wynd un atardecer.

El sol caía sobre Oed y ambas lo observaban desde uno de los balcones del palacio. Cordelia tenía la vista fija en el edificio de la Academia.

—Lo hice... A veces aún me cuesta creer hasta dónde hemos llegado. Me da la sensación de que la vida nos ha pasado por encima y nosotros simplemente nos hemos dejado arrastrar por ella. —Se quedó unos segundos en silencio y cogió aire—. Iver me confesó que siempre ha estado enamorado de mí. ¿Lo puedes creer? Nunca me he sentido más estúpida. Si hubiera tenido que apostar mi mano derecha, lo habría hecho a que él solo me veía como una amiga. —La pelirroja hablaba deprisa, movida por esa fuerza que siempre la impulsaba cuando estaba nerviosa o emocionada. Wynd la observó con una sonrisa invisible en el rostro—. Y la habría perdido. —Volvió a callarse y a negar—. Fue maravilloso. De veras. Y entonces, dejó de serlo.

¿Cómo puede ser que por fin tenga algo que llevo tanto tiempo buscando y... y me sienta decepcionada?

—¿Por qué? —preguntó Wynd, a quien le hubiera gustado tener mejores consejos. Pero no tenía experiencia alguna en relaciones.

Echó de menos a Blue y, al pensar en él, deseó abofetearlo con fuerza.

—Porque pensé en Thorn. Después de besar a Iver, lo primero que me vino a la cabeza fue él. Le hice daño, y yo nunca le había hecho tanto daño a alguien, Wynd. La cagué a lo grande.

Su amiga apoyó un codo en la barandilla, recostando la cabeza en la mano y la observó.

—¿Tú y Thorn? —Arqueó una ceja.

—Cuando tú... —los ojos de Cordelia se estrecharon y su voz adquirió un matiz irónico— «moriste» —dijo haciendo comillas con los dedos—, me apoyó mucho. También me ha ayudado con mi elección de rama en los sidh. En realidad, es muy tierno. Bueno, cuesta verlo, ¿sabes? Lo esconde bien. Siempre va por ahí en plan gruñón y no para de darme la turra con el dichoso escudo. —Cordelia gesticulaba exageradamente mientras ponía los ojos en blanco—. Y yo estuve a punto de mandarle...

Wynd fue perdiendo el hilo de lo que su amiga le decía. Estaba agotada; se pasaba las noches prácticamente en vela. Se sentaba en la ventana de la habitación de Aren y lo vigilaba en sus sueños. Era el único momento del día en el que dejaba que el miedo y la preocupación la abrumasen.

—Y nos acostamos en la sala de entrenamientos... —continuaba Cordelia.

A Wynd se le aflojó el codo y casi se dio con la cara en la roca pulida de la barandilla. El rostro se le contrajo en una mueca de horror y sacudió las manos a toda velocidad.

—¿Qué? —La imagen del entrenador desnudo comenzó a aparecer en su mente y se estremeció asqueada—. No... No... No. —Las palabras se le atropellaban unas con otras mientras enrojecía—. No quiero detalles —pidió apretándose las sienes.

Una sonrisa divertida comenzó a tirar de las comisuras de Cordelia, pero pronto se transformó en una mueca de dolor.

—Perdón, no es que quiera decir que... —intentó justificarse Wynd.

—Blue habría disfrutado tanto este momento. Dioses, él se habría caído al suelo de la risa al ver tu reacción. —Cordelia tragó con fuerza y apartó los ojos vidriosos.

—Las elecciones que tomamos muchas veces no están condicionadas por lo que sentimos, sino por nuestras circunstancias. Es muy difícil cambiar lo que has sido. Blue tiene sus motivos y los respeto. Yo estuve ahí una vez y aun así os quise a ambos. Y estoy segura de que él te quiere, Cordelia, a pesar de sus decisiones.

—Dioses, Wynd, has cambiado tanto desde que te conocí —suspiró la pelirroja—. Comprendo a Blue, de verdad, pero que lo comprenda no hace que duela menos.

Wynd asintió en silencio. Por supuesto, aquella afirmación era pura verdad. Pero por mucho que lo racionalizasen, había realidades que siempre dolerían.

—Lo sé. Casi me cuesta más perdonarle que esté saliendo con el soplón de Rendry —murmuró enfadada.

Cordelia la miró confundida.

—¿Quién es...?

Las primeras estrellas comenzaron a salir tímidas. Era una bonita noche de verano. Estaban a punto de entrar en el octavo mes: pronto haría un año que se habían conocido y parecía una eternidad.

Wynd se tumbó en el suelo, que conservaba el calor del sol, y dio unos toques a su lado para pedirle a su amiga que se uniese a ella. Había llegado la hora de contarle su historia.

—Creo que te debo una explicación...

Le habló sobre cómo había sido su vida hasta llegar a las pruebas, los años en la aldea, su pacto con Nana, sus años como nikt y lo que había tenido que hacer. Cerró los ojos y dejó que las palabras saliesen. Le explicó por qué tomó la decisión de morir y lo que ocurrió después de despertar. El recuerdo que su padre le había dejado grabado, su alianza con Lebhar, cómo había creado a Moonlight y había trazado su plan de venganza mientras engañaba a Grianan y a Axel para descubrir cuáles eran sus planes. Todo: su encuentro con Aren y cómo sus recuerdos habían comenzado a despertar, hasta el momento en el que habían unido sus almas.

—¡¿Vuestras almas están unidas?! —había exclamado la pelirroja levantándose sobre un codo para mirarla.

—¿Por qué eso te sorprende más que el hecho de que mi padre sea Finvannah?

—Porque eres tú... Quiero decir: si había alguien en este mundo que pudiera ser la heredera desaparecida del gran rey, pues habría apostado por ti. Pero... pero —recalcó apuntándola con un dedo—. ¡Estamos hablando de ti, Wynd! La chica fría, la que se pasó los casi tres meses de las pruebas diciendo que jamás podría estar con nadie y que negaba sentir absolutamente nada por Aren. ¿Y ahora me dices que habéis unido vuestras almas?

—¡Lo necesitaba para poder romper el juramento de Aren con Axel!

Cordelia estrechó los ojos y se inclinó sobre la rubia para abrazarla con fuerza. Wynd se quedó rígida, pero poco a poco se relajó. Se había olvidado de lo reconfortante que era tener a Cordelia a su lado.

—Lo quieres mucho, ¿verdad? —susurró esta.

Wynd asintió con un pequeño nudo en la garganta. Estaba tan enfadada con él por haberle ocultado su plan, por haberla engañado para que no fuese a la colina. Pero todo eso se había desvanecido en el momento en el que lo había visto tirado en el suelo. Toda esa rabia se había transformado en un miedo palpable, amargo, tan denso que le había obstruido los pulmones y le había apretado el corazón. Y ahora se sentía ansiosa y nerviosa. Desesperada.

—Es cierto que al principio lo odiaba, por lo que era y por quién era. Él representaba lo que yo más despreciaba. —Cordelia la soltó para poder mirarla a los ojos—. Fue el destino sirviéndome en bandeja a mi mejor presa. Tenía tan claro que lo mataría. —Su voz destiló una

frialdad perversa—. Luego..., todo se volvió mucho más confuso. No sabía dónde colocar los límites, y Aren tiene la manía de saltárselos todos.

Resopló molesta al recordarlo.

Wynd se sentó con las piernas cruzadas y miró cómo el manto de la noche se extendía sobre la ciudad a la que había aprendido a amar.

—Pero era muy peligroso para mí ir más allá. Más que eso: era imposible. Perdí esa partida contra mí misma. Y pagué las consecuencias. —Se encogió de hombros—. Nunca quise traicionarte ni decepcionarte. Si no te lo conté todo fue porque... era complicado y tenía miedo de que... —Bajó la mirada hasta sus manos—. De que huyeses de mí.

—Tú nunca me has decepcionado, Wynd —dijo Cordelia en un tono suave y reconfortante—. Puede que en ocasiones no haya estado de acuerdo con lo que hacías, o ni siquiera eso, que simplemente yo no hubiese actuado así; pero que seamos diferentes no quiere decir que me defraudes. Me dolió que no me contases la verdad, por supuesto. Me dolió mucho, pero porque yo pensaba que confiabas en mí. Solo por eso. No os juzgo ni a ti ni a Blue. No puedo hacerlo porque no he vivido vuestras vidas para hacerlo.

Wynd sintió el cuerpo más ligero y el corazón más entero.

—¿Por qué temías decepcionarme?

—Por lo que era, por lo que hacía. He hecho cosas horribles para sobrevivir. Y no creo que nada, absolutamente nada sirva para justificarlas. No voy a decir que me arrepienta de todo; era una gran asesina y se me daba increíblemente bien —reconoció—. Pero sí que lamento algunas de las cosas que tuve que hacer.

Wynd guardó silencio y se debatió consigo misma unos minutos. Aquella era una confesión que la ahogaba desde hacía tiempo.

—A veces temo decepcionar a los que quiero. Antes podía ser un monstruo porque así es como el resto me veía. Pero ahora... No quiero que un día me miréis y me encontréis —inspiró con fuerza— despreciable.

Cordelia le puso una mano en el hombro y la obligó a mirarla.

—Yo confío en ti, Wynd. Y creo que tú también deberías hacerlo. Nadie va a dejarte. Lebhar te mira casi como un padre a una hija, y Aren quemaría este mundo hasta los cimientos por ti. Y creo que todos te conocemos mejor de lo que crees. Ninguno de nosotros es perfecto, todos tenemos demonios. Y tú tampoco tienes por qué serlo para que te quieran.

Wynd sonrió de verdad, con esa expresión que le iluminaba el rostro y que tan pocas veces mostraba. Llevó la mano hasta la cabeza de su amiga y le dio una suave palmada con torpeza.

—Cordelia.

—¿Qué?

—Te quiero. Te quiero de verdad.

Capítulo 73

Wynd estaba dormida hecha un ovillo en la butaca junto a la ventana. La luz de la luna se colaba en la habitación a oscuras y la bañaba con su resplandor plateado. Aren parpadeó y se incorporó pesadamente sobre los codos. La confusión lo golpeó más fuerte que un terremoto. Wynd estaba en su habitación y la imagen se le antojaba imposible. Se sentía agotado y con la cabeza embotada, como si su cerebro se estuviese moviendo a través de arenas movedizas.

Recordaba los últimos minutos de lucidez en la batalla antes de perder el conocimiento: Axel, la daga, el bosque en llamas, el rugido del combate y su grito ensordecedor. Y luego la ventisca, el silencio y ella.

La observó para asegurarse de que estaba bien. Su rostro dormido parecía más aniñado e inocente. Wynd tenía esa cualidad dulce en las facciones que contrastaba con la fiereza de su carácter. Dormida parecía la criatura más inofensiva de la tierra. Despierta era una fuerza indomable.

Algo cálido le burbujeó en el pecho mientras la miraba. Sentía el lazo que los unía como un peso reconfortante. Sonrió relajado: hay algo apacible y placentero en observar a quien amas sabiéndolo seguro. Estaba a punto de levantarse cuando oyó un golpe suave en la puerta. Wynd se sacudió ligeramente y murmuró algo ininteligible.

Aren caminó silencioso y salió al pasillo. Lebhar estaba al otro lado y parecía agotado.

—Has despertado al fin —lo saludó.

Aren frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Temía que la respuesta fuese diez años, pues nada parecía como lo había dejado.

—Una semana.

Suspiró aliviado.

—¿Qué ha pasado?

—Está ahí dentro, ¿verdad? —preguntó el hombre, preocupado.

—Sí, está dormida. Parece cansada.

—No te ha dejado apenas desde que volvimos. —El bibliotecario parecía cansado—. Pasaron muchas cosas en la batalla.

Aren levantó la vista hacia los altos techos del palacio. Cerró los ojos y asintió. Puede que su cerebro estuviese lento, pero no necesitaba ser demasiado perspicaz para adivinar lo que iba a decirle. Si no fuese así, Wynd jamás estaría en su habitación.

—Está muerto, ¿verdad? —dijo en un susurro.

—Lo siento —contestó Lebhar.

Aren asintió todavía con los ojos cerrados. Le habría gustado que el dolor no se expandiese lento por su pecho. Ni siquiera en el último minuto su padre se había mostrado arrepentido de nada. Era un odio que nunca podría pagar, un odio sin dueño. Aunque en el fondo sabía que él jamás habría sido capaz de matarlo, tenía todo ese rencor dentro de él. Incluso había tenido la oportunidad y no había podido hacerlo.

Debería estar feliz, su padre era un tirano. Y, sin embargo, la noticia no lo alivió tanto como habría deseado. Se sentía un poco más solo, como si hubiese algo menos que lo anclase a ese mundo. Era injusto sentirse así; absurdo. Tenía a Wynd, tenía amigos por primera vez, e incluso a Lebhar. Pero, aun así, dolió.

Sonrió con tristeza.

—No deberías sentirlo —dijo por fin.

—Claro que sí. Lo siento porque era tu padre y, aunque él fuese un tirano, ha sido tu única familia. Sé que deseabas su afecto y que nunca llegó, y eso duele —respondió Lebhar con esa voz sabia y profunda—. Yo una vez los quise, a él y a Grianan, y aunque le juré a mi rey que ayudaría a Wynd a llevar a cabo su venganza es... extraño pensar que ya ninguno de ellos existe. Y estoy seguro de que tú sientes haber perdido la parte de Aeris que alguna vez fue amable contigo.

Aren apretó la mandíbula con fuerza. Tenía un solo recuerdo bueno: el breve destello de reconocimiento que vio en sus ojos el día que lo había mirado como si él fuese el único en el mundo dispuesto a quedarse a su lado.

—¿Qué pasó? Quiero saberlo todo.

Lebhar le contó todos los detalles que Wynd le había dado al volver. Incluida la traición de Blue y el sacrificio de Grianan. También lo puso al día de los ataques que habían sufrido las otras ciudades.

—Mientras has estado incapacitado he estado tratando de organizar el caos en el que nos hemos sumido, pero...

—¿De verdad crees que yo debo gobernar? —Se encogió de hombros—. Nunca me ha importado el destino de los sidh, tampoco el poder. Estoy seguro de que hay otros candidatos mejores que yo para hacerlo.

—La gente necesita un líder en estos momentos. Puede que no te guste, pero sabes hacerlo; te han criado para ello y sé que eres un buen estratega.

Aren sonrió.

—Soy bueno en la guerra. Si me pides que busque la mejor forma de acabar con Axel, te la daré. Pero no me interesa gestionar un reino.

Lebhar suspiró.

—Hay demasiadas cosas que discutir —suspiró el bibliotecario—. Hablaremos mañana,

cuando ambos estéis en condiciones.

Después, se despidió con un asentimiento y se marchó fundiéndose con las sombras.

Aren volvió a entrar en su habitación. Le dolía la cabeza. Normalmente no necesitaba demasiado tiempo para procesar las cosas, pero habían ocurrido tantas que su cerebro no sabía en qué enfocarse de todo ello.

Apoyó la espalda contra la puerta y observó la figura dormida de Wynd. Estaba recostada en un ángulo imposible. Hecha una auténtica bola. Se sintió algo más ligero al estar cerca de ella, como si los problemas a los que tendría que hacer frente cuando saliese el sol ya no fuesen tan graves.

Al menos la tenía a su lado.

Se acercó y con cuidado la tomó en brazos. La movió hasta la cama sin apenas esfuerzo y la tumbó tratando de no despertarla. Ahí estaría mucho más cómoda. Le apartó el pelo del rostro acariciándole la frente, la sien izquierda y la mejilla. El tacto de su piel le hizo cosquillas en las yemas de los dedos. Había electricidad entre ellos.

Se inclinó ligeramente y le dio un beso suave como una pluma.

Los párpados de ella aletearon y Aren pronto se encontró con sus ojos plateados. El corazón le dio un vuelco y se le expandió tanto que sintió cómo se le partía el pecho. El amor a veces duele en el buen sentido, y así lo experimentó él al verla.

—¿Aren? —murmuró ella con la voz ronca medio dormida, como si dudase de si soñaba.

—Sí, mi amor —contestó él acariciándole la mejilla con el pulgar.

Capítulo 74

Los ojos de Wynd se abrieron como platos y sus pecas ardieron al rojo vivo. Se incorporó sobre los codos tan abruptamente que casi chocó con Aren.

—¿Qué has...?

Aren le agarró el rostro con ambas manos y la volvió a besar, pero esta vez no fue un ligero toque.

La presión fue suficiente para dejarlos a ambos sin aliento y Wynd cayó de nuevo a la cama. La boca de Aren era implacable y experta, y la reclamaba con una intensidad que le desnudaba el alma.

Le besó las comisuras de los labios, los párpados, la nariz, la mandíbula... Como si buscase consuelo en ella: un refugio donde perderse.

—Casi me parece un sueño que estés aquí —murmuró él con la voz una octava más grave de lo normal.

El sonido áspero arañó la piel del cuello de Wynd. Sus pestañas se batieron y abrió los ojos para encontrarse con el azul líquido, como tinta oscura, de los de él. Wynd frunció el ceño ligeramente.

—Me has llamado mi amor —dijo algo consternada.

Aren sonrió travieso.

—¿No puedo?

El pecho de Wynd subió abruptamente mientras cogía aire y chocó con el de él. Pudo sentir el latido frenético de su corazón a través de la fina tela de algodón oscura.

—Es nuevo. Y es... cursi.

—No, es íntimo. Y es la verdad. Por fin es real, Wynd: por primera vez no tengo la sensación de que vas a escurrirte entre mis dedos y desaparecer. Y eso me hace sentir... —Aren negó ligeramente.

Wynd tragó saliva y la mirada de Aren siguió el movimiento de sus músculos. Ella le pasó la mano por el pelo, enredándose en sus desordenados bucles. Aren cerró los ojos e inclinó la cabeza en dirección a su caricia.

—Me gusta —susurró ella.

—¿Yo? Lo sé... —comentó con una amplia sonrisa.

—No, idiota. Me gusta el... apelativo —aclaró Wynd. Los ojos de Aren se iluminaron—. Pero solo puedes llamarme así en privado: si lo haces delante de todos, te mataré. ¿Lo has entendido?

—dijo clavándole sus ojos de acero.

Aren se llevó una mano al pecho y la miró con su expresión más inocente.

—Por supuesto.

Wynd puso los ojos en blanco, pero añadió en tono suave:

—Yo también lo siento más real ahora.

Aren se dio la vuelta y la colocó sobre él. Le bajó las manos por las costillas hasta llegar a la piel descubierta de sus caderas. La camiseta se le había arrugado y había quedado atrapada entre sus cuerpos, dejando ver un trozo de su estómago.

—¿Y qué más cosas puedo hacer en privado? —preguntó él pasándole los dientes por la piel bajo la oreja. Wynd se encogió y dejó escapar un pequeño sonido de placer.

Los dedos de Aren subieron por su columna dejando un camino de piel erizada.

—Aren... —suspiró ella, y la forma en la que la palabra se quebró en su garganta fue más erótica que cualquier caricia.

Volvió a colocarse sobre ella y la agarró de las muñecas, que le puso encima de la cabeza. El pecho de Wynd se sacudía nervioso. Sus ojos estaban muy abiertos. Él esperó y dejó que ella decidiese el siguiente movimiento. Wynd luchaba contra el deseo, el amor, el miedo y la vergüenza. Aquel era un terreno nuevo y desconocido en el que se sentía torpe y vulnerable, pero que al mismo tiempo anhelaba. En la taberna, la salvia pura le había dado el valor que le faltaba. Dioses, tenía que dejar de ser una cobarde en todo lo que no implicara guerras, venganza, monstruos y asesinatos. En todo lo que significara vivir.

Entonces, le pasó la mano a Aren por la mandíbula, acariciando aquel rostro que tanto amaba. Bajó por su cuello fuerte y esbelto y llegó hasta el borde de su camiseta. Enganchó un dedo en ella y tiró con fuerza hasta pegarlo a su cuerpo. Lo abrazó con una ternura infinita. No le dijo en voz alta lo preocupada que estaba, lo mucho que lo había echado de menos o el miedo que había pasado; simplemente dejó que su cuerpo hablase por ella: de la felicidad, el alivio y el amor que sentía.

Aren cerró los ojos mientras un gruñido bajo reverberaba en su pecho y la estrechó con más fuerza.

—Tengo que... —Al escucharla, Aren se separó unos centímetros y la observó con los ojos nublados de deseo—. Tengo que contarte algo —jadeó Wynd sin aliento.

Aren se inclinó y le dio un beso en la barriga, justo al lado del ombligo.

—Si es sobre la batalla de la colina, Lebhar ya lo ha hecho. Y, en todo caso, puede esperar —murmuró contra su piel. Arrastró la camiseta gris de ella por sus costillas—. El mundo puede estallar ahora mismo que no pienso mover ni un dedo de donde los tengo.

Wynd no llevaba sujetador y él lo celebró con un sonido cargado de placer. A ella, la humedad cálida de su boca la hizo retorcerse. Wynd se volvía líquida bajo sus manos, maleable; un conjunto de terminaciones nerviosas y sensaciones. Aren la tocaba como si lo hubiese hecho

cientos de veces, como si supiese exactamente dónde hacerlo. El único gesto que delataba su nerviosismo era el pulso acelerado en su cuello y el ligerísimo temblor en sus dedos.

—Todavía... todavía te debo una paliza por marcharte.

Wynd sintió la sonrisa de Aren contra la piel de su pecho. Le atrapó el pezón con los dientes y tiró suavemente, arrancándole un gemido a la chica. Todo, absolutamente todo su cuerpo enrojeció, y él lo celebró.

—¿Puedes esperar esta noche? Mañana por la mañana te prometo que te dejaré darme esa paliza —le dijo con una sonrisa ladeada.

—A veces eres tan...

—¿Adorable, *sexy*, irresistible?

—Insoportable —contestó ella intentando no sonreír.

Aren sí que lo hizo, y fue una sonrisa de verdad: grande, luminosa, sincera. De esas que brillan en los ojos.

—Siento que llevo esperándote siglos, Pecas. Que toda mi vida cobró un nuevo sentido cuando te encontré. Y estoy a punto de desintegrarme en polvo cósmico.

Usó ese tono íntimo y profundamente vulnerable que siempre la desarmaba. A veces sentía que le vendería su alma —en el caso de que no le perteneciese ya— si él se lo pedía con esa voz.

Aren siguió torturándola suavemente con su boca y Wynd fue perdiendo poco a poco cualquier resquicio de racionalidad y timidez. Lo rodeó con las piernas y le clavó los talones para pegarlo a ella. Trató de mover las manos, pero Aren mantuvo el agarre y le impedía moverse.

—Aren... —jadeó ella.

Seguía besándola, lamiéndola, mordiéndola.

—Un poco más —dijo con la voz tan ronca y áspera que no parecía él.

Wynd se mordió el labio con fuerza. La tensión había comenzado a calentarle las entrañas y la presión se acumulaba en su vientre. Necesitaba más. Más. Resolló: estaba a punto de perder la razón.

—Aren —dijo con un gruñido roto.

Aren levantó los ojos y Wynd pudo ver su rostro nublado por el deseo. Tenía las pupilas tan dilatadas que no quedaba azul en sus ojos, las franjas sidh en ellos eran puro fuego y sus labios tenían un tono rojizo que le hizo sentir un hambre voraz.

—¿Qué, mi amor?

—Quiero...

La garganta de él vibró con un sonido grave.

—¿Qué quieres?

—Todo.

La dulzura de su voz cargada de urgencia y la timidez de sus ojos lo hicieron perder la poca paciencia que le quedaba. Entonces, agarró el borde de la camiseta de Wynd y se la quitó con un

movimiento fluido y rápido. Se arrodilló frente a ella, agarró su propia camiseta con una mano y se la sacó con maestría tirando desde atrás.

Wynd observó su cuerpo desnudo moverse y se le secó la boca. El corte de Axel le había dejado una fea cicatriz entre el hombro y el pecho: su carne parecía haberse consumido al contacto con la daga y los bordes de la cicatriz eran irregulares. Se incorporó y le pasó los dedos con cariño por ella. El pecho de Aren se tensó.

—¿Te duele? —preguntó apartando la mano.

Aren la agarró y volvió a colocarla sobre su piel.

—¿Alguna vez has sentido lo que duele la felicidad? Es un dolor intenso pero agradable, placentero. Tu tacto me quema de esa forma, Pecas.

Él siempre encontraba las palabras exactas. Aren era mucho más hábil que ella dándole voz a sus sentimientos. Porque aquello era justo lo que experimentaba cada vez que estaba con él: el corazón se le encogía sobrecogido por una carga tan fuerte de amor que le parecía imposible seguir respirando.

Aren le puso una mano en la nuca y otra en la curva de la espalda y se inclinó sobre ella para besarla. Los dos estaban de rodillas frente al otro, piel contra piel. Sus bocas se devoraron: dientes, labios y lenguas reclamándose, pidiéndose más y más.

Aren bajó la mano que tenía en su espalda hasta donde comenzaba su pantalón de cuero, curvó los dedos sobre su culo y la apretó contra su cuerpo.

—No te haces una idea de lo que me haces sentir —gruñó contra su boca.

Wynd llevó las manos hasta el borde del pantalón de él, que se ataba con unos cordeles entrelazados en la parte delantera. Trató de deshacer el lazo con manos torpes: con ese pulso no acertaría ni a un pies cuadrados. Aren la ayudó y le dio un suave apretón en la mano para relajarla.

—No tenemos que hacer nada si no estás lista.

—Lo estoy —dijo ella con confianza—. Pero todo esto es... nuevo para mí.

Aren la miraba con una intensidad tal que sintió su piel en llamas.

Wynd inspiró con jadeos entrecortados y, sin apartar los ojos de él, coló la mano dentro su pantalón acariciándolo con una lentitud y suavidad imposibles. Los ojos de Aren se cerraron con un aleteo de pestañas, y un sonido quebrado escapó de sus labios entreabiertos.

Wynd se mordió el labio, nerviosa y excitada. Era posiblemente una de las cosas más poderosas que había hecho nunca. Aquello despertó un nuevo tipo de adrenalina en su sistema, una comparable a la que sentía cuando peleaba con sus dagas. Pegó los labios a la piel de su cuello, besó sus clavículas y lamió la hendidura entre ambas. Bajó por su esternón, mordió uno de sus pezones y siguió camino hasta sus abdominales mientras seguía acariciándolo.

La timidez parecía haberle abandonado, y Aren se encontraba completamente desarmado contra esa Wynd atrevida. Cuando sintió que ya no podía más, el chico la empujó hasta tumbarla en la cama. Le desabrochó los pantalones de cuero con tal torpeza que acabó rompiéndolos. A

ninguno le importó. Los bajó por sus piernas sintiéndola temblar en sus manos. La observó desde arriba: la transformación a su verdadero cuerpo la había hecho cambiar. La mayoría de las cicatrices habían desaparecido y había ganado músculo, aunque seguía siendo menuda. Su piel pálida tenía trazos muy leves de pecas de un tono dorado, como constelaciones.

—Eres... Eres tan hermosa.

Wynd enrojeció. Todo su cuerpo lo hizo bajo la mirada intensa y apasionada de él. Aren le dio un beso suave en la barriga, agarró los bordes de su ropa interior sencilla y oscura y la deslizó por sus piernas muy muy despacio. Como si desease alargar ese momento hasta el infinito. La primera vez que se descubrían por completo. Sin nada que los ocultase al otro.

Aren la agarró de las rodillas arrastrándola hacia él. Le dobló las piernas y le besó el interior de los muslos. Inspiró con fuerza el aroma de su piel. Olía a copos de nieve y a flores silvestres. Olía a hogar y a deseo. Le clavó los dientes con suavidad.

Hay una cualidad única del amor y el deseo; un sentimiento que no puede ponerse en palabras, que te ahoga con tanta fuerza que te sube de los pies al vientre, te quiebra el pecho y te hace abrazar con fuerza y aprisionar, morder, besar, querer devorar. Como si tu instinto más primario se liberase salvaje.

Aren enterró el rostro entre las piernas de ella y la acarició con la lengua a un tempo lento y tortuoso. Su cuerpo temblaba por la tensión acumulada. Los sonidos que escapaban de la garganta de ella lo empujaban contra un abismo de locura. Sabía que de un momento a otro se desharía en moléculas.

—Aren —suplicó ella. Y ese tono grave y exigente fue el golpe de gracia para él.

Se levantó y se quitó los pantalones. Wynd se incorporó para mirarlo y se pasó la lengua por los labios. Su mirada ardía sobre la piel de él. Aren la sintió como un rayo de placer en sus músculos. Entonces, la agarró de la cintura y la aupó hasta que las piernas de ella lo rodearon. Cogió la manta de la cama y caminó con Wynd en brazos hasta el balcón de su habitación. Era una noche cálida y despejada: la luna estaba creciente y dejaba ver el brillo de las estrellas en su máximo esplendor.

Tiró la manta en el suelo y dejó a Wynd suavemente sobre ella.

—La luna que corona mi noche. Mi promesa de que hay algo más allá, de que en la oscuridad se puede encontrar luz. Esa eres tú, Wynd.

—Somos un conjuro de noche y estrellas, porque en ella nos encontramos —dijo ella.

Aren se apoyó sobre los codos y bajó con cuidado sobre su cuerpo. Wynd gimió mientras se arqueaba. Las estrellas giraban sobre su cabeza. Le clavó los dedos en los hombros dejándole la marca de las uñas.

Aren trató de ir despacio.

—Dioses... Pecas —maldijo cuando la sintió estremecerse bajo su cuerpo.

Wynd acercó la boca a su oreja.

—Más rápido, príncipe oscuro —dijo con el toque justo de malicia en la voz para que él le

agarrase las manos hasta colocarlas por encima de su cabeza y acelerase el ritmo.

Wynd lo envolvió con sus piernas. Con cada choque, ambos temblaban, se estremecían y gemían. Se perdían por completo. Aren la besó y se incorporó hasta quedar de rodillas, la sostuvo de las caderas y tiró de ella hasta pegarla de nuevo a él. Wynd se deshizo en mil pedazos. Se fundió con él y con la noche hasta abandonar aquel plano de la realidad.

—Mi amor —susurraba él.

Aren sintió que no había suficiente oxígeno en el mundo, que después de aquella noche no volvería a ser el mismo. Wynd se levantó para abrazarlo sin dejar de rodearlo con sus piernas, y él la levantó a pulso y la colocó en la balaustrada de mármol. Con Oed a sus pies y la noche coronándolos, Aren se dejó llevar sabiendo que sería capaz de quemarlo todo por ella, que no dejaría que nada ni nadie los separase nunca más.

Su gruñido de placer hizo temblar la tierra, la oscuridad los envolvió y, en ella, Wynd brilló como una tormenta de luz de luna.

Capítulo 75

Cordelia había evitado tanto a Iver como a Thorn desde que habían vuelto a Oed. Había sido fácil, ya que todo era caos y desorden esos días. Y, aunque Thorn estaba en la Academia y era mucho más sencillo no verlo, Iver estaba en palacio. Pero ella sospechaba que le estaba dando tiempo y espacio.

Aquella mañana, no había ningún rastro de Lebhar. Tampoco de Wynd y Aren; ninguno estaba en su habitación. Cordelia bajó a uno de los comedores donde los presos del área especial estaban desayunando. Roxy estaba repantingada en uno de los sofás, con una tartaleta de frutas en el regazo. Arlin y Eyra charlaban con las cabezas muy juntas. Todos tenían mejor aspecto desde que habían salido de la cárcel. Gerd observaba los jardines con anhelo.

—¿Dónde está Dariela? —preguntó Cordelia notando que faltaba.

Roxy giró la cabeza hacia ella. Tenía las comisuras llenas de frambuesas.

—Vino ese hombre tan siniestro y le pidió que lo acompañase.

Cordelia se tensó.

—¿Siniestro?

—El tercer general —contestó Eyra.

Cordelia tardó unos segundos en hilar que hablaban de Lebhar.

—¿Y para qué...?

La puerta se abrió a su espalda. Iver casi chocó con ella al entrar. Los dos se miraron sin decir nada, y el silencio se extendió a toda la sala, que los observó con curiosidad.

—No te esperaba aquí —dijo Iver, sorprendido.

Cordelia no supo cómo tomarse sus palabras. El pecho le dolió cuando algo frío se deslizó por él.

Había llegado el momento.

—¿Podemos hablar? —le pidió.

Él asintió. Había un rastro de tristeza en sus ojos que él se esforzó por ocultar. Caminaron en silencio hasta salir a uno de los jardines laterales.

Cordelia comenzó a hablar atropelladamente.

—Siento haber estado tan distante desde que volvimos. Han sido días difíciles y no solo por... por lo de mi amigo Blue y todo lo demás. Sino porque... —Paró un momento para coger aire; lo había soltado todo sin respirar—. Me ha costado asimilar ciertas cosas.

Iver la miró paciente. No había reproche en su rostro.

—Me gustaría decir que soy la misma persona que dejaste en Róbulo hace dos años, de verdad. Cuando me encerraron en la colina y te encontré, pensé... Fue como si todo lo demás desapareciese. Solo estabas tú. Fue como volver al pasado, un refugio en ese lugar donde no existía ni presente ni futuro. Volví a ese tiempo en el que me sentía feliz y segura.

Cordelia se retorcía las manos de forma compulsiva mientras hablaba.

—Lo sé. Cuando apareció el entrenador de la Academia en aquel pasillo, vi el tiempo transcurrir entre nosotros, como si cada paso encerrase días, meses y años —afirmó Iver—. ¿Lo quieres? —preguntó levantando la vista hacia ella. Sus ojos estaban claros, desnudos.

Cordelia parpadeó sintiendo el picor de las lágrimas en los ojos.

—Estaba enamorándome de él hasta que... la cagué —reconoció—. No esperaba que ocurriese... Me sobrepasó... Llegó tal cual. Pero eso no quiere decir que no te quiera también a ti, Iver.

Una pequeña punzada de dolor hizo que el rostro de su amigo se contrajese en una mueca.

—Lo sé. Lo entiendo, Cordelia. —Tragó—. Me di cuenta al salir de aquellas celdas de que habíamos tratado de encontrarnos con nuestros yos del pasado, pero ya no somos esas personas.

Ella lo miró con los ojos anegados de lágrimas.

—Duele darte cuenta de que has dejado de querer algo que anhelaste durante tanto tiempo. Por todos los dioses, hay una parte de mí mismo que me está gritando que no lo haga. El Iver de quince años me habría matado. Y da miedo.

—Da miedo dejar ir algo que siempre has querido —siguió ella—, porque ¿y si te arrepientes? ¿Y si después de tener por fin eso que deseas, lo dejas ir y luego te das cuenta de que lo sigues queriendo?

—Exacto —concluyó él.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? —preguntó Cordelia con una sonrisa suave—. De que sientes algo por Alyn.

Iver se pasó una mano por el pelo y miró más allá de la muralla.

—No lo pensé. Creo que simplemente me obsesionaba la idea de salir y encontrarte y... Y no quise analizar lo que me pasaba o lo que sentía. Como si mi tiempo allí encerrado solo fuese una pausa en una vida que me esperaba fuera. Pero cuando la vi marcharse, lo comprendí.

Cordelia lo abrazó con todas sus fuerzas. Y el gesto estaba lleno de familiaridad y reconocimiento, pero también estaba lleno de cosas nuevas. Siempre había creído que el amor se movía en términos absolutos. Pero no: nunca dejaría de querer a Iver. Lo sabía y, a la vez, sabía que nunca lo amaría como amaba a Thorn.

Iver le puso una mano en la nuca y la apretó con cariño.

—Voy a quererte siempre, *Rouge*. Me dan igual los años que pasen, las personas que lleguen, dónde estemos. Tú siempre vas a ser mi mejor amiga. Ese es el amor más real que he sentido nunca —dijo él.

Cordelia sintió una alegría agridulce en el pecho. Sus hombros se relajaron repentinamente

ligeros y se dio cuenta de que llevaba días cargando el peso de aquellas palabras que por fin había dicho.

—Tienes que encontrarla, Iver. Tienes que decirle cómo te sientes. Estoy segura de que Wynd te ayudará: si Alyn es una nikt, ella la conocerá. —Lo miró un segundo y le revolvió el pelo—. Dioses, te he echado tanto tanto de menos.

Iver la apartó y se peinó con fastidio.

—Y yo también a ti —dijo con media sonrisa ladeada—, pero no vuelvas a hacer eso. Sabes que lo odio —afirmó, apuntándola con el dedo—. ¿Has hablado ya con el entrenador?

El chico le pasó un brazo por el hombro y caminó con ella hacia el interior del palacio. Ella negó con un suspiro apesadumbrado: había llegado la hora de dejar de esconderse.

Capítulo 76

Lebhar les había pedido a Wynd y Aren que fuesen a su apartamento. Necesitaban toda la privacidad posible para lo que quería contarles. Sin embargo, Wynd desconfiaba hasta de su sombra y no estaba nada tranquila dejando a Cordelia en el palacio sola. «Al menos tiene a Iver y a sus compañeros de la colina hueca», pensó. Aun así, la idea de que en cualquier momento podía ocurrir una insurrección o un golpe de Estado no dejaba de rondarle la cabeza.

Aren se llevó la mano de Wynd a la boca y le dio un beso en el dorso, notando su inquietud. Sus ojos azules ardieron líquidos cuando la miró. Ella carraspeó para disimular su nerviosismo. Cada vez que lo miraba, se transportaba a la noche anterior.

Aren se había despertado primero, con Wynd acurrucada a su lado: la cabeza bajo su barbilla, una pierna sobre las suyas y los brazos encogidos en el pecho. La imagen le había parecido tan íntima, vulnerable y dulce que le había partido el corazón para volver a recomponérselo en un ataque de ternura y amor crudo. La había observado un rato mientras el sol se iba asomando en el horizonte y teñía el cielo de tonos naranjas y rosados.

Él quería una eternidad así. Lo había decidido mientras la contemplaba respirar profundamente. Lo salvaje de sus sentimientos le había cortado la respiración mientras llegaba a la innegable conclusión de que haría cualquier cosa por ella. Cualquier cosa.

—¿Te ves preparada? —preguntó Lebhar.

—Hace años que lo espero —respondió Dariela.

Volver a ver a Aren había sido uno de los motivos por el que había comenzado a crear los túneles para escapar de la colina hueca.

—Nunca entendí por qué Aeris no me mató.

—Porque eres la última de tu especie y tenerte en su poder le daba ventaja —le aclaró Lebhar.

Había tardado días en reunir el coraje para hablar con ella. Cuando la había visto salir del portal junto con los demás presos del área especial, le había parecido que veía a un fantasma de otra vida. Pero, no: era ella, alguien que podía darle las respuestas que tanto tiempo llevaba buscando.

—Tienes que contarme qué ocurrió. Necesitamos conocer esa parte de la historia —le pidió el bibliotecario.

Dariela se apartó el pelo colocándoselo detrás de las orejas puntiagudas. Lebhar la observaba

fascinado. Nunca pensó volver a ver a una *faerie* en el continente.

Ella miró la taza de té frío que tenía delante.

—¿Vas a utilizar a Aren? —preguntó.

—No. Es tu hijo quien debe decidir cómo usar lo que cuentes y qué hacer con ello —respondió el hombre.

—Siempre quise que él fuese feliz —empezó Dariela— y sabía que al lado de su padre no lo sería, y más si descubría lo que era en realidad. Es mi niño y lo quise con toda mi alma desde la primera vez que lo sentí —dijo tocándose el vientre—. Cuando lo miré por primera vez, tan pequeñito, algo salvaje y primario se despertó dentro de mí. —Cogió la taza con ambas manos, apretándola—. Nunca fui beligerante. Me sentía tan poca cosa: me criaron en la corte entre algodones, como a una señorita. Mis padres eran de la vieja escuela. Así que no fui capaz de —sus uñas se clavaron en la porcelana— contradecir a Aeris. Pero cuando miré a mi hijo, fue como si un huracán me sacudiera, algo se rompió dentro de mí y tuve claro que haría cualquier cosa por proteger a mi pequeño. —Levantó la mirada de la taza, cuyo líquido se sacudía con pequeñas ondas, y la fijó en el bibliotecario—. Y lo seguiré haciendo: quiero que lo entiendas.

Unos golpes sonaron en la puerta y Lebhar se acercó a ella dedicándole una inclinación de cabeza.

—Aquí tienes la primera muestra de que no quiero aprovecharme ni de ti ni de él.

Abrió la puerta. Wynd y Aren entraron con la tranquilidad de quien considera un sitio familiar y seguro. Ni siquiera se habían puesto el traje de combate. Ella llevaba unos pantalones ajustados, una camiseta de manga corta, el pelo recogido en un conjunto de trenzas y el cinturón con sus dagas. Aren también llevaba pantalones y camiseta, y apenas unas pocas armas. Los dos estaban relajados al entrar, pero en cuanto sintieron la presencia ajena se tensaron de una forma casi imperceptible.

La taza se resbaló de las manos de la *faerie* y habría caído al suelo hasta hacerse añicos si Lebhar no la hubiese hecho flotar suavemente hasta la mesa de nuevo. Aren frunció el ceño y tragó pesadamente mientras la observaba. Wynd se fijó en su aura. Era ligeramente distinta a la de los sidh: no tenía ningún color, era transparente y a la vez parecía atrapar todos los colores, como un prisma. Era suave, delicada y tan pura que le resultó chocante. No sintió nada violento proyectado en ella.

—¿Qué ves tú? —le preguntó confusa a Aren.

Él era capaz de ver las auras al igual que ella, pero podía distinguir otras cosas, como la raza de la criatura. Pero Aren parecía estar a años luz de allí. Le temblaba todo el cuerpo.

Wynd le dirigió una mirada de pánico a Lebhar.

—¿Quién es? ¿Qué es? —preguntó sin importarle los modales.

—Es la única *faerie* que queda viva en el continente —dijo Lebhar.

Las mejillas de la mujer se llenaron de lágrimas y su garganta se cerró con un gemido estrangulado.

«Solo dejé a una *faerie* con vida: tu madre, mi esposa; la última de su raza». Aquellas palabras que Aeris había dicho en la batalla volvieron a Aren con la fuerza de un terremoto, sacudiéndolo, rompiendo sus cimientos. A este se le doblaron las rodillas y cayó al suelo.

Wynd los observaba a ambos sin comprender nada.

—Aren, ¿qué pasa? —interpeló.

—¿Madre? —susurraron sus labios casi sin emitir sonido.

La *faerie*, que tenía el pelo rubio del tono exacto del pasto tostado por el sol y los ojos del mismo azul que Aren, se levantó y cruzó la sala con movimientos rápidos y fluidos, como si el aire bailase a su alrededor. Wynd estuvo a punto de frenarla, pero Lebhar le puso una mano en el hombro y la apartó ligeramente.

—Esta es Dariela, Wynd, la madre de Aren.

La mujer estiró los brazos y apretó a Aren entre ellos con una fuerza que no parecía concordar con su apariencia. Él estaba en *shock*: la realidad le había golpeado con tanta fuerza que había desequilibrado su mundo hasta arrastrarlo al límite. Y en ese equilibrio precario se encontraba luchando entre dejarse caer o no. En su cabeza, la idea se negaba a asentarse, como si la lógica le impidiese creerla. Estaba muerta; llevaba diecinueve años muerta.

«¿Matarla? Yo no he dicho...», había dicho Aeris. En ese momento, Aren había estado tan cegado por la rabia que no le había prestado atención. El dolor, ácido y corrosivo, le quemó las venas y le abrió un agujero en el pecho. Le había mentido; su padre claramente le había mentido durante toda su vida. Porque aquella mujer que estaba frente a él era indudablemente su madre. Lo sabía, era algo instintivo.

Cerró los ojos. Los brazos que lo apretaban eran familiares a la vez que desconocidos. Él no recordaba su tacto: la última vez que la había visto tenía poco más de tres años. Y el corazón se le quebró al pensar que él le sería igual de desconocido a ella: lo había dejado siendo un niño, no lo había visto crecer ni sabía nada de su vida.

—¿Cómo? —fue capaz por fin de pronunciar mientras la miraba a esos ojos azules que eran un espejo de los suyos.

Capítulo 77

Dariela estaba sentada en el sofá. A su lado, junto a la pared, estaba Lebhar y frente a ella Aren, con Wynd vigilante. Ahora que sabía quién era en realidad, la chica no podía dejar de ver pequeños detalles del muchacho en ella. Él se parecía muchísimo a su padre, pero tenía gestos muy sutiles que compartía con su madre. Ese detalle no dejaba de fascinarla, pues había dejado de verla con tres años.

Aeris tenía el pelo casi lacio y Aren lo tenía ondulado, justo como Dariela. Ambos fruncían el ceño de la misma forma: bajando la ceja derecha más que la izquierda. Y había algo en su forma de curvar las palabras y pronunciar ciertas consonantes que era exactamente la misma.

Wynd notó algo cálido deslizarse por su pecho al mirarlos. Sentía una felicidad que quemaba porque se mezclaba con cierto toque de envidia. Y era la primera vez que experimentaba algo similar. Siempre que se había sentido celosa había sido un sentimiento amargo y venenoso, sin nada placentero mezclado. Sin embargo, esta vez notaba que podía mirarlos interactuar durante horas, quizás porque a ella misma le habría gustado la posibilidad de hacerlo con su madre biológica. Aquel momento tan especial le pareció sagrado.

El brillo en los ojos de Aren y su forma de disimular su nerviosismo le arrancaron una sonrisa. Quizás los demás no lo notasen: él siempre se esforzaba en ocultar lo que sentía y era difícil leerlo, pero Wynd lo conocía bien. Ella también era así.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le preguntó Aren a Lebhar con un deje de frialdad acusatoria en el tono.

—Poco más de una semana. Lo descubrí el día de la batalla cuando cruzaron el portal junto con Cordelia. —Aren se relajó—. Siempre creí que tu padre la había matado.

—¿Qué pasó? —le preguntó a su madre. Ella titubeó—. Quiero la verdad, sea lo que sea.

Dariela asintió y cogió aire. Wynd notó en ese gesto que era mucho más mayor de lo que su exterior aparentaba. Debía de tener varios cientos de años según la edad de Finvannah y los generales.

—Todo empezó con unas pesadillas. Todavía vivíamos en la colina hueca. —Las palabras estaban llenas de cariño y solemnidad—. Tú dormías en una habitación contigua a la mía y te escuchaba gritar por las noches. Yo iba, te despertaba y te acostaba conmigo para que pudieses dormir. Me contabas que unas sombras oscuras te hablaban y que todo se volvía negro a tu alrededor.

»Probé de todo. Pedí a sanadoras que te preparasen pociones para dormir, consulté con una

bruja por si era una maldición e incluso con un worlak por si había alguna forma de proteger tu mente, pero nada funcionaba.

Aren tenía la mirada fija en sus propias manos. Wynd se movió ligeramente hacia él. Fue un gesto muy sutil de apoyo y cariño que lo hizo sentir mejor. Esas pesadillas lo habían acompañado toda su vida, sobre todo cuando usaba su poder de oscuridad.

—Eres su hija —dijo Dariela mirando a Wynd por primera vez—. La ventisca de la profecía.

Wynd se tensó ligeramente y parpadeó. Hasta ese momento había sido invisible.

—Sí —respondió, y su voz sonó ronca—, la hija de Finvannah y Aine —contestó levantando la barbilla.

Dariela asintió en silencio mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios. Unas pequeñas arrugas aparecieron en las comisuras de su boca.

—Te pareces mucho a tu padre. No te haces una idea de lo mucho que te querían —dijo en un susurro cariñoso.

Wynd cerró los ojos y notó los dedos de Aren apretarle la mano.

—Gracias —contestó ella con la garganta cerrada.

Dariela cogió aire y volvió a su historia.

—Después de la muerte del gran rey, nos trasladamos a Oed y yo seguí tratando de encontrar una solución. Mandé a alguien de mi confianza para que buscara a cualquiera que pudiese ayudarnos sin que tu padre se enterase. Aeris no manejaba bien la debilidad, y tampoco habría servido de nada el hecho de que los demás supiesen que tenías alguna clase de problema. La Gran Guerra estaba reciente y tu padre estaba tratando de cimentar su poder.

»Mi doncella me habló de una mujer extranjera que se ocultaba más allá del bosque de espinas. Aproveché una de las ausencias de tu padre para ir. Estaba desesperada: quería ayudarte y sabía que era peligroso. Yo ni siquiera me había sometido al ritual, ni pensaba hacerlo después de lo que...

»No podía llevar guardias conmigo, porque sabía que se lo contarían a tu padre. Así que fuimos solos. Luna nos protegió esa noche. —Dariela le dirigió una mirada a Lebhar: parecía inquieta—. No sé qué esperaba encontrarme, pero desde luego no lo que vi. Ella era una *faerie* y yo sabía que en el continente no quedaban. Todos los que estaban en la colina habían muerto en la Gran Guerra. Más tarde descubrí que había sido Aeris quien los mató. A los *faeries* nos atrae el hogar y el poder que emana. Ninguno quería irse a poblar las nuevas ciudades; estas habían sido para los sidh. Los *faeries* de la colina, los que no se habían sometido al ritual, pertenecían a las castas más antiguas, a las largas líneas de sangre, algunas de las cuales habían reinado en algún momento. Aeris no soportaba estar excluido de ese círculo de realeza: los envidiaba y los despreciaba.

»La mujer no era una *faerie* cualquiera; era una norteña, para mí era fácil distinguirlo. Se presentó como Khione —continuó Dariela, y Lebhar soltó un grito ahogado.

Aren nunca les había prestado demasiada atención a las clases sobre política, y menos a las de

las cortes de fuera del continente, pero el nombre se le hacía vagamente familiar.

—Es la hermana del rey de la corte Kheima —explicó Lebhar.

—Khione conoció a Finvannah, Aeris, Grianan y Lebhar cuando se adentraron más allá de las Hillias en su juventud. Nunca he sabido los detalles de lo que ocurrió en esos años. Ella me dijo que sobre su corte había una maldición que el rey Aquilón había llevado hacía cientos de años al matar a su hermano Érebo. —Wynd frunció el ceño al oír los nombres. Algo punzante le rascó en la parte de atrás del cerebro, como si ya los hubiese oído antes en alguna parte—. Ella llevaba años buscando una forma de deshacer la maldición que devolviese a la corte Kheima el resplandor que habían perdido a causa de la misma. Y cuando aparecieron Finvannah y sus generales, sintió algo. La magia de la corte del norte es oscura y está basada en presagios, adivinación y ligada al más allá. Dicen que son capaces de establecer conexiones con los remolinos.

»Me contó que, en cuanto vio a Finvannah, supo quién era. El poder de la diosa Luna brillaba en él y era igualito a su madre, la ventisca blanca, la princesa huida de la corte de Ávalon: Ossian.

Wynd se puso de pie como un resorte y le dirigió una mirada de ojos desorbitados a Lebhar. Las aletas de la nariz se le dilataron cuando cogió aire con fuerza. El nombre le quemó como un hierro incandescente en el cerebro y los recuerdos volaron como un torbellino. El libro familiar, la mujer que se parecía a ella, el cuento de la princesa Ossian y el laberinto de Ávalon.

Aren, igualmente sorprendido, pasó la mirada de su madre al bibliotecario.

—Iba a contártelo, pero a su debido tiempo. Todavía tenías tantas cosas que asimilar, que no quería abrumarte —le explicó con su voz seca y crepitante Lebhar.

—¿La princesa Ossian es mi abuela? —interpeló Wynd—. Por eso la vi en el libro familiar y tú disipaste el sello momentáneamente para que pudiese verlo.

—Quería darte un pequeño empujoncito con el tema del laberinto —aclaró el hombre.

—¿Por qué no me has hablado de ella?

—Quería que la conocieses, pero, como te he dicho, la historia de tu abuela es muy complicada; no es algo que pudieses asimilar en ese momento. Llevo investigándola toda mi vida. Tratando de desentrañarla.

Wynd frunció el ceño. Ella no iba a dejarlo en esa vaga explicación: quería los detalles, lo quería todo. Cerró las manos en puños apretados. A cada paso que daba, parecía que encontraba una nueva laguna en su historia. A veces se sentía tan poco dueña de sí misma, que le costaba saber quién y qué era. Era como un libro al que le habían arrancado páginas.

Lebhar cogió aire y miró a Wynd con franqueza.

—Ossian tenía dispuesto casarse con el hijo de Aquilón, Ember, el heredero de la corte norte. Pero, como sabéis, se negó. Logró salir del laberinto y huyó hasta el continente, pues, aunque su padre le había prometido libertad, sabía que su hermano Cressidan y los norteños tomarían represalias.

»Las reinas de la colina hueca la acogieron. Su principal diosa era Luna y Ossian tenía su marca —Lebhar levantó la mano e hizo un gesto hacia la medialuna de la frente de Wynd— en la mano, así que en cuanto las reinas la vieron supieron que era una señal del destino. La reencarnación en carne y hueso de Luna debía ser su sucesora como reina.

—¿Dices que fue ella quien inició el ritual? —preguntó Wynd.

—Ossian tenía miedo: pensaba que en cualquier momento la corte del norte buscaría venganza por el desplante, o que su hermano querría matarla por la deshonra que había causado a su corte y para asegurarse que no volvía a disputarle el trono. Aunque tuviese el poder de Luna, no dejaba de ser una mortal y, por lo tanto, se guiaba por sus propios sentimientos.

»Hay algo que debéis entender antes de conocer toda la historia. El destino puede estar escrito y conjurado, pero somos nosotros los que decidimos seguirlo o no, y las circunstancias muchas veces se interponen. No dejamos de ser libres a la hora de actuar: aunque el camino muchas veces esté trazado, podemos dibujar otros. Y eso es lo que ocurrió con Ossian. Ella no deseaba casarse y no lo hizo, así que Luna le concedió un hijo fruto de su energía: Finvannah. Y en él plantó una semilla de poder. Eso fue lo que Khione vio en él.

Wynd no comprendía adónde querían llegar con todo aquello. No entendía qué significaba ella en todo ese complejo entramado.

—Khione me dijo que su línea de sangre compartía un poder especial que a veces se manifestaba y cuyo origen estaba en Érebo. Un poder de oscuridad que conectaba con lo que no puede verse y que es capaz de consumir con la fuerza de un agujero negro. Pero ninguno de los que lo habían tenido habían sido capaces de manejarlo, porque necesitaba un contrapeso. Todos los que lo habían heredado habían acabado volviéndose locos y muriendo. Ella había sido la última en nacer con él —explicó Dariela continuando con la historia—. Y, por primera vez, al estar junto a Finvannah, sintió que había encontrado el contrapeso a su poder desbocado: la luz capaz de apaciguar la oscuridad que corría salvaje y hambrienta por sus venas. Y, en ese momento, supo lo que tenía que hacer. La forma de deshacer la maldición de su corte. Me contó la historia de Érebo y Aquilón...

Entonces la luz iluminó a Wynd y recordó dónde había oído esos nombres. Se giró hacia Aren.

—La historia del *ballet* de ninfas que vimos en el Kraj —jadeó.

Aren levantó las cejas. No había prestado mucha atención aquella noche, porque estaba demasiado enfocado en Pavouk Bulev.

—Luna se enamoró de Érebo, y Caos le dio su poder, pues Luna siempre ha sido su diosa favorita y su luz siempre le ha parecido la más especial. Pero Aquilón, celoso y temeroso de que su hermano le quitase el trono, lo mató —citó Lebhar como si lo estuviese leyendo de un libro. Wynd asintió—. Es un viejo cuento entre algunas criaturas ancestrales. Pero todos los cuentos parten de la realidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aren.

—Luna y Noche están destinados a encontrarse: llevan intentándolo siglos. Khione ligó un trozo de su alma a la de Aeris. Aun sabiendo que eso la dejaría apenas sin poder, decidió arriesgarse. Finvannah y Aeris eran los mejores amigos, así que supuso que sus hijos convivirían juntos y que por fin el destino cumpliría su promesa uniendo a Luna y a Érebo, el príncipe de la noche. Y que, cuando eso ocurriese, la maldición de la corte del norte se rompería.

»Khione había oído las noticias de la muerte del rey Finvannah y vino al continente a buscar información. Estaba en Oed investigando cuando se topó con mi doncella, que buscaba ayuda para un niño con pesadillas oscuras que nadie había sido capaz de curar. Y supo que eras tú —dijo Dariela refiriéndose a Aren—: el niño que había nacido de su aura. —Aren cogió aire de forma entrecortada y bajó la vista a sus manos, que temblaban ligeramente. Wynd lo observó con el corazón latiéndole pesaroso en el pecho—. Le dije que la hija de Finvannah había muerto antes de nacer. Khione se derrumbó: no había forma de saber si otra heredera de Luna nacería ni dónde ni cuándo.

»Le pedí ayuda: no quería que Aeris descubriese el poder de Aren y que lo utilizase, y me daba miedo que acabases perdiendo el control sobre él. Me dijo que me ayudaría a escapar, que podíamos refugiarnos en su corte. Lo orquesté todo para conseguir ir a Róbulo en uno de sus viajes. Te di una pócima muy potente para dormir y me escapé contigo por la noche, pero los guardias de la frontera nos pillaron. Mataron a Khione primero y a mí me llevaron de vuelta con tu padre, que me encerró en la colina hueca. Me ataron para que no pudiese usar mis poderes y me apartaron de ti para siempre. Aeris nunca supo la verdad: pensó que solo quería abandonarlo y escapar contigo.

Aren lo pensó. Puede que su padre no quisiera que él se diera cuenta, pero lo hacía. Después de la «muerte» de su madre, su relación con su padre se volvió mucho peor. No soportaba mirarlo a veces y ahora entendía por qué: él le recordaba la traición de su madre.

—¿Lo entendéis? Esta era la pieza de información que me faltaba conocer. La que demuestra que mis teorías son ciertas. Por eso funcionó vuestra conexión a distancia, por eso ambos tenéis capacidades complementarias. Ambos me lo dijisteis: Wynd ha sido la única capaz de deshacer tu oscuridad —dijo Lebhar con un tono apasionado—. ¿Has usado tu poder desde que unisteis vuestras almas?

Aren levantó la vista. Estaba pálido y tenía los ojos anegados de confusión y tormento.

—Sí, en la batalla...

—¿Y cómo te sentiste al usarlo?

Tardó unos segundos en responder mientras recordaba. Las voces no habían estado ahí, suplicándole que consumiera. Le había sido fácil controlar la oscuridad, ni siquiera había devorado todo a su alrededor hasta reducirlo a cenizas.

—Controlado, no fue doloroso —susurró.

—Wynd tiene el poder de Luna y tú, el del príncipe Érebo: la noche, las sombras. Sois sus reencarnaciones —terminó de decir Lebhar.

Capítulo 78

Wynd observaba el cielo nocturno desde el balcón de la habitación de Aren. Abrió los dedos y sintió el calor de su poder recorrerle la piel.

«Era vuestro destino encontraros y uniros. Solo vosotros podéis deshacer la maldición de los devoradores de almas y acabar con Axel», les había dicho Lebhar.

A Wynd le dolía tanto la cabeza que apenas había podido seguir sus palabras. Sentía un fuerte dolor entre los ojos. Aren, sentado a su lado, había estado mirando un punto perdido con una intensidad salvaje.

La retorcida idea de que lo que experimentaban el uno por el otro fuese un juego de dioses la hacía sentirse enferma. ¿Significaba eso que toda su vida y sus decisiones habían estado condicionados? ¿No había nada de real, de fortuito, ni había nada libre en ellos? La idea de que Aren la amase porque estaba predestinado a ello y no por ser ella misma la ahogaba.

Miró a la luna, enmarcada por un bellísimo conjunto de estrellas, y buscó entre ellas la constelación de Aren. La idea de que compartían órbita ya no le parecía tan bonita. Se sentía como un juguete, como si una mano invisible los hubiese colocado ahí para que se encontrasen.

¿Dónde empezaba ella y terminaba ese ser mitológico que se suponía que era?

—Yo no... yo no quiero ser la heroína de nadie —había murmurado más tarde, después de acompañar a Dariela hasta el palacio y quedarse a solas con Lebhar.

—Esto va más allá, Wynd; tiene que ver con el equilibrio de las cosas. El orden y el caos.

Wynd había apretado la mandíbula, presa de una furia glacial.

—¿Crees que no entiendo hacia dónde va esto, Lebhar? Una vez me explicaste que los devoradores no tienen alma en sí mismos y que por eso se alimentan del poder de los demás; que, aunque pueden morir, su oscuridad permanece y por eso las sombras crecen. —Aren se había quedado hablando con su madre y Wynd agradeció que no estuviese ahí en ese momento —. Quieres que Aren y yo usemos la combinación de nuestros poderes para purificar, para acabar con los devoradores y su mancha.

No podía ver la expresión de Lebhar porque tenía la cabeza gacha y la capucha de la túnica le ensombrecía el rostro.

—Es la única forma de que los sidh sobrevivan y llegue la paz al continente. También para los humanos y las demás criaturas. Vuestro sacrificio es la diferencia entre la salvación y la destrucción. Vuestro poder unido purificaría el continente y reestablecería el equilibrio de fuerzas.

—Pero moriríamos —dijo ella.

Lebhar asintió sin atreverse a decirlo en voz alta.

—No les debo nada a los sidh. He cumplido mi propósito: la profecía. Y una vez acabemos con Axel, habrá terminado mi venganza, y yo... No puedes pedirme más.

Lebhar se irguió y todo a su alrededor se ensombreció.

—Entonces no habrá paz para nadie, Wynd. Incluidos tus amigos. Puedes matar a Axel, pero otro ocupará su puesto: los devoradores y los sidh están destinados a destruirse mutuamente y con ello consumir el continente. Los sidh querrán seguir usando el ritual para no perder poder; son personas secas, ¿lo entiendes? La mayoría han perdido casi toda su sangre *faerie*, y la magia que tienen es la que roban. Los devoradores y los sidh son consumidores y agotarán todo hasta ver quién sobrevive. Por eso necesitáis destruir a los devoradores y a las sombras, y un poder como el vuestro es el único capaz de purificar. Solo entonces los sidh volverán a ganar poder de forma natural.

—¿Dices que Aren y yo nos sacrifiquemos para que los sidh puedan tener poder sin robarlo?

—Una vez se equilibren las cosas, ellos tendrán su cantidad de magia correspondiente; el orden y el caos estarán equilibrados y ningún extremo tirará del otro. Aren y tú tenéis la cantidad perfecta de caos y orden para hacerlo. Tenéis el poder de los dioses.

Wynd apoyó la espalda contra la fría pared de cristal, que se congeló al contacto con su piel.

—No es... no es justo —dijo en voz baja y rabiosa—. No es justo que nos pidas eso. Podemos... podemos matar a los devoradores y a Axel; estoy segura de que podemos ganarles...

Cerró los ojos. Aren y ella prácticamente acababan de encontrarse. Necesitaba más, se merecían más, por todos los malditos dioses. Todavía tenían una eternidad juntos. Quería hacerse mayor con Aren, quería conocer a la gran mujer en la que Cordelia iba a convertirse; había tantas cosas que aún no había experimentado ni visto, incluso de ella misma.

—Sé que no es justo —dijo Lebhar, y había auténtico pesar en su voz—. Pero matarlos no servirá. Como he dicho, sus cuerpos mueren, pero su poder se queda aquí, envenenando, corrompiendo... Necesitamos purificar.

No era fácil saber que ella tenía la llave para cambiar las cosas, para hacer que todo fuese mejor. ¿Cómo iba a mirar a Cordelia a los ojos si decidía no sacrificarse? Si elegía vivir, sabía que estaría escogiendo la opción más cobarde y egoísta, y que a cambio entregaba su mundo. Una vez, al confrontar a Aren por su posición, había pensado que ella nunca permitiría que su egoísmo se impusiese al bien de los demás. Le había parecido más sencillo entonces: cuando la decisión no implicaba su propio sacrificio.

Todavía no había tenido valor de contárselo a Aren. Él acababa de volver porque había pasado el día con su madre. Y ella llevaba horas allí, mirando el cielo como si este pudiese lanzarle la respuesta a la duda que la estaba consumiendo.

Los dedos de Aren le apartaron la trenza a un lado y le dio un beso en el hombro. Wynd se estremeció ligeramente.

—¿Qué tal con tu madre? —susurró todavía mirando la luna.

Aren se encogió de hombros.

—Es raro. No me conoce. Quiero decir: conocía a un niño de tres años y... estoy a punto de cumplir veintitrés. Se ha perdido toda mi vida y eso no es fácil. ¿Y si no soy como imaginaba? ¿Y si la decepciono?

Wynd se giró y buscó sus ojos. Ahí estaba, esa expresión vulnerable mezclada con ese tono de voz íntimo y algo roto: el Aren que solo se dejaba ver para ella. Se le ablandó el corazón y lo miró con ternura.

—Eso es imposible. ¿Has visto la felicidad con la que te miraba hoy, el amor que desprendían sus ojos? Nadie que te conozca de verdad puede decepcionarse contigo, Aren.

—¿No crees que el gran amor que sientes por mí, mezclado con que mi atractivo te ciega, te hacen perder objetividad? —preguntó arqueando la ceja partida. La comisura izquierda de su labio se curvó ligeramente. Y ahí estaba de vuelta el Aren que jugaba a ser arrogante.

Wynd trató de sonreír, pero algo se quebró en su pecho. Había tantas versiones de él que quería conocer y explorar; versiones que todavía no existían. La idea de perder la posibilidad de hacerlo la ahogaba.

La chica apoyó la cabeza en su hombro y lo rodeó con los brazos. Allí es donde estaba segura y en casa. El cuerpo de Aren la acogió con una familiaridad que le pareció inusitada.

Él inclinó la cabeza hacia ella y la besó. Profundo. Después, hundió los dedos en su pelo y tiró con suavidad. La cogió de los muslos y ella lo envolvió con las piernas. Apretó con la fuerza suficiente para dejarle las rodillas flojas.

La sentó en la barandilla.

Aren podía saborear la inquietud en ella; lo sentía a través del lazo de sus almas. Y ya lo había visto en sus ojos esa misma mañana.

—Pecas, tú no eres Ossian ni tampoco Luna: eres tú y te quiero por ser quien eres. Procedan nuestros poderes de donde procedan, tú y yo seguimos siendo solo tú y yo. Humana, sidh o diosa, me da igual: yo te querría fueras lo que fueras. Esta es nuestra historia y nosotros la escribimos —murmuró mirándola a los ojos—. Quiero que lo sepas.

—¿Y si está destinada a terminar en tragedia? —preguntó ella.

Aren frunció el ceño. Algo salvaje y peligroso brilló en sus pupilas ligeramente dilatadas.

—El destino puede chuparme un pie —masculló—. Toda esta mierda cósmica puede irse al averno. Nada de lo que nos ha contado Lebhar hoy cambia las cosas para mí.

Wynd se mordió el labio, nerviosa. Cogió aire.

—Aren... —empezó. Verbalizarlo haría que la posibilidad fuese más real. Iban a discutirlo, y eso quería decir que había una oportunidad de que ocurriese, de que decidiesen sacrificarse—. Lebhar me ha dicho que hay una manera de solucionar el problema del desequilibrio de fuerzas, de reestablecer el orden natural y de que acabemos con los devoradores y las sombras.

Por todas las criaturas del mundo, aquello era lo que ella siempre había querido: reestablecer

el equilibrio. Y ahora tenía la llave para ello.

Aren frunció el ceño. Se separó de ella apenas unos centímetros para poder observar mejor su rostro.

—¿De qué manera? —se interesó, cauteloso.

—Tú y yo. Si mi poder es orden y el tuyo es caos, nosotros juntos podemos...

Los labios de Aren se curvaron en una mueca. Inclinó la cabeza ligeramente, como si su cuerpo hubiese entendido antes que su cabeza que aquello no le iba a gustar.

—¿Podemos qué, Pecas?

—Si entregamos nuestro poder, todo; si lo sacrificamos, entonces...

Aren dio un paso atrás como si ella lo hubiese empujado. Wynd sintió un frío helado en la piel.

—No —negó categórico.

—Si...

—No. De ninguna manera, Wynd. No.

—Si no lo hacemos estamos condenando a los demás.

Aren se pasó una mano por el pelo y soltó una risa amarga y hueca. No había nada de humor en el sonido.

—Me da igual. Por muy egoísta que eso me haga, me da igual. No te cambiaría por el bienestar de este mundo. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué tenemos que pagar nosotros por los errores de los demás y dejar este mundo a un puñado de...? —Sus palabras destilaban una rabia fría—. Yo no soy un héroe, nunca lo he querido ser. Sinceramente hace tiempo que me habría largado contigo muy lejos y no habría mirado atrás. —Aren le cogió el rostro con ambas manos. A pesar de su agitación, su tacto era delicado—. Por favor, por favor, dime que no estás contemplando la idea.

Wynd cerró los ojos con fuerza.

—Yo tampoco quiero ser la heroína del cuento. Hace un año habría matado a todos y cada uno de los sidh que viven en este continente y lo habría disfrutado. —Su tono era gélido e implacable—. Y ahora tampoco creo que la mayoría se lo merezca. Pero siempre quise cambiar las cosas para los humanos. Siempre pensé que yo sería mejor que vosotros si pudiese, que pelearía por que nuestro mundo fuese más justo. No hacerlo me convierte en todo lo que siempre desprecié.

Aren la miró incrédulo, horrorizado, aterrado. Sus ojos destilaban oscuridad, rabia homicida.

—No, no es tan fácil. No es blanco o negro. No sacrificarte no te convierte en nada más que en una persona normal. Todos lo harían, Wynd: todos querrían vivir.

—Lo sé. No dejo de pensar en que nada nos asegura que nuestro sacrificio vaya a hacer que las cosas cambien. Somos una raza ambiciosa. Los sidh son... ¡Dioses!, los he odiado toda mi vida, ¿por qué debería ayudarlos ahora? —El cuerpo le temblaba de furia y frustración—. Pero luego pienso en Cordelia y en... No puedo olvidarme de lo mal que lo pasan los humanos y los

sidh menores. Si nuestro sacrificio hace que dejen de nacer personas sin magia y que nadie pueda discriminarlos por ello, entonces quizás sí...

Aren la soltó. Sus ojos vibraban llenos de pánico. Parecía un animal acorralado.

—¿Crees que Cordelia estará feliz? Tú no la has visto todos estos meses en los que pensaba que habías muerto. No estará feliz de perderte.

Wynd agarró la barandilla con las manos con tanta fuerza que la piedra crujió bajo sus dedos y una fina capa de hielo la cubrió.

—La alternativa es peor.

—No voy a colaborar de ninguna forma en que mueras, Wynd. Ayer, maldita sea, ayer fue la primera noche que sentí que te tenía de verdad, que no había un abismo de secretos, mentiras y peligros interponiéndose, y me juré que haría cualquier cosa para protegerlo.

—Sabes que no es una decisión que pueda tomar sola.

—No puedes pedírmelo en serio. —El tono de Aren estaba ahogado en la desesperación.

—No... no lo sé. Yo tampoco quería este peso sobre nuestros hombros.

Wynd cerró los ojos. Una parte salvaje y fría dentro de ella soñaba con eliminar a todos: sidh y devoradores. Ellos habían sido los auténticos causantes de que su mundo se estuviese muriendo; ellos eran los que debían pagar. Pero eso era justo lo que Axel pensaba hacer, eso era lo que todos ellos harían y Wynd nunca había querido ser como esos malditos sidh egoístas. Y aunque ahora fuese una de ellos, nunca olvidaría sus años como humana.

—Necesito... necesito pensar.

Aren apretó la mandíbula con fuerza. Sus ojos echaban chispas. Se tragó el nudo de furia y tormento que le oprimía la garganta y asintió. Se dio la vuelta y desapareció dentro del baño.

Capítulo 79

Cordelia estaba dando vueltas en el vestíbulo de la Academia. A esa hora todos debían de estar cenando o de camino a sus habitaciones. No había vuelto por allí desde que... Bueno, desde que la habían sacado de las celdas para llevarla a la colina. Ni siquiera sabía si le estaba permitido volver, pero las puertas se habían abierto para ella; eso quería decir que no la habían expulsado.

Llevaba quince minutos tratando de decidir qué decirle a Thorn y cómo enfrentarse a todas las cosas que tenían que aclarar. De repente, oyó unos pasos tras ella y se giró. Un rhydra bajó las escaleras en dirección al primer piso sin prestarle atención, pero a ella se le paró el corazón. Durante un segundo, en esa pequeña fracción que tarda el cerebro en situarse, había esperado que fuese Blue. Casi... casi había oído su voz llamándola «ojos verdes».

Eso le recordó por qué había estado evitando pisar ese edificio. Puede que todavía pudiese entrar, pero ya no se sentía parte de él. Había momentos en los que no se sentía parte de nada. Jamás había estado tan perdida, tan a la deriva. El mundo se estaba cayendo a pedazos a su alrededor y ella se estaba desmoronando con él. Pensó en Wynd: ella jamás dejaría que las circunstancias la sobrepasaran. Se abriría paso con uñas y dientes si era necesario y encontraría su camino.

Cogió aire y lo soltó. Puede que ella fuese más de palabras, pero también necesitaba tomar el control. Blue le había hecho daño y estar allí era retorcer el puñal en su pecho. Hablar con Thorn la asustaba y emocionaba al mismo tiempo y con la misma intensidad, pero tenía que aprender a navegar el miedo y la ansiedad o acabaría hundiéndose.

Buscó a Thorn en la sala de entrenamiento. Las mejillas le quemaron al recordar lo que había pasado entre ellos la última vez que habían estado allí. Por suerte para sus nervios, no estaba allí. Así que fue a buscarlo a su despacho.

Cuando se acercó a la puerta, escuchó el sonido de voces dentro. Reconocía el tono grave, profundo y serio de Thorn.

—Quiero saber si estarás de mi parte cuando Sindri venga. Herice la apoyará a ella.

—¿Qué importa lo que yo opine?

—Sin Phern, nos faltan dos generales y tú eres uno de los candidatos más fuertes para ocupar uno de los puestos.

Cordelia tardó en reconocer que el que hablaba era Tyr, el tercer general rhydra.

—No me interesa la política, Tyr. Tampoco estoy seguro de querer seguir con esto. —La voz de Thorn sonaba cansada.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabías para qué son las pruebas.

Hubo un silencio largo.

—Sí.

—No voy a apoyarlo, porque yo no estoy de acuerdo. Me siento asqueado por haber formado parte de ello.

—No es tan sencillo. Sin este sistema, la magia que tenemos se agotará. Entiendes lo que eso quiere decir, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo y sigue dándome asco. No sé cuál es la solución, solo sé que no quiero sacrificar adolescentes cada año para mantener nuestro poder. Me parece repugnante. Si quieres liderar a los rhydra para que sean lo que prometen, una orden de honor que protege y cuida de los sidh, te apoyaré. Si piensas mantener...

—Eso no solo depende de mí. El Deirnas tiene la última palabra con el ritual de Kaebhar. Esto lleva haciéndose más años de los que tú y yo tenemos.

—Te aseguro que Aren no lo va a apoyar. Además, él es un rhydra también.

—¿Estás seguro de que Aland —dijo Tyr llamándolo por su apellido— va a ser el próximo Deirnas?

—¿Qué sabes tú que yo no sepa?

—No seas ingenuo, Thorn. Roberta Myval huyó de Oed en cuanto pudo. Ella no va a jurarle lealtad sin más. Nos hemos quedado sin los dos principales gobernantes y el hijo de una de ellos ha resultado ser un traidor que nos ha declarado la guerra. No hay nada seguro en este momento, y cuando no hay nada seguro es el momento en el que las alimañas salen de sus escondites y atacan.

Thorn se preocuparía por Aren y Wynd si no creyese que ambos acabarían matando a cualquiera que se atreviese a desafiarlos.

—Esa es mi última respuesta, Tyr. Si quieres mi apoyo, tendrás que acabar con el sistema de las pruebas tal y como funciona ahora y oponerte al ritual. Si sigues con ellas no te preocupes, yo no voy a oponerme a ti; tan solo dejaré los rhydra.

Cordelia oyó pasos acercándose a la puerta y se echó hacia atrás rápidamente. Tyr abrió y se frenó sorprendido al verla. Ella se estremeció de terror: sus ojos blancos eran más afilados que el metal y los recordaba mirándola mientras la interrogaba. El pánico la paralizó.

Thorn vio la inconfundible melena pelirroja de Cordelia asomarse tras Tyr. Él estaba apoyado en el escritorio. Cerró las manos con fuerza sosteniéndose a la madera oscura.

—¿Qué estás...? —comenzó Tyr.

Cordelia dio un respingo y se encogió ligeramente. Recordaba vívidamente el dolor que era capaz de provocar su poder.

—La he citado yo —intervino Thorn rápidamente mientras se separaba de la mesa.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí después de haber escapado de la colina?

Cordelia cogió aire y se estiró cuadrando los hombros.

—Lebhar y Aren han perdonado nuestras condenas, y como las puertas se han abierto para mí... tengo derecho a estar aquí —dijo con la voz más serena que pudo producir.

Tyr le echó una mirada a Thorn y se marchó. Cordelia sintió un escalofrío cuando pasó por delante de ella, y se apresuró a entrar en el despacho cerrando la puerta tras de sí. Acto seguido, la expresión de Thorn se suavizó, la arruga en su ceño fruncido desapareció, los músculos de su mandíbula apretada se relajaron y sus hombros cayeron con un suspiro silencioso. Cordelia siempre alcanzaba su punto débil con solo mirarlo.

—Hola —dijo ella con una pequeña sonrisa. Jugueteó con sus manos sin saber qué hacer con ellas.

Los ojos de Thorn la recorrieron y parecieron derretirse como la mantequilla.

—Hola —contestó con la voz en ese tono imposiblemente grave y hosco suyo, pero que conseguía sonar dulce solo para ella.

—Siento haber tardado en aparecer —comenzó la pelirroja. Thorn volvió a apoyarse en el escritorio—. Han sido los días más confusos, tristes y difíciles de mi vida. Quiero que sepas que no era porque no desease verte.

Él asintió en silencio mientras cruzaba los brazos con fuerza. Tuvo que hacerlo, porque si no, los habría estirado para abrazarla. Su pecho se infló mientras cogía aire y la camiseta de entrenamiento marrón que llevaba se le pegó. Cordelia parpadeó distraída. Thorn tenía bolsas bajo los ojos y llevaba el pelo semirrecogido en un moño que le daba a sus facciones un aspecto más afilado y marcado. Parecía vencido.

—Nada de lo que pasó entre nosotros fue para tener acceso a los pases del Archivo. Yo nunca, jamás te haría eso. Ni a ti ni a nadie. —Cordelia miró hacia arriba y cogió aire—. No planeaba enamorarme de ti. —Thorn dio un respingo al oírla, y sus ojos se abrieron sorprendidos—. Y tampoco planeaba colarme en el Archivo. En realidad fue idea de Blue, pero no quiero decir que fuese culpa suya; fue totalmente responsabilidad mía. Debería habértelo contado, debería haber confiado en ti, pero no quería ponerte en una posición comprometida.

»Iver es mi mejor amigo. Más que eso —se corrigió—. Yo estaba... enamorada de él. Vi su nombre sin querer en las fichas que estaba clasificando un día. Nunca me imaginé que estaría en la colina hueca. Fue un accidente, pura casualidad. Iba a buscarlo después de graduarme, ese era mi plan, pero luego todo cambió y no podía... no podía dejarlo allí. Necesitaba respuestas; necesitaba encontrar un modo de ayudarlo. Quería averiguar qué pasaba en las pruebas y la localización exacta de la colina hueca.

—Cordelia... —dijo Thorn bajito. Su nombre sonó algo íntimo y delicado en su boca.

Ella dio un paso hacia él sacudiendo las manos.

—Pero no me acosté contigo para usarte, no fingí nada y...

—¿No lo planeaste, entonces? Acostarte conmigo aquella noche. Se te pasó por la cabeza el...

—¡No! —negó ella horrorizada—. Me sentía culpable porque... porque ya lo había decidido;

robar los pases, quiero decir. —La vergüenza le pesó sobre los hombros—. Por eso estaba en la sala de entrenamientos, porque no podía dormir.

Cogió aire y lo retuvo unos segundos. Luego lo dejó salir con un suspiro entrecortado.

—No fue una decisión fácil. Sabía que te haría daño, pero debía hacerlo.

—Si me lo hubieses contado...

—No quería hacerte elegir entre tu obligación como entrenador y yo. Era un peso con el que debía cargar por mi cuenta. Y si salía mal no quería arrastrarte conmigo.

Los hombros de Thorn se relajaron levemente.

—Y lo más importante —añadió ella—: nunca nunca pensé en Iver mientras estuvimos juntos. Quiero que lo sepas.

Los dedos de Thorn se agarraron con fuerza al borde del escritorio.

—¿Y ahora qué sientes por él?

Cordelia esquivó su mirada y Thorn lo notó como un flechazo en el pecho.

—Yo... nunca esperé que él correspondiese mis sentimientos. Cuando lo encontré en la colina... —Cerró los ojos y cogió aire—. Fue como volver a...

—No importa, no tienes que explicármelo. —Aunque la expresión de sus ojos era dulce, su tono tenía un filo áspero. No quería oírlo.

—Pero quiero hacerlo. Iver... Fue como encontrar un refugio a todo lo que se estaba desmoronando a mi alrededor; era volver a casa, a mi rincón seguro. Iver es la Cordelia inocente y sin heridas de Róbulo. Él representa lo mejor de mi pasado.

Thorn asintió y, a pesar de que su expresión era serena, un músculo palpitaba en su mandíbula.

—Lo entiendo, de verdad que lo entiendo.

Cordelia dio otro paso más, estaba a menos de un metro de él.

—Pero tú eres mi presente, Thorn. Eres la Cordelia valiente y la que tiene heridas, pero que ha crecido y ha aprendido. Y a mí me encanta esta Cordelia; estoy muy orgullosa de ella. Tú formas parte de mí y de lo que soy ahora. Me has ayudado a llegar a ello y me has apoyado para conseguirlo. Has estado ahí para decirme que me esfuerce más, para reconfortarme e impulsarme.

Dio un último paso hacia él hasta que sus pies se tocaron. Thorn cerró los ojos y apretó los brazos más fuerte mientras cerraba los puños, como si su cercanía le doliese.

—Cordelia, yo... —Cogió aire, todavía con los ojos cerrados—. Comprendería que necesitaras tiempo para decidirte si es que aún tienes dudas... —Pronunció cada palabra como si le quemase.

Los dedos de ella le acariciaron el rostro y él abrió los ojos. El ámbar de sus iris era puro fuego.

—Quiero a Iver: voy a quererlo durante toda mi vida. Es la verdad y no puedo ni quiero cambiarlo. —Cordelia notó cómo él se tensaba bajo sus manos. Thorn tenía el pulso disparado —. Pero no lo quiero como te quiero a ti. A una parte importante de mí le ha costado aceptarlo.

No solo que mis sentimientos han cambiado, sino que yo también lo he hecho. Solo necesitaba verlo.

»No me gustan los cambios. Nunca he querido cambiar ni que las cosas cambien. ¿Por qué deberían hacerlo si todo está bien? Y, dioses, la vida me ha dado una bofetada en la cara porque todo, absolutamente todo cambia, incluso uno mismo. —Se encogió de hombros—. Iver ya no es el chico del que me enamoré hace tantos años, ni tampoco yo soy la Cordelia de la que él se enamoró. Ambos estamos de acuerdo en ello, aunque asuste y duela. Lo que... lo que quiero decir —resopló—, porque me voy por las ramas y, bueno, ya sabes que siempre hablo demasiado, es que quiero que me perdones por lo que hice y quiero... quiero estar contigo. Bueno, si es que tú quieres, ¿sabes? Porque, a lo mejor...

—¿Que si quiero? —la cortó él.

Thorn le pasó las manos por las mejillas con una delicadeza única mientras pegaba su frente a la de ella.

—Cordelia, prácticamente me enamoré de ti el día que me gritaste en el pasillo que tenías derecho a saber cómo estaba... —Dejó el nombre de Blue flotando en el aire—. Pero había comenzado antes, en los entrenamientos, en la tercera prueba, en los pasillos, en el comedor... Eres como un rayo de luz. Más que eso: eres como el mismo sol. Me fascinas. Quiero dártelo todo, Cordelia; quiero hacerte la persona más feliz de la tierra porque así es como tú me haces sentir a mí cuando estás cerca.

Cordelia sonrió y lo abrazó con ímpetu, con toda su fuerza. El gesto fue tan familiar, tan acogedor como volver a casa. Quiso hundirse en él y en la sensación de tenerlo cerca.

Thorn enredó los dedos en su pelo y la agarró de la nuca. La besó con una lentitud devoradora. Un beso que gritaba: «Te he echado de menos, te quiero, te deseo y no voy a dejarte ir».

Capítulo 80

Era la primera vez que caminaba por la ciudad sintiéndose libre, sin tener la constante necesidad de esconderse. Esa noche no llevaba capa ni capucha, y su pelo brillaba plateado bajo la luz de la luna. Sombra y Muerte estaban en su cinturón y, durante un momento, le pareció viajar un año atrás, cuando había pisado aquel lugar por primera vez. Ahora se preguntaba si la necesidad que la había empujado durante toda su vida a querer traspasar esos muros tenía que ver con su destino.

Al principio caminó sin rumbo. Oed no era la misma que hacía unos días: las calles no estaban abarrotadas de gente, no había conversaciones animadas ni música. No había alegría. Todo lo que se oían eran susurros, pasos apresurados y un silencio inquieto. El sonido de la incertidumbre y el miedo.

Aun así, seguía siendo tan hermosa y mágica como siempre.

Sin darse cuenta, había terminado frente a las puertas de la Academia, y al instante supo adónde la estaban dirigiendo sus pasos. El vestíbulo estaba a oscuras, apenas iluminado por unas cuantas lámparas. Sus pasos repiquetearon en el mármol y las gruesas paredes le devolvieron el eco.

Era casi medianoche, así que no se cruzó con nadie en los pasillos. El paseo hasta la biblioteca le trajo un sabor nostálgico al paladar. Era como caminar entre los fantasmas de quienes habían sido: cinco personas que se habían encontrado y que habían acabado rompiéndose en pedazos los unos a los otros.

Empujó las pesadas puertas de madera que daban a la biblioteca y el familiar paisaje la recibió. El enorme ventanal que no reflejaba el exterior, sino una niebla espesa, y el olor de los libros: cuero, tinta y pergamino. Bajó los peldaños hasta el centro y observó el grabado que tantas veces había pisado antes: el sistema de órbitas con distintos planetas, la luna arriba coronándolo y las estrellas a los lados.

Esperó unos minutos por si Lebhar aparecía entre las estanterías y fue hacia su lugar especial. Hacía tiempo que no se sentía tan sola y perdida. Se hizo un ovillo en el sofá sintiendo el suave terciopelo acogerla, pero la sensación no la llenó. Su cuerpo seguía estando vacío y frío lejos de él.

No quería tener que tomar aquella decisión; no quería hacerle daño a Aren; no quería cargar con aquella responsabilidad sobre sus hombros.

Aquella noche durmió allí, sola, con el peso de una decisión que tomar.

Y despertó con el yugo del mundo entero oprimiéndola.

Aren miró su cama vacía y perfectamente hecha. No había dormido, ni siquiera lo había intentado. Miraba la ciudad a sus pies con ojos muertos. Destruiría ese mundo antes que dejar que se la arrebatasen. Si tenía que hacerlo, se convertiría en el monstruo que su padre le había repetido tantas veces que era.

Cualquier cosa antes que volver a experimentar aquella agonía que lo estaba matando.

Wynd se pasó el día vagando por la biblioteca. Lebhar no apareció. Ni ningún rhydra, en realidad; el mundo se venía abajo y no había tiempo para leer. Se sentó en el suelo justo sobre el grabado del centro, y acarició las formas con los dedos. Aquella era una decisión que la Wynd de siete, doce y diecinueve años no habría dudado en tomar. No lo habría hecho por los sidh, sino por los suyos, por los humanos. No habría más cyxi, como los llamaban los sidh. Nadie viviría nunca lo que ella, y eso bastaba para decidirse. Pero por aquel entonces no tenía nada que perder. Siempre había vivido alimentada por su sed de venganza, pero ahora tenía más: una vida que deseaba vivir.

Recorrió la línea de la órbita de uno de los planetas con la uña. Conforme pasaba el dedo trazando la forma elíptica, algo comenzó a dibujarse en su mente. Nunca había tenido conocimientos sobre astronomía. Nana no los había educado en esa clase de materias. La historia y la mitología nunca habían sido de su interés, porque ninguna de las dos la ayudaría en una batalla ni la salvaría de la muerte. En cambio, la lucha cuerpo a cuerpo, el manejo de los cuchillos, el arco o la espada, sí le habían interesado.

Solo tenía un pequeño término astronómico grabado en el cerebro: el concepto de las binarias eclipsantes que Aren le había explicado. La metáfora de sus vidas. Se fijó en la línea que su dedo índice trazaba. La imagen tomó forma en su cabeza, y entonces, todo encajó. Todas las piezas: retazos de conversaciones que había tenido con Lebhar, el sistema planetario que había visto en su casa, las palabras de Aren y aquel dibujo: todo cobró un sentido.

Se levantó deprisa, como un resorte. El corazón le palpitaba frenético, casi como si quisiese salírsele por la boca.

Eso era: una metáfora de sus vidas.

Wynd se giró y subió la pequeña escalinata a toda prisa. La puerta se abrió de golpe y su mirada chocó con la de Aren. Frenó tan de golpe que se tambaleó hacia atrás y tuvo que agarrarse al pasamanos.

—Sabía que estarías aquí —susurró él.

Wynd arqueó las cejas. La sorpresa le había robado el aliento. El corazón le dolió al mirarlo: tenía ojeras oscuras y el pelo más revuelto de lo normal. Parecía agotado, destrozado, hecho

pedazos.

—Bueno, también he buscado por los tejados un rato. Me pregunto por qué no vas a sitios normales como el resto de... Bueno, claro, tú no eres como el resto; no eres como nadie que haya conocido jamás. Esa es la respuesta.

Wynd percibió el esfuerzo que estaba haciendo Aren porque su voz sonase ligera y desenfadada. Aunque todo su cuerpo destilaba tensión y tristeza.

—Estaba a punto de volver —dijo ella con la voz seca.

Aren cerró la puerta a su espalda y la observó sin acercarse.

—Te he decepcionado —afirmó. Su tono era áspero y ronco, y a Wynd le partió el corazón.

—¡No! —negó categórica.

Sabía que Aeris se había pasado la vida diciéndole a Aren que era una decepción y que él se lo creía: creía que estaba condenado a decepcionar a todos a los que quería.

—Siento encarnar ese egoísmo que has odiado siempre de los sidh. Me gustaría... me gustaría ser esa persona altruista que se sacrifica por el bien de los demás. ¿Recuerdas nuestra conversación en la sastrería?

Wynd asintió.

—Me dolió porque supe que aquello era algo que siempre se interpondría entre nosotros. Pero no puedo fingir ser algo que no soy. Siempre supe lo del ritual y no me importaba, ni para bien ni para mal —reconoció con sinceridad—. Tampoco me he preocupado nunca por la situación de los humanos. Me gustaría fingir que sí, pero no, joder. Y ahora... Wynd, me da absolutamente igual lo que le ocurra a este mundo.

Wynd cogió aire con fuerza. Aquella sinceridad brutal y sin paliativos era algo que al principio le había molestado de él. Porque ella lo quería y no le gustaría querer a alguien que fuese igual a todo lo que había jurado destruir. Pero, al mismo tiempo, admiraba que no fuese un hipócrita, que no fingiese.

—La verdad es que no soy una persona altruista ni heroica. A veces lo desearía, pero te estaría mintiendo y eso es algo que no pienso volver a hacer. Así que no, no voy a sacrificarme por este mundo y no quiero que tú lo hagas.

—No tienes que cambiar por mí, Aren. Me enamoré de ti sabiendo cómo eras. No me has decepcionado.

Aren clavó los ojos en ella. A veces se le olvidaba lo mucho que su padre se había empeñado en quebrarlo, porque él se esforzaba tanto en ocultarlo, en mostrarse fuerte y recompuesto que era difícil verlo. Pero ahí estaba: su alma hecha jirones y ese miedo profundo a defraudarla, ese miedo que compartían ambos a la soledad y a perder.

—No hay nada que puedas decir o hacer que me haga dejarte —añadió.

—Tú eres la única que podría hacerme pedazos, Pecas.

El chico dio un par de pasos hasta colocarse frente ella. Wynd echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Su presencia lo llenaba todo, desde su altura hasta el ancho de sus hombros: era tan

imponente que la dejó sin aliento una vez más. Tragó pesadamente mientras lo observaba.

—He saboreado lo que puede ser la vida contigo. —Arrastró ligeramente las palabras, como una caricia lenta sobre su piel—. Y quiero más. —Dio otro paso más haciendo que ella chocase con la barandilla. Levantó la mano y acarició la línea de su cuello perezosamente—. Déjame intentarlo. Encontraré una solución; déjame cargar con el peso. —Subió la mano hasta su oreja y le rozó el lóbulo con el pulgar—. Por favor, pídeme lo que quieras, pero no que acepte que esto se acaba. —Llevó los dedos hasta su barbilla, la agarró y la inclinó ligeramente hacia arriba—. Reduciré el continente a cenizas si hace falta y tomaré todas las decisiones egoístas e inmorales. Puedo luchar contra todos esos demonios; puedo convertirme en el maldito villano si eso significa salvarnos. —Se pegó más a ella, robándole el aire—. Lo haré si estás de acuerdo. —Su voz fue apenas un susurro ronco, como cristales sobre miel.

A ella se le erizó la piel y se le enroscaron los dedos de los pies dentro de las botas. Sus párpados cayeron mientras el sonido de su voz le nublaba los sentidos. Aren atrapó su labio inferior con los dientes y dio un tirón mientras su garganta vibraba. Wynd, que era fiera y despiadada, a la que no le temblaba el pulso al matar y que poseía un poder y una fuerza por encima de cualquier sidh, se volvió blanda y vulnerable para él. Si normalmente era una salvaje ventisca de hielo, ahora no era más que suave y esponjosa nieve derritiéndose bajo sus manos.

—No creo que entiendas hasta qué punto te pertenezco, Aren. Si quisieras, podría darte mi corazón —susurró ella.

Había un toque de sorpresa en sus palabras, como si ni ella misma se hubiese imaginado confesando aquella realidad. Él le dio un beso en la mejilla y le acarició la blanquísima piel moteada de pecas con la punta de la nariz.

—Yo soy todo tuyo, Wynd. —Movió los labios contra la piel de su mandíbula, acariciándola con un suave beso—. Quiero llevarte a tantos lugares... —Agarró la barandilla detrás de ella con ambas manos y la atrapó entre sus brazos—. Quiero abrazarte al dormir y mirarte al despertar —dijo besándole la frente—. Quiero verte vivir y ser feliz. —Le acarició la sien izquierda con la boca—. Quiero sacarte de quicio. Quiero ver cómo te sonrojas cuando te sientes tímida. —Ella jadeó, le temblaba el cuerpo entero—. Quiero empaparme de tu lado dulce, del atrevido, del aventurero. Por favor, por favor, mi amor, no tomes esa decisión —insistió. Su voz era una súplica agónica.

Wynd se puso de puntillas y lo besó; suave, muy suave. Y dulce y lento. Lo acarició con su boca y él le devolvió el beso rindiéndose a sus pies, con una adoración tal que rayaba la devoción.

Wynd nunca había querido ser la heroína, aunque tampoco la villana. Pero a veces no nos queda más remedio que elegir entre ser el villano en la historia de los demás o los héroes de la nuestra. Y ella tenía claro que acabaría siendo ambas.

—Vamos a escribir nuestro destino —susurró mirándolo con fiereza.

Capítulo 81

Aren estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la cama y Wynd frente a él. Fuera llovía a cántaros y los rayos iluminaban el cielo cubierto de nubes. La luz del amanecer apenas podía verse.

Se habían pasado la noche despiertos discutiendo sus posibilidades.

—Es arriesgado —terminó por decir él.

—Lo sé —admitió Wynd—. Puede que salga mal de muchas formas posibles.

—Tenemos que hacerlo antes de que Axel actúe.

—Sé que quería llevar a cabo su plan en Kaebhar; la magia se potencia ese día. Necesita el aura de ambos para el ritual —dijo Wynd.

Aren tenía el ceño fruncido y parecía estar dándole vueltas a algo. Sus oscuras pestañas proyectaban sombras sobre sus ojos, dándole a su mirada un aspecto fiero.

—Estoy segura de que volverá a por nosotros.

—Entonces necesitamos actuar pronto. Adelantarnos a sus planes. —Aren cruzó los brazos detrás de la cabeza y se estiró.

—¿Crees que funcionará?

—Creo que es el mejor plan que tenemos. Tendremos que hablar con Lebhar: estoy seguro de que puede ayudarnos.

Wynd pareció perderse momentáneamente en sus pensamientos. Parecía agotada, tensa y frustrada.

—¿Sabes? —dijo él llamando su atención. La cogió de la mano y la acercó a él hasta que estuvo sentada a su lado—. Por una vez, me gustaría pensar en algo normal y positivo, algo que no tenga nada que ver con guerra, venganza o muerte. Algo que no implique cargar con el destino de los nuestros sobre nosotros.

Wynd recostó la cabeza en la cama, apoyando la espalda, y lo miró. Sentía los párpados pesados.

—¿Cómo qué?

Él se encogió de hombros.

—Como en... —Pareció pensarlo—. Como en que cumplo veintitrés años en dos semanas y quiero celebrarlo contigo.

Wynd se incorporó ligeramente. La sonrisa de Aren escondía cierta timidez.

—¿Qué día?

—El tres del octavo mes. Será el primer cumpleaños que comparta con mi madre desde que... Ya sabes.

Wynd sonrió con ternura. No sabía cuándo podrían llevar a cabo su plan, ni siquiera estaba segura de que su idea fuese a funcionar o de que pudiesen hacerlo. Confiaba en la ayuda de Lebhar para ello, pero no lo harían antes de dos semanas, fuese como fuese. Si de alguna forma todo fallaba, quería que Aren tuviese aquel día.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó ella.

—Cualquier cosa, lo que haríamos un día normal si no fuésemos quienes somos y nuestro mundo se estuviese viniendo abajo. Todo lo que no hemos podido hacer hasta ahora y lo que... y lo que no sé si podremos hacer algún día.

—Mmm... Nunca he celebrado ningún cumpleaños antes, así que no sé qué se hace.

Aren soltó una carcajada ronca. La cogió de la cintura y la sentó a horcajadas sobre su regazo. Wynd trató de disimular el rojo de sus mejillas.

—Eres tan rara, y eso me gusta tanto —murmuró él.

Wynd inclinó la cabeza y estrechó los ojos con una mirada asesina.

—Si te preguntase formas de matar a alguien, estoy seguro de que sabrías decir más de diez; en cambio, no sabes qué hacer en un cumpleaños.

—Bueno, matar (depende a quién) me resulta muy estimulante, y de hecho sabría decirte más de veinte —dijo orgullosa—. Estoy segura de que Cordelia sabrá darme algunas ideas. Al menos sé que la gente se da regalos. ¿Qué te gustaría?

Aren le acarició la espalda. La piel ligeramente áspera de sus manos le hacía cosquillas a Wynd, que se arqueó. La boca de él se curvó en una sonrisa hambrienta.

—Oh, Pecas, creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta... —dijo inclinándose y dándole un pequeño mordisco en el cuello. Wynd dio un respingo, le puso una mano en el pecho y lo empujó hacia atrás.

—En serio, quiero regalarte algo. Dime lo que quieras y te lo conseguiré —afirmó segura de sí misma.

Aren la miró a los ojos con seriedad.

—Un futuro juntos, Wynd. Eso es lo único que quiero —susurró bajito.

El corazón se le quebró en pequeños trocitos al oírlo y tragó pesadamente. Asintió con firmeza.

—Te lo prometo.

Capítulo 82

El sistema de planetas de Lebhar giraba proyectando sombras en el techo. El suelo estaba lleno de libros abiertos por distintas páginas. Dariela ojeaba uno de ellos en silencio mientras Wynd y Aren observaban la trayectoria de los astros.

—Tendrá que ser el día trece: hay una superluna, por lo que su influencia y poder serán muy fuertes —dijo Lebhar—. Tus poderes se amplificarán y también lo harán los de Aren.

Eso les daba menos de un mes para prepararlo todo.

—¿Crees que es posible? —preguntó Wynd.

—¿Trasladar a todos los que no son sangre pura, a las mutaciones?

—Los sidh no son criaturas ancestrales: son una creación artificial. Los humanos y los mestizos son su consecuencia.

—¿Quieres trasladar todo a un planeta que no sabes lo que puede contener? —preguntó Lebhar.

—No a cualquier planeta: al espejo de este. Solo tendríamos que separar el núcleo de Abscondita en dos. Sería como las estrellas de la constelación de Perseo.

—Una binaria eclipsante —dijo Aren.

—Los dos planetas estarían en la misma órbita hasta el día que vuelvan a fundirse. Todo seguiría igual, pero nos daría la oportunidad de trasladar a los sidh a otra realidad donde, aunque su magia se apague, no habrá devoradores de almas ni criaturas mágicas que supongan un problema.

Dariela levantó la mirada de uno de los libros que estaba estudiando y le echó una mirada furiosa al bibliotecario.

—Mucho mejor idea que... que ambos tengan que sacrificarse.

Lebhar suspiró.

—Yo tampoco deseo que tengan que morir, pero este plan tiene muchos riesgos. Tú, por ejemplo —dijo refiriéndose a la madre de Aren—, no te transportarías, porque eres una *faerie*: una criatura ancestral. Tendrías que someterte al ritual y transformarte en sidh. Y, aunque nos marchemos, los devoradores seguirán viviendo, pero más débiles.

—Pero las sombras se purificarán, porque al marcharse los sidh también lo hará su magia, y eso restablecerá el equilibrio entre el orden y el caos. Todo el poder que robaron volverá poco a poco a los remolinos, las criaturas ancestrales recuperarán su fuerza y las sombras se marcharán —insistió Wynd.

—A ver si lo he entendido. Queréis matar a los devoradores y, en vez de sacrificaros para eliminar su mancha de corrupción para que no surjan más sombras, trasladar a los sidh a otra realidad para que así el equilibrio se reestablezca y este planeta se purifique solo. Pero... los sidh acabarán perdiendo su poder gradualmente hasta que todos sean simples humanos.

—En una realidad en la que no hay otros seres mágicos no será peligroso: todos estarán en igualdad —dijo Aren.

Lebhar, por primera vez desde que ambos lo conocían, se sentó. Los tres lo miraron en silencio esperando su respuesta.

—Arrancaréis a toda una sociedad de su mundo y los condenaréis a perder su magia.

—Wynd y yo no tenemos la obligación de salvarlos. Ninguno de nosotros hemos pedido tener el poder que tenemos. Que los sidh pierdan su poder me parece un pago justo por sus pecados.

—Esa es una decisión muy arriesgada... —murmuró Lebhar.

—Es la consecuencia de nuestros actos. ¿Quién dice que lo que hacemos ahora no sea ir contra la naturaleza, contra nuestro destino mismo? A lo mejor perder nuestro poder sea lo que deba ocurrir —dijo Aren.

Wynd lo observó. Desde el momento en que le había planteado la idea que había tenido en la biblioteca, Aren había creído en ella sin dudarlo. Igual que había ocurrido en el laberinto de Ávalon. Él confiaba en Wynd ciegamente.

Y ella no les defraudaría.

—Lo haremos el trece, entonces —dijo Wynd retomando la conversación.

—Es muy probable que el conjuro os agote —puntualizó Lebhar.

—No tanto como entregar todo nuestro poder y reestablecer el equilibrio —le contestó Aren mordaz. Estaba realmente cabreado con el bibliotecario por haber puesto a Wynd en aquella tesitura.

—El lugar ideal para ello son las Hillias: el pico Ensom —dijo Dariela con su voz calmada.

Wynd nunca había estado en las Hillias. El pico Ensom era el límite del territorio sidh y el único que se consideraba explorado; más allá de él, el terreno se volvía una trampa mortal y estaba prohibido cruzarlo. Aunque no demasiados tenían el valor de intentarlo, pues la corte norte esperaba al otro lado.

La *faerie* se sentó en el brazo del sillón con un libro en su regazo y señaló el dibujo de la escarpada y afilada montaña que aparecía de entre las nubes. Su color era de un gris oscuro, sin nada de vegetación, y tenía placas de hielo y pequeños bordes con nieve. Abajo se extendía una planicie de hierba verde esmeralda donde la figura de un hombre observaba la temible e impresionante forma de Ensom. En perspectiva, casi parecía que aquello fuese la escalera a los cielos.

—Es el punto más alto sobre toda Abscondita, por lo que os permitirá proyectar vuestra magia sin que nada se interponga y os acercará a la influencia de la superluna —continuó Dariela.

Aren se acercó a su madre y observó el dibujo, pensativo.

—Es un punto estratégico perfecto para el combate también —comentó.

—Eso nos lleva al mayor problema de todos: ¿cómo atraemos a todos los devoradores allí? —dijo Wynd dejándose caer en uno de los sillones, agotada.

Aren sonrió de forma imperceptible.

Capítulo 83

Aren estaba sentado a una mesa apartada de la pastelería Idunn: pasteles de diosa. Su favorita. Tenía un té frío y una tartaleta de moras delante. Thorn entró en el pequeño establecimiento y todos los ojos se giraron hacia él. Destacaba como un enorme gigante en una casita de muñecas. Murmuró un saludo y avanzó hacia donde estaba Aren repantingado.

Tenía los brazos apoyados en el respaldo del banco y tamborileaba las uñas pintadas de negro sobre la madera. Le dedicó una mueca burlona al entrenador, que lo saludó con su habitual ceño fruncido y gesto hosco.

—¿Por qué hemos quedado aquí? —gruñó Thorn mientras se dejaba caer en el asiento frente al chico.

—Porque opinas erróneamente que Himalia es la mejor pastelería de Oed. Luego me darás las gracias.

—Creía que habíamos quedado para hablar sobre la estrategia de defensa de las ciudades.

Aren y Thorn llevaban días discutiendo el cómo proceder en su enfrentamiento contra los devoradores de almas y Axel. Wynd estaba ocupada aprendiendo a canalizar el poder de Luna para llevar a cabo el conjuro. Aunque ambos estaban atareados y agotados, encontrarse cada noche hasta el amanecer era un pequeño oasis de paz entre todo el caos, incertidumbre y miedo. En esas horas, solo existían ellos y sus historias: Wynd le contaba anécdotas y memorias de sus días como nikt, aunque a veces le costaba recordar y navegar entre sus recuerdos de humana.

Aren había aprendido de ella que tenía debilidad por los sabores cítricos y que la primera vez que había probado el zumo de naranja tenía catorce años y sintió un escalofrío de placer; que nunca había visto el mar y que la idea de una masa enorme de agua sin nada alrededor la asustaba.

Él, en cambio, le había contado que le encantaba el chocolate amargo con un toque picante y que la primera vez que había ido al sur y se había bañado en la playa, bebió el agua pensando que sería dulce. Ahora ella tenía material para reírse de él, incluso se lo había contado a Cordelia mientras desayunaban. A la pelirroja se le había salido el té por la nariz al reírse.

Wynd parecía fascinada por cada pequeño detalle de su vida y él adoraba escucharla hablar de cualquier cosa: podría hacerlo por toda la eternidad sin aburrirse. Aunque siempre acababa interrumpiéndola entre besos y caricias.

Ambos sabían que los días que les quedaban podían ser una cuenta atrás hasta el final y querían arrancarle todo el tiempo posible a la vida. Por eso Aren también se reservaba huecos

para estar con su madre. Al principio había sido raro, pero cada día era más natural. Le resultaba curioso que alguien lo tratase con ese cariño y ternura y que a la vez tuviese el poder de regañarlo.

Thorn carraspeó y Aren volvió a concentrarse en la conversación.

—¿La estrategia de defensa? —le recordó.

—Sí, y de eso vamos a hablar —contestó Aren con una sonrisa ladeada—. ¿Te ha dicho Tyr si nos apoyará?

—Sí, siempre y cuando tú lo hagas para su nombramiento como primer general rhydra.

Aren arqueó una ceja, pero no dijo nada.

—Roberta Myval está en Rasgard con Sindri. Herice y tu prima Nos se les han unido. Sospecho que están preparando un golpe de Estado.

Aren sonrió. «Por supuesto».

—¿Sabemos algo de Gammel Fa? —preguntó Thorn.

—Me han dicho que dejó su fortaleza y está en el Cordón Zaffiras preparándose para cruzar el Sykraa. Es un cobarde que le teme a su propia sombra; no me preocupa.

Thorn asintió llevándose un trozo de pastel a la boca. Estaba bueno, pero no pensaba decírselo a Aren. Lo último que necesitaba era alimentar su ego.

—Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos: como de que todas las ciudades creen defensas que emulen a las de la colina hueca y se preparen para resistir durante meses ahí dentro. No sabemos cuándo volverán a atacar los devoradores, pero protegernos dentro de las ciudades es la única forma.

—Sí, lo tengo hablado con los emisarios al mando de Glamar y Róbulo. Falta la confirmación de Gyldne y, por supuesto, de Rasgard no sabemos nada. Está en manos de Sindri...

Aren torció el gesto. Aquello iba a ser un impedimento.

—Lebhar enviará los hechizos a los dhoga de cada ciudad para llevarlos a cabo.

Thorn lo miró. Puede que Aren nunca hubiese querido gobernar, pero era bueno en ello. Era eficaz, autoritario e inteligente.

—¿Y cómo piensas atacar a los devoradores? Se acerca el otoño y las ciudades no podrán resistir cerradas para siempre.

—Fácil: cuando asedien una de las ciudades nos trasladaremos con portales hasta allí. Mientras la ciudad en cuestión se defiende, nosotros iremos por la espalda. Los devoradores solo pueden usar las lagunas de luna para huir: tenemos ventaja.

Thorn lo pensó. Era una buena idea. Tan simple que podía funcionar. Inteligente y astuta. Aunque Axel también lo era, lo conocía bien.

—Crear portales tan grandes nos desgastará —avisó.

—No he dicho que vaya a ser sencillo. Pero es nuestra mejor baza: la sorpresa. ¿Con cuántos efectivos contamos para posibles batallas?

Thorn se llevó otro trozo de pastel a la boca mientras hacía cálculos. Estaba agotado: llevaba

días yéndose tarde a la cama y levantándose al amanecer. Sin Herice ni Phern, tenía que encargarse de coordinar todas las divisiones y establecer comunicación con las demás ciudades. Había que preparar tropas, por no hablar de las numerosas bajas que habían sufrido en los ataques.

Hasta Cordelia había estado yendo a entrenar. La idea de que ella fuese a la batalla lo hacía temblar. Iver, Arlin, Eyra y Gerd la acompañaban. Eran increíblemente fuertes y la capacidad de sus poderes no dejaba de sorprenderlo. No eran disciplinados como sus soldados, pues no tenían entrenamiento, pero Iver era capaz de guiarlos con mucha facilidad. Thorn reconocía en él a un líder nato: habría sido un general rhydra estupendo si no lo hubiesen detenido dos años atrás.

Al principio, su presencia le había resultado incómoda y no sabía cómo actuar con él. Thorn no habría podido respirar el mismo aire que ellos si Cordelia hubiese elegido a Iver, pero él parecía haberlo superado.

—Está enamorado de una nikt —le había contado Cordelia—. Tendrías que haber visto a Wynd ayer hablando con él.

Aren se había unido a ellos para escuchar su conversación.

—Estaba súper incómoda. Es tan antisocial nuestra chica fría —rio Cordelia—. No le ha dado esperanzas. «No vendrá. Alyn es una superviviente, la más fría y calculadora de nosotros. Y sabe que, si abandona a Nana, ella la encontrará y os matará a ambos». Eso le ha dicho. Pobre Iver.

—Bueno, es Wynd: las palabras no son lo suyo —había comentado Aren con una risita.

Él mismo carraspeó trayendo de vuelta a Thorn de sus pensamientos. El entrenador se removió en su asiento.

—Ah, sí, los efectivos que tenemos. Eso depende de los que apoyen a Sindri y Myval. Quitando las bajas que hemos tenido y sumando los soldados bajo el poder del Deirnas, diría que suficientes para superar en número al posible ejército de Axel.

Aren tomó un sorbo de su té frío y arqueó una ceja en dirección al entrenador.

—Harías bien en no subestimar la fuerza de los devoradores y los rebeldes. Los mestizos son fuertes y los humanos están bien entrenados. Y eso sin contar con el posible apoyo de las criaturas del caos.

Todo aquello: sus próximos movimientos y el adelantarse a los planes de Axel era lo que mantenía a Aren despierto por las noches.

Capítulo 84

Wynd se dejó caer al suelo cubierta de sudor. Le temblaban las piernas y le pitaban los oídos. Sentía un pinchazo en las sienes que anticipaba un terrible dolor de cabeza.

Dariela le dio un vaso con una pócima de curación y se la tomó con manos temblorosas. En cuanto el líquido resbaló por su garganta, comenzó a sentir cómo sus músculos se relajaban y el dolor remitía poco a poco. Aun así, su energía tardaría en volver.

Lebhar asentía desde el otro lado de la sala.

—Esta vez has aguantado mucho más.

—Pero todavía no soy lo suficientemente rápida. ¿Y si pierdo la concentración o me canso demasiado pronto? No conseguiré...

—Todavía quedan días: puedes seguir practicando. La influencia de la superluna y del poder de Aren te ayudarán —la animó Dariela.

La madre de Aren la había estado ayudando con el control de su magia. Al fin y al cabo, ella era una *faerie* auténtica y tenía un increíble control de su aura. Wynd a veces sentía que su poder la desbordaba; era como un torrente salvaje, un río desbocado. Dariela usaba la magia como si fuese una extensión de sí misma, pero llevaba siglos haciéndolo. Wynd apenas llevaba unos meses y no siempre podía contar con la ayuda de la oscuridad de Aren; él estaba ocupado organizando la estrategia de combate con Thorn y Tyr.

Pero nadie, exceptuando a Lebhar y a Dariela, sabía lo que se proponían hacer una vez hubiesen acabado con Axel y los devoradores de almas. Ella se estaba dejando la piel. Toda su energía, todas sus horas, todos sus pensamientos estaban enfocados en aquello. Fallar no era una opción. Y lo sabía. Se había obsesionado con ello, se había jurado que haría lo que hiciese falta porque la misión fuese exitosa. Era su idea y no los defraudaría.

Y así, los días pasaron hasta el cumpleaños de Aren en un torbellino de entrenamientos, reuniones, estrategias, más reuniones, más entrenamientos, pequeños descansos en los que se reunían para desayunar o cenar, y en los que parecía que no estaban trabajando para cambiar el curso de las vidas de todo el continente. En esas ocasiones, no eran más que personas corrientes. Eran esos momentos los que la hacían ser capaz de seguir adelante.

Nunca se había sentido tan arropada, tan parte de algo bueno y feliz. E iba a pelear por salvarlo. Como bien le había dicho Lebhar: el amor es la mayor fuerza que existe, y ahora lo sabía.

El olor a tierra mojada y a lluvia fue lo primero que percibió al despertarse aquella mañana. El

sonido era como una nana suave en sus oídos y la humedad acariciaba su piel refrescándola. Tenía las sábanas blancas enredadas en la cintura. Aren estaba de espaldas, tumbado boca abajo; todavía dormía. Su imagen le dio paz. Recorrió su piel, algo más dorada por el sol del verano, con una mirada lenta. Él también tenía cicatrices parejas a las suyas, las de un guerrero. Un nudo de anhelo se apretó en su pecho. Se inclinó ligeramente y le dio un beso entre los omóplatos.

Salió de la cama con cuidado de no despertarlo y caminó hasta la puerta del balcón. La ciudad parecía pequeña y desdibujada desde allí. Ahora que el tiempo tenía una cuenta atrás, no paraba de apreciar la belleza de las cosas cotidianas, como aquella tormenta de verano. Se preguntaba si sería la última tormenta que verían, si celebrarían sus veintiuno o los veinticuatro de Aren el próximo año. Si podría sentarse con Cordelia y escucharla parlotear. Aquellos días la torturaba con detalles sobre su relación con Thorn. Siempre se quedaban después de la cena en uno de los balcones. Cordelia había encontrado la bodega del palacio y aparecía siempre con uno de esos vinos afrutados debajo del brazo. Wynd apenas bebía porque el alcohol tenía unos extraños efectos en su sistema y le hacía hacer cosas que la avergonzaban, pero a su amiga le encantaba.

Wynd hacía ver que oírla era una tortura, pero en realidad disfrutaba con ello.

Jamás había estado más cerca de la felicidad que en ese momento y parecía tan efímero...

Los brazos de Aren le envolvieron la cintura desde atrás.

—Buenos días, mi amor —susurró con la voz dormida y ronca.

Wynd sintió un escalofrío de placer bajarle por la columna. Todavía se estaba acostumbrando al apelativo cariñoso.

—Felices veintitrés —contestó dándose la vuelta para mirarlo.

Una sonrisa perezosa se extendió por la cara de él.

—¿Qué hacías? —le preguntó.

—Estaba pensando en lo mucho que me gustan las tormentas de verano.

—Eres tan melancólica a veces —se rio él.

Sus ojos azules brillaron con una chispa de travesura.

—¿Qué?

—Ya sé lo primero que quiero hacer hoy —contestó cogiéndola de la mano y tirando hacia fuera.

La lluvia caía suave y ligera pero implacable. La fina camisa de dormir de Wynd se caló al instante. Aren solo llevaba un pantalón de algodón oscuro que pronto se le pegó como una segunda piel. Tiró de la mano de Wynd haciéndola girar.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué haces?

—Nunca hemos tenido la oportunidad de bailar —dijo por encima del ruido del agua.

—¡Yo no sé bailar! —gritó ella tratando de apartarse.

—Pero yo sí.

Tiró de ella para acercarla a él.

—Haré una excepción porque es tu cumpleaños —refunfuñó avergonzada.

Aren le dedicó una amplia sonrisa.

Le cogió la mano derecha colocándole el brazo en la posición adecuada. Le pasó los dedos por la piel del codo hasta bajarle por el antebrazo en una caricia lenta hasta entrelazar sus dedos. Guio su otra mano hasta su hombro. Extendió su palma en la parte media de su espalda y la agarró con firmeza.

Wynd arqueó ambas cejas con sorpresa.

—Soy el heredero, por supuesto que sé bailar. Y además lo hago genial, como todo...

Wynd puso los ojos en blanco y él se rio. La dirigió a pesar de que no había música sonando; solo el golpeteo de la lluvia. Estableció un ritmo lento y pausado. Íntimo. Él tenía esa cualidad: hacía que cada gesto, por pequeño e inocente que pudiese parecer, se convirtiese en algo íntimo y cargado de una tensión irrespirable.

La mano que tenía en su espalda la presionó ligeramente para acercarla más aún, de modo que la mejilla de él rozaba la sien de ella. Wynd parpadeó apartando las gotas de sus pestañas. Sus ojos acabaron en el pecho desnudo de Aren, que tenía la piel erizada, puede que por la lluvia fría o puede que por el tacto de ella.

Wynd sentía su respiración haciéndole cosquillas en la oreja. Los dedos de Aren se curvaron en su cintura casi de forma involuntaria. Estaban tan cerca que sus cuerpos se rozaban ligeramente al moverse, con la ropa tan mojada que era prácticamente inexistente.

Wynd arrastró los dedos desde su hombro hasta su pecho, despacio, dejando que sus uñas lo arañasen solo un poco. Lo suficiente para sentir como Aren se tensaba y se estremecía. Mientras los hacía girar a un ritmo lento, él bajó la mano que tenía en su cintura, dibujando la curva hasta su cadera. La camisa de Wynd se arrugó bajo sus dedos, que se curvaron sobre la piel de su nalga. Wynd cerró los ojos mientras sentía como la tensión anidaba en su barriga. Un gemido escapó de su garganta. A Aren le encantaba aquello: tomarse su tiempo, ser concienzudo, hacerlo despacio, tanto como para llevarla hasta el límite.

Los dedos del chico jugaron con el borde de sus bragas y las bajaron apenas unos milímetros: lo suficiente para revelar los huesos de sus caderas. Dibujó sus formas con el índice, haciendo que ella se encogiese. Wynd se mordió el labio con fuerza. Tenía esa forma de tocarla... ¿Cómo podía haber tal intensidad solo en una pequeña, pequeñísima caricia? ¿Cómo podía encerrar tantos sentimientos? Podía consumirse solo con ese delicado trazo de su dedo índice sobre su vientre.

—Aren —susurró ella sin aliento.

Él se inclinó sobre su oreja.

—Quiero hacerte el amor.

Los ojos de Wynd eran plata fundida. Le dedicó un pequeñísimo asentimiento, incapaz de hablar.

Aren la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, donde la tumbó boca arriba. Se colocó de

rodillas entre las piernas de ella. Le desabotonó la camisa despacio, dejando que sus dedos rozasen su piel húmeda. Sentía los ojos de Wynd arrastrándose por su cuerpo. Él también estaba en su límite, su excitación era más que obvia; pero, aun así, cuando ella levantó la mano hacia el borde de sus pantalones, la apartó.

—Despacio —susurró con una voz grave y dulce como el chocolate amargo.

Le gustaba tanto provocar y que lo provocasen.

Cuando la camisa de ella estuvo fuera, la agarró de las rodillas y tiró con firmeza hasta encajar sus piernas en sus caderas. Después, se inclinó apoyando un codo sobre la cama mientras con la otra mano seguía sosteniéndola del muslo y la besó. Ambos se movieron al mismo ritmo, frotándose el uno contra el otro. La garganta de Aren vibraba con gruñidos graves. Wynd también sabía cómo llevarlo hasta el límite.

Se separó apenas unos centímetros de ella y arrastró la mano por la parte interna de su muslo hasta llegar a su ropa interior. Húmeda. Llevó la cabeza hasta su barriga y le besó la piel alrededor del ombligo, aquellos tres lunares... Bajó las bragas por sus piernas mientras la acariciaba con su lengua.

—Te quiero, Pecas. —Ella contestó con un gemido mientras se arqueaba en su dirección—. Te quiero —volvió a murmurar contra su piel de forma distraída, perdido en el calor del deseo y en la indescriptible y poderosa sensación de hacerle el amor—. Te quiero...

Aren dejó que Wynd se deshiciese por fin de sus pantalones. Los ojos hambrientos de ella lo hicieron temblar de excitación. Ella deslizó los dedos por su pecho hasta su abdomen duro arañándole suavemente, porque sabía que aquello le encantaba y, después, trazó la fina línea de vello que bajaba desde su ombligo. Y sonrió cuando lo oyó sisear mientras rodeaba esa parte con dedos firmes.

Wynd lo empujó contra la cama y se colocó encima. Trazó un camino de besos por su cuerpo desnudo. A veces, al mirarlo, perdía el aliento. La golpeaban tantos sentimientos que se sentía abrumada: un deseo crudo y puro; salvaje. Un amor tan fiero que dolía. La certeza y convicción de que ahora era suyo, de que no había nada que los separase le provocaba un sentimiento de plena felicidad que la dejaba sin sentido.

Dioses, Aren era tan atractivo, tan absolutamente perfecto, tan irritantemente guapo, divertido, tierno, cariñoso... Le besó la uve de sus caderas y levantó la mirada: los ojos de él eran fuego líquido. Recientemente había descubierto que le encantaba tener ese poder sobre él. Volvió a bajar la mirada y lo tomó con su boca. La mano izquierda de Aren se enredó en su pelo mientras gruñía con fuerza.

Wynd lo torturó con lentitud, justo como él había hecho con ella. Y cuando lo había llevado hasta el límite, Aren tiró de ella hasta tumbarla en la cama. Se hundieron el uno en el otro con un tempo pausado al principio, pero pronto la provocación pasó a un segundo plano.

Él le susurraba al oído en un tono ronco, tan tan crudo que casi sonaba animal. Un tono que se reservaba solo para la intimidad de su habitación. Wynd le clavó los dientes en el hombro y

ambos se quebraron en pedazos.

—Podemos establecer esta nueva tradición de cumpleaños para siempre —dijo él finalmente con una sonrisa lánguida en los labios cuando recuperaron el aliento, y le dio un beso suave en el pelo mientras la estrechaba entre sus brazos.

Capítulo 85

Caminaron por las calles de Oed bajo la lluvia cogidos de la mano. Wynd había peleado con Aren al respecto.

—Pero qué... Todos... todos nos mirarán —dijo tirando y sacudiendo su mano.

Aren rio a carcajadas en respuesta.

—Me encanta lo arisca que eres, Pecas.

—Entonces, ¡suéltame!

—No, me gusta la sensación. —Y tiró de ella para que siguiesen caminando.

Aren le habló de sus recuerdos allí y le enseñó sus lugares favoritos: las tiendas de armas que más le gustaban y dónde compraba siempre su equipamiento de combate.

—Una vez, con unos dieciséis años, me escapé por la noche. A mi padre no le gustaba que me mezclase con los que estaban fuera de la corte. Tenía una obsesión con distinguirnos. Ahora lo entiendo: él nunca sintió que perteneciese a la clase alta de la colina hueca. Era un huérfano que se había criado fuera. Mi madre me ha hablado de ello —le explicó—. Ese día tuvimos una pelea excepcionalmente fuerte porque mi tutor había evaluado a Axel por encima de mí. Por aquel entonces, todavía no había asumido del todo que Axel y yo no fuéramos amigos realmente. O puede que sí, que me hubiese dado cuenta y no me importase. Era la única persona que tenía a mi lado. —Wynd se llevó la mano libre a Muerte.

»Esa noche me escapé y vagué sin rumbo por el distrito cuatro. A esas horas, la gente iba tan pasada que prácticamente nadie me reconoció y pude ser solo un joven más bebiendo y divirtiéndose. Se convirtió en costumbre: cada vez que necesitaba huir... Es mi sitio favorito de la ciudad.

—¿Por eso estabas aquí después del solsticio?

Aren asintió. A Wynd le gustó poder mirar la ciudad con sus ojos, descubrir los recuerdos que guardaba, tanto los buenos como los malos.

No había demasiada gente a causa de la lluvia, así que les fue fácil pasar desapercibidos. Cogieron comida en un pequeño puesto callejero del distrito cuatro y fueron al invernadero, que a esa hora estaba abierto.

Lo visitaron como cualquier ciudadano de Oed en vez de colarse por la noche. Aren apoyó los brazos en la barandilla mientras observaban plantas tropicales y envolvió a Wynd desde atrás. Ella se removía incómoda y miraba a todas partes.

—Dioses, nunca has sabido respetar el espacio personal. Es odioso —comentó refunfuñando.

—Mentira, te encanta. Y por aquel entonces también. Reconócelo: te gusté en cuanto me viste.

—La verdad es que, cuando te vi, pensé que había tenido la suerte de mi vida, porque podría matar al heredero. —Una sonrisa lenta se extendió por su boca dejando entrever sus colmillos.

—No sé cómo tomarme que disfrutes con el recuerdo. Siempre tan despiadada... —susurró dándole un beso en la sien.

Por la tarde, la lluvia remitió y volvieron al distrito cuatro dando un rodeo en barca por los canales. La idea había sido de Cordelia.

—Tenéis que ir en barca: es muy romántico. He visto a muchas parejas en los canales.

—¿Te estás riendo de mí? —le había contestado Wynd con la voz más aguda de lo normal.

—No, en serio, es lo que hacen todos. —No era exactamente verdad, pero imaginarse a Wynd haciéndolo era demasiado gracioso—. Los canales de Oed son muy famosos incluso para los que viven fuera. Sé que ahora no es el momento, pero quiero llevar a Thorn.

Wynd se había mordido el labio para no reírse. La imagen de Thorn, tan grande y corpulento, con ese rostro estoico y serio, metido en una barquita con Cordelia le resultó muy cómica. Estaba segura de que el entrenador odiaría cada segundo de la experiencia, pero se lo callaría para hacer feliz a su amiga.

Por lo que los había visto interactuar en esas semanas, Thorn estaba realmente enamorado de Cordelia. Era como si su aspereza se volviese seda suave con ella. Wynd entendía perfectamente lo fascinante que era que alguien se mostrase al completo solo para ti. A ella le ocurría con Aren: la complacía saber que nadie lo conocía como ella.

Era un sentimiento que no había compartido en voz alta con nadie. Se había vuelto codiciosa y la avergonzaba.

Wynd estaba roja hasta la raíz del cabello y Aren apenas podía contener la risa mientras observaba lo incómoda que estaba sentada en la barca.

—¿Por qué lo has sugerido si te da tanta vergüenza?

—Porque sabía que lo disfrutarías —murmuró con los dientes apretados—. Cordelia dijo que esto es lo que hace la gente normalmente, pero me siento... ridícula.

Aren sonrió. Wynd podía ser tan dulce y adorable en ocasiones; o al menos él la encontraba así. Tomó nota de agradecérselo a Cordelia.

—Es ridículo, pero también es divertido —dijo.

Se inclinó hacia ella y la barca se sacudió. A continuación, le tomó el rostro con ambas manos y la besó. Wynd estiró los brazos para agarrarse al borde de la barca y lo apartó.

—Vamos a volcar si sigues haciendo eso.

—Ponerte nerviosa está muy arriba en mi lista de cosas favoritas —contestó Aren con una sonrisa ladeada.

Wynd entrecerró los ojos.

—Puedo tirarte al agua y luego largarme en esta dichosa barca sin ti, así que ten cuidado —

dijo apuntándolo con un dedo amenazador.

—¿Dejarías al pobre heredero, bueno, o lo que sea ahora, tirado en un canal? —Usó un tono de falsa consternación—. Creo que eso debería constituir al menos un delito mayor.

—¿Es cosa mía o la edad te ha vuelto más insoportable todavía? —bufó ella.

—¿Insoportablemente carismático, divertido y guapo? Puede que sí. —Wynd quiso pegarle en el brazo, pero Aren atrapó su mano y tiró de ella hasta pegarla a él. La barca se sacudió salvajemente creando pequeñas olas que los salpicaron—. Hola —susurró cuando la tuvo sentada en su regazo. Acercó la boca a su oreja apartándole el pelo con cuidado—. Gracias por esto —dijo muy bajito, haciéndole cosquillas con su aliento.

Una parte de ella se derritió como la mantequilla caliente. Otra pensó seriamente en apuñalarlo ahí mismo. Malhumorada, se puso de pie como un resorte, tan rápido que olvidó que estaban en una barca en la que equilibrar el peso era importante. El bote se tambaleó con violencia y Wynd acabó precipitándose al agua sin conseguir agarrarse a nada.

Un jadeo de sorpresa escapó de sus labios cuando entró en el agua del canal, que estaba fresca, pero era agradable; sobre todo porque después de la lluvia hacía calor. Si estar sobre la barca le había parecido ridículo, aquello fue mortificante.

Lo iba a matar.

Emergió con un chapoteo totalmente empapada y con la cara absolutamente roja entre la ira y la vergüenza. Sentía los ojos de los viandantes en ella. Aren la observó con los labios apretados un segundo. Entonces, se puso de pie y se lanzó al agua.

—Pero ¿qué...?

—¿Creías que te iba a dejar toda la diversión para ti sola? Sé que te has propuesto que este sea el mejor día de mi vida —se llevó una mano al pecho— y quiero darte las gracias de...

Wynd le dio una patada debajo del agua con todas sus fuerzas y luego lo hundió para acallarlo.

Aren la cogió de la cintura y la arrastró hacia abajo con él. El agua del canal era cristalina y tenía un cierto toque luminoso, así que podían verse perfectamente. Le puso una mano en la nuca y la acercó para besarla antes de salir a por aire.

—Vámonos antes de que Thorn aparezca para detenernos por nadar en el canal —dijo Aren sonriente.

La puesta de sol caía sobre Oed cuando, ambos empapados, llegaron hasta Idunn: pasteles de diosa. A Aren todavía le dolía el brazo donde ella le había dado un puñetazo al salir del agua.

«Da gracias de que no haya usado a Sombra», había dicho Wynd.

Aren arqueó la ceja partida sorprendido al ver el lugar donde estaban.

—Alguien me ha dicho que es tu pastelería favorita —comentó ella, a la que el enfado ya se le había pasado.

Después, empujó la puerta de madera de color ocre, que se abrió con un tintineo. Dentro, la sala estaba decorada con pequeñas luces que colgaban del techo simulando un cielo estrellado. Thorn, Cordelia, Lebhar y Dariela estaban dentro junto a un pastel de chocolate en el que había clavada una vela de fuego azul. Al otro lado Iver, Eyra, Arlin, Gerd y Roxy.

—Feliz cumpleaños —le susurró Wynd muy bajito a Aren, que observaba con ojos muy abiertos a las personas frente a él. Su familia y amigos.

Hacía unas horas había hablado con ella de lo solo que se había sentido siempre y de lo vacía que había estado su vida. Todo eso había cambiado al conocer a Wynd. No solo por ella, sino por todas las personas que había traído a su vida. Cordelia, Lebhar y Thorn, al que, aunque le costase decirlo en voz alta, consideraba un amigo. Y ahora también a Iver y los demás presos del área especial con los que desayunaba, entrenaba y cenaba cada día.

Y, la más importante: su madre, que fue la primera en precipitarse a darle un abrazo.

—Hace horas que dejó de llover. ¿Por qué estáis mojados? —preguntó Cordelia con curiosidad.

—Es... una larga historia —dijo Wynd evasiva.

Un gramófono reproducía una melodía festiva y alegre que sonaba de fondo mientras charlaban y comían relajadamente. Cordelia interrogaba a Wynd sobre lo que habían hecho ese día. Dariela compartía recuerdos de los primeros años de Aren y Thorn se reía por lo bajo.

—Yo era un niño adorable, pero tú seguro que tenías esta misma cara aburrida incluso siendo un bebé. —Aren se estremeció—. Se me han puesto los pelos de punta solo de imaginarlo.

Thorn frunció el ceño aún más.

—Sí, pero seguro que no me comí un jabón pensando que era chocolate.

—Ni te bebiste el Sykraa pensando que era agua dulce —añadió Iver.

Aren se giró y apuntó a Cordelia con un dedo.

—Sé que has sido tú, pelirroja, y me voy a vengar.

Dariela se rio encantada y Aren acabó sonriendo. Fue una sonrisa pequeñita y apenas esbozada; Wynd la vio en sus ojos, sobre todo.

Aquello era cuanto ambos siempre habían deseado: no estar solos. La naturalidad, la comodidad, la sencillez con la que fluía su relación con aquellas personas les trajo una felicidad desconocida: la de la familia.

Cordelia tomó la mano de Thorn y le hizo bailar con ella. Aren sacó a Dariela mientras Lebhar y Wynd los observaban divertidos.

Iver bailaba con Eyra y Roxy, y Arlin con Gerd.

—Es bonito, ¿verdad? —le susurró la pelirroja al entrenador.

—¿El qué? —murmuró él contra su oreja mientras giraban.

Jamás habría permitido que nadie lo sacase a bailar: aquello estaba muy alto en la lista de cosas que lo incomodaban, pero había pocas cosas que no haría para complacer a Cordelia.

—Ellos —contestó ella desviando la mirada hacia Aren, que estaba tirando del brazo de

Wynd para obligarla a bailar con él, mientras esta lo amenazaba de muerte—. Sé que no son tiempos fáciles y que ella está preocupada; puedo verlo. Pero me alegro tanto tanto de que se tengan.

Los ojos de Aren brillaban mientras miraba a su pareja.

Thorn desvió la mirada de los enormes ojos verdes de Cordelia y la dirigió hacia ellos. Aren le estaba diciendo algo a Wynd y ella se reía. Entonces miró a Dariela, que los observaba con cierta congoja, al igual que Lebhar, si es que podía leerse alguna emoción en su rostro pétreo.

Últimamente, Thorn no dejaba de tener la sensación de que se le escapaba algo.

La fiesta terminó un par de horas antes de la medianoche, pero Wynd tenía una última parada antes de finalizar el cumpleaños de Aren. Fueron hasta el distrito cinco y pararon frente a una galería de arte.

—Este es mi regalo, en realidad —le dijo mientras tiraba de él dentro.

Un sidh anciano estaba sentado frente a un caballete. El lugar estaba lleno de pinturas y esculturas. A Wynd, el olor de los químicos le rascó en la nariz.

—Por favor, dime que me vas a regalar un retrato tuyo desnuda porque...

Wynd le echó una mirada asesina.

—Buenas noches —saludó—. El bibliotecario le dijo que vendríamos.

El sidh se levantó e hizo una pequeña reverencia.

—Por aquí, por favor. —Los guio hasta una sala contigua donde les hizo tomar asiento. Abrió un cajón y sacó un trozo de lienzo—. Este es el diseño.

La constelación de Perseo estaba trazada en finas líneas y puntos que representaban las estrellas y el dibujo que estas hacían sobre el firmamento. Algol —la binaria eclipsante—, en la punta del extremo derecho, estaba representada doble: la de atrás en oscuro y la de delante en blanco.

Aren observó el dibujo y luego a Wynd. Ella estiró la mano derecha, mostrándole el dorso.

—Es perfecto. Aquí —dijo ella indicándole dónde quería que le marcase el dibujo.

El artista asintió y sacó una serie de pinceles que mojó en distintos tinteros.

—¿Vas a...? —comenzó Aren—. Es para siempre.

Wynd asintió. Aquella era su forma silenciosa de decirle que mantendría la promesa que le había hecho: la de un futuro juntos.

—En realidad, no es solo para mí. Tú también puedes... —Miró el dibujo—. Si quieres.

Aren tragó con fuerza para bajar el nudo de emociones que le oprimían la garganta. Wynd hablaba más con sus gestos que con las palabras y entendió lo que implicaba aquello.

—Claro —dijo con la voz ronca, y extendió su mano izquierda.

De camino a casa, tomados de la mano y con la luz de la luna iluminándolos, Aren se inclinó sobre ella para susurrarle al oído:

—Gracias por regalarme este día, Pecas.

Mañana la normalidad habría terminado y volverían a enfrentarse a la realidad, pero al menos, pasase lo que pasase, tendrían aquellos recuerdos.

Capítulo 86

El despacho del Deirnas estaba en absoluto silencio. El mapa de Abscondita estaba iluminado en el centro de la sala, con las ciudades marcadas y las tropas colocadas donde debían estar. Todo preparado a la espera de la última confirmación.

Wynd estaba apoyada en una pared al fondo con los brazos cruzados en el pecho y semblante sombrío. Tenía puesto un traje de combate nuevo: totalmente blanco, del color de la nieve, tallado con motivos de protección que una *pixie* había hecho para ella. Era ligero y flexible, y a la vez duro y resistente.

Llevaba el pelo recogido en trenzas que formaban una corona alrededor de su cabeza y caían en cascada por su espalda. El casco, hecho de piedra de luna pulida, tan duro como la propia obsidiana, enmarcaba en un rombo la medialuna de su frente, le cubría las sienes y subía como pequeñas estalagmitas muy afiladas.

Su mirada se cruzó con la de Aren, que estaba junto al mapa. Si ella era claridad, él todo lo contrario. Su traje era negro puro, tan puro que el color oscilaba vivo: el material parecía líquido, capaz de reflejar la luz, como si hubiesen moldeado tinta espesa para crearlo.

Thorn, con las manos apoyadas en la mesa, se inclinaba sobre el comunicador con agresividad. También llevaba su traje de guerra y tenía la presencia de un titán. Captó la mirada entre Aren y Wynd y cerró las manos en puños.

Los dhoga iban a coordinarse para lanzar los hechizos.

—¿Por qué no dan la orden? —se impacientó Cordelia.

—Lo harán en cuanto todas las ciudades confirmen que tienen las protecciones en su sitio —dijo Aren sin mirarla—. Nosotros seremos lo últimos.

—Tyr ya debería estar aquí —murmuró Thorn.

—¿Estás seguro de que no nos va a traicionar? —preguntó Aren.

—Juró que nos apoyaría si tú lo apoyabas a él...

—¿Lo juró?

—No pronunció el juramento como tal, pero... —Thorn frunció el ceño y se incorporó—. Por todos los dioses, ¿crees que nos ha traicionado? Sabe todo nuestro plan; eso nos...

—Hay dos opciones para que no esté aquí: que nos haya traicionado o que esté muerto. Ve a la Academia: si lo encuentras en un charco de sangre, entonces hay un traidor en los rhydra, pero el plan sigue adelante. Si no... —dijo Aren.

—¿Crees que nos vendería a Axel? —preguntó Cordelia inquieta.

—No lo sé. Puede que a él o puede que a Roberta Myval y los que están con ella en Rasgard.

Thorn se acercó a Cordelia, le estrechó la mano con cariño y salió a toda prisa del despacho cerrando la puerta tras de sí. El silencio volvió a establecerse unos segundos.

—¿Cuánto tenemos? —habló Wynd por fin.

—Unos quince minutos; no creo que mucho más —contestó Aren.

Wynd se separó de la pared y caminó deprisa hasta Cordelia. Su rostro era una máscara ilegible.

—¡Las protecciones están siendo atacadas! —gritó la voz de uno de los guardas por el comunicador—. El ejército de Axel está atacando las ciudades en tromba.

El sonido estridente de la alarma de ataque se les clavó en los tímpanos al mismo tiempo que el suelo se sacudía.

—Dad la orden a todas las ciudades sidh de activar el protocolo de defensa —dijo Aren—. Que todo el mundo siga las instrucciones de los dhoga al mando.

Lebhar dio un paso fuera de la esquina oscura en la que se encontraba. Les dedicó un asentimiento a Aren y Wynd y salió.

—¡¿Qué está pasando?! —exigió saber Cordelia.

—Nos han traicionado y han informado a Axel de nuestro plan. Nos están atacando antes de que podamos cerrar las ciudades por completo. —En ese momento, el comunicador vibró con una serie de pitidos—. Están atacando Gyldne —informó Aren.

El palacio volvió a retumbar con una fuerte sacudida. Aquí y allá se oían gritos, órdenes, pasos. Wynd agarró a Cordelia del brazo y tiró de ella hasta la puerta.

La miró un momento. Tenía demasiadas cosas que decirle y temió que aquella fuese su última oportunidad. La abrazó con todas sus fuerzas, como nunca lo había hecho antes, y la pelirroja se tambaleó hacia atrás, totalmente cogida por sorpresa.

Wynd se separó tan abruptamente como la había abrazado.

—Ten cuidado —le dijo, y se giró hacia Aren—. Tenemos que ir a defender.

Otra serie de pitidos salió del comunicador.

—Glamar —dijo Aren.

—No podemos esperar más: ya ha empezado —lo instó Wynd agarrándose al marco de la puerta mientras todo el castillo se sacudía.

Aren le echó una última mirada al comunicador y las siguió fuera del palacio.

Thorn contempló el vacío del despacho de Tyr. Se había llevado todo: los mapas con los dibujos de ataque, las listas de los soldados, los destacamentos... Cada documento en el que se detallaba el plan contra los devoradores y Axel.

—Traidor —murmuró con los dientes tan apretados que le rechinaron.

La ciudad vibraba con los ataques a las protecciones y la Academia era un ir y venir de

carreras y gritos. Si Tyr los había vendido, no tenían nada que hacer: aquello iba a ser una auténtica matanza. Los dhoga todavía estaban lanzando los hechizos. Thorn salió del despacho y corrió hacia el vestíbulo. Sin Tyr, él era ahora la máxima autoridad de los rhydra en Oed. Miró a sus soldados, listos para pelear, y sintió el peso de la responsabilidad de sus vidas sobre él.

En cuanto salieron a la plaza de la Conquista, el caos se desató sobre ellos. Los dhoga formaban un círculo y pronunciaban la letanía del conjuro en lengua antigua. Los edificios se resquebrajaban, la gente gritaba y corría aquí y allá.

—La puerta tercera ha sido abierta —anunció alguien a su espalda.

Se giró para dirigirse a taponarla cuando una mano lo sostuvo del brazo.

La mirada fría de Wynd lo detuvo.

—No —negó con firmeza—. Los soldados del Deirnas han mandado a los que no puedan luchar a refugiarse en lugares seguros. Necesitamos a todos los soldados rhydra en la plaza: tienen que defender a los dhoga.

—¡Pero si entran no habrá nada que hacer! Si cae Oed, caerán los sidh.

—Han entrado en Gyldne, Glamar y Róbulo.

Thorn abrió los ojos. El pánico estaba inyectado en sus pupilas.

—¡Tyr nos ha vendido! ¡Todo nuestro plan! Necesitamos... ¿Dónde está Aren? —Una fuerte explosión procedente de la puerta primera lanzó una columna de fuego al cielo. La casa de la general Grianan—. ¡Hay que cortar las avenidas principales, activar el protocolo de trampas...! —comenzó a gritar órdenes.

—¡He dicho que no! —chilló Wynd con voz firme y cargada de autoridad—. Te estoy dando una orden. Todos los soldados se quedarán en la plaza con los dhoga.

Thorn se giró para mirarla sin comprender.

—No tienes autoridad sobre mí.

Wynd arqueó una ceja.

—¿Quieres que me imponga por la fuerza? Porque lo haré si es necesario. Da la orden a tus soldados.

Thorn la observó en silencio, midiéndola. Se giró y gritó a los destacamentos que defendiesen a los dhoga. Al principio dudaron, pero los rhydra no cuestionaban a sus superiores en la batalla.

—¿Quieres explicarme ahora qué está pasando? Sabía que Aren y tú os estabais guardando algo.

Wynd siguió el hilo que la conectaba a Aren y trasladó su aura junto a él.

Los rhydra están listos, murmuró solo para él.

Aren asintió.

Los primeros devoradores comenzaron a acercarse a la plaza de la Conquista. La gente gritaba y corría. El miedo y el pánico eran tan crudos que podían saborearse en el aire. Wynd buscó a Lebhar entre la muchedumbre. Estaba en el centro del círculo, con Dariela a su lado.

—Espero que tengáis un plan alternativo, porque si no, hasta aquí hemos llegado —dijo

Thorn con un gruñido.

Axel aterrizó en el puente que unía el primer cuadrante con la plaza. Oed temblaba bajo sus pies, los edificios se caían y ardían, y el cielo nocturno se teñía de humo. Era una metáfora terrible del destino de los sidh: el fin de algo que había sido grandioso. Sus ojos se encontraron con los de Wynd en el caos y él sonrió triunfante.

—Jaque mate —dijo con la voz hueca y vacía.

Los devoradores corrían hacia la plaza como una marea oscura, y otras alimañas los acompañaban: fenrir, nayk, demonios, harpías... Los rhydra defendían a los dhoga de los ataques mientras retrocedían hacia la plaza, dejándoles el terreno libre para entrar.

Aren peleaba junto con Iver, Cordelia y los mestizos.

El agua de los canales se tiñó de sangre.

—¿Maldita sea, Wynd, qué haces? —bramaba Thorn—. Nos están matando.

Wynd cerró los ojos. Cargaría con las muertes de esa noche para siempre en su conciencia. Había usado a los suyos de cebo.

Entonces asintió.

La voz de Lebhar retumbó en la plaza por encima del ruido hasta finalizar el hechizo. Golpeó el suelo con la palma de la mano a la vez que lo hacían los dhoga. El suelo vibró con fuerza y se plegó, abriéndose. La gravedad dejó de existir un momento y todos se vieron lanzados a un vórtice giratorio.

—Jaque mate, Axel —dijo Wynd volviendo a abrir los ojos mientras el portal la arrastraba llevándolos hasta las Hillias.

Capítulo 87

—Tyr nos traicionará. Lo sé. Le pasó información a mi padre muchas veces a cambio de favores. Quiere venderse al mejor postor y estoy seguro de que Roberta Myval lo contactará en cualquier momento para que nos traicione, y él aceptará si le ofrece la cabeza de Sindri —le había dicho Aren unas semanas atrás—. Roberta nunca ha tenido escrúpulos, y tampoco Herice. Estoy seguro de que su idea será entregarnos a Axel de modo que nos enfrentemos, nos destruyamos y nos debilitemos entre nosotros para luego ella dar el golpe de gracia.

Wynd lo había escuchado asombrada. Aren tenía un conocimiento muy profundo sobre los entresijos de la corte y sabía trazar alianzas, mentiras y traiciones con facilidad. Era muy buen estratega. Sabía por qué no quería ser Deirnas y gobernar y lo entendía, aunque se le daba realmente bien.

—Me fascina la claridad con la que ves las intenciones de otros —le había dicho ella.

—Es fácil: mi padre me enseñó. Cuando se trata de poder, siempre debes pensar lo peor. Lo que vamos a hacer es venderle a Tyr todo nuestro plan a través de Thorn. Todos deben pensar que nos han pillado por sorpresa, que nos tienen donde quieren. Por eso no podemos contárselo a nadie, tiene que ser absolutamente creíble. Si Axel sospecha, aunque sea un poco, habremos fallado. Solo Lebhar, mi madre y nosotros sabremos el plan original.

Wynd asintió.

—Los devoradores tienen que creer que planeamos cerrar las ciudades de forma permanente, que vamos a reforzar los hechizos, de modo que nos ataquen antes de que nosotros lo hagamos —había seguido Aren—. Y cuando parezca que nos tienen, que han destruido nuestros escudos y han entrado en masa en nuestras fortalezas, entonces los tendremos en nuestra trampa. —Los ojos del joven brillaban excitados—. Seremos el cebo. Tenemos que aguantar: no podemos dejar que Axel escape de ninguna manera.

»Transformaremos las ciudades en portales que nos transportarán a todos a las Hillias, donde los soldados del Deirnas estarán esperando en el pico Ensom. Tendremos a los devoradores y a Axel, a todos juntos.

Wynd lo miró impresionada. Habían discutido largo y tendido con Lebhar cómo hacer para acabar con todos los devoradores y Axel antes de dejar Abscondita y poder purificar la mancha de las sombras. Si se marchaban sin acabar con ellos, no habría equilibrio.

—¿Cuántas noches has pasado sin dormir? —le había preguntado ella.

Él le había dedicado una sonrisa cariñosa.

—Hay tantas cosas que pueden salir mal. Esto está solo sobre el papel: eso no garantiza que vaya a funcionar. Y, aun así, una vez estemos allí... Cualquiera puede morir.

—Lo sé... Lo sé...

Wynd rodó por la nieve al aterrizar y corrió como un rayo hacia Thorn.

—Es una emboscada. Les hemos tendido una emboscada. Manda a tus soldados a posición de ataque. Tenemos apoyo de las alturas. —Levantó la mano hacia el pico Ensom, donde asomaban cientos de arqueros—. Las órdenes son eliminar a todos los devoradores. Son la absoluta prioridad: los rebeldes y las criaturas no importan.

Thorn observó desconcertado a su alrededor. Los dhoga retrocedían a retaguardia para dar apoyo con sus hechizos. Los devoradores parecían confusos y perdidos. Los rhydra y demás sidh se miraban sin comprender.

—¡Comándalos! —le pidió Wynd—. Cuento contigo, Thorn. Si no llego al final, dile a Cordelia que lo siento.

Echó a correr a toda prisa hacia el pico. Vio a Aren al frente dando órdenes de carga. Unos metros detrás de él, estaba Cordelia junto con Dariela e Iver. Los pies de Wynd dudaron. La imagen le supo a despedida. Saltó con todas sus fuerzas y se elevó en el cielo. Lanzó su aura hasta convertirla en una cuerda de hielo y comenzó a escalar la enorme y escarpada montaña.

Ten cuidado, le susurró a Aren.

Viviré, Pecas. Por favor, haz lo mismo, le pidió él.

Detrás de ella, la tierra tembló y se resquebrajó. Axel gritaba de ira y su poder de vacío tragaba y tragaba. Thorn se apartó de la dirección de la grieta mientras hacía señas a los rhydra, que seguían sus instrucciones.

—¡Matad a todos los devoradores de almas!

Los soldados del Deirnas descargaron sus flechas encantadas. Los rebeldes fueron los primeros en caer en medio de la confusión. Los devoradores luchaban entre la marea de cuerpos heridos y muertos.

Miles de soldados venidos de todas las ciudades se agrupaban en la llanura y cargaban estruendosamente contra las criaturas del caos que defendían la primea línea. Los devoradores eran fuertes pero no disciplinados, y la falta de mando jugaba en su contra. Aun así, la batalla se volvió encarnizada.

Axel se movió hacia Thorn con una rapidez imposible de seguir. Lo atrapó de la garganta y lo arrojó con fuerza contra el suelo. Se oyó el crujido de sus huesos al romperse, pero el ensordecedor sonido de la batalla que se estaba desatando se lo tragó.

—¿Os creéis muy listos por este pequeño truco? Qué pena que vayáis a morir todos igualmente —gruñó salvaje, fuera de sí y enloquecido de rabia.

Thorn ni siquiera se molestó en levantar su escudo; Aren y Wynd le habían enseñado dónde

estaba el punto débil de los nuevos poderes de Axel. Le lanzó un puñetazo directo a la mandíbula que le echó la cabeza hacia atrás. Axel respondió golpeándolo en el estómago. Thorn voló varios metros hacia atrás y, antes de que tuviese tiempo de incorporarse, Axel lo agarró del cuello sosteniéndolo contra el suelo helado y comenzó a succionar su aura.

El entrenador se sacudió tratando de quitárselo de encima, pero el poder de Axel era tan fuerte que lo anclaba como un imán a la tierra. Su pecho se elevó presa de los estertores. Su aura salía en volutas, que iban hacia el vacío que rodeaba a Axel. De pronto, Aren golpeó con todas sus fuerzas al que una vez fue su único amigo. Le tendió una mano a Thorn para ayudarlo a incorporarse.

—Siento haber tenido que mentirte, pero era la única forma —se disculpó. Se giró hacia Axel, que no parecía tener ningún rasguño y sonrió ampliamente. Voraz—. Esto es y siempre ha sido entre tú y yo. Y no te haces una idea de cuánto deseo matarte de una jodida vez.

Aren levantó la mirada hacia el pico Ensom que coronaba el valle nevado. Wynd estaba llegando a la punta. No se molestó en desplegar su oscuridad para atrapar a Axel en ella. No funcionaría. En cambio, sacó una espada larga. La había mandado hacer especialmente para ese encuentro. La hoja era traslúcida y tenía su aura atrapada dentro.

—¿Qué se siente al darte cuenta de que nos has subestimado? —dijo Aren caminando hacia él con paso lento y seguro—. Pobre Axel, toda la vida creyendo que era el más astuto de todos y resulta que ni siquiera tiene eso.

El rubio gruñó enfurecido. Tenía el orgullo herido: Aren lo conocía muy bien. Se lanzó a por Aren atrayéndolo con su campo de fuerza y, a pesar de su rapidez, este lo esquivó y evitó su golpe. Entonces, el hijo del Deirnas hizo girar el cuchillo en su mano izquierda y esgrimió un tajo que alcanzó a Axel en la espalda, pero que no traspasó su armadura.

Este se revolvió rabioso y golpeó a Aren en la cara partiéndole el labio.

—¿Te sientes bien ahora que crees tenerlo todo? El príncipe heredero ha encontrado su lugar en el mundo. Ya no está mortificado por su padre y la soledad... Entrañable —susurró Axel—. ¿Sabes? Eso solo lo hace más interesante, más satisfactorio. Quitarle la vida a alguien que no tiene nada: ¿qué puede haber de emocionante en eso? No, no... Siempre he querido hacerte sentir tan apartado y despreciado como me sentía yo, pero nunca parecía molestarte. Entonces llegó ella y la oportunidad se presentó maravillosa. Era tan tan sencillo dañarte. —Aren volvió a esgrimir la espada. Axel le dio una patada en la mano y el arma voló lejos. Aren maldijo y sacó rápidamente una daga de su cinturón—. Ahora sabrás lo que pierdes y te aferrarás a la vida. Amigos, amor, familia, libertad... Estoy deseando ver cómo te retuerces, cómo agonizas hasta el último aliento mientras eres consciente de todo lo que te arrebato.

Axel trató de volver a golpearlo en la cara, pero Aren se agachó veloz hundiéndole el puño derecho en el estómago.

—¿Has terminado? —le preguntó escupiendo sangre en el suelo—. Todo este teatro me aburre. ¿Estabas celoso de mí? Supéralo de una maldita vez.

La oscuridad bullía por sus venas deseando consumir, deseando ser liberada. No estaba acostumbrado a pelear sin magia y tenía que controlarse mucho para no dejar que su instinto lo dominase; porque, si lo hacía, Axel se alimentaría de su poder y tanto él como Wynd estarían perdidos.

Axel lo agarró del brazo y trató de partírselo, pero Aren lo sostuvo de la cabeza y se la golpeó con la rodilla. Le lanzó una patada al rubio, que se tambaleaba. Axel se movió apartándose de la trayectoria, pero no tuvo tiempo de esquivar su cuchillo. Se lo clavó en el hombro, rozándole el hueso de la clavícula. Aren lo retorció arrancándole un alarido de dolor.

—Esto es por Wynd. —Axel cayó al suelo. La nieve comenzó a teñirse de un rojo tan oscuro que era casi negro. Entonces, Aren hundió más el cuchillo: hasta la empuñadura—. Y esto es por mí.

Axel agarró la mano de Aren, la que tenía sobre la empuñadura, para mantenerlo sujeto y, a pesar del dolor cegador, abrió la boca mientras desplegaba su aura succionadora.

—¿No sabes que no hay que acercarse a los agujeros... negros? —Resopló con esfuerzo—. Siempre has sido tan... fácil de leer. —Aren abrió los ojos, sorprendido. Sintió el tirón dentro de su alma, en lo más profundo de sus huesos. Intentó apartarse, pero el poder de Axel era como un imán—. Esa... Justo esa era la expresión que quería ver. —Exhaló mientras saboreaba el poder de Aren—. Despídete.

Capítulo 88

Una lluvia de flechas caía desde los cielos. La llanura ardía por los hechizos de los dhoga y el olor de la muerte lo llenaba todo. A pesar de que todavía estaban en el octavo mes, allí arriba el viento era frío y el aire cortaba la piel. En el cielo no se veía ni una estrella: la luz de la superluna era tan fuerte que las apagaba todas.

Wynd talló dos círculos en el hielo, uno tras el otro. El original y su reflejo. Dos planetas cada uno en un plano diferente de la realidad. El trazado de una órbita los unía. Arriba la luna y abajo el sol, y ella se colocó en el centro. Tenía los dedos llenos de anillos; veinte en total, cinco dobles en cada mano. Y luego estaba aquella corona.

—Multiplicará tu poder, es un gran amplificador. Pero ten cuidado, es demasiado potente y podría matarte —le había dicho Lebhar.

Levantó la frente al cielo, canalizando la luz de la luna en su marca. Luego, cerró los ojos y comenzó a trazar el dibujo con sus manos. Las líneas del hielo se iluminaron y un haz brillante cayó sobre la montaña.

Alyn estaba cerca de las líneas rhydra. Se encontraba en Rasgard cuando los dhoga habían abierto el portal. Nana les estaba gritando órdenes, pero ella no era capaz de oír nada de lo que decía. Por el rabillo del ojo, vio a Rendry que buscaba a alguien en la multitud. Blue había ido junto a su padre al ataque a Glamar. Debía de estar por allí, en alguna parte, en aquella trampa mortal que les habían tendido. Eso si seguía vivo.

Ella tuvo el mismo instinto. Rastreó las líneas enemigas en busca de una cabellera rubia y unos ojos marrones. El corazón se le apretó en el pecho cuando vio la inconfundible melena pelirroja de Cordelia en la distancia. Y si ella estaba allí, Iver no podía andar muy lejos.

Sabía en sus huesos que aquella iba a ser su última noche. Desde que se habían separado en la colina hueca, no había pasado un solo día sin recordar sus palabras. La forma en la que había pronunciado su nombre: «Lyn».

Y no hay nada como la valentía de quien no tiene nada que perder.

Echó a correr sin mirar atrás ni una vez. Oyó a Nana llamarla, pero no se volvió. Esquivó cuerpos, golpes, se zafó de brazos que trataban de atraparla y matarla. Corrió con toda su alma. Alguien la tiró al suelo, pero se levantó deprisa y volvió a avanzar hasta que llegó hasta ella.

—Iver —fue lo único que pudo decir.

Cordelia, que estaba curando a algunos soldados heridos, levantó el rostro sorprendida.

—¡Es una rebelde! —gritó alguien.

Varios rhydra se giraron y la agarraron de las muñecas.

—¿Dónde está? —preguntó Alyn sin inmutarse.

Cordelia parecía haber perdido el habla. Otro soldado rhydra dirigió su espada contra ella, pero alguien la apartó de la trayectoria en el último momento.

—Está con nosotros —dijo Callum, quien había vuelto a Oed hacía un par de semanas para apoyarlos en la batalla.

Gerd apartó las manos del soldado de Alyn para liberarla y la observó con su rostro frío, mitad humano, mitad animal.

—Lo sien... —comenzó Alyn. El mestizo la abrazó con fuerza dejándola sin aire.

—Iver está en la primera línea. Avanzando hacia donde están los rebeldes —le dijo Cordelia —. Te busca a ti.

Alyn se estremeció. El miedo, líquido y vil, la llenó.

—Siento lo que...

Callum negó con la cabeza.

—Ve a por él. No hay nada que perdonar.

Alyn cerró los puños clavándose las uñas con fuerza en la piel y asintió con un nudo de emociones en la garganta.

—Gracias —susurró levantando la barbilla con seguridad y, tras dedicarles un último vistazo, volvió a correr hacia las líneas delanteras.

Iver peleaba como un experto: no había nada en sus movimientos que pudiese diferenciarlo de los demás rhydra que estaban junto a él. Viéndolo, habría sido imposible decir que había estado dos años encerrado en la colina hueca.

De repente, la tierra tembló con fuerza y una luz cegadora estalló recorriendo el valle y perdiéndose en el horizonte. Arriba, en la cima del pico Ensom, el haz plateado de la superluna caía como una cascada que se vertía directamente de los cielos. Y un viento helado sopló sobre el valle.

Una lamia —bestia mitad serpiente y mitad hombre— se precipitó sobre Iver con un movimiento sinuoso y agresivo, al mismo tiempo que un nikt lo atacaba con sus dagas. Iver enredó su látigo de aire en las manos del nikt y paró el golpe, pero la lamia pudo clavarle uno de sus colmillos en el brazo.

Alyn se descolgó el pequeño arco que llevaba en el hombro y lanzó una flecha directa al ojo amarillo de la criatura. Entonces, Iver atravesó el corazón del nikt y se quitó a la bestia de encima, que cayó desplomada.

La chica estaba sin aliento. Su pecho subía y bajaba pesado. Estaba cubierta de barro y sangre. No era como habría deseado encontrarse con él. Siempre había contado con su belleza como su

mejor arma, y sin ella se sentía vulnerable e indefensa. Nunca había tenido tanto miedo de que alguien la viese tal y como era, sin ninguna de sus máscaras.

—Lyn —dijo él.

El corazón se le retorció en el pecho. Es fascinante como algo puede hacerte tan feliz y a la vez tanto daño. Seguía parada a unos metros de él. Había corrido con todas sus fuerzas para encontrarlo y ahora no sabía qué decirle. La batalla rugía furiosa: el ruido era ensordecedor y espeluznante. Así sonaba la muerte.

Fue Iver quien dio el primer paso y se acercó a ella con una sonrisa dibujada en el rostro. Él siempre había sido el más valiente de los dos. Los soldados los rodeaban en su carga contra los devoradores y los separaban como un río bravo al encontrarse con una roca en su caudal

La sangre salpicaba, los gritos la acompañaban y la magia fluía devastadora. El infierno podía estar plegándose sobre ellos en ese momento para tragárselos.

—Nunca le he dicho a nadie que lo quiero sintiéndolo de verdad —reconoció Alyn—. He usado esas palabras tantas veces: son poderosas, sobre todo cuando sabes que la otra persona desea oírlas, que haría cualquier cosa por escucharlas. Ahora sé qué se siente al estar al otro lado. Al ser el que desea, el que anhela oírlas —dijo Alyn por fin. Iver la alcanzó. Alargó la mano y la tomó del brazo, temiendo que se marchase otra vez—. ¿Qué dice de mí que el mejor tiempo de mi vida haya sido el que pasé encerrada en la colina?

—Lyn...

—¿Y qué dice de mí que todo fuese mentira, que os estuviese traicionando?

Iver cerró con más fuerza la mano alrededor de su antebrazo.

—Tú me dijiste cómo volver a activar las protecciones. Nos ayudaste. Fue tu elección. No soy yo el que tiene que perdonarte, Lyn. Tienes que hacerlo tú. Ninguno de nosotros te guarda rencor.

Alyn no pudo soportar la candidez de los ojos de él, la amabilidad de sus gestos. Ella era fría y calculadora, e Iver todo lo contrario. Haberse topado con él era un irónico castigo de los dioses.

—¿Me traicionaste? —preguntó una voz hueca.

El terror se expandió como un veneno lento por su sistema al escucharla. Iver se giró despacio, sin soltar a Alyn, revelando la temible figura de Nana. A su alrededor, había varios soldados rhydra muertos. Unos pasos atrás estaba Blue junto a Rendry. Ninguno se atrevió a mirarla a los ojos.

Capítulo 89

Wynd pronunciaba el hechizo en feérico. La marca en su frente era como un hierro ardiente contra su piel. La energía se derramaba líquida fundiéndole los huesos, y ella no era más que un recipiente que canalizaba todo aquel poder.

Su consciencia ni siquiera estaba en aquel plano. No veía la llanura, no oía la batalla: su mente estaba conectada con la tierra y con el cielo. Estaba extrayendo el núcleo mismo de aquel planeta, dividiéndolo en dos. Lo imaginaba mientras sus manos arrastraban con fuerza y precisión. Sentía el dolor y el cansancio con cada milímetro que lograba. ¿Cuánto aguantaría su cuerpo de carne y hueso aquel poder desbordante hecho solo para los dioses?

Los pies de Wynd dejaron de tocar el suelo, los brazos se le separaron del cuerpo y echó la cabeza hacia atrás exponiendo su pecho al haz de luna. Un salvaje y furioso viento azotó a su alrededor cargado de nieve y hielo. El tiempo se ralentizó, como si la gélida temperatura lo estuviese congelando poco a poco y le costase discurrir a la velocidad normal.

Sintió un tirón en el alma, un dolor devastador, algo que se apagaba: Aren. Y dejó escapar un grito agónico.

Nana clavó sus cuencas vacías en Alyn. Sus labios secos y arrugados se fruncieron con disgusto.

—Matadla —les ordenó a Blue y a Rendry—. Te creía más lista que esto.

—¿A mí? —rio Alyn—. Tuviste todos estos años a la heredera de los sidh bajo tu mando y la mataste porque eres orgullosa y vengativa. Malgastas nuestro potencial con tus absurdas reglas. Wynd era la más fiel de todos y aun así te falló porque te volviste peor que tu causa. —Los dedos largos y huesudos de Nana se tensaron—. Y ahora es ella quien reina. —Alyn extendió los brazos abarcando lo que las rodeaba—. Quien lidera la batalla contra nosotros. Ella va a cambiar el mundo, justo como tú querías; pero lo hace sin ti. ¿No te das cuenta de lo que has perdido? Eres tú la que no eres inteligente.

El aura vacía de Nana se desplegó contra Iver apartándolo del lado de Alyn mientras daba un paso hacia ella.

—Wynd aceptó su muerte. Me traicionó y aceptó su castigo. Ella sabía lo que era la lealtad, lo que supone un juramento. Si tanto la admiras, haz lo mismo.

—Ella no tenía alternativa, te debía su alma. Yo no.

Nana hizo un gesto con la cabeza indicándoles a Blue y a Rendry que avanzaran. Ambos

dieron un paso al frente, pero Iver se interpuso en su camino. Pasó la mano por la hoja de su espada impregnándola de un fuego dorado. De súbito, Blue lo atacó lanzando una lluvia de agua que era como cuchillas afiladas. Iver trazó un arco con la espada con tal de pararlas. Solo algunas le hicieron cortes superficiales. A continuación, Rendry avanzó sacando un hacha que hizo girar con ímpetu en la mano. Arrojó un golpe mientras Blue seguía atacando desde la retaguardia, pero Iver movió su arma a tiempo de detenerlo. El sidh le clavó la bota en el estómago al nikt empujándolo hacia atrás, dándose el espacio justo para girar sobre sí mismo y cargar la espada contra su pecho. Rendry lo frenó a duras penas, pero el fuego del arma de Iver prendió el mango de madera del hacha.

Nana avanzó hacia Alyn, que retrocedió. La chica cargó el arco con una flecha y apuntó a la que había considerado su dueña durante todos esos años.

—Sabes tan bien como yo que no puedes matarme —dijo Nana con voz serena y segura.

Alyn disparó la fecha, pero solo consiguió cortar algunos pelos canos de la melena de la devoradora de almas. En un parpadeo, la tenía encima.

—Nunca fuiste mi mejor guerrera.

La agarró del cuello clavándole las uñas en la piel y la levantó del suelo como si no pesase más que un pequeño animalito.

Blue lanzó su látigo contra Iver y lo atrapó de la mano izquierda. Rendry estaba desarmado y apenas lograba esquivar los ataques del sidh.

—Eres un traidor —aseveró Iver mirando al mestizo de ondina—. Has traicionado a tus amigos y has hecho daño a Cordelia. Nunca te perdonaré lo que le has hecho.

Blue titubeó, momento que el otro aprovechó para cortar, agarrar el látigo y tirar de él con fuerza lanzando a Blue al suelo. Iver golpeó a Rendry en la rodilla haciéndolo caer. El nikt trató de enviarle una descarga eléctrica a Iver, quien envolvió su cuello con su fino látigo de aire. Rendry luchó ahogado.

—Sé bien quién eres. Wynd nos habló de ti. La pareja de Blue y el que la vendió —dijo Iver. No quedaba nada de su candidez habitual.

Levantó su espada mientras Rendry seguía luchando por librarse del látigo.

—¡No, por favor! —suplicó Blue arañando el suelo con las manos para levantarse y correr hacia ellos.

Pero Iver no dudó. Le hundió la espada en el pecho a Rendry acabando con su vida. Blue se frenó al verlo caer. Un gritó de horror le partió la garganta. Sus ojos azules observaron horrorizados el charco de sangre sobre la nieve sucia. Sus manos se sacudían, su pecho se agitaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡No! —gritó. Cogió aire en jadeos—. ¿Qué has hecho?

Alyn peleaba contra el agarre de Nana. Le arañaba la piel clavándole las uñas y trataba de patearla, pero la fuerza de los devoradores era implacable. Nana le subió la manga de la chaqueta dejando la marca de los nikt al descubierto.

—Es inútil que pelees. Tu vida fue mía el día en que te uniste.

—Estás podrida por dentro.

—Y esa es la diferencia que hace que yo viva y que tú vayas a morir. Pensaba que tú eras la que mejor lo había entendido. Solo tus sentimientos pueden matarte.

Blue cargó contra Iver ciego de rabia y desesperación. La venganza y la ira brillaban en sus ojos. Lo tiró al suelo y forcejearon el uno encima del otro. Blue trató de clavarle su cuchillo de agua, atravesarle la garganta y ahogarlo, pero Iver era mejor peleando. Lo inmovilizó apretando la rodilla contra su muñeca y levantó la espada para matarlo.

Capítulo 90

Pero, de repente, una mano sujetó el brazo de Iver con fuerza impidiéndole dar el golpe final.

—¡No! No lo hagas, por favor —suplicó la voz dulce y compasiva de Cordelia—. Por favor —le pidió.

Los ojos de Blue se abrieron sorprendidos y había algo más: un resquicio de temor y vergüenza. Apartó la mirada de su mejor amiga, incapaz de hacerle frente a aquellos ojos sinceros.

—Cordelia... —comenzó Iver.

—Vete —le pidió ella a Blue—. Huye, escóndete, haz lo que quieras, pero no puedo verte morir. Por lo que has significado para mí, no puedo. Solo quiero que vivas una vida feliz, Blue, aunque no... aunque no la compartamos. Aunque tú no soportes lo que yo encarno, no me importa. Nunca podría ser feliz sabiendo que tú no estás, que has desaparecido para siempre. Así que vete.

Iver miró a Cordelia. Su amiga tenía los ojos llenos de una decisión férrea. Estaba manchada de sangre, pues un feo corte le cruzaba la mejilla; pero no había miedo en sus ojos. Iver se levantó, liberando a Blue. No era su decisión, sino la de ella.

—Ten cuidado, *Rouge* —le susurró.

Sin embargo, el grito de dolor de Alyn lo alertó. Nana estaba devorando su alma.

Iver no se lo pensó: dirigió la espada hacia el corazón de la mujer, pero no acertó. Nana soltó a Alyn, que cayó desplomada al suelo con un quejido, y se giró veloz recibiendo el corte en el brazo.

—Muy tierno —murmuró.

Iver trataba de encontrar un hueco en su defensa, pero ella era rápida, mucho más de lo que su aspecto indicaba. Nana lo esquivaba casi en el último segundo, evitando que la hoja de su arma ardiente la rozase. El chico lanzó su magia contra ella como un torrente y la devoradora se retorció de dolor doblándose por la mitad. Acto seguido, Iver barrió al aire con la espada apuntando a su cuello. Nana lo esquivó, pero el aura del sidh la quemó a medida que se colaba en su sistema. Ella aguantó el dolor, estoica. Iver aprovechó para agarrarla de los pies con el látigo de aire, tirándola al suelo. La mujer se retorcía de dolor, y él se acercó y la apuntó al pecho con su espada.

Alyn, que estaba tirada a un par de metros, levantó la cabeza justo para observarlo.

—¡Iver, no! —gritó sin aliento.

El arma alcanzó el traje de Nana. Ella sujetó la hoja de metal con una mano, el fuego la quemó y se apagó al contacto con su sangre, que brotaba oscura y densa. Aun así, y a pesar del dolor, su agarre era firme. Nana, curtida en mil batallas.

Alyn se deslizó por la nieve sucia hacia ellos. Chillando. Los ojos de Iver se encontraron con los suyos y ella, por primera vez, lo vio expresar miedo. Abrió la boca y un hilo de sangre resbaló por su comisura. El grito de horror de Alyn se hizo eco en la batalla atrayendo las miradas de los que se encontraban cerca.

El silencio se hizo en medio del infierno.

Iver bajó la mirada a su abdomen. Nana le había clavado una daga pequeña y fina justo en uno de los pliegues del traje; un punto débil donde el material se volvía más delgado. Alyn lo había visto venir. Conocía aquella táctica de su mentora: dejaba que el contrincante creyese que la tenía, que había ganado, y asestaba ese golpe mortal; una daga fina y muy afilada cubierta de un potente veneno.

«Cuando alguien cree que ha ganado, se confía. Baja su estado de alerta, baja sus defensas y es ahí cuando es más vulnerable. Jugad siempre con lo que el otro ve de vosotros. Una mujer, un hombre pequeño y débil, una anciana, un niño... Os subestimarán por vuestra apariencia, y esa será vuestra ventaja». Alyn tenía grabadas las lecciones de Nana. En cuanto había caído al suelo, supo que pensaba engañar a Iver, que lo tenía donde quería.

Cordelia apartó la mirada de Blue a tiempo para ver a su mejor amigo caer desplomado al suelo y a Alyn levantarse torpemente resbalando contra la nieve. Dejó de oír lo que ocurría a su alrededor. Solo escuchaba un intenso pitido.

Las rodillas se le doblaron.

Iver estaba tumbado boca arriba con las manos en el abdomen. Sus ojos avellana muy abiertos: perdidos, asustados, horrorizados. Alyn lo alcanzó lanzándose sobre él. Cordelia no la oía, pero sabía que estaba llorando desconsoladamente por su expresión. Todo pasó muy despacio, como en una pesadilla. La nikt agarró el rostro de su amigo con manos temblorosas y sus labios se movían lo suficientemente despacio como para entender lo que le decía: «No, no, no», repetía una y otra vez.

Iver levantó una mano temblorosa y acarició el rostro de Alyn.

—Lyn —murmuraron sus labios con esfuerzo.

Cordelia quería moverse, quería ir hasta él, quería hacer algo: curarlo, ayudarlo, abrazarlo; pero su cuerpo no se movía, no respondía. Nunca había visto morir a nadie que amase. Y podía verlo, podía ver cómo el aura de Iver comenzaba a ascender, a dejar su cuerpo.

Sus rodillas golpearon la tierra.

Iver luchaba contra la inconsciencia.

Alyn suplicaba y gritaba. Lo agarraba con fuerza, le decía algo; deprisa muy deprisa.

Los ojos de Iver comenzaron a cerrarse.

—T-e-q-u-i-e-r-o —vocalizó en un último esfuerzo.

Su mano cayó inerte al suelo y su alma abandonó su cuerpo por completo.

El mundo se paró entonces.

Cordelia se dobló por la mitad. El dolor la atravesó como fuego. Moriría. No hacía falta un arma para matar a alguien, porque aquel dolor bastaba. Seguía oyendo el fuerte pitido. Sentía las lágrimas anegándole el rostro.

Alyn seguía llorando desconsoladamente sobre el cuerpo de Iver. Nana se había puesto de pie y la observaba; de su mano goteaba un desagradable líquido negro. Cogió del pelo a la chica con la mano buena y, mientras negaba con la cabeza, acercó la boca a la de ella y tomó su alma.

Alyn ni siquiera peleó.

Cordelia observó impotente y asqueada cómo acababa con la vida de Alyn sin un pestañeo. Cuando el cuerpo sin vida de la nikt cayó junto al de Iver, no pudo contenerse y vomitó.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquel pitido era su propia voz. Era su chillido desesperado, agonizante y horrorizado.

Nana se giró hacia Cordelia. No había ni una pizca de remordimiento en sus facciones. Aquella chica había crecido con ella: la había criado, la había educado; era una de los suyos y la había matado con tanta facilidad.

Habría sido así con Wynd, se dijo.

Wynd, Iver, Alyn: los había matado a los tres. Y ahora iba a por ella.

Capítulo 91

Axel atravesó el abdomen de Aren con un cuchillo corto. La sangre brotó rauda al mismo tiempo que su aura salía en volutas de su cuerpo. Poco a poco, este fue debilitándose. Sintió a Wynd tirando de él, llamándolo a través de la unión de sus almas, pero su energía se apagaba.

El estallido de luz proveniente del pico Ensom distrajo a Axel lo suficiente como para no ver venir a Dariela, que empujó a su hijo fuera de su agarre. Aren cayó al suelo inconsciente; su aura estaba apagada y débil. Casi no respiraba. Estaba pálido y, bajo su cuerpo, comenzó a formarse un enorme charco de sangre.

Los ojos de Axel se abrieron sorprendidos al ver a la *faerie*.

Dariela lo miró sin inmutarse mientras decía:

—Tengo que reconocer que nunca me gustó tu madre. Pero al menos siempre pensó que hacía lo que hacía por el bien de su raza. Tú no has heredado eso de ella.

Axel arrugó el ceño.

—Yo he llegado donde ella no fue capaz. Los he superado a ambos, a mi madre y a mi padre. —Apretó los dientes haciendo que las palabras le saliesen cargadas de rabia.

—¿A quién tratas de convencer de ello? ¿A mí o ti?

Dariela mantuvo los ojos en los pies de Axel.

—¿Vas a atacarme? ¿No sabes que la magia no me afecta?

Dariela sonrió. Una ráfaga de aire agitó su pelo y un géiser se abrió a los pies del devorador lanzando un potente chorro de agua caliente que lo hizo volar metros hacia la batalla mientras le quemaba la piel.

La *faerie* se movió deprisa hacia su hijo. Sabía que eso solo le daría unos minutos hasta que volviese. A ella nunca la habían entrenado para la lucha. Aren casi no tenía pulso. Estaba agotado, y sin él y sin su oscuridad, Wynd no podría completar el hechizo; se quedaría sin fuerzas y todo aquello habría sido en vano.

Dariela cerró los ojos y suspiró.

—Me habría gustado tener más tiempo, pero de todas formas no podía acompañaros allá donde vais. Y yo ya he vivido mucho tiempo sola. Planeé esto desde el principio. Wynd y tú lo vais a necesitar. —Se cortó la palma de la mano con el cuchillo de Aren, dibujó un círculo en la nieve a su alrededor y se colocó junto a él—. Te quiero y estoy orgullosa de ti. No lo olvides nunca.

Cerró los ojos y pronunció las viejas palabras en su lengua. Hacía siglos que había aprendido

cómo entregar su alma y su poder: era un hechizo poderoso que se transmitía de generación en generación.

—Mi madre me lo enseñó el día en que me hice adulta, para que pudiese salvar a mis hijos si fuese necesario. Y ahora yo te lo enseño a ti —le había dicho su madre a Dariela.

Los *faeries* aprendían a asegurar su descendencia y a cuidarlos. Sin ellos, tanto su linaje como su raza se verían en peligro.

La nieve giró a su alrededor levantando una cortina blanca.

—Os observaré desde las estrellas —se despidió Dariela tomando la mano de su hijo, que apenas respiraba.

Wynd sintió el alma sacudirse: algo poderoso se enraizó a la cuerda que la mantenía sujeta a su pecho: un poder primario, puro y salvaje. La calidez recorrió su conexión con Aren y lo sintió fuerte, sano y poderoso.

El estallido le recorrió las terminaciones nerviosas, cristalizándose en sus dedos. El cuerpo le temblaba y sus músculos estaban tensos, pero aquel chute de energía la revitalizó. Sus manos se cubrieron de escarcha, las puntas de sus dedos se volvieron blancas.

La montaña se sacudió y las placas de hielo comenzaron a resbalar por las escarpadas pendientes. La luz se expandió como un rayo plateado en la oscuridad. El sonido fue tal que la batalla enmudeció momentáneamente, pues parecía que el mundo acababa de partirse por la mitad.

Una pequeñísima grieta se abrió en el cielo: el inicio del portal.

Capítulo 92

Nana le hizo un gesto a Blue con la cabeza para que fuese a por Cordelia.

—Cógela —le ordenó.

Blue, que estaba a unos metros de su amiga, la observaba consternado. Nunca había trabajado con Nana directamente hasta que había viajado a Oed. Su padre le había puesto en contacto con Rendry para que ambos hiciesen de enlace entre rebeldes y nikt. Y, aunque no le debía lealtad a Nana, ella era una general superior de su bando.

Iver había matado a Rendry y de alguna forma se lo merecía, pero ver a Nana matar a Alyn sin pestañear y la frialdad con la que lo había hecho le había revuelto el estómago. Ese tipo de trato era lo que siempre había odiado de los sidh. Si ellos se convertían en lo mismo que trataban de destruir, aquella lucha dejaba de tener sentido.

Cordelia dejó de gritar de dolor. Se quedó muda mientras contemplaba los cuerpos muertos. Su cara estaba desfigurada en una mueca de horror. Las lágrimas caían lentas y constantes por su rostro. Blue nunca la había visto tan destruida, ni siquiera cuando les contaron que Wynd había muerto. Presenciarlo... No hay nada comparable a ese dolor, a esa impotencia.

Iver, su mejor amigo, el amor de su infancia. Iver, que tenía toda la vida por delante, que era una de las mejores personas que había conocido nunca. Iver se había llevado una parte de su corazón que estaría muerta para siempre.

—Cógela —volvió a ordenarle Nana a Blue.

Cordelia se puso de pie por fin. Se limpió las lágrimas con manos temblorosas. Nunca había sentido nada igual. La cólera bullía en sus venas. Una rabia cálida y salvaje la quemaba haciéndole perder la razón.

Blue, en medio de las dos mujeres, las miraba alternativamente. Si no seguía las órdenes de Nana, lo considerarían una traición a la causa y no solo él estaría en problemas, su padre también. Pero no podía ayudarla a matar a Cordelia: no había forma de que fuese a hacer eso.

—Cógela —repitió la devoradora de almas, colérica.

Cordelia dejó escapar un grito de furia desgarrada y lanzó el brazo en dirección a Nana. Dos enredaderas salieron del suelo y la atraparon de los brazos tirando con fuerza.

La anciana cayó de rodillas. Tocó las enredaderas con las manos y estas comenzaron a disiparse.

—Dame su espada —le pidió Cordelia a Blue señalando el arma de Iver tirada en el suelo.

Blue la miró y el conflicto podía verse en sus ojos.

—Cordelia...

—¡Atrápala o tú serás el siguiente después de ella! —aseveró Nana en su tono más frío y amenazante.

La devoradora sacó una daga de su cinturón y apuntó a la pelirroja. Blue cerró los ojos.

—Lo siento —susurró.

La daga de Nana voló certera y él estiró su látigo, con el que la golpeó antes de que tocase el pecho de Cordelia. La daga se desvió y se clavó en la nieve. Blue se movió deprisa, antes de arrepentirse de la decisión que acababa de tomar. Cogió la espada de Iver y se la lanzó a su amiga.

La expresión de Nana destilaba una furia fría y letal.

—Traidor —le escupió la anciana como una maldición.

Cordelia cerró los ojos un segundo. Thorn la había entrenado para ese momento, para el día en que tuviese que pelear y defenderse. Le había dado cientos de indicaciones y consejos. Todo lo que había vivido en las pruebas, cada desafío, cada decisión, cada herida... Todo parecía haberla conducido a ese instante.

Jamás había tenido la pulsión de matar a alguien. Descubrió esa sensación primaria por primera vez en ese momento. Dejó que inundase todo su cuerpo, todo su ser; que la controlase. Había una parte de ella misma que sabía que para pelear necesitaba la cabeza fría, como lo hacía Wynd, pero Cordelia había dejado de percibir cualquier emoción que no fuese rabia. No había nada, ni un resquicio de racionalidad en ella. Ni siquiera sabía que podía sentirse así; que podía llegar a experimentar esa clase de odio. No se reconocía. Pero no le importó.

Dejó que todas las emociones negativas se acumulasen como una bola de poder y luego las hizo estallar, liberándolas. Decenas de enredaderas salieron de debajo de los pies de Nana. Ella esquivaba algunas y trataba de absorber su poder para deshacerlas, pero aparecían más y más. Se enrollaban alrededor de sus muñecas, brazos y piernas, atrapándola y anclándola al suelo.

Nana gruñó por el esfuerzo y la furia. Y Cordelia no lo pensó: se movió por puro instinto. Echó la espada hacia atrás y corrió como no lo había hecho nunca. Tan rápido y con tanto ímpetu que le crujieron los huesos de las piernas; el dolor físico fue bienvenido.

Nana liberó una mano y lanzó su poder contra ella, golpeándola en el hombro. Cordelia parpadeó para despejar el dolor, pero no se detuvo. Llegaría hasta esa mujer aunque tuviese que cruzar un maldito río de lava y quemarse en él. La devoradora seguía luchando contra las enredaderas, que se habían vuelto más violentas y fuertes: algunas tenían espinas afiladas que se le clavaban en la piel y la desgarraban.

Cordelia movió la espada apuntando al pecho de Nana, que la desvió con una patada.

—No la necesito.

Las enredaderas se apretaron más y más según lo hacía la rabia de Cordelia. Levantó la mano y golpeó a Nana en el rostro, lo cual le hizo un corte en la mejilla.

—Esto es por matar a mi mejor amiga y dejarla tirada en un bosque. —Volvió a echar la

mano hacia atrás y le dio otra bofetada en el mismo lugar, cargando con todas sus fuerzas—. Esto es por todas las veces que la golpeaste cuando era una niña. Esto por obligarla a matar a su amiga. Esto por torturarla y por meterle en la cabeza que nadie sería capaz de quererla. —La mano de Cordelia se estrelló una y otra vez contra la cara de Nana—. Por todas las veces que Wynd ha peleado por mí. Sé que ella habría querido hacer esto en persona.

Finalmente, le dio una patada en el estómago haciendo que se doblase por la mitad. Cogió la espada del suelo. Nana trató de incorporarse, pero estaba perdiendo mucha sangre por los cortes, cada vez que usaba su poder para deshacer una enredadera salía otra, y con los brazos atrapados no podía apresar a Cordelia para devorarle el alma.

La pelirroja la miró directamente a sus cuencas vacías.

La respiración se le quebró cuando dirigió una mirada hacia el cuerpo de Iver, y los ojos se le anegaron de lágrimas. Apretó los labios con fuerza.

—Y esto es por la vida y las oportunidades que les has arrebatado. No tenías derecho. —Se le rompió la voz—. ¡No tenías derecho!

Dirigió la espada hasta su estómago y la atravesó con una fuerza que no sabía que tenía. Nana emitió un sonido ahogado y se sacudió ligeramente tratando de llevarse las manos al abdomen.

Cordelia dio un paso hacia atrás y vio cómo una sombra oscura salía de su cuerpo. La oscuridad no ascendió al cielo, como lo hacían sus almas, sino que se hundió en la tierra. Las enredaderas desaparecieron y el cuerpo de Nana cayó al suelo con la espada todavía clavada. El cuerpo se consumió deprisa, secándose como si hiciese mucho que hubiese muerto.

Cordelia apartó la mirada de ella y se agachó junto a Iver. Cogió la mano fría de su amigo y se la llevó al pecho. Y lloró con fuerza. No lloró por su pérdida; lloró por la injusticia, porque ellos merecían vivir.

El corazón le dolía, roto: se desgajaba sobre el suelo junto a Iver. Era injusto. Era tan injusto. Deseó abrir la tierra, deseó partir el cielo por la mitad y traerlos de vuelta, tener el poder de revivirlos. Porque se lo merecían; ambos se merecían la posibilidad de vivir, de crecer, de ser felices.

Sintió los brazos de Blue apretarse a su alrededor. Aquel abrazo contuvo todas las palabras de amor y disculpa del mundo.

Capítulo 93

Axel miró a su alrededor. Estaban perdiendo. Devoradores y rebeldes se amontonaban en el suelo. La batalla se extendía más allá de lo que le alcanzaba la vista. Las criaturas del caos mataban y morían, las pérdidas se contaban por cientos, pero la marea roja de los rhydra avanzaba sobre los suyos como una enorme mancha de sangre.

Vio entonces la enorme grieta recorrer el cielo. El mundo pareció estallar: el sonido fue espeluznante, brutal. Observó a su alrededor. Nada de aquello tenía sentido. Había algo más. Los sidh nunca habían buscado un enfrentamiento tan directo con los devoradores porque sabían que el precio de vidas sería muy alto.

La nieve giraba furiosa en la punta del pico Ensom. Un tornado blanco, una ventisca que parecía conectar con el cielo. Tardó unos segundos en unir todas las evidencias: el nombre de Moonlight, el poder de la diosa Luna, el estallido de luz. Y entonces lo vio claro.

Se olvidó de Aren. Estaba prácticamente muerto y ya había atrapado la esencia de su poder en la colina hueca. Solo necesitaba la de Wynd para poder completar su ritual. Y ahora ya sabía dónde estaba ella. Se abrió paso entre el caos de cuerpos, espadas y hechizos. No le importaba que los suyos perdiesen; cuando tuviese la esencia de Wynd, nada podría pararlo ni vencerlo.

—Y esto es por la vida y las oportunidades que les has arrebatado. No tenías derecho. ¡No tenías derecho! —gritó una voz conocida a su izquierda.

Giró la cabeza y vio a Cordelia atravesar el cuerpo de Nana con una espada. La escena le llamó lo suficiente la atención como para querer frenarlo en su avance.

Cordelia se dejó caer junto a un sidh muerto y Blue la abrazó.

Axel inclinó la cabeza hacia un lado: un depredador estudiando a su presa. Esos dos le ofrecían tantas posibilidades... Se le dilataron las fosas nasales cuando cogió aire con fuerza. Aquello podía ser mejor y más grande de lo que había planeado en un primer momento.

Se movió tan deprisa y silenciosamente que ninguno lo notó. Se colocó justo detrás de ambos y estiró su vacío despacio: un veneno lento y silencioso, una bruma tóxica que fue envolviéndolos poco a poco.

Cordelia se llevó las manos a la garganta cuando sintió que se ahogaba. Y Blue se echó hacia atrás tratando de buscar la fuente de aquella presión.

Axel les sonrió con un mueca asesina y divertida.

—¿Qué tenemos aquí? Un traidor y una asesina. —Cordelia abrió la boca, pero no fue capaz de emitir más que un sonido ahogado—. ¿Sabéis quién está deseando veros? Vuestra gran amiga

Wynd. ¿Por qué no vamos a saludarla?

Blue trató de moverse y convocar su poder de agua, pero, en cuanto lo intentaba, su magia se apagaba al instante. Cordelia buscó un arma en el cinturón de Iver. Axel le dio una patada a su mano para apartarla, y ella cayó al suelo retorciéndose de dolor. Se la había roto.

—No os molestéis. Podría agotaros ahora mismo hasta mataros, tan... sencillo. —Saboreó la palabra—. Demasiado incluso —dijo con disgusto—. Mataros simplemente sería muy aburrido y poco práctico. Podéis serme útiles y vivir un poquito más. ¿Hacemos ese trato? —Les dedicó una sonrisa hueca que les puso los pelos de punta a ambos.

Les indicó que se levantaran y que caminaran delante de él.

—Veréis, Wynd está ahí arriba. ¿No os parece un poco injusto que nosotros estemos aquí abajo matándonos los unos a los otros y ella esté lejos y a salvo? ¿Dónde estaba Wynd cuando la vieja devoradora mataba a tu amigo? Ella y Aren nos han traído aquí y os han abandonado para que peleéis y muráis por ellos. No han tenido remordimientos en tender esta emboscada aun sabiendo que muchos no sobrevivirían. Y luego dicen que yo soy despiadado. ¿Estáis seguros de que conocéis bien a vuestros amigos? —Hizo una pausa mientras los estudiaba. Sonrió ligeramente—. Bueno, perdón, claramente no. Tanto él —dijo señalando a Blue— como ella te engañaron y traicionaron.

Blue bajó la vista avergonzado, pero Cordelia miró a Axel a los ojos con la barbilla bien alta.

—No... vas... a... —comenzó Cordelia con esfuerzo. Cada palabra era una pequeña batalla, pues su cuerpo parecía a punto de desplomarse— conseguir... lo que... intentas.

—Vais a tener que poner de vuestra parte o tardaremos días en subir la montaña, y la verdad: no creo que vuestra energía dure tanto.

Axel movió rocas aquí y allá creando una especie de escalera escarpada.

Los arqueros los apuntaron.

—¿Cuántas flechas creéis que hacen falta para mataros? —reflexionó en voz alta.

Blue estaba tan agotado que no fue capaz de apartarse de la trayectoria de una de ellas, que se le clavó en el muslo.

Cordelia lo miró consternada.

—Por favor —suplicó a Axel—. Si... morimos..., no conseguirás...

—No necesito que estéis vivos del todo; solo un poco, lo suficiente.

Otra flecha voló rozando la oreja de Cordelia. Un hilo de sangre le manchó la sien y bajó por su mandíbula. Blue se sacudió hacia atrás cuando otra se le hundió en el hombro.

Los arqueros se estaban volviendo hacia ellos deprisa. Tenían orden de no dejar que nadie subiese esa montaña. Y, excepto Cordelia, que llevaba el traje de los rhydra, Blue iba vestido como un rebelde, y Axel era fácilmente reconocible.

Una nube de flechas voló hacia ellos. Estrellas fugaces que se precipitaban desde los cielos en una lluvia letal. Axel chasqueó la lengua molesto y se preparó para esquivarlas. Tendría que arrastrar los cuerpos heridos de ambos hasta la cima y encargarse de los arqueros.

Cordelia cerró los ojos y se encogió ligeramente. Estiró la mano para agarrar la de Blue. Se preparó para el dolor. Y, en la oscuridad de sus párpados, sintió miedo: miedo de que aquella oscuridad fuese para siempre, de que aquel momento fuese el último, el final. Nunca había dedicado mucho tiempo a reflexionar sobre la muerte. Los sidh vivían lo suficiente como para no tener que plantearse el final hasta que eran muy mayores.

Ni siquiera estando en las pruebas había querido pensar en ello: sabía que podía ocurrir, pero como una posibilidad remota. Y ahora sentía el aliento de la muerte en su nuca. La caricia del final. La idea la aterrorizó como nada antes. Se sintió sola y huérfana. Ansió por primera vez en mucho tiempo los brazos de su madre. Tuvo miedo de que la muerte fuese un vacío perpetuo, tuvo miedo de no sentir, de no ser, de no existir nunca más.

Oyó el silbido de las flechas cortando el aire y se encogió aún más. Y cuando prácticamente sintió las afiladas puntas de metal clavándose en su piel, oyó una decena de golpes en la nieve a su alrededor.

Tardó unos segundos en abrir los ojos.

Aren estaba frente a ellos. Sus manos estaban teñidas de negro, el blanco de sus ojos completamente oscuro. Una fuerza inconmensurable emanaba de él, algo que no había estado ahí antes. Casi no parecía humano.

Axel dio un paso hacia atrás manteniendo su aura alrededor de Cordelia y Blue.

—Pensaba que ya estarías muerto —dijo decepcionado.

La cara de Aren se arrugó en una mueca de dolor. Había oído las palabras de su madre; lo había escuchado todo incapaz de hacer o decir nada. En realidad, su energía estaba tan agotada en ese momento que se extinguía, él lo sabía. Solo un resquicio de su consciencia había sido capaz de procesar la voz de Dariela.

Había luchado por frenarla, cualquier modo de comunicarse con ella, pero su cuerpo no respondía. Por todos los dioses, escucharla despedirse de él le había roto el corazón. Nunca tendría forma de agradecerle lo que había hecho por él; nunca tendría modo de demostrarle lo mucho que la quería.

Pero honraría su muerte y su sacrificio: Axel lo pagaría. Pagaría todo el daño que les había hecho.

—Íbamos a hacerle una visita a Wynd. Ahí arriba tiene que estar muy sola —dijo Axel.

Aren apretó los puños. La oscuridad emanaba de sus dedos: la sentía como una caricia por todo el cuerpo. El poder de Wynd la llamaba como un canto de sirena y él sabía que tenía que usarla pronto, que ella la necesitaba.

—No deberías preocuparte por Wynd. Deberías hacerlo por ti —dijo.

Golpeó el suelo de roca helada con el puño y la oscuridad se propagó como un estallido. Las piedras cayeron y ellos aterrizaron unos metros más abajo en la montaña. Aren estiró las manos agarrando la atmósfera, que se hizo palpable para él. Tiró de ella con fuerza y unos rayos de noche se expandieron haciéndolo temblar todo.

Arriba, la mente de Wynd se alejaba y alejaba a medida que se sumergía en el núcleo mismo: en el origen del caos y del orden. Lo atraía para sí con fuerza y ahínco. El poder de Luna entraba en la montaña, directo al centro mismo de Abscondita.

«Un mundo, un espejo que los divide en dos. El original, el que tiene alma, y su doble vacío», decía una voz en su cabeza.

La grieta en el cielo se abrió más amplia dejando ver el cosmos. Y más allá, un lugar que era exacto a la llanura.

«Todo lo que no es digno del original desaparecerá».

La montaña se quebró.

El polvo, el humo y la oscuridad lo cubrieron todo. El temblor hizo que Blue y Cordelia cayeran. Aren convocó sus alas de noche y se lanzó a por Cordelia atrapándola al vuelo, pero no llegó a tiempo de coger a Blue. Axel lo envolvió en su aura y se lo llevó hacia su lado.

Una avalancha de nieve se precipitó desde las alturas hacia el valle, provocada por la sacudida de la tierra. Los soldados corrían y huían. Algunos arrastraban heridos. La magia de los dhoga trató de frenar la nieve, aunque comenzaban a agotarse.

Aren se posó sobre un saliente en la montaña y depositó a Cordelia, que apenas se mantenía en pie. Rocas y hielo caían desde el pico donde estaba Wynd. Tiró de la conexión que los unía y la visualizó. Le sangraba la nariz y las orejas, su cuerpo temblaba presa del esfuerzo, le faltaba el aire, estaba cubierta de sudor y tenía la tez pálida. Trató de comunicarse con ella, pero su mente estaba muy lejos de esa realidad. Ni siquiera estaban en el mismo plano.

Wynd se sacudió y dejó escapar un jadeo de dolor entre las palabras del hechizo. El hielo bajo sus pies se movía dándole vida al dibujo que había grabado en él. El núcleo estaba prácticamente dividido.

Y el portal comenzaba a alterar la gravedad. Tenían que darse prisa.

Aren volvió a su cuerpo.

—Ha llegado el final —le dijo a Axel.

Capítulo 94

Aren vio toda su vida resumirse en aquel momento: cada acontecimiento, cada golpe, cicatriz, abrazo y caricia; cada risa y cada grito; todas las personas a las que había conocido, a los que había odiado, asesinado, amado y protegido. Todo ello le había preparado y conducido hasta esa última batalla.

La vida era un círculo infinito. Por supuesto que debía terminar como había empezado: con Axel. Amigo y enemigo. Alguien a quien había querido y a quien, más tarde, había detestado con toda su alma.

—Me gustaría poder decirte que lamento no haberte destruido antes. Nos habría ahorrado tanto... Pero, en realidad, de alguna forma retorcida, tenía que ser así. Teníamos que llegar hasta aquí.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo Axel—, tú jamás habrías podido matarme. No hasta que dejaste de creer que yo era lo único que tenías. Nunca dejarás de ser un niño perdido en busca de amor. —Se encogió de hombros.

Aren sonrió, aunque no había alegría en el gesto. Fue algo frío, igual de helado que la nieve que los rodeaba.

—No lo entiendes. Solo recibimos el amor que creemos merecer. ¿Has mirado a tu alrededor? Estás completamente solo, nadie llorará tu muerte. Nadie se interpondrá entre mi espada y tu pecho. Ni siquiera tu madre, que prefirió morir por los suyos que ayudarte. —Caminó un par de pasos por el saliente—. Y eso es porque te has pasado la vida convencido de que todos te desprecian. Los has apartado y los has odiado, cuando la realidad es que tú eres el que se desprecia a sí mismo.

Deshizo las alas de noche y sacó la espada corta de su espalda. La había recuperado después de despertar. Su oscuridad se movía dentro de la hoja como humo.

—He tardado mucho en darme cuenta de que solo te consideraba mi amigo porque no creía merecerme nada mejor —siguió Aren—. Tú y mi padre me convencisteis de ello. Pero ya no. —Hizo girar el arma en su mano mientras saltaba a los pedazos de roca que unían su parte de la montaña con la de Axel. Abajo había una caída hacia las rocas escarpadas—. Mi madre ha dado su vida por salvarme y maldita sea si ese no es el mayor acto de amor que puede hacerse.

Los ojos de Axel ardían; llamas que bailaban salvajemente. Saltó hacia Aren elevándose varios metros en el aire. El heredero cogió impulsó y ambos se encontraron a mitad de camino en un choque de fuerzas. El encuentro de sus espadas lanzó chispas a su alrededor.

Cordelia apartó la mirada para protegerse los ojos. Ambos se movían tan deprisa que era difícil seguir sus estelas. Aren golpeó a Axel en la cara tan fuerte que lo hizo rodar por el suelo. Se deslizó sobre el hielo hasta el borde de las afiladas rocas y tuvo que sujetarse con fuerza para no precipitarse.

Estaba poniéndose en pie cuando la espada de Aren trazó un arco a la altura de su cuello. Axel se lanzó hacia atrás girando sobre sí mismo, pero no pudo impedir que la hoja le dejase un corte desde la mejilla hasta la mandíbula. Las paredes de la grieta en la montaña se sacudieron con el eco de su furia. La sangre oscura manchó su cara. La transformación a devorador ya había desfigurado sus facciones elegantes y suaves, pero el corte acentuaba su nuevo aspecto macabro.

Axel aterrizó sobre un saliente unos metros más abajo. Su poder estalló con la fuerza de un proyectil contra el lugar donde estaba Aren e hizo que se derrumbara. Cordelia seguía la pelea con los ojos atentos y el aliento contenido. Al otro lado veía a Blue desmayado y la nieve manchada de la sangre de sus heridas; lo único que la tranquilizaba era que su pecho se movía.

Axel tosió y se llevó la mano al rostro: de su herida brotaban volutas de oscuridad.

—¿Qué es...? —articuló desconcertado.

—¿Ah, esto? —preguntó Aren, que había aterrizado sin dificultad en la pared de la montaña —. Curioso, ¿verdad? Un pequeño truco, de esos que te gustan tanto. No puedo atacarte con mi magia, pero sí con un arma convencional. Pero... ¿qué pasa si mi arma tiene parte de mi aura en su interior? Que es como veneno. ¿Te gusta? Lo creamos especialmente para ti. —Axel atravesó a Aren con la mirada. Su pecho subía y bajaba deprisa. El dolor podía intuirse en su postura. La magia de Aren lo estaba consumiendo poco a poco—. ¿Recuerdas ese día en el patio de tu madre, cuando acabé con Shown? Eso es justo lo que te está pasando a ti.

Axel perdió por completo su máscara de cordura y control. El rostro se le desfiguró lleno de ira y rabia.

—No me matará lo suficientemente rápido —siseó.

Aren lo miró sin comprender al principio. Pero Axel saltó hacia arriba. Durante un segundo, el mundo se paró por completo. Dos latidos de corazón en los que transcurrió toda una vida.

Cordelia vio en los ojos de Aren el momento en el que lo comprendió: en el que supo qué era lo que Axel se proponía. Leyó la desesperación, la congoja y la milésima de duda en la que su cuerpo no supo qué hacer ni hacia dónde moverse. Blue y Cordelia estaban cada uno en una punta; no podía llegar a ambos. Tenía que elegir: él lo supo y ella también. Los ojos de noche de Aren chocaron con el verde de Cordelia y parecieron pedirle perdón.

Un instante estaba varios metros más abajo y, al siguiente, justo a su lado. Cordelia comprendió al instante lo que su elección significaba y se giró emitiendo un grito silencioso.

Axel ya estaba junto a Blue sujetándolo del pelo.

El frío penetró en los huesos de la muchacha como nunca antes, pero no era solo un frío físico: era el frío de la pérdida. Lo sintió como una mano alrededor de su cuello que apretaba muy poco a poco.

—¡Si muero, me llevaré a todos los que pueda conmigo! —gritó Axel fuera de sí.

Tiró con fuerza del pelo de Blue, quien recobró la consciencia con un gemido de dolor. Le costaba mantenerse en pie por la herida de la flecha en el muslo.

Sus ojos turquesa, del color del mar, miraron a Cordelia con puro terror.

—Por favor, haz algo —le suplicó ella a Aren.

Él apretó los dientes. Cerró los dedos con fuerza alrededor del mango de la espada, pero no se movió.

—Él quiere que vaya. Matará a Blue en lo que parpadeas y habrá conseguido que te deje desprotegida para matarte a ti también —le explicó en tono bajo y contenido.

Todo su cuerpo quería lanzarse hacia Axel, pero sabía que él estaba buscando provocarlo. Si caía en su trampa, le estaría entregando en bandeja la posibilidad de matar a Cordelia. Axel tiró de Blue con fuerza y le arrancó un grito de dolor desgarrado. Acercó la boca a su oreja sin apartar la vista del frente.

—¿Unas últimas... palabras para tus amigos? —susurró con dificultad.

Cordelia se lanzó hacia delante saltando a uno de los trozos de montaña. Patinó en el hielo, pero consiguió recuperar el aliento.

—¡No! —maldijo Aren siguiéndola—. Cordelia, no.

Ella no lo oyó. No iba a presenciar la muerte de otro de sus amigos esa noche sin hacer nada. Cogió impulso y se preparó para cruzar. Una sonrisa retorcida se extendió por el rostro de Axel, la herida de su cara se abrió y la sangre brotó con más fuerza.

Aren atrapó a Cordelia de la cintura en el último momento. Justo cuando Axel estaba lanzando una daga contra su pecho. Logró que la esquivara por poco.

—¡Ayúdalo! —suplicó ella chillando desesperada.

Aren la sujetó con un brazo mientras ella peleaba contra su agarre.

Axel levantó la mano derecha. Dejó que su aura vacía se acumulara alrededor de sus dedos: una bola de nada, un pequeño agujero negro de poder. Los huesos de la mano se le retorcieron y tensaron a medida que se le desfiguraban. Su carne se volvió gris. A continuación, levantó el brazo moviéndolo con una rapidez imposible y lo dirigió hacia Blue.

Aren sabía que su espada corta nunca sería lo suficientemente rápida. Sacó del cinturón una daga que tenía el mango de obsidiana tallado con estrellas.

«Es mi daga más rápida. Me ha salvado la vida tantas veces que no puedo contarlo. Cuídala y deja que te cuide esta noche. Devuélvemela cuando todo haya terminado. Quiero que te proteja», le había dicho Wynd en su habitación antes de subir al despacho del Deirnas. Esas habían sido sus palabras de amor, su «te quiero» de despedida: darle su daga más preciada.

Muerte cortó el viento y se clavó en el cuello de Axel.

Y tenía razón: la daga era casi casi tan veloz como ellos mismos.

Pero no lo suficientemente veloz.

Axel cayó de rodillas ahogándose en su propia sangre.

Blue lo hizo también, consumido. La mano de Axel lo había alcanzado en el pecho y lo había atravesado con su poder. Cordelia dejó de pelear y se desplomó en la nieve. Se llevó las manos temblorosas al rostro anegado de lágrimas.

Aren cerró los ojos con fuerza.

—Lo siento —dijo derrotado.

El grito de Cordelia retumbó en las paredes de la montaña y pareció amplificarse hasta el infinito. Su dolor alcanzó los cielos y se extendió por el continente.

Había perdido a dos amigos.

Y puede que no fuesen los únicos.

La tierra se movió con fuerza. La grieta en el cielo se abrió en canal hasta que no hubo luna ni estrellas: su atmósfera desapareció por completo.

El portal estaba abierto.

Capítulo 95

El núcleo estaba a punto de separarse en dos. Apenas quedaban unos centímetros para conseguirlo. La magnitud del poder en el pico Ensom era tal que la montaña había comenzado a fundirse y la lava escapaba a borbotones.

Un hilo, una finísima hebra era lo único que anclaba el alma de Wynd, muy lejos de allí, a su cuerpo. Y estaba a punto de partirse. Aren llegó junto a ella y liberó todo el poder de su oscuridad, que la envolvió como un abrazo reconfortante.

La negrura se extendió como una mancha, cayó por la montaña y se vertió sobre el valle donde los últimos devoradores morían a mano de los rhydra. Thorn luchaba medio aplastado por una montaña de cuerpos. Ensangrentado, herido y exhausto, se movía por pura mecánica y supervivencia.

Wynd.

Nunca se había visto nada igual: tanta muerte, tanta destrucción. Algunos caminaban desorientados, perdidos. El valle era un enorme cementerio blanco, negro y rojo. La oscuridad trajo consigo gritos y jadeos asustados. Primero el caos y luego el silencio y la calma. Pero la potente luz que emanaba de Wynd, como un faro en una noche de tormentas, cruzó las tinieblas.

El núcleo terminó de dividirse y la luz estalló cegadora mientras todo comenzaba a girar deprisa, muy deprisa. El tiempo y el espacio se rompieron por completo.

De pronto, el portal comenzó a arrastrar a sidh, humanos y mestizos hacia la grieta con una fuerza de atracción sin igual.

Wynd.

Wynd estaba perdida entre el caos y el orden. La consciencia parecía haber abandonado su cuerpo. Aren trataba sin éxito de llamarla, de hacerla volver. El cuerpo de la chica temblaba; los anillos y la corona brillaban y refulgían mientras consumían y tiraban de su energía. Wynd estaba pálida como la nieve. Su aura, que se azotaba a su alrededor, perdía fuerza. Le costaba respirar.

Si seguía así, moriría. Pero Aren no la perdería por salvar a los demás.

Wynd, tienes que parar.

Ella no lo oía. Su cuerpo estaba ahí, pero su mente estaba muy muy lejos. Estaba recorriendo cada rincón de Abscondita; viajaba a la velocidad de la luz de una punta a otra estirando el portal, asegurándose de llevar a todos.

«Un poco más», se dijo Wynd. Ya casi estaba. Solo tenía que aguantar un poco más y los

vería a todos al otro lado. Se reuniría con ellos y todo habría terminado por fin. Ella sería la última en cruzar.

Aren luchó por mantenerse junto a ella. No la dejaría; no cruzaría sin Wynd. Sintió la rapidez de su pulso, lo débil que estaba su corazón y notó como su vida se consumía con rapidez.

¡Tienes que parar!, le gritó por encima del rugido del viento con desesperación. *¡Wynd, para, tenemos que cruzar!*

La voz de Aren se coló en su consciencia y la trajo de vuelta a ese plano de la realidad. Sus ojos se abrieron al fin. Tenía las franjas sidh atenuadas, casi apagadas.

El cuerpo de Wynd, incapaz de soportar la fuerza del hechizo, cayó a tierra y dejó de flotar. Sacó a Sombra del cinturón y la clavó en el suelo por puro instinto; hundió la mano libre arañando la superficie con las uñas. Trató de anclarse con todas sus fuerzas, mantenerse unida al dibujo: en el momento en que traspasase aquel portal, se cerraría para siempre dejando atrás a los que no hubiese logrado llevar.

Tenía que ser la última. Aquella era su misión y no podía fallar.

La sangre de Wynd teñía el hielo y la nieve de rojo. Y, de repente, uno de sus brazos falló y cayó sobre el codo.

—¡Wynd! —le pidió Aren sosteniéndola de un hombro.

La grieta comenzó a estrecharse al mismo tiempo que la fuerza de la gravedad se hacía más potente y la ventisca tiraba de ellos. El viento tiró de Aren, que luchó por mantenerse al lado de ella, pero la grieta se cerraba acercándose a él con rapidez y violencia.

Aren estiró el brazo y trató de sujetarla de la mano. Pero sus dedos se deslizaron por sus palmas. Luchó con todas sus fuerzas por agarrarla y curvó las puntas tratando de sostenerse a ese último resquicio.

—¡Wynd, sígueme! Tienes que seguirme —gritó desesperado.

Sus manos se separaron y la fuerza de la gravedad tiró de él hacia arriba, hacia el cielo. Si cruzaba sin ella... Si Wynd no podía seguirlos... estarían separados para siempre. Ella se quedaría atrapada lejos de todos.

—¡Pecas, maldita sea, no me hagas esto! ¡Cruza!

Las palabras de Aren se colaron en la maraña que formaba la letanía del hechizo en su cerebro. Wynd levantó la cabeza y abrió los ojos. El portal se cernía sobre Aren, que batía sus alas con fuerza para evitar cruzarlo, a pesar de sentir en sus pies el tirón del otro mundo.

Wynd parpadeó para disipar la niebla que empañaba su visión. Estaba tan cansada: sabía que no le quedaba energía suficiente. El hielo bajo sus manos se resquebrajó y la luz de la superluna se desconectó de su cuerpo. El portal se estaba cerrando y ella no tenía energía para mantenerlo abierto. Sabía que no podría cruzarlo, apenas lo haría Aren y solo porque él ya estaba prácticamente dentro.

«Lo siento», articuló mirándolo.

Los ojos de Aren la miraron llenos de dolor y de una desesperación violenta y descarnada.

«Te quiero», dibujaron sus labios antes de que volviese a cerrar los ojos.
Al menos uno de ellos lo conseguiría.

Epílogo

—«Esa fue la noche que Wynd y Aren nos salvaron, a nosotros y a nuestro mundo. El día en que nos liberaron de nuestro legado. También el día en la que los perdimos para siempre.

»Busqué a Thorn entre el caos, el miedo y la confusión. No respiré hasta que lo tuve entre mis brazos y comprobé que estaba vivo, que estaba a salvo. Y cuando me rodeó fuerte con sus brazos, dejé de tener miedo durante unos minutos. Él recogió mis pedazos y me reconfortó. Al menos hasta que vi la figura inconfundible de Lebhar moverse erráticamente entre la multitud. Supe al instante que algo iba mal. Lo supe en los huesos. Lo supe en lo más profundo de mí...

»Se sacrificaron por nosotros, por nuestro futuro. Fueron los mejores amigos que alguien pueda desear: leales y protectores, valientes y amables.

»Cada vez que veo un copo de nieve caer, cada vez que alguien susurra la palabra ventisca y cada vez que observo un cielo nocturno, la recuerdo. Salvaje y libre como era a los ojos de todos. Delicada y dulce, como era a los míos. Los busco en las estrellas, en su constelación. Espero que nuestras almas se encuentren algún día» —terminó de leer Ashia.

—Ojalá ellos estén ahí arriba, juntos —dijo una niña pelirroja de ojos tierra.

Ashia miró a su hija Cordelia, que llevaba el nombre de su abuela, y sonrió al oírla. Cerró el diario de su madre y lo guardó bajo llave en su cómoda. Era su recuerdo más preciado: un tesoro que albergaba el testimonio más valioso del viejo mundo, de lo que habían sido ellos antes, de su procedencia y de los errores y sacrificios que los habían conducido hasta allí.

La historia de amor, amistad y traición de los sidh.

Recordaba a su madre leyéndole partes. Se sentaba en el jardín, después de haber estado todo el día fuera ocupada en su labor de gobernadora del nuevo mundo. Y su padre, Thorn, preparaba la cena dentro, y el sonido de las cacerolas, la cuchara y el cuchillo, mezclado con el olor de la comida, llegaba hasta el jardín y lo rodeaba todo de un ambiente acogedor y hogareño que hacía que aquella historia fuese menos descorazonadora. Era su momento favorito del día.

—No pasa un día en que no piense en ellos, en que no los eche de menos —le decía su madre mientras acariciaba las páginas con cariño y miraba hacia el cielo nocturno.

Ashia siempre supo que su madre no se había perdonado el haber podido tener todo lo que Wynd y Aren nunca pudieron. Una vida larga junto a Thorn y la oportunidad de envejecer, de construir un futuro.

Por eso había decidido ocupar el puesto de gobernadora: quería continuar lo que ellos habían empezado con su sacrificio. Hacer que aquella sociedad que estaba naciendo no cayera en los

errores del pasado y que lo que Wynd y Aren habían entregado —sus propias vidas, para que ellos pudiesen tener una oportunidad— no fuese en vano.

—Mamá —la llamó su hija, trayéndola de vuelta al presente—. ¿Perdió la abuela la esperanza de volver a verlos alguna vez?

Ashia cogió a la niña en brazos y la sentó en su regazo.

—Los esperaron durante años. Cada vez que había una superluna y cada aniversario del trece de agosto. Lebhar se pasó el resto de su vida buscando una forma de conectar los dos mundos de nuevo, una grieta, pero nunca lo consiguió. Y eso solo confirmó lo que ya sospechaban, que abrir el portal había agotado a Wynd hasta acabar con ella y que se cerró antes de que Aren pudiese atravesarlo. —Le acarició el pelo a la niña—. Pero nunca perdió la esperanza, porque de eso está hecha la magia, y la abuela tenía un montón de ella... Siempre soñó con volverlos a ver.

Su madre había vivido una vida plena y feliz. Había demostrado con creces su valía como gobernadora, había luchado por hacer de aquel mundo algo mejor incluso, y aunque tuviese a muchos en contra, jamás se había achantado. También había amado a su padre, que se había convertido en su refugio, pero nunca le había vuelto a abrir su corazón a nadie más. Solo había confiado en Lebhar, su mano derecha.

—Tu madre quiso tanto a sus amigos que jamás volverá a tener hueco para ningún otro en su corazón; el dolor de sus pérdidas y el peso de ser la única que lo logró simplemente no se lo permiten —le había explicado su padre en una ocasión—. Cada uno de ellos se llevó un trozo al morir y cree que no le quedan más.

Cordelia consideraba aquel peso, aquella tristeza, un precio más que justo a pagar. Nunca volvió a ser la misma tras esa noche. En realidad, todos los que sobrevivieron renacieron de alguna forma.

Ashia miró a su hija, la mezcla perfecta de sus abuelos en lo físico y, sin embargo, había nacido sin una pizca de magia, como casi todos los de la tercera generación. El legado de los sidh había terminado y ahora no eran más que humanos que poco a poco dejaban el mundo de la magia atrás.

Aren habría deseado no tener que volver a aquel lugar. Había tardado un año y medio en ser capaz de hacerlo, pero tenía una promesa que cumplir.

Las Hillias todavía no se habían recuperado del todo de la batalla. El suelo del valle seguía ennegrecido por la lava, aunque ahora una gruesa capa de nieve lo cubría. El continente había cambiado mucho en ese tiempo.

Poco a poco, las sombras habían ido desapareciendo, perdiendo fuerza. Las criaturas del caos morían y el veneno dejaba de corromper la tierra. Ellos se habían dedicado a buscar posibles devoradores que hubiesen sobrevivido para acabar con ellos. Aren sujetó con fuerza el frasquito con el alma dentro de su mano mientras caminaba por una escarpada ladera.

Los recuerdos y las imágenes de aquella última noche se clavaban en él con fuerza, robándole el aliento. Revivirlo era una tortura: el cuerpo de Wynd sobre el hielo, sus ojos cerrados y sus palabras de despedida. Aquella imagen lo volvió loco; lo mandó a una espiral de agonía y sufrimiento sin igual.

Unos dedos suaves se deslizaron entre los suyos y le apretaron la mano con fuerza. Se giró y se encontró con los ojos grises de ella. Sus franjas sidh estaban apagadas, pero seguían ahí. Aquel pequeño gesto fue su forma de reconfortarlo, y a Aren se le dibujó una sonrisa imperceptible en los labios.

Wynd también recordaba la batalla. Estar allí lo hacía más real y vívido. El momento en el que había cerrado los ojos mientras veía a Aren luchar contra el portal: el miedo y la angustia que habían empañado su mirada. Y el recuerdo de la promesa que le había hecho: un futuro juntos. Al abrir los ojos sobre el hielo, el brillo de la luna se había reflejado en la hoja de Sombra, que estaba clavada a unos centímetros del dibujo tallado en el hielo. Y entonces supo que era el momento en el que cambiaría el destino para siempre. Por fin, el poder de Luna y Érebo dejaría de reencarnarse, de encontrarse y volver perderse. Ella pondría fin a ese círculo.

Wynd había gemido del esfuerzo: cada movimiento eran cientos de agujas que se le clavaban en el cuerpo. La mano le temblaba de forma violenta. Se arrastró ligeramente sobre el hielo hasta colocarse en el centro del dibujo. Allí, había levantado la mano y, durante un segundo, había cerrado los ojos mientras rezaba a los remolinos, a los dioses, a cualquiera que gobernase sobre sus vidas y les pedía que por favor le dieran la fuerza necesaria para hacerlo.

Con un grito de dolor desgarrado, había bajado el brazo para clavar a Sombra en la línea de uno de los círculos tallados. Giró la hoja con esfuerzo y oyó cómo el hielo se partía. En el momento en que las placas se separaron, había sentido su cuerpo desplazarse, y por fin... por fin el dibujo se desconectó.

Sus dedos habían resbalado inertes de la daga cuando su brazo cayó al suelo. Lo último que había visto era la noche acercándose a ella, y después se había desmayado.

Aquella noche, casi se habían perdido el uno al otro.

Aquella noche, había sido la última vez que vieron a sus amigos, a su familia. Estar de nuevo en ese lugar era doloroso.

—Es el momento —anunció Aren trayéndola de vuelta al presente.

Aren quitó el tapón del frasquito. Dentro, había una única gota: la parte de un alma. Dejó que resbalase por el cristal y proyectó su magia de viento haciendo que se convirtiese en suave rocío que voló sobre la montaña nevada y cayó sobre el valle, fundiéndose con la nieve.

Había tardado dos años en cumplir aquella promesa que había hecho en las pruebas. Pero había llegado el momento.

—Hasta siempre, Navi —susurró Wynd.

—Ya estás en casa —dijo él.

Decenas de nym salieron de los huecos en la roca y, extendiendo sus alas, volaron en una danza coordinada entre los copos nieve.

Aren abrazó a Wynd desde atrás, rodeándole los hombros con sus brazos.

—Vamos al norte, ¿entonces? —le susurró acariciándole la oreja con los labios.

Wynd echó la cabeza hacia atrás y lo miró directamente a los ojos con una sonrisa lobuna.

—Vamos.

Aren se inclinó sobre ella y la besó, suave y despacio. Tiró de su mano y siguieron subiendo las Hillias hacia la corte Kheima, porque estaba ligada a ellos y necesitaban conocerla para poder poner el punto final a su historia.

Agradecimientos

Escribir *Conjuro de noche y estrellas* ha sido lo más difícil, terrorífico, frustrante y a la vez gratificante que he hecho nunca. He querido tirar el ordenador por la ventana unas cien veces, pero también ha sido un reto que estoy muy orgullosa de haber superado.

Este libro quiero dedicárselo (aquí es cuando empiezo a llorar) a mi padre, que vive en las estrellas. Desde pequeña, siempre he pensado que él me veía desde ahí arriba.

Las estrellas son un símbolo muy importante para Aren y también para mí.

Papá, ojalá estés viéndonos crecer y estés orgulloso de nuestros caminos. A veces desearía que estuvieses aquí para compartirlo conmigo, pero estoy segura de que en otra realidad estamos juntos.

Si me ves, te quiero, papá.

Quiero darle las gracias infinitas a Crossbooks. A Irene, porque este libro es mucho mejor gracias a ti y porque, como una vez leí: las escritoras somos como las hadas, necesitamos que crean en nosotras para existir. Y tú has creído en mí.

A Marina, a Miriam y a Andrea, gracias por acompañarme en el proceso y por vuestro trabajo. Sois increíbles.

A Fran, me encanta compartir mi vida contigo, no podría haber elegido a nadie mejor.

A Marilulu, Celi Cel y Noe, sois las mejores amigas y compañeras de concierto que se puede tener. ¡Os quiero!

A mis amiguitos informáticos y de teleco (guiño, guiño). ¡Vivan los martes!

A mis lectoras cero, Aroa, Carmen y Laia, sois las mejores.

A ti mami, estoy muy orgullosa de ti, quiero que lo sepas.

Y gracias a todos los que me leéis y a los que me escribís con cariño. Y para los que me habéis pedido con insistencia esta segunda parte: ¡aquí la tenéis!

Conjuro de noche y estrellas
Nerea Llanes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Nerea Llanes, 2023
Diseño del mapa: Pablo Medina

Ilustración de cubierta: Gonzalo A. Mendiverry @gonzalom.art, 2023

© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

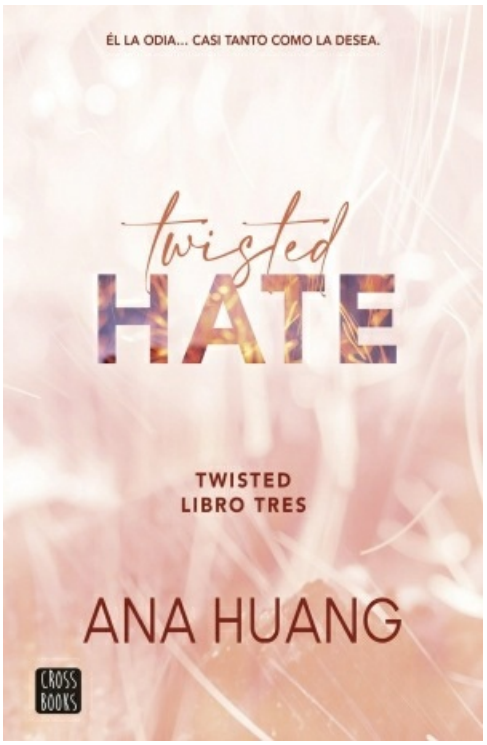
ISBN: 978-84-08-27961-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


ÉL LA ODIA... CASI TANTO COMO LA DESEA.
twisted
HATE
TWISTED
LIBRO TRES
ANA HUANG
CROSS BOOKS

Twisted 3. Twisted Hate

Huang, Ana
9788408280040
608 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Déjate seducir por la saga MÁS EXPLOSIVA.

Más de 3 millones de lectoras ya han caído en la tentación de Ana Huang.

Él la odia... casi tanto como la desea.

Josh Chen es ambicioso, arrogante y no se le resiste ninguna mujer. Ninguna excepto **Jules Ambrose**. La **enemistad** entre ellos es tan obvia como lo es su **deseo** que, desde que se conocen, no hace más que aumentar. Y, cuando la tensión por fin estalle, Josh propondrá un trato imposible de rechazar: un acuerdo entre enemigos con beneficios y **3 sencillas reglas**:

Sin celos

Sin condiciones.

Y, por supuesto, sin enamorarse.

Extrovertida y ambiciosa, Jules Ambrose ha dejado atrás un pasado de desenfreno para centrarse en un objetivo: convertirse en abogada. Y ahora mismo, lo último que necesita es involucrarse con un hombre que es tan **insufrible como atractivo**. Pero con el paso del tiempo, se dará cuenta de que Josh es mucho más de lo que aparenta.

El hermano de su mejor amiga.

Su némesis.

Y su único refugio

La suya es una pareja hecha en el infierno, y cuando los demonios de su pasado los alcancen, se enfrentarán a **verdades que podrían salvarlos**… o **destruirlos por completo**.

Cómpralo y empieza a leer


TRICIA LEVENSELLER
LA HIJA
de la
REINA
SIRENA
CROSS BOOKS

La hija de la Reina Sirena

Levenseller, Tricia
9788408279792
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Alosa se enfrenta a un nuevo desafío en el que peligro y amor se mezclarán.

Alosa ha demostrado con creces su valor. No solo ha cumplido con la **misión** que le encomendó su padre, el **Rey Pirata**, sino que los corsarios que la tomaron cautiva ahora son prisioneros en su barco. Incluso **Riden, inesperadamente leal**, sigue sus órdenes. Pero, cuando el temible Vordan vuelva al ataque con la idea de destruirla, comenzará para Alosa una nueva cuenta atrás para **sobrevivir**. Pero eso no le preocupa demasiado… después de todo, ella no solo es la hija del Rey Pirata, también es la hija de la **Reina Sirena**.

Cómpralo y empieza a leer


ÉL TIENE UN CORAZÓN DE HIELO...
PERO POR ELLA, QUEMARÍA EL MUNDO.
twisted
LOVE
TWISTED
LIBRO UNO
ANA HUANG
CROSS BOOKS

Twisted 1. Twisted love

Huang, Ana
9788408263142
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Él tiene el corazón de hielo. Pero por ella, quemaría el mundo.

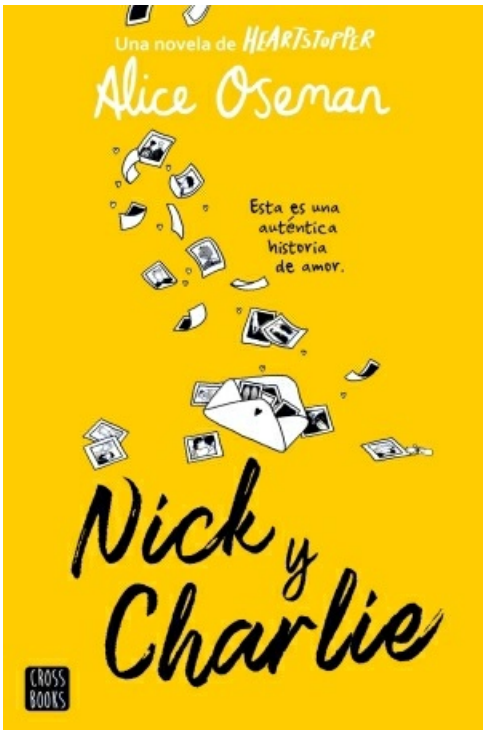
Aunque Ava Chen y Alex Volkov se conocen desde hace años, él siempre se ha mostrado distante y frío. Pero ahora que el hermano de Ava se ha ido y lo ha dejado encargado de la protección de ella, Alex parece algo menos indiferente.… Y su relación, poco a poco, se va haciendo más estrecha, hasta que llegan a confiarse sus secretos y traumas más profundos… A ella, su madre intentó ahogarla en un arrebato de locura; mientras que Alex presenció el brutal asesinato de toda su familia.

Tras compartir sus más íntimos pensamientos, su relación dará un giro. No pueden negar que existe una fuerte atracción entre ellos, pero ninguno de los dos se atreve a dar un paso adelante. Finalmente, Ava admite la pasión que está surgiendo, y, aunque Alex intenta resistirse tanto como puede, las chispas acaban saltando... y prenden un fuego ardiente. Sin embargo, cuando todo empezaba a funcionar entre ellos, unas sorprendentes revelaciones sobre la verdad de su pasado dinamitarán su relación y pondrán en riesgo sus propias vidas.

«Una de mis mejores lecturas del año. La química entre los protagonistas es brutal, muy adictiva y explícita. ¡Tenéis que conocer a Alex Volkov y su corazón de hielo!» **kay_entreletras**

«Una historia que nos llena de aprendizaje y nos muestra la oscuridad y la luz de la vida. Para mí un 10/10.» **jud_books**

Cómpralo y empieza a leer


Una novela de HEARTSTOPPER
Alice Oseman
Esta es una auténtica historia de amor.
Nick y Charlie
CROSS BOOKS

Nick y Charlie

Oseman, Alice
9788408279709
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un paso más en la relación de Nick y Charlie.

El amor sincero puede con todo.

Todo el mundo sabe que **Nick y Charlie** son la **pareja perfecta**. Ahora que Nick se va a la universidad, la gente se pregunta si lograrán seguir con la relación. ¡Qué pregunta más tonta! Por supuesto que podrán. Pero, a medida que se vaya acercando la fecha, las **dudas** harán su aparición y los dos comenzarán a preguntarse si su **amor es lo suficientemente fuerte** como para sobrevivir a la **distancia**.

Cómpralo y empieza a leer


JENNY HAN
Siempre nos quedará el verano
CROSS BOOKS

Siempre nos quedará el verano

Han, Jenny
9788408115311
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La trilogía en la que se basa la serie de Prime Video. (Libro 3)

Belly sólo ha querido a dos chicos en su vida. Y ambos se apellidan Fisher. Tras salir con Jeremiah durante los últimos dos años, está casi segura de que es su alma gemela. En cambio, Conrad no ha superado el error de haberla dejado escapar, así que cuando Belly y Jere deciden dar un paso más en su relación, sabe que no le queda más remedio que hablar ahora o callar para siempre.
Decida lo que decida, Belly deberá enfrentarse a lo inevitable: tendrá que romperle el corazón a uno de los dos.
«**Este libro tiene todo lo que una chica quiere en verano.**» Sarah Dressen
«**Si pudiera vivir dentro de este libro, lo haría.**» Lauren Myracle

Cómpralo y empieza a leer